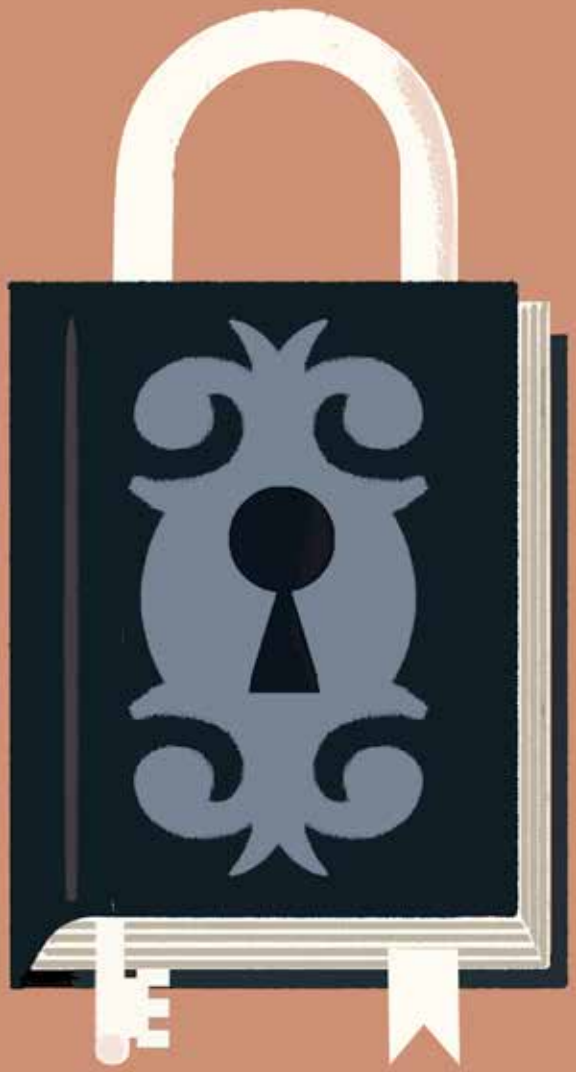
Los diarios íntimos de la gente corriente

Una escritura invisible

Manuel Alberca



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

ANEJOS REVISTA DE LITERATURA

(últimos títulos publicados)

89. *Familia y exilio en la dramaturgia de la gran Cuba. Una perspectiva dramatológica* (2018), por Abel González Melo
90. *El poder de la palabra: la sátira política contra el conde-duque de Olivares* (2019), por Shai Cohen
91. *El cuento de las poéticas o las poéticas del cuento en España. La década de los noventa* (2019), por Cristina Bartolomé Porcar
92. *Clara Janés. La poética cuántica o la física de la poesía* (2021), por Candelas Gala
93. *Viajar y escribir en la era del turismo de masas: relatos de viajes contemporáneos por la ruta de la seda* (2021), por Karolina Zygmunt
94. *Comedia de «La famosa toledana»* (2022), por Juan de Quirós, edición crítica de Abraham Madroñal y Lucas Torres
95. *Cronologías alteradas. Lo fantástico y la transgresión del tiempo* (2022), por David Roas Reus
96. *Figúrate. Un paseo por el bosque de las figuras retóricas en compañía de Miguel d'Ors* (2022), por Kurt Spang
97. «*La muerte de don Quijote*». *Nacionalismos periféricos, Cervantes y* El Quijote (2024), por Jesús Pérez-Magallón
98. *Albores y pioneros del teatro en Costa Rica. Eclosión de eventos y de oficios escénicos propiciados por un gobernador español durante unas fiestas barrocas coloniales en una provincia del imperio en el siglo XVIII* (2025), por Jorge Arroyo Pérez
99. *Monarquía y Parnaso: la invención literaria de Carlos II* (2025), por Alain Bègue
100. *«Entretener con apacible y dañoso gusto». El «Decamerón» y los* novellieri *en España* (2025), por David González Ramírez
101. *La santidad seglar en la novela realista española (1874-1895)* (2025), por Fructuoso Atencia Requena

Los diarios íntimos de la gente corriente

Anejos de Revista de Literatura—102

Dirección

Luis Alburquerque García,
Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (ILLA), CSIC

Secretaría

Ángel Pérez Martínez,
Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (ILLA), CSIC

Comité Editorial

Rosa María Aradra Sánchez,
Universidad Nacional de Educación a Distancia

Asunción Castro Díez,
Universidad de Castilla-La Mancha

Teresa García-Abad García,
Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (ILLA), CSIC

José Luis García Barrientos,
Instituto de Lengua, Literatura y Antropología (ILLA), CSIC

José Ramón González García,
Universidad de Valladolid

Abraham Madroñal Durán,
Université de Genève

Cristina Moya García,
Universidad de Sevilla

Ana Rueda,
University of Kentucky

Los diarios íntimos de la gente corriente

Una escritura invisible

Manuel Alberca

Prólogo de Philippe Lejeune

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
Madrid, 2026

La versión electrónica de este libro está disponible en acceso abierto en editorial.csic.es y se distribuye bajo los términos de la licencia Creative Commons Atribución-Non Comercial-No Derivadas 4.0. La información completa sobre dicha licencia puede ser consultada en https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/. Esta licencia afecta solo al material original del libro. El uso del material proveniente de otras fuentes (indicadas en las referencias), como diagramas, ilustraciones, fotografías o fragmentos de textos, requerirá permiso de los titulares del *copyright*.

Las noticias, los asertos y las opiniones contenidos en esta obra son de la exclusiva responsabilidad del autor/a o autores/as. La editorial, por su parte, solo se hace responsable del interés científico de sus publicaciones.

Cómo citar: Alberca, Manuel. 2026. *Los diarios íntimos de la gente corriente. Una escritura invisible.* CSIC.

Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado: https://cpage.mpr.gob.es

EDITORIAL CSIC: *https://editorial.csic.es* (correo: *editorialcsic@csic.es*)

© CSIC, 2026
© Manuel Alberca
© Philippe Lejeune, del prólogo
Ilustración de cubierta: Cinta Fosch
Imagen de colofón: *Portrait d'un diariste*, de Tomi Ungerer (Bibliotèque Municipal de Lyon y Association pour l'autobiographie)
Prólogo de Philippe Lejeune

ISBN: 978-84-00-11595-1
e-ISBN: 978-84-00-11596-8
NIPO: 155-26-074-9
e-NIPO: 155-26-075-4
Depósito Legal: M-12119-2026

Corrección y coordinación editorial: Elena Méndez (Editorial CSIC)
Diseño y maquetación: gráfica futura
Impresión y encuadernación: Palgraphic
Impreso en España. *Printed in Spain*

En esta edición se ha utilizado papel ecológico sometido a un proceso de blanqueado ECF, cuya fibra procede de bosques gestionados de forma sostenible.

Índice

Prólogo de Philippe Lejeune 9

Breve relato de una búsqueda 11

1. Teoría del diario 17
- 1.1. Consideraciones históricas 17
- 1.2. Tres precedentes del diario íntimo 20
- 1.3. El diario íntimo, de ayer a hoy 23
- 1.4. El diario y el género autobiográfico 25
- 1.5. El diario y sus clases 27
- 1.6. Figuras 48
- 1.7. Funciones 63

2. Práctica del diario íntimo 74
- 2.1. Una aventura epistolar 75
- 2.2. Aprecio y defensa del diario: timidez y orgullo del diarista 79
- 2.3. Vista de un territorio ignoto 84
- 2.4. Razón y finalidad 89
- 2.5. Biografía del diario: de la infancia a la madurez, de la apertura al cierre 99
- 2.6. La búsqueda de interlocutor 110
- 2.7. Lectura y relectura: consentimiento y violación 112
- 2.8. Rituales 119
- 2.9. Escondites 125
- 2.10. El destino de los diarios 129

3. Testimonios del diario íntimo 133
3.1. Treinta y dos diaristas y sus diarios íntimos 133

4. Estudios sobre el diario íntimo 305
4.1. La práctica del diario en el ámbito escolar. Un sondeo por cuestionario 305
4.2. Pero ¿quién escribe diarios íntimos? Llamamiento al testimonio 330
4.3. Las hijas de Anna Frank: diarios y adolescencia 332
4.4. Crónica de un sueño roto: los diarios rescatados de José Fernández Arroyo 350
4.5. Laura Freixas: los publicados diarios íntimos de una mujer 357

5. Epílogo 365

Índice onomástico 370

Referencias bibliográficas 372

A Philippe Lejeune, por su magisterio y amistad

A Emilia, por todo, para siempre

Prólogo de Philippe Lejeune
(traducido del francés por Manuel Alberca)

Tal vez resulte indiscreto que alguien muestre su diario íntimo, pero no deja de ser un acto de generosidad explicar por qué y cómo se lleva. El secreto que rodea al diario en nada le favorece. Contrariamente a los prejuicios corrientes, el diario no es una actividad narcisista o vergonzosa. Supone una higiene vital. Es un remedio contra el olvido. Es un taller de escritura. Es... muchas cosas más. Cuando los diaristas se deciden por fin a hablar, descubrimos la diversidad de su práctica. Sus ritmos diferentes: del diario cotidiano mantenido a lo largo de una vida (raro) al diario de una crisis, que se destruirá cuando la crisis se supere. Sus diferentes soportes: del cuaderno (el más frecuente) al ordenador. Y el uso que puede hacer de los documentos, de las fotos, de los dibujos, de los objetos familiares... Sus diferentes funciones... Pero me detengo aquí para dejaros en compañía de Manuel Alberca y de treinta y dos de las más de cien personas que respondieron a su llamamiento. Gracias a ellos, el diario no será ya para vosotros una práctica un poco misteriosa, o un género literario secundario. Y si vosotros mismos sois diaristas o lo habéis sido, os gustará sentir que formáis parte de una comunidad, de reconoceros o de percibiros diferentes... Este libro es a la vez una obra científica (que pertenece tanto a la antropología como a los estudios literarios) y un acto de sociabilidad, un intercambio de experiencias.

El gato que veis en el colofón lleva su diario. Imprime en la hoja su huella más íntima. Su cuaderno está limpio y muy cuidado. Quizás a primera vista habéis pensado que se repetía un poco. Se debe a que no conocéis la *lengua gatil*. Siempre se produce ese efecto con las lenguas desconocidas. En un principio este gato escribía en francés. Fue dibujado por Tomi Ungerer para la exposición «Un journal

à soi» que la Asociación para la Autobiografía —que fundé en 1992 en Francia— organizó en Lyon en 1997. Esta exposición, en la que hemos mostrado (¡en vitrinas bien cerradas!) doscientos cincuenta diarios, ilustraba de alguna manera la investigación que yo mismo había hecho entre 1988 y 1990 (*«Cher cahier»,* Gallimard, 1990), investigación de la que Manuel Alberca toma hoy el relevo, de manera que el gato escribe ahora en español.

¿Existen culturas nacionales del diario íntimo? ¿O una socialización diferente, según los distintos países, de prácticas íntimas análogas? Un prejuicio persistente hace del diario íntimo casi una especialidad de la Europa del Norte, de los países anglosajones o germánicos, y del protestantismo. Y así, cuanto más nos acercamos al sur, menos diarios encontramos. ¿O quizá simplemente se hable menos de ellos? El libro de Manuel Alberca muestra que la práctica del diario en la España actual es tan viva y variada como en Francia o en Europa del Norte. Las campañas para recoger textos autobiográficos organizadas en Italia por el Archivio Diaristico Nazionale de Pieve S. Stefano (creado en 1984) dan la misma impresión. Este libro constituye, pues, un paso importante hacia la supresión de las fronteras, y contribuye al diálogo entre las culturas y a la instauración de una Europa del diario íntimo...

Breve relato de una búsqueda

En septiembre de 1990, provisto de una beca de la Junta de Andalucía, viajé a París para conocer a Philippe Lejeune y trabajar bajo su dirección durante un mes. Había accedido amablemente a mi petición y quise aprovechar su magisterio. Yo había leído sus libros sobre la autobiografía (*Le pacte autobiographique,* 1975; *Je est un autre*, 1980, y *Moi aussi*, 1986) y quería comentar con él mi interpretación de sus trabajos y su posible aplicación a la literatura española.

Como llegué un par de días antes de la fecha acordada, en la espera recorrí las librerías del Barrio Latino, y en el bulevar de St. Germain des Prés, en La Hune (ya desaparecida), encontré un libro que Lejeune acababa de publicar (Lejeune, *La pratique du journal personnel,* 1990). Lo compré y lo leí con avidez. Me interesó la proyección sociocultural y el original análisis de un género tan poco estudiado entre nosotros. Me sorprendió también el ingenioso método que permitía investigar unos textos que nadie hasta entonces había podido leer por inéditos y secretos. En los datos de su estudio, realizado por cuestionario escrito en la región parisina, se demostraba que un relevante porcentaje de personas encuestadas llevaban o habían llevado un diario.

Tímido y medroso (su prestigio me imponía), acudí a la primera cita en una universidad de la periferia norte de París donde enseñaba. Sin embargo, me relajó enseguida su trato cercano, amistoso, sin ínfulas ni vedetismo. En el curso de este primer encuentro no pensaba aludir al libro de los diarios, pero enseguida la conversación se centró en este tema y la teoría del *pacto autobiográfico* pasó a segundo plano. Me habló de su interés por la práctica del diario entre la gente común y me animó a realizar una investigación similar en España. De allí salí decidido a intentarlo, decisión influenciada por el entusiasmo contagioso de Lejeune. Así empezó todo.

Para romper la inercia inicial y emprender el estudio del diario íntimo y su práctica, primero había que saber si en España se llevaban diarios, y para ello era indispensable sondear el campo a través de un cuestionario escrito aplicado a un grupo significativo de población. Aunque no empezaría de manera sistemática hasta 1995, durante ese tiempo no dejé de hacer tanteos y reflexionar sobre el asunto. Antes de comenzar —la verdad sea dicha— me debatía entre dos actitudes opuestas. Una, que me mantenía escéptico, me recordaba la escasez de diarios publicados entre nosotros, además de la posible desaparición de un gesto —considerado decimonónico— en un mundo dominado por la cultura audiovisual en el que la escritura estaba quedando, aparentemente, relegada a un segundo plano. La otra, que me animaba, me indicaba que se podía haber mantenido e incluso ampliado la práctica del diario, al haberse generalizado la enseñanza obligatoria a toda la población española en las décadas precedentes.

En los escasos estudios sobre el diario en España se identificaba escritura y edición en un género literario, que inequívocamente rechaza esta idea. Sin embargo, si en el terreno editorial esto resultaba evidente, al trasladarlo al campo de la escritura, determinaban erróneamente que el diarismo español era «casi un desierto» (Freixas, 1994). Ahora podemos comprender algo que entonces no veíamos: el hecho de que en España no se hubiesen publicado diarios en un número semejante, por ejemplo, al de Francia, podía dar a entender o aparentar que no se hubieran escrito en el pasado y no se escribiesen en el presente, pero impedía afirmar que no existiesen o hubiesen existido.

Si bien el tópico de la inexistencia de textos autobiográficos en las letras españolas había sido debidamente corregido en los años precedentes, el de la ausencia de diarios parecía difícil de rebatir, sobre todo, si comparábamos los publicados en España desde finales del siglo XIX y a lo largo del XX con los publicados en el mismo periodo en Francia. Bastaba solo con echar un vistazo a la bibliografía de diarios íntimos publicados que estudian o consultan en sus respectivos y homónimos libros Alain Girard (1963) y Beatrice Didier (1976) para darse cuenta de la diferente dimensión editorial que el diarismo había tenido en ambos países.

Es cierto que la situación comenzaría a cambiar gradualmente a partir de la década de los años noventa, cuando se puso de moda, sobre todo entre los poetas, publicar diarios literarios o de escritor, es decir, escritos ya con la previsión de su edición. De cualquier modo, era difícil aceptar que no se hubieran escrito apenas diarios íntimos en casi toda la centuria precedente de la misma manera que los hubo en otros países europeos de nuestro entorno cultural. Si en los últimos años el estudio y la edición de textos autobiográficos habían supuesto una innegable

normalización de la literatura memorialística, la de los diarios estaba todavía pendiente, con la única y señera excepción de una notable antología de diarios íntimos españoles (Granell y Dorta 1963).

Casi diez años después del primer encuentro con Philippe Lejeune, resumí la investigación sobre la práctica del diario realizada en los años precedentes en *La escritura invisible. Testimonios sobre el diario íntimo* (2000). La tirada inicial del libro se agotó y su primera editorial, Sendoa, desapareció hace más de una década. Dejo aquí un recuerdo *in memoriam* y mi público agradecimiento a Joaquín Berasategui, director de aquella editorial benefactora, y a su admirable bonhomía. Aunque hacía tiempo que el libro estaba descatalogado, y mucha gente lo buscaba y lo pedía en los últimos años; no solo en España, sino desde Argentina, México o Brasil. Solo me quedan dos ejemplares: uno que guardé para mí y otro que encontré en una librería de viejo, que yo había regalado y dedicado a un querido compañero de trabajo en su jubilación que, años después, cuando murió, su viuda decidió saldar junto con el resto de libros de su biblioteca.

En el momento de su aparición, el libro tuvo cierto impacto en España por la novedad de sus aportaciones. La prensa de papel (*El País,* entre otros), las cadenas de radio (SER, COPE y otras) y alguna televisión (TeleMadrid) prestaron atención mediática al libro. Menos eco tuvo en el medio académico español, todavía entonces poco interesado en esta variante de las escrituras. Fuera, el libro tuvo eco en Francia, Italia, México, Argentina y Brasil. En estos países americanos lo leyeron, sobre todo, el profesorado de educación secundaria y miembros estudiosos de la academia de historia de las escrituras ordinarias, desencadenando experiencias didácticas y de estímulo y fomento de la escritura diarística.

Aquel libro es, por tanto, el precedente del actual, en el que reedito treinta y dos testimonios de los casi dos centenares que recogí (véase capítulo 3, Testimonios del diario). Ahora van precedidos por un primer capítulo que pone al día el estado de la cuestión de los estudios sobre el diario y lo contextualiza, teórica e históricamente, situándolo en el marco de las escrituras autobiográficas. Además, establezco una diferencia específica de los diarios de la gente corriente con el resto de escrituras autobiográficas y con los llamados diarios literarios o de escritor. En el segundo capítulo hago una propuesta de *poética* de los diarios íntimos de la gente corriente, con un esbozo de sus principales características y funciones, a partir de los testimonios y diarios recogidos. En el cuarto capítulo recojo una serie de trabajos que fui realizando en los años posteriores a la publicación del libro de *La escritura invisible*. Son estudios que abordan diferentes aspectos de la escritura de los diarios ordinarios: la práctica diarística en la edad

escolar (del bachillerato a la universidad); los diarios adolescentes de las muchachas, titulado *Las hijas de Anna Frank;* un llamamiento al testimonio de las personas comunes que llevan diario; y el ejemplo de un *diarista* corriente que *rompió* la privacidad de sus diarios publicándolos en vida. He decidido incluir también en esta sección un estudio sobre los diarios de la escritora Laura Freixas, como ejemplo de diario íntimo de una mujer que comenzó a llevarlo sin la previsión de que se publicarían. A través de su diario da cuenta de sus aspiraciones humanas y literarias, y atiende a las contradicciones de una mujer feminista que tiene que negociar con la realidad: los obstáculos de una situación desigual para las mujeres. Además, también muestra las tensiones y escollos de la escritura de un diario íntimo cuando pasa del cuaderno al libro.

Con este libro retomo el testigo que dejé en el año 2000, con la ventaja de que, en los veinticinco años pasados, el conocimiento y el interés por los diarios son notablemente mayores que en aquella fecha. Pero soy igualmente consciente de que los diarios que aquí se presentan y estudian siguen siendo un territorio opaco e incógnito, al que ni la crítica periodística ni la académica terminan de otorgarle ni descubrirle los valores que encierra.

Este trabajo sobre los diarios íntimos de la gente corriente, aunque se encuentren en tantos aspectos en las antípodas de los diarios de escritor, no dejan de mantener con ellos una cierta hermandad, y ojalá se beneficiaran de la atención y difusión que gozan estos en las últimas décadas. En este sentido, no se debería olvidar que el aprecio de los diarios era aún menor en 1990, cuando apenas acababan de publicar la primera entrega de su posterior serie diarística Andrés Trapiello y José Luis García Martín. A ambos se les había adelantado Miguel Sánchez Ostiz, pero los de este no tuvieron la continuidad de aquellos y aparecieron y desaparecieron como un Guadiana diarístico. Entonces todavía se rescataban con dificultad los inéditos, aunque se conociese la existencia de algunos que serían con el tiempo considerados paradigmáticos; los de Gil de Biedma, por ejemplo, tendrían que esperar todavía años para que se publicasen íntegros y de forma póstuma. Incluso a los diarios publicados se les prestaba escasa atención desde el campo académico, y desconocíamos todo o casi todo sobre el hábito de escribirlo para uno mismo sin pretensión de publicarlo.

Además, fruto de todo este desinterés prevalecía una opinión negativa no solo sobre el diario, sino también sobre quienes lo llevaban: el género era considerado menor y sus practicantes inmaduros, narcisistas o exhibicionistas. Hoy, afortunadamente, ya no hay que pedir permiso para escribirlos ni publicarlos, ni sentirse culpable por leerlos o estudiarlos. Tampoco hace falta ser un militante o

entregado sacerdote de una religión prohibida que arriesga su vida o prestigio para seguir una senda torcida o sectaria: el diario ha conquistado el reconocimiento y el derecho a la normalidad.

Ahora reconocemos muchas facetas, funciones y señas de identidad diferentes en los diarios, del mismo modo que hay muchos enfoques y maneras de escribirlos, leerlos, estudiarlos o de utilizarlos como fuente de conocimiento literario o antropológico. El hecho de que este libro esté en las manos del lector es una demostración de esta nueva situación, tan distinta a la que he esbozado arriba. En definitiva, se puede concluir que se ha hecho visible una escritura casi oculta hasta hace poco.

Paradójicamente, la práctica de los diarios íntimos de la gente corriente podría considerarse desaparecida y obsoleta, arramblada por los blogs, las redes sociales e internet en general, donde prima y ha dejado de ser tabú la sobreexposición de la intimidad. Es uno más de los efectos que producen los medios de masas predominantes sobre los canales culturales tradicionales, de tal modo que la sobrexposición superficial de lo íntimo triunfa sobre su discreta profundidad: el ruido oculta el silencio recoleto.

Alguien podría pensar que el diario tradicional es una antigualla extinguida, propia ya de «carrozas» decimonónicos. Personalmente no lo considero así, porque los indicios, que tenemos de esta práctica en estas décadas iniciales del siglo XXI, demuestran lo contrario: se venden todavía muchos cuadernos-diario en la floreciente industria de la papelería actual y se llevan diarios a la manera tradicional, como demuestran los sondeos y encuestas que se realizan en países como Francia. En esta nación, con una cultura no tan alejada de la nuestra, se conoce que la población francesa, particularmente la que se encuentra en edad escolar, lleva diario de esta manera tradicional, que se podría pensar ya periclitada (Tabet 2024, 28-31).

Incluso si este gesto se considerase solamente una moda *vintage,* los diarios y diaristas que el lector se va a encontrar en este libro serían los últimos de Filipinas, los últimos y heroicos mohicanos que desaparecieron en combate, defendiendo la causa de la intimidad discreta. Merecen nuestro reconocimiento, porque nos ofrecen un ejemplo a seguir, un gesto militante; un modelo de cómo se puede resistir y luchar contra la ola de zafiedad apabullante que nos inunda. Confiamos en que su ejemplo cunda y la mediocridad sin vergüenza remita.

Aquí se hace también una defensa expresa de este hábito cultural que sirve a muchas posibles funciones personales, que van de la higiene mental al ejercicio intelectual, pasando por el gusto de escribir o de guardar memoria de lo vivido.

En estos tiempos de tiranía informática, en que los teléfonos móviles ocupan cada vez más el tiempo de las personas y roban espacio al diálogo silencioso y discreto con ellas mismas y con el resto, reservar una parte del tiempo que dedicamos a este artilugio diabólico para llevar diario es también una sugerencia que se desprende del libro.

Tradicionalmente se decía que llevar diario suponía encontrar un asilo de paz para reencontrarse con el *yo* íntimo. El diario era un lugar seguro, un refugio contra el resto del universo, contra el vacío y el vértigo que nos amenazaban. Hoy, la amenaza es omnipresente, y tiene la forma del uso invasivo y descontrolado de internet y de las redes sociales. En este contexto actual, escribir un diario privado y sin ánimo de influir ni de pelear ni convencer a nadie permite recuperar el diálogo perdido con uno mismo, tan necesario para relacionarnos bien con el resto y con lo que nos rodea. Llevar un diario supone también liberarse de la pérdida estéril del tiempo, de la dependencia tiránica que representa la exposición continua en internet. No sugiero que tiremos el móvil, pero si destinamos solo un tercio del tiempo que le dedicamos a este a la escritura del diario, nuestra vida puede mejorar notablemente. Se trata de comprar un cuaderno y comenzar hoy a llevar diario. Dicho de otro modo, más cuaderno y menos móvil.

Reitero, por último, que el libro pone al día el estado de la cuestión del estudio de los diarios, en especial de los diarios *ordinarios* o de la gente corriente, pero también podría servir de estímulo o referente investigador para los futuros estudios que continúen lo que aquí se ha comenzado, tal vez poniendo en relación la práctica común del diario tradicional con otras como el blog y la escritura en las redes sociales.

1. Teoría del diario

1.1. CONSIDERACIONES HISTÓRICAS

En opinión de Beatrice Didier (1976), el diario íntimo es el género literario más reciente, una consecuencia del individualismo propio de la modernidad y representativo de esta, de sus circunstancias, aspiraciones y logros. Por su parte, Alain Girard (1963) asegura que el desarrollo del diario moderno está ligado a la difusión del pensamiento ilustrado y al reconocimiento de los derechos humanos. Ambos idearios defienden y respetan por igual la libre expresión de los seres humanos y su reserva, es decir—y esto no debería olvidarse—, consagran la libertad de decir y de no decir, de contar y de callar.

Esta doble perspectiva —derecho a expresar las ideas públicamente y derecho también a guardarlas para uno mismo, para que queden en el ámbito íntimo o privado— produce una bifurcación moderna: el periodismo público (diarios o periódicos, difusores de ideas y hechos públicos) y el diarismo personal (diarios íntimos, reserva inexpugnable de la intimidad). Esto dará lugar, en ocasiones, a una relación tensa y contradictoria entre ambas opciones. Por ejemplo, es curioso que los diarios íntimos de monarcas, políticos o personas relevantes, pero también de adolescentes, suelan prestar poca atención a los acontecimientos históricos o políticos, cuando fueron, incluso, testigos directos. Estos, al desempeñar una actividad política, pueden buscar en el diario un refugio para su intimidad. Y es que quien lleva un diario es (o se considera a veces) un excluido social, una especie de exiliado interior, al que la sociedad le ha marginado. En relación con esto cobra significado el hecho de que hayan sido y sean todavía las mujeres las más asiduas practicantes del género.

Con respecto a la emergencia y primer desarrollo del diarismo moderno, Lejeune realizó una investigación de los diarios íntimos, tanto de los publicados como de los inéditos, que están depositados en la Biblioteca Nacional de París —él prefiere llamarlos *personales* por entender que no todos los diarios son íntimos—. En su estudio muestra que el diario personal aparece en Francia entre los años 1750 y 1815. Justo en esos años y, en paralelo, se iría consolidando una nueva concepción del individuo fundada en la idea de intimidad, secreto, gestión y dominio del tiempo o mejora del cuidado personal (Lejeune 2016).

Como cualquier otro fenómeno sociocultural, el diario tiene reconocidos precedentes con funciones distintas a las expuestas por Lejeune. Antes de los diarios modernos, desarrollados a partir del siglo XVIII, cabe destacar los libros de cuentas o de familia, las bitácoras de navegación y los diarios espirituales.

Antes incluso de estos tres precedentes del diario, que veremos a continuación, cabe destacar el ejemplo de escritura del *yo* en la Grecia clásica, donde existía la idea del *cuidado de uno mismo;* es decir, la utilización del pensamiento como un instrumento al servicio del autoconocimiento y del bienestar personal. En Grecia escribían los conocidos *hypomnémata,* que eran una especie de anotaciones individuales concebidas como instrumento de ayudamemoria o de guía de vida a los que se volvía con fines de meditación ulterior. En opinión de Foucault (1983), esta práctica no tenía la función que tendrían después las escrituras del *yo,* consideradas por el filósofo francés como prácticas disciplinarias y de control, que revelarían una microfísica del poder en las instituciones familiares, sociales y escolares.

En realidad, en la Antigüedad clásica, tanto en Grecia como en Roma, no se conoce una práctica escrita comparable al diario de la modernidad — o, al menos, no se han conservado—. Lo que existía era una práctica de examen de conciencia mental que revisaba lo que se había hecho a lo largo del día con el fin de mejorar la vida, de controlarla en un sentido estoico y de lograr o mantener la serenidad ante los contratiempos de esta. Se sabe que esta práctica reflexiva, nunca escrita, la ejercía Pitágoras en el siglo VI a. C. en Grecia. En Roma, gracias a las famosas *Cartas a Lucilio* (siglo I), sabemos —tal como Séneca le cuenta a Lucilio— que el filósofo cordobés pasaba revista mentalmente cada noche a lo que había acontecido, hecho o pensado a lo largo del día. Pero si tenemos noticia de este hábito es debido a que Lucilio le había pedido a su amigo que se lo contase, porque el resultado de la meditación no se registraba por escrito ni tuvo nunca carácter de diario. En esta misma senda hay que considerar el *Manual de vida* de Epicteto o las *Meditaciones* de Marco Aurelio, que nunca fechan ni ordenan temporalmente sus reflexiones porque están anotadas fuera del fluir del tiempo en una suerte de

presente inmóvil. Dos siglos después, los primeros cristianos desarrollarán también el examen de conciencia como ejercicio espiritual para corregir o reprimir los pecados, lejos del equilibrio o de la serenidad estoica. Algunos de sus primeros ejemplos los encontraremos a través de san Antonio y san Basilio, que anotan sus pecados o tentaciones con ese fin.

Ninguna de estas prácticas espirituales, mentales o escritas, es equiparable con lo que caracterizará al diario. Estas prácticas no se pueden catalogar de diarios por tres razones fundamentales: el concepto del tiempo, el soporte de escritura y la idea de intimidad eran radicalmente distintos a los que comienzan a desarrollarse a partir de la Edad Moderna. La aparición del papel, que vino a sustituir de forma más económica y democrática a los anteriores soportes de escritura (papiros, pergaminos o tablillas enceradas); además de la generalización del reloj —sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVIII— en el campanario de los monasterios e iglesias y en la torre de las plazas públicas; así como la difusión del almanaque anual, como forma de aprovechar y mejorar el empleo del tiempo, tendrán, como veremos abajo, una influencia decisiva en el desarrollo del diario, también en otros ámbitos comerciales, económicos y sociales.

Tampoco se podría considerar la confesión cristiana como un precedente o inspiración del diario moderno, aunque recuperase tardíamente el examen de conciencia de los clásicos y de los reformistas religiosos. En primer lugar, porque en la confesión católica, siempre tutelada por un confesor, el examen no podía ser totalmente independiente ni personal. Y porque la función es totalmente distinta: la confesión representa un camino de humildad para conocer a Dios y hacerse perdonar los pecados. Por ejemplo, en las comunidades religiosas católicas había unas tablillas de madera donde se apuntaban los pecados, que se borraban una vez confesados.

Estamos, por tanto, todavía muy lejos de la idea del diario personal, pero desde la Antigüedad, y sobre todo desde el Renacimiento, se viene produciendo una progresiva individualización de la vida social y del uso y disfrute del tiempo. En ese lento proceso se encontraría el germen del diario. Frente a los fueros o leyes que rigen la colectividad y que constriñen al individuo, el diario vendría a ser el medio de afirmación y expresión del *fuero interno,* una suerte de *tribunal* individual que rige la conciencia de cada cual (Lejeune y Bogaert, 2006, 22).

1.2. TRES PRECEDENTES DEL DIARIO ÍNTIMO

Dejando al margen los ejemplos arriba aludidos, los libros de cuentas o de familia fueron tal vez los primeros diarios personales. Al parecer existieron en Roma, si bien no se han conservado, pero se conoce su existencia por comentarios en otros documentos, escritos o literarios, como en el *Satiricón* de Petronio. Estos libros nacieron de la necesidad de anotar los ingresos y salidas de los negocios familiares, y para documentar la propiedad de los bienes. El padre era el que llevaba la contabilidad y le traspasaba el libro al mayorazgo, junto con los bienes de la herencia. Esta costumbre constituye de hecho un libro de escritura colectiva, en el que los sucesivos herederos irían incorporando su propia crónica familiar. Ocurriría que, poco a poco, con el paso del tiempo —los primeros ejemplos conservados son florentinos y datan del siglo XIV— entre las anotaciones contables se irían infiltrando los acontecimientos más felices de la vida familiar: nacimientos, bodas y viajes; como también las desazones y desgracias de la vida: conflictos familiares, muerte, enfermedades o catástrofes naturales. Este origen contable se conserva o deja su huella en los términos «entrada», «llevar diario» como sinónimo de llevar la contabilidad. También algunos diaristas han llevado sus diarios en libros de contabilidad o *dietarios,* nuevos o inacabados. Entre los ejemplos de esta clase cabe destacar los diarios de Ramón Gómez de la Serna, que eligió el libro de contabilidad para llevar los suyos durante buena parte de su vida. Desde este punto de vista, el origen de los diarios se sitúa en sociedades comerciales burguesas, y esto, que parece una casualidad, no lo es en absoluto, pues el registro de la propiedad y el control del tiempo son conceptos ligados estrechamente al modo de vida burgués (Lejeune y Bogaert 2003, 36-41). Del libro de cuentas quedará en el diario moderno el gusto por el cómputo y el atesoramiento de experiencias vividas. El diarista conserva del contable el deseo de hacer figurar todo en el inventario sin hacer juicios de valor, a veces, sin elegir ni seleccionar. «Pero el diario tiene una superioridad sobre el libro de cuentas. Mientras que este último hace hincapié, sobre todo, en anotar las pérdidas, el diario posee una virtud paradójica de recuperación. El tiempo perdido será menos dilapidado, porque su desperdicio habrá sido registrado en el diario. El diario íntimo es una forma de ahorro. Todo puede ser utilizado, capitalizado» (Didier 1976, 52). Sin embargo, en la lengua castellana no se conservan apenas libros de cuentas por razones históricas, económicas y sociales. En la Corona de Castilla, a diferencia de la Corona de Aragón, del Reino de Valencia y de otros territorios de su influencia, como el condado de Barcelona, hay que destacar la inexistencia de archivos patrimoniales que no sean nobiliarios o reales. A esta circunstancia no sería ajena a que la institución del mayorazgo no se perpetuase en Castilla como en la Corona de Aragón, donde el mayorazgo

impedía la fragmentación de la heredad de las propiedades familiares, a cuya continuidad y documentación escrita servían los libros de cuentas o de familia en la mayoría de los casos (Castillo Gómez 2015; Mandingorra Llavata 2002 y 2007; Torres Sans 2000).

Casi al mismo tiempo que los libros de cuentas, los diarios de navegación o bitácoras, y relacionados con estos, los diarios o libros de viaje constituyen uno de los precedentes más señalados de los diarios personales. Estos libros estarían ligados íntimamente al afán comercial, al gusto por la aventura y al deseo de descubrir y conquistar nuevos territorios. Según consta, los fenicios, tres mil años antes de Cristo, anotaban ya en tabletas de arcilla los contornos de las costas y los itinerarios de sus travesías por el Mediterráneo. Desde entonces, de manera destacada en la Baja Edad Media y en la Edad Moderna, al socaire de los descubrimientos, el auge de la navegación y de los medios tecnológicos que la facilitaban, se desarrollarían, de manera cada vez más minuciosa, los registros de los viajes marítimos. Una de las bitácoras más impresionante sería la que llevó Colón en su primer y tercer viaje a las Indias. El original se perdió, pero se conserva hoy gracias a la copia resumida de Bartolomé de las Casas:

> Domingo 9 de septiembre. Aquel día perdieron de vista la tierra completamente. Temiendo no volverla a ver durante mucho tiempo, suspiraron muchos y lloraron. El almirante los reconfortó a todos con promesas de tierras y riquezas, a fin de que conservasen la esperanza y perdieran el miedo que tenían de un viaje tan largo...

El diario continúa describiendo el clima y la naturaleza paradisíaca y, de manera maravillada, el encuentro con las personas indígenas, hombres y mujeres desnudos, que les acogen con una hospitalidad y respeto admirables, porque los creen llegados del cielo. De aquí al cuestionamiento de la identidad y a la reflexión sobre la complejidad e intimidad del ser humano no habrá ya más que un paso (Lejeune y Bogaert 2003, 30-35).

Por último, en el origen de los diarios íntimos modernos, pero con muy diferente motivación y función, se encuentran los diarios espirituales (de oración o de examen de conciencia), que nacerían al calor de la Contrarreforma, de la fundación de la Compañía de Jesús, de la institución y desarrollo del sacramento de la confesión. Los pocos conocidos, pues no son muchos los conservados, pertenecen a los siglos XVI-XVIII. Era una escritura que no se difundía fuera de las congregaciones y no solía traspasar los muros de los claustros; por otra parte, la mayoría de estas fue destruida en el curso de los accidentes históricos que se fueron produciéndose en el paso del tiempo. De todo ello se ha deducido que esta modalidad de diarios

no tuvo influencia en la aparición de los diarios íntimos modernos: el diario espiritual no fue el padre del diario moderno, si acaso, su primo. Estaban destinados a llevar al día el perfeccionamiento moral del creyente, y le servían además como apoyo y compañía de la aventura mística y de su relación con Dios. El fin era guardar memoria y agradecer los bienes recibidos. De hecho, el alma del diarista mantiene un diálogo permanente con Dios y consigo misma en un deseo de ascesis espiritual... Sin embargo, el examen no es totalmente independiente ni personal, pues está tutelado por el confesor y siempre como un camino para conocer a Dios. Para este fin, como se ha dicho, había unas tablillas de madera, donde se apuntaban los pecados, que se borraban una vez confesados. Estamos todavía muy lejos de un diario personal, que solo será posible con el libre pensamiento ilustrado (Lejeune y Bogaert 2003, 56-59). En España tenemos dos notables ejemplos de diarios espirituales del siglo XVI: el de san Ignacio de Loyola y el de santa Teresa (Caballé 2015, 214-218 y 279-280).

Sin embargo, la Iglesia católica ha desconfiado del diario en general. Si bien el catolicismo invitaba y animaba al creyente al perfeccionamiento de la conducta humana, se entendía que la contemplación ensimismada del *yo* podía incurrir en el pecado de soberbia y devenir en un comportamiento autocomplaciente y vanidoso. Del diario espiritual queda en los diarios modernos la idea de autocontrol y mejora moral. Si en los primeros era el confesor o preceptor religioso el guía y supervisor, en los de las muchachas casaderas o en el de las adolescentes tienen un fin didáctico o controlador por parte de las figuras paternas o educadoras (Lejeune 1993; Alberca 2010). El catolicismo fue más reticente con la escritura del diario que otras religiones. En la iglesia ortodoxa y en la protestante no se percibe esta animadversión a la expresión escrita del yo. En la actualidad, la acusación del pecado de soberbia, con el que la Iglesia católica reprimía la libertad de expresión de los creyentes, ha sido sustituida por la de narcisismo. Por otra parte, no se debe pasar por alto que dos calvinistas ginebrinos, Amiel y Constant, fueron autores de dos de los grandes diarios del siglo XIX. El diario personal o íntimo no se pudo desarrollar en Europa antes del siglo XVIII, como han señalado la mayoría de sus estudiosos: Girard (1963), Didier (1976) o Pachet (1990/2001), porque no sería hasta este siglo cuando se darían las condiciones de libertad de expresión y de derecho de reserva que presiden el género.

Por su parte, Lejeune resalta que, hasta el siglo XIX, tampoco existirían las condiciones materiales precisas, como la producción suficiente de papel a un precio moderado, ni la popularización de las tecnologías para medir y administrar el tiempo, como el reloj y el almanaque. En el hecho de anotar diariamente los

sucesos cotidianos late una nueva percepción del tiempo, instaurada por los sectores sociales más dinámicos e innovadores. Así, la idea del tiempo premoderno, cíclico y circular, se va a trasformar en una concepción lineal, un tiempo medido y omnipresente en los relojes de las plazas públicas y en los calendarios, que se popularizan en el siglo XVIII. Este cambio del tiempo cíclico al lineal, del día y la noche al reloj, que mide minutos y horas, supuso un cambio profundo y fue una revolución en la vida cotidiana de las personas. A partir de entonces, el reloj se iría difundiendo hasta presidir el espacio público en la torre de las iglesias, en las fachadas de ayuntamientos y monasterios o en las naves de las fábricas, para posteriormente miniaturizarse en la muñeca de cada persona (Lejeune y Bogaert 2003 y Lejeune 2016). En resumen, en la modernidad, y de manera particular a partir del 1800 se irá produciendo un acceso más democrático al papel, al almanaque y al reloj; un conjunto de circunstancias que favorecería la práctica del diario.

1.3. EL DIARIO ÍNTIMO, DE AYER A HOY

Pero, dejando al margen sus posibles orígenes e historia, antes de convertirse en un género literario, la práctica del diario fue (y es) una costumbre imperiosa o una necesidad psicológica (no comprendida normalmente por los no diaristas), que dependiendo de la motivación y de la constancia del diarista será más o menos efímera o duradera. Es también un hábito cultural, un entretenimiento, una forma de guardar memoria de los hechos o propiedades, un útil y práctico instrumento; una «escritura ordinaria» al servicio de la vida cotidiana (Fabre 1993).

Otra característica que distingue, de forma más acusada, al diario de otros géneros, sean literarios o no, es su falta de correspondencia entre escritura y publicación. Tradicionalmente, y hasta finales del siglo XIX, fue así. El diario no se concebía, ni siquiera entre escritoras y escritores, como un texto para ser publicado, y aún menos en vida. Se escribía para exclusivo uso personal o para un círculo próximo y reducido, nunca con la finalidad de la imprenta. El diario era la hucha o depósito de los secretos del diarista, un amigo discreto y fiable que no era desleal nunca. En este sentido, entre las numerosas aportaciones que Lejeune ha realizado al conocimiento de los diarios, cabe destacar el haber desplazado el foco de su estudio de los publicados en forma de libro, como casi siempre se había hecho, a la investigación de la práctica y características de los inéditos, que la publicación normalmente no puede reproducir, porque muchos elementos singulares de esta forma de escritura se pierden en su paso por la imprenta.

Con este cambio de perspectiva, Lejeune ha ido revelando en los últimos años un inmenso territorio desconocido. Con anterioridad, los estudios literarios solamente tenían en cuenta un pequeñísimo porcentaje de los millares y millares de diarios escritos que normalmente no llegan a ser publicados. Por tanto, Lejeune advirtió algo fundamental que nunca debemos olvidar a la hora de estudiarlos: tener en cuenta solo los editados es pretender describir un iceberg observando únicamente la punta emergente e ignorando su inmensa masa invisible. En conclusión, la edición y la escritura del diario son dos fenómenos distintos que no debemos confundir. Para Lejeune, llevar uno es un hábito ligado a la vida o, como él mismo defiende más explícitamente, para muchos diaristas resulta «una forma de vida» (Lejeune y Bogaert 2006).

Desde este punto de vista, el diario tiene un carácter artesano, pues se suele conceder una importancia esencial a los aspectos materiales de la escritura o de su soporte, que no son secundarios en absoluto sino una expresión física y corporal de la intimidad del diarista. La aparición del cuaderno y su posterior uso generalizado a partir del siglo XIX, además de la creciente institución de la escuela pública, permitirían que un sector amplio de la sociedad pudiera escribir sin apenas limitación económica. Desde el siglo XVI el papel había dejado de ser un bien escaso y su progresivo abaratamiento facilitó el acceso a la escritura y al testimonio escrito. También permitiría que nuevas capas sociales disfrutasen de lo que hasta entonces había sido accesible solo a la clase privilegiada. En este sentido, es claro que el diario no podía aparecer cuando todavía se escribía en tablillas de madera o cerámica. El abaratamiento del papel y su consiguiente popularización serían hechos imprescindibles para que el diario se convirtiese en una práctica o hábito cultural interclasista.

En la escritura del diario, la elección del cuaderno en cualquiera de sus posibles formatos, el instrumento o útil de la escritura, el color de la tinta, los objetos o recuerdos que se guardan a manera de herbario y se integran en el cuaderno (fotos, *tickets,* servilletas, hojas de árboles, mechones de cabello, etc.), hablan del estado de ánimo y de la personalidad del diarista. Estos elementos no son mero adorno, sino una extensión o proyección de la persona que escribe. Todo esto, que también forma parte entrañable del diario, desaparece en una hipotética publicación y, si se intenta reproducir, ya no podrá tener la forma y los matices del original. Además, las tachaduras, correcciones o posibles *pentimenti* en el cuaderno o en el original se pierden casi siempre en el paso de este a la imprenta.

Se podría aducir que esto ocurre en cualquier texto o manuscrito cuando se prepara para su publicación. Pero existe una notable diferencia entre las correcciones

de carácter, digamos, estilístico o gramatical, estético-literario incluso, y las que se hacen por motivos de rectificación moral o de autocensura. Estas correcciones se pierden normalmente en el texto impreso, desapareciendo en consecuencia las vacilaciones del diarista al anotar determinados hechos o sus propias reservas y ocultaciones.

Con la aparición y la generalización del ordenador personal, el desarrollo de internet y las plataformas ligadas a este, la escritura diarística de la gente común ha mutado también de manera inesperada o, al menos, se ha diversificado en una corriente nueva e insólita. Como se verá más adelante, no es un simple cambio de forma o de instrumentos y soporte de la escritura. En un principio, el ordenador, por ejemplo, podría considerarse más artificial que el cuaderno, pero esto mismo no deja de ser arbitrario, pues ningún soporte es indiferente y cada uno tiene sus particularidades, ya que siempre está sometido a hábitos y costumbres culturales. El diario llevado en el ordenador permite el retoque, el cambio o el trabajo del texto sin que se noten las tachaduras. En resumen, la incorporación de estos nuevos medios lleva consigo una notable transformación de las funciones del diario. Del mismo modo que antes se guardaba los diarios en cuadernos o archivos durante años, ahora es expuesto rápidamente en los blogs casi al ritmo que se escribe y para un lectorado amplio (Lejeune 2000).

1.4. EL DIARIO Y EL GÉNERO AUTOBIOGRÁFICO

El diario constituye la manifestación más personal, espontánea, accesible, numerosa y *democrática* del género autobiográfico: solo se necesita un bolígrafo y un cuaderno o un ordenador personal, y ganas de escribir sobre sí mismo. Curiosamente, los diaristas tienen una idea, podríamos decir que intuitiva o *natural,* de lo que es un diario, incluso sin haber visto nunca uno ni tampoco haberlo leído. Esto, al menos, confirman las investigaciones sobre los diarios de la gente común: la mayoría de ellos reconocen que comenzaron a llevarlo sin haber leído ninguno antes. Se empieza haciendo pruebas o tanteos, sin un plan o una idea predeterminada. El primer conato no suele progresar, se intenta varias veces hasta que se consolida el hábito, se le coge el ritmo adecuado o se obtiene el fruto esperado. El aprendizaje del diario sería, por tanto, una suerte de autodidactismo inducido por una serie de factores aparentemente contradictorios, como son el control de los padres o educadores y el autocontrol y disciplina personal. En resumen, con el diario íntimo se consagra la libertad para decir y para guardar los secretos.

Una paradoja más: siendo el diario la escritura autobiográfica más frecuente y numerosa, resultó ser durante mucho tiempo la menos estudiada en sus posibles valores literarios y humanos y la más ninguneada. Pesaba sobre el diario una doble marginación motivada por un doble prejuicio. Uno de tipo literario, que lo califica como un género menor o lo descalifica totalmente por no considerarlo literario. Otro de carácter moral, que lo margina o impugna al considerarlo una práctica o costumbre vergonzante, por escondida y secreta. Esta descalificación la interiorizan, de manera culposa muchas veces, los diaristas, haciendo suyas las descalificaciones que los enemigos del diario establecieron en una larga e injusta tradición de improperios. Son juicios morales herederos de las amonestaciones que la Iglesia católica dirigía a quienes hablaban de sí mismos en primera persona sin vergüenza ni rebozo: los consideraba débiles o soberbios. A este propósito dice Lejeune, rechazando los juicios sumarísimos contra diarios y diaristas:

> El diario es sencillamente humano. Tiene las virtudes y debilidades del hombre. Y las formas que reviste, las funciones que cumple son tan variadas que es muy difícil considerarlo como un todo. Uno de los fines de este libro es el de suspender los prejuicios que reposan a menudo en un limitado conocimiento libresco y, a veces, en las inquietudes que le inspiran a cada uno su interioridad, y el paso vertiginoso del tiempo (Lejeune y Bogaert 2006, 36-37; traducción nuestra).

El diario sería la quintaesencia de la llamada escritura del *yo,* porque concentra las virtudes de la libre expresión del sujeto, pero, al mismo tiempo, concita la máxima animadversión de los enemigos del diario, considerado por estos como el culmen de los defectos del género autobiográfico. Se suele tildar injustamente a los diaristas de egocéntricos, que se desentienden del mundo exterior y de los otros. Pero tenemos suficientes ejemplos que lo contradicen y demuestran que esto es injusto: Anna Frank, sin ignorar el momento crítico tan adverso en que vive, hace gala de una lucidez y un coraje extraordinarios. Y esto no impidió que la escritura del diario le fuese de una ayuda inestimable.

Antes de arriesgar una definición de diario personal, es preciso situar el diario en el campo de los géneros autobiográficos, particularmente en su relación con la autobiografía. En ocasiones, y de manera errónea, se confunden o identifican diarios y autobiografías, pero es evidente que, aunque coinciden en algunas características, se diferencian sobre todo en una. Los diarios y las autobiografías son registros literarios con el mismo tipo de lenguaje (relato en prosa), tratan un tema o cuentan una historia similar (la vida de una persona real o el relato

de la formación de su personalidad) y presentan la misma relación entre autor, narrador y protagonista (identidad de estas tres instancias, ratificada por el mismo nombre propio). Dicho en pocas palabras, los diarios y las autobiografías se someten a los dos pilares del «pacto autobiográfico»: el anuncio y compromiso de decir la verdad y el principio de identidad que confirma el mismo nombre propio (Lejeune 1975). O como parafrasea Piglia-Renzi, el pacto de identidad se cumple cuando «...el sujeto que está hablando, el sujeto del que se está hablando y el que firma es el mismo, o mejor dicho, tienen el mismo nombre, entonces es un diario personal» (Piglia 2016, 8).

La diferencia principal entre los diarios y las autobiografías reside en la perspectiva temporal. Mientras la autobiografía adopta una mirada retrospectiva y remota con respecto al episodio biográfico narrado, el diario se sitúa en el presente o en un pasado inmediato muy cercano a los hechos o pensamientos registrados: la distancia entre el momento de anotar y el hecho vivido pueden ir desde la práctica simultaneidad, escasas horas o minutos, a unos pocos días. Además, el diario tiene la particularidad de proyectarse hacia el futuro. En este sentido, me parece evidente que casi siempre el diarista adopta una mirada *bipolar:* un ojo lo tiene puesto en el presente, un presente por lo general molesto o desgraciado, y otro lo pone en un futuro que quisiera cercano, donde ya habrían desaparecido las desgracias del momento. Es decir, vive en tensión entre un presente que no le gusta y la esperanza de que la situación cambie en un futuro próximo. Y si, por el contrario, atraviesa un periodo de bienestar, teme que se quiebre y hace votos para que no ocurra. La primera opción se hace sobre todo evidente en los llamados diarios de crisis, que muchas veces funcionan como plegarias para que las cosas cambien a mejor, o cumplen la finalidad de exorcizar pesares y preocupaciones. Por otra parte, la inmediatez del diario no le impide al diarista recordar o incorporar episodios del pasado, pero lo hará motivado por un hecho o una reflexión al hilo de lo que está viviendo.

1.5. EL DIARIO Y SUS CLASES

Un diario (como su nombre indica) debe estar escrito al hilo de los días, sin otro plan que intentar apresar en la escritura el paso del tiempo y el poso que va dejando en el diarista. Por esto, en las entradas de un diario cabe todo lo que sucede en el tráfago o en el contento cotidiano. El diario puede absorber los grandes y los pequeños acontecimientos sin ningún orden o forma preestablecida, salvo

los que le impone la cronología calendaria. Las entradas, como se verá abajo con más detalle, han de tener una asiduidad o una frecuencia que permita percibir el conjunto como un continuo.

En su intento de trazar las bases para una poética del diario, Michel Braud ha definido este como una «evocación diaria o intermitente de acontecimientos externos, de acciones, de reflexiones o sentimientos personales y, a menudo, íntimos, dados como reales y presentando una trama de la vida del diarista» (Braud 2006, 9). Personalmente, sigo prefiriendo la definición minimalista que ve el diario como «una serie de huellas fechadas» porque permite englobar en dicha definición la mayoría de su variada tipología (Lejeune y Bogaert 2006, 22). Cada uno de los términos de esta última definición es relevante a la hora de entender en qué consiste la particularidad del diario sea este del tipo que sea. La palabra «serie» introduce la idea de *continuum* como un rasgo imprescindible. Dicho de manera sencilla, una anotación o dos, distanciadas en el tiempo, sin tensión ni ritmo, no hacen diario. Para que haya diario tiene que haber continuidad y ritmo en las anotaciones en un tiempo acotado.

El diarista inscribe en el fluido temporal una serie de *huellas* que registran lo vivido o ayudan a recordarlo. A juicio de Lejeune, la *huella* permite ampliar la definición a cualquier tipo de registro, no solo a la escritura. De hecho, hay diarios grabados, filmados, dibujados, fotografiados o como herbario de recuerdos u objetos, entre otras muchas y posibles maneras de llevarlo. Dicho de otro modo, el diario no es ya exclusivamente una práctica escrita, sino que abundan otras muchas maneras de registrar el día a día. En la exposición de Lyon de 1997, *Un journal à soi (ou la passion des journaux intimes),* Lejeune consiguió reunir un variado abanico de estas prácticas.

Por último, estas huellas deberán estar «fechadas», y este dato no es en absoluto menor, pues la omisión de la fecha tiende a ficcionalizar o descontextualizar las anotaciones. La fecha puede ser más o menos precisa (día de la semana, del mes y año, a veces la hora y hasta el minuto del registro), pero es, en cualquier caso, capital. Sin la fecha, un diario se convierte en un simple *carnet* (denominación francesa, apenas utilizada entre nosotros) o *bloc* de notas que se lleva consigo para escribir o poder recordar cualquier frase o hecho con vistas a su posible y posterior utilización. Esta función ha venido a ser sustituida y cumplida por la aplicación de notas del teléfono móvil.

El tiempo tiene un papel fundamental y decisivo en el diario, de aquí la importancia de anotar la fecha. El diario es un registro o cómputo del tiempo y

una manera de aprender a gestionarlo. Si el tiempo es oro, habrá que tratar de aprovecharlo, de modo que represente la manera de adquirir la disciplina para usarlo mejor. En este sentido, fechar cada registro no es un asunto banal ni un adorno, tampoco un simple recurso formal a manera de entradilla, sino que da cuenta y testimonia la veracidad de la entrada, al levantar acta de lo que se hizo y cuándo se hizo. No es solo importante lo que se ha hecho sino el momento en que se anotó.

Para algunos diaristas actuales, la fecha de las entradas se considera una cuestión relevante y, en cierto modo, constituye un *casus belli,* si se permite la exageración. Mientras que uno de los diarios más relevantes y comentados de los últimos años, *Salón de los pasos perdidos. Una novela en marcha* de Andrés Trapiello, borra la fecha de las entradas en cada uno de los más de veinte volúmenes publicados (cada volumen recoge, reelaboradas, las anotaciones de todo un año, pero sin indicar el día), la mayoría de los diaristas prefiere mantenerla porque consideran que es una seña de identidad del género o porque su borrado le produce la sensación de una deriva hacia otro sentido que le aleja de su carácter específico de crónica personal. Para José Antonio Montano, mantener las fechas en su diario es una suerte de atavismo, una superstición que le trae buena suerte: «(13-I-1997) Soy fetichista de las fechas. Empiezo este cuaderno hoy, porque el 13 de enero me trajo buena suerte hace dos años» (Montano 2023, 242). En otra entrada del mismo mes lo explica con argumentos con los que pareciera derogar a Andrés Trapiello, sin citarlo, en su estratégica elección de suprimir las fechas y nombres propios:

> (15-I-1997) La estrategia de colocar la fecha entre paréntesis no evita, sin embargo, que me fije siempre en ella. Está bien que esté ahí, aunque sea de modo discreto. Me disgustan los diarios sin fechas y sin nombres; puedo leerlos (y disfrutarlos), pero noto que algo importante se ha perdido en ellos. [...] Este procedimiento de poner la fecha entre paréntesis, como si no estuviera, pero estando, me parece ideal (Montano 2023, 243).

A la hora de estudiar los diarios sorprende (y choca paradójicamente) la legión de personas que los llevan, a pesar de la desconfianza y menosprecio que, como ya se ha dicho, han despertado tradicionalmente. Esta particularidad llevó a clasificarlos tendenciosamente por el carácter patológico de quienes los escribían (Leleu 1952) o por su inestabilidad o problemática personal (Pachet 1990/2001). Esta visión médica del diario, aparentemente laica, entronca con el moralismo y los prejuicios que el diario, y en general la autobiografía, ha despertado en el pasado en la Iglesia católica. En mi opinión, no merece la pena tenerla en cuenta, pues

no creo que exista un perfil psicológico ni propio ni exclusivo de quienen escriben un diario. Hay tantos narcisistas o ególatras, deprimidos o melancólicos entre quienes llevan diario como entre quienes no lo llevan.

Aquí vamos a referirnos a los que llevan la gente común sin intención de publicarlos ni de trasmitirlos más allá de un ámbito privado muy restringido, llamados también *diarios ordinarios,* en oposición a los que llevan los escritores con la intención de publicarlos o *diarios literarios*.

Diarios de la gente corriente

Los diarios de la gente corriente forman parte de las llamadas «escrituras ordinarias» (Fabre 1993). Las razones para empezar a llevar diario son diferentes y, a veces, contradictorias, del mismo modo que lo son los fines perseguidos, entre los cuales no suele encontrarse el de pretender legar una obra de arte a la posteridad. Cumplen una función más humilde, casi instrumental, pues tienen algo de mapa o brújula para no perderse en el piélago de la vida, a veces de termómetro íntimo para medir las oscilaciones del ánimo (Pachet 1991/2001). La mayoría se presenta bajo la forma de testimonio personal. Levantan acta de unos hechos pasados y de unas personas que tal vez ya no estén. Tienen la particularidad de apelar con la fuerza de su verdad y enseñar que pocas compañías hay más seguras y agradecidas que su escritura: nada más apropiado para sobrellevar la soledad, cuando esta pesa, por zafio que pueda parecer su contenido. En resumen, un diario puede ayudar a orientarse o conducirse en la vida cotidiana. Ningún ejercicio más tranquilizador y balsámico que escribir un diario cuando el vacío se instala en el ánimo, pues la escritura diarística es la mejor homeopatía para mitigar la desconexión del *yo* consigo mismo y aplacar los litigios y enfrentamientos con el género humano.

Como hábito, instalado a veces en la rutina cotidiana, el diario tiene sus rituales, sus propósitos y metas tantas veces incumplidos, sus situaciones propicias, sus lugares ideales para escribirlo y sus objetos fetiches. Por lo general quienes llevan diario tiene preferencias de hora (la noche o el final del día, sobre cualquier otro momento), de espacio (la habitación propia), de soledad y de silencio, acordes con el carácter privado que tiene su escritura. También con respecto al soporte y a los instrumentos de la escritura. Entre ellos, la libreta, el libro en blanco y, sobre todo, el cuaderno, se erige en el símbolo de la práctica hasta llegar a confundirse, pues la industria de papelería ha impuesto y el público ha identificado este soporte con el diario, hasta dotarlo de cualidades humanas («Querido diario...»). Pero desde el

folio, pasando por la servilleta o cualquier otro papel, hasta llegar al ordenador, al portátil o al teléfono móvil, todo puede servir para calmar esa compulsión a anotar que a veces impera en el diarista. Por otra parte, hay diaristas que no conciben escribir si no es con su estilográfica y con un determinado color de tinta.

La fuerte vinculación del diarista con el soporte y el carácter privado de su contenido, así como el secretismo del lugar donde se guarda —o, mejor, donde se esconde el diario—, hacen que todo esto forme parte también de la épica menuda de sus rituales. Dentro de estos, el diarista se impone compromisos, reglas y ritmos de escritura, y la consiguiente culpabilidad que le produce su incumplimiento. Como seres *vivos* que son, los diarios terminan su vida, a veces de forma ritualizada y otras por desidia. Como se verá abajo, las cuestiones del cierre, destrucción, transmisión, conservación y su hipotética publicación no son menos significativas que los momentos de la apertura y la escritura. En fin, el hábito de escribir un diario está rodeado de un conjunto de circunstancias que no son insignificantes ni absurdas, sino que están íntimamente ligadas a la vida del diario y del diarista (véase capítulo 2).

Diarios de escritor

En Francia se toma el año de 1887 como el hito en el que el diario de escritor cobra carta de naturaleza pública. Hasta entonces, y solo unos años antes y de manera contada, se habían publicado algunos diarios de manera fragmentaria. Pero aquel año aparecieron los de Marie Bashkirtseff y el de los hermanos Goncourt. A los dos les precedería en Inglaterra la edición del monumental diario de Samuel Pepys, llevado durante el siglo XVII y publicado en 1825. A partir de estos, el género empieza a gozar de una presencia editorial creciente, al mismo tiempo que, a raíz de la novedad, surgiría la disputa entre defensores y enemigos del diario (Lejeune y Bogaert 2003, 186). En España, habría que esperar cien años para que, al abrigo de la aparición de los primeros tomos de los diarios de Miguel Sánchez Ostiz, José Luis García Martín y Andrés Trapiello, se produjese una eclosión diarística y el consiguiente revuelo en torno al fenómeno con la división consabida entre los que se manifiestan a favor y en contra. Pero, evidentemente, también encontramos —aunque con una menor dimensión y con una definición vacilante, cuando no dudosa— ejemplos anteriores en España (Corrado 2000; Luque Amo 2020, 93-103).

¿Cómo podemos distinguir los diarios literarios o de escritor de los ordinarios? En mi opinión, un diario literario no lo es solo por el hecho de estar publicado.

Fue concebido y escrito desde su inicio con la finalidad de ser editado en forma de libro, destinado a la lectura pública, y porque, en el proceso que va de la escritura inicial a su publicación, sufrirá correcciones y retoques. Es precisamente esta concepción del diario como escritura para ser trasmitida lo que lo convertiría en un género literario más que, en su caso, irá también ligado a un cambio de mentalidad con respecto a la idea de la intimidad (véase Girard 1963).

Desde la óptica de la práctica ordinaria del diario, la corrección, rescritura o ampliación de las notas tomadas en un momento preciso no se entenderían o chocarían con el principio que lo preside, que, además de ser auténtico y sincero consigo mismo, no es otro que el hecho de escribirse solamente para sí y con la intención de preservarlo de la mirada indiscreta del resto. En los testimonios recogidos (véase capítulo 3), a veces, se hace explícito el rechazo, por inconcebible, de la corrección del diario, y como mucho una diarista se permite la corrección ortográfica: «Suelo releer los cuadernos [...], pero no suelo hacer correcciones, quizá una coma, un acento, cosas de ese tipo, no de contenido» (Testimonio 2). Otro testimonio precisa que sería un falseamiento la corrección del diario, cuyo valor radica en la espontaneidad y autenticidad: «Jamás realizo correcciones. Considero que la pureza del diario reside en el primer lanzamiento, en el texto en sí» (Testimonio 21). Cuando alguno de nuestros diaristas considera que la explicación o interpretación de un hecho es injusta o errónea, es decir, cuando se da cuenta en una lectura posterior de que debería corregir una entrada anterior, anota en otra su confusión o error, pero nunca borra, tacha o corrige lo anotado. Es un procedimiento que se puede ver con frecuencia en los diarios adolescentes, en que las muchachas, llevadas por la pasión o la ceguera, han hecho una interpretación equivocada de ciertas señales. Cuando comprueban una *metedura de pata,* la reconocen y proceden a registrarla en otra entrada (véase capítulo 4.3.).

Pero, tratándose de un escritor, esta cuestión de la corrección o ampliación es diferente, en la medida que se trata de alguien que considera su diario una obra literaria, y su aspiración es la de ser leído por el mayor número de personas. En cualquier caso, se trataría de una obra en cuya génesis hay una serie de cuestiones que la singulariza y la diferencia del resto de obras literarias. Estas diferencias serían fundamentalmente tres. En primer lugar, cuando en un diario se anota algo, hecho o reflexión, fruto o consecuencia de un momento determinado, no debe ser modificado nunca. Cualquier añadido, supresión, sustitución o desplazamiento realizado *a posteriori* desliza el diario hacia el campo de la autobiografía. Tal vez ganen en valor literario, pero pierden algo esencial del diario: la autenticidad del instante (Lejeune y Bogaert 2006, 23-24). En segundo

lugar, el diarista avanza a ciegas, sin saber cuál será el final, ni siquiera cuándo terminará la escritura. El diario no tiene término fijo; el final se desconoce y posiblemente no se quiera ni deba conocerse. Si el escritor no controla o no puede controlar completamente el final de su diario, tampoco elige el comienzo ni por dónde empezar, como puede hacer en una novela o en una autobiografía. El comienzo viene impuesto por las circunstancias que lo motivan. Solo cabe señalar que puede hacer tanteos, pruebas o intentos diversos y fracasados, antes de arrancar definitivamente. El comienzo y el final del diario no admite retoques. Por último, el diarista utiliza más la lógica del archivero que la del artista. Su fin es guardar la mayor cantidad de huellas o pruebas de lo vivido, mientras que, como artista, selecciona y utiliza solo lo que le ha de servir para la obra (Lejeune 2013, 334-339). En definitiva, modificar o revisar las entradas de un diario, que nacieron al calor de unos hechos, cuando se ha resuelto o disuelto la tensión que motivaron la escritura, supone desnaturalizar la sinceridad, el tiempo y la finalidad del diario. No quiere decir que no se pueda hacer. Pero lo que se escribe en un diario, como un acta de lo que está pasando, se modifica al corregirlo desde la atalaya de lo pasado y como pasado. La corrección, con vistas a la publicación, además de perder en su paso por la imprenta lo que de artesanal pueden tener muchos diarios, lo convierte tal vez en una obra literaria, pero diluye la tensión del momento que lo propició. En cualquier caso, la cuestión que plantea la reescritura del diario no es en absoluto de purismo, sino de responsabilidad y ética en la trasmisión de la verdad.

¿Qué margen de corrección puede soportar un diario con vistas a su publicación sin correr el peligro de falseamiento? Fundamentalmente, las correcciones de tipo ortográfico, léxico o sintáctico, que eviten las confusiones y las torpezas expresivas que, en el momento y la urgencia de la anotación, pudieran producirse. Junto a este aspecto de la corrección y limpieza del diario con vistas a su publicación, hay que considerar el de la selección de las entradas. Salvo las empresas heroicas y gigantescas de publicar íntegros los *diarios-río* de páginas incontables, la difusión editorial de ciertos diarios impone que estos sean debidamente seleccionados ante la imposibilidad de publicarse en su integridad. Lo ideal es que esta selección con vistas a la publicación la realice el propio diarista, sin incurrir en la tentación de la rescritura o del falseamiento del pasado. José Antonio Montano, que ha publicado en un tomo de trescientas páginas una selección de los diarios llevados durante una década, hace valer el criterio, a la hora de mandar sus cuadernos a la imprenta, de la necesidad de pasar a limpio la escritura primitiva. En esa limpieza se incluyen las correcciones estilísticas, que no afectan al espíritu de lo anotado en su momento, y una selección que evite la repetición y el tedio de la lectura:

> *(*11-*VI*-1997*)* Ahora lo único que quiero es terminar de pasar a limpio mis diarios, encuadernarlos y librarme de ellos. Una tarea atosigante y triste; infame también, en cierto modo; pero tiene algunas ventajas, que sólo son lingüísticas (desterrada la vida, queda el vestigio de la literatura) (Montano 2023, 252-253).

En cierto modo, y de forma purista, un diario íntimo publicado podría considerarse una contradicción en los términos, como se dice que Baroja sentenciaba a propósito de la cabecera de un conocido periódico de principios de siglo: «pensamiento y navarro, imposible». Íntimo y publicado, diario imposible. No hay ni puede haber diarios íntimos editados o escritos con la previsión de ser publicados. Desde este punto de vista, los únicos diarios íntimos editados son los póstumos, en el sentido *post mortem* más riguroso, es decir de diario *muerto* o definitivamente cerrado, distante del momento y hasta de la persona que en el momento de su escritura fue, pero ya no es.

Estoy de acuerdo con Laura Freixas, cuando, en el prólogo al *Diario* de A. Gide, defiende que la previsión de publicar en vida un diario íntimo lo podría desnaturalizar. Es un argumento al que no sería ajeno el propio escritor francés, que lo expresa también en determinados pasajes del suyo (Freixas 1999, 25). Y es que escribir un diario pensando en su publicación, incluso de manera póstuma, cambia necesariamente la perspectiva del diarista, modifica su sentido, le hace ser quizá más cauteloso, más trascendental o pretencioso, midiendo las consecuencias que podría desencadenar su versión de los hechos o de sus opiniones en otras personas y en él mismo.

Pero, incluso a pesar de esa previsión de enviarlo a la imprenta, los diarios de escritor heredan del diario ordinario cierta retórica intimista y secretista, que produce en el texto y en el diarista unas curiosas dudas y tensiones entre lo que puede decirse y lo que no. Witold Gombrowicz ha expresado de manera precisa y paradójica las contradicciones en la que se mueven algunos diarios de escritor: «Si escribo para los demás, ¿por qué finjo hablar solo? Si escribo para mí, ¿para qué lo mando a la imprenta?» (Gombrowicz 1988, 69). Por su parte, Rafael Chirbes, en sus diarios revisados para su publicación por él mismo, no escapa tampoco a este tipo de disquisiciones acerca de la intimidad, el pudor y la transmisión de la intimidad:

> ¿Por qué tener pudor también aquí en la intimidad de un cuaderno escrito para nadie? ¿Es que se puede escribir para uno mismo? Me digo que sí, que se puede escribir para recordar y comprenderse uno mismo, pero no acabo de creérmelo del todo. Entonces, ¿pienso que estos cuadernos acabará leyéndolos alguien que no sea yo? (Chirbes 2021, 137).

Ahora bien, aunque las diferencias entre los diarios de la gente corriente y de los diarios de escritor son evidentes, hay aspectos que tienden a diluir las fronteras entre ambos. Como se verá, una de las razones que alegan los diaristas ordinarios para considerar sus diarios como íntimos, o para no permitir que nadie (o casi nadie) los lea, son el pudor, la discreción y la privacidad de determinados contenidos, que están escritos solo para el propio diarista. Pues bien, los diarios de escritores y escritoras publicados, sobre todo de los que se publican en vida, son a veces el resultado de su selección y reescritura, en la que se han expurgado los nombres propios, los hechos y los pensamientos más íntimos que no se ha considerado oportuno dar a conocer, con lo que una parte del diario quedaría inédita por discreción o interés personal. Baste recordar a este propósito la diferencia existente entre la primera edición del diario de Jaime Gil de Biedma en vida, que apareció con el título de *Diario del poeta seriamente enfermo,* y la segunda edición, póstuma, en la que se incorporaron todas las entradas de sus escarceos eróticos, autocensurados en la primera.

Del mismo modo, aunque la mayoría de las personas que acudieron a mi llamamiento para dar testimonio de sus diarios declaran que no tienen ni tuvieron nunca la previsión de publicar sus diarios, hay testimonios que dejan entrever que alimentaron, a veces, ciertas aspiraciones literarias y editoriales, porque confiesan que el hecho de llevar diario les permite experimentar el placer estético y lúdico de escribir un diario. Por ejemplo, una diarista reconoce que se considera una «escritora potencial frustrada», que canaliza y proyecta en sus diarios este anhelo de ejercer «clandestinamente la profesión de literata [...] sin arriesgarme al fracaso comercial, a la crítica implacable de los editores y del mercado». Del mismo modo, esta diarista, vista la dificultad, imagina —pero sin mucho énfasis— una hipotética posteridad literaria, gracias precisamente a la publicación póstuma de los diarios: «A veces fantaseo con la idea de que a mi muerte sean publicados y me hagan famosa...» (Testimonio 32). No es muy frecuente encontrar, entre nuestros diaristas, candidatos a formar parte de la tribu literaria, aunque se haga evidente en los Testimonios 16, 21, 23 o 29. Tal vez lo que deba subrayarse es que, a diferencia de los diarios de escritores —pensados, escritos y reescritos como obra literaria—, la valoración que los diaristas ordinarios hacen de los suyos les aleja de la idea de *obra literaria:*

> En mi caso no le otorgo al diario el valor de una novela o de un poemario. No por mayor o menor calidad, por mayor o menor interés; cada clase de escrito tiene su finalidad. Una cosa es el diario, que considero íntimo y, por tanto, no publicable. Otra cosa es que el diario se novele, quitando, poniendo, retocando (Testimonio 21).

Algo parecido piensa otro de los diaristas que contestaron a mi llamamiento, a pesar de que también alimenta aficiones y aspiraciones creativas literarias:

> Difícilmente su elaboración [la del diario] puede ser tan cuidada como si fuera una obra literaria al uso, a no ser que el mismo diario se convierta en una de ellas (pienso en *El oficio de vivir* de C. Pavese y *El libro del desasosiego* de F. Pessoa). En última instancia, ¿qué hace literario a un diario? ¿Quién lo dota de esa noble categoría estética? ¿Cualquier diario «en bruto» sirve? ¿Hace falta salir del anonimato y haberse hecho con un nombre antes? (Testimonio 23).

Hay, sin embargo, un rasgo común que hermana, por encima de las diferencias, a los diaristas ordinarios y a los diaristas escritores, que es la autopercepción de su excepcionalidad: considerarse a sí mismos distintos al resto de personas por el hecho de llevar diario. Más sensibles, excéntricos o atípicos que el resto. Las diaristas de los testimonios 12 y 16 no tienen empacho en considerarse un «bicho raro». Para otro testimonio, el hecho de escribir un diario le lleva a preguntarse si no será un «bicho raro»:

> No conozco a nadie que haga un diario como el mío, ni mucho menos a nadie a quien el diario se le haya hecho tan imprescindible como a mí. Espero que tú me puedas ayudar a comprender si soy un bicho tan raro, y las implicaciones que esto pueda tener en la personalidad (Testimonio 30).

En los diarios de escritores, la conciencia de ser diferente se presenta bajo la forma de la genialidad artística, lo que les sitúa fuera de la grey y del común de los mortales, aunque luego su cotidianeidad los desdiga. No obstante, los diarios de escritor explotan esa diferencia, la convierten en enseña y potencia creativa, mientras que los diarios ordinarios la sufren sin poder rentabilizarla.

Estas coincidencias acercan, en cierto modo, a ambas clases de diarios. Sin embargo, la duda de publicarlos o no es, por supuesto, una característica propia de los diarios de escritor; en los de la gente corriente es algo que solo se plantea si se les pregunta. Por ejemplo, Ribeyro dice con respecto a la publicación del diario en un pasaje de los suyos: «No creo que tengan interés». Pero lo dijo con la boca pequeña porque, contra viento y marea, los siguió llevando con esta previsión, aunque en muchos momentos se cuestionara si valía la pena. Sin embargo, en 1992, decidió que los publicaría en vida en sucesivas entregas y debidamente reescritos y seleccionados, a pesar de conocer los problemas y peligros a que se exponía. Dicho sea de manera irónica: supo escapar a la tentación del «soliloquio estéril y secreto» del diario, sucumbiendo a este durante más de cuarenta años (Ribeyro 2003, 2). Pero, normalmente, los escritores no ignoran que una cosa es

llevar diario para uno mismo y otra muy distinta es llevarlo con la previsión de publicarlo. Esta cuestión aflora claramente en el de Chirbes, en particular cuando el director de una revista le pide unas entradas de su diario para publicarlas: «Se quiera o no, una cosa es escribir a vuela pluma en cuadernos que tienen vocación de combustible literario [...]; y otra muy distinta, hacerlo para el público...» (Chirbes 2023, 616).

Por tanto, la duda de llevar o no los diarios íntimos a la imprenta afecta solo a los diarios de escritor. Si se escribieron bajo esa vacilación, a la hora de editarlos se impone la idea de pasarlos a limpio, de seleccionarlos, incluso de reescribirlos, lo que se puede entender como una cuestión, digamos, de estilo o de mejora literaria. Pero no se trata solo de esto, sino de algo más complejo, como reconoce Chirbes, al revisar el suyo con vistas a su publicación:

> En los primeros cuadernos, lo personal, lo íntimo —relaciones, amores, aventuras sexuales, incluso algún viaje— forman el cogollo del texto, pesan demasiado [...]. Cortar. La cosa está en cortar lo anecdótico, dejar el tétano. También abundan en ese tramo las citas, que, en su mayoría, tendrían que desaparecer de cualquier texto que aspire a ser un texto pasado a limpio y no un fichero de lecturas (Chirbes 2023, 106-107).

Los verdaderos problemas a los que tiene que hacer frente el diarista escritor en el momento de la corrección o de pasar a limpio las entradas y a la hora de resolver la duda de publicar o no su diario, se refieren no tanto al tratamiento de la intimidad propia, sino de la ajena. Cuestiones como la de mantener o no el disfraz o camuflaje de los nombres propios y, sobre todo, al borrado de los pasajes más enojosos o controvertidos, incluso aquellos más o menos anecdóticos en los que terceras personas se podrían sentir heridas o desnudas:

> [...] en las páginas más personales tropiezo con el pudor, no con el pudor propio, que ese, siempre que sea exhibir limitaciones y no exhibirse como un gallo, me da bastante igual. Me refiero a las alusiones que pueda haber aquí y allá a otras personas. [...] pero está el pudor ajeno, personajes que aparecen o a los que se alude, con los que se comparten o se han compartido cosas que suelen hacerse en privado, o algunas que ni siquiera en privado parece correcto efectuar. Quitarle esas anécdotas a los primeros cuadernos es arrebatarles parte de su interés... (Chirbes 2023, 107).

Sin embargo, las dudas y tribulaciones —Chirbes era un espíritu crítico consigo mismo, incluso hasta atormentado— le persiguen a lo largo del diario, cuando corrige los cuadernos con el horizonte impreciso de una posible y futura publicación sin fecha determinada, y desde luego siempre incierta para él:

> La tarde, corrigiendo los cuadernos que, hace unos momentos, pasé al ordenador. [...] hay en ellos párrafos más o menos escabrosos, alusiones a conocidos y amigos, y vierto opiniones sobre unos cuantos novelistas que si vieran la luz [...] me causarían quebraderos de cabeza [...]. Suavizar esas opiniones u omitirlas es falsear el espíritu que impulsa esos cuadernos, sería difuminar mi manera de ver la literatura que encuentra sentido en ese taller del gusto que es la diaria lectura. De todas formas, poco importa que se publiquen o no, que salgan a la luz ahora o más adelante, o nunca [...] (Chirbes 2023, 459-460).

Si, por el contrario, el escritor tiene decidida de antemano la publicación, la autocensura o el control de todas estas cuestiones presiden su escritura. Si, además, se quiere hacer con ellos una *obra maestra,* las tentaciones y los problemas se acrecientan. Es el caso, en mi opinión, de los diarios de Piglia-Renzi, que, además de un evidente y gratuito desdoblamiento, concibe publicarlos con una organización temática, que, al parecer, no estaba en los diarios originales. Así distingue y separa por clases las anotaciones de cada entrada en asuntos políticos, relaciones amistosas, relaciones femeninas y amorosas, taller de escritura y diario de una novela, lecturas, cine y asuntos culturales generales (Piglia 2015, 2016, 2017). A mi juicio, esta organización altera y fragmenta aún más el contenido y la continuidad del diario de una forma insufrible, diseminándolo en celdillas y compartimentos estancos lo que, en realidad, se vivió de manera simultánea y, tal vez, caótica. El fallo de esta opción, siempre desde mi falible y personal opinión, reside en que a la anotación hecha en la instantaneidad de lo vivido —cuando los hechos o reflexiones acaban de ocurrir— se le superpone un posterior orden retrospectivo y memorialístico, que falsea y hasta traiciona la esencia del diario. El orden cronológico se mantiene y se respeta, pero de manera atemperada, porque ocasionalmente incorpora e introduce, en las entradas del diario, resúmenes narrativos hechos para la publicación, que reconfiguran desde el presente las anotaciones del pasado. En definitiva, esta sería una característica no solo de los diarios de Piglia, sino de todos aquellos que confiesan o suponen que han sido pasados a limpio —un eufemismo para evitar el término de «reescritura», total o parcial— que, en general, presuponen los diarios de escritor. En resumen, antes de enviar a la imprenta los suyos, el escritor de diarios debe resolver un sinfín de cuestiones que los diaristas corrientes no se plantean: ¿qué orden y forma definitiva darles? ¿Mantendrá la fecha de las entradas? ¿Eliminará los nombres o los camuflará? ¿Qué hará con las cuestiones escabrosas? ¿Mantendrá o borrará los secretos? ¿Cómo tratar los conflictos con amistades, enemistades y familiares? El resultado será distinto según el talante de cada autora o autor. Pero lo que no cabe duda es que esta revisión supone introducir una visión retrospectiva, diferente

y hasta contraria a la instantaneidad temporal del diario. Sin embargo, ese desdoblamiento de todo tipo —no solo temporal— al que da lugar la relectura del diario como fruto de la revisión de la escritura, produce, dentro del mismo diario, hallazgos tan logrados como el que reproduzco:

> *(5-IX-1995)* Pasando a limpio mi diario de hace unos años, he querido echarme una mano a mí mismo, desde la distancia. Me he sentido como si estuviese leyendo el diario de otra persona, furtivamente. Hubiese querido decirle algunas cosas al tipo que lo escribió, pero eso es imposible: porque ese tipo ya no existe, o soy yo, en todo caso (Montano 2022, 216).

En la literatura española, la publicación del diario en vida del autor o autora, o editado al tiempo que se escribe, es un fenómeno reciente, que ha venido a cambiar la concepción tradicional del género. En conclusión, ya no se lleva diario con la pretensión hipotética de publicarlo póstumamente, sino con la firme determinación de darlo a la luz. Cuanto antes mejor. Los literarios están, por tanto, concebidos, escritos y reescritos para su publicación. La mayoría de estos nuevos y apasionados diaristas han sido y son poetas, que tratan de defender, a veces desde la plataforma de su diario, sus posiciones en el siempre agitado y controvertido mundillo literario. De los numerosos diarios y diaristas, pocos han logrado la difícil continuidad de la escritura y, aún menos, la publicación.

Una fórmula propia y la perseverancia de la continuidad la consiguieron Andrés Trapiello y José Luis García Martín. Ambos se reparten la jerarquía de esta clase de diarios. Cada uno, con un estilo y una función distinta, se ha mantenido fiel a su proyecto, y han oscurecido prácticamente al resto. Los dos diarios están muy bien escritos, y el lector o lectora ya sabe, después de numerosas entregas, lo que se va a encontrar. En esta clase de diarios, el diarista suele ponerse en primer plano frente a sus lectores con total desenvoltura y, convertido en personaje, deviene a veces en una figura desafiante, cuya presencia resulta tan aplastante y absorbente que no deja ver nada más que a sí mismo y la realidad filtrada por él. Más allá no hay nada que merezca la pena. No hay lugar para la ambigüedad ni para la disensión, y el lector lo toma o lo deja. Son así, y si están bien escritos —como es el caso—, esa será su gracia y su atractivo. En resumen, Trapiello y García Martín comparten el galardón de ser los diaristas actuales más leídos y seguidos, aunque mantengan entre sí una pugnaz e inestable amistad, hecha de reconocimientos mutuos y no exenta de intercambio de venenos y de algún que otro pellizco de monja.

Sin embargo, para mí, García Martín ha creado un formato ágil, directo e intimista que seduce a sus lectores con las vicisitudes y pasarelas por las que transita un personaje muy bien construido. El diarista sabe exponer con desparpajo sus

contradicciones y deja siempre interrogantes pendientes en sus aplazadas confesiones. Martín cultiva dos perfiles (o más), siempre en contradicción con lo que cabía esperar, los explota hasta hacerlos tan próximos y creíbles que borran y ocultan el resto de Martines. Pero quien lee debe saber que todo es más complejo de lo que parece, y que el personaje no agota a la persona, aunque no comparezca ni se deje conocer. Martín juega a la confesión abierta para demostrar que su personaje expone sus certezas y sus contradicciones como la mejor estrategia de ocultación.

La modernidad de García Martín se encuentra en su raíz roussoniana. A la autobiografía española le ha costado encontrar una línea de confesionalidad moderna porque, como en tantas cosas, el país no estaba, al parecer, preparado en el dieciochesco siglo para cambios tan decisivos y revolucionarios como los que trajo la modernidad en otros países europeos. En el género autobiográfico nos faltó quizá un Rousseau; toda vez que la obra autobiográfica que podía haber llenado ese hueco, como fue la de Torres de Villarroel, contemporánea de la del ginebrino, no se entendió bien en la época ni se difundió debidamente después. Luego ese vacío se iría colmando de diferente modo a lo largo del siglo XX. Pues bien, García Martín es un diarista con el espíritu del ginebrino y, por tanto, moderno. A juicio del que suscribe, es el que mejor ha aprendido el arte de mostrar vicios y pecados para ocultarse o para pavonearse de ser el enemigo público número uno de los poetas españoles de la democracia.

Sin renunciar a la veracidad, Martín ha hecho del diario el arte de la paradoja y, por tanto, un lugar donde quien lee debe estar a la altura del texto y ejercitarse en su conocimiento chispeante e inteligente. Este es un diario en segundo grado y exige, por tanto, que se pongan en entredicho las aseveraciones rotundas; por ejemplo, cuando confiesa que es un ser muy hipócrita, debe percibirse que se trata de una ironía que hay que desmontar debidamente para seguir leyendo con propiedad. Porque resulta que, con frecuencia, el diario de Martín dice lo contrario de lo que afirma, insinúa lo que no ha dicho y recurre al humor y al despiste para que quien lee no le pille *in fraganti*.

Sin embargo, en su concepción del diario no juega al equívoco. Para García Martín el diario debe ser registro de lo que se hace o se piensa en un determinado momento, pues su finalidad es levantar acta de lo vivido en ese momento justo, indicando lugar, día, fecha y hasta hora; de ahí la importancia que tendrán para el diarista anotar con entradas fechadas, sin retoques ni cambios entre la versión que semana a semana publica en el periódico y la que aparece en el libro. Igual ocurre con los nombres propios. Los diarios no son novelas, tal vez alguien ahora,

o dentro de cien años, pueda leerlos como novelas, pero no lo son. Y los nombres propios de personas, de ciudades o de instituciones incluidas en un diario confirman, o al menos permiten comprobar, su deuda con lo real. Esos signos permiten conectar el texto con la realidad enunciada y es fuera del texto donde se completa o se problematiza lo escrito. En cambio, las novelas están cerradas o acabadas y, por principio, desconectadas de la realidad exterior (Alberca 2020).

Diario *versus* Dietario

En castellano *diario* y *dietario* son dos denominaciones confluyentes —hasta casi confundirse— para referirse a los diarios literarios. Hace todavía poco tiempo que el dietario era el tradicional libro de cuentas domésticas o empresariales y se ha utilizado también como soporte de anotaciones diarísticas. Es precisamente esta doble denominación la que permite establecer dos tipos de diarios, atendiendo al difícil y escurridizo concepto de la intimidad, según el cual conviene utilizar *dietario* para aquellos diarios en los que el *yo* o los *yos* del dietarista se constituyen en sus referencias más externas y públicas, sean estas de carácter social, cultural, político o intelectual. Y reservar la denominación *diario,* adjetivado de manera casi inevitable de *íntimo,* para aquellos textos que ponen por escrito las tribulaciones, inquietudes o certezas más personales.

Como acabo de apuntar, *intimidad* o *íntimo* son conceptos de difícil precisión y no creo que yo pueda esclarecerlos ahora completamente. Del mismo modo, creo que al abordar el estudio de estos diarios no se puede prescindir de ellos por problematizados que estén, no porque todos los diarios tengan que ser íntimos por necesidad, sino porque la mayoría de los aquí tratados son considerados así por sus autores. En sendos ensayos, breves pero imprescindibles, Aranguren (1989) y Castilla del Pino (1989) han coincidido al señalar que el íntimo, el privado y el público son los tres espacios distinguibles de la esfera de actuación del ser humano, sin separación entre ellos, pues en la práctica estos tres ámbitos distintos se entremezclan. Si en el espacio público residen y son observables los comportamientos sociales, y en el privado podríamos situar los interpersonales, en el íntimo se localizan aquellos actos o ideas que son inobservables por intrapersonales.

El adjetivo *íntimo* (proveniente de *intimus,* es decir, del superlativo del *intus* latino, cuyo comparativo sería «interior») significaba originalmente lo que se encuentra en lo más profundo o interior, referido, en principio, a los espacios cerrados (casas, templos, monumentos) o abiertos (territorios naturales o países). Progresivamente, sobre todo a partir del siglo XVIII, iría tomando el sentido que

le damos hoy, en paralelo a otros fenómenos que exaltaban o propiciaban el individualismo y la libertad en el ámbito doméstico, abanderados por la burguesía. En ese proceso, lo íntimo o la intimidad irían pasando a designar aquello que el sujeto considera que constituye su propio yo, es decir, una esfera de la persona que solo es accesible a través del conocimiento introspectivo. Al no perder el sentido originario de «lo más profundo o interior», lo íntimo de cada sujeto se asimiló también con el secreto, con lo que se esconde o está vedado a la mirada del otro. Lo íntimo no solo abarcaría al conjunto de ideas o pensamientos, sino también a esas partes del cuerpo, acciones o particularidades que no se franquean a nadie o solo a unos pocos (profesionales de la medicina o psicología, pareja o amistades íntimas, valga la redundancia).

El diario íntimo se insertaría, por tanto, en ese contexto. Se desarrollaría al mismo tiempo que el proceso arriba esbozado y, del mismo modo que el resto de asuntos íntimos, permanecería oculto o escondido, de manera que no sería conocido ni se mostraría a nadie, o solo a muy pocas personas. Lo paradójico de este asunto de la intimidad es que tanto el secreto como cualquier otra parcela de lo íntimo —como, por ejemplo, el diario— llevan aparejadas la contradicción y la duda entre callar o decir, de modo que los sujetos se ven asaeteados por la necesidad de comunicar o compartir los secretos con una tercera persona como manera de liberarse de la presión y la carga que representa el hecho de soportarlo en soledad.

Evidentemente, el sentido de lo íntimo, además de ser un concepto y una práctica diferentes según la civilización, cultura o religión, está sometido lógicamente a los cambios o evoluciones históricas, de modo que ha cambiado al unísono que han variado ciertos usos sociales relacionados con la intimidad, tales como la habitación, la higiene, el sexo o la salud (véase Artières 2022). En la actualidad, lo íntimo ha reducido su campo de influencia, sobre todo si lo comparamos con otras épocas anteriores. Lo íntimo está ahora muy limitado por la considerable y creciente parte de la vida personal que hemos concedido y elegido trasmitir públicamente, o que en muchas ocasiones se nos ha usurpado sin que nosotros lo hayamos permitido. Por los ejemplos que nos proveen los programas o filmes de tele-realidad y los contenidos de internet, sobre todo en las distintas redes sociales, podríamos pensar que lo íntimo ha sido devastado o profanado abusivamente hasta convertirlo en espectáculo, de tal manera que nos hace dudar entre dos consideraciones: ¿ha desaparecido realmente lo íntimo en esferas en las que antes casi nunca antes se osaba entrar? ¿O, por el contrario, como veremos abajo a propósito de los diarios de Miguel Ángel Hernández, se ha desplazado a otros ámbitos, pero en realidad no ha desaparecido?

Por este motivo, y también por el creciente desarrollo editorial de los diarios de escritor, resulte quizá poco apropiado seguir utilizando el marchamo de diario íntimo para estos diarios de escritor publicados, pues evidentemente en este caso se produciría una flagrante contradicción en los términos. En este sentido ha ido ganando terreno el adjetivo *éxtimo* en el ámbito francés, referido a esta clase de diarios, si bien en algunos casos puede dar lugar a confusión. El neologismo *éxtimo,* como contrario a *íntimo,* parece una invención que debemos a Albert Thibaudet, quien le dio el significado contextual de «crónica histórica» (Simonet-Tenant 2017, 322-323). Después de Thibaudet, en este mismo ámbito de las escrituras personales, ha sido utilizado también para designar la exposición desinhibida del *yo* en los medios de comunicación y en internet. Finalmente, fue Michel Tournier quien, en su *Journal extime* (2002), lo popularizó pero con un sentido diferente, como sinónimo de «diario externo», porque lo usa para indicar que no se compromete a entrar en la interioridad del yo, sino para mostrar o referir lo que puede ser visto por todo el mundo o es ya conocido. Es un sentido similar al que Annie Ernaux le había dado anteriormente a uno de sus diarios, *Journal du dehors* (1993). En este diario describe sobre todo escenas que ve en la calle, en el supermercado o en el tren de la periferia parisina, transcribiendo las conversaciones o frases escuchadas en estos sitios, cuya existencia le perturban o le producen dolor o ira.

Ahora bien, la llamada *vida interior* o el fuero interno, por dudosa que sea esta noción referida al fragmentado sujeto moderno, constituye el ámbito de la intimidad de los diarios ordinarios que nos ocupan. Quizás, la actual no sea la mejor de las épocas para el intimismo, pues, arrasado lo público por lo privado y reducido lo íntimo a su versión más frívola, el derecho a la vida privada ha sido cercenado al sujeto actual en su necesaria proyección social, dejando solo lo más superficial y aparente, en confluencia con el culto a la imagen y al propio cuerpo.

Por esta razón el diario íntimo podría ser todavía hoy uno de los recursos más importantes para la expresión, el cultivo y la auscultación de la intimidad, es decir, de aquello que nos identifica personalmente. En fin, el diario se convierte en el lugar ideal donde guardar y velar aquello que constituye la faceta más preciosa de la identidad, lo que nos hace ser lo que somos. La mayoría de estos diarios hablan de las fantasías, proyectos, ideas, reflexiones, frustraciones, miedos o sufrimientos, es decir, de aquellos actos internos, que escapan a los otros y cuyo acceso les está vedado.

Volvamos al comienzo para cerrar esta cuestión. ¿Quiere decir esto que en los dietarios no podemos encontrar intimismo? ¿No se puede percibir la intimidad cuando el dietarista comenta una obra de arte o anota la lectura de un libro o el

resumen de un espectáculo? Evidentemente sí, siempre que quien escribe haya sido capaz de explicar cómo ha tamizado dicha lectura, cómo ha ido posándose en su personalidad o cómo ha terminado por modificarle personalmente. Sin embargo, en la mayoría de los casos este diarismo es aprovechado para exhibir pretenciosamente el cúmulo de libros, países, paisajes, obras de arte y personajes importantes conocidos. Pero es evidente que diaristas y dietaristas son tan elocuentes por lo que cuentan como por lo que callan.

Blogs y diarios *online*

La última variante de los diarios publicados lo constituyen los blogs —que es, como se sabe, la contracción de *weblog*—. Es decir, un blog es un sitio en internet que contiene un diario personal con el relato de hechos, comentarios o reflexiones tanto de carácter general como privado. Es un fenómeno muy reciente, de finales del siglo XX, y está unido de manera estrecha a la aparición y generalización del uso de internet. Esta mutación de carácter —en apariencia, meramente técnica—, lleva consigo una modificación sustancial en dos aspectos fundamentales de la práctica diarística, porque cambia profundamente el concepto de temporalidad en la que se desenvolvía la vida del diario: ya no se lleva para guardarlo durante años, sino que se escribe para ser comunicado inmediatamente. También cambia la interlocución con los lectores, pues la posibilidad de intercambios entre autor y lectores está facilitada a través de la plataforma del propio blog o vía correo electrónico. Se convierte así, de hecho, una escritura personal y solitaria por definición en un instrumento al servicio del diálogo inmediato y del intercambio prolongado. Ya no se escribe demorando el encuentro con un lector futuro, ni menos aún para uno mismo solamente, sino para comunicar con un público teóricamente amplio e indiscriminado. De la lectura para pasado mañana o nunca, hemos pasado a la lectura inmediata, para ahora mismo, en simultaneidad con la escritura; y de la lectura distanciada y sin interrelación, hemos pasado a la interpelación recíproca de bloguero y lector. Incluso, fomenta en los mejores casos una cierta convivialidad. También, por supuesto, notables hostilidades. Por lo tanto, ofrece la posibilidad de mantener una corriente de comunicación continua con los lectores que entran en el blog y opinan, si lo desean, con total libertad. Pero conviene advertirlo: la conversación entre blogueros y lectores pocas veces deparan algo más interesante que un diálogo intrascendente.

El bloguero es un diarista que, desde su observatorio, mira el mundo y lo evalúa según parámetros radicalmente particulares, sin someterse a otro dictamen que los propios criterios, pues no se encuentra, en principio, sometido a ninguna editorial o empresa de comunicación que lo censure. Su libertad absoluta es su enseña y la verdadera identidad puede mostrarla o camuflarla bajo un «alias». Esa es su mayor contradicción y el límite del valor de sus opiniones. Es decir, contempla el espectáculo de un determinado panorama y, tal como lo percibe, al calor del momento, lo pone por escrito, al alcance de quien quiera leerlo, pero sin el riesgo de dar la cara ni hacerse responsable de lo que dice, pues su nombre verdadero no tiene por qué aparecer.

Estos serían los riesgos, pero no debemos olvidar las ventajas. Como Lejeune señalaba de manera premonitoria en el diario que llevó en su Web después de publicar *Cher écran* (2000): «Internet abre un nuevo modo de comunicación que desplaza todas las distinciones a las que el papel nos había habituado, hasta el punto de que tememos perder así nuestra alma. ¡Qué locura!» (véase *Autopacte,* página web de Philippe Lejeune).

¿Son incompatibles estas dos clases de diarios? ¿Ha matado el blog al cuaderno? ¿Indica el fenómeno de los diarios *online* que la transparencia ha ganado el terreno al secreto en los diarios actuales? ¿Se han borrado las fronteras entre lo íntimo, lo privado y lo público? ¿O tal vez es solo una apariencia o un simulacro? En realidad, son cuestiones diferentes y hasta contradictorias sobre un mismo y lábil territorio, que se refieren a dos planos distintos pero coexistentes. No se trata, como en la canción pop inglesa, que el blog, como hiciese el «video» a la radio, haya matado a la «estrella» del cuaderno. Indudablemente y depende de dónde pongamos el foco estos dos mundos paralelos —el de los diarios tradicionales y el de los publicados— parecen convivir y podrían hacerlo aún durante mucho tiempo.

Tenemos que volver, por fuerza, al concepto de lo íntimo, porque no podemos ignorar que, en nuestro tiempo, este ha mutado. Como hemos visto, lo íntimo era lo que debía ser escondido, aquello que no se podía mostrar en la mayoría de veces sin suscitar la reprobación social. Pero también lo que está en el interior del sujeto, lo que de manera específica le define. De ese mundo que no se podía comunicar, y que no se hablaba casi con nadie, se alimentaba el diario, y se sigue alimentado todavía tal vez. Durante el siglo XIX y buena parte del XX, la sexualidad no se mencionaba siquiera o se trataba solamente de manera alusiva. Desde los años sesenta en adelante este asunto se ha hecho explícito, ha perdido el carácter de tabú en gran parte y se trata sin pudor. Sin duda, ha cambiado el

concepto de lo íntimo y de intimidad en esta época, en que la trasparencia es un valor en sí misma y la exposición de lo más personal parece no tener límites, como nos muestran, por ejemplo, las redes sociales y las plataformas como Instagram o YouTube.

¿Dónde está hoy lo íntimo? ¿Cuáles son nuestros tabús? La escritura diarística de Laura Freixas nos sirve para observar cuestiones como la relación entre vivir y llevar diario, las diferencias entre el diario escrito para sí misma y el diario escrito para ser publicado y lo que cambia o puede cambiar cuando se da el paso de hacer público un diario llevado a lo largo de los años, como si nunca fuese a editarse (véase capítulo 4.5.). Pero esta es una cuestión, si se quiere, ya amortizada, porque ahora estamos habituados a ello.

Lo que modifica nuestro concepto de la intimidad y la propia idea de la escritura del diario es la forma actual de escribir el diario y publicarlo sin espera. Por ejemplo, el escritor Miguel Ángel Hernández confiesa en sus diarios —que publica primero por entregas semanales en las páginas de papel de un periódico, y también a veces en edición electrónica, para después editarlos en forma de libro— que la aparente desinhibición con que se muestra no deja de ser una ardid para ocultar lo verdaderamente íntimo. En el prólogo de uno de estos diarios explica que concibe su escritura como un medio de comunicación, más que de introspección: «La idea de escribir sólo para mí nunca me ha atraído demasiado» (*Presente continuo,* 2016).

La singularidad de los diarios de Hernández tiene que ver con una razón generacional. Por edad, el autor pertenece a los jóvenes que se iniciaron en el diario no con los cuadernos de pastas duras, hojas de cantos dorados y candado protector de secretos, sino en los blogs o bitácoras digitales que comenzaron a publicitarse a finales de los años noventa en internet. Él mismo confiesa haber llevado uno *online* con el título de *No (ha) lugar* en 2006. Después, el signo y la tiranía de los tiempos le llevaron a prodigarse en Facebook y en Twitter (ahora X), redes sociales cercanas a esta clase de diarismo en abierto, propio de la época actual. Hay que leer y analizar los diarios de Hernández desde esta experiencia de intimidad expuesta, compartida e inmediata, y no desde la escritura diarística guardada, escondida y madurada en los odres viejos de los cuadernos adolescentes. Para esta generación nacida en democracia, no es impúdico ni desvergonzado exponer lo íntimo y privado en un diario, es algo connatural a su modo de vivir y de relacionarse. Porque desnudarse a la vista del lector es otra manera de esconderse, al colocar la intimidad más allá de lo epidérmico o del tabú. Creo que, a pesar de la transparencia actual, perdura una realidad que no se deja trivializar, colonizar

o exponer. En la escritura de los diarios, sean publicados o no, queda inscrito el momento en que una persona se dispone a hablar, sin subterfugios ficticios, de sí misma y consigo misma. En el diario escrito para uno mismo o para un hipotético *lector ideal,* esta exigencia reflexiva de abordar la verdad de sí mismo con autenticidad excluye la trivialización de lo íntimo. Por el contrario, la sobrexposición grosera de la vida íntima y privada en los *reality shows* televisivos o en los foros de las redes sociales abunda en el espectáculo, normalmente deplorable y zafio, donde se proyectan los secretos y lo más íntimo sin otra finalidad que la función de entretenimiento rijoso, deletéreo, morboso. Es penoso que sea tal como anota Chirbes en su diario:

> No hay matices. Lo único que importa es el volumen y la solidez del palo de escoba que llevas entre las piernas: a eso ha quedado reducido la modernidad, a una cháchara anatómica. Todo parece que remite a lo mismo, sin darse cuenta de que el camino directo al sexo, sin las correspondientes paradas intermedias, es la muerte de la cultura, que, al fin y al cabo, quizá no sea más que rodeo, pero que es lo que da sentido al viaje... (Chirbes 2023, 709-710).

¿Qué queda de lo íntimo, tal como se entendió en un pasado no tan lejano? ¿Es posible la intimidad en la actualidad supervigilada por un invisible Gran Hermano que controla todas las pantallas y nos controla también a las personas? La transparencia con que nos mostramos o somos observados a través de las terminales de nuestros teléfonos móviles arrumba prácticamente esta idea tradicional de intimidad, porque dejamos huella, queramos o no, de todos nuestros actos y movimientos. La frontera entre lo público y lo privado se ha desvanecido prácticamente hasta casi desaparecer. Toda esta tecnología que se ha infiltrado, o hemos dejado que se infiltre, no deja casi espacio para lo íntimo..

En el interior de cada persona, más allá del exhibicionismo propio o del espionaje ajeno, quedan los sueños, los pensamientos, incluso la imaginación, que pueden ser influidos o dirigidos tal vez, pero no vigilados ni descubiertos, al menos por ahora. Desde este punto de vista, los diarios íntimos de la gente corriente son una fortaleza inexpugnable, fuera del alcance de cualquier mirada indiscreta. Incluso los diarios íntimos publicados, los diarios de escritor, abiertos a la lectura del público, por tanto, no significan que lo íntimo no sea ya posible, como se ha dicho arriba a propósito de los diarios del escritor Miguel Ángel Hernández, porque lo íntimo en estos casos se coloca ya en otra esfera diferente a la de los diarios inéditos.

En esta época —en que las redes sociales e internet en general pareciera que nos obliga a desnudarnos frente a los demás—, los diarios de la gente corriente representan un espacio para la discreción y la urbanidad perdidas, un lugar en

el que todavía es posible esconderse, buscarse, protegerse del resto y confesarse consigo mismo. Mientras esta necesidad —sea por adicción o placer—, mientras ese reducto inalienable, donde poder conversar consigo mismo, sin que mediatización alguna exista, el diario resistirá. Las razones o motivos para llevarlo pueden cambiar, tal vez, pero no parece que las personas en el siglo XXI no tengan razones iguales o parecidas para seguir examinando las frustraciones, afanes o aspiraciones de cualquier tipo (amorosas, familiares, existenciales), como las que han preocupado a las personas de todas las épocas. Los diaristas se concentran en el presente, pero no pueden desligarse del pasado ni dejar de interrogar al futuro que les inquieta. De este hábito cultural, que consiste en registrar las huellas de lo que acontece cada día, se esperan efectos beneficiosos, catárticos o terapéuticos: una higiene o una gimnasia mental para vivir mejor cada día.

1.6. FIGURAS

Como otros géneros considerados de «literariedad condicional» —tales como la autobiografía o la biografía—, el diario no ha tenido la atención ni el reconocimiento que las poéticas esencialistas han dedicado a los géneros de «literariedad constitutiva» (Genette 1993, 23 y ss.). En consecuencia, ni el diario ni otros géneros factuales han sido estudiados con el mismo interés que se ha prestado a los géneros ficcionales. Por esta razón, la poética del diario se encuentra todavía en gestación y su estatuto resulta fluctuante. No obstante, poco a poco, se van sumando estudios y aportes que han hecho progresar la constitución de una cierta poética del género. A los estudios iniciales de Leleu, Girard o Didier, entre los años cincuenta y setenta del pasado siglo, hay que añadir los que, a partir de los años noventa, ha realizado Lejeune, sobre todo en torno a los diarios de la gente común. Más recientemente Corrado (2000) y Braud (2006), entre otros, han hecho aportaciones sustanciales en este terreno, referidas siempre a los diarios literarios o de escritor. Sin embargo, a resultas de la expansión del diario literario y sus diferentes ramificaciones, así como el proliferante y secreto desarrollo del diario ordinario, inédito por definición, y las variadas y numerosas formas de los blogs, hay que reconocer que la poética del diario está inacabada e incompleta. Por otra parte, dadas las características del género diarístico, está claro que una poética integral de este no podrá prescindir del componente pragmático ni del aspecto intencional que el formalismo y el esencialismo de otras poéticas no tienen en cuenta.

De este modo, propongo a continuación una serie de consideraciones acerca de la constitución formal y funcional de la práctica del diario. No doy apenas ejemplos ni cito fragmentos que lo ejemplifiquen, porque el lector los podrá encontrar comentados en el capítulo 2, «Práctica del diario». El cómo y el para qué de los elementos diarísticos podemos analizarlos por separado, pero en la práctica los rasgos formales y funcionales predominantes confluyen de manera integrada e inseparable (Genette 1993, 30-31). Comenzaremos por lo más evidente: por las figuras que le dan forma y lo estructuran como una escritura diferente y un género específico, distinto al resto de géneros autobiográficos.

¿Una escritura sin reglas?

¿Es el diario, como dicen Alain Girard y Beatrice Didier, una escritura en libertad, sin reglas? ¿No tiene un plan interno que lo vertebre de principio a fin? A simple vista pareciera que no lo tiene. De hecho, como ya dije, no se escribe, se lleva a remolque de lo que va ocurriendo con el paso de los días. Pero el hecho de que no tenga leyes estéticas fijas y que el mecanismo de escritura sea libre no quiere decir que no tenga reglas. Es cierto que tiene algo de cajón de sastre en el que cabe todo, pero no revuelto, porque, como es evidente, el diario se debe y se sostiene en el orden que impone el calendario: un orden cronológico que es connatural a la idea de su escritura. Por tanto, la única regla que, en principio, preside el diario, es el orden que impone la cronología de los días, y siempre de manera flexible. Aunque en algunos casos (casi siempre en los diarios de escritor), se borra incluso su signo más evidente —que no es otro que la fecha de las entradas— lo cierto es que este es un dato esencial, pues siempre se escribe un diario o se hace una entrada en él bajo la tensión o expectativa de lo que se piensa u ocurre en ese momento, condicionado por la gravitación de las circunstancias. La primera de estas circunstancias es la temporal. «Uno puede escribir cualquier cosa —anota Piglia-Renzi— (...), pero será un diario solo y exclusivamente, si uno anota el día, el mes, el año, o alguna de esas tres maneras de orientarse en el torrente del tiempo» (Piglia 2016, 7). Dicho de otro modo, el diario podrá tener cualquier contenido o materia argumental, con el estilo o particularidad estética que se elija, pero la anotación de la fecha, en el comienzo de la entrada es imprescindible. Cosa distinta será que, después, para la publicación, la fecha se suprima.

El diarista, que suele comenzar a llevar diario por algún motivo determinado (o por el simple gusto de anotar o escribir), acota un periodo, por ejemplo, el tiempo que dura una enfermedad, un viaje, una crisis, un noviazgo o una separación, etc.

O, por el contrario, escribe sin término fijo, sin un plazo determinado. En ambos casos, comienza a escribir sin un plan preconcebido, sin pensar ni prever nada: solo trata de anotar lo que va sucediendo al hilo de lo vivido y a la espera de que cambien las cosas, o deseando que el devenir de los hechos traiga mejores noticias. Por lo general, escribe lo primero que le viane a la mente y, sin otra regla que esta, anota lo que ha ocurrido durante el día que acaba o en las horas más próximas.

Además de estos preceptos de orden cronológico, es verdad que, entendidos de manera muy laxa por algunos, el propio diarista se impone, a su vez, otros de carácter moral, formal, técnico o material, en ocasiones, para incumplirlos. En las primeras entradas, el diarista suele explicitar sus propias razones, condiciones y reglas acerca de la voluntad, el momento y la veracidad del diario. Véanse, en los capítulos 3 y 4, los testimonios sobre la práctica diarística y los comentarios de las adolescentes en el inicio de sus diarios.

Si bien el diario tiene pocas reglas y normas, el diarista crea sus propios códigos y rituales. Al estar vinculado estrechamente a las circunstancias de la vida de su autora o autor y a los aspectos que condicionan su escritura, este conjunto de cosas resulta importante para comprender correctamente el propio texto. El contexto y las circunstancias materiales del diarista, sus filias y fobias, se inscriben en el diario: hora del día, lugar privado (cuarto o habitación propia) o espacio concurrido (cafés o bibliotecas), en soledad o en compañía, con los instrumentos para escribir (cuadernos, plumas, estilográficas, ordenador personal, etc.). Todas estas preferencias y otras más, a veces extrañas y difíciles de comprender, forman parte de la escritura y de la disciplina del diarista. En resumen, el diarista no solo escribe y anota lo que acontece en el día a día, sino que registra también cómo, cuándo y dónde lo hace. Se muestra a sí mismo en trance de estar escribiendo: vivir para escribir y, viceversa, escribir para vivir.

La ceremonia del íncipit o comienzo del diario o del cuaderno, si de este se trata, así como la del cierre o final del mismo, son actos perfectamente ritualizados y cifrados en la escritura diarística. La idea de llevar diario precede al hecho de escribirlo. El diarista se ha propuesto dejar anotado el flujo de los hechos cotidianos, pero nunca lo ha hecho antes, y no sabe cómo hacerlo. Lo intenta, y tal vez la primera vez no pase de ser un conato frustrado. En los diarios de las adolescentes encontramos continuas muestras de esto (véase capítulo 4.3.). Lo primero que se le ocurrirá al diarista en el comienzo de su tarea será presentarse, haciendo su autorretrato. A continuación, vendrá la exposición de los propósitos, las reglas y obligaciones que se impone, las justificaciones, las prevenciones y temores con que afronta el hecho de escribir el diario. Una vez comenzado y en marcha,

en la sucesión de los días, en que se parecen unos a otros o son iguales, una duda asaltará al diarista: ¿merece la pena seguir? Para entonces, posiblemente las entradas incurran en una repetición cansina que hastía incluso al propio autor, y abocan en muchos casos al abandono del diario. Ni siquiera las efemérides y aniversarios que pueden pespuntearlo lo salvan del aburrimiento. El pasado no es suficiente alimento para el diario; este, como veremos abajo, se nutre, sobre todo, de presente.

Aunque en el íncipit se hable de las dudas con respecto al porvenir del diarista y del propio diario, es en el final, que precede al cierre definitivo, cuando se introducen interrogantes nuevas con respecto a la suerte que correrá el cuaderno, sobre su conservación o destrucción, sobre la comunicación o reserva del mismo; en fin, sobre la vida póstuma o muerte definitiva del diario. Lo que en el principio parecían gestos con una función calmante y balsámica o de exaltación de la vida, se tiñen en el final de negros presagios, muchas veces como premonición y antesala de la muerte. Un diario puede acabar por múltiples razones. La forma más dramática de cerrarlo es la que determina la muerte del diarista o de alguna persona de su entorno que justificaba la escritura. Del mismo modo, pero en el campo de los diarios literarios o publicados, estarían los dos últimos diarios de César Simón en los que flota de manera irremediable el presentimiento de una muerte cercana, que finalmente es la razón dramática del cierre. No es, afortunadamente, la manera más frecuente de cerrarlos.

Como anticipaba arriba, la manera más habitual de cerrarlo es el abandono por aburrimiento. En ambos casos el diario para o se suspende de manera tácita. Pocas veces se anuncia, se prevé el final o se explica y razona. Estos son, sin duda, los cierres más interesantes y significativos. En algunos diarios, el cierre está anticipado desde el comienzo. Los que se llevan para cubrir un periodo de vida más o menos prefijado de antemano —reclusión, enfermedad, crisis o viaje— llevan de manera explícita o implícita inscrito el final en el inicio.Es decir, los diarios llevados sin plazo fijo de término con la intención de que duren *toda la vida*, tratan de retrasar el final o de ignorarlo. En este tipo de diarios de largo recorrido, que acumulan un número infinito de páginas, el diarista se toma respiros o abre ventanas temporales de descanso, se concede pausas y parones más o menos prolongados, pero subyace siempre la voluntad de continuarlo y retomarlo con mayor intensidad si cabe que antes del parón.

Además del orden cronológico de las entradas y de la falta de plan prefijado para su desarrollo, cabe destacar también su estructura fragmentaria. La discontinuidad es el mecanismo que diferencia al diario de otras formas autobiográficas.

La memoria aquí no ordena o no cumple un papel primordial en el relato, como tiene en las autobiografías. Como ya dije, en el diario cabe casi todo, sí, pero por la fragmentación impuesta por el calendario, porque los registros se reinician en cada entrada, aunque continúen el mismo hecho del día anterior. Se escribe lo que sucede de manera paralela a su progreso, simulando inmediatez y simultaneidad con frecuencia. Es decir, el diario tendrá siempre una impronta personal que no puede estar prescrita en ninguna regla. En definitiva, es libre pero no caótico. Tiene su orden. Es fragmentario, sí, pero termina por establecer, si no de manera continua, al menos parcial, un relato de hechos que se siguen y que tienen una lógica causal y temporal.

En relación con la simultaneidad y discontinuidad de las anotaciones, hay que destacar una paradoja más del diario. Los hechos que causan el malestar o la alegría del diarista pueden quedar difuminados en las anotaciones; en cambio, los efectos de los mismos hechos —ya sean positivos o negativos (más lo segundo que lo primero)— acaparan la atención del diarista. La consecuencia es que el discurso del diarista, que es o puede ser muy explícito, exhaustivo y demorado en cuenta a la desazón, tristeza o depresión que le aqueja, se llena de sobreentendidos con respeto a los hechos que causan el sufrimiento. Esto ocurre o se hace evidente en los diarios de adolescencia, dado el perfil sufriente y quejica del joven en esa edad (véase capítulo 4.4.). Pero esta misma o parecida desesperación *sin causa* la podemos encontrar también en algunos diarios de escritor:

> 29 *enero* 1954. Todo diario surge de un agudo sentimiento de culpa. Parece que en él quisiéramos depositar muchas cosas que nos atormentan y cuyo peso se aligera por el solo hecho de confiarlas a un cuaderno. Es una forma de confesión apartada del rito católico, hecha por personas incrédulas. Un coloquio humillante con ese implacable director espiritual que llevan dentro de sí todos los hombres afectos a este tipo de confidencias. Todo diario íntimo es también un prodigio de hipocresía. Habría que aprender a leer entre líneas, descubrir qué hecho concreto ha dictado tal apunte o tal reflexión. Por lo general, se analiza el sentimiento pero se silencia la causa (Ribeyro 2003, 29-30).

El estilo fragmentario del diario está determinado por el tipo de discurso que establece la secuencia de las entradas y por el modo de anotar. El relato de los hechos viene marcado por el paso de un día a otro, o por la recapitulación impuesta por una pausa de escritura más prolongada. En pocas palabras, el diario, que tendría en teoría la aspiración de darnos la crónica del tiempo de la manera más completa y exhaustiva, nos lo devuelve paradójicamente de manera fragmentada. Lejos de mantener un relato continuo, el diario tiene una estructura elíptica, pues rara vez se enlazan entre sí

las entradas: cada una de ellas arranca con movimiento propio y se agota en sí misma sin preocuparse en muchos casos de su continuación al día siguiente.

Esta facultad que tiene el diarista de cortar cuando y donde se le antoje faculta también a quien lee, pues la lectura de un diario rara vez se hace de continuo, sino de manera igualmente fragmentaria (Didier 1976, 169). Como he destacado arriba, la indicación de la fecha (su ausencia cuestionaría su pertenencia al género) es casi *conditio sine qua non,* pues significa algo más que una mera manía anotadora: «...finalmente esta inscripción temporal del diario es la única verdadera estructura de un género que parece no tenerla» (Didier 1976, 172). La fecha funciona como un trampolín o estímulo de la escritura: el arranque del texto está justificado o espoleado por lo ocurrido, y en la fecha queda representado o inscrito simbólicamente el hecho:

> La inscripción temporal del diario me recuerda que se trata de un tiempo verdadero que ha sido vivido por un hombre verdadero, y ese hombre ha muerto, como yo voy a morir, de verdad, en un tiempo de verdad —y no en un tiempo irreal, y por lo tanto triunfante de la muerte, que es el tiempo novelesco [...]. Aquel volvía irreal e inverosímil mi propio envejecimiento. Él pertenecía al tiempo recuperado. El diario, quizá porque no se trata de una obra, no alcanza esa apoteosis. El tiempo que señala es el tiempo de la realidad, pesado, sin redención (Didier 1976, 175).

Otras características del relato diarístico son la monotonía y la repetición. El tiempo del diario se asemeja a una esfera, cerrada sobre sí misma, en el que el diarista da vueltas a las mismas cuestiones sin apenas cambios. Esa monotonía, tan humana, del día idéntico que sucede a otros días iguales, hechiza a ciertos lectores y desanima a los que quieren leer una «historia» (Didier 1976, 167).

Es precisamente la práctica ausencia de reglas y la diferente finalidad con que lo conciba el diarista lo que da lugar a dos extremos o tipos característicos de diarios. De acuerdo con el diferente grado de elaboración formal, podemos distinguir dos principales clases que vienen a coincidir con la clasificación establecida arriba: el diario de la gente corriente y el diario literario o de escritor. Los primeros consideran el diario como un testimonio de su vida y se impiden retocar o cambiar cualquier elemento del texto, según el compromiso de veracidad y honradez asumido al principio. Los segundos trabajan, cambian o mejoran el texto con vistas a una publicación. Se retoca lo escrito, se conserva la forma del diario y se cortan o suprimen partes, aduciendo razones de unidad o de pudor. Estas modificaciones pueden camuflar la verdad, sobre todo si no se indica o advierte este trabajo de reelaboración. En cualquier caso, se indiquen o no, estos vacíos crean la sospecha del lector, que tiende a llenarlos por su cuenta.

A pesar de su falta de plan y de su estructura fragmentaria características de los diarios, tengo que reconocer aquí una preferencia personal. Como lector me interesan más los diarios que mantienen una cierta tensión narrativa o un hilo conductor dentro de la heterogeneidad habitual de las entradas. Es cierto que los diarios se configuran casi siempre como un cajón de sastre, en el que cabe cualquier clase de anotación escrita a la diabla, sin orden ni jerarquía, o respetando solo el orden que impone el calendario. Pero, en honor a la verdad (mi pequeña verdad), lo cierto es que prefiero los diarios con una determinada pulsión vital, que se traduce en un leitmotiv biográfico, sostenido por la calidad literaria de las anotaciones. No se trata ni de la expectativa ni de la progresión que esperamos de una novela, tampoco del estilo quintaesenciado de la poesía, pero sin ese mutuo sostén de estilo y tensión argumental, los diarios desfallecen y pierden interés.

Por ejemplo, la tercera entrega diarística de Chirbes (2023), sin abandonar la línea de las anteriores, se singulariza por dos motivos que no aparecían antes con la intensidad. Hasta la publicación y éxito de *Crematorio,* la novela que, en el comienzo de esta entrega, parece que nunca va a terminar de corregir porque no le acaba de convencer, Chirbes era, por así decirlo, un autor de culto, un escritor de minorías apreciado por la crítica pero que todavía no había llegado al gran público. Con *Crematorio* el éxito le alcanzó al fin, y, a pesar de la unánime acogida de amistades y críticos que lo celebran como el mejor de sus libros —con escasas excepciones, entre ellas su amigo Blanco Aguinaga—, Chirbes dio más crédito a las recepciones negativas, las que le ponen reparos.. El éxito del libro nunca conseguiría suavizar la íntima insatisfacción, lo cual habla claramente de la capacidad de autocastigo e inseguridad que tenía en esta y en otras facetas de su vida. He aquí, por tanto, una curiosa y significativa paradoja que define bien la idiosincrática personalidad del escritor: vivir el éxito como un íntimo y casi inconsolable fracaso. Valga como botón de muestra la primera entrada del volumen: «Llevo despierto desde las seis de la mañana, leyéndome esta novela insalvable que destapa mis limitaciones como escritor». Más adelante añadiría que la novela es «infumable», «hueca y grandilocuente», «un libro fallido», en definitiva, que no le gusta. Cuando recibió el libro ya editado no cambió de opinión, y anotará: «...la novela entera es un error».

El otro argumento que sostiene y tensa el diario —lo que le da ritmo argumental, por así decirlo— es la obsesiva conciencia de decadencia y de estación final que atraviesa el volumen. Esto mismo ya aparecía en los anteriores, pero en esta última entrega adquiere una mayor y más dramática presencia. Hasta en

los detalles más comunes de la cotidianeidad, el diarista encuentra señales de la presencia insistente de la muerte («heraldos negros» —dirá— con expresión poética vallejiana). Como un previsible, insoslayable y próximo final, y con un percutiente goteo, la innombrable va permeando todo el diario. Primero serán elucubraciones, meros ejercicios balsámicos e intelectualizados, después misivas ciertas, recuerdos de su cercanía, «fetiches de la muerte», que convierten en terrible premonición la muerte de un gato o cualquier otro hecho que la evoque: «Todo es metáfora de la muerte», anota. Como un espejo, el desvalimiento progresivo y la decadencia imparable de Paco su amigo y asistente, le refleja la suya: «...dos vidas que avanzan en paralelo a su propio desastre». En esta tercera entrega, y para no prolongar esta retahíla, Chirbes presagia con creciente ansiedad la proximidad del final: «Desde hace tres o cuatro meses tengo la sensación de que la enfermedad y la muerte estrechan el cerco». Chirbes, con una mezcla de temor y esperanza, cierra el diario de este modo: «...ojalá no sea lo que llevo meses imaginando».

Como ya he apuntado arriba, hay muchas clases de diarios, casi tantas como personas los llevan, pero creo que un buen diario ha de tener *ritmo* (frecuencia y proporción en las entradas, además de calidad literaria: ligereza y economía de la escritura) y una *pulsión,* un leitmotiv, incluso un argumento o un tema obsesivo que le dé intensidad.. En *Oficio pasajero* de José Antonio Montano, las entradas que le dan urdimbre y trabazón argumental al diario son aquellas que, del principio al final, insisten en ese estado desmotivado y abúlico que obsesivamente ocupa al diarista, condenándose él mismo al nihilismo sin salida del que «está cansado de estar cansado» (Montano 2023, 142). El diarista se enfrenta al castigo de cada día con la convicción de que le espera la tarea, siempre pospuesta e incumplida, de salir de la abulia y de la observación de un yo, el suyo propio, «poco dotado para la vida». Su estado de malestar lo resume con una cita de Baudelaire: «Todo lo que quería hacer hoy no lo he hecho, y he hecho todo lo que no quería hacer». Al diario de Montano lo sostiene y da trabazón el bucle del desconsuelo.

¿Un texto sin destinatario?

¿Para quién se escribe un diario? ¿Es el diario una escritura sin destinatario? Efectivamente, en apariencia, sería así, pero solo en apariencia. Tradicionalmente, los diarios íntimos estaban concebidos con una finalidad exclusivamente íntima o, lo que es lo mismo, su función intrínseca o motivación primordial era, como dice Julio Ramón Ribeyro, «... tenerse a sí mismo por interlocutor» (Ribeyro 2003, 80).

Incluso los diarios de escritor se interrogan sobre esta cuestión. A veces son preguntas retóricas y otras veces responden a una necesidad real que prefigura también el campo de lo que se puede anotar y lo que no. Rafael Chirbes, con la sinceridad que le caracterizaba, se cuestionaba con lucidez:

> 12 *de julio* [2009] ¿Se puede saber para qué se escriben cuadernos que no tienen como destino a nadie que no seas tú? No está clara la cosa. El destinatario de los cuadernos íntimos de un escritor es un ente confuso. Yo creo que los cuadernos íntimos son textos anfibios, que son y no son solo para consumo de uno mismo, textos que, se quiera o no, nos parecen poco de fiar porque tienen tendencia a escaparse de casa; escritos ventaneros, que, en cuanto te descuidas, dejan la penumbra doméstica para exhibirse en el balcón (Chirbes 2023, 616-618).

Los diarios de la gente corriente, en su mayor parte, no están escritos ni pensados para la publicación. Sin embargo, no quiere decir que no existan figuras que señalen y faciliten la recepción de la escritura diarística. En el plano de la trasmisión, estos diarios oscilan dentro de una amplia horquilla que va del solipsismo absoluto a la ínfima posibilidad de publicarlo. Con frecuencia, se ha definido el diario como «una escritura de sí y para sí», y pareciera que, por su carácter íntimo y secreto, así fuese. Es decir, el propio diarista sería el primer (y tal vez el último) destinatario del texto: emisor a la vez que receptor desde el momento en que la reflexividad de la escritura le obliga a ser escritor y lector de sí mismo.

Como cualquier escritura, el diario de la gente corriente está concebido también para permanecer en el tiempo, por lo que se conserva y preserva, a veces para ser releído posteriormente por el diarista, aunque no se conciba prácticamente la posibilidad de permitir su lectura a nadie ni tampoco se piense en su publicación. Sin embargo, ¿no será que considera el diario como una especie de mensaje diferido, de mensaje en la botella, a la espera de un destinatario? En este sentido, el diarista aspiraría a encontrar un lector ideal o un confidente cómplice que, tal vez, no exista más que en su mente. Como sugiere la paradoja del aforismo de Álvaro Campos Suárez, el diario sería «una misiva sin franqueo» (2022) y tendría la apariencia de una carta sin dirección conocida y sin sello, que no se pondría en circulación hasta que las circunstancias fuesen propicias, si estas se dieran alguna vez. También Ribeyro ha insistido en este punto, estableciendo un paralelismo entre los diarios y las cartas. De manera paradójica el diarista peruano definió el diario como «cartas que el autor se dirige a sí mismo», del mismo modo que «las cartas son páginas de un diario dirigidas a otra persona» (Ribeyro 2012, 28). De acuerdo con esto, incluso el más solitario y aislado de los diaristas estaría

siempre a la espera de un lector, es decir, deseando encontrar un interlocutor que le saque de su soledad. Como diría Ramón Gómez de la Serna, las «cartas a uno mismo» es la forma literaria del diálogo consigo mismo, una interlocución en mismidad (Gómez de la Serna 2003, 667).

Por esta misma razón, ¿no acaba estando presente la otra persona, es decir, una suerte de interlocutor oculto y privilegiado, que podría ser el mismo diarista? Este necesita montar una escenografía dialógica, es decir, un diálogo simulado con un interlocutor ficticio o real, explícito o implícito, indefinido o determinado. A esta figura se la ha designado con el término genetiano de «narratario del diario» (Corrado 2000, 277). Esta modalidad de destinatario ficticio puede tomar la figura de una amiga o amigo imaginario; por ejemplo, Kiti, la amiga inventada al comienzo de su diario por Anna Frank, o el tópico «querido diario», por el que el cuaderno se convierte en un amigo fiel y discreto. Pero el diarista incluye también, si bien es menos frecuente, como destinatarios de su escritura a personas reales de su entorno (figuras parentales, amistades, parejas, amantes, etc.), a quienes se interpela o zahiere, en ocasiones, pero no se les franquea la lectura del diario. Un caso muy interesante es el de los diarios compartidos con amistades, familiares o parejas sentimentales. Por ejemplo, Eugénie de Guérin dedicaba y enviaba sus cuadernos a su hermano, el escritor francés Maurice de Guérin. Incluso después de la muerte de este, ella continuaría hablando con él a través del diario. Fue también el caso de Marie Curie, que, en el diario de duelo por la muerte de su marido, sigue interpelándole en su ausencia. En fin, es frecuente que los diarios sirvan en ocasiones especiales para continuar, en la distancia, un diálogo entre seres queridos.

Pero, sobre todo, el mismo diarista aparece bajo la forma del tú, a manera de un desdoblamiento por el cual se puede interpelar o se hace escuchar. En cualquier caso, estas convenciones no dejan de ser un recurso —más o menos logrado, más o menos sincero y complejo— para salir, o intentar salir, de la soledad y aislamiento al que se ve abocado el diarista.

Mi experiencia como lector de diarios inéditos de personas corrientes me permite sugerir que algunos de estos diarios —dependiendo del carácter del diarista y del peso del secreto o intimidad que arrastre— estarían más o menos abocados a franquear la lectura del diario a un lector, al que consideraría fiable o empático; es decir, una suerte de lector ideal, siempre distante del entorno y diferido en el tiempo.

En resumen, y esta sería otra paradoja más del diario, a pesar de su apariencia, este texto sin destinatario reconocido, y de manera normalmente implícita, reviste en realidad la forma de la búsqueda silenciosa del lector o confidente fiel

e íntimo. Alguien, en fin, a quien poder comunicar las dudas o angustias más secretas, personales e intransferibles. De este modo aparentemente contradictorio, el diario, íntimo y secreto por definición, se abre a la presencia de otra persona, y esa se convierte en el tema privilegiado de su escritura. La necesidad de un interlocutor, incluso en una escritura sin destinatario, patentiza que el *yo* no es concebible ni se construye sin el *otro*. En definitiva, se escribe, sobre todo, para sí, pero la previsión de un interlocutor privilegiado (desdoblamiento del diarista en ocasiones) y sin la presencia diferida y reactiva del resto, quizá, no se llevarían diarios. Alguien totalmente aislado y solitario, sin esperanza ni posibilidad de comunicación futura con nadie, tal vez no llevaría diario ni podría llevarlo.

La supremacía del yo

La falta de un destinatario expreso o la carencia de un interlocutor inmediato que escuche, entienda o replique al diarista tiene como consecuencia que el *yo* aparezca con una supremacía absoluta. Dicho de otro modo, la figura del diarista ocupa el espacio central del diario, aunque su presencia puede revestirse de apariencias distintas, que siempre encuentran su referencia directa o indirecta en él mismo. En medio de una escritura de perfiles heterogéneos y cambiantes, el pronombre personal de primera persona del singular emerge en el texto con un poderío incontestable, que puede desembocar en un egocentrismo o yoísmo excesivo. El *yo* es el amo y señor del texto; lo preside, lo manda y lo controla. Nada hay en el diario que escape a la primera persona. Por tanto, la supremacía del *yo,* que estructura y unifica la realidad cambiante en el fluido del tiempo, es absoluta en el discurso diarístico. Valga como ejemplo de la hipertrofia y primacía del *yo* el comienzo del diario de Witold Gombrowicz (1988, 19), en el que exagera irónicamente:

> *Lunes*
> Yo.
>
> *Martes*
> Yo.
>
> *Miércoles*
> Yo.
>
> *Jueves*
> Yo.

La supremacía del *yo* no es exclusiva del diario de escritor; los diaristas ordinarios se rigen en la mayoría de sus registros con la misma lógica. Como dice una de las diaristas que me trasmitió su testimonio:

> El protagonista total y absoluto del diario soy yo. Yo y mis emociones y mis sentimientos. Yo y mi relación con ella, y con mi marido, y con mi familia, y con mis amigos... Yo y mis lecturas, y mis películas, y mis paisajes... Yo y mis miedos, y mis angustias... (Testimonio 1).

Pero el diario no excluye otras figuras pronominales, al contrario, el regateo de la omnipresencia del *yo* propicia otros pronombres que sirven para omitirlo. El *tú*, el *él* o el *nosotros* (inclusivo de *yo* y *tú,* o de *yo* y *él*) son, en realidad, formas enmascaradas con valor distinto en cada caso, que permiten dar cauce al *yo* bajo otras apariencias. Como apostilla Braud, el diarista asume para sí mismo tres personas distintas: el que habla (Yo), aquel con el que habla (Tú) y del que se habla (Él) (Braud 2006, 16).

A través del *tú,* el diarista escenifica y representa un *yo* que se siente escindido, dividido, con una fractura interna que lo separa de sí mismo. El *tú* acostumbra a usarse para desdoblar el *yo* que actúa y el *yo* que escribe. Este segundo se dota de cierta superioridad con respecto al primero. Lo juzga, lo valora o lo reprende. Pero, por mucha distancia que establezca, el diarista es sujeto y objeto de su propio discurso.

Cabe señalar otros desdoblamientos más complejos como el que se deriva de la relectura del diario. El diarista cuenta que relee el diario y comprueba la distancia existente entre el *yo* que escribe, el *yo* que lee, el *yo* que escribió y el *yo* que era el objeto del diario en el pasado. Según Didier, sería una manera de vivir no doble, sino cuádruple, si se acepta que escribir es también una forma de vivir: nuevo diseño del *yo,* desdramatización, revisión del pasado y autocrítica. El *tú* junto al nombre propio del diarista, el hipocorístico o cualquier apelativo a la manera de un epíteto épico, más o menos irónico o vanidoso, introducen en el diario un juego de máscaras que permiten simular diálogos con un necesario e indefinido interlocutor. El diario es así una suerte de *yo* permanente por encima de los cambios y vicisitudes que asegura la continuidad del *yo*. Dentro del diario, en la cárcel de papel que este representa, el *yo* se fortalece, permitiendo al mismo tiempo la expresión del deseo irrealizable.

¿Y la tercera persona del singular? ¿Es posible un diario escrito desde el distante e impersonal «él» o «ella»? Es posible, claro, pero hay pocos diarios que utilicen esta figura para todo un diario, aunque no se puede negar que el experimento es

tentador. De manera menos frecuente que el *tú,* y de forma puntual, el uso del pronombre de tercera persona singular le permitiría al diarista un distanciamiento y extrañamiento mayor, sobre todo si lo utiliza de manera limitada, porque el recurso es tan forzado que es difícil hacerlo creíble de manera prolongada o puede resultar excesivamente fatuo. Solo conozco un diario, en este caso de escritor, que utiliza la tercera persona de manera constante y única a lo largo de todo el texto. Y, amén de lo ya apuntado sobre la impostura y la fatuidad que resulta de su uso, lo que se puede decir de esta opción es que la fórmula no funciona (García Maldonado 2020).

Es diferente el caso de las autobiografías. Son abundantes las escritas en tercera persona: algunas solo fragmentos o partes; pocas enteras. Por ejemplo, Roland Barthes lo utiliza en *Roland Barthes,* en que él mismo es una suerte de biógrafo extraño y distante de sí, por esta razón se encarga de advertir al lector que todo aquello debe entenderse como dicho por un personaje de novela... Ocurre también, por ejemplo, en *Coto vedado* de Juan Goytisolo, y en algunos libros memorialísticos de Jorge Semprún. En los ejemplos citados, el recurso funciona y sirve para señalar por lo general un mayor distanciamiento entre el narrador del presente y el personaje que este fue en el pasado. Pero usado por sistema, el lector interpretaría dicho distanciamiento como algo gratuito e innecesariamente enrevesado: quien dice *él* es en realidad *yo,* la persona que firma la obra.

Pero resulta que la instancia narrativa del diario es diferente a la autobiográfica y la relación narrador-narratario se hace más inestable que en la autobiografía. A quién se dirige o a quién habla un diarista es, como hemos visto arriba, una cuestión difícil de fijar. Aunque el diarista no reniega de un interlocutor o lector externo, es, sobre todo y en primer lugar a sí mismo, al *intimus* de su interior, a quien se dirige. De ahí nace la retórica de la sinceridad y un cierto dramatismo muy humano, que el recurso a la tercera persona diluye: un *él* cuenta al *yo* lo que este ya sabe. No parece que el recurso, arriesgado e interesante en principio, funcione, sobre todo, porque necesita de reiterados verbos de palabra y pensamiento, muletillas que le ayudan a salir de los sucesivos atolladeros: los *dice, asegura, piensa, imagina, cree,* etc., pespuntean continuamente las licencias narrativas, que el *él* se permite y para las que el *yo* está totalmente legitimado.

Tengo que reconocer, y es muy encomiable, que a Maldonado (*Diario de cabotaje,* 2020) esta figuración le funciona puntualmente, pero pierde eficacia al hacerse general. En determinados momentos la tercera persona reproduce mejor que la primera el desconcierto del diarista, recuerdos lejanos, sueños imposibles, pesadillas abrumadoras.... En todos esos momentos en los que se produce el enajenamiento

del *yo, él* lo sustituye adecuadamente: «Es él, pero no se reconoce como tal, como si estuviese viviendo la vida de otra persona...», apostilla García Maldonado.

Como ya dije, el diario representa el imperio del *yo*. Aquí reina con poder absoluto y, si mantiene una tensión con lo real, siempre se impone su verdad. Para que este ejercicio tenga credibilidad o se gane el crédito del lector, el diarista tiene que cultivar la retórica de la espontaneidad y de la sinceridad. El poder y la gracia de la primera persona singular está en las antípodas de la tercera persona diarística. El *yo* no tiene que pedir permiso a nadie para decir lo que le da la gana decir. En definitiva, la tercera persona diluye la espontaneidad, la gracia y el aire del diario.

Tiempo y ritmo

Se podría pensar que el tiempo verbal propio y exclusivo del diario sería el presente —como el pasado, el de la autobiografía—; sin embargo, basta leer unas páginas de cualquier diario para comprender que hay más variedad temporal y que todo es más complejo. En primer lugar, cabe diferenciar la parte correspondiente al relato de hechos, más abierta al pasado, y la del discurso, presidida por la reflexión en el momento de la anotación. Si un diario se ocupa más del relato de acontecimientos que del discurso reflexivo, resultará menos introspectivo, y viceversa, también el diario adopta muchas veces la forma del relato simultáneo, que no deja de ser una licencia narrativa: una forma de ficción evidente que hace coincidir los hechos con su narración.

He destacado anteriormente la diferente perspectiva temporal con que se escribe un diario y una autobiografía. Inmediatez frente a retrospección: en el diario predomina la instantaneidad del momento, en la autobiografía la mirada a un pasado de mayor distancia temporal. Por tanto, los tiempos verbales del diario son preferentemente el presente, que da cuenta de lo que está pasando en el momento de anotar; y el pretérito perfecto o pasado cercano, que recoge los hechos que acaban de pasar a lo largo del día (o de los días precedentes): «...ahora estoy /...hoy he estado».

Pero esto tampoco quiere decir que le esté vetado referirse al pasado absoluto. La manera de tratarlo es diferente a la autobiografía, de tal modo que, cuando un diario recoge un recuerdo o vuelve la vista atrás a un suceso lejano, surge motivado por el momento presente y por el propio acto de anotar el instante en que adviene el recuerdo. Por otra parte, la perspectiva del futuro y el tiempo verbal correspondiente se hacen presentes también en el diario. Este puede y suele dar cuenta de lo que no acaba de suceder y se desea que suceda, basculando del presente hacia el porvenir.

Para continuar con la comparación temporal entre autobiografía y diario, hay que destacar que el autobiógrafo selecciona desde la atalaya del presente lo que ve del pasado: habrá hechos y acontecimientos que no verá o se habrán borrado de la memoria con el paso del tiempo. El diarista, en cambio, se enfrenta a un tiempo cercano: minutos, horas, a lo máximo unos días. Su aspiración es levantar acta de los hechos grandes, pequeños o menudos que acaban de ocurrir, y de los recuerdos, vibraciones o reflexiones que acaban de moverse en su fuero interno. La única regla, como dije arriba, es la que impone el orden del calendario, es decir, el orden cronológico, señalado por la anotación del día, hora e incluso minuto en que se hace la anotación.

Por otra parte, los diarios no se escriben ni se pueden escribir, ni aún en el caso de los literarios, prescindiendo del condicionante que impone la circunstancia desde la que el diarista escribe, tampoco fuera de la gravitación que impone el fluir temporal, como, por el contrario, se pueden escribir una novela o un poemario. Otra cosa distinta es que después se borren fechas o se disimulen los hitos temporales en que se escribieron. Un diario escrito fuera de ese marco quizá sea interesante, pero me parece una licencia artística que haría bascular el texto resultante hacia lo ensayístico o lo puramente ficticio.

En realidad, un diario se escribe como si se llevase una contabilidad; de hecho, no se escribe, sino que se atiende como las cuentas de un negocio: un negocio del espíritu, muy poco rentable materialmente. En resumen, la escritura del diario está atada, por fuerza, a la situación, al momento presente y al estado de ánimo del que escribe. En principio, la norma no escrita del diario, y tal vez la aspiración del diarista, determinaría que a cada día corresponda una entrada como mínimo. En fin, para hacer honor a su nombre, el género diarístico impondría al diarista el precepto clásico de *nulla dies sine linea*. Pero esto ni siempre es posible, ni necesario, ni aconsejable: las entradas pueden abarcar, de hecho, periodos de más de un día, o dejar sin anotación otros en razón del interés o banalidad de lo vivido (Braud 2006, 166). Pero, sin existir una norma estricta, no todo vale, porque la regularidad temporal y la proporción equivalente de las entradas comprometen el ritmo del diario.

El diario no soporta todas las formas, y algunas funcionan mejor que otras. Dicho de otro modo, un aspecto importante de la calidad de la escritura diarística lo determina la relación entre el tiempo o periodo transcurrido y la asiduidad de las entradas. La extensión y frecuencia de estas y la distancia temporal entre ellas determinan el ritmo del diario, que no es ni más ni menos que el logro o fracaso de su necesaria fluidez y tensión, garantía de que su interés no se desmaye en la lectura. Por tanto, en este aspecto del equilibrio y frecuencia de las entradas, a pesar

de la flexibilidad de las normas del diario no quiere decir que esto sea indiferente. Si no se tienen en cuenta, los peligros que acechan al diario son la monotonía y la falta de intensidad. Es cierto que la vida es repetitiva y, por momentos, aburrida, pero el reto del diarista es contar su cotidianeidad con tensión narrativa y sobre todo con ritmo.

Por ejemplo, no será un diario atractivo aquel que no anota nada durante un amplio periodo de días e intenta recuperar ese tiempo con una larga y recapituladora entrada. No quiere ello decir que un diario tenga que hacer necesariamente anotaciones a diario, pero su lectura debe permitir percibir el periodo acotado en su conjunto (semanas, meses, años) como un continuo temporal y con una tensión permanente. Cuando Anna Frank reescribe su diario para mejorarlo y hacer un «libro», este es uno de los defectos que corrige. Hará de las entradas largas, varias más cortas, dosificando la extensión y el contenido, como si hubiese escrito en varios días lo que había hecho en uno. Ella tenía ya una clara idea de cómo funcionaba mejor un diario, en el que el ritmo no es secundario, sino una de las claves del interés del diario y del atractivo para los lectores. Aunque no es imprescindible, y no siempre se valora, lo cierto es que la relación entre el periodo de tiempo abarcado y las anotaciones y su frecuencia determinan que el diario fluya con ritmo o su interés se diluya.

1.7. FUNCIONES

Después del cómo, el para qué. Es decir, ¿para qué sirve llevar diario? Ante todo, sirve a quien lo lleva. Todas las posibles funciones del diario (tantas y tan diversas como las diferentes clases de diarios y diaristas hay, es decir, infinitas) encuentran su razón y se pueden resumir en una sola palabra: necesidad. Por lo general, el diarista del común no analiza para qué lleva su diario, pero sabe que escribirlo no es un ejercicio más, sino un hábito vital por necesario: llevar diario representa un pilar importante en la vida. La práctica del diario podrá ser un entretenimiento en algunos momentos, pero la necesidad tiene un carácter prioritario. El diarista no puede prescindir de su diario y no está tranquilo ni seguro si no lo tiene próximo. Si no escribe al final del día o cuando la escritura le reclama, se siente frágil y perdido. En resumen, la diferente clase de diario determina su función; y hay tantas clases y cubren tantas necesidades como problemas, conflictos y circunstancias puede vivir una persona.

El diarista José Antonio Montano sintetiza y resume perfectamente el carácter endogámico y necesario del diario: un ejercicio que se alimenta de sí mismo y que se convierte en un estímulo para vivir:

> *(21-V-1997)* En realidad, el día es una excusa para escribir el diario; y puede que la vida entera no sea más que una excusa para escribir en general. La vida va por un lado y la escritura por otro: se reflejan, pero lo más íntimo de cada una es lo que queda en el otro lado del espejo. La escritura crea otro mundo, otra vida. El día escrito es un día nuevo. [...] El diario a lo mejor crea la ficción de la vida que a la propia vida le falta (Montano 2023, 249).

Se lleva diario para conocerse, para construirse una identidad, para dominar el tiempo, para acortarlo o intensificarlo, para resistir o sobrevivir a las contingencias de la vida, para desahogarse, para entenderse y cuidarse a sí mismo, para darse moral. Si se trata, por ejemplo, de una reclusión impuesta, el diarista encontrará en el diario la manera de abreviarla, restando los días que quedan; si es un enfermo que ansía curarse, llevar diario le hace acercarse más rápido a un futuro deseado; si es un enamorado que anhela el rencuentro con la persona amada, le da moral para resistir la separación; etc. Por el contrario, si se trata de un diarista que vive un momento feliz y atraviesa un periodo de plenitud (un viaje, un amor correspondido, etc.), la escritura del diario lo celebra y agranda y, al ponerla por escrito y levantar acta de la dicha, el diario le da marchamo a lo vivido de algo sólido y definitivo.

Afirmación y construcción de la identidad

El diarista, sea del tipo que sea, adolescente o adulto, optimista o pesimista, positivo o negativo, es alguien que se encuentra en crisis de identidad personal, o la siente amenazada por cambios, interiores o exteriores, que no controla. Bien asiste con sorpresa a un proceso de transformación o se encuentra a la busca de una nueva identidad más satisfactoria, bien intenta afirmar y reafirmar la que reconoce como propia. En esta circunstancia el diario aparece como el instrumento más a mano para este fin. Ribeyro, en el suyo, nos da su versión de la mutabilidad del *yo* y del papel que el diario tiene de salvavidas para una identidad a la deriva:

> Un problema que evidentemente me preocupa es el de mi identidad, el de reconocerme como él mismo en el tiempo. Yo no tengo conciencia de mi identidad y si en una época llevé diario casi cotidiano, creo que fue para salvar mi identidad de los avatares de una vida morosa, dispersa y vagabunda. Para ser más explícito, yo me niego a reconocer como mi persona al señor que llevaba mi nombre y vivió un año en Amberes ocupado en asuntos de fotografía o al que años más tarde vivió en Berlín en una pensión siniestra (Ribeyro 2003, 359).

La identidad o, mejor, su construcción, es la cuestión central del diario. El diarista se coloca ante sí mismo, se observa y se pregunta: ¿quién soy? ¿Qué soy? ¿Cómo soy?

Esto, que podría parecer exclusivo, comprensible o propio de la edad adolescente, no lo es en absoluto. La duda y la indefinición de la identidad personal aquejan por igual tanto a adolescentes como a supuestas personas maduras. Rafael Chirbes, cuando hacía muchas décadas que había dejado de ser adolescente, confiesa: «Cincuenta y ocho años y no sé aún quién soy ni lo que quiero ni lo que busco y no encuentro». Al día siguiente vuelve a la cuestión y no parece haber avanzado mucho en su pesquisa: «Ayer escribía en este cuaderno que, a los cincuenta y ocho años, sigo sin saber quién soy. Hoy apunto respuestas: soy ese que, desde hace más de medio siglo, se busca en los libros, se busca a la vez a sí mismo y el modo de salir de sí mismo...» (Chirbes 2023, 53 y 57). Y la expectativa o esperanza de «encontrarse con uno mismo» sostiene el ánimo para mantener abierto el diario (Chirbes 2023, 618).

Las anotaciones del diarista en crisis de identidad buscan dar una respuesta a través de lo que ve en su interior o en sus reacciones. Ante esta cuestión caben dos posturas extremas que simplifican el amplio abanico de posibles respuestas que maticen la pregunta: bien el diarista se contempla de manera complaciente, bien se cuestiona y se pone en riesgo. El primero no está en crisis o no quiere verse de otra forma, al reafirmarse complacido en lo que ve. El segundo trata de reconstruirse. Este último es el más interesante de seguir, porque irá descubriendo las personas múltiples que habitan dentro de él, las contradicciones que producen el roce y el choque entre ellas. Esas personas que el diarista desconocía le convierten en un extraño para sí mismo, e intentará encajar los diversos y diferentes fragmentos identitarios reconocibles. De este modo, el diario registrará la disociación existente entre la persona que actúa y la que escribe, intentado armonizar la realidad con el deseo. El uso de las diferentes formas pronominales *(yo, tú, él),* vistas arriba, sirve para esto o, al menos, para escenificarlo.

El afianzamiento de la identidad personal, es el principal o, quizá, el auténtico objetivo del diario, aunque no el único. Su presencia es prácticamente omnímoda en el plano formal y, a falta de reglas o razones más coercitivas, estructura todo el texto. Pero la identidad no viene dada, es una construcción, y la escritura del diario es testigo y testimonio de la búsqueda, y artífice, en ocasiones, de su conquista esforzada y expresión de la misma. La identidad personal es el resultado de la suma de los sucesivos *yos* levantados en cada hecho biográfico, que se van solapando, borrando o sustituyendo unos a otros; es decir, no es tarea fácil. Los diaristas se buscan de manera interrogativa en la soledad de la escritura y lo consiguen en la medida que son capaces de expresarla o asediarla, o señalando su vacío. Para muchos diaristas, la búsqueda de la identidad o su construcción es un camino interminable y desconocido que le conduce a la busca de un objeto

indescifrable o inalcanzable. Y, sin embargo, no quiere ni puede renunciar a este, porque le va mucho en ello: se juega ser o no ser.

El reconocimiento de la identidad propia no se produce ni en el ensimismamiento ni en el enclaustramiento, sino en el necesario diálogo con el otro, que pone en comunicación lo interior con lo exterior, lo íntimo con lo público. Sin el diálogo y la armonización de estos dos polos de la existencia, el *yo* no encuentra equilibrio ni sosiego. Es decir, solamente saliendo de sí mismo y acercándose al otro, el diarista se reconoce a sí mismo. Es cierto que la idea que tenemos de este es la de una persona que se retira a su *torre de marfil,* que se refugia en su diario, que no busca aparentemente nada que no esté en sí misma, o que dentro de sí encuentra suficientes noticias. De modo que no necesita ir a buscarlas fuera de ella, y las que merecen su atención estarán siempre pasadas por el tamiz de su conciencia (Girard 1963, 16).

Con frecuencia se piensa que el concepto de lo íntimo se forma y se consolida exclusivamente en lo interior, en perjuicio de lo exterior. Pero es un error. En realidad, y a poco que lo pensemos, comprenderemos que, sin diálogo, lucha o choque con el exterior, el diario naufragaría a las pocas entradas, moriría por inanición, y la identidad propia, sin el inevitable contraste con el resto, sin su necesaria comparación con otras identidades diferentes, no podría ser reconocida: «El Yo, más que una entidad inasible, es una mirada al otro, una toma de conciencia de la mirada del otro sobre uno mismo» (Didier 1976, 30). Nacido, por tanto, para afirmar lo más íntimo o lo más personal, el diario no puede prescindir de lo exterior y de lo social, pues la identidad se afirma frente a esto.

El diarista más común y numeroso, el adolescente, utiliza el diario como un espejo de tinta en el que mirarse para reconocerse o inventarse. Si comienza a llevar diario es porque ha ocurrido algo sorprendente en su interior y en su físico, algo nuevo y extraño que le incomoda o le descoloca. Una nueva y conflictiva identidad está fraguándose, desplazando a la infantil, más protegida y apacible. Los diarios de adolescencia son paradigmáticos a la hora de dar cuenta de cambios y mutaciones de la identidad personal: dudas, malestares y sufrimientos corroen su identidad. Cuando los cambios se estabilizan o paran las transformaciones, la escritura del diario languidece; después de la travesía del desierto de la dolencia y el padecimiento, se alcanza o se asume la nueva identidad (véase capítulo 4.3.).

En la adolescencia —aunque no solo en este periodo de la vida—, el mundo interior, tan rico, vasto y excitante que no puede comunicarse de manera completa, es absoluto y absorbente, tanto que el mundo exterior podría parecer carente de interés, de tal manera que la tentación es siempre prescindir de él para vivir al margen de la

realidad. Es, sin duda, un espejismo pasajero para conseguir el equilibrio, para que el dolor y la tristeza que amargan al adolescente y le hacen sentirse el ser más desgraciado del mundo; en fin, para salir, de una vez por todas, del claustro materno, que se resiste a abandonar, el adolescente debe abrirse al exterior, dejar de mirarse cual Narciso a sí mismo, para empezar a mirarse en el espejo del otro.

El diarista es alguien que tiene necesidad de conocerse, que intenta al menos cumplir el mandato clásico: *Nosce te ipsum*. Aspira a ir lo más lejos posible en el conocimiento de sus zonas oscuras y contradicciones, allí donde parece diluirse la idea que de sí mismo creía tener. El diarista emprende esta indagación introspectiva porque no le gusta cómo es o no está conforme con el estilo de vida que lleva. Está en un sitio y anhela estar en otro. En resumen, le gustaría cambiar, tal vez ser otro o, al menos, vivir de otro modo. En esta fractura de la identidad personal, tal vez hasta entonces satisfactoria, se ve en peligro de perderse, en riesgo de disolución: lo que valía hasta ahora ha dejado de servir, y el diario cumple la función de atar o armonizar los fragmentos de la identidad anterior con la nueva.

Partiendo de la situación insatisfactoria en que el diarista se encuentra (normalmente a disgusto consigo mismo), escribe su diario con la esperanza de reintegrarse, de ser otra vez uno. Cada entrada del diario es una suerte de plegaria para volver de nuevo a la unidad y el equilibrio perdido. En esta redefinición o búsqueda de una nueva identidad, el mayor peligro es el ensimismamiento, la complacencia y la falta de interlocución con el otro. El diario entendido como refugio produce diaristas acríticos, que rehúyen y evitan la mirada de los demás. Para conquistar el equilibrio y la aceptación de una identidad diferente, el diarista debe abrirse a un diálogo sin cortapisas.

Autoestima y ayuda de sí mismo

Llevar un diario no suele tener un fin literario, al menos, para los diaristas comunes. Al contrario que los autores literatos, estos primeros conciben el diario como un instrumento, pensado y llevado *ex profeso,* para apoyo y asistencia de uno mismo. Si estos se encontrasen seguros de sí mismos y satisfechos de sus vidas, probablemente no llevarían diario. Les sirve en estos casos de desahogo, refugio, resistencia y supervivencia frente a las inclemencias del vivir. Su finalidad es práctica y sirve de puerto donde capear el temporal en los periodos tormentosos.

No ocurre esto normalmente en los diarios literarios, que se conciben como una obra más que se une a sus obras anteriores, y en los que normalmente el escritor

proyecta de sí mismo una imagen positiva. Como apuntaba arriba, el diario les ayuda a construirse un personaje a gusto y medida de su estima, que suele ser muy grande. El narcisismo y el exhibicionismo, como sabemos, excluyen las fracturas y fisuras de la identidad: si estas se recogen, son *ad maiorem gloriam*. El diarista literario, por lo general, elige su perfil más favorable y evita o disimula los negativos. Para muestra tres botones bien conocidos que nos sirven de ejemplo: Trapiello se presenta en sus diarios intrigante y zorruno, taimado y avieso; Uriarte, ingenioso y brillante; García Martín, que alardea de sus defectos y manías, se tiene por el más inteligente de todos y el más temido: él mismo se erige en el enemigo público número uno de los *plumillas* de la tribu literaria.

Por el contrario, el diarista corriente no persigue dar de sí una imagen lograda o satisfactoria, sino expresar y canalizar su fracaso o desazón mediante la escritura secreta e invisible del diario. Su decisión de contarlo todo y sin componendas o con justificaciones ingenuas le aboca a dar un retrato sincero de sí poco afortunado o desfavorable, una imagen sin complacencia ni vanidad. El diario es para este una suerte de confesión sincera y sin tapujos, tras de la que se adivina una espontánea estrategia de exculpación para perdonarse o ser perdonado.

Desde este punto de vista, esta clase de diarios puede parecer un monumento a la queja y a la insatisfacción, o un culto desproporcionado a la vanidad del diarista que aspira ilusoriamente a cambiar el rumbo de su vida. En la mayoría de los casos el diario es, en apariencia, la crónica de un fracaso. Sin embargo, la verbalización de la insatisfacción produce efectos balsámicos y consoladores. ¿Quién no ha experimentado la quietud y el relax que se siente después de evacuar lo que nos aqueja y desazona, al contárselo a un interlocutor comprensivo y paciente?

Esta sería la lógica del diarista, que, desde fuera, podría parecer quejica. Pero cuando escribe su pena, expresa el dolor o la pérdida y expone sus dudas en el diario —es decir, a sí mismo, reflejado en el espejo de la escritura—, se produce el efecto catártico, beneficioso, liberador. La escritura, como reflejo distanciado, ayuda al diarista a salir de sí mismo, a verse desde fuera, como si fuese otro.

El espejo de tinta y papel muestra la imagen del diarista desplegándose y cambiando a lo largo del tiempo. En su conjunto, el diario daría cuenta precisa de las mutaciones y contradicciones, repeticiones y fijaciones. Podría servir también de laboratorio de introspección y conocimiento en el que se va dibujando y desdibujando la imagen del diarista, en la que este nunca encontrará su autorretrato definitivo, sino una sucesión de imágenes, un viaje exploratorio de uno mismo sin pausa ni término final.

Siendo así que el diario testimonia casi siempre una búsqueda fallida de la identidad, que se reconstruye continuamente, y también un refugio o solaz pasajero. Peor sería que el diarista se quedase en el runrún mental, dándole vueltas en el magín. Si alimentase solo el fluir caótico, indistinto e informe, su pensamiento quedaría pegado a la emoción del momento y a las vísceras. Por el contrario, al anotar en el diario se opera el milagro: el orden de la gramática pone en orden el caos mental, la persona se fortifica en el silencio y rompe la muralla de la cárcel mental, sacando fuera lo que le atormenta gracias a la escritura. Por tanto, no se trata de un simple desahogo, sino también de algo mucho más delicado que obliga a auscultarse, confesando o reconociendo la desazón que le taladra por dentro, echando fuera un hecho vergonzoso del que se arrepiente.

Es justo en este punto donde el diario se encuentra con el secreto y, al comunicarse, al escribirse en el diario, el secreto deja de serlo en parte. Desde el momento en que el secreto se comparte, aunque sea al fiel y callado diario, el secreto deja de serlo... La necesidad de compartir los secretos es tan natural al ser humano como el guardarlos, pero la pesada carga de un secreto es excesiva para soportarla uno solo. Tarde o temprano, el portador del secreto querrá descargarse del fardo, quitándoselo de encima. Si no encuentra un confidente discreto, y esto está claro que no existe (¿cómo va a guardar un secreto otro, si el mismo interesado no fue capaz?), encontrará en el diario un lugar hospitalario donde depositarlo.

El diario es, sin duda, una ayuda o autoayuda estimable, pero no deja de cobrar su propio peaje. Como ya he dicho, el diarista se impone reglas y compromisos consigo mismo y con su diario, pero si los incumple ese refugio pide cuentas y, en consecuencia, el espacio del diario, hasta entonces amable, genera sentimientos de culpa y conciencia de fracaso. Si abundo en esta idea no es para propagar una vez más el tópico siempre injusto del diarista como una persona frágil, insegura o enferma; lo que trato de subrayar es que el hecho de llevar diario puede darle seguridad y equilibrio.

Nada más ajeno al diario como autoayuda que la idea de concebirlo como terapia o actividad psicoterapéutica impuesta desde el exterior y supervisada por otro. En el diario, que es una escritura radicalmente solitaria, el *yo* se observa en intimidad y solitud. Por tanto, ¿sería posible concebir un diario dictado o controlado por una tercera persona? La presencia de un tercero, por discreto que sea este, establece un control externo que terminaría por influir en el diarista y generaría una inevitable autocensura. No quiero decir que esta función o modalidad de diario no sea posible o válida en determinados casos, pero está lejos del diario como gestión de uno mismo sin control y filtro externos.

La escritura del diario nace y responde a una necesidad interior y se adapta al carácter particular de cada diarista, pero en ningún caso es aceptable que se le considere un enfermo, un narcisista o un alienado que se deleita en una autoobservación ensimismada. Por desesperadas, desoladas y tremendas que puedan parecer las anotaciones de un diarista en crisis, no deben tomarse casi nunca al pie de la letra, sino como una tendencia a dramatizar y teatralizar las dificultades. De este modo los problemas íntimos encuentran cauce y expresión, como arriba se ha dicho, y al verbalizarse indican también que la persona ha reaccionado, que se enfrenta a ellos, que ha puesto en marcha e intenta la resolución de la crisis.

Control y dominio del tiempo

Recuérdese que, al considerar los libros de cuentas como uno de los posibles precedentes del diario moderno, llamé la atención sobre la influencia de estos en la concepción y el lenguaje del diario moderno: entrada, dietario, llevar diario... El diario serviría para administrar y economizar los negocios de la intimidad, para conservar las huellas del pasado y para gestionar y aprovechar el tiempo. No se olvide que, en una concepción productiva y rentable de la actividad humana, *el tiempo es oro*.

El diario tiene carácter moral de imposición voluntaria, pero también un lado de aprendizaje práctico. Uno de los más evidentes es el de aprender a utilizar y a aprovechar el tiempo, algo con lo que se identifica normalmente la mentalidad burguesa y la religiosidad protestante —caracterizada además por el examen libre de conciencia— frente a la confesión católica. No en vano en este conjunto de factores se encontraría la razón de que los diarios modernos se hayan desarrollado antes en los países en los que es predominante el protestantismo. El diario, con su secuencia de días y el compromiso de escribir —a ser posible, todos los días—, constituye una escuela de disciplina y ahorro. Ningún día sin «ingresar» al menos una línea.

Hay que sacar beneficio del tiempo, no hay que desaprovecharlo y menos malgastarlo. Es decir, hay que guardarlo para que no se pierda nada: *Verba volant, scripta manent,* porque lo escrito tiene más peso que lo vivido y porque se vive tal vez más intensamente, si se puede recordar lo vivido. La idea del diario insiste en que hay que capitalizar los recuerdos, los días y el *yo*. Cuanto más se escribe, más se recuerda. O lo que es lo mismo: cuanto más crece el diario, más se incrementa su capital. Ahora bien, lo que empieza como una escuela de disciplina deviene también en control de sí mismo. De las faltas y pecados que dan vergüenza, los que se quisiera erradicar. La contradicción de la didáctica

del diario es evidente: se trata de inculcar el sentido del deber, la obligación y la disciplina, pero al tiempo se estimula un espacio íntimo, un refugio donde guardar secretos y escapar al control.

Además de estar atado al tiempo presente y a su gestión, el diarista tiene puesta la vista también en el futuro, y se permite especular o interrogarse por lo que debería ocurrir o, al menos, desea que ocurra. El diario está abierto al futuro, e intenta dilucidar, especular o deliberar sobre lo que todavía no ha sucedido ni se sabe si sucederá. No, el diario no está presidido por el pasado, no es un mero ejercicio de nostalgia ni de complacencia (los diaristas no suelen releerse para no reencontrarse con ese desconocido del pasado que fue), sino que se escribe para proyectarse en el futuro de acuerdo con los ejes temporales de lo vivido, para no repetir errores, para no hacerse falsas esperanzas, para desactivar ciertos mecanismos perversos y, sobre todo, para propiciar que lo que desea y espera, advenga cuanto antes.

Lo dramático de esta apertura al futuro es que el diarista es consciente de que la última entrada de su diario no es otra cosa que el símbolo o la antesala de la muerte (Braud 2006, 135-140). En este sentido, el diario es también un espacio para aprender a controlar el postrer tránsito de la vida. La conciencia de la muerte próxima o posible del diarista transforma la percepción del presente, abriéndose abismalmente al futuro mortal. De este modo, el diario va dibujando día a día en sus anotaciones el camino inexorable que conduce a la muerte. Esta conciencia se hace inevitable y lúcida en casos en que el final está claramente anticipado, no como un presentimiento sino como una certeza. Los ejemplos de Hervé Guibert, César Simón y otros ilustran con dramatismo su particular y diferente itinerario final. Con otro horizonte, pero con igual dramatismo ante la segura e inexorable muerte de un amigo, el Testimonio 15 narra cómo el final se acerca al presente y el futuro se extingue.

En otros casos menos dramáticos en que la muerte se presiente con perfiles más inciertos, el diario cumpliría —de manera más o menos sincera, ingenua o fatua— la función de prepararse o aceptar una muerte realmente lejana. El diario se convierte así, sin tintes macabros ni tenebrosos, en una escuela de extinción. Una manera de aprender que la vida, como el diario, es un paréntesis de escritura entre dos nadas, la prenatal y la póstuma. De este modo constatamos que lo que parecía concebido para una apoteosis del *yo,* se convierte en una crónica de su disolución y en su aprendizaje. El diario vendría a demostrar, por tanto, la banalidad ilusoria de cualquier vida. Y su escritura diaria y continua constituiría una incesante *automoribundia* hacia un final cierto.

Taller de escritura

El diario entendido como taller literario, como preparación de la obra y obra en sí mismo, choca muchas veces con la institución literaria que, como decía arriba, lo menosprecia por considerarlo un género menor. Dice Alain Girard (1963) que «el diario es el reverso del éxito, es el sentimiento íntimo del fracaso». Tomando esta frase y sacándola quizá de su contexto, es un hecho que los autores que escriben y publican diarios mantienen una relación contradictoria con el género. Para la mayoría no tendría merito hacerlo, porque la escritura de un diario sería la medida y la expresión del fracaso literario. Han puesto su meta en un objetivo distinto que no llegan a alcanzar, y el diario quedaría como la crónica de esa frustración. Es el caso del magnífico diario de Julio Ramón Ribeyro, *La tentación del fracaso*.

Entre los diaristas españoles, el que mejor da cuenta de esta paradoja es Andrés Trapiello. Su voluminoso diario, *Salón de los pasos perdidos,* reescrito y editado años después de su escritura, que se subtitula —no en vano— *Una novela en marcha,* es el reconocimiento sublimado de que el diario para él es un sucedáneo de la novela exitosa que no consigue escribir. Desde este punto de vista, sería la evidencia de su impericia novelística. Tras esta forma novelesca de entender el diario subyace un anhelo que entiende que no es alcanzable en la estructura fragmentaria del diario. Para el autor, el diario entendido como novela le da, como mínimo, la ilusión de contemplarlo con la conciencia de algo coherente, acabado, perfecto: la novela de su vida entera y él como protagonista único y absoluto. Pero quizá Trapiello sospeche que esto es imposible, que la vida *en marcha* no se para ni se cierra, aunque año tras año reescriba el diario de años anteriores. La vida, mientras es vida, tampoco se deja contemplar como algo acabado como le está permitido a la ficción.

En cambio, para un diarista ordinario, el diario cumple, en este sentido, una función de entretenimiento o de estímulo para la mejora instrumental de la escritura. También funciona como ejercicio y entrenamiento intelectual, obligándose, como el que aprende un nuevo idioma, a mantener activa la mente para ahuyentar la sombra del alzhéimer, de la misma forma que el que hace gimnasia quiere mantener el cuerpo sano. Este diarista no utiliza el diario para *hacer dedo* o para paliar los periodos de sequía creativa como muchos escritores lo practican, sino por el gusto de escribir, sin más pretensiones.

En relación con la práctica ordinaria del diario, se encuentra la cuestión del aprendizaje de los diaristas: ¿Cómo aprendieron a llevarlo? ¿Quién les enseñó? Como se verá en el capítulo 2, «Biografía de los diarios íntimos de la gente corriente» y

en el capítulo 4, «Las hijas de Anna Frank», tradicionalmente los adolescentes (y no solo estos) han aprendido o han empezado a llevar diario de manera intuitiva, sin tener apenas referencias de diarios publicados. El estímulo de alguna amiga o el ejemplo de un familiar próximo e influyente tuvieron más influencia que cualquier otro modelo. En realidad, aunque el hecho de llevar diario no sea en absoluto natural, para estos diaristas llevar diario es tan necesario como respirar (Lejeune 2006, 228).

Con la generalización de la enseñanza obligatoria y el acceso más fácil a los instrumentos de escritura en la segunda mitad del siglo XX, el diario adquirió estatuto de práctica democrática al alcance de todos los estratos sociales. Su difusión y desarrollo tiene que ver también con la presión social para que cada sujeto controle y se responsabilice de sus propias decisiones y actos a partir de cierta edad. En consecuencia, el diario sería un instrumento más al servicio de esta pedagogía, sea esta laica o religiosa. No es casual que, al final de la infancia, el adolescente haya recibido como regalo un cuaderno para llevar su diario, justo en ese momento en que los jóvenes son concernidos y obligados a que sean responsables de sus propios actos.

En los años cincuenta y sesenta tuvieron gran éxito los libros del abad francés Michel Quoist: *Amar o el diario de Daniel* y *Dar o el diario de Ana María*. Ambos libros, traducidos al español, repitieron un éxito similar en nuestro país al alcanzado en Francia. El mensaje educativo y el estímulo indirecto a llevar diario (con esa suerte de contradicción ya dicha que supone el diario, entre la libertad de decir y la posibilidad de ser controlados al escribirlo) se trasmitían bajo la forma de un pastiche de diarios reales. Por esa razón estos libros fueron una palanca para que muchos jóvenes intentasen emular a los protagonistas de ambos libros. En una dirección laica, una influencia —literaria y moral— similar tendrían en los años setenta las primeras traducciones en edición de bolsillo que se hicieron en editoriales españolas del *Diario de Anna Frank*.

Por el contrario, en el mundo anglosajón han proliferado las guías y los talleres de escritura sobre el diario entendido más como una forma de desarrollo personal. Las instituciones escolares españolas no han apreciado apenas el potencial educativo del diario. En realidad, lo han ignorado, y se ha utilizado solo en algunos centros de enseñanza secundaria y universitaria como un deber escolar o un trabajo de curso más para ser revisado y calificado por el profesor.

2. Práctica del diario íntimo

Igual que cualquier ser vivo, el diario nace, se desarrolla y muere. En cada una de estas fases son capitales el ánimo que lo alienta y las circunstancias que lo condicionan. En uno de los dos llamamientos al testimonio sobre el diario íntimo que hice a través de la prensa, les pedía a los posibles y desconocidos diaristas que me escribiesen una carta contándome la *biografía* de su diario:

> ¿Llevas un diario íntimo? ¿Sabes que miles de personas lo llevan también, o lo han llevado, por gusto o necesidad? Soy un profesor de literatura que estudia la práctica de los diarios de la gente común a través de testimonios personales. ¿Quieres participar en esta investigación? Escríbeme una carta con la *biografía* de tu diario (comienzo, duración, frecuencia, soporte, función, lectura, corrección, destrucción, etc.) ¡Prometo contestarte y, por supuesto, guardar discreción de diarista! («Ofertas y demandas», *¿Qué leer?* 21, abril 1998).

En resumen, les pedía que me contasen la vida, razones y contexto de su diario. El llamamiento fue un éxito a la escala en la que nos movíamos: casi dos centenares de diaristas contestaron a mi petición. Fueron tan numerosas y elocuentes sus razones postales, en ocasiones avaladas por fragmentos de sus diarios y de diarios enteros incluso, que merecen ser tenidos en cuenta y estudiados a la hora de determinar qué es y qué representa la práctica y el hábito de llevar diario para las personas corrientes.

2.1. UNA AVENTURA EPISTOLAR

Hacer un llamamiento de este tipo es lanzar al mar un mensaje en una botella: el angustiado náufrago y el perplejo receptor, cada uno por su lado, se preguntan: ¿quién lo recibirá? ¿Quién me responderá? ¿Me interpretará correctamente? ¿Me gastarán una broma? ¿Me tomarán el pelo? Quiero decir que el llamamiento suponía algún riesgo para quien lo lanzaba, pero también para el que contestaba, porque iba a confiar información personal a un desconocido del que solo tenía una promesa de discreción. Un diarista, aunque apoyaba la idea de la investigación, ya me advertía de cuál podría ser el mayor escollo para llevarla a cabo:

> He leído su llamamiento, y me parece una idea magnífica, aunque no tengo claro si esa convocatoria será totalmente exitosa, porque tropieza con un impedimento considerable: el pudor. Me imagino que éste va a ser un elemento que dificulte la investigación. ¿Razones? Tal vez nos cuesta mucho desprendernos de esas partes íntimas, pensando que van a ser conocidas (Testimonio 7).

Sin embargo, poco después, otra diarista me levantaba el ánimo, diluyendo mis dudas. Su carta me tranquilizó y estimuló. A pesar de que hablaba en su testimonio de una historia personal de enfermedad y sufrimiento, apoyaba la iniciativa y demostraba comprender el objeto de mi trabajo: «...entiendo perfectamente lo que buscas en tu investigación y deseo sinceramente que mi testimonio te sea de utilidad» (Testimonio 15).

A pesar de los posibles obstáculos, el procedimiento funcionó. Y funcionó muy bien, no solo por el número de diaristas que respondieron, sino por la calidad de las cartas recibidas, que fueron entusiastas y además, militantes: «Me encanta participar en este trabajo de investigación y proporcionarle información sobre mi Diario, pues este tema me parece que pasa desapercibido para los que no lo escriben, que son, claro, la mayoría» (Testimonio 24). De manera similar reaccionaron otros corresponsales que, desde el primer momento, se pusieron a mi disposición: «Me ha parecido muy interesante y también sorprendente que una literatura tan "amateur" y tan olvidada haya, por fin, suscitado el interés para realizar un estudio. Yo también escribo un diario y me gustaría poder ayudarle en su labor» (Testimonio 31).

Además, el intercambio epistolar constituyó, y pienso que también para muchos de mis corresponsales, una hermosa aventura emocional y un impagable regalo humano. Al menos, fue así para mí. Leer los testimonios recibidos, y después los fragmentos de diarios —y los diarios en algún caso— que siguieron

a los testimonios, representaron un privilegio: una suerte y un verdadero descubrimiento poder conocer tantas personas distintas con sus afinidades y sus diferencias, cada una con sus particularidades y con sus propios puntos de vista.

Leer un diario, cualquier diario, es una aventura espiritual, que demanda ciertas renuncias a las que no todas las personas están dispuestas. En un diario no se encuentran normalmente intrigas novelescas ni sorprendentes hallazgos de estilo. Hay que aceptar la imprevisibilidad de la vida, con sus repeticiones y balbuceos. El lector de diarios deberá ser paciente, no tener prisa para juzgar, escuchar en silencio y separarse de sí mismo para acercarse al otro: «...es como entrar bruscamente en una habitación oscura, es necesario dejar tiempo a que el ojo se acostumbre para que se revele poco a poco en la sombra los contornos secretos de la vida humana» (Lejeune y Bogaert 2006, 238). En mi caso, las cartas y los diarios —que aquí se comentan y analizan con respeto y agradecimiento— supusieron una maravillosa y enriquecedora experiencia. Los treinta y dos testimonios seleccionados se pueden leer en el capítulo 3.

El recurso de las cartas, además de coherente —como hemos visto arriba— con la propia idea del diario como epístolas a uno mismo y a un hipotético destinatario, demostró ser un medio comunicativo perfecto para abordar y analizar este tema que casi nunca, por no decir nunca, los diaristas habían tratado ni siquiera con sus amistades :

> Acabo de leer tu anuncio en la revista Qué leer y no he podido resistir la tentación de escribirte acerca de mi diario. Supongo que me ha llamado la atención, porque siempre ha sido algo que no he podido compartir y ahora, cuando ya casi no lo «visito», ese diario puede ser objeto de estudio junto al de otras personas (Testimonio 4).

Otra corresponsal, desde el primer momento, de manera abierta y colaboradora, me hizo un ofrecimiento muy generoso: «... pongo mi diario a su entera disposición, y puedo enviarle fotocopias o alguno de mis cuadernos, si lo quiere examinar. Póngase en contacto conmigo». Esta misma diarista cerraría su tercera y última carta anunciándome el envío e indicándome la manera en que debía utilizarlo (ni que decir tiene que yo la tuve en cuenta y respeté):

> Próximamente te enviaré un volumen de mi diario (seguramente el correspondiente al año 96), para lo cual te haré algunas indicaciones. Ya te explicaré. Puedes utilizar el nombre de lugares, fechas concretas, todo, excepto nombres propios de personas.

> Cuando recibas el volumen, comprenderás lo importante que resulta para mí hacértelo llegar, es como poner un pedazo de mi vida en tus manos. No quisiera perderlo en ninguna circunstancia. Confío además en tu discreción y seriedad, si no fuera así nunca me habría ofrecido a enviártelo (Testimonio 9).

Sin embargo, no se pueden idealizar las relaciones epistolares, porque si entre conocidos hay malentendidos o equívocos, ¿no habría de haberlos entre corresponsales que no se conocían? Por ejemplo, una diarista, que resultó ser posteriormente una colaboradora entusiasta y generosa del proyecto, en su primera carta, como otros corresponsales, me interrogó sobre mis propósitos: «¿Podría preguntarte por qué es exactamente tu estudio? No es desconfianza, sino curiosidad. Soy terriblemente curiosa» (Testimonio 16). Para hacerse una idea de ese tira y afloja, de esa tensión entre la confianza y la desconfianza, puede ser ilustrativo comprobar las dudas y sospechas que me trasladó una diarista en su primera carta:

> Me ha sorprendido el llamamiento que hace en la revista *Qué leer* del mes de Abril de 1998 para estudiar los diarios íntimos. Al principio sopesé la posibilidad de que se tratase de un escritor falto de ideas, que oculto bajo la personalidad de un imaginario profesor, intentaba acaparar experiencias ajenas para después fabular con ellas. Que diera las señas de una universidad no significaba nada, bien podría ser un empleado de esa facultad, un amigo que trabajaba allí o incluso un profesor de verdad. Esta argumentación, un tanto paranoica, pero no por ello menos verosímil, se desvaneció, cuando caí en la cuenta de la originalidad que suponía. Si las condiciones eran honestas, la propuesta era original. Pero si las condiciones no eran honestas y escondían otras intenciones, eso era ya genialidad. Basándome en estas argumentaciones, quizá falaces, pero igualmente atrayentes, aquí está la «biografía» de mis diarios (Testimonio 26).

Por tanto, y a pesar de las dudas y sospechas de algunos corresponsales, con cada carta, la confianza mutua iría ganando terreno, tanto con esta diarista como con otros: «Desde que me puse en contacto contigo, se me hace más atrayente el hecho de que alguien investigue sobre una actividad tan importante para los que la practicamos, al tiempo que tan desconocida» (Testimonio 27).

Así se fue creando un clímax de entendimiento, colaboración y amistad que normalmente se logra solo en el vis a vis. Y no siempre. Sin el aliciente de mandar y recibir cartas, la relación tal vez no habría funcionado. Igualmente, la recogida de testimonios habría sido imposible si la resistencia inicial no se hubiera vencido. Soy también consciente de que corría el peligro de perder la distancia y la objetividad y, sin embargo, creo que lo evité.

Esta empresa de mandar y recibir cartas de papel era ya, a finales del siglo XX, un gesto retro o nostálgico, pues el correo electrónico estaba llamado a desbancar al envío epistolar convencional de sello y sobre. Con el *e-mail* se ganaría velocidad, economía y no sé cuántas cosas más, todas ellas muy razonables, pero se perdió encanto, corporeidad, emoción, placer visual y táctil. Las sensaciones de coger una carta del buzón, sopesar su contenido, palpar el sobre, abrirlo, apreciar el papel, desdoblarlo, reconocer o deleitarse con la grafía, etc., eran infinitamente superiores a la frialdad de abrir un correo electrónico. Por tanto, las cartas, cual botellas mensajeras, en sus idas y venidas, funcionaron de maravilla.

La mayoría de los corresponsales, a pesar de la brevedad y descontextualización del llamamiento, lo interpretó acertadamente. Contestó discreta y suficientemente a lo que les pedí: la *biografía* de su diario, es decir, la vida y las circunstancias en las que la escritura de aquel se desarrollaba, sin violentar la intimidad del mismo ni de la persona que lo llevaba. Evitaron lo escabroso o escandaloso en un asunto en el que habría podido aparecer, demostrando que la escritura es quizás todavía el mejor antídoto contra la vulgaridad mediática y contra el mal gusto que suele presidirla. Ahora bien, como era previsible, resultaba imposible hablar del diario sin hablar de sí mismos porque, como me advertía una diarista: «Espero no haberte cansado, pero soy incapaz de hablarte de mi diario sin todo lo demás. Va irremediablemente unido» (Testimonio 16). Por fuerza, así es, porque el hecho de llevar diario comporta también una determinada manera de vivir o de enfrentar la vida (como veremos a lo largo de esta obra), y porque establecer una relación epistolar con un desconocido sobre un asunto tan personal como este, exige o necesita de una mínima autopresentación, que en algunos casos se convierte en un autorretrato bastante plástico y expresivo. El ejemplo más completo, desprejuiciado y humorístico, con unas gotas de ironía, lo reproduzco entero, porque merece la pena:

> Me llaman María del Mar, mujer de físico, talento y cualidades nada sobresalientes. Nací hace treinta y dos años en una organizada, introvertida y conformista familia numerosa de recursos limitados. Crecí completamente inconsciente de mí misma, con muchos hábitos y ningún criterio. Estudié Derecho por equivocación y aborregamiento. Me casé convenientemente y sin pensármelo mucho. He tenido dos hijos en cuya crianza invierto la mayor parte de mis energías, de mi tiempo, de mi dinero y también, sospecho que para mi desgracia, la mayor parte de mi amor, sin hacer casi nunca cuentas sobre la rentabilidad de tal empresa. A propósito de rentabilidad, mis ingresos provienen del Erario Público, para lo cual tuve que competir y ganar una «democrática» oposición. Disfruto de un piso en la ciudad, un apartamento en la

> playa, un coche y varios préstamos bancarios de diferentes modalidades. Viajo cuando puedo, que es raramente. Me rodean muchas personas, familiares y amigos, que me quieren, y además tengo un amante, con el que, aunque ostenta la condición de persona física y jurídica, mantengo una relación espiritual, no sometida a los parámetros del espacio y del tiempo (Testimonio 29).

Por el desparpajo y comicidad del autorretrato cabía esperar grandes revelaciones, pero como buena diarista la corresponsal demostraría la reserva y discreción que detentarían nuestros diaristas.

Pero no siempre fue así. Por desgracia, a veces, la «botella» regresaba con mensajes de un sufrimiento lacerante e íntimo. Entonces, las cartas, a pesar del colchón cultural de la investigación, nos ponían frente al lado más duro de los diarios y de la vida, el que golpea cruda y cruelmente, aquel en el que la escritura sirve de consuelo y compañía para soportar y resistir cuando el dolor, la enfermedad o la muerte salen al encuentro y nos hieren de manera inmisericorde (véanse Testimonios 14, 15 y 31).

En resumen, al lanzar los llamamientos no sabía, como ya he dicho, qué acogida me dispensarían sus receptores. Sabía muy bien lo que buscaba, no lo que encontraría. Quería profundizar en la *vida* y variedad de los diarios íntimos inéditos de la gente corriente, distintos, pero no tan diferentes en sus motivaciones y argumentos, de los conocidos y publicados. Las expectativas fueron superadas con creces.

2.2. APRECIO Y DEFENSA DEL DIARIO: TIMIDEZ Y ORGULLO DEL DIARISTA

Contestar a un llamamiento de esta clase presupone evidentemente aprecio y valoración del diario, que, en ocasiones, se demuestra como una defensa militante de su práctica. Lo paradójico es que, habiendo llevado diario de una manera prolongada e intensa en muchos casos, en su mayoría lo habían ocultado como el secreto mejor guardado de sus vidas que alimentaban con una timidez rayana en lo vergonzoso. Como veremos abajo, nadie, o casi nadie, del entorno de los diaristas lo sabía: la madre o la pareja como excepciones más comunes, algún amigo o amiga del alma, y pocos más. Como dice en su primera carta una diarista: «Escribirle y poder hablarle de mis cuadernos es gratificante para mí. Nadie conoce su existencia» (Testimonio 2).

Para la mayoría era la primera ocasión en la que podía hablar de su diario con alguien para compartir una práctica o hábito que les unía a muchas personas más.

Por esta misma razón, no es de extrañar que una de las corresponsales, después de leer algunos de los testimonios que adelanté en una revista, comentara en una carta posterior a las publicadas aquí (Alberca 1998b, 101-110):

> Reconozco en todos ellos una misma inquietud, inquietud exclusiva y apasionantemente humana, cuyo nombre desconozco, la cual nos arranca de pronto de la parte más estática de nuestras vidas, colocándonos en una posición de conflicto con nosotros mismos y con lo que nos rodea, empujándonos a trasladar, unos cuantos centímetros más allá, los estrechos límites que un día unos a otros nos impusimos (Testimonio 29).

Al responder al llamamiento y participar en la investigación en la que se les invitaba a colaborar, hacían un gesto reivindicativo y de defensa de una práctica cultural que hasta entonces tenía solo un valor y un encaje individual que ni el propio diarista tenía claro. Conocer más profundamente las propias motivaciones íntimas para llevar diario y sentirse parte de un grupo de personas con las que compartían esta escritura secreta estimulaba a mis corresponsales a estar interesados en el resultado del trabajo:

> Tengo curiosidad por ver el resultado final, no por ver mi testimonio impreso, sino por el hecho de poder compararlo con el de otros diaristas. Quizá así pueda averiguar qué me impulsó a empezar a escribir la primera página de mi diario hace dieciocho años (Testimonio 17).

A otra de mis corresponsales, el hecho de saberse que formaba parte de una comunidad de diaristas—la mayoría de estos convencida del valor benéfico de llevar diario— le despierta la idea revolucionaria y genial de que los diarios deberían ser compartidos, proponiendo una suerte de libre circulación de estos para mejor conocer al resto y a uno mismo, aunque, en otra parte de su testimonio reconoce que si alguien hubiese leído o violentado el suyo se habría sentido fatal:

> Me pregunto qué pasaría si nos prestáramos, unos a otros, aunque fuera de manera anónima, nuestros diarios. Nos daríamos cuenta de lo semejantes que son nuestros sentimientos, deseos, temores, manías. Puede que sólo protejamos nuestra privacidad en la medida en la que los demás protegen la suya, con el consiguiente efecto de bola de nieve (Testimonio 22).

Una opinión similar recoge el testimonio de otro diarista sobre los valores sociales y humanos del diario: «Creo que [el diario] es un camino o un "rincón" para conocer a nuestros semejantes, la historia en letra menuda» (Testimonio 23).

Por tanto, este intercambio epistolar les permitía afirmarse frente a la incomprensión, la intolerancia o el desprecio sufridos durante mucho tiempo. Otra

diarista reconocía sentirse aliviada al comprobar, por los datos de un sondeo entre la población estudiantil, que formaba parte de una comunidad más amplia, que no estaba sola: «Los resultados de la encuesta son sorprendentes, no podía imaginar que hubiese tanta gente aficionada a los diarios. Ahora sé que no soy ningún bicho raro. ¡Menos mal!» (Testimonio 12).

De hecho, varios diaristas reconocen que colaborar en la investigación les devolvió el interés por sus diarios, extraviados en el túnel del tiempo:

> El hecho de haber podido colaborar en este trabajo de investigación aportando mi pequeño grano de arena ha servido para concederles un poquito de atención y para que recuperen ante mis ojos el valor que habían perdido últimamente (Testimonio 1).

Al escribir estas cartas, los diaristas realizaron una suerte de exorcismo, racional y normalizador, pues en cierto modo luchaban contra sí mismos y contra una presión social que les obligaba a ocultar su diario de forma injustificada y vergonzante. Es decir, tenían que esconderlo, como si se tratase de una enfermedad nefanda o una aberración.

Los diarios, que tienen, como hemos visto, un difícil encaje social, resultan siempre contradictorios en el aprecio vacilante de los propios diaristas. Por una parte, se pueden sentir muy desdichados o fracasados, pero, por otra, tienen su práctica diarística en alto aprecio (y por ende de sí mismos). El testimonio de un diarista expresa bien esta contradicción: «Es cierto que muchos adolescentes gustan de dárselas de tremendos ("la vida es una mierda", "soy un fracasado…"). Yo también lo era, pero sé que, en el fondo, tenía una altísima idea de mí mismo». Y apostilla: «Escribía dos o tres veces por semana, más o menos, y solía releerlo para admirar la profundidad de mi pensamiento (creo que es evidente que el escribir diarios implica una cierta autoestima)» (Testimonio 3).

En su fuero interno nuestros diaristas hacen, por lo general, una valoración positiva que se traduce en apelativos cariñosos y definiciones expresivas de sus cuadernos, y no solamente de los diarios infantiles o adolescentes, sino también en los de las personas adultas. Hay testimonios que confiesan estar «orgulloso[s] del diario», porque es «el canal adecuado» para transmitir todos sus pensamientos, y consideran su diario como su «confidente más especial y discreto (…). Nadie me comprenderá mejor que él, pues forma parte de mí y me he dado cuenta de que a veces puedo ser mi propio maestro» (Testimonios 6 y 17).

Sin embargo, viven hacia fuera ese mismo hábito de escritura íntima como una falta o una debilidad, susceptible de ser criticada e incomprendida por los demás.

Las personas que llevan diario suelen tener, como consecuencia de esto, un aprecio ambivalente a su propia escritura. Consideran el diario un ejercicio que, por un lado, les libera, pero, por otro, les esclaviza:

> La verdad es que cuando pienso en este diario, pienso en él como mi mejor amigo y mi mayor enemigo al mismo tiempo. Amigo, porque sobre él vierto todas mis emociones, decepciones, dolores, alegrías, pensamientos, etc. Y enemigo porque no sé qué voy a hacer con tanto material dentro de un tiempo (...). Es un pensamiento extraño (Testimonio 9).

Por esto mismo no debe extrañarnos que esta misma diarista tenga su diario en muy alto aprecio: «El diario es la obra más importante que he realizado en mi vida, y lo mejor de todo es que se trata de una obra viva: crece conmigo, evoluciona, sobrevive» (Testimonio 9).

Similar es la valoración del testimonio de otra diarista, que, sin ignorar que llevar diario resulta a veces problemático, en su militancia diarística aconseja llevarlo para ser más tolerante y reflexiva:

> Podría decirte que un diario es un foco de problemas, pero considero que me ha resuelto tantos, que se minimizan los que te pueda dar. Opino, con toda franqueza, que debería ser algo que practicara todo el mundo. Te ayuda tanto a madurar, a purificarte y a ser tolerante y reflexivo que, desde luego, toda la gente se relacionaría mejor, se reducirían los radicalismos y las listas de psicólogos (Testimonio 16).

Las contradicciones de nuestros diaristas son, de cualquier modo, bien distintas de las que tiene el diarista-escritor. Este último, como vimos arriba, duda si publicarlo o no en algunos casos (una vacilación que, no obstante, parece ya de otra época, pues la mayoría se escriben ahora con la perspectiva de publicarse en vida...), aunque esta duda, como señala Gombrowicz, revela otras contradicciones formales. Pero aquí, en los diarios de la gente corriente, es la propia idea de llevar diario —de abandonarlo o de mantenerlo, y que sea violado o leído de manera indiscreta— lo que le hace frágil y vulnerable, pues, esta es, para los diaristas corrientes, una escritura de sí y para sí.

La retracción a salir del «armario diarístico» se explica por el menosprecio y a veces por el rechazo con que tradicionalmente fueron y todavía son tratadas las personas que lo llevan. Uno de nuestros diaristas, que sufrió la incomprensión de su entorno, testimonia cómo, a veces, se malinterpreta el derecho a la intimidad del diario y los problemas que pude generar en las relaciones sociales: «El diario me ha ocasionado problemas. No siempre se me ha entendido este recinto de

privacidad y no siempre se ha respetado. Incluso se ha interpretado mal y ha sido el origen de disgustos y decepciones» (Testimonio 30).

Incluso una diarista, haciendo suyos los prejuicios de los enemigos de los diarios, puede despreciar los suyos y a los diaristas en general con argumentos similares a los de aquellos:

> En este momento ya ni me planteo hacer un diario de esas características, pues, en mi opinión, las personas adultas que tienen necesidad de contar sus amores y problemas afectivos a un papel no tienen a nadie a quien contárselos o siguen en la inmadurez de la adolescencia (Testimonio 13).

Los diaristas soportan el sambenito de ser narcisistas, misántropos e inmaduros. Con más incomprensión y desprecio que con razones, se les suele tildar de este modo, como si estos calificativos les perteneciesen de manera exclusiva, y no conociéramos gente insoportablemente narcisista o absurdamente inmadura que nunca escribió ni escribirá un diario. Pero esta es una de esas ideas recibidas sin ser cuestionadas, que se propalan acríticamente y de tanto repetirse se convierten en dogmas. Un escritor de diarios, notable y editado, me dijo una vez algo realmente paradójico y revelador (viniendo de un diarista) de su propia visión del hecho de llevar diario, a propósito de mis trabajos sobre los diarios de las personas comunes. Me dijo que alguien que escribía para sí mismo, y de manera asidua, un diario, era cualquier cosa menos normal. Aquí quizá resida el *quid* de esta cuestión: demonizar, clinicalizar o segregar por anormales a los diaristas son actitudes que no llegan a esconder una postura elitista.

Por el contrario, con más propiedad, se puede argumentar que alguien que escribe un diario de manera continua se consagra, en la escritura y en la posible relectura, a un ejercicio de distanciamiento y de observación de sí mismo —también de posible autocrítica— que contradice todas las descalificaciones que soporta esta escritura. En muchos testimonios se aprecia un proselitismo de esta práctica, por entenderla como una manera culta y civilizada de solventar las diferencias con el resto y sobre todo consigo mismo. Algún testimonio comprende la importancia y trascendencia de que todos estos documentos humanos —los diarios íntimos de la gente corriente— no se pierdan, y saluda las iniciativas que tratan de conservarlos:

> Hace unas semanas me enteré que el Ayuntamiento de La Roca del Vallés ha abierto una peculiar biblioteca para albergar solamente los fondos que depositen los diaristas, fondos que se podrán consultar y estudiar. Al parecer es la segunda biblioteca que se abre en Europa —la otra está en Italia—, y no dejará de ser un incentivo para que toda esta literatura personal salga a la luz (Testimonio 17).

2.3. VISTA DE UN TERRITORIO IGNOTO

Solo a partir de los testimonios epistolares, de los fragmentos de diarios y de los diarios completos recibidos en estos llamamientos, no es posible establecer una poética de la escritura diarística de la gente corriente. Lo que he podido conocer por mis medios no es más que una parte mínima de un continente que imagino inmenso: la punta del iceberg de esa gran masa de diarios sumergidos en el desconocimiento, que, por desgracia, probablemente no lleguemos a conocer nunca y, aún menos, serán editados. Sin embargo, creo que a través de los textos conseguidos en aquel intercambio epistolar se puede esbozar, al menos, una cartografía general básica del territorio invisible y sumergido que constituyen estos diarios. Dicho esbozo dará cuenta de los accidentes más relevantes de su geografía con una tipología variada, características y particularidades.

Durante algún tiempo, sobre todo a partir del estudio de la psicóloga Michèle Leleu (1952) en Francia y desde el ensayo de Gregorio Marañón sobre el diarista ginebrino Amiel (1949) en España, se ha considerado de manera tendenciosa que llevar diario determinaba un perfil psicológico enfermizo o, una debilidad de carácter de la que nacería el propio diario y a la que, a su vez, alimentaría. Sin embargo, cada testimonio recogido revela una individualidad irreductible y una práctica singular, al tiempo que, como no podía ser de otro modo, se abren entre ellos evidentes vasos comunicantes y coincidencias. Al leerlos seguidos, unos junto a otros, como el lector podrá hacer en el capítulo 3, se ponen de relieve los rasgos comunes, sin que se difuminen los aspectos particulares.

Una vez que supieron que iban a colaborar en un estudio sobre la práctica del diario, la mayoría de mis corresponsales estuvo interesada, sobre todo, en conocer lo que les unía a los demás, más que lo que les singularizaba. Por supuesto que el diarista ordinario, como todos los diaristas conocidos, se ocupa de registrar su vida cotidiana y reflexiones íntimas, pero, a pesar de esto, no pierden nunca de vista la posible relación con los otros. Es algo que desdice el carácter exacerbadamente narcisista y egotista que se les suele atribuir. En este punto particular los diarios de la gente corriente no coinciden con el tópico general que se tiene de los diarios. De hecho, a la hora de dar sus testimonios consideran o especulan las posibles relaciones que su diario tiene o pudiera tener con los de los otros diaristas. Están interesados, sobre todo, en saber que no son una excepción y, al tiempo asegurarse, que su gesto de anotar diariamente en su cuaderno es un rasgo *genético* propio de ese gran colectivo de diaristas que no se consideran, salvo excepciones, personas problemáticas ni enfermas.

Sin embargo, la desconfianza sobre el diario contagia a algunos de mis corresponsales, que, en el mejor de los casos y sin mucha preocupación, me preguntaban si no serían *bichos raros* por el hecho de llevar diario, y que en otros, afortunadamente menos numerosos, se extendían en sus testimonios sobre su carácter hiperestésico y vulnerable, que relacionaban con el hecho de llevar diario. Son varios los estigmas contra los que debe luchar el diarista, al que se considera, a veces, un misántropo, que se encierra y se aísla dentro de su diario, al tiempo que solo vive para este. En realidad, es una dicotomía falsa, porque normalmente el diarista escribe más cuanto más vive y cuanto más intensamente vive. Vivir y escribir no es excluyente. Y vivir implica siempre relacionarse con los otros de alguna manera. No hay vida íntima sin relación con el prójimo.

Una vez puesto en circulación el estereotipo que estigmatiza a los diaristas, es difícil que estos escapen a esa opinión despectiva. Así, al menos, lo podemos comprobar en uno de los testimonios, que, a pesar de verle una serie de ventajas y de estímulos vitales al diario, no consigue desprenderse de los lugares comunes negativos con que sus enemigos lo han caracterizado:

> Realmente [el diario] me ha enseñado a reflexionar y ha infundido en mí una nota de carácter cerrado. No me cabe duda de que no sería el mismo sin el diario, que no pensaría igual, pues he reservado muchos momentos para escribir y dejar de hacer otras cosas. No creo que dificulte mis relaciones, más bien me ayuda un poquito, pues cuando quiero decir algo lo escribo previamente, es como si ensayara (Testimonio 17).

Esta es la batalla que libra en sus diarios una de mis corresponsales más concienzuda y convencida de que la necesidad del diario, en su caso, tiene que ver con un determinado carácter psicológico:

> Hay un componente importante, en la escritura de un diario, de tipo psicológico. Me refiero al carácter y personalidad del diarista. Si yo no fuera la persona hipersensible, introvertida, introspectiva e insegura que soy, seguramente jamás habría necesitado recurrir a la escritura, porque no habría necesitado reafirmarme. En este sentido, no me sorprendió comprobar mi afinidad con dos de los testimonios de los diaristas que publicaste en el nº 3 del Boletín. ¿Quién va a invertir tiempo y esfuerzo en la escritura de un diario, sino aquél que sufre, a quien le duele la vida, quien no tiene bastante con el hartazgo de la materia? (Testimonio 32).

Dejando al margen una diarista tan excepcionalmente dedicada y consciente como la anterior, hay que destacar la variedad de diaristas y de diarios en los que cabe cualquier definición psicológica. Un rasgo común en la mayoría de ellos es que

llevar diario no constituye una mera actividad intelectual o un entretenimiento sin más. Los hay, porque siempre habrá excepciones, pero no es lo habitual. Llevar diario comporta para estos diaristas una determinada manera de vivir, adecuada a su personalidad o a su carácter. No es un simple ornamento, forma parte de su vida y de tal manera se enraíza con esta, que a veces puede ocupar un lugar preferente, ser un pilar fundamental o una ayuda imprescindible. En dos testimonios, los diaristas apuntan un uso del diario que delata un determinado carácter perfeccionista, retraído o secundario. Una diarista señala una particularidad o limitación personal, que le hace ser más expresiva con la pluma en la mano que de viva voz: «Tal vez me resulta más fácil escribir que hablar [...] Escribiendo encuentro la expresión justa (bueno, todo lo justo que puede ser el lenguaje), pero hablando solo me aproximo» (Testimonio 6). Otro diarista da a entender esta misma particularidad de su diario: «...me gustaría que personas concretas leyeran páginas específicas del diario, ya que en estas se pone de manifiesto aspectos que más de una vez no he sabido expresar ni adecuadamente ni en el momento o lugar oportuno» (Testimonio 11).

Tampoco es fácil fijar el perfil sociológico del diarista, ni yo lo pretendo, porque lo desconozco. Se me ocurre (de manera humorística y solamente por introducir una nota de humor), que, hay al menos dos tipos de diaristas: quien contestó a mis encuestas o llamamientos, y quien no lo hizo ni lo haría jamás... Sin embargo, si actúo de sociólogo improvisado, compruebo que la mayoría —tres cuartas partes de los diaristas que contestaron afirmativamente a las encuestas— fueron mujeres, y una proporción similar se mantiene en los llamamientos epistolares: de los 32 testimonios seleccionados, 24 son mujeres y 8 hombres. Paradójicamente, a pesar de que el diario es un género cultivado por muchas más mujeres que hombres, los diarios escritos por ellas que van a la imprenta son una minoría. También en torno a un 80 % de quienes llevan o han llevado alguna vez un diario lo comenzaron o lo llevaron entre los doce y los dieciocho años. Es decir, la adolescencia, en correspondencia con la crisis psicológica y sentimental que suele acompañarla, sigue siendo la edad más propicia para llevar o comenzar un diario. En un capítulo posterior se detallará mejor en qué consisten los diarios de adolescencia (véase capítulo 4.3.).

No sabría dar una razón de estos dos rasgos destacados de la práctica del diario que no pueda resultar arriesgada. Pareciera que las mujeres, en general, y las adolescentes, en particular, tienen una vida interior más rica y llena de matices, psicológicamente más complejas, más intensas en sus experiencias sentimentales, menos banales que los hombres *maduros,* porque sufren o han sufrido tradicionalmente una mayor marginación o han desempeñado un rol social subalterno.

Pero hay también hombres diaristas, como muestran los resultados de la encuesta y los testimonios epistolares. En cualquier caso, estos datos no deben ser tomados como una verdad incontestable, sino como números que hablan más a la imaginación que a la estadística. Además, con la edad, es decir, pasada la adolescencia, decrece notablemente la escritura del diario en general y entonces el número de mujeres y de hombres que llevan diario en la edad adulta tiende a igualarse.

También se comprueba en los testimonios, siempre que es posible, que el diario es una práctica más frecuente cuanto mayor es el nivel de estudios. Sin lugar a dudas, el desarrollo de este hábito cultural está ligado a la instrucción general y a la universalización de la enseñanza. Es mayor en los medios urbanos que en los medios rurales, tal vez por la necesidad de individualización para combatir la soledad y la presión gregaria que imponen los agrupamientos sociales en las ciudades.

Pero el lector se preguntará, ¿qué valor tienen estos testimonios y los diarios a los que representan, comparados con los de escritor que se publican? ¿Son literatura o pueden merecer *honores* literarios? Lo cierto es que las razones del reconocimiento literario son muchas veces insondables y pintorescas. No se trata de parangonarlos con los diarios de escritor, aunque, como hemos visto, compartan rasgos comunes, porque el foco de su interés está en otro sitio y en otra perspectiva. Los diarios íntimos de la gente corriente, de expresión espontánea o necesidad insoslayable, llevados sin cálculo ni previsión de publicación, pueden estar a caballo de lo antropológico y lo sociológico. Esta mezcla interdisciplinar es proporcional a su limitación literaria, pero indicativa de su riqueza humana y emocional. Evidentemente, entre estos diarios y los de escritor hay unas notables diferencias de méritos y funciones que no se pueden ignorar. Los de escritor son superiores, por lo general, en cuanto a su nivel expresivo, pero los de las personas corrientes son casi siempre verdaderamente íntimos, porque no están condicionados por la pretensión de hacerlos públicos.

Sin embargo, en esta escritura —muchas veces absorta y entregada, que prescinde aparentemente del destinatario externo— pueden estar presentes los mismos atributos que a veces le otorgamos a la Literatura, así con mayúscula: la urgencia o el gusto de contar algo con relieve o interés humano y el deseo de preservarlo del olvido a través de la escritura. A este propósito, sobre los posibles valores artísticos de una escritura de urgencia, conviene quizá recordar lo que anotaba Carmen Martín Gaite en *Cuadernos de todo:* «La urgencia arrastra la forma. Olvidarse de la literatura es vehículo para escribir la mejor literatura» (Chirbes 2021, 287). Por tanto, a los diarios de la gente corriente no le son extrañas algunas de las

virtudes que han caracterizado a la literatura de todos los tiempos: el descubrimiento de un mundo recóndito y desconocido para la mayoría y la capacidad de remitirnos a nuestro propio mundo y a nosotros mismos a través del mundo de los otros, tan diferente como parecido al nuestro. Además, el diarista, que concibe de manera espontánea la escritura como un desahogo o como una diversión, ha logrado quizás la vieja aspiración de unir vida y escritura, de no disociarlas, de escribir y vivir al unísono, de no renunciar a la una por la otra y, en definitiva, de convertir la escritura de la vida propia en un placer más. Dos de nuestros diaristas nos descubren la importancia que tiene en sus diarios una escritura *automática:*

> Escribir sin parar durante quince o veinte minutos, sin tiempo para filtrar lo que se te ocurre: un camino muy corto entre la mente y el lápiz. Así que, practicando con este tipo de escritura, he redescubierto el placer de sacar cosas de mí misma y plasmarlas en el papel. La verdad es que a veces es divertidísimo, porque se te va la olla y aparece una especie de surrealismo que da risa (Testimonio 4).

> Otra de las prácticas que he llevado a cabo en mi diario ha sido la de la escritura automática. No se trató de algo premeditado, sino que aproveché la circunstancia en una ocasión en la que me sentía deprimido por una circunstancia concreta: todo esto se tradujo en seis folios escritos con poca luz, con rapidez... En ellos se mezclan diferentes sentimientos contradictorios, renglones torcidos, líneas curvas (Testimonio 11).

Este otro testimonio incide en el papel placentero de escribir el diario sin «ninguna pretensión literaria», pero que tanto se le aproxima:

> Por otro lado, [también] me gusta escribir: cartas, cuentos, poesía (no quisiera resultar pedante, pero yo disfruto escribiendo). No tengo ninguna pretensión literaria, pero de alguna manera mis personajillos son míos, los únicos que yo puedo crear y tienen tanto derecho al papel como los de cualquiera, inmortales incluidos. Me hacen pensar, ocupan mi ocio, me crean dudas, resuelvo situaciones, me desespero y alegro. Esas cosas también se las cuento al diario, es otra medida del placer (Testimonio 27).

Pero estos testimonios (a los que podemos unir los Testimonios 1, 7 y 32) que destacan la diversión y el placer de escribir diarios son la excepción, porque la mayoría incide más bien en lo contrario: para los diaristas el estilo del diario es secundario, lo que importa es, como veremos abajo, la función de desahogo o de autoexamen. Un buen y radical ejemplo de esto lo da este testimonio: «No los corrijo, salvo algunos tachones sobre la marcha, no me preocupa el estilo porque no lo tengo. Aclaro que carezco de toda vocación literaria» (Testimonio 12).

Para apostillar y cerrar esta cuestión, es preciso destacar el testimonio de uno de nuestros diaristas que acierta a diferenciar la finalidad de los diarios de escritor y los diarios ordinarios:

> Mas la recompensa mayor es la íntima. El desahogo, la introspección, el anal histórico privado. Un diario es una persona, una subjetividad, una forma de ver el mundo, un mundo él mismo. [...] le he dado algunas vueltas a la posible categoría literaria de los diarios, que obviamente son tan distintos como lo son las personas que los desarrollan (Testimonio 23).

2.4. RAZÓN Y FINALIDAD

En la mayoría de los testimonios recogidos, como leemos en la cita precedente, se comprueba que lo primordial es la deseada función terapéutica o catártica del diario. Lo conciben como medicina homeopática, válvula de escape o portillo para el desahogo emocional ante los contratiempos de la vida. Un diarista reconoce que en la escritura de sus diarios adolescentes trató de encontrar «una salida a la confusión sentimental, quizá un impulso natural por atrapar la vida en el papel» (Testimonio 26). Una diarista se ocupa de los «conflictos amorosos» como una forma de canalizarlos, digerirlos o expulsarlos en una suerte de provocada «vomitona emocional» (Testimonio 19). Otra confiesa que los escribe, sobre todo, para llenar el «vacío afectivo» que le dejan las relaciones amorosas o, mejor, su falta. Para ella escribir es una forma de combatir la melancolía de la soledad:

> [...] hay un gran vacío afectivo en mí, en mi condición de mujer [...] Y no puedo sustraerme a la melancolía de ver pasar el tiempo sin haber encontrado esa persona que nos complementa. No me preocupa la soltería, me siento cómoda en ella. El vacío lo siento en el terreno de los afectos, no en el estado civil (Testimonio 2).

Un ejemplo de esta función sanadora lo describe perfectamente un testimonio que, para superar un desengaño amoroso, echó mano de la escritura en el cuaderno:

> [...] necesitaba «automedicarme» con una terapia particular y propia. Dicha terapia consistió en escribir lo que yo di en llamar un «cuaderno de bitácora» [...] Le aseguro que me fue de gran utilidad. Nunca he sentido con mayor fuerza la idea de que la palabra tiene poderes mágicos inesperados. Cuando terminaba mi tarea diaria sobre el «cuadernito», me sentía mucho mejor y más equilibrada (Testimonio 10).

De manera más rotunda otro testimonio da una explicación muy convincente para comprender la razón, el porqué de los diarios adolescentes, aunque esta finalidad no pienso que sea un patrimonio exclusivo de estos:

> Creo que todos los que escribimos un diario empezamos haciéndolo para no volvernos locos. Generalmente se empieza a escribir un diario en la adolescencia: uno no puede decirle a nadie que está perdido, porque debe aparentar seguridad. Soportar esta situación con una falta de experiencia absoluta es algo muy difícil, así que hay que desahogarse de forma que nadie llegue a conocer nuestra debilidad [...]. Esto se va superando poco a poco, aunque nunca totalmente (Testimonio 31).

Concederle al diario valor terapéutico o de desahogo es reconocer el poder sanador y consolador que pueden tener las palabras. Verbalizar los problemas ayuda a resolverlos o superarlos. Como dice una de nuestras diaristas, citando a Emil Cioran: «Las palabras son caritativas. Su frágil realidad nos engaña y nos consuela» (Testimonio 12).

Sin embargo, a veces ocurre justamente lo contrario, cuando esa necesidad o liberación que supone llevar diario se tuerce, convirtiéndose en dependencia: «La verdad es que no tiene mucho sentido pasar tanto tiempo escribiendo, pero el diario se ha convertido para mí en una auténtica droga y estoy enganchada a él...» (Testimonio 9). «Y necesito tocarme con la pluma, reaccionar, autoanalizarme, dialogar conmigo mismo. Semejante a una droga, de hecho, no es raro que me embriague escribiendo» (Testimonio 23).

Como acabamos de ver, el diario es un campo propicio a las paradojas y contradicciones. A veces la *terapia* del diario no es metafórica ni una licencia para poetizar sus posibles funciones, sino que adquiere un valor referencial preciso. El testimonio diarístico de una mujer aquejada de una grave enfermedad confiere a la palabra médica su valor exacto, porque el diario no es solo un consuelo, sino la forma de seguir y controlar los avances y retrocesos de su dolencia:

> Domingo, 27 septiembre 1992, 11.25 h.
>
> Escribo, un poco, para quejarme y descargarme, así, de este malestar que tengo hoy. No sé si la «pata» está insoportable debido al viaje de ayer o si es que hoy toca estar así. ¡Me tiene tan harta! Necesito liberarme de este dolor destructivo e inhumano. Intento doblegarlo, lucho constantemente y me convenzo de que le venzo, pero ¿es verdad? (Testimonio 14).

Ahora bien, como apuntan algunos testimonios —y es algo que es preciso tener en cuenta—: racionalizar en exceso la finalidad y la razón del diario falsea o

distorsiona la verdadera motivación del diario, porque, en realidad, la posible utilidad de la escritura diarística es algo que la mayoría de nuestros corresponsales no se ha planteado *a priori,* sino que, como dice un corresponsal, «algo imperioso nos impulsa a ello» (Testimonio 23). En fin, el impulso diarístico responde como un resorte espontáneo a la urgencia de escribir para verbalizar lo que, si se deja dentro, pesa demasiado: «Necesitaba escribir» (Testimonio 1); «No hubo ningún motivo o estímulo especial para iniciar mi diario. Siempre me ha gustado escribir y tengo la necesidad de hacerlo. A veces las palabras escritas me ayudan muchísimo más que las habladas» (Testimonio 11).

Pero, *a posteriori,* los cuadernos serán, en cada caso, buhardilla, abrigo, refugio de silencio y paz frente al mundanal ruido, consuelo para el desconsuelo y arquitectura protectora si en el edificio personal se abren grietas. Pero también, a pesar de los socavones de desolación, en los que puntualmente cayeron mis corresponsales, la escritura del diario tiene mucho de liturgia y rito celebratorio de la vida misma con sus pequeñas cumbres de felicidad.

Desde sus inicios, al diario moderno, se le atribuye —junto con funciones balsámicas— la capacidad de crear un espacio donde depositar aquello que los diaristas temen que otras personas no puedan entender ni apreciar, porque no les gusta ni toleran. En fin, un lugar de intimidad en el que confiar y donde desahogar lo que no se dice a nadie ni en ningún otro sitio. Como escribe una diarista adolescente al comenzar a llevar diario: «Este cuaderno será mi compañero íntimo, mi refugio. Ahora, recién cumplidos los catorce años, me dispongo a empezar este diario...» (Testimonio 1). O como puntualiza acertadamente en su testimonio otra mujer:

> Para mí escribir en el diario es otra forma de relación; no lo tengo mitificado, no es mi amigo ideal o imposible, no lo antepongo a las personas o seres queridos, pero tampoco lo comparo con ellos [...]. Tiene sus tiempos y sus ritmos, sus espacios, intensidades y abandonos igual que cualquier otra relación. Te pongo un ejemplito: no te comunicas ni comunicas igual con un amigo que con tu pareja, ni por teléfono que por carta o de viva voz (Testimonio 27).

El diarista problemático e insatisfecho —que no es solo el adolescente— es un ser en continuo riesgo de quiebra personal, su diario se convierte en una posible «tabla de salvación», antes incluso que la manifestación de su inseguridad. Representa la búsqueda de un equilibrio siempre en trance de ser alcanzado o perdido, como es la aceptación de uno mismo o el intento, normalmente fracasado, de cambiar. Los ejemplos de esta función son numerosos entre los testimonios, y es evidente que una de sus principales finalidades es la de sostener o apuntalar una identidad que corre el riesgo de derrumbarse:

> Creo que la utilidad de llevar un diario en mi caso reside en la aceptación y en la asimilación, día a día, de las pequeñas o grandes cosas de la vida. Creo que se trata casi de un exorcismo. El solo hecho de tener que recordar, seleccionar, filtrar, resumir y escribir lo que te pasa, hace que lo asumas tanto si es bueno como si no (Testimonio 4).

De forma más explícita, acerca de la utilidad del diario, otro testimonio apunta a la autoayuda compasiva que este le proporciona al diarista para aceptarse, sin engaños, en sus propias limitaciones y sin esperar grandes cambios o resultados:

> Yo también [...] era [un adolescente] que, en el fondo, tenía una altísima idea de mí mismo. Cuando dejé de llevar diario, mi autoestima estaba por los suelos. Y ya no me engañaba a mí mismo poniéndome peor de lo que sabía que era. En estos momentos, siento una profunda autocompasión por mi persona. Mi autocompasión se expresa también en forma de simpatía. Me caigo simpático, me tengo cariño, pero ya no me admiro ni pienso que vaya a dar mucho de mí mismo (Testimonio 3).

Como hemos visto arriba, uno de los sambenitos y prejuicios que han tenido que soportar el diario y los diaristas es el del narcisismo, entendido habitualmente de manera despectiva para estigmatizar a ambos. Por esta razón, cuando los testimonios rechazan de manera tan convincente este prejuicio y hacen valer las cualidades del diario como instrumento para la mejora personal del diarista, merece la pena destacarse:

> ¿Narcisismo? Ese no es el peor de los defectos del mundo. No hay nada malo en que la gente necesite desahogarse (de hecho es bastante purificador) ni tampoco lo es el hecho de intentar conocerse un poquito mejor, ver más allá del camino de tu destino, evitar las piedras, avanzar en arenas movedizas, recoger flores, tomar estrechos senderos y alegres veredas. Y saber por qué. Por qué lo haces. Te lo repito: escribir un diario te hace mejor persona. Debería ser obligatorio [...] Pensar y sentir va con el ser humano, es su esencia (Testimonio 16).

> En mi caso no creo que tenga sentido hablar de narcisismo. Cualquier texto que escribo, a corto o a largo plazo, tiene una utilidad de reflexión crítica sobre mí, no me regodeo en lo «maravilloso» de mi personalidad. [...] Esto me permite un distanciamiento de mí misma muy sano. La misma que un día escribe angustiada, al cabo de un tiempo, puede sonreír y hacer un juicio satírico sobre la capacidad de dramatizar y exagerar los problemas. Utilizo mis escritos para fijar en el tiempo las alegrías y para liberarme de las angustias (Testimonio 19).

Por tanto, el diario es o puede ser, al menos en determinadas ocasiones, un magnífico lugar en el que observarse, estudiarse o conocerse de manera introspectiva. La escritura sobre uno mismo es necesariamente un acto de desdoblamiento (ser al tiempo objeto y sujeto de observación). Es decir, exige mirar dentro de uno mismo para conocerse o reconocerse. El resultado de ese ejercicio reflexivo es la escritura que queda plasmada en el diario, a partir de la cual el ejercicio de estudio de uno mismo continúa. Como dice una diarista: «Es algo así como "reflexionar mientras escribo y escribir para poder reflexionar"» (Testimonio 2).

El diario, que comporta también un reto y una exigencia consigo mismo, enfrenta al diarista al riesgo de tener que mirarse a la cara sin tapujos, a ser sincero consigo mismo sin excusas ni disimulos. Así expresa una diarista en su testimonio el valor y el desafío de escribir un diario:

> Creo que las mayores reflexiones y sentimientos son los que plasmamos en nuestros Diarios, y la única forma auténtica de sincerarnos. Normalmente ocultamos a los demás la mayor parte de nuestros acontecimientos, vivencias, sentimientos... y sólo a veces delante de unos folios nos mostramos transparentes, como somos (Testimonio 24).

Además, el diario facilita también la creación de un espacio introspectivo en el que confesarse consigo mismo o realizar un «libre examen de conciencia» de aquellos hechos o hábitos tenidos por deleznables:

> Beber era una actividad como tantas de las que hacía cualquier sábado por la noche; no era una acción independiente ni con un fin concreto (la borrachera) sino un aspecto más de la noche de marcha. El efecto de la bebida no siempre era positivo [...], sino que muchas veces se tornaba en un estímulo autodestructivo; en estos casos las páginas son angustiadas, escritas con mucha rabia, con el trazo más duro, fuertes autocríticas que sólo me realizaba bajo el efecto del alcohol (Testimonio 11).

Por tanto, el diario se relaciona también con la culpa. No en todos los testimonios podemos detectarla directamente, pero subyace sin duda ese sentimiento en el marcado carácter de insatisfacción de los diaristas con respecto a algún aspecto de su vida:

> Escribir también me ayuda a comprenderme. Una no sabe lo que sabe hasta que no lo escribe. De igual forma, escribir un diario es una manera de explorar mis pensamientos y emociones, además de ser un revulsivo cuando más lo necesito. Cuando estoy hundida en la mediocridad de mi propia vida, necesito pensar que hay otra dimensión en la existencia, y esa dimensión es la que crea la palabra escrita en mi diario. Me recuerda que puedo suplir mis carencias

> en la vida real con un universo imaginario, repleto de metáforas, de imágenes bellas, de un lenguaje universal con el que poderme comunicar. Sé que recurrir a esta fórmula puede ser peligroso, por cuanto se puede dejar de vivir la vida real para refugiarse en la escritura (Testimonio 32).

A veces los diaristas adultos, como ocurre también en los diarios de adolescencia, manifiestan un sentimiento de culpa cuando incumplen—por razones distintas a las de aquellos— la cita con el diario, cuando no respetan reiteradamente el compromiso que ellos mismos se impusieron: «Los momentos en los que retomo el diario suele coincidir con una declaración de buenas intenciones que es, sistemáticamente, incumplida» (Testimonio 7). A veces la regla nace de una costumbre: «El hábito ha establecido escribir una vez por semana como mínimo. Si he tardado más tiempo en escribir, siempre me justifico (¡es curioso!)» (Testimonio 25). A mi requerimiento de que ampliase esta cuestión en una segunda carta, la diarista me contestó:

> Pedir disculpas y dar explicaciones ha formado parte de mi temprana educación, ya que era una educación basada en el control y en el autoritarismo paterno. Tener que dar explicaciones de lo que hacías o dejabas de hacer al padre o a la madre era una práctica habitual, por tanto, es bastante lógico que los patrones educativos se reflejen en un texto tan íntimo como el diario. Quiero añadir que durante los primeros años las excusas han sido más frecuentes y que ahora ha desaparecido ese aspecto culposo de mi diario. No en vano ya no me tengo que justificar con nadie (Testimonio 25).

Pocos testimonios lo verbalizan, pero la falta de tiempo o la atención de tareas más urgentes determinan el abandono temporal de las habituales *obligaciones* que el propio diarista se impone al comenzar a llevar diario. Pero la falta de tiempo o atender a tareas más urgentes no le eximen de responsabilidad o de sentimiento de culpa, como se puede leer a continuación:

> A veces ha transcurrido un mes entero, o incluso dos, sin que haya registrado ninguna entrada. Son temporadas en que mi energía se concentra en tareas perentorias que exigen un resultado material en un periodo de tiempo concreto. En esas circunstancias mi cerebro no está para veleidades. Tal vez sea un mecanismo de defensa o de supervivencia. Luego, cuando retomo el hilo, sin embargo, suelo culparme por haber descuidado el diario (Testimonio 32).

Los miedos e inseguridades de la edad juvenil encuentran protección y cobijo en la fortaleza inexpugnable del diario. Este es el único medio para resistir la incomprensión general que sufren los adolescentes, y la escritura del diario es el valladar que mejor les funciona como afirmación frente a los demás. Es el caso de una de nuestras diaristas más concienzudas:

> Entre mis padres y yo, o entre mis hermanas y yo, jamás existió verdadera comunicación: mis problemas los guardaba para mí porque, con intuición inteligente, adivinaba que para su simplista y maniquea concepción del mundo, mis dificultades habrían resultado menudencias irrisorias —sabiamente preferí no ser anulada—, o bien síntomas de una aberración psicológica imperdonable —y ya tenía suficiente complejo de alienígena. De modo que el único receptor de mi tristeza, de mi falta de sintonía con mis iguales, mi miedo ancestral a los grupos de gente, las dudas sobre mis sentimientos, era mi diario (Testimonio 32).

Pero esta finalidad no es exclusiva del diario adolescente, porque también los diarios de madurez de esta misma corresponsal cumplen una similar función de autoafirmación:

> Tengo miedo de perderme entre el bosque de los humanos, miedo de desdibujarme, miedo de no conseguir que mi vida sea todo lo que había soñado, y todavía sueño. Por eso escribo: para reafirmarme en mi diferencia, para persuadirme de que hago algo que me singulariza. [...] Esta necesidad es imperante desde que inicié la última etapa del diario, es decir, una vez la escritura se convirtió en una práctica adulta. De adolescente, tal vez también hubiera algo de reivindicación de la *diferencia* en el mantenimiento del diario. Ya entonces sentía cierta repulsión por la gente comúnmente calificada de *superficial:* aquéllos que no miran más allá de lo que perciben, quienes se dejan zarandear por las olas dócilmente, con aceptación, casi con gusto. [...] Escribir un diario es tal vez la prueba más fehaciente de que la realidad, como la vida, merece comentario, y de que probablemente no es única y verdadera. Escribir constituye para mí la prueba de que no pertenezco a este tipo de personas que tan deplorable me resulta (Testimonio 32).

De manera general, se suele relacionar el diario con la soledad, y es frecuente que los testimonios lo consideraen un medio idóneo para paliarla o una trinchera para defenderse de ella y combatirla; también para salir del aislamiento y para superar la falta de comunicación. La soledad desencadena muchas veces el diario y, en esos casos, su función consecuente es la de ejercer como el amigo o el interlocutor del que se carece. En ocasiones el traslado a otra ciudad produce el extrañamiento del lugar abandonado, desencadenando un fuerte sentimiento de soledad que encuentra cobijo y consuelo en el diario. Es lo que leemos en el testimonio de una diarista, que desde la lejana infancia no había vuelto a llevar diario, y, como consecuencia de esto, vuelve a escribirlo:

> Hace tres años me trasladé a vivir a Valencia, porque mi pareja de entonces cambió de trabajo y de ciudad. Así que no sólo dejé Madrid y otras muchas cosas, sino que al vivir en otra ciudad yo también comencé a dejarme. [...] Una tarde, como

> tantas otras, salí a pasear por la ciudad. [...] Me encontraba sola entre tanta gente, entre tantos transeúntes que pasaban a mi lado; sin tener a nadie con quien hablar, sin nadie que me aconsejase. [...] Aquella tarde pasé por una librería. Entré y me compré un cuaderno de pastas duras, de los de tamaño folio, porque tenía mucho que escribir en él. Mucho que decir, mucho que contarle. Salí de la tienda y me senté en una terraza. Lo abrí y comencé a escribir (Testimonio 24).

Pero el diario no es solamente remedio para la persona que está sola, también es solaz de soledad para el que quiere o quisiera estar en solitud. Tampoco debe olvidarse que, para escribir un diario, se precisa también recogimiento y aislamiento, y hay que elegir en muchas ocasiones estar solo. En esas ocasiones, el diarista ya no siente la soledad como un lastre, del que le gustaría desprenderse, sino como un don o una conquista de la que no se quiere prescindir, convirtiéndose en la mejor defensa contra las agresiones del exterior. En el diario encuentra el diarista su baluarte, porque «el autor confía al diario íntimo ese excedente del *yo* que no puede encontrar expresión en la sociedad» (Didier 1976, 60). Es precisamente su carácter de reducto infranqueable, de verdadero coto para los demás, lo que otorga fuerza y autoridad al diario y a los diaristas que se confían a él. Es también lo que lo hace sospechoso, incomprensible y banal a los ojos de algunos no-diaristas intolerantes. Sin embargo, sería erróneo pretender que tantos diarios y diaristas, tan diferentes en personalidad y formas, respondieran al mismo y único estereotipo de intimidad incomunicada. Hay, como dije al comienzo, rasgos comunes o identificadores entre los diferentes diarios, pero esto no permite determinar que todos los diarios responden al mismo patrón.

Los testimonios demuestran, por el contrario, una gran variedad en la finalidad del diario y en la manera de llevarlo. Para algunos, el diario permite, por ejemplo, ejercitarse en el placer de escribir por escribir; es decir, que sirve tanto para encauzar la «faceta estética» del diario (Testimonio 32), como constituye un «entrenamiento estilístico» (Testimonio 7) o un divertimento o gimnasia intelectual: «[El diario] quizás ha supuesto para mí un entrenamiento literario, un sustituto de mi vocación frustrada de escritora» (Testimonio 1). Ambas funciones, la literaria y la lúdica, aparecen unidas en este otro testimonio: «Para mí el diario ha sido ante todo un ejercicio de narcisismo literario y hasta caligráfico, y un entrenamiento nada desdeñable de cara a mis destrezas escolares» (Testimonio 6).

Una razón que los diaristas señalan como básica para llevar diario es el intento de salvar la propia vida de la condena inevitable del paso del tiempo: la escritura impide que la flecha temporal se dispare, además, que quede constancia de los hechos y acontecimientos que realmente sucedieron, y para salvarlos del olvido:

> En mi diario hay cosas efímeras como cielos o golondrinas, que para mí son dignos de ser escritos para que queden prendidos en la retina de mi memoria y pueda volver a verlos cuando los lea [...]. El diario es como una cámara que hubiera fotografiado los instantes de mi vida (Testimonio 9).

A un grupo mayoritario de diaristas les anima a llevar diario la conciencia de que no guardar memoria de lo vivido es sinónimo a morir en vida: «...me espantaba la posibilidad de perder mis preciosos recuerdos. El olvido equivalía en aquel contexto a la muerte» (Testimonio 3). Por tanto, el *guardamemoria* del diario no es archivo inerte, anclado en el pasado, ni un testimonio destinado a la posteridad, como un documento histórico—que también—, sino una realidad que reconforta y da seguridad. Contemplar los cuadernos acumulados a lo largo de los años produce en el diarista, además de cierto orgullo y autocomplacencia, la sensación de tiempo ganado, de capital acumulado. Por consiguiente, el diario cumple también la función de calmar la preocupación o la ansiedad por la fugacidad del tiempo como nos explica el siguiente testimonio: «El saber que [el diario] existe me proporciona la siguiente sensación: el futuro aún no ha llegado y el pasado se esfumó, y ya no existe; el presente mientras lo vivimos es nuestro, pero dura un instante. Yo en cambio dispongo de 16 años» (Testimonio 30).

Escribir un diario no sirve solo para guardar datos y documentos como haría un historiador; el diarista se reconoce y se reafirma en la suma de las entradas, hojas y cuadernos que se van almacenando a lo largo de los años. La materialidad del diario es el espejo que le da seguridad psicológica al diarista que se siente inseguro y frágil en el torbellino del tiempo:

> No sé si escribo para dejar testimonio de que los días que transcurren son días vividos *realmente,* es decir, en cierta manera, para rescatar de la mediocridad y del olvido mi vida, o bien para autoafirmarme. Tanto si es una cosa como otra, escribir es una actividad que es imprescindible para mí, puesto que tiendo a minimizar mi existencia —y por ende necesito dignificarla— y adolezco de falta de confianza —y por tanto, he de afirmarme constantemente (Testimonio 32).

Sin embargo, en el diario no se puede generalizar, porque todo él está atravesado por la paradoja y la contradicción, como no podía ser de otro modo tratándose de una actividad tan profundamente diversa y propia del género humano. En pocas palabras, si la mayoría de nuestros diaristas guarda sus diarios para poder recordar lo vivido, el resto, por el contrario, escribe para estar seguros de olvidar. Para estos, el diario es el lugar o depósito donde descargarse de los *marrones* de la vida; allí queda enterrado lo que de ningún modo se quiere que vuelva: «Pero no

sólo escribí y escribo [...] para tener constancia de que existo. Por encima de estas importantes motivaciones, se encuentra la liberación del olvido. Lo que queda en el papel deja de atormentarme» (Testimonio 29). Incluso una diarista que contempla el diario como «un medio precioso para recordar», reconoce que el diario es también un tirano que no permite el olvido:

> Una de las virtudes del ser humano [...] es que puede olvidar, y un diario, simplemente, te lo prohíbe. Es revolcarse en el barro del recuerdo [...]. Los que escribimos un diario tenemos que tener cuidado con las relecturas [...] no dejas que tu memoria olvide, supere y pase la página de verdad. Y así no se puede vivir, te lo aseguro (Testimonio 16).

Pero una manera extrema de esta forma de entender el diario como depósito de lo que se prefiere olvidar lo encontramos en los escasos ejemplos que escriben para, posteriormente, como se verá a continuación, destruir lo escrito.

Como apunta con acierto uno de nuestros corresponsales, el diario es un «género híbrido por excelencia. En el diario cabe de todo: podría ser la obra literaria total o, siendo más modestos, el discurso escrito más amplio y heterogéneo» (Testimonio 23). Es frecuente que los diarios íntimos, que atienden preferentemente a esas funciones que venimos analizando, se ramifiquen o se solapen con otros diarios de diferente finalidad. Algunos de nuestros corresponsales señalan en su testimonio que en determinadas ocasiones han abierto un diario o suspendido el que llevaban, para comenzar otro y dar cuenta de un asunto urgente o contenido diferente del que se ocupaban habitualmente en su diario. Así, por ejemplo, una de las diaristas distingue hasta cinco tipos diferentes de diarios: «... desde hace 20 años llevo diario ininterrumpidamente. En todo este tiempo no siempre he escrito el mismo diario [...]. Me salen cuatro tipos de diarios» (Testimonio 18). En realidad, según su propia enumeración, «son cinco: anecdótico, íntimo, dietario, de viaje e intelectual».

Las clasificaciones resultan, a veces, particulares o arbitrarias, pero, la más común y aceptada de todas ellas sin duda es el diario de viaje o de vacaciones, que han llevado algunos de nuestros corresponsales en diferentes momentos para dar cuenta de este periodo que, por principio, se sale de lo habitual y cotidiano. Son diarios cuya lectura se comparte normalmente con compañeros de viaje o de periodo vacacional, con los que, incluso, en algún caso, se comparte la escritura (Testimonios 4, 6 y 14). Otros diarios se especializan en periodos o en personas muy próximas que viven circunstancias muy especiales, a veces dramáticas. En esta categoría hay que destacar los diarios de embarazo (Testimonio 19), los dedicados a la crianza y desarrollo de una hija (Testimonio 1) o a la enfermedad de un

ser querido (Testimonio 15). Otros se especializan en actividades que demandan disciplina y continuidad, como son el «diario de trabajo» (Testimonio 1) o el «diario deportivo» para llevar control de los entrenamientos, tiempos y marcas (Testimonio 7). Otros, igualmente meticulosos y notariales, sucintos en sus anotaciones, son los que podemos denominar *diarios factuales,* que solo registran datos, cifras, fechas y hechos concretos, sin ningún comentario subjetivo (Testimonios 3 y 30). También debemos destacar el *diario de sueños:* «Aprovechando que por la noche me levanto de madrugada, he tomado este tiempo para anotar el sueño que acabo de tener antes de despertarme» (Testimonio 11) y el diario «autoficticio», en que la diarista, partiendo de los mimbres de su vida diaria, se inventa otra más acorde con sus fantasías y deseos:

> [...] mezclo la ficción con la realidad, le doy la misma importancia a lo que imagino que a lo que hago, y me he convertido en mi propio personaje, mezcla también de ambas categorías [...]. También me he dado permiso para rectificar lo escrito y no sólo para añadir (Testimonio 29).

2.5. BIOGRAFÍA DEL DIARIO: DE LA INFANCIA A LA MADUREZ, DE LA APERTURA AL CIERRE

El diario —sea cual sea su finalidad y contenido— acompaña, apoya y, en cierto modo, intensifica la vida cotidiana del diarista. La costumbre de escribirlo está rodeada de un conjunto de circunstancias que no son insignificantes ni absurdas, sino que están íntimamente ligadas a la vida del diarista. De hecho, llevar diario implica una determinada manera de dominar y utilizar el tiempo, de entender la vida, ordenarla y controlarla. Como afirma una de mis corresponsales: «... escribir un diario [...] me permite experimentar mi vida como mía propiamente, me permite creer en la ilusión de que lucho por dominar las riendas de mi existencia, sin someterme a designios de terceros» (Testimonio 32). Para otra, el diario secunda una manera de vivir la vida de manera más intensa y apasionada: «... un día desperté y me dio miedo volver a dormirme. Mi diario supone en este empeño mucho más que una ayuda. Es un cooperador necesario en el complicado proceso de parirme a mí misma, como los fórceps en los alumbramientos difíciles» (Testimonio 29).

Los cambios de rumbo, *las vueltas que da la vida*, así como los sucesos traumáticos, necesitan muchas veces del diario para ser debidamente digeridos. En su *caja negra* todo queda registrado. Los llamados «diarios de crisis» —los que nacen como consecuencia de cambios o sucesos que trastocan profundamente

la vida del diarista— acompañan y minimizan los daños, le ayudan a salir del atolladero en que se encuentra. El comienzo de un diario de estas características ayuda a reordenar la vida, a superar los escollos, a salir de la crisis, y cuando esto ocurre, el diario se termina, por lo general, muere. El comienzo de un diario de crisis por desengaño amoroso de una de mis corresponsales describe lo que digo con precisión:

> Marzo 1992
>
> Como los buenos navegantes y aventureros inicio este *cuaderno de bitácora* cuando la tempestad más arrecia, para que al menos quede prueba final si sucumbo en el intento. Por sucumbir entiendo desaparecer tal y como hoy soy, transformarme en algo diferente (quizá mejor, quizá peor). Pero no es una transformación buscada, sino impuesta. Por eso, será también dolorosa.
>
> Para empezar por el principio, como debe hacerse, debería precisar primero el punto en el que me encuentro. Eso podría hacerlo, sin duda, si tuviera alguna noción de dónde estoy ahora. Un pesimista diría que justo en el límite del precipicio y con un pie ya en el vacío. Un optimista, en cambio, pensaría que todavía tengo un pie sobre la tierra y que la situación puede empezar a controlarse.
>
> Pero todo esto está alejándose del fin primordial que busco. Necesito analizar en profundidad las circunstancias. Quizá debería empezar por analizarme a mí (Testimonio 10).

Como vimos arriba, la función del diario es, en muchas ocasiones, el consuelo o el desahogo del diarista en momentos de crisis. Sin embargo, el objetivo último o la meta deseada del diarista, que se deja acompañar y aconsejar por el diario, es la transformación profunda, íntima; es decir, el conocimiento de sí, la epifanía del auténtico yo:

> La verdad es que cuando empecé [el diario] quise dar una imagen tan distinta de mí, que llegamos a parecer dos extraños [...]. Casi nunca contaba mis verdaderos problemas, la crudeza de mi interior. Procuraba evitar la realidad en un vano intento de ocultarla, hasta que un día uno de esos cuadernos dijo basta y me animó a abrir las compuertas de mi ser, de la persona que yo era y de la cual tanto había mentido (Testimonio 17).

Es frecuente que, en el seguimiento de la vida, los diarios hagan referencia a su lado menos amable: «... a vivencias emocionales muy fuertes: la muerte de mi padre, mi *abandono* de la religión que viví de una manera agónica y unamuniana, mi entrada en el mundo laboral...» (Testimonio 1). Pero son dos testimonios (el 15 y el 29) en los que la enfermedad y muerte de amigos entrañables se impone

como una temática única y absorbente. En el Testimonio 15 la grave enfermedad del amigo y las visitas en el hospital desencadenan y monopolizan el diario hasta el final de este con la muerte del amigo. Reproduzco a continuación otro testimonio, en el que una diarista recuerda cómo vivió la muerte de una de sus mejores amigas:

> Cuando tenía catorce años se murió una de mis dos mejores amigas [...]. A los pocos días del suceso me encontré mirando un atardecer desde la ventana de mi habitación. El cielo estaba rojísimo (igual que mis ojos de tanto llorar), grandioso, descomunal [...], en un espectáculo no apto para hiperestésicos (sufro de hiperestesia; ignorarla es el mejor tratamiento). No podría decirte si el cielo cumplió su amenaza, pero [...] me puse a escribir como una posesa, estaba poseída, pero mucho más que por el dolor, por la absoluta incomprensión (Testimonio 29).

El diario avanza en paralelo a la vida real, superficial y contingente, pero crea una suerte de vida doble, profunda y superpuesta a la primera. De este modo, el diario reproduce los mismos periodos que encontramos en las distintas etapas vitales de cualquier persona, de manera que se recogen diarios de infancia, adolescencia y madurez entre los testimonios. Cada clase de diario, según la edad, está sujeto a los mismos ritmos y vicisitudes que afectan la vida de las personas en una estrecha relación y particular dialéctica entre ambos niveles.

En ocasiones, la presencia o pervivencia de un cuaderno se convierte en la prueba y testimonio de lo vivido, que el paso del tiempo habría borrado de los recuerdos. El reencuentro con el diario, olvidado o perdido, permite recuperar uno de esos hilos o senderos excluidos de la vida posterior que nos vimos forzados a abandonar. Se trata de la historia de la diarista que comenzó a llevar diario cuando en la juventud se enamoró perdidamente. Fue su primer y fugaz amor. Posteriormente la vida, como ella misma nos cuenta, continuó por otros derroteros. «Pasaron los años, continué mis estudios, me casé, tuve una hija y durante ese tiempo no volví a acordarme del diario. Recordaba que había escrito aquel diario, pero no tenía ni idea de lo que habría sido de él». Hasta que un buen día, casi 20 años después, de manera imprevista se encuentra con aquel primer amor en la calle. Después de saludarse y de intercambiar las palabras de rigor sobre el derrotero de sus vidas, el hombre le dice que tenía el cuaderno, algo que ella había olvidado completamente:

> [...] se lo había dado junto a unas fotografías mías. Quedamos al día siguiente en una cafetería, donde me lo devolvió junto a aquellas fotos, de las que ni me acordaba. Y al llegar a casa y echarle un vistazo, vi que había arrancado las cuatro o cinco páginas últimas en que me refería a él, y además había escrito, a

> continuación de mis anotaciones, otras suyas a lo largo de aquellos años. La última dice así: «Bueno, diario, mañana volverás con tu dueña después de tantos años», y firmaba debajo. Así es cómo recuperé mi cuaderno (Testimonio 5).

Un diarista testimonia que, para él, diario y vida se complementan y se alimentan recíprocamente, y esa conjunción le ayuda a vivir:

> Llevo un diario desde hace más de nueve años. Lo llamo *Espejo y cristal de papel*. La verdad es que escribo mi diario como una necesidad, como una forma de conocer(me) mejor. No puedo evitarlo. Me extraña que esperase hasta los 20 años para empezar a llevarlo, exactamente en el verano de 1989. Desde entonces sigue vivo, alimentándose de mí y yo de él, hasta la actualidad (Testimonio 23).

Casi un tercio de nuestros diaristas se inició en el diario de manera precoz en la infancia, cuando le regalaron un cuaderno en el cumpleaños, onomástica o en la primera comunión. Este cuaderno, normalmente de pastas duras, con *Mi diario* escrito en la portada con letras doradas y un candado también dorado para preservar el texto de miradas indiscretas, no era solo una invitación a escribir, sino casi una imposición que no se podía cumplir casi nunca: no había *tema* suficiente para tantas páginas en blanco, ni, menos aún, que merecieran el candado del secreto. Esta circunstancia crea en los diaristas infantiles una suerte de contradicción entre la obligación y la falta de motivación para llenar los cuadernos con los escasos y repetidos hechos que les acaecen:

> 24 de septiembre de 1972. Es el día de mi santo, y uno de los regalos que recibo es un cuaderno para escribir un diario. El primero. No escribí en él ni por gusto ni por necesidad; simplemente, ya que lo tenía, había que empezarlo. Y lo hice ese mismo día, limitándome a contar quiénes habían ido a felicitarme y qué regalos me habían hecho (Testimonio 5).

> Siempre me han hecho mucha gracia esos pequeños librillos de pastas duras de color marmóreo y con páginas de papel de buena calidad en tonos pastel. Es raro que un chaval no acabe con más de uno de estos diarios debajo del brazo el día de su comunión y que, en la mayoría de los casos, éstos pasen a ocupar un hueco en una estantería sin saber exactamente para que sirven. Los dos que me regalaron el día de mi comunión acabaron en el cubo de la basura, ¿para qué quería yo un libro sin letras? (Testimonio 11).

Estos diaristas infantiles (entre 8 y 12 años) resultan, en el mejor de los casos, fugaces (unos meses solo), pero otros se convierten con el paso del tiempo en diaristas de larga duración (véanse, por ejemplo, Testimonios 1, 6, 7 o 32). En la mayoría de los casos, estos diarios de infancia son intentos que no fructifican.

Los conatos de diario frustrados o no seguidos son una constante en la vida de los diarios: hay un deseo o idea de llevarlo, cuando, por edad, por falta de disciplina o por inmadurez, no llegan a convertirse en un hábito. A veces hay que fracasar en varios intentos para que, al final, el diario arranque y tenga continuidad, como veremos a continuación. Como dice una diarista madura que en su infancia no fue nunca capaz de llevarlo: «Me propuse tener un verdadero diario (lo había intentado varias veces de niña, pero nunca duraba más de dos días)» (Testimonio 20).

Una de nuestras diaristas testimonia su desolación ante la reiterada imposibilidad de llevar diario en la infancia:

> Recuerdo que desde bien joven sentía la necesidad de escribir, pero mis diarios morían nada más empezar. Siempre me sentí culpable por no ser capaz de perseverar, de no ser constante. Era desoladora la presencia de mis preciosos cuadernos, elegidos con tanto mimo, estorbando por todos lados, que siempre acababan igual: papel para hacer la lista de la compra (Testimonio 8).

Lo habitual es que los diaristas quieran llevar diario en la infancia (o, mejor, rellenar los cuadernos que recibieron de regalo), pero, no sepan ni puedan hacerlo, porque se lo impide la monotonía y la reiteración de las anotaciones, lo poco que, en realidad, tienen que contar, salvo el cansino acontecer de la rutina diaria. Hasta que no comiencen los conflictos propios de la adolescencia y la necesidad de diferenciarse y afirmarse frente a amistades, hermanos o padres, el diario no puede arrancar, por más que algunos se obstinen en mantenerlos por pura disciplina y constancia. El testimonio de una diarista explica muy bien esta impotencia del diarismo infantil y la importancia que, para ella, como para otras muchas muchachas adolescentes, representó el hallazgo del diario de Anna Frank:

> A los 9 o 10 años ya quería escribir un diario, pero no sabía cómo hacerlo, creí que un diario era una enumeración de aquello que uno había hecho durante el día: «Me he levantado a las ocho, he desayunado, a las nueve he cogido el autobús...» Esto no era lo que yo quería hacer, pero tampoco tenía ni la menor idea de qué es lo que quería. A los 13 años cayó en mis manos el *Diario* de Ana Frank y entonces comprendí qué era lo que yo quería hacer (Testimonio 31).

El testimonio de otra diarista resume muy bien las características y la imposibilidad de los diarios de infancia, que nos exime de tener que insistir en esta etapa de la vida diarística, interesante y prometedora como todos los comienzos, pero, por lo general, bastante estéril en sus resultados:

> Cuando era pequeña, entre los ocho y los doce años, era bastante habitual que nos regaláramos cuadernos de esos en los que pone *MI DIARIO* en la cubierta y que se cierran con un pequeño candado con llave. Yo también tuve varios, sin embargo, nunca supe qué contar que fuera tan privado como para estar bajo llave. Cada vez que me disponía a anotar una frase, toda mi vida me resultaba intrascendente, me daba cuenta de que no merecía ponerla por escrito. Había leído el diario de Anna Frank y, claro, a mí no me sucedía nada comparable. El único recurso que me quedaba era inventarme algo, pero no me parecía muy honesto (Testimonio 15).

Posteriormente, en la adolescencia, el regalo del cuaderno como efecto o causa motivadora del diario pierde protagonismo. Será importante, por ejemplo, el contagio o la imitación de las amistades o familiares que llevan diario. A una de nuestras diaristas, el recuerdo de una persona de su entorno cercano que llevaba diario le serviría de estímulo y ejemplo en su adolescencia para iniciar el suyo:

> Por motivos que no vienen al caso, viví hasta los once años todas las temporadas de vacaciones con una familia que no era la mía biológica, y el cabeza de esa familia (que cumplía por edad y trato la función de abuelo) era guardamontes (con un cierto *cargo*) y todos los atardeceres se sentaba en su despacho a *escribir el diario*. La consigna era que en ese rato no se le podía molestar, aunque yo estuve alguna vez en sus rodillas, viendo la letra negra, fina y picuda (Testimonio 27).

Pero, porcentualmente y de forma destacada, en los diarios de los adolescentes influyen más la lectura del diario de Anna Frank y las típicas *dolencias* de esta edad problemática y crucial. Como el lector tendrá ocasión de comprobar (véase capítulo 4.4.), la edad más propicia para empezar a llevar diario es, sin duda, la adolescencia. Por ejemplo, un diarista relaciona el comienzo de llevar diario con la edad adolescente y sus característicos pesares: «He sido más constante en las épocas de adolescencia, tal vez para paliar esa soledad que a uno puede invadirle en ese período» (Testimonio 7).

La escritura del diario en esta etapa, llena de conflictos y dominada por zozobras y angustias, descrita con acierto por uno de nuestros diaristas como «el dramatismo típico de la adolescencia: el morir por todo y el renacer por nada...» (Testimonio 4), es un signo de la intensidad con la que se vive, como lo demuestra el hecho de que más de la mitad de los testimonios confirma que comenzaron a llevar diario en ese periodo de años, entre los 12-13 años y los 16. También en el sondeo por cuestionario escrito es relevante que casi la mitad del conjunto encuestado haya llevado su diario en la adolescencia (véase capítulo 4.1.).

La adolescencia es la edad de las grandes expectativas (allí pareciera que todo comienza y que se avecinan grandes empresas), pero también de los grandes miedos. Ingresar en un territorio lleno de incógnitas y de asechanzas y abandonar la dulce y protegida etapa infantil convierte la adolescencia en una edad llena de terribles y pesarosos presentimientos. Todo se magnifica, porque nada se domina todavía y porque se espera mucho de todo. Una experiencia como el paso del colegio al instituto puede suponer una prueba iniciática llena de peligros: «Estaba aterrada, ahora lo sé, por pasar al instituto. No precisamente porque tuviera que estudiar más, sino porque tenía que relacionarme con mucha gente. Cuando escribía, me notaba como si todos mis miedos los dejara prendidos en el papel» (Testimonio 16).

Finalizada o superada la adolescencia, la mayoría abandona el diario, pero algunos de nuestros diaristas, llamémosles d*e largo recorrido,* lo continúan. Son diaristas que comenzaron en la adolescencia y continuaron casi o sin interrupción en la edad adulta. La etapa de madurez trae consigo que las motivaciones del diario sean distintas, diferentes y pegadas a la complejidad de las circunstancias que supone insertarse en la vida adulta con sus preocupaciones existenciales, vitales o laborales:

> Al terminar la carrera o un poco antes volví a llevar diario. Inicio así el segundo periodo del diario, que nada tiene que ver con el primero. Un periodo de mi vida, la escolar, se cerraba y me preguntaba qué iba a hacer. Empecé a cuestionarme mi vida futura y también a mí misma, coincidiendo con unas nuevas amistades muy religiosas [...]. Mi vuelta al diario tiene que ver con todo eso, y a partir de ahí he seguido llevándolo (Testimonio 28).

Una cuarta parte de nuestros corresponsales seleccionados (8) comienza a llevar diario en la etapa posterior a la adolescencia, después de los veinte años, aunque casi todos tuvieron algún conato, frustrado, de llevarlo en la infancia o en la adolescencia. Las motivaciones para llevar diario en la edad adulta presentan una mayor variedad, pero casi siempre hay un hecho desgraciado, una circunstancia adversa: «un duro desengaño amoroso» (Testimonio 10), la separación temporal de la pareja por razones laborales («Iba a estar un tiempo sin poder saber nada de ella, y necesitaba una vía de escape», dice el Testimonio 20) o «una catástrofe que cambió el sentido de mi vida» (apunta el Testimonio 3, sin dar más pistas). En ocasiones la conciencia de iniciar una nueva etapa en la vida, de inaugurar una experiencia, esperada y temida al tiempo, como el ingreso en la universidad o comenzar a trabajar son la mecha que encienden la escritura del diario (Testimonios 22 y 30).

Si en la adolescencia la lectura del *Diario* de Anna Frank se convierte, sobre todo para las muchachas, en estímulo y ejemplo principal para comenzar el diario o para reactivar el diario infantil, normalmente parado por falta de estímulos, las

influencias y estímulos culturales se diversifican en la edad adulta. En tres testimonios cumplen un papel decisivo para iniciar el diario: el visionado de un *film*, *El paciente inglés,* en cuya trama un personaje toma notas en un libro (Testimonio 8), la lectura de un libro de Doris Lessing, *El cuaderno dorado* (Testimonio 14) o el descubrimiento de la figura y la obra del filósofo rumano Emil Cioran:

> Todo comenzó cuando descubrí a Cioran, ese rumano maravilloso e irrepetible. Yo no sabía quién era este señor hasta que leí la noticia de su muerte en un periódico. Fue un flechazo, a partir de entonces me he vuelto loca buscando todos sus libros, que han sido para mí una revelación. A mi querido Cioran le gustaban mucho los diarios, las cartas, todo lo que le olía a confesión, y me lo contagió. Así empecé mi diario, que en realidad no lo es, porque lo que hago es escribir cartas (a mi viejo amigo, claro). [...] Cioran decía que escribir es una forma de terapia, te desahogas: «Las palabras son caritativas. Su frágil realidad nos engaña y nos consuela» (Testimonio 12).

Sin embargo, es excepcional que los testimonios se refieran a otros diarios de escritores o que su lectura haya estimulado el comienzo o el desarrollo del propio en la edad adulta. Por esta razón debo destacar el testimonio de una diarista, que, sin citar nombres o referencias, confiesa ser una lectora apasionada de diarios y apunta su posible influencia en el propio:

> Siempre me ha gustado el género literario del diario. No sé si nació primero la pasión por leer diarios de escritores/as o de escribir yo uno. Intento por ahora combinar ambas actividades, junto con la lectura de algún epistolario o libro autobiográfico (Testimonio 25).

En fin, en este arranque o reinicio del diario, posterior a la adolescencia, aparece o se produce algo que rompe o altera la cotidianeidad del diarista, a veces de manera muy abrupta y dolorosa, como puede ser el suicidio de una persona amada:

> Hace treinta años ya inicié un cuaderno que, años después, destruí. [...] me tocó vivir una amarga experiencia, el suicidio de un hombre con el que había iniciado una relación sentimental. El cuaderno recogió la amargura de aquellos días. Era mi confidente. [...] mi desahogo era escribir, no para relatar lo acontecido, sino para expresar el sentimiento, la desesperación que me embargaba y que era incapaz de contar a nadie (Testimonio 2).

En este mismo orden de desgracias y de escollos que el diario ayuda a superar se encuentra el testimonio del hombre que encontró, en la escritura del diario, la fuerza y el tesón para defenderse del *moobing* laboral:

> Trabajaba por entonces en el Departamento de Comercio, Consumo y Turismo, [...] me hicieron como quien dice el vacío. La situación era bastante insoportable. No era plato de gusto dedicar ocho horas del día en un trabajo que desgastaba poco a poco la moral. Así fue, como a manera de desahogo, surgió la primera página del diario (Testimonio 21).

Un par de testimonios da cuenta de cómo el impulso de escribir nace de la necesidad de hacer frente a la grave enfermedad que les aqueja; necesidad que es capaz de vencer las limitaciones físicas que impone la propia enfermedad:

> Retomé mi diario en 1997. Hacia finales de año, una vez que me diagnosticaron la Ataxia de Friedrich, sentí la necesidad de escribir para llevar cuenta detallada de todo lo que me pasara, de hecho, incluía fotocopias de informes y pruebas médicas. Comencé escribiendo a máquina (para entonces ya no podía siquiera coger el bolígrafo), hasta que el año pasado compramos el ordenador. Desde entonces hasta hoy habré escrito unas setenta páginas. Hay que tener en cuenta que he pasado periodos de hasta un mes seguido sin poder levantarme de la cama, y eso me ha privado de escribir más (Testimonio 31).

El testimonio que extracto a continuación da idea del importante apoyo que el diario significa para un enfermo. Como dice la diarista, es «su confidente», también su bitácora y su compañero incondicional, el instrumento donde seguir y controlar los progresos y mejorías, pero también le sirve para registrar y remontar los desfallecimientos de ánimo:

> Para un enfermo el diario es su confidente. Al principio de la enfermedad sirve para descargar en él el desconcierto, deshacerse de la tensión que produce el trato continuo con los médicos y la búsqueda de una solución. Se le cuentan los desvelos y las esperanzas con la ventaja de que nunca se harta o preocupa. El hecho de ir escribiendo las cosas sirve para aclarar las ideas y verlas desde otro prisma. En él quedan las preocupaciones, la angustia, la incomprensión que —en mi caso— conlleva la enfermedad crónica en una persona joven, y me acompaña en los momentos de soledad que el malestar trae consigo. [...] Los cuadernos son un gran apoyo. Empecé a llevarlos cuando acepté el carácter crónico de mi enfermedad en 1990. Los proyectos con los que había crecido ya no eran factibles y yo había cambiado, necesitaba replantearme la vida de otra manera. Me he valido de ellos para afrontar mi problema, poner en orden mis ideas, buscar prioridades, deshacerme de frustraciones y afianzar mi personalidad (Testimonio 14).

Para terminar esta serie de causas traumáticas que pueden estimular el inicio del diario, extracto uno de los testimonios que más me impactó cuando lo recibí: el de una mujer que llevó un diario en su vida, y solamente durante los nueve meses que pasó su mejor amigo en el hospital, enfermo de sida, hasta el fatídico desenlace:

> En ese año [1991] mi mejor amigo enfermó. Nuestras vidas cambiaron de manera radical, entre otros motivos, porque nos vimos obligados a pasar casi nueve meses en un hospital, un medio totalmente hostil que solo nos proporcionaba sinsabores. En estas circunstancias, que me superaban, tuve la necesidad de poner por escrito lo que me estaba sucediendo. Empecé a escribir, porque me sentía incapaz de sincerarme con mis amigos, mucho menos aún con el que se encontraba enfermo. Fue una etapa de mi vida terrorífica, por primera vez veía sufrir a una persona a la que adoraba y toda la confianza, ¡qué ilusa!, que tenía en la buena suerte, en nuestra juventud que podía con todo, se desmoronó de golpe y porrazo. Así que se puede decir que este diario es el relato de la enfermedad que mató a mi amigo y de la pérdida de ilusiones que esta provocó (Testimonio 15).

Pero el reinicio o vuelta al diario no siempre lo marcan las desgracias, afortunadamente. A veces hay razones venturosas positivas que despiertan o reaniman al diario dormido o moribundo (y también, claro, a quien escribe). Basta un roce o un beso para que la vida del diario y la vida de la diarista se levanten y se pongan otra vez en marcha:

> Hace sólo tres años, empecé a notar que mi interior volvía a removerse [...]. Necesitaba organizarme interiormente, así que me puse a escribir y como no soy mujer de *hobbies,* sino de adicciones, lo hice enfebrecidamente. En mi decisión de retomar el diario influyeron un beso y un diario ajeno que llegó a mis manos (Testimonio 29).

Me he referido hasta ahora al inicio del diario, de cómo arrancan o se vuelven a retomar de acuerdo con el ritmo que le impone el derrotero de la vida, pero es preciso referirse también a su cierre, a la muerte del diario. Es relevante, y ya de por sí indicativo, que los testimonios sean normalmente explicativos al referir los motivos o causas del arranque, pero prestan poca atención al final del diario. La razón es obvia: lo abandonaron porque dejó de ser necesario. Los diarios, igual que los seres vivos, mueren de dos maneras: de repente —como ocurre en el Testimonio 15 con la muerte del amigo y en el 10 cuando se supera el desamor— y de manera paulatina, por abandono o dejadez. Entre esos dos extremos o formas de desaparecer, encontramos todos los motivos imaginables como la muerte, el aburrimiento, la desidia, el final de la crisis que lo motivó, de la adolescencia, de la enfermedad, la reclusión, el extrañamiento o el viaje. Como se verá abajo, las cuestiones ligadas al cierre del diario —como la destrucción, transmisión, conservación y su hipotética publicación— no son menos significativas que los momentos de la apertura.

Para terminar este apartado de la *vida* del diario, ¿qué motiva más al diarista? ¿La alegría o la tristeza? ¿Cuándo escribe más? En esta cuestión la evidencia es absoluta, la productividad de los diaristas tristes es netamente mayor que la de los alegres. Las respuestas tipo o las explicaciones más representativas podrían ser las que abajo reproduzco:

> Considero que la tristeza me impulsa más y mejor que los momentos de euforia, que me resultan más difíciles de describir. La melancolía, la pena, la desdicha, la adversidad, todo eso, me ha empujado a desahogarme frente a las páginas en blanco. Por el contrario, la felicidad no me inspira tanto, es como si ésta mereciera ser vivida y no contada (Testimonio 17).

> Escribo más cuando estoy triste, que cuando me siento feliz [...]. Siempre que me ocurre algo malo o estoy deprimida o he discutido con alguien o siento pena, rabia, odio, porque alguien me ha decepcionado o por cualquiera otra razón, recurro a él y se lo cuento todo (Testimonio 20).

> En el diario hay días alegres y tristes [...]. La alegría o la tristeza han dependido de las circunstancias o de mi estado de ánimo en cada temporada. Creo, sin embargo, que es más fácil escribir sobre lo triste, como si hubiera más palabras para describir esas emociones; los fragmentos felices no suelen ser tan extensos como los deprimidos, lo que por cierto es una pena (Testimonio 9).

Esta característica del diario se corresponde a la perfección con el hecho de que el diario es, para nuestros diaristas, un instrumento y un hábito que acompaña los momentos desgraciados y ayuda a salir de estos. Por esta razón, cuando la tormenta pasa y se hace la luz, cuando la crisis y los problemas desaparecen o se controlan, el diarista relaja el compromiso con el diario y, aunque sigue escribiendo, lo cierto es que lo hace con menos frecuencia y menos prodigalidad: «Ahora soy muy feliz, y cuando se es feliz, se escribe también, pero es cierto que menos» (Testimonio 16).

Pero, como vengo repitiendo, lo propio del diario es la paradoja, esa disposición o facultad especial para mostrar la contra o el reverso de cualquier argumento que tuviéramos como único y cierto. Por ello, también encontramos ejemplos de diaristas que prefieren escribir en y de los momentos felices antes que en y de los penosos, pero son minoritarios:

> La desgracia siempre me ha avergonzado y me ha quitado ganas de escribir. Volver a escribir sobre ello equivale a ser desgraciado de nuevo. La felicidad es el estado que más me motiva a expresarme, para solazarme con su recuerdo (Testimonio 3).

2.6. LA BÚSQUEDA DE INTERLOCUTOR

Después del por qué y el para qué cabe preguntarse ¿para quién escriben nuestros diaristas? Ya hemos dicho arriba que, a diferencia de los diarios de escritor, los diarios ordinarios están concebidos y escritos, en principio, para los mismos diaristas, y solo para ellos. Pero ¿no será este un falso lugar común, sometido como tantos otros a las paradojas y contradicciones propias de los diarios, por fuerza revisable o, cuando menos, matizable?

Comencemos por lo más evidente. El diario íntimo se articula normalmente como un diálogo tácito en el que el diarista, a falta de otro interlocutor, conversa consigo mismo, desdoblándose en diferentes confidentes, ficticios o simbólicos. En la adolescencia se dirige al cuaderno («querido diario»), al amigo ideal, real o inventado, al muchacho idealizado («Mi diario es un chico…», Testimonio 16), a la persona o confidente («Yo también quería un amigo… Mi mejor confidente», Testimonio 17), que le va a escuchar pacientemente y a comprenderle en todo aquello que no puede trasmitir a su entorno más próximo, como se tendrá ocasión de leer abajo (véase capítulo 4.3.).

Pero esta no es una particularidad exclusiva de los diarios de adolescencia. También en los de madurez el diarista necesita un interlocutor al que dirigirse. Ante la imposibilidad de encontrar uno real, será, por fuerza, él mismo, bajo el pronombre de segunda persona o bajo cualquier otra forma que permita o simule una conversación: «Esto me impulsa a comunicarme con alguien más y me percato de nuevo que uno tiene el poder de hacerlo consigo mismo» (Testimonio 21). Aunque el resultado de este diálogo consigo mismo le resulte extraño al propio diarista, como apreciaba y vimos arriba en su diario Witold Gombrowicz: «… ¿por qué finjo hablar solo?» (Gombrowicz 1988, 69). A similar conclusión llega una de nuestras diaristas, cuando comprende que la falta de un interlocutor real le obliga a utilizar unos recursos estilísticos fingidos para compensar esta ausencia: «… esto se traduce en la escritura con pequeñas muletas del tipo “quizás”, “creo”, “de alguna manera”, “me parece”… que las utilizo constantemente» (Testimonio 18).

Cuando la diarista compruebe o sienta que estas formas no funcionan debidamente, o le parezcan insuficientes, porque no fluyen por artificiosas, intransitivas o abstractas, tendrá que inventarse otras más convincentes:

> Mi cuaderno favorito de esos años era uno en el que dialogaba con mi ángel de la guardia. Así afloraban, como en un diálogo socrático, las dos partes antagónicas de mi persona. Surgió en el momento en que necesitaba respuestas *benéficas* desde dentro de mí a una serie de confusiones y tensiones que me hacían daño. Hice emerger mi *yo-ángel* (Testimonio 22).

En esta construcción o artificio que es cualquier diario, por ingenuo o inmaduro que nos parezca (ningún diario es objetivo por trasparente que sea), el diarista escribe para sí mismo, pero no para el que es —que quizá no (re)conoce o no le gusta—, sino para el que le gustaría ser y teme quizás no ser nunca. En este sentido, son numerosas las referencias entre nuestros diaristas que señalan la importancia de esta figura del interlocutor o destinatario ficticio, el amigo que no tiene en la realidad y ellos mismos han utilizado a veces: «10 de septiembre de 1987. Las razones que me han impulsado a escribir este diario han sido dos. La primera, la necesidad de desahogo con un amigo como tú, discreto y callado, y que no se ría de mí...» (Testimonio 16).

Algunos destacan que la aparición de un interlocutor real, «un verdadero interlocutor», hace que el diario cambie, e incluso se abandone:

> Dejé de escribir a los 16 años. El motivo lo desconozco [...]. Imagino que influyó el hecho de querer distanciarme de la niña que era cuando me inicié en la práctica del diario [...]. A los pocos meses entablé una relación *seria* con un chico que, con la perspectiva de los años, me hace sospechar que substituyó — ¡por fin! — a mis escritos dirigidos a una amiga imaginaria y me proporcionó un verdadero interlocutor (Testimonio 32).

Esta cuestión del interlocutor es decisiva a la hora de confiar el diario íntimo a alguien. Cuando leemos un diario íntimo nos damos cuenta de que muchas veces, salvo que el diarista lo escriba con la intención de destruirlos (muy pocos, solo el Testimonio 12), todos parecen estar a la espera de encontrar su lector amigo o ideal, aquel que les entienda y les ayude. No me refiero a su publicación, que es otro asunto diferente, sino a la lectura confidencial o amistosa. El diarístico es un texto que tiene o diseña su lector cómplice. En la adolescencia, ese destinatario a quien confiarle el diario o el contenido del diario es la amiga o el amigo, alguna hermana o hermano, rara vez la pareja y escasas veces la madre, como hemos visto en las encuestas, en algunos testimonios personales o en la lectura de algún diario concreto.

En apoyo de esta intuición acude el Testimonio de un diarista, que razona en parecidos términos. Argumenta que la escritura y la conservación de lo escrito demostrarían que el diario es un texto a la espera de un lector, deviniendo a veces, con el paso del tiempo, en una suerte de mensaje en una botella:

> Tengo claro que el hecho de escribir y guardar está estrechamente ligado a la lectura. Lectura con todas sus variantes: alguna persona en especial, conocida o por conocer, tus allegados después de tu muerte (intencionada o casualmente), distintas personas sin determinar, o simplemente tú mismo en el futuro. Si el diario fuera sólo un desahogo y uno quisiera realmente que nunca lo leyera

> nadie, rompería lo escrito inmediatamente y así se evitaría la angustia de su ocultación. En mi caso supongo que esas tres ideas estaban implícitas en un principio. Nunca pensé en ningún destinatario concreto, pero es evidente que pensaba que lo leería alguien alguna vez (Testimonio 30).

Además, creo que a muchas personas (no solo los adolescentes) que han llevado diario de manera intensa y prolongada durante una parte de su vida, a partir de un determinado momento el diario les *pesa* por distintos motivos. El diarista puede sentir la necesidad o el alivio de transmitirlo o comunicarlo a una persona que lo lea con respeto, como una forma de liberación y de reparto de una carga excesivamente grande para soportarla solo. Lo creo por mi papel como interlocutor ocasional de casi doscientas personas que, en distinta forma y grado, me han escrito sobre su diario y, sobre todo, por aquellas que me han franqueado todo o parte de su diario. En este sentido me parece revelador el Testimonio 15, que, a pesar de tratarse de un diario íntimo de contenido dramático que no había compartido con nadie y que nadie conocía, me contó con detalle la *biografía* de su diario, me lo ofreció y regaló desinteresadamente, tal vez con el deseo de distanciarse y de pasar página a unos hechos dolorosos que en el pasado la habían afligido.

2.7. LECTURA Y RELECTURA: CONSENTIMIENTO Y VIOLACIÓN

Si el diario está escrito para uno mismo, si se escribe porque no se encuentra un interlocutor válido, si además se trata de una práctica secreta que ni los más próximos conocen, podemos deducir con bastante posibilidad de acierto que su lectura estará vedada a otros, aunque sean amigos, amantes o familiares, como contesta rotundamente la diarista que no permite ni a su hija ni a sus parejas el acceso a su diario que guarda bajo clave secreta en el ordenador:

> Cuando he vivido en pareja he defendido ese territorio como el único que me reservaba para mí sola. Mi hija, que ya tiene diez años, sabe que debe pedir permiso antes de tocar mi escritorio [...]. Nadie más que yo los lee, nadie más los juzga [...]. No quisiera que nadie leyese mis textos mientras esté viva» (Testimonio 19).

El Testimonio de otra diarista es tan concluyente y rotundo como el anterior, porque defiende su intimidad con uñas y dientes; no quiere ni permite, bajo ningún concepto, que nadie lea su diario, salvo en caso de muerte...:

> [...] no permito que lo lea nadie, no me parece buena idea. Mi pareja sabe que llevo diario, pero no me ha pedido leerlo, y si lo hiciera no se lo dejaría. Solo lo haría si yo muriera antes que él. En ese caso me gustaría que lo leyera. También parte de mi familia sabe que lo escribo, porque me han visto hacerlo alguna vez, pero no quiero que lo lean bajo ningún concepto. A veces me preocupa que mi madre o mis hermanas lo lean. De hecho, creo que han intentado hacerlo alguna vez... (Testimonio 20).

Queda claro, por tanto, que las lecturas del diario por terceros (a las que volveré abajo) serán siempre contadas y excepcionales. Como la diarista que accedió a la petición de su novio, «porque estaba segura de que era el hombre con el que iba a pasar el resto de mis días» (Testimonio 31).

Pero, cuando la lectura se produce contra la voluntad del diarista, desencadena crisis personales que afectan no solo al diario, sino a la intimidad de los propios diaristas que experimentan sentimientos similares a los que pueden producir una violación: «... salvo excepciones muy concretas nunca he querido que nadie leyera mis diarios. Creo que me habría sentido fatal de haberlo sabido» (Testimonio 22).

Y los propios diaristas, ¿leen o releen sus propios diarios? ¿Qué uso hacen de ellos? ¿Por qué, para qué y en qué circunstancias los leen o releen? ¿Qué reacciones desencadenan estas lecturas? Como se puede presuponer también la casuística es variada y de muy distinto tipo. Debemos distinguir, en primer lugar, entre lectura inmediata o próxima a la escritura, y la lectura o relectura diferida en el tiempo, meses o años después.

Para encontrar solución a tanto interrogante, podemos empezar por lo que una diarista me escribió en su testimonio, porque, aun tratándose de su diario personal y de su experiencia, su respuesta abarca en buena medida las posibles cuestiones planteadas:

> Las reacciones en las relecturas del diario son de dos tipos: cuando lo que releo es de hace mucho tiempo siento una especie de extrañamiento avergonzado, algo así como, «pero ¿cómo pude yo escribir esto?». Me sirve para recordar el tipo de niña que fui y sobre todo para comprobar, aliviada, que al menos he madurado algo. De todas maneras, no suelo releer los diarios anteriores al que llevo en el momento: la sensación de que el tiempo voló no se sabe cómo podría matarme.
>
> La otra reacción se produce cuando releo entradas más recientes. Yo la definiría como un reconocimiento sereno, especialmente cuando rememoro episodios dolorosos. A veces me esfuerzo en revivir paso a paso una pifia sentimental, no por masoquismo, sino para aprender de mi error (o del error ajeno) y no repetir aquello que me hizo sufrir. Por supuesto que reconozco lo que leo, pero, al no estar

> ya inmersa en la situación narrada, puedo juzgar con mayor objetividad; no me avergüenzo de lo escrito, pero interiormente me auto-reprendo (Testimonio 6).

Las lecturas sistemáticas del diario distantes del tiempo de la escritura son infrecuentes. Bien por falta de tiempo o desinterés, bien por considerarla una etapa ya superada, que no aportaría nada nuevo al recuperarla en la lectura:

> Releer ahora cuadernos antiguos no me aportaría gran cosa. En este momento tengo una conciencia de mí misma más global y desde el presente, mis emociones son más suaves y tengo una mayor sensación de lo efímero de cada instante y de cada situación. Creo haber integrado mi pasado y vivo más el presente (Testimonio 22).

Tampoco interesa a los diaristas revolver el tiempo pasado que quedó registrado en los diarios cuando la rememoración pudiera producir dolor, desconcierto o vergüenza:

> No suelo releer los textos. Solamente los de *reflexión* en algunas ocasiones. Pero cuando lo hago tengo grandes sorpresas. Descubro que tal idea ya estaba en mi cabeza antes de lo que pensaba. O me doy cuenta de las veces que me engaño a mí misma. Es una forma de reconocerse muy enriquecedora [...]. Sin embargo, algunos cuadernos *emocionales* aún hacen mucha pupa al releerlos, y prefiero no hacerlo (Testimonio 19).

Otra diarista testimonia su temor a releer el único diario que llevó en su vida, un diario sobre la dolorosa circunstancia que tuvo que vivir cuando su mejor amigo enfermó gravemente. Después de retrasar varias veces el desafío, al final se atrevió a revivir aquella traumática experiencia:

> Me daba pánico releer el diario. Durante años pensé a menudo hacerlo y hace unos meses me decidí. Supongo que me había reconciliado un poco con la vida y me sentí capaz de afrontarlo. También me preocupaba no gustarme: descubrir con la perspectiva de los años que no soportas a la persona que eras. Ahora que te lo cuento, no sé cómo lo releí con lo cobarde que soy (Testimonio 15).

Por ejemplo, la relectura frecuente, sistemática y crítica acarreó consecuencias penosas, tremendas e irreparables para el diario de uno de nuestros corresponsales. Cuando entendió que el diario no le aportaba respuestas a sus dudas y tribulaciones, cortó por lo sano. Abandonó el diario y lo quemó:

> A partir de las lecturas frecuentes que hacía de mis cuadernos, me empecé a plantear la finalidad de lo que escribía. Surgió la duda sobre el futuro de lo que estaba haciendo. Me pregunté si quería que aquello permaneciera de manera póstuma o si tenía sentido intentar atrapar una realidad que se me escapaba. De este modo comenzaron a surgir preguntas, cuya respuesta se me escapaban:

> ¿Qué es la realidad? ¿Qué sentido tiene la vida? ¿Qué voy a conseguir con lo que escribo? Estas preguntas y otras de esta índole, que quizá pueden parecer tópicas, me las planteaba de manera obsesiva y angustiada. Concluí que el diario no me daba ni podía darme la respuesta, ni me ayudaba a responderlas y terminé por destruir todo lo escrito hasta entonces. La destrucción debía ser absoluta sin dejar el más mínimo rastro, y opté por el fuego (Testimonio 26).

También encontramos diaristas que vuelven a leer sus cuadernos tiempo después a pesar de todo: «Releo constantemente mi pasado inmediato [...]. Por ese hábito de relectura recuerdo casi literalmente muchas páginas» (Testimonio 6). Una diarista tiene ritualizada la lectura del diario al terminar cada año, y de esta costumbre extrae conclusiones de mejora y conocimiento de sí:

> Al llegar diciembre, releo todo el año para recapitular, hacer balance, retomar propósitos y demás. En alguna ocasión he releído periodos más amplios porque sí; pero, cuando me alejo del momento actual, el diario se me hace ajeno y desde luego aburrido, incluso vergonzoso (¡cómo coño podía escribir tantas tonterías!) (Testimonio 27).

Del mismo modo simétrico y antitético, también constatamos que hay diaristas que no leen ni releen nunca los diarios. Los dos ejemplos, que extracto a continuación, dan idea de los motivos que determinan para abstenerse de releer el diario:

> Rara vez releo mi diario. No tengo necesidad. Es como la cáscara de un fruto que ya me he comido. La cáscara es necesaria en el momento de comer, pero luego ya no sirve (Testimonio 4).

> No suelo releer el diario, soy una de esas personas que no miran atrás. El diario es para mí como un tamiz, de él extraigo todo lo que puedo aprender de cada situación o persona, y una vez que he asimilado esa sabiduría, no suelo volver atrás. Cuando estoy pasando por un momento difícil, no leo los días en que fui feliz, porque entonces me vendría abajo, y cuando todo va bien, ¿para qué voy a volver al pasado? (Testimonio 9).

Complementario del anterior testimonio es este otro:

> No leo ni las anotaciones últimas ni las de hace años [...]. Sí leo, en cambio, la redacción del día, puesto que quiero saber si lo que he escrito coincide con lo que quería expresar. Alguna vez he releído algún pasaje de días anteriores por la curiosidad de refrescar un momento determinado de la vida o bien algún sentimiento en concreto. Muchas veces te das cuenta de las limitaciones que te impone la escritura directa sobre una emoción, así que he optado por no releer. Además, no soy de las que piensan que «cualquier tiempo pasado fue mejor» (Testimonio 25).

Diferentes resultados se obtienen de la lectura inmediata, previa a registrar una nueva entrada, la que se realiza para asegurar la continuidad narrativa del diario o la que se hace inmediatamente después de haberla registrado, para comprobar si se ha logrado expresar correctamente lo que se pretendía decir, como hemos leído en la cita anterior,

Los diaristas necesitan releer normalmente la entrada anterior para volver a coger el hilo, el tono o el estilo del relato que liga ambas entradas, o releer «lo que precede», si ha pasado un tiempo que exige saber cómo fue la última anotación ingresada: «Es muy raro que escriba algo en el diario sin releer lo que le precede, retrotrayéndome bastantes páginas hacia el inicio» (Testimonio 6). De manera similar leemos en otro testimonio: «Generalmente las anotaciones tienen un hilo conductor, pues antes de escribir miro la anotación anterior, y entonces cuento cómo se solucionó tal o cual cosa y qué le pasó a una persona» (Testimonio 27).

Un asunto bien distinto es el de las lecturas ajenas, sean consentidas o indiscretas. Estas generan otra casuística distinta, a veces frustrante. La violación del diario, o el temor a que sea leído por una persona indiscreta, preocupa lógicamente a los diaristas. En los diarios de escritor este es un asunto que normalmente ni se plantea, pero aquí se revela cómo un asunto central y decisivo para la suerte del diario. Por seguir con las comparaciones y abundar en las diferencias entre nuestros diaristas y los diaristas escritores, basta con aludir a lo que cuenta Piglia-Renzi en su diario. El diarista argentino confiesa haberse decidido a la publicación de sus diarios desde el momento en que Julia, su pareja, leyó indiscretamente el diario en que Piglia contaba la relación erótica clandestina con Tristana, la mejor amiga de Julia: «Y por eso, porque he sido descubierto una vez, he sido leído insidiosamente más de una vez, he decidido publicar mis diarios para exhibir a la luz pública mi vida privada...» (Piglia 2016, 15-16).

La reacción de los diaristas corrientes es diametralmente opuesta. Un diarista que nunca consistió que nadie leyera su diario tuvo una experiencia juvenil que le hizo ser precavido y desconfiado, y tomó medidas drásticas para que no se volviese a repetir:

> Nunca he consentido que nadie lea mis anotaciones calendarias, aunque sospecho que más de una vez fueron leídas por algún hermano o por mi padre. Estas violaciones, de lo que yo consideraba mi intimidad más absoluta, pese a sumirme en una desazón profunda, nunca supuso un impedimento a la hora de seguir escribiendo. Simplemente me limitaba a tomar medidas más severas a la hora de guardarlo (Testimonio 26).

La lectura indiscreta provoca normalmente una crisis en los diaristas y reacciones extremas, como la paralización del diario, la destrucción parcial o total o el distanciamiento o enemistad de la persona que la ejecutó (normalmente la madre). Solamente un testimonio comprende a la madre que leyó indiscretamente su diario: «Es una medida de precaución: una adolescente, que escribe un diario y no habla con nadie, es una fuente potencial de problemas» (Testimonio 31).

El tema de la madre y el papel que esta juega en los diarios, sobre todo de las muchachas adolescentes, daría para un estudio de las relaciones maternofiliales, porque se me antoja casi interminable. He aquí un ejemplo realmente singular. Se trata del testimonio de una diarista que reconoce que en la adolescencia dejaba su diario al alcance de su madre con la intención de comunicarse con ella y de llamar su atención: «En el periodo de los trece a los catorce años era un diario extraño. Lo escribía para intentar comunicarme con los adultos. Escribía mi diario y lo dejaba ostensiblemente a la vista para que mi madre lo encontrara» (Testimonio 19).

Sin embargo, lo habitual es el temor a que el diario haya sido leído contra la voluntad del diarista marque el territorio de la intimidad que se quiere defender. Y sus fronteras son, por lo general, innegociables. Al mismo tiempo, esa misma intimidad no se resiente cuando se trasmite libremente a terceros, sino que se enriquece y amplia. El siguiente testimonio es expresivo de lo que digo:

> Sospecho y temo que mi madre lo ha encontrado alguna vez y lo ha leído, sobre todo lo deduzco por los comentarios disfrazados que me ha hecho. Es la única persona, que yo sepa, que ha accedido a él contra mi voluntad. De mis amigos, la mayoría conoce la existencia del diario, pero sólo a mi amigo David le he leído algunos fragmentos, y únicamente las líneas donde aparecía él [...]. Lo que nunca he hecho es dárselo a alguien para que lo leyera libremente, aunque un par de personas me lo han pedido (Testimonio 9).

La certeza de que la violación se ha consumado da lugar a tensiones y conflictos que solo el paso del tiempo y la fuerza de la sangre que une a madres e hijas resuelven como era de esperar:

> Mi madre y mi padre saben de su existencia [del diario]. Él nunca se inmiscuyó en lo que considera pequeñeces de niñas, mientras que ella lo leyó tranquilamente un día durante mi ausencia, considerando que los secretos entre madre e hija eran absurdos. Tenía yo catorce años y le retiré la palabra un mes. No entiendo, sin embargo, la decisión de destruir un diario porque lo hayan leído sin tu permiso. Es como si denuncias una agresión y en comisaría te maltratan como castigo por haberte dejado agredir (Testimonio 6).

Tal como ha ido apareciendo arriba, los diaristas pueden compartir la lectura del diario con alguna pareja, amiga o familiar, pero suele ser de forma parcial y limitada a determinados pasajes o asuntos. Por ejemplo, la diarista del Testimonio 6 permite la lectura de fragmentos jocosos y trascribe algunos pasajes a determinados amigos. Pero de manera general no. Es consciente de la dificultad que tiene compartir asuntos tan personales, porque podrían ser malinterpretados por terceras personas. Y matiza, para que no haya equívocos: «Los momentos íntimos, especialmente dramáticos, esos son solo para mí».

Pero también hay diaristas que no dramatizan o al menos no se toman tan a la tremenda la cuestión de la inviolabilidad del diario. Para muestra el comentario de una diarista, a la que no le gustaría que su pareja leyese su diario, pero...:

> ... no puedo decir si alguien a escondidas los leyó. Es algo que a veces pienso ahora que comparto casa con mi pareja: «¿Y si ÉL lo ha leído?» Quiere decir que ha abierto el cajón donde guardamos los adornos navideños, ha sacado algunas bolitas de colores y lo ha descubierto. Bueno, tampoco es tan grave. Evidentemente no voy a ponérselo fácil, pero tampoco voy a alquilar una caja de seguridad en un banco. Sería bonito que, por educación, si los encuentra, no los lea, pero yo misma no sé si no lo haría en su caso, así que... (Testimonio 4).

En cualquier caso, en un territorio tan frágil y sensible como el diario, la autorización o trasmisión parcial o total del diario a una persona del entorno íntimo puede dar lugar a incomprensiones y malentendidos que se resuelven en un mayor distanciamiento. Es la experiencia de una de nuestras diaristas, que permitió la lectura de su diario a una persona cercana, de la que esperaba una mayor empatía; sin embargo, el resultado fue totalmente negativo y decepcionante:

> Cuando una persona que lee un diario está en una onda de sensibilidad muy alejada de la del autor (cosa que no tiene nada que ver con el mayor o menor grado de cercanía afectiva), se pueden dar extrañas situaciones de incomprensión o lo que es más grave de burla o menosprecio que pueden resultar incluso ofensivas. Este tipo de situaciones, o mejor este tipo de lector es el que yo trataría de evitar a toda costa (Testimonio 1).

En cambio, esta misma diarista relata en su testimonio una experiencia de intercambio de diarios con una amiga, pero en la adolescencia, que es una edad propicia a este tipo de gestos de confraternidad y de exaltación de la amistad sin límites:

> Compartía mi afición a la lectura, a la escritura y al diario con una amiga íntima. A veces me dirigía a ella y le decía cosas que no me atrevía a decirle personalmente. Un día, en un rasgo de exaltación de la amistad, nos intercambiamos los

> diarios. Fue una experiencia maravillosa, lloramos, reímos leyéndolos (cada una el contrario), y luego cada una escribió en el diario de la otra su comentario personal, lo que habíamos sentido al leerlo... Fue como haber puesto un sello de oro a nuestra amistad, que entonces nos parecía única e irrepetible (Testimonio 1).

Sin embargo, no siempre el intercambio de diarios funciona tan bien entre adolescentes. A veces se hacen planes, pero no siempre se realizan:

> Una amiga me animó a que escribiéramos lo que hacíamos en las vacaciones. Nos los intercambiaríamos [los diarios] al regreso y así sabríamos, la una de la otra, lo que habíamos hecho. No soy capaz de recordar si llevamos a cabo el intercambio prometido... (Testimonio 28).

> La etapa central de mi diario, la que más se ha prolongado en el tiempo, comienza el día 26 de agosto de 1985, a raíz de que me quedo a dormir en casa de una amiga. Nos compramos dos libretitas de la marca «Miquelrius», que en Cataluña son muy populares y tradicionalmente se han usado como libros de cuentas en empresas y comercios. Mi amiga y yo prometemos escribir todo lo que nos pase, para luego leérselo a la otra. (Nunca lo hicimos) (Testimonio 4).

2.8. RITUALES

Como cualquier otro hábito intelectual instalado a veces en la rutina, el diarista tiene sus propios rituales o sus manías, sus circunstancias propicias o propiciatorias, sus lugares preferidos y demás fetichismos materiales. Como señala acertadamente un testimonio: «... el acto de escribir un diario era para mí un acto casi religioso, una ceremonia en la que cada elemento debía ser escrupulosamente elegido y respetado» (Testimonio 26).

Llevar un diario de manera constante y frecuente, además de un acto de autodisciplina encomiable, está lleno de reglas, sin cuyo cumplimiento este desfallecería. De manera general, un buen diarista debe ser una persona rutinaria, llena de manías necesarias para que se cumpla y se siga cumpliendo, sin graves fallas, el compromiso de la cita con el diario. Por ejemplo, aunque el hecho de fechar las entradas (día, mes y año, a veces incluso hora) tiene —como vimos en el capítulo anterior— una importancia capital, para nuestros diaristas es tanto un primer ritual, un gesto casi mecánico o una regla invariable, como una forma de orientarse y situarse en el océano del tiempo: «Suelo iniciar la escritura indicando fecha y día de la semana» (Testimonio 2); «Organizo el diario por fechas y días de la

semana y, a veces, también señalo la hora» (Testimonio 30). Y cuando la fecha no se consigna, la diarista tiene conciencia de su excepcionalidad y la destaca en su testimonio: «No sé si se le puede llamar así, ya que supongo que lo normal y característico es seguir un orden cronológico, la fecha tiene su importancia, ¿no? En mi cuaderno apenas hay fechas» (Testimonio 15).

El compromiso de ingresar entradas a diario o cada dos o tres días, al menos cada semana, es el objetivo del diarista en sus inicios: «Las entradas suelen ser diarias o cada dos días, todo lo más cuando me lo pide el cuerpo, que suele ser con frecuencia» (Testimonio 23). Posteriormente la frecuencia fluctúa de acuerdo con la relación de mayor o menor intensidad vital del diarista y otras circunstancias como la constancia y la disciplina. La frecuencia y continuidad del diario la determinan tanto el ánimo del diarista, el contenido del diario y otras circunstancias, como la clase de diario de que se trate. No es lo mismo un diario de crisis que un diario de largo recorrido. Por ejemplo, una diarista relaciona la frecuencia o el abandono del diario, más «con el nivel de efervescencia emocional, que con cualquier otra razón. Hoy nada me empuja a volcarme sobre unas hojas para hablar de mí misma» (Testimonio 22). A una conclusión similar llega el testimonio de otra diarista de largo recorrido, que escribe, como la anterior, con la frecuencia que le dicta su estado de ánimo: «A menudo me sobrevienen períodos de abstinencia total, que alternan con otros de escritura efervescente, casi compulsiva, reflejando inevitablemente mis estados de ánimo» (Testimonio 32). O como sostiene otra corresponsal de manera más precisa y casuística:

> La intensidad y ritmo de las anotaciones puede depender del contexto: épocas de líos o celebraciones, enfermedades de familiares, de actividades profesionales o personales nuevas que absorben el tiempo de otra manera. Incluso depende de la propia relación con el diario, que es unas veces más intensa que otras, como suele ocurrir también con los amigos (Testimonio 27).

Pero la constancia o la disciplina son cualidades personales que no todos los diaristas poseen en el mismo grado y modo, como reconoce el siguiente testimonio de un diarista de largo recorrido, que escribe al ritmo que sus impulsos y necesidades le aconsejan:

> Abandono continuamente la escritura del diario. Siempre ha sido así. Forma parte de esa imposición continua que uno se echa encima con la alegría de incumplirla sistemáticamente. Recomenzar el diario me suele dar bastante pereza, aunque me divierte mucho ese ralentizar de la existencia que supone contar los avatares diarios (Testimonio 7).

El exordio que precede con frecuencia el comienzo del diario es el lugar en que el diarista deja una declaración de los principios y propósitos declarados, los protocolos de su escritura y demás reglas autoimpuestas: «Cuando comienzo un nuevo diario, siempre le pongo una primera hoja inaugural, como una declaración de intenciones previa» (Testimonio 16). Este íncipit es un momento solemne y un ritual indispensable en el que el diarista formaliza una suerte de contrato consigo mismo, donde define el pacto diarístico y sus diferentes cláusulas. En los diarios de adolescencia aparecen casi siempre y comparten similares características: «Este cuaderno será mi compañero íntimo, mi refugio. Ahora, recién cumplidos los catorce años, me dispongo a empezar este diario que quizás algún día sea leído por alguien que no sea yo» (Testimonio 1). Con frecuencia, en estos preludios los diarios adolescentes recogen, además, advertencias, tremendas y apocalípticas, del tipo «maldición eterna a quien lea estas páginas», contra los intrusos que osen leer indiscretamente el diario:

> Este diario es mío. Contiene cosas que sólo me conciernen a mí. No intentes leerlo, no está hecho para ti. Mis pensamientos son míos y posiblemente no los compartas o te dolerán. Respeta mi intimidad. No seas cotilla. La curiosidad mató al gato. Debo aclarar un aspecto: esta leyenda no está escrita solo para aquella persona que por casualidad tuviera la ocasión de leer mi diario sin que yo lo supiera, sino también es una advertencia a mí mismo, ya que todos y cada uno de nosotros podemos caer en la tentación de mirar, ver, leer, probar, etc., algo que no nos afecta directamente, sin tener en cuenta las consecuencias que cualquiera de estas acciones pueda conllevar (Testimonio 11).

Para no prolongar más esta cuestión de la declaración de intenciones de diario y diarista, extracto el comienzo de un diario de adolescencia que resume y precisa todos los aspectos principales del contrato íntimo de la diarista consigo misma:

> Este diario comenzó a escribirse a las 8.00 horas de la tarde del jueves día 10 de septiembre del año 1987.
>
> AL LECTOR AJENO
>
> Yo escribo estas notas intentando reflejar mi pequeño mundo, mis impresiones, mis ansias, deseos, sueños, fracasos, enfados y todos los demás sentimientos humanos.
>
> Así me desahogo y comunico lo que pienso evitando comentarios, puesto que de esto supongo no se entera nadie y puedo decir lo que quiera sin risas (puesto que para hablar soy cursi) ni habladurías.

> Tú, atrevido lector, intentas leer unas cosas de carácter totalmente privado e íntimo, y que no te incumben para nada, quien quiera que seas, y por mucho que me conozcas y sepas de mí, estas notas no son de tu incumbencia.
>
> Aquí hay cosas que me pondrían en serio compromiso si se divulgaran o se dieran a conocer, no cosas serias, sólo cosas de mi corazón, por lo tanto, seguro que no las entenderás.
>
> Apelo a tu conciencia, y creyendo en que eres buena persona y respetas a los demás, sobre todo cuando te lo piden por favor, te insto a que cierres esta libreta, y la deposites donde estaba. Tengo confianza en tu buena fe y creo que lo has hecho sin malas intenciones. Si la cierras, gracias, y que Dios te bendiga y colme de alegrías toda la vida.
>
> Si no la cierras... allá con tu conciencia (Testimonio 16).

La fidelidad a un tipo de soporte es uno de los hábitos o rituales del diarista y, dentro de ellos, la elección del cuaderno destaca como uno de los más decisivos en su vida y desarrollo. Aunque el aspecto material de este pudiera hacer pensar que sería algo secundario o trivial, no lo es, al contrario: el soporte, como el instrumento de escritura (pluma o bolígrafo de determinada marca, con tinta, también, de un color determinado), se convierten en el hábito del diarista en algo trascendental. Veremos a continuación que el cuaderno, en sus diferentes formatos, es, o ha sido, el preferido de los adolescentes y que su elección está cargada de fetichismo (véanse capítulos 4.1. y 4.3.). Pero no solo de los adolescentes, también para los diaristas adultos el cuaderno es, por su versatilidad y variedad, el preferido, porque permite elegir aquel que se entiende más adecuado o acorde a la sensibilidad y carácter del diarista:

> En cuanto al soporte fui siempre un poco caprichoso. No me valía cualquier cosa. Debía ser un cuaderno de tapas negras y las páginas con una sola raya. Otro aspecto que revestía cierta importancia era el instrumento de escritura: tenía que ser, y en esto era muy exigente, una estilográfica de tinta negra (Testimonio 26).

Más meticuloso y exigente resulta, no siendo, sin embargo, una excepción, lo que nos cuenta un diarista con respecto a sus preferencias en cuestión de cuadernos:

> Desde hace un par de años [utilizo] unas libretas de papel Ray horizontal, de 80 hojas con papel ecológico, «depurado con energías limpias y sin adición de cloro, colorantes ni blanqueantes ópticos». Su tamaño de media cuartilla es ideal, pues cabe justo en la riñonera que me acompaña a todos los viajes; además tiene las

> pastas protegidas por un plástico endurecido que deja ver la portada, donde se ve una reproducción de unas pinturas prehistóricas, al pie del cual se lee ORCE. Es curioso lo maniático que uno se vuelve con el soporte ideal de la escritura diarística, una vez hallado. Los cuadernos «Orce» no son fáciles de encontrar, por lo que en alguna ocasión en que deseaba escribir el diario me he tenido que recorrer casi todas las papelerías de la ciudad hasta dar con el que utilizo (Testimonio 7).

Una evidencia más de la importancia de estas cuestiones rituales que rodean al cuaderno nos la ofrece esta entrada:

> Finales de julio de 1995
>
> Son las once menos cuarto de la noche. Escribo las últimas líneas antes de partir de viaje mañana a la India, son también las últimas líneas de la libreta. La verdad es que tenía muchas ganas de terminarla, porque esto significa que, en otra, mi vida será diferente. Estrenar una libreta siempre me ha producido cierta euforia. Siempre he pensado que empezar una libreta nueva es como si renovara la esperanza de vivir (Testimonio 25).

La elección de un cuaderno o el placer de inaugurar un cuaderno no son cuestiones superficiales o propias de adolescentes, son también comunes a los diaristas escritores que utilizan cuadernos para llevar diario. Por ejemplo, para Rafael Chirbes elegir un cuaderno y comenzar a escribir en él es sinónimo de prolongar la vida o comenzar una nueva etapa:

> Este cuaderno lo compre en Dresde [...]. Las hojas están teñidas de un azul que ahora me molesta, porque apenas distingo lo que escribo [...]. Cada vez que empiezo un cuaderno, me imagino frases que acabarán formando parte de alguna novela. No digo que no haya sido así alguna vez, pero en general los cuadernos me sirven para anotar citas que extraigo de los libros que leo [...]. En cualquier caso, siempre me produce un placer casi infantil ir llenando con mi letra hojas de cuaderno, aunque sea con palabras robadas a otros (Chirbes 2021, 339).

En este mismo sentido hay que destacar que algunos diaristas, además de elegir un cuaderno determinado, personalizan y singularizan su diario con un nombre particular:

> En primer lugar, le diré que yo no le llamo diario, no me gusta, para mí es un cuaderno de confidencias. Por ello desde ahora en adelante me referiré a ellos (son varios) como cuadernos. Una característica de mis cuadernos es que son pequeños, del tipo bloc. Intenté escribir en un tamaño mayor, pero me resultaba incómodo, no me habituaba. Quizá sea debido a que el cuaderno en uso viaja conmigo (Testimonio 2).

Cuando los cuadernos se acumulan y el diarista es sistemático y cuidadoso, los guarda y ordena, lo que le da al diario la apariencia de una obra completa en proceso de hacerse: «Lo escribo en diferentes cuadernos (voy por la letra LL, pues los ordeno alfabéticamente)» (Testimonio 23). Otro diarista personaliza cada cuaderno, dedicándolo a algún amigo o familiar, remedando las dedicatorias de los libros editados:

> Tengo escritos 38 cuadernos, todos distintos —con espiral, de tapa dura, de tapa blanda, cuadernos de campo, de tela, de papel, de plástico—. En estos momentos inicio el que hace el número 39. Cada uno de estos cuadernos está dedicado, en su primera página, a una persona cuya importancia, cercanía o simbolismo ha significado algo en mi vida. Ahí están mis padres, mi abuela, mis compañeros o mis profesores, pero también mis amores platónicos y las personas admiradas. Las dos únicas condiciones para merecer este honor son las de estar vivas y ser esenciales para mí (Testimonio 17).

Frente al cuaderno o la libreta, el resto de soportes es una mera anécdota entre nuestros diaristas: hojas o folios sueltos es tal vez el que le sigue en preferencia. El ordenador apenas tiene protagonismo. Solo cuatro de mis corresponsales lo han utilizado, y una de ellas reconoce que lo abandonó después de pocos días: «Intenté usar el ordenador, pero... duró tres días. ¿Lo asociaba con el trabajo? ¿No tenía dimensiones de objeto como tiene un cuaderno?» (Testimonio 18). Un diarista utilizaba un ordenador del trabajo, de manera que imprimía sus entradas para llevarlas a casa, y después destruía el fichero digital, no fuera a ser que algún compañero lo descubriese... (Testimonio 21).

A causa de la enfermedad que le aquejaba, otra corresponsal tuvo que abandonar los cuadernos y encontró en el ordenador la mejor ayuda para poder seguir escribiendo, aunque reconoce que se perdía algo importante en el cambio:

> Cada año, el 1 de enero, empezaba un nuevo cuaderno (también tiene algo de ritual esta repetición) de espiral, hojas cuadriculadas, sin satinar. El dibujo de las tapas también era importante. Cuando crecí me hice adepta a las plumas. Ahora el ordenador me parece bastante frío en este sentido. Son mis ideas, pero no es mi letra y, bajo mi punto de vista, eso era un todo. Lo único bueno es que permite escribir más rápido que la pluma, más al ritmo de mis pensamientos, pero eso no sé si es una mejora (Testimonio 31).

Por su parte, una diarista que lleva su diario en el ordenador de manera habitual, después de haberlo llevado en cuadernos, nos regala una reflexión sobre algunas diferencias entre ambos soportes:

> Hasta ahora escribía siempre a mano [...]. Y desde hace algunos meses escribo con el ordenador. Debo reconocer que permite reflejar con más exactitud las ideas. En cambio, al escribir a mano, las frases son más espontáneas, no hay posibilidad de *pentimento*. Esto les da un encanto especial cuando se trata de describir sentimientos. El ordenador permite pasar y repasar hasta que dejas reflejadas tus ideas lo más exactamente posible, pero durante el proceso ha desaparecido toda la frescura del escrito directo (Testimonio 19).

2.9. ESCONDITES

En relación con la cautela y el secreto con el que se lleva diario hay que considerar el asunto del lugar donde se guarda o, mejor, donde se esconde el diario, lejos siempre del alcance de desaprensivos que no respetan la intimidad ajena. Las peripecias y penurias del diarista que nos relata las precauciones a la hora de defender la integridad de su diario, después de haber comprobado que su padre y su hermano lo han leído indiscretamente, nos dan idea de la importancia de este aspecto de la *biografía* de los diarios íntimos:

> Al principio lo escondía en los sitios más inverosímiles y cada poco cambiaba de escondrijo: bajo el colchón, pegado con celo detrás de un espejo, escondido entre los libros de una estantería. Pero esto resultaba agotador. Hasta que un día compré una pequeña caja fuerte en una ferretería. [Cuando] empecé a vivir solo, me limité a meterlo en un cajón o a dejarlo sobre el escritorio de mi habitación. Aunque de todas formas algún temor debió quedarme, porque nunca ponía nombres propios a las personas que describía y aludía a ellas mediante metáforas, alegorías o elipsis que solo una lectura en clave podría descubrirlas (Testimonio 26).

La casuística del escondite es variada y merece la pena, al menos, diferenciarla. Encontramos diaristas que no se esfuerzan en buscar donde ocultarlo por distintas razones: falta de pudor, seguridad de que nadie lo va a leer, o porque piensan que el mejor escondite es no esconderlo, dejándolo a la vista de todos:

> En el periodo de los trece a los catorce años era un diario extraño. Lo escribía para intentar comunicarme con los adultos. Escribía mi diario y lo dejaba ostensiblemente a la vista para que mi madre lo encontrara. Lo dejaba a las monitoras de los scouts que me merecían confianza (Testimonio 19).

> Yo dejo mi habitación abierta muchas veces, y aún cerrada, es de fácil acceso. Y no sólo nadie ha entrado [padres, hermanos o novio], sino que nunca han tocado nada. Es el respeto por lo más profundo del ser, un abismo al que no debes ni te atreves a asomarte. Así pues, saben lo del diario y sé que saben que tengo una vida propia, interior, que desconocen. (Testimonio 16).

> En mi caso personal soy cada vez menos pudoroso, o por lo menos hasta un cierto punto. Así antes consideraba esencial el secreto de mi diario, ahora está siempre encima de mi mesa de trabajo, siendo accesible a todo el que desee leerlo (Testimonio 7).

Y hay los que se devanan los sesos para alejarlo de las miradas indiscretas imaginando lugares cada vez más inauditos y extraños:

> Guardo todos mis escritos en un cajón especial de mi habitación. Los más antiguos están en cajas de cartón forradas, escogidas cuidadosamente para que sean hermosas. Dicho así, no se puede comprender el grado de intimidad y de misterio que ello implica. Desde hace tiempo mi escritorio está vetado a cualquier persona (Testimonio 19).

Un ejemplo síntesis de ambos podría ser el siguiente:

> El escondrijo donde reposaban mis cuadernos, cuando vivía en casa de mis padres, era una estantería de mi habitación, detrás de una pila de libros y bajo una gruesa capa de polvo. Tampoco he buscado escondrijos muy raros, así que no puedo decirte si alguien a escondidas los leyó (Testimonio 4).

Sin duda la forma más imaginativa, rocambolesca y drástica es la del diarista que enterró sus diarios, al tenerse que ausentar por un año de su domicilio para cumplir el servicio militar:

> Lo enterré al tener que abandonar mi domicilio familiar para hacer la mili, luego lo recuperé (papel de aluminio y bolsas de plástico: ¡funcionó!) [...]. A la vuelta, lo destruí sin pena, porque no sentía aprecio ninguno por la persona reflejada en esos diarios, además no tenía ya dónde guardarlo. Hoy me resultaría simpático releerlo (Testimonio 3).

Para terminar otras dos formas, si no de escondite, de protección de la inviolabilidad del diario: el candado y la escritura cifrada. Recordará el lector que me referí arriba a los cuadernos *Mi diario,* típico regalo de cumpleaños o de primera comunión, de pastas duras, blancas o verdes, con adornos dorados en la portada, en el lomo del cuaderno y con el canto dorado de las hojas, acompañados todos ellos del candado también dorado, ese seguro protector de la intimidad improbable de un niño o preadolescente. Pues bien, un diarista, inspirándose

en el candado de aquellos cuadernos infantiles, va a reciclar, de manera singular, aquella idea para su cuaderno de juventud:

> Me acordé de que aquel pequeño libro que tiré a la basura el día de mi comunión tenía algo que llamó mi atención: una pequeña cerradura metalizada que se abría con una minúscula llave. Ni corto ni perezoso cogí el taladro que hay en casa e hice un agujero que atravesara la gruesa libreta por el centro del lateral. Compré un candado, un poco tosco, para cerrar el que sería mi diario (Testimonio 11).

Otra alternativa de ocultación es la escritura cifrada, que entre nuestros diaristas solo aparece en contados casos, que, por su singularidad, destaco aquí:

> Mi primer diario lo empecé en 1962, el día que cumplí 17 años. Está escrito en francés y los nombres propios en clave —utilizando la letra siguiente a la que correspondía— para evitar que lo pudiese leer mi madre, un poco ávida de conocer los secretillos de su hija (Testimonio 22).

Otra forma de ocultación o de protección del diario es la que practica uno de nuestros diaristas:

> Nunca he utilizado clave o escritura secreta, como máximo utilizo algún alias, que yo sólo conozco, y únicamente cuando se trata de situaciones que comprometen a otras personas. Por ejemplo, «el loco del pelo blanco me ha contado que engaña a su mujer». Siempre he pensado que el tabú que he establecido respecto a mi escritorio era suficiente como guardián de mi intimidad. Desde que utilizo ordenador, pongo una clave secreta para acceder al texto. Varias personas podrían usar el ordenador casualmente y no me gustaría que pudieran leer nada mío sin mi conocimiento (Testimonio 19).

Las preferencias de lugar, hora y otras circunstancias para escribir el diario, en soledad y secreto, son mayoritariamente similares; la fijeza y reiteración les confiere a estas un cierto carácter litúrgico. La mayoría de los testimonios coincide en que este ritual se realice en la habitación propia, por la noche y en soledad: «Normalmente he escrito en mi diario por la noche. Y siempre en mi habitación» (Testimonio 4). O como prefiere otra diarista: «Siempre en la terraza de mi habitación, una pequeña galería muy acogedora. Es mi rincón favorito» (Testimonio 12). Este otro testimonio destaca la necesidad de estar sola, sin que nadie le incomode: «Lo hago sola en mi habitación, y suelo apurarme o interrumpirme, cuando alguien irrumpe en ella» (Testimonio 14). La solitud y el silencio son consustanciales a un acto de intimidad e introspección. No obstante, si esto no es posible, la alternativa es la de la compañía anónima y el ruido protector del lugar público: «Nunca escribía en mi casa, donde apenas

paraba en aquel tiempo. Lo hacía sobre todo en los bares, en la cafetería o en la sala de espera del hospital» (Testimonio 15). «En bares, rodeada de gente» (Testimonio 18). El viaje, sea por placer o por trabajo, impone rituales nómadas improvisados y menos habituales: «Por ello en mis cuadernos hay páginas escritas en un hotel de Madrid, Lisboa o Estocolmo. Siempre escribo por la noche, sentada en la cama. Son pocas las veces que he escrito durante el día» (Testimonio 2).

En una nación como la española, con lenguas vernáculas, como el euskera y el catalán, que sus hablantes tienen como maternas y, además, como una seña de identidad colectiva, cuatro de nuestros 32 corresponsales seleccionados escriben su diario en su lengua vernácula. Sus testimonios, por su particularidad e interés, los destacamos aquí como una muestra más de la riqueza lingüística de España y de la importancia que la lengua materna tiene en la construcción de la identidad personal:

> Tenía trece años y, aunque soy catalán-hablante, lo escribí en castellano, por influencia, supongo, de la televisión y de las lecturas que hacía [...]. Hasta el 24 de diciembre de ese año el diario continúa en castellano, pero ¡emoción! voy al teatro de mi pueblo y uno de los actores jóvenes me deja fascinada. Interpreta una obra típicamente catalana, que se representa en casi todos los pueblos de Cataluña por Navidad. No sé cómo, pero dos días después, el 26 del mismo mes y año, lo escribo ya en catalán y hablo de este actor como mi único objetivo sentimental (Testimonio 4).
>
> Siempre he escrito los cuadernos en catalán. En un viaje, con una amiga madrileña, me pidió que le pasase al castellano las notas tomadas, porque quería tener el texto. Una vez traducido, me pareció irreconocible (Testimonio 18).
>
> Escribo el diario en catalán desde la primera página hasta la última. No podría escribirlo en otra lengua, no sería yo, no podría reconocerme en las páginas cuando las leyera. No hubo dilema en la elección de la lengua; escribí la primera frase en catalán, sin pensar en otras opciones (Testimonio 25).
>
> Fundamentalmente escribo en castellano, porque es mi lengua materna, pero incorporo palabras del euskera (lengua vasca), porque mi *aita* (padre) es euskaldum (hablante vasco) y ciertas palabras del euskera forman parte de mi castellano. Poco a poco me he ido euskaldunizando y sin ser un diario bilingüe, se va aproximando (Testimonio 27).

2.10. EL DESTINO DE LOS DIARIOS

¿Qué hacen los diaristas con sus cuadernos cuando los *cierran?* ¿Qué suerte les espera a tantos diarios que fueron abandonados desidiosamente o cuando sus autores pensaron que habían cumplido su función? ¿Qué hacer con esos textos confidenciales y confesionales, que, como una diarista nos decía arriba, eran «su mejor amigo y su peor enemigo»? ¿Han previsto conservarlos o destruirlos? ¿Piensan trasmitirlos a alguna persona próxima o dejarlos en herencia a sus herederos? ¿Se han planteado la publicación como manera de resolver estos dilemas? A todas estas preguntas se enfrentan mis corresponsales y en sus respuestas encontramos un abanico de posibilidades paradójicas y singulares, como paradójicos y singulares son los diarios. Responderlas de manera consecuente obliga a los diaristas a plantearse cuestiones tan delicadas como la memoria que de uno mismo se quiere trasmitir a su descendencia, si es oportuno que conozcan todo de sus padres o la propia idea de enfrentarse a la muerte:

> No quisiera que nadie leyese mis textos mientras esté viva. Por lo tanto, el diario no lo publicaría nunca. Una vez haya muerto me da igual. Cualquiera podría leerlos. Incluso me divierte pensar que pudieran airearse ciertos secretos. Sin embargo, siento pudor ante mi hija, no sé si me gusta la idea de que ella sepa todo de mí (Testimonio 19).

Frente a esta lógica preocupación por el destino del diario, que se plantea también si sería oportuno que su hija conociese los secretos de su madre, encontramos testimonios que se sitúan en todos los sentidos en las antípodas del anterior:

> El destino de mi diario no me quita el sueño, aunque no me gustaría que se destruyese. Supongo que en algún momento de mi vida me divertirá volver a leerlo; tal vez les ocurra lo mismo a mis hijos. A veces he pensado en seleccionar las partes mejores y hacer una especie de antología, pero la tarea es excesiva para el momento en que ahora me encuentro. Lo más adecuado para el futuro de mis diarios será dejarlos dormir (Testimonio 7).

Sin embargo, esta actitud que da a entender que lo mejor es desentenderse del diario para que corran la suerte que les depare el destino, no es ni frecuente ni común. Al contrario, aun en la lógica impotencia que ante el futuro y la posteridad esperan a las cosas humanas, una diarista joven se interroga por esta cuestión:

> ¿Qué haré con mis diarios después? No lo sé. Pero no quiero quemarlos ni destruirlos. Ni tampoco que se vayan a la tumba conmigo. Es demasiado esfuerzo, sabiduría y amor como para perderlo de esa manera, convirtiéndose en ceniza o tierra. No quiero que mis palabras y el resto de mis vivencias no sirvan a nadie (Testimonio 16).

Otra diarista, en una demostración de excesiva y, tal vez, desproporcionada, pero humana preocupación, por los problemas que podría producir el conocimiento de su intimidad, el día anterior a emprender un largo viaje a la India, y ante un posible e inesperado final, dejó una carta con sus últimas voluntades en que indicaba lo que debería hacerse con los folios del diario:

> No he destruido nada, pero antes de uno de mis viajes, el primero largo de verdad, dejé una carta para abrir si me pasaba algo. En ella indicaba que quemasen los folios del diario que tengo colocados en aparente desorden en una estantería de mi cuarto de trabajo, unos encima de otros según los escribo y sin encuadernar (Testimonio 28).

La destrucción es para algunos una solución drástica y dramática, pero la más factible, la que resuelve de una vez por todas las posibles contingencias y problemas que se pudieran desencadenar de la lectura de los cuadernos por terceros. Pero en los testimonios se detectan reservas y dudas ante una solución de ese tipo. A una diarista le parece que esa es la solución adecuada, pero su subconsciente le da escapatorias para retrasarlo: «Tengo intención de destruir los cuadernos, aunque reconozco que siempre se me olvida llevarlos a un lugar en el que haya una buena chimenea» (Testimonio 22). No sería la única ni la primera que se arrepintiese de la destrucción, como nos confiesa una de nuestras corresponsales, que destruyó sus cuadernos adolescentes, porque no quería parecer demasiado pudorosa ni ridícula: «Hoy estoy muy arrepentida» (Testimonio 31). Algunos tienen una respuesta negativa concluyente con respecto a la posible destrucción de su diario: «Nunca» (Testimonio 4); «Ni en mi peor pesadilla» (Testimonio 6).

Lo que se detecta en algunos testimonios es que, con el paso del tiempo y los años, las ideas, con respecto a la suerte futura del diario, pueden cambiar. Así razona la diarista que ha visto cómo ha cambiado su postura con respecto a este asunto:

> … pensaba que, si algún día hubiera un incendio, lo primero que salvaría sería esa caja [de los diarios]. Como si la destrucción de esos cuadernos pudiera suponer también la destrucción de mi pasado y, en definitiva, de parte de mi persona. Hace algún tiempo, sin embargo, que su posesión me parece un lastre del que me gustaría liberarme. Pienso que si yo desapareciera esos

> papeles no interesarían a nadie y, al mismo tiempo, podrían constituir una herencia incómoda. Esto me ha hecho plantearme por primera vez la idea de destruirlos. Esta idea además no me resulta en absoluto dolorosa (cosa inimaginable hace unos años) (Testimonio 1).

En otras ocasiones, como hemos visto a propósito de los diarios adolescentes, la destrucción es parcial o arrebatada por algún episodio o conflicto sobrevenido con el diario, cuando todavía se escribe, pero no suele afectar a la destrucción total del diario.

Entre los testimonios recogidos hay solamente una diarista que escribe con la previsión de destruir los cuadernos de manera regular y programada. Tan pronto como el cuaderno está completo, lo relee entero y, entonces, procede a romperlo con sus manos en pequeños pedazos, lo más pequeño que puede, para que nadie pueda leerlos:

> Cuando termino un cuaderno lo leo, después lo rompo en pedacitos y estreno otro. No los corrijo, salvo algunos tachones sobre la marcha, no me preocupa el estilo porque no lo tengo. Aclaro que carezco de toda vocación literaria [...]. No es que esos cuadernos me den igual, es sólo que le doy la importancia justa. No quiero sobrevalorarlos. Cuando los rompo ya han cumplido su función, no les pido más, me han acompañado durante una temporada y luego desaparecen como también ha desaparecido el tiempo que reflejaban. Ya sé que la memoria es olvidadiza y nos juega malas pasadas, pero no creo que la vida pueda apresarse en las páginas de un diario (Testimonio 12).

Con respecto a la posible publicación, la postura de nuestros diaristas es, como era previsible, completamente opuesta a la de los escritores, que los escriben de manera mayoritaria para que sean publicados. Solamente dos de nuestros diaristas admiten que accederían a publicar algunas páginas de sus diarios, nunca completos (véanse Testimonios 9 y 11). Pero en general, rechazan la idea de la publicación por considerarla contradictoria e inapropiada. A uno de nuestros corresponsales la idea de publicar un diario íntimo no le convence: «Publicar un diario íntimo parece casi una paradoja. Sacarlo de su ámbito natural» (Testimonio 23). Otro ve imposible y contradictorio llevar un diario con la previsión de publicarlo: «No tengo ninguna tentación ni proyecto de publicarlo. Si así fuese, escribiría mucho más envarado, con más prejuicios, con mayor afán estilístico y eso haría que mi condición de diarista perdiese la función liberadora que para mí tiene» (Testimonio 7). Por lo tanto, esta opción de la publicación de los diarios de las personas corrientes queda descartada por los mismos diaristas.

Al final de este recorrido por los diarios íntimos de la gente corriente, un sentimiento contradictorio me embarga, pues si bien estoy convencido del valor de estos diarios como testimonios humanos, únicos e irremplazables, para conocer la vida cotidiana y la identidad de la gente corriente en el final del siglo XX, también sé que de no mediar algún milagro no se librarán con toda probabilidad del olvido o pérdida, cuando no de su lamentable desaparición. Quede esta *biografía* de los diarios íntimos y los testimonios de las personas corrientes, recogidos a continuación, como el intento voluntarioso de salvarlos de su desaparición o destrucción total.

3. Testimonios del diario íntimo

3.1. TREINTA Y DOS DIARISTAS Y SUS DIARIOS ÍNTIMOS

Se recogen aquí una selección de los testimonios epistolares de las mujeres y los hombres que contestaron a los llamamientos *lanzados* a través de dos revistas literarias: *Lateral* (enero 1998) y *¿Qué leer?* (abril 1998). En ellos fueron emplazados a contar su experiencia como diaristas, es decir, como escritores de diarios íntimos o personales. Son, por tanto, textos pedidos por mí para conocer el desarrollo en España y las características de esta escritura desconocida y secreta por definición. Todos los que respondieron lo hicieron libre y generosamente. Sacadas de su contexto y de sus límites, estas cartas quizá digan muy poco; incluso, a alguien descuidado le podrían decir lo contrario de lo que pretenden. Por esto, creo que, para presentarlas en los términos justos, es necesario explicar el proyecto en el que se insertan.

Los testimonios, que publico con la autorización de sus autores, de forma anónima y con indicación de género, profesión y edad, son una selección de los recibidos, y en su caso, como ya dije, incorporo también fragmentos de sus diarios. Algunos de mis corresponsales, con una generosidad excepcional, me remitieron junto con sus testimonios epistolares, fragmentos de sus diarios o cuadernos enteros, a veces fotocopiados, sin yo pedirlos; otros me ofrecieron los originales. Después, me atreví a pedirlos yo, cuando entendí que eran importantes para los testimonios, y en la mayoría de los casos los recibí. En otros, sufrí alguna decepción, como se podrá leer en el testimonio de la corresponsal 6. Por tanto, he incluido entradas del diario cuando ha sido posible. Aun a riesgo de fragmentar la unidad y de segmentar

el continuo que forma un diario, y de dar tal vez una idea parcial o equivocada de este, me he decidido a incluirlos, persuadido de que es mejor aportar algo que *autentifique* o haga real el testimonio aportado por el diarista. Aunque solo sean un grano de arena, los fragmentos presentados tratan de salvar la susodicha limitación de estudiar unos textos sin haberlos leído.

Lo ideal habría sido publicar todos los testimonios recibidos, pero el número de las respuestas me desbordó, obligándome a incluir solo un tercio. El criterio de la selección ha sido múltiple: variedad, representatividad, exhaustividad y riqueza de matices del testimonio. No los he seleccionado porque los considere ni mejores ni más importantes que el resto: todos son un exponente cualificado de las múltiples y variadas formas que pueden revestir los diarios íntimos.

Las cartas se publican tal y como sus respectivos autores las escribieron, salvo la supresión de los encabezamientos. Cada una fue contestada y, en su caso, interrogada, dando lugar a una segunda y hasta una tercera y cuarta, que matizaba o ampliaba las precedentes.

1. Mujer, profesora, 46 años

PRIMERA CARTA

Desde pequeña me ha gustado escribir. Recuerdo haber escrito mi primera *novela* (un cuaderno entero con muchos capítulos) a los diez años. Sin embargo, no escribí mi primer diario hasta los catorce. Ahora no sé por qué, después de haber escrito tantos relatos ficticios, esperé tanto tiempo para empezar a escribir sobre mí misma.

El día que cumplí catorce años mis amigas me regalaron el *cuaderno mágico* que aún conservo: pastas verdes con las letras incrustadas en oro, *mi diario,* también las páginas tenían el canto dorado y dorados eran también el candado y la llave.

Ese mismo día empecé a escribir «lo que tanto había deseado» (así lo digo en la primera página), como si no hubiera podido escribir antes en cuaderno cualquiera, como si hubiera esperado durante mucho tiempo a que alguien me regalara el único formato posible, como si ese tipo de escritura tuviera que ir forzosamente ligada a la magia del candado, de la llave y del título dorado *mi diario*.

Escribía en él cada noche, generalmente antes de acostarme y no necesitaba estar sola para hacerlo, escribía delante de mis padres o de mis hermanos —ninguno de los cuales llevó nunca un diario—, e incluso anotaba los comentarios que hacían

al respecto. Llevar diario hacía sentirme superior, como si estuviera en posesión de un tesoro inaccesible a los demás, una caja de sorpresas y secretos guardados celosamente con llave y de cuya posesión me gustaba presumir. Lo que encerraba el cuaderno era secreto, pero no su tenencia ni su uso. Me pregunto si no había en mí un cierto sentido exhibicionista.

Este primer cuaderno es el más *descriptivo* de los que conservo. Escribía sobre lo que hacía cada día, mi familia, el colegio, las clases, pero sobre todo de mis amigas y de *los chicos*. Supongo que estaba influida por los libros de Martín Vigil, que entonces leíamos, y por los famosos *Diario de Ana M.ª* y *Diario de Daniel*. Y también por algunos diarios de *chicas modelo* que nos daban a leer las monjas durante los Ejercicios Espirituales.

A veces describía situaciones muy minuciosamente, incluso reproducía conversaciones enteras. Con frecuencia adquirían un tono religioso y eran realmente cartas a Jesús o María donde les contaba todo lo que hacía y les pedía consejo o me justificaba...

Compartía mi afición a la lectura, a la escritura y al diario con una amiga íntima. A veces me dirigía a ella y le decía cosas que no me atrevía a decirle personalmente. Un día, en un rasgo de exaltación de la amistad, nos intercambiamos los diarios. Fue una experiencia maravillosa, lloramos, reímos leyéndolos (cada una el contrario), y luego cada una escribió en el diario de la otra su comentario personal, lo que habíamos sentido al leerlo... Fue como haber puesto un sello de oro a nuestra amistad, que entonces nos parecía única e irrepetible.

Cuando se acabaron las páginas, seguí escribiendo en hojas sueltas y numeradas que guardaba en el mismo cuaderno, siempre bajo llave, hasta que no cupieron más.

Seguí después en un cuaderno normal, de espiral. No recuerdo donde lo guardaba pero sé que nunca tuve un *celo* excesivo. Supongo que no quería que nadie lo leyese pero esta circunstancia no me preocupaba demasiado.

Hasta los diecisiete años, final de primero de facultad, seguí escribiendo de manera bastante regular y continua, pero el contenido iba cambiando. Cada vez hablaba menos de los *hechos* y más de los *sentimientos*. Expresaba mis reacciones ante ciertos acontecimientos que no contaba en absoluto, de tal manera que si una persona extraña hubiera tenido acceso a esos papeles habría pensado que estaban escritos a propósito para burlarme de la curiosidad del lector. Para mí, en cambio, eran transparentes y aún hoy cuando los releo me evocan un montón de

situaciones a las que sólo se hace vaga referencia. Mis temas favoritos eran entonces mis dudas religiosas y mi papel en la vida, en la familia, entre mis amistades, en la Universidad...

A partir de los dieciocho años dejé de tener el cuaderno tradicional en el que vas escribiendo de una manera ordenada una página tras otra.

Seguí escribiendo primero en un cuaderno, pero ya sin orden (un día una página del final, otro en medio, otro al principio...). Mezclados con otros escritos, pero ¡eso sí!, siempre fechados, lo que me permite, a pesar del desorden, establecer una secuencia cronológica, luego, en folios sueltos, guardados aquí y allá y escritos de manera discontinua. A este periodo corresponden algunos escritos que hacen referencia a vivencias emocionales muy fuertes: la muerte de mi padre, mi *abandono* de la religión que viví de una manera agónica y unamuniana, mi entrada en el mundo laboral...

Poco a poco los escritos se hicieron cada vez más esporádicos, de manera que durante cuatro o cinco años no puedo hablar de un verdadero diario, sino más bien de escritos aislados, sin ninguna conexión entre sí y de largos periodos de silencio absoluto que no correspondían a periodos de monotonía vital, más bien al contrario, fueron años muy intensos, quizás los que ocuparía la parte más larga de una supuesta biografía y, sin embargo, no sé por qué no sentí la necesidad de escribir.

A los 28 años recuperé el viejo hábito, esta vez en folios fechados y seguidos que guardaba en una carpeta azul. El protagonismo le correspondía ahora a las ciudades y paisajes visitados y vividos, a la familia (sobre todo mi madre que quizás sea uno de los personajes más asiduos en mis escritos), a la emoción producida por algún espectáculo, una música, una película... a los sentimientos provocados por mis relaciones con los demás...

Aún sigo con la misma carpeta azul y con los folios numerados. En estos quince años apenas habré escrito ciento cincuenta folios y sobre todo en los últimos tiempos de manera muy, muy esporádica y muy irregular; un día puedo escribir dos folios y otro en cambio sólo una línea.

Durante mi trayectoria diarística no ha existido nunca por mi parte una voluntad de seleccionar temas y, sin embargo, hay parcelas y personas de mi vida que apenas aparecen en estos papeles. Uno de esos temas curiosamente es el trabajo, a pesar de que siempre ha ocupado un espacio muy importante en mi vida hasta llegar a resultarme a veces terriblemente absorbente. Quizás sea debido a que es mi faceta más pública, menos íntima, quizás, no sé...

En cuanto al grado de *secretismo* que acompaña a los diarios, en mi caso nunca ha sido absoluto. Después de aquella experiencia de mi adolescencia en que le dejé mi primer diario a mi mejor amiga, ha habido otras ocasiones en que he dejado leer ciertas partes a personas allegadas a mí, e incluso no me ha molestado demasiado que lo hayan leído sin yo saberlo (cosa que alguna vez ha sucedido). En esto no me identifico en absoluto con los diaristas que consideran la violación de sus secretos como una agresión imperdonable. Lo que sí me molesta son las malas interpretaciones (cosa que también me ha sucedido, dando lugar a desagradables malentendidos). Cuando una persona que lee un diario está en una onda de sensibilidad muy alejada de la del autor (cosa que no tiene nada que ver con el mayor o menor grado de cercanía afectiva), se pueden dar extrañas situaciones de incomprensión o lo que es más grave de burla o menosprecio que pueden resultar incluso ofensivas. Este tipo de situaciones, o mejor este tipo de lector es el que yo trataría de evitar a toda costa.

En los últimos tiempos mi relación con el diario ha acabado. Aún escribo de vez en cuando sobre mí, pero mi diario se mezcla con el de mi hija. No soy partidaria de los vídeos infantiles y, sin embargo, me gustaría apresar para siempre ciertas frases, ciertas conversaciones suyas en su inicio del descubrimiento del mundo y por eso, no sólo escribo mis palabras sino también las suyas, por miedo a que se me olviden y se pierdan para siempre.

No sólo ha cambiado con el tiempo mi relación con el diario sino también su valor. Durante muchos años he conservado mis primeros diarios en una caja de zapatos que me ha acompañado en mis desplazamientos de ciudad o en los cambios de casa. Con frecuencia pensaba que, si algún día hubiera un incendio, lo primero que salvaría sería esa caja. Como si la destrucción de esos cuadernos pudiera suponer también la destrucción de mi pasado y en definitiva de parte de mi persona. Hace algún tiempo, sin embargo, que su posesión me parece un lastre del que me gustaría liberarme. Pienso que si yo desapareciera esos papeles no interesarían a nadie y al mismo tiempo podrían constituir una herencia incómoda. Esto me ha hecho plantearme por primera vez la idea de destruirlos. Esta idea además no me resulta en absoluto dolorosa (cosa inimaginable hace unos años), y sólo lamento la pérdida de unas cuantas páginas, no por lo que dicen sino por cómo lo dicen. Es decir, si ahora tuviera que hacer una selección y salvar sólo una parte de mis diarios no salvaría las referencias a los momentos más intensos ni a las vivencias más gratas, sino las páginas mejor escritas. Es como si ahora, a treinta años de sus inicios, mis diarios me parecieran solamente un larguísimo ejercicio de redacción.

Y recapitulando, por primera vez en mi vida, sobre la relación que durante tantos años hemos mantenido mi diario y yo, tengo que confesar que a veces he actuado de censora. A lo largo de todos estos años he releído con frecuencia mis diarios anteriores y, a veces, he tachado frases, a veces (muy pocas, muchas menos de las que en realidad me hubiera apetecido), he arrancado páginas enteras. Lo que nunca he hecho, en cambio, a pesar de las ganas, es modificar el texto escrito. Siento una gran repulsa por todas las partes que están mal escritas o por todo lo que tiene un marcado tono melodramático, pero como he dicho anteriormente, no he destruido apenas nada y no he retocado nada en absoluto, ni siquiera esas partes que detesto tanto.

Recuerdo también una anécdota curiosa relacionada con el diario. En numerosas ocasiones (principalmente antes de un viaje, de una operación... o cualquiera otra situación que entrañase un cierto riesgo) releía la última página del diario y la releía como si fueran las últimas palabras de mi vida. Si ese final no me gustaba (porque daba una imagen demasiado pesimista de mí, por ejemplo, o porque hablaba mal de alguien a quien yo en el fondo apreciaba, etc.), no lo tachaba ni lo cambiaba, pero sí escribía algo más, algo que sin ser falso a mí me gustara como final. Siempre he sido consciente de que las últimas palabras escritas un día cualquiera adquirirían un enorme valor en el caso de que fueran definitivamente las últimas. Me angustiaba la idea de que me ocurriera algo y de que algún ser querido se quedara con un mal sabor de boca por leer unas declaraciones que podían ser simplemente fruto de un mal momento. ¿Se le puede llamar a esto manipulación? (Atención, manipulación, no mentira). Es probable, pero el diario no es más que una cara de la vida y ¿no manipulamos constantemente nuestras vidas?, pues yo también, a veces he manipulado mi diario, que es algo a lo que todo diarista tiene derecho.

¿Qué más puedo decir? No sé cuál será el futuro de mis diarios, quizás sean destruidos, quizás no. El hecho de haber podido colaborar en este trabajo de investigación aportando mi pequeño grano de arena ha servido para concederles un poquito de atención y para que recuperen ante mis ojos un poco del valor que habían perdido últimamente.

SEGUNDA CARTA

¿Por qué se escribe un diario? ¿Para qué se escribe un diario? Supongo que nadie se plantea estas cosas a la hora de iniciarlo, yo al menos no me las planteé y sólo he empezado a hacerme este tipo de preguntas justo cuando he empezado a cuestionarme su valor y a acariciar la idea de abandonarlo y destruirlo. Seguramente la misma idea de abandono y destrucción puedan deberse a la falta de respuesta a estas preguntas.

En la primera página de mi primer diario tengo escrito literalmente: «Este cuaderno será mi compañero íntimo, mi refugio. Ahora, recién cumplidos los catorce años, me dispongo a empezar este diario que quizás algún día sea leído por alguien que no sea yo».

Y quizás así sucede siempre. Se busca un desahogo en la escritura, un amigo íntimo a quien confiarse plenamente y por otro lado se alimenta la idea de que esos escritos no van a estar siempre en el fondo de un cajón. Desde luego lo que si tengo claro es que el hecho de escribir y guardar está estrechamente ligado a la lectura. Lectura con todas sus variantes: alguna persona en especial conocida o por conocer, tus allegados después de tu muerte (intencionada o casualmente), distintas personas sin determinar, o simplemente tú mismo en el futuro. Si el diario fuera sólo un desahogo y uno quisiera realmente que nunca lo leyera nadie, rompería lo escrito inmediatamente y así se evitaría la angustia de su ocultación.

En mi caso supongo que esas tres ideas estaban implícitas en un principio. Nunca pensé en ningún destinatario concreto, pero es evidente que pensaba que lo leería alguien alguna vez.

En cuanto a su lectura después de mi muerte la idea es algo más compleja y enseguida dejó de atraerme. No, no escribo en absoluto para dejar una buena imagen de mí. Yo siempre me he sentido una persona muy afortunada en ese sentido y creo que las personas que he conocido y tratado tienen una imagen de mí mucho mejor que la que yo misma pueda tener. Por otra parte, quizás en el diario he mostrado mi parte más débil, más oscura, así que más que favorecerme su lectura lo que haría sería empañar esa imagen. Si alguna vez he manipulado el diario pensando en la muerte (que sí que lo he hecho), ha sido por ejemplo al hablar de terceras personas. Si he dicho de alguien que es un imbécil y yo sé que eso ha sido producto de un arrebato, ante la idea de la muerte necesito corregirlo escribiendo algo positivo sobre esa persona. Si, por ejemplo, lo último que he escrito es «quisiera morirme», necesito hacer después una exaltación de la vida para que nadie piense que eso realmente es lo que estaba deseando o se culpen de algo.... Esto es justo lo contrario de lo que me gustaba en mi adolescencia, cuando una frase del tipo «nadie me entiende, quisiera morir», me hubiera parecido la más adecuada para el final de un diario bruscamente interrumpido.

Es verdad que la muerte está muy presente en mis escritos pero es que la idea de la muerte ha estado siempre muy presente en mi vida. Probablemente en algún momento de mi juventud haya pensado que mi diario sería leído después de mi desaparición pero no creo que eso haya condicionado nunca mi escritura, sólo la

he manipulado en ciertos momentos como decía anteriormente y más que nada para enmendar juicios negativos sobre la familia (que suponía como únicos lectores posibles) o minimizando mis angustias.

¿Mi hija como heredera? No me atrae mucho la idea, pues no estoy segura de si esta herencia sería un regalo o una carga. Releyendo diarios antiguos me he encontrado con estas notas de mi segundo cuaderno (cuando aún no había cumplido quince años): «Mamá y papá ayer me dijeron que los diarios, cuando pasa cierto tiempo, terminan destrozados. Yo les dije que los míos los pensaba conservar. Se echaron a reír. No me importa lo que piensen, a mí me gustaría haber leído sus diarios. Cuando yo tenga una hija (curioso, escribí "una hija") se los dejaré leer a ella».

Ahora en cambio no estoy muy segura de desearlo. Cuando ella era más pequeña me obsesionaba el hecho de que me ocurriera algo y ella no tuviera ningún recuerdo mío. Y pensaba escribir, escribir mucho para ella, decirle por escrito y de antemano todo lo que me hubiera gustado decirle de palabra durante una vida juntas. Pero era consciente de que *eso* no podía ser mi diario, *eso* era otra cosa.

De manera paralela quería anotar sus progresos, sus ocurrencias, sus primeras reflexiones, sus enfados... así, tal cual, sin comentarios. Rellenar un cuaderno para regalárselo después: «Así eras...», pero no hice ni lo uno ni lo otro. Mientras tanto, a la espera de escribir ese cuaderno y para que las cosas no se me olviden, las voy anotando en el mío. Pero todas esas anotaciones no son en realidad mi diario sino el suyo aunque físicamente se mezclen en el mismo papel.

En cualquier caso ella, aunque sea lo más importante de mi vida, no es el personaje central de mis escritos. El protagonista total y absoluto del diario soy yo. Yo y mis emociones y mis sentimientos. Yo y mi relación con ella, y con mi marido, y con mi familia, y con mis amigos... Yo y mis lecturas, y mis películas, y mis paisajes... Yo y mis miedos, y mis angustias... No pienso que esto sea ninguna originalidad. A mi modo de ver la característica que tienen en común todos los diarios es precisamente el protagonismo del autor. Por eso se les ha tachado siempre de egoístas y narcisistas, pero yo no creo que sean ni lo uno ni lo otro. Realmente el protagonista absoluto de nuestras vidas somos nosotros mismos y es normal que eso se refleje en un diario íntimo. El tono sería distinto en el caso de un diario escrito para ser publicado o para que alguien en concreto lo leyera. Estoy segura de que si yo hubiera tenido un destinatario determinado, por ejemplo mi hija, mis escritos hubieran sido totalmente diferentes.

En cuanto al carácter más o menos secreto del diario, no es cierto que para mí sea una cosa abierta, cuya lectura está al alcance de cualquiera. Mi primer diario

tenía candado y yo lo mantuve siempre cerrado con llave. Los otros, no. Nunca oculté que lo escribía, pero nunca se lo dejé leer a nadie de mi familia. Después del intercambio de diarios con mi amiga íntima en la adolescencia —cosa que sucedió de manera espontánea y sin haberlo previsto— no volví a dejar leer ninguno de mis escritos, pero no me recuerdo buscando extraños escondites. Probablemente los guardaría en el cajón de la mesilla y pensaría que nadie iba a leerlos sin obsesionarme por esa posibilidad.

En la segunda parte de mi diario, que comencé ya en la madurez, sólo una vez lo dejé leer así, al completo, como prueba máxima de amistad. Esta vez la respuesta no fue la esperada, sentí que me había equivocado y nunca más se los *ofrecí* a nadie. He leído cosas puntuales a ciertos amigos, he copiado algunas páginas que he enviado por correo, y poco más. Lo que sí es verdad es que no me identifico con esas personas a las que les supondría un trauma la violación de su diario. Conozco gente que confiesa no haberlo escrito, a pesar de que le hubiera encantado, por miedo a que se lo leyeran. Ese miedo yo no lo he sentido nunca. Claro que existe un cierto pudor, pero mis mayores reservas a la hora de dejarlo leer son principalmente las referencias a otras personas que aparecen en mi diario sin haberles pedido permiso para ello.

En cuanto a la frecuencia de los escritos es muy irregular. En los comienzos de las dos etapas (a los 14 y a los 28 años) escribía casi a diario, luego ha habido periodos largos de silencio absoluto, ocasiones en las que escribía dos o tres veces al mes y otras en las que sólo escribía una vez al año, días en que escribía tres folios seguidos y días en los que sólo escribía una frase.

Durante el periodo en que el diario se interrumpió (aproximadamente de los 23 a los 28 años) yo seguí escribiendo escritos aislados que guardaba aquí y allá y con una periodicidad muy irregular pero no mayor ni más escasa que en los últimos tiempos. ¿Por qué entonces considero que aquello no era un diario y esto de ahora sí? Quizás es por la forma. Entonces eran papeles aislados y ahora en cambio forman parte de una cadena numerada y guardada en un mismo sitio. Yo sé que *el diario* es eso, la carpeta azul, y lo releo con frecuencia y hasta los silencios forman parte del diario y pueden tener su significado. A esto también hago referencia varias veces en mis escritos: «Yo no sé a qué se deben estos silencios tan prolongados, este miedo a extenderme en un papel, o quizás simplemente no quiera saberlo... no quiero escribir para no encontrarme y ando escondiéndome de mí misma, disimulando...». «Me traiciono a mí misma cuando me alejo de los papeles, es como si cortara los hilos que me unen a mi *yo* más profundo y me dejara arrastrar por el viento alejada de mis raíces».

Supongo que si he llevado diario ha sido principalmente porque me gustaba escribir y también como desahogo, pero curiosamente los periodos más intensos de escritura coinciden con periodos de una gran comunicación íntima. No venían a llenar ningún vacío sino a colmar un espacio que ya estaba lleno. Así durante años alterné la escritura del diario con frecuentes cartas larguísimas y mucho más explícitas que el diario mismo.

Últimamente la verdad es que casi me fuerzo a escribir, aunque sea muy poco, como si lo único que pretendiera es no cortar el hilo. «La escritura además ha perdido para mí ese sentido catártico que antes tenía, así que estos papeles que de vez en cuando aún me esfuerzo en escribir no sirven para nada, ni siquiera para desahogo». Esto lo escribí no hace mucho tiempo. Y es verdad. En numerosas ocasiones mis escritos comenzaban: «Necesito escribir». Y realmente era una necesidad el poner por escrito mi estado anímico, el plasmar sobre todo las situaciones extremas de júbilo o desánimo, alternándose tanto los momentos positivos como los negativos. Hay etapas en las que la balanza está bastante equilibrada y otras en cambio en que hay un claro predominio de lo negativo, periodos en que silenciaba todo lo propicio y sólo escribía en los momentos difíciles y era quizás en estos momentos cuando más me extendía en la escritura.

Luego dejé de necesitarlo (o me negué a necesitarlo), no lo sé, y caí en un círculo vicioso. Cuanto menos escribía, más me costaba escribir. Encontrar las palabras para expresarme me suponía un esfuerzo que me negaba a hacer y por eso creo que ahora sólo escribo para mantenerlo abierto, en espera de tomar una decisión sobre su continuidad.

Y siguiendo con este análisis de los distintos aspectos del diario, quizás ha supuesto para mí un entrenamiento literario, un sustituto de mi vocación frustrada de escritora, pero en ellos no hay nada de ficción; de eso sí estoy segura. Nada en absoluto.

En cuanto a mi papel de lectora de mi propio diario debo hacer una distinción: los de mi primera etapa (adolescencia y juventud) apenas los releo ya y me cuesta mucho reconocerme en ellos. Creo que evito releerlos para evitar al mismo tiempo la tentación de romperlos. El de la segunda etapa, ese cuyo hilo no se ha cortado desde hace diecisiete años, lo releo con frecuencia y me gusta hacerlo y me reconozco absolutamente en todas sus páginas, aunque haya montones de imágenes distintas de mí misma. A veces paso horas y horas leyendo y al final me queda una sensación de cierto desasosiego, la sensación de haber perdido el tiempo en mi propia contemplación en vez de emplearlo en otros asuntos.

Supongo que podría decir muchas más cosas de mi diario pero no me resulta fácil hacerlo. Todo lo que he escrito me supone un gran esfuerzo mental, pues no es nada sencillo sacar conclusiones de algo que tiene tantísimos matices y que ha atravesado por etapas muy diversas. Incluso tengo que hacer un continuo esfuerzo de contención para quedarme en el análisis y no pasar al psicoanálisis ya que la frontera a veces no está demasiado clara.

2. Mujer, economista, 52 años

CARTA

He leído en la revista *¿Qué leer?* su petición de colaboración en la investigación sobre la práctica de los diarios, y he decidido prestarle la mía. Soy una de esas *personas anónimas* que, desde hace cinco años, practica la escritura del diario. Voy a facilitarle la *biografía* del mío, según los datos que pide en su nota, pero sepa que no tengo inconveniente en darle cualquier otra información que necesite para completar su investigación.

En primer lugar, le diré que yo no le llamo diario, no me gusta, para mí es un *cuaderno de confidencias*. Por ello desde ahora en adelante me referiré a ellos (son varios) como *cuadernos*. Una característica de mis cuadernos es que son pequeños, del tipo bloc. Intenté escribir en un tamaño mayor, pero me resultaba incómodo, no me habituaba. Quizá sea debido a que el cuaderno en uso viaja conmigo. Por ello en mis cuadernos hay páginas escritas en un hotel de Madrid, Lisboa o Estocolmo. Siempre escribo por la noche, sentada en la cama. Son pocas las veces que he escrito durante el día. Suelo iniciar la escritura indicando fecha y día de la semana.

La práctica de escribir coincide con determinadas etapas de mi vida. Son situaciones que siento que han de permanecer vivas en el recuerdo, en mi recuerdo. Que no quiero condenarlas al olvido, que deseo tenerlas siempre presentes.

Hace treinta años ya inicié un cuaderno que, años después, destruí. Era muy joven, y me tocó vivir una amarga experiencia, el suicidio de un hombre con el que había iniciado una relación sentimental. El cuaderno recogió la amargura de aquellos días. Era mi confidente. Tenía el cariño de mi familia, eso me ayudó a superarlo, pero mi desahogo era escribir, no para relatar lo acontecido, sino para expresar el sentimiento, la desesperación que me embargaba y que era incapaz de contar a nadie. Al cabo de unos años, destruí aquel cuaderno. Quizás intentaba eliminar del recuerdo el testimonio escrito de una etapa de mi vida nada agradable de recordar.

Ese es el denominador común de mis cuadernos: el *desahogo interior*, expresar mediante la escritura lo que soy incapaz de contar a las personas que me rodean. Y le diré algo, escribirle y poder hablarle de mis cuadernos es gratificante para mí. Nadie conoce su existencia.

Durante los últimos 25 años, si bien han ocurrido muchos e importantes acontecimientos, por ejemplo la muerte de mi padre, que marcó el actual rumbo de mi vida, ninguna de ellas provocó esa necesidad interna de escribir. Creo que esto puede ayudarle a establecer la razón de mis diarios.

Como le decía, hace seis años volví a la confidencia escrita. Con 46 años, me veo en la siguiente situación: éxito profesional, una familia y un entorno que me acoge (mi madre, mis hermanos, mis compañeros de trabajo), me siento querida, en fin, una mujer privilegiada. Pero hay un gran vacío afectivo en mí, en mi condición de mujer. (Relaciones sentimentales pasadas no dejaron huella en mí, creo que más bien fueron espejismos, nunca me enamoré). Y no puedo sustraerme a la melancolía de ver pasar el tiempo sin haber encontrado esa persona que nos complementa. No me preocupa la soltería, me siento cómoda en ella. El vacío lo siento en el terreno de los afectos, no en el estado civil.

En 1993 experimento otro *espejismo,* empiezo a sentirme atraída por un hombre, y comienzo a escribir. Necesito escribir. El motivo es la imposibilidad de esa relación, bajo los esquemas de mi entorno, él es diecisiete años menor que yo. La realidad es que había cariño, pero no enamoramiento. Este espejismo dura un par de años (1993 y 1994), y durante ese periodo relleno unos cuatro cuadernos. Esos cuatro cuadernos decidí destruirlos un día de 1997, instalada en la situación sentimental actual, porque no aportaban nada sustancial. Nada de lo contenido en ellos tenía entidad suficiente para permanecer en el recuerdo escrito. La destrucción de los cuadernos tiene como misión borrar el recuerdo que no me interesa.

No escribo diariamente. Sólo cuando necesito expresar el cúmulo de emociones y sentimientos que se dan en mí. Normalmente mi necesidad de escribir coincide con momentos de profunda tristeza y melancolía, pero también los momentos de exaltación me impelen a escribir. En mis cuadernos no suele haber momentos emocionales estables, quizá algunos, pero pocos.

Tengo que dejar claro que todo lo escrito es consecuencia de cosas que me han ocurrido, de vivencias reales, pero no es el acontecimiento en sí lo que inspira la escritura, sino la reacción que provoca en mí, emocionalmente hablando. Por ello a veces escribo varios días seguidos y otras pasan varias semanas sin hacerlo. No hay una frecuencia sistemática.

Escribir me hace reflexionar, es una especie de círculo: escribo para poder *comunicar* las emociones acumuladas, y a la vez que voy escribiendo voy reflexionando sobre la situación planteada. Es algo así como «reflexionar mientras escribo y escribir para poder reflexionar.»

En 1996 se produce en mi vida un hecho que entonces no identifiqué y hoy sé que era una premonición. Un psicólogo llamaría quizá a esto una premonición *autorrealizada*. Este hecho es la existencia de un hombre, al que conocía hacía unos siete años y con el que mantenía una relación profesional superficial. Un hecho circunstancial hace que tengamos que relacionarnos más asiduamente. Esta relación trasciende del ámbito profesional al personal. Y este hombre y nuestra relación se convierten en el eje de mis cuadernos actuales. En ellos se recoge la evolución de la relación que pasa de la frialdad de los números a la calidez de los sentimientos. Los cuadernos empiezan describiendo mi propia sorpresa al ver cómo se va desarrollando la situación. Recogen vivencias no experimentadas a los veinte años que vivo cruzando la frontera de los cincuenta. Como podrá imaginar no se trata de una relación convencional, tranquila, sin problemas. Posee todos los ingredientes transgresores necesarios para llevarme a tener por confidente a un cuaderno.

En esta etapa, entre 1995 a 1998, he escrito 11 cuadernos de tamaño pequeño. Cuando inicio un nuevo cuaderno, siempre escribo lo mismo: «Inicio nuevo cuaderno el n.º... ¿Qué haré con ellos? ¿Destruirlos? ¿Conservarlos?» Así que ya ve, ni yo misma sé lo que haré.

Suelo releer los cuadernos, sobre todo para comparar situaciones vividas en fechas similares, por ejemplo, comparar la navidad de 1995 con la de 1996 o 1997, pero no suelo hacer correcciones, quizá una coma, un acento, cosas de ese tipo, no de contenido.

Disculpe si me he excedido escribiendo, pero creo que con el historial que he hecho de mi hábito de escribir, he contestado a todas sus preguntas sobre el comienzo, duración, frecuencia, soporte, función, etc. Ya le he dicho que no tengo inconveniente en contestar a cualquier otra pregunta que desee hacerme sobre el tema, incluso estoy dispuesta a enviarle fotocopia de alguna página si es que quiere hacerse una idea más exacta de su contenido.

FRAGMENTOS DEL DIARIO

Domingo 31 de marzo 1996
Acaba el mes. Empiezo un nuevo cuaderno de confidencias, el n.º 4, y siempre la misma pregunta: ¿qué haré con ellos? ¿Quemarlos? ¿Cuándo?

Pero algo en mi interior me dice que NO. Algo en mi interior me dice que debo guardarlos, conservarlos para el después. Que, de alguna manera, me deben sobrevivir. Que si ahora no es el momento, un día, no sé cuándo, alguien deberá conocer esta historia. Alguien deberá conocer cómo he querido, cómo quiero, a JM.

En su última carta escribía: «M. mi amiga, mi amante...». Y tiene razón, amante es el que ama, y yo le amo, luego soy su amante. Este término que normalmente tiene un sentido peyorativo para la gente, dicho por él con relación a mí, tiene su auténtico sentido gramatical: AMANTE, EL QUE AMA.

Lunes 11 de abril, 1996
El martes fue festivo aquí. La calle estaba llena de gente, el ambiente era de alegría. Hizo un precioso día, brillante, con una temperatura ideal. El cielo tenía ese azul especial de los días primaverales. Todo a mi alrededor derrochaba luz, colorido y alegría, y yo me sentía sumida en la más profunda tristeza.

De mi mente no se iba ese párrafo que Shoko escribe en *La escopeta de caza:* «De los treinta colores que, al menos, tiene una caja de pinturas, hay uno que es el de la tristeza...». Es verdad, el martes yo sólo veía las cosas con el color de la tristeza. En mi mente comparaba mi situación con pasajes de la novela de Yasushi Inuoé. Me decía constantemente a mí misma: «esto es lo que yo he elegido.»

Recordaba el capítulo en el que Saiko relata un suceso de su infancia. Un día, en el colegio, estando en clase, una de las compañeras pasó un papel en el que había escrito dos frases. «¿Qué prefieres amar o ser amada?» Cada chica tenía que poner un círculo debajo de su preferencia. El papel pasó de mano en mano y todas pusieron su círculo debajo de la opción «ser amada». Sólo una de las chicas, en toda la clase, había elegido la opción de «amar». Era la menos agraciada, la más insignificante. Saiko recordaba el episodio con tristeza y envidia. Con el tiempo había comprendido que quizá en su vida debería haber optado por amar.

Me digo a mí misma: «Pero si yo he optado por amar, ¿por qué me tiene que embargar esta tristeza?» y es que resulta muy duro dar sin esperar nada a cambio... No debo ser tan generosa como creo. Todo esto ocupaba mi mente el martes.

Viernes 26 de junio de 1998
Empiezo nuevo cuaderno. No sé qué número hace, ya no importa, es accesorio. Si empiezo un cuaderno es porque sigo escribiendo, y si lo hago es porque tengo algo

que contar, que compartir con mi *confidente de papel*. Y eso es lo único importante. Lo demás no cuenta, es *accesorio literario*.

Ya es media noche. Sentada en mi cama escribo, y mientras mi cerebro envía *MENSAJES* a mis SENTIDOS: aún percibo el olor de JM; mis labios sienten su beso y en mi boca se diluye el sabor de la suya, mi cuerpo se estremece con las caricias de sus manos...

Martes 29 de diciembre de 1998
Ya estamos en la recta final. Dos días más y el año 98 se habrá ido, cual ráfaga de viento o quizá leve suspiro. Y sin embargo han pasado tantas cosas.

No tengo serenidad para pensar cómo ha pasado este año, pues siento físicamente la desagradable sensación de cómo los días han escapado de mis manos: como el agua entre los dedos, imposible de retener..., trescientos sesenta y cinco días, uno a uno, se han ido deslizando entre mis manos: como el agua entre los dedos, como el agua, gota a gota.

Gracias al Señor hoy puedo escribir instalada en la serenidad. Melancólica, eso sí. Nostálgica también, pero serena.

3. Hombre, peón, 35 años

PRIMERA CARTA
Yo soy un señor de la ciudad de X de toda la vida, de 35 años, y de total insignificancia social, que hace tiempo que no llevo diarios, pero como le sospecho curioso y a mí me entretiene muchísimo exhibir mis extravagancias por correo, le hago la historia de mi diario íntimo.

Comencé un diario íntimo, mecanografiado, en el verano de 1979, cuando tenía 16 años, que mantuve hasta 1983, eso quiere decir unos 4 años, al principio el diario era larguísimo y propio de un muchachuelo que pensaba que llegaría a ser escritor y que daba una gran importancia a sus propias tribulaciones. Escribía dos o tres veces por semana, más o menos, y solía releerlo para admirar la profundidad de mi pensamiento (creo que es evidente que el escribir diarios implica una cierta autoestima). Sin embargo, en mi diario no había mucho que contar porque yo era un colegial (y más tarde universitario fracasado) de vida muy morigerada. Veía la tele y escribía absurdas novelas de ciencia-ficción, no leía mucho por entonces (supongo que consideraba al resto de los autores, fuera de mí, poco interesantes).

En 1983 una catástrofe cambia el sentido de mi vida.

Diez años más tarde, tras otra catástrofe de índole privada, comienzo a llevar un humildísimo diario anual, como mero apoyo para precisar mis recuerdos, pues empiezo a ver que apenas si sé en qué se me ha pasado el tiempo. Mi diario personal consiste en una cuartilla en la que anoto lo que hice cada mes, lo cual no es mucho, el dinero que he podido ganar, si he ganado algo, y algún proyecto insignificante y alguna incidencia. Tres o cuatro líneas por mes más o menos, el año entero me cabe en una página.

En 1995, es decir, hace poco, tomo una iniciativa que quizá le interese. Comienzo a buscar *amistades por correspondencia,* como los adolescentes, girando en torno a comentarios sobre lectura y recepción y exposición de extravagancias (esta misma carta es un ejemplo). Uno de mis anuncios en busca de corresponsales decía: «he leído mil libros, me gusta leer y contar historias».

Hoy tengo cinco o seis corresponsales en diversos grados de asiduidad, los dos más antiguos sobrepasan ya los dos años. El tema viene al caso de los diarios porque hago copias de todas mis propias cartas, de forma que estas copias vienen a resultar hoy el equivalente a un diario personal (nunca olvido las fechas). En mis cartas hay confidencias personales ocasionales, aunque casi siempre en tono satírico, y referencias a sucesos de actualidad. Luego están mis extravagancias, las réplicas, comentarios sobre libros y mil y una ocurrencias. Asimismo, para satisfacer mi frustrada vocación de escritor, les cuento *folletones* por capítulos a mis corresponsales. Me resultan historias muy interesantes y hasta divertidas, aunque no sé si a mis corresponsales les gustan, me las aguantan en todo caso.

A algunos de mis corresponsales no les cuento ningún detalle de mi vida, centrándome en comentar cosas como mi interés por las ciencias físicas, mis críticas a la ecología o sobre si debemos o no alabar a las sociedades primitivas, y qué son. Cosas tipo revista *Muy Interesante*.

Tengo dos corresponsales que son muchachitas adolescentes, a quienes trato con absoluta delicadeza, entre Sócrates y Lewis Carroll, porque pienso que, a su edad, me hubiera gustado tener a un *tío* que me sugiriera cosas sobre los libros (como he leído en las novelas), además, así me siento importante y misterioso. Ahora mismo tengo un enorme montón de cartas y copias que agrupo en orden cronológico, así como mis folletones. También ahora estoy intentando escribir cuentos para concursitos (si saco uno le mandaré copia).

En resumen, mi colección de cartas suplanta ahora mi diario íntimo.

Pero como a Vd. le interesan más bien los diarios íntimos específicamente, le preciso que mi diario (1979-1983) tenía más de mil páginas, pero en los últimos tiempos mi interés decayó (tanto como mi autoestima, supongo). Lo enterré al tener que abandonar mi domicilio familiar para hacer la mili, luego lo recuperé (papel de aluminio y bolsas de plástico: ¡funcionó!) para acabar destruyéndolo. No lo echo de menos.

Para cualquier cosa que Vd. desee, curiosidad, lo que sea, escríbame. Ya sabe que me encanta recibir cartas.

SEGUNDA CARTA

Según usted, yo puedo pasarle información anecdótica sobre mis *tres diarios:* las cartas a mis *penfriends,* mi diario destruido de los años 1979-1983 y mis hojitas anuales que llevo desde el 1993. Olvidé mencionar que hay un *cuarto diario:* un diminuto bloc, que llevo desde el año 94 que hace referencia sobre todo a mi correspondencia. Esta es mi última anotación: «23-4-J a Venezuela, de profe, de Merche». En el margen abarcando aparentemente varios días la palabra *REED* que hace referencia al libro *México insurgente*, de J. Reed, que es el último libro que he leído.

«23-4-J» significa, naturalmente, Jueves, 23 de abril, lo demás se refiere a las personas a las que he enviado ese día una carta y aquéllos de quienes la he recibido. «Profe» es usted, sr. Alberca.

Pasando al resto de preguntas, intentaré ir punto por punto, y espero ser lo suficientemente detallado.

Autoestima y diario. Es cierto que muchos adolescentes gustan de dárselas de tremendos («la vida es una mierda», «soy un fracasado...»). Yo también lo era, pero sé que entonces, en el fondo, tenía una altísima idea de mí mismo. Cuando dejé de llevar diario, mi autoestima estaba por los suelos. Y ya no me engañaba a mí mismo poniéndome peor de lo que sabía que era. En estos momentos, siento una profunda autocompasión por mi persona. Mi autocompasión se expresa también en forma de simpatía. Me caigo simpático, me tengo cariño, pero ya no me admiro ni pienso que vaya a dar mucho de mí mismo. A una edad más madura supongo que es normal que uno se conozca mejor que cuando uno es un adolescente.

Creo que es evidente que por mucho que uno se *autofustigue* en sus diarios, no por ello deja de manifestar un profundo interés por su propia persona. A la persona a la que realmente se desprecia no se le hace caso.

«Afán literario y diario». Por un lado, todo aspirante a escritor considera sus detalles autobiográficos como de gran importancia, por lo tanto, si uno se ve a sí mismo como escritor, urge llevar un diario por el bien de la humanidad (je). Un diario ayuda también a los trabajos en curso. Yo hacía referencias a cómo llevaba mis novelones. Al destruir los novelones, la amplitud de las anotaciones en el diario aumentó proporcionalmente. Yo soñaba con ser famoso y editar mis remotos diarios de adolescente. Escribía para admirar mis pensamientos, eso tanto en novela como en los diarios.

«Temas». Me cuesta trabajo precisar, pero podían ser mis impresiones por el mundo que me rodeaba, lo que veía en la tele, mi vida escolar. Recuerdo que me extendía en pormenorizados juicios sobre cosas que apenas conocía, pues lo importante no eran las cosas, sino mis propios juicios. En realidad, en mi vida no pasaba casi nada, pero yo no parecía lamentarlo entonces. Trato de buscar un ejemplo: quizá una conversación *profunda* sobre la vida y el porvenir que mantuve con una muchacha muy inteligente a la que por entonces admiraba. Yo, a mis 18 años, me las daba de *desencantado* y ella, de *vitalista* o algo parecido. Mocoserías.

«Desgracia, felicidad y diario». La desgracia siempre me ha avergonzado y me ha quitado ganas de escribir. Volver a escribir sobre ello equivale a ser desgraciado de nuevo. La felicidad es el estado que más me motiva a expresarme, para solazarme con su recuerdo.

«La destrucción del diario». Enterré mi diario antes de irme al servicio militar. A la vuelta, lo destruí sin pena, porque no sentía aprecio ninguno por la persona reflejada en esos diarios, además no tenía ya dónde guardarlo. Hoy me resultaría simpático releerlo. El respeto por aquel adolescente pretencioso no ha aumentado, pero ya digo que siento simpatía por mí mismo, aunque no respeto ni aprecio.

«Memoria y olvido». No entiendo mucho esta cuestión, ¿que si se lleva diario por temor a que se olviden cosas, para alargar la vida o la sensación de estar vivo releyendo recuerdos? ¿O si al hacer anotaciones hay que hacer un esfuerzo para rememorarlo todo? En cualquier caso, yo sentía interés por cada minucia de mi vida y me espantaba la posibilidad de perder mis preciosos recuerdos. El olvido equivalía en aquel contexto a la muerte.

Mi actitud vital hoy como escribidor de cartas es muy distinta a la de diarista adolescente. Yo entonces tenía poco sentido del humor, era un amargado y un resentido, un chaval muy verde sin amigos ni consejeros. Ahora trato de relajarme, de ser amable conmigo mismo. Aunque creo que se evidencia una tensión tras ese esfuerzo de relajación. También me falta el vigor necesario para mostrarme airado. Voy de estoico, incapaz de tomarme nada en serio. También ahora me gusta agradar, cosa que antes no ocurría. Ahora cuando escribo a mis corresponsales, me gusta caerles bien y despertar el interés sólo al *buen entendedor*. Eso muestra un rastro de autoestima.

Voy de *cascao*.

TERCERA CARTA

Su trabajo me parece interesante, dada la cantidad de información contenida en un diario, y creo que así lo verá todo el mundo, que ha sacralizado, por ejemplo, los diarios de Anna Frank, que nunca fue ni gran escritora ni nada, sólo la desdichada autora de un simple diario de adolescente. Recuerdo numerosos materiales parecidos a los que se hace referencia en la Historia. Recuerdo, por ejemplo, aquellos diarios de los soldados del Vietnam de los que hablaba Oriana Falacci en *Nada y así sea* (por cierto, en plena jungla húmeda, era muy meritorio). Naturalmente no es lo mismo los diarios de la gente común que los testimonios de los acontecimientos históricos.

El tema de la indiscreción es inevitable en este asunto, pero para vivir en el mundo hay que confiar en la gente y, a falta de otra cosa, bien está tomar la perspectiva académica como garantía de rigor y seriedad. Sospecho que lo que podría retraer a los diaristas a confiar sus diarios para un estudio universitario sería la posibilidad de ser manoseados por estudiantes felones, que no despiertan tanta confianza como los catedráticos (conocerá la leyenda de la impiedad de los futuros médicos con los cadáveres para disección que les son confiados).

Sobre mi actividad epistolar en función de diario, sólo decirle que, desde hace dos años, se ha convertido para mí en algo obsesivo, hasta el punto de que vivo pendiente del flujo de la correspondencia y que las huelgas de Correos me ponen al borde de la histeria. Tengo tres o cuatro kilos de correspondencia, incluyendo mis copias a papel carbón. Con el tiempo, mi gran pasión es *estrechar el cerco* al mundo que me rodea y crearme una *cartera* de corresponsales gratos y asiduos. De momento sólo tengo dos tras tres años de búsqueda. Dos años es poco tiempo para apreciar diferencias sobre mi persona, pero encuentro especialmente atrayente

en la relectura de mis contestaciones las referencias a mis circunstancias del momento en que se escribieron, lo que entra de lleno, supongo, en las motivaciones normales de un diarista.

Bueno, acabo aquí. Quedo, como siempre, a su disposición.

Le adjunto unas fotocopias de mi diario anual y de mi cuaderno de correspondencia.

FRAGMENTOS DEL DIARIO

Año 1997

Enero	capricho 10, riña con Elisa, carta de B
Febrero	preparo oposiciones a cartero
Marzo	examen cartero 1
Abril	curro malo Rincón, cartero 2
Mayo	carta de A, fracaso cartero, curro malo Rincón, fin 108, capricho 10
Junio	nueva campaña de corresponsales
Julio	echo papeles REASS, viejo da 25, voy Lleida otra vez
Agosto	sigo campaña, menos intensiva
Septiembre	fin campaña, sólo 8 semanas, total 224, capricho 15, pago 50 final deuda London
Octubre	voy Madrid a Elisa, REASS algo decepcionante, comienzo a cobrar, envío cuentos
Noviembre	campaña corresponsales extranjero, pierdo amistades leves
Diciembre	¿pierdo corresponsales?, cobro REASS total: 222, cupones anuales 108, viejo enfermo da 25
	recibo, conservo, pierdo y despido corresponsales, envío cuentos (5) desde septiembre, fracaso cartero y nuevo curro, pago 108 cupones y cobro 222, pago deuda London, viejo da 50, campo Rincón 108 y Lleida 224. Leo 68 libros.
	ingresos 604 menos 108 cupones = 496

4. Mujer, técnico de TV, 28 años

PRIMERA CARTA

Acabo de leer tu anuncio en la revista *Qué leer* y no he podido resistir la tentación de escribirte acerca de mi diario. Supongo que me ha llamado la atención, porque siempre ha sido algo que no he podido compartir y ahora, cuando ya casi no lo *visito*, ese diario puede ser objeto de estudio junto al de otras personas.

La primera fecha que consta en el diario es el 29 de enero de 1983. Tenía trece años y, aunque soy catalán-hablante, lo escribí en castellano, por influencia, supongo, de la televisión y de las lecturas que hacía.

La temática del comienzo del diario es bastante aburrida. Sólo hablo de los chicos que me gustan y tiene la curiosidad de que me dirijo a una especie de audiencia en segunda persona del plural. Por ejemplo, escribo: «¿podréis creerlo?» (Me da un poco de vergüenza todo esto, pero como ni te conozco, pues vale, adelante...). Ahora que lo pienso en esa época leía un cómic para chicas, *Esther y su mundo,* con aventurillas de amores imposibles y tal... Con el diario, y con esa especial forma de dirigirme a la audiencia plural, me sentía también protagonista de uno de esos comics.

Hasta el 24 de diciembre de ese año el diario continúa en castellano, pero ¡emoción! voy al teatro de mi pueblo y uno de los actores jóvenes me deja fascinada. Interpreta una obra típicamente catalana, que se representa en casi todos los pueblos de Cataluña por Navidad. No sé cómo, pero dos días después, el 26 del mismo mes y año, lo escribo ya en catalán y hablo de este actor como mi único objetivo sentimental.

Este cambio de idioma puede servir para entender algunas cosas de la realidad social de Cataluña. Yo nací en una familia de habla catalana, pero en la televisión sólo se emitía en castellano. Aprendí rápidamente a entender el estándar que se hablaba en la *tele,* pero no entendía nada cuando un vecinito andaluz o maño me hablaba con acentos desconocidos. En la escuela se impartían todas las clases en castellano, y poco a poco lo fui utilizando para todo menos en el ámbito familiar.

El soporte del primer diario fue una agenda de mi padre, que no usaba. Eran hojas de tamaño pequeño (12×6) y de cuadrícula.

La etapa central de mi diario, la que más se ha prolongado en el tiempo, comienza el día 26 de agosto de 1985, a raíz de que me quedo a dormir en casa de una amiga. Nos compramos dos libretitas de la marca Miquelrius, que en Cataluña son muy

populares y tradicionalmente se han usado como libros de cuentas en empresas y comercios. Mi amiga y yo prometemos escribir todo lo que nos pase, para luego leérselo a la otra. (Nunca lo hicimos). De estas libretas tengo ocho volúmenes de 130 páginas cada una. La última fecha que aparece es la del día 4 de mayo de 1991. A partir de esa fecha la libreta, como yo, se hizo mayor y me compré una de la misma marca, pero de tamaño cuartilla.

La frecuencia, que durante años había sido cada cuatro o cinco días, se amplía hasta tener saltos de años enteros. Parece, y es verdad, que mi vida dé saltos hacia delante y que lo que antes eran para mí acontecimientos vitales, que había que conservar, sean, en este nuevo periodo, sólo cosas de la vida que no cambian nada ni merecen mención alguna.

En este último diario aparezco llorando aún por mi primer amor de verdad y a continuación casada con otro tipo (mi marido, vaya) muere mi padre o nace mi sobrina. ¡Qué poca atención presto ahora a mis sensaciones, a lo que siento...! Me doy cuenta de que he abandonado el dramatismo típico de la adolescencia, el morir por todo y el renacer por nada... Ahora me doy cuenta de lo poco que me fijo en mí misma (aunque soy una persona a la que le gusta pensar sobre sus actos y sobre los sentimientos), la vida nos va empujando hacia delante, como si persiguiéramos algo que estuviese muy lejos y no pudiéramos distraernos ni perder más tiempo durante la búsqueda.

El diario continúa, porque hace dos años empecé a estudiar guión cinematográfico con un profesor buenísimo, y una de las técnicas creativas que trabajamos es la escritura automática. Escribir sin parar durante quince o veinte minutos, sin tiempo para filtrar lo que se te ocurre: un camino muy corto entre la mente y el lápiz. Así que practicando con este tipo de escritura, he redescubierto el placer de sacar cosas de mí misma y plasmarlas en el papel. La verdad es que a veces es divertidísimo, porque se te va la *olla* y aparece una especie de surrealismo que da risa.

Así que en la actualidad más que un diario, de vez en cuando, en cualquier sitio, vomito sobre el papel durante un buen rato, hasta que me duele la mano. Más bien se trata de una terapia, como una reunión conmigo misma.

Normalmente he escrito en mi diario por la noche. Y siempre en mi habitación. Los escondrijos para los ocho cuadernos serían objeto de otra investigación.

Ahora hay momentos en los que un impulso me lleva a escribir (casi como me ha pasado con esta carta). La duda que me surge ahora es si voy a mandarla lo suficientemente pronto para no pensar que es absurdo contarle estas cosas a un desconocido.

Para terminar, y tal y como dice mi profesor de guión, hay que escribir sin parar y luego leer por primera vez lo escrito con una buena dosis de simpatía hacia sí mismo. De la misma forma hay que saber leer los diarios de otras épocas, sonriendo ante esa niña que fuimos. Ninguna puerta se ha cerrado ya, nada ha terminado. Abominar de esas páginas escritas hace años, sería no haber aprendido nada, no habernos ganado el derecho a continuar, sería como abominar de nosotros mismos. Me gusta pensar que ahora aún soy niña, mujer, madre y abuela, que voy recogiendo etapas, no soltándolas como si se trataran de lastre.

SEGUNDA CARTA

Efectivamente, el cambio de lengua de mi diario coincidió, creo, con el cierre de una etapa vital y la apertura de una nueva. También coincidió con el inicio del Bachillerato en el Instituto, donde la mayoría de las clases se impartían ya en catalán. También allí hice algunas de las amistades que se han prolongado hasta ahora, amistades muy profundas y cuyo idioma era el catalán. Esto del bilingüismo es algo muy complejo; bueno, a lo mejor lo que pasa es que es supersencillo. Podríamos decir que mi lengua materna es el catalán, ya que mi familia lo ha hablado siempre en casa, pero a la vez mis primeros años de escolaridad los realicé en castellano. Así que mi diario refleja el cambio de idioma; me di cuenta, sin darme cuenta, de que podía usar el catalán al escribir sin necesidad de traducir el pensamiento.

También es verdad que durante algún tiempo me dio por el nacionalismo, pero creo que me sirvió para ver el absurdo que rodea este mundo cerrado. Simultáneamente abandoné la práctica religiosa, porque me di cuenta que tenía muchas preguntas y nadie estaba dispuesto a contestármelas (nadie al menos que estuviese relacionado con esos dos mundos, el del nacionalismo y el de la religión). Quizás en aquel tiempo fui asentando mi identidad personal. En la adolescencia siempre me preocupó no tener un estilo definido ni en el vestir ni en la letra que cambiaba dependiendo del bolígrafo. Fue una época de cambios, que se resolvió en un paso adelante en mi vida. De todos modos, yo siempre he tenido claro que mi identidad se encuentra a caballo de las dos lenguas, y que esto es una riqueza enorme.

De hecho, me casé con un chico castellano-hablante y él se lanzó a aprender catalán a partir de nuestra relación. Así que a veces él me habla en catalán y yo le contesto en castellano. Es gracioso pero el *chip* se dispara solo...

Creo que la utilidad de llevar un diario en mi caso reside en la aceptación y en la asimilación, día a día, de las pequeñas o grandes cosas de la vida. Creo que se trata casi de un exorcismo. El solo hecho de tener que recordar, seleccionar, filtrar, resumir y escribir lo que te pasa, hace que lo asumas tanto si es bueno como si no. Si escribes tu vida, la pasas por el tamiz y acabas conociéndola. Al final quizás no la amas, pero la respetas.

Rara vez releo mi diario. No tengo necesidad. Es como la cáscara de un fruto que ya me he comido. La cáscara es necesaria en el momento de comer, pero luego ya no sirve. A lo mejor mi diario puede llegar a tener más utilidad a mis hijos, por ejemplo. Realmente no me importaría que algún día mi hijo o mi hija descubran mi diario y lo lean. No hay en él secretos asesinos, sólo una niña, una joven y una mujer. Que lo lea si lo encuentra, y que yo no lo sepa nunca, pero que cargue con una madre que no nació madre, sino hija triste, alegre, tonta, lista y llena de dudas.

Creo que me hubiera gustado mucho haber leído a escondidas alguna parte del diario de mi madre. Me hubiera llevado un merecido chasco seguramente al ver a mi madre como una persona y no como una institución, llamada madre.

Guardo mis escritos-vómito, pero son algo muy distinto al diario. En la escritura automática sin pausa el papel acaba reflejando los rápidos procesos mentales de la cabeza. Vas de una cosa a otra sin ningún orden ni predeterminación, o pasas cinco folios escribiendo en torno a un detalle. El resultado se parece un poco a lo que se podría escribir borracho o fumado. Así que más que reconocerme en ellos, veo escritas cosas de mí que me cuestan reconocer, porque mientras escribo no soy consciente de lo que pienso.

Te señalo otros detalles de mi diario. En los primeros cuadernos están pegadas mil cosillas, recuerdos, fetiches: papeles, ramas de plantas, entradas de cine, una peseta rubia, pajitas de refresco, etc.; en fin, supongo que esto es común a otros muchos diarios.

El escondrijo donde reposaban mis cuadernos, cuando vivía en casa de mis padres, era una estantería de mi habitación, detrás de una pila de libros y bajo una gruesa capa de polvo. Tampoco he buscado escondrijos muy raros, así que no puedo decirte si alguien a escondidas los leyó. Es algo que a veces pienso ahora que comparto casa con mi pareja: «¿Y si ÉL lo ha leído?» Quiere decir que ha abierto el cajón donde guardamos los adornos navideños, ha sacado algunas bolitas de colores y lo ha descubierto. Bueno, tampoco es tan grave. Evidentemente no voy a ponérselo fácil, pero tampoco voy a alquilar una caja de seguridad en un banco. Sería bonito que, por educación, si los encuentra, no los lea, pero yo misma no sé si no lo haría en su caso, así que...

Cuando voy de viaje me gusta grabar las impresiones de cada momento crucial en una cinta de casete. Y si voy con gente, que es lo normal, también les enchufo la grabadora. Al principio siempre se resisten, pero luego se pelean para contar su versión de lo que ven o ha pasado. Al final tenemos como un *diario de navegación* de todo el viaje.

Conservo todos mis cuadernos con todas sus hojas. No me da por arrancar páginas. Si alguna vez leo algo que me hace ruborizar, llorar, reír o avergonzarme... ¡no hay para tanto! Lo hecho, hecho está. La vida es así. Si no podemos reírnos de nosotros mismos, tendremos que hacerlo de otro, y eso está muy feo.

5. Mujer, 39 años, ama de casa

CARTA

He visto tu petición en la revista *¿Qué leer?* del mes de abril. Espero que puedas descifrar mi letra, pues odio los ordenadores y mi máquina de escribir tiene estropeada la letra *i*. Paso a contarte la historia de mi diario:

24 de septiembre de 1972. Es el día de mi santo, y uno de los regalos que recibo es un cuaderno para escribir un diario. El primero. No escribí en él ni por gusto ni por necesidad; simplemente, ya que lo tenía, había que empezarlo. Y lo hice ese mismo día, limitándome a contar quiénes habían ido a felicitarme y qué regalos me habían hecho. Desde ese día y hasta el 31 de octubre de ese mismo año, el día de mis trece años, escribí día a día.

A partir de ahí lo dejo hasta el 21 de diciembre de 1972. Voy escribiendo de vez en cuando, una media de cinco o seis veces por mes, hasta el 22 de octubre de 1974, donde me tomo un *descanso* de dos años.

En el diario hay una página en blanco y a continuación estamos ya en el 12 de marzo de 1977, día en el que conocí al primer chico que me gustaba y quería dejar plasmada mis impresiones acerca de algo tan importante para mí en aquella época. Y así hasta el 24 de abril de ese mismo año. Poco más de un mes.

A partir de esa fecha no volví a saber nada del diario. Pasaron los años, continué mis estudios, me casé, tuve una hija y durante ese tiempo no volví a acordarme del diario. Recordaba que había escrito aquel diario, pero no tenía ni idea de lo que habría sido de él.

Y un buen día de invierno de 1994 me encontré con aquel primer amor del que hablaba en el diario. Después de saludarnos, preguntarnos qué había sido de

nuestras vidas y esas cosas, me dijo que tenía ¡mi diario! Resulta que yo se lo había dado junto a unas fotografías mías. Quedamos al día siguiente en una cafetería, donde me lo devolvió junto a aquellas fotos de las cuales ni me acordaba. Y al llegar a casa y echarle un vistazo, vi que había arrancado cuatro o cinco páginas últimas en que me refería a él y además había escrito, a continuación de mis anotaciones, otras suyas a lo largo de aquellos años. La última dice así: «Bueno, diario, mañana volverás con tu dueña después de tantos años», y firmaba debajo. Así es cómo recuperé mi cuaderno.

Ahora no es exactamente un diario lo que escribo. Es una costumbre que tengo desde 1985. En ese año comencé a comprar cada año un dietario o, si no lo encontraba, una agenda grande para apuntar las cuentas de la casa. Poco duró eso, pues pronto me cansé y solamente anotaba cuando eran los santos y cumpleaños de familiares y amigos. Después, para no dejarlo todo en blanco, empecé a anotar lo que hacía: si había ido al médico, hecho una excursión, asistido a una boda, etc. O sea que a partir de 1985 y hasta ahora, con la excepción de 1991 y 1992, que no sé dónde están, es como si hubiese escrito diario. Hay días en blanco, bastantes.

Lo último que se me ha ocurrido es registrar, desde hace unos años, una especie de efeméride. Junto a la agenda del año en curso tengo la del anterior y cada día voy consultando lo que anoté en la misma fecha del año anterior.

6. Mujer, psicóloga, 26 años

PRIMERA CARTA

Empezaré con una frase de mi admirado Oscar Wilde que resume mi opinión sobre los diarios: «Nunca viajo sin mi diario. Uno siempre debe llevar algo sensacional para leer en el tren».

Hace diecisiete años *(tempus fugit)* que soy *diarista*, y me encanta que me hagas esta pregunta, de verdad, porque soy la persona más exhibicionista que conozco en lo que a diarios se refiere. Quiero decir que a veces estoy tan orgullosa de ellos que he mostrado párrafos a mis amigos (ambos muy escogidos, claro está) o he transcrito trozos especialmente logrados en cartas personales para lo que no encontraba la expresión justa. Resumiendo, no tengo ningún pudor en contarte a ti, un desconocido, datos sobre algo tan supuestamente privado. (Por cierto, me tomo la libertad de tutearte por comodidad, en primer lugar, y por corresponder a la jovialidad de tu anuncio. Espero estar siendo correcta).

En este momento tengo siete cuadernos, terminados, etiquetados (número de orden cronológico, con fecha de inicio y de término) y amorosamente guardados. Además, tengo un cuaderno de viaje de agosto de 1996 y el que llevo ahora desde hace un año y siete meses. El soporte es de lo más variopinto, y parece haber evolucionado y madurado conmigo. El diario n.º 1 es el típico modelo *blanco y radiante,* con su candado y sus entrañables letras doradas, *Mi diario de Primera comunión*. En fin, ¿quién no ha pasado por esto?

Este inicio prometedor duró cinco años y medio. Contribuyeron a este periodo tan prolongado tres factores: 1) lo poco que tiene en general que contar una niña de nueve o diez años; 2) el parón brutal de 1982 a 1985, por ninguna razón particular y 3) mi caligrafía que con ligeras variantes ha sido siempre muy comprimida, con la reducción de espacio que esto supone.

El diario n.º 2 abarca el principio de la etapa más feliz de mi vida: los años de instituto. ¡Quién los pillara de nuevo! En este caso se trata de un clasificador tamaño cuartilla con cuatro anillas, de papel cuadriculado y margen rosa. Un primor adolescente que termina justo el día de mi decimoquinto cumpleaños.

Los diarios n.º 3, 4 y 5 son prácticamente clónicos en cuanto a formato y contenido: libretas de espiral absolutamente inocentes por fuera y crónica social minuciosa por dentro. En general me limito a quién dijo qué, cómo y cuándo, pero a veces intercalo comentarios más o menos sarcásticos, que es el aspecto de mis diarios que más satisfacción me da cuando los releo. Estos tres diarios llenan el periodo que va del verano de 1987 hasta el de 1989.

Un mes escaso después, en septiembre, empiezo lo que fue el diario n.º 6, un horror estético inclasificable, que mi padre, con muy buena voluntad, pero ajeno a los gustos de una chica de diecisiete años, me regaló a petición mía. De hecho, me causaba tanta turbación escribir cosas pretendidamente serias sobre aquel papel malva (¡Dios mío!) que di por terminado el asunto dos meses después.

Aquello marcó el final de una época. Tras cuatro meses de silencio espontáneo, en abril de 1990 comienzo el cuaderno n.º 7, que me acompañó durante, atención, seis años y medio, y sin parones reseñables. Se acabaron las libretas cuadriculadas: ahora se trata de una pequeña joya (17,5×12) exquisitamente encuadernada, con estampado floral *horror vacui* (florecillas, tallos y rizomas por doquier) y con hojas —muchas— de un leve color pergamino rayadas. Para colmo de *glamour*, comprado en Florencia en una tarde lluviosa. Aquí fue donde realmente empecé a depurar mi estilo: parrafadas pedantes, con abundancia de subordinadas y cultismos, notas a pie de página, *post-scriptum,* jerga propia o

imitada, referencias a la actualidad política, muletillas de personajes de los *media* ... en fin, un batiburrillo que no me canso de releer, cuando estoy aburrida o melancólica y que de paso se convierte en una hemeroteca andante, para alegría y curiosidad de mis amistades.

Aparte del diario de viaje (una vuelta efímera a las libretas con tapas de cartón, la mitad está en blanco), que te señalé antes y que relata mis andanzas por la pérfida Albión y aledaños, estoy muy ocupada con otro cuaderno muy similar al n.º 7 en cuanto al aspecto externo y a las anotaciones. Está repleto de guiños que sólo yo entiendo y que sólo a mí me consuelan. En agosto de este año cumplirá dos años conmigo y, a juzgar por las hojas en blanco que le quedan, no alcanzará ni de lejos el récord del mítico n.º 7.

Y esto ha sido todo. ¿Destruirlos? Ni en mi peor pesadilla. Esos miles de palabras guardadas en el fondo del armario son mi historia, soy yo hecha tinta, con momentos triviales y días terribles. He releído trozos que juraría no haber vivido jamás y sin embargo existieron. ¿Cómo voy a querer destruirme?

SEGUNDA CARTA

Nunca había contado las páginas de mis diarios y, ahora que lo he hecho, estoy sorprendida. Incluyendo el diario de viaje, tengo alrededor de novecientas páginas. Ignoro lo que suelen escribir otros diaristas, pero no está mal del todo, ¿verdad?

Sobre el tema de la exhibición o no del diario a los demás hay matices. En realidad, no di a leer más que dos trozos escogidos, cada uno en un momento diferente, pero a la misma persona, mi amiga del alma o la hermana que no tuve, pues soy hija única. Aparte de esas dos ocasiones, en las que dejé leer algunos párrafos jocosos o de lograda precisión lingüística que, al menos a mí, me gustan (nunca dejaré leer los momentos íntimos especialmente dramáticos, esos son sólo para mí), es frecuente oírme la frase que empieza «como escribí el otro día en mi diario...», para contar, de manera más o menos fiel, algo ya escrito en él.

Por otra parte, echo mano de mis diarios en conversaciones de modo más subrepticio. Me explico. Ya comenté que usaba párrafos que me gustaban sobre manera en la correspondencia personal. Pues bien: hago lo mismo cuando estoy hablando. Digamos que son guiños que yo sólo capto, porque en esas ocasiones no revelo la procedencia. Vamos que me plagio a mí misma.

Releo constantemente mi pasado inmediato. Es muy raro que escriba algo en el diario sin releer lo que le precede, retrotrayéndome bastantes páginas hacia el inicio. Por ese hábito de relectura recuerdo casi literalmente muchas páginas.

Como ves, mi diario no es totalmente íntimo, ni mucho menos secreto. Mis amigos más cercanos saben desde hace años que lo llevo, y saben que lo escribo desde mucho antes de conocerles. Además, les sirve como recordatorio de cosas que hemos vivido juntos, y les divierte que les recuerde anécdotas o detalles que a lo mejor sólo yo registré en su momento. Mi madre y mi padre saben de su existencia. Él nunca se inmiscuyó en lo que considera *pequeñeces de niñas,* mientras que ella lo leyó tranquilamente un día durante mi ausencia, considerando que los secretos entre madre e hija eran absurdos. Tenía yo catorce años y le retiré la palabra un mes. No entiendo, sin embargo, la decisión de destruir un diario, porque lo hayan leído sin tu permiso. Es como si denuncias una agresión y en comisaría te maltratan como castigo por haberte *dejado* agredir. Lo que hice a partir de entonces fue esconderlo con más malicia, aunque actualmente lo dejo a la vista, que es, como se sabe, el mejor escondite.

Todo esto se refiere a mis diarios personales. El diario de viaje, en cambio, ha pasado por el momento por cinco pares de manos, porque para eso lo escribí, y se acompaña de un anexo con recuerdos —billetes de metro, entradas a museos, etc.— para hacer más amena su lectura. El estilo es frívolo, no lo niego, y hasta vulgar, pero es que mis pretensiones no iban más allá.

Tal vez me resulta más fácil escribir que hablar. Cuando una amiga de mi madre me regaló aquel libro en blanco por mi comunión, vi el cielo abierto. Hasta ese momento —la primera fecha de mi diario es el siete de junio de 1981— la gente me había regalado libros, pero un libro para que yo lo escribiera era un lujo inimaginable. En esa primera entrada de mi diario infantil cuento de la forma más costumbrista posible la ceremonia religiosa y la comida posterior en un restaurante. El estilo es rígido y algo repipi. Intento esmerarme, consciente de que aquello es algo más que una redacción del colegio. Algo solemne, escribo palabras como *furiosa, ocurrir y automóvil,* en lugar de *enfadada, pasar* y *coche*. En fin, que me leo y no me creo. Ese es el mayor encanto de la relectura de los diarios, por otra parte.

Escribiendo encuentro la expresión justa (bueno, todo lo justo que puede ser el lenguaje), pero hablando sólo me aproximo. Para mí el diario ha sido ante todo un ejercicio de narcisismo literario y hasta caligráfico, y un entrenamiento nada desdeñable de cara a mis destrezas escolares. También ha sido y es un registro

rico y entretenido de las cosas cotidianas, no de las importantes, porque esas no necesitan registros para recordarse, aunque las importantes también consten y de qué manera, sino *detallucos,* como decimos en Asturias, que me hacen sonreír. Por último, cumple una labor de desahogo emocional impagable. Tanto si estoy melancólica como entusiasmada, el diario es como el aire que respiro. Escribir, en definitiva, es útil para exorcizar mis demonios. Es «ponerme-ahí-sobre-el-papel». Esto último es un extracto de lo que escribí el 18/9/97.

TERCERA CARTA

No sé si te seguiré siendo útil después de este paréntesis de más de tres meses en el que puedes haber avanzado bastante en tu trabajo, pero desde luego cuentas con mi autorización para publicar mi testimonio. En cuanto a lo de fotocopiarte alguna página... vaya, ahí me has pillado. Recuerdo bien haberte explicado lo poco secreto que es mi diario, y lo exhibicionista *(sic)* que soy al respecto, pero es que la sola idea de sacarlo de casa se me antoja tan extraña. Por favor, no pienses que estoy echando balones fuera, lo que pasa es que tu petición me cogió desprevenida: una cosa es hablarte de mi diario, y otra muy distinta es enseñártelo. Espero que lo comprendas.

Las reacciones en las relecturas del diario son de dos tipos: cuando lo que releo es de hace mucho tiempo siento una especie de extrañamiento avergonzado, algo así como «pero, ¿cómo pude yo escribir esto?». Me sirve para recordar el tipo de niña que fui y sobre todo para comprobar, aliviada, que al menos he madurado algo. De todas maneras, no suelo releer los diarios anteriores al que llevo en el momento: la sensación de que el tiempo voló no se sabe cómo podría matarme.

La otra reacción se produce, cuando releo entradas más recientes. Yo la definiría como un reconocimiento sereno, especialmente cuando rememoro episodios dolorosos. A veces me esfuerzo en revivir paso a paso una pifia sentimental, no por masoquismo, sino para aprender de mi error (o del error ajeno) y no repetir aquello que me hizo sufrir. Por supuesto que reconozco lo que leo, pero, al no estar ya inmersa en la situación narrada, puedo juzgar con mayor objetividad; no me avergüenzo de lo escrito, pero interiormente me auto-reprendo.

Que yo recuerde no he utilizado ninguna de estas relecturas para ampliar alguna entrada, menos todavía para modificarla. El Pasado, así con mayúsculas, no se retoca (por Dios, qué rimbombante me ha salido).

7. Hombre, profesor, 49 años

CARTA

Acudo raudo a su llamada que apela a mi condición de diarista. Bien es cierto que lo soy, aunque no con la frecuencia que me gustaría. Y es que no siempre encuentra uno el momento ideal de sosiego necesario para poner por escrito las cosas que a uno le han ido pasando a lo largo del día o los pensamientos que me han sorprendido.

He leído su artículo, y me parece una idea magnífica, aunque no tengo claro si esa convocatoria será totalmente exitosa, porque tropieza con un impedimento considerable: el pudor. Me imagino que éste va a ser un elemento que dificulte la investigación. ¿Razones? Tal vez nos cuesta mucho desprendernos de esas partes íntimas, pensando en que van a ser conocidas. Ya sé que no se trata de conocer los diarios personales de cada uno, sino de estudiar unos hábitos de escritura para su análisis posterior. No se puede olvidar que el diario tiene un componente de secreto, de confesión cifrada, de dar salida a esos sentimientos o pasiones en muchos casos no explicitadas con anterioridad. Sin embargo, hay otros síntomas que muestran algo contrario. Me refiero a programas de radio (Gema Nierga), o de TV (Jesús Puente, J. Quintero, etc.) que muestran que una vez superado esa reserva inicial y creado ese ambiente de intimidad, el público en general se muestra menos pudoroso de lo que cabría esperar; bien es cierto que la presencia personal y la palabra no tienen el mismo efecto que la escritura.

En mi caso personal soy cada vez menos pudoroso, o por lo menos hasta un cierto punto. Así antes consideraba esencial el secreto de mi diario, ahora está siempre encima de mi mesa de trabajo siendo accesible a todo el que desee leerlo.

Escribir un diario ha sido para mí una actividad intermitente, a partir de los doce o trece años. He sido más constante en las épocas de adolescencia, tal vez para paliar esa soledad que a uno puede invadirle en ese período. Nunca he sido capaz de mantenerlo con total asiduidad, pues me hacía asociar esta actividad con un deber más. Es decir que en las primeras épocas de diario escribía una semana entera seguida y después, en otro período semejante, no había ninguna entrada. Si tuviese que precisar más en cuanto al tiempo, me recuerdo más escribiendo en la época de colegial que en la de universitario. Ha habido un paréntesis considerable desde los veinte a los treinta años, que es una década en la que he cultivado más el género epistolar. Tal vez haya alguna relación entre el buen escribidor de cartas y el asiduo diarista, al menos en mi caso han sido actividades bastante complementarias. Durante estos últimos cinco años de mi vida mantengo mi diario sin

haberlo dejado nunca del todo, aunque hay huecos notables. En estos momentos el diario me acompaña a cualquier lugar donde vaya a estar más de un par de días; es más se ha convertido en una especie de amuleto que traslado sistemáticamente de un sitio a otro, pues su presencia me recuerda cierto compromiso agradable y reflexivo que me impulsa a repensar en los acontecimientos pasados o futuros.

Además del diario íntimo, llevo un diario donde figuran las anotaciones relacionadas con la actividad deportiva en la que sí hay ciertas claves, las cuales no intentan proteger del intrusismo, sino hacerlo más sintético. Las claves responden a mediciones de tiempo, velocidad, ritmo cardíaco, recuperación, lesiones, competiciones, recorridos, frecuencias, clasificación, etc.

En mis comienzos de diarista predominaban sin duda los hechos externos. Tenía por costumbre anotar con bastante minuciosidad la rutina diaria, reflejando los efectos que producía en mí. Había mucho de monotonía en esta primera fase en la que los veranos ocupaban una parte esencial, ya que los períodos estivales ofrecían una buena oportunidad para hacer recuento de las cosas que pasaban a mi alrededor. Eran tiempos ligados al colegio, a donde me reenganchaban mis padres a pesar de no tener suspensos en junio bajo la excusa que estaba «mejor allí que no perdiendo el tiempo por la calle hecho un raquero». Aparte de las clases veraniegas en las que lograba cierto prestigio académico entre los compañeros y —puesto que el colegio tenía unas excelentes instalaciones deportivas— pasaba mucho tiempo haciendo deporte, con lo que esto se reflejaba en el diario. Organizaba junto con otros amigos una especie de mini-olimpiadas en las que uno tenía que lanzar peso, minutos después de haber corrido los 1500 mts. Lo recuerdo todo como una época dichosa, a pesar de la pesadez de las clases. El deporte acababa siendo un paréntesis de redención, dentro del cual me encontraba a gusto. En aquellos diarios abundaban las anotaciones de marcas logradas y clasificaciones. Había un objetivo claro: mejorar los registros. No eran frecuentes los pensamientos íntimos. Algunas tardes aparecen en mi memoria en los billares del barrio oyendo las canciones de Elvis Presley, en versión de Los Teen-Tops con Enrique Guzmán al frente. Se detenía la partida de futbolín cuando oíamos *King Creole* y es que Presley nos hacía identificarnos con algún atisbo de rebelión concretado en las inalcanzables cazadoras de cuero y la onda en el pelo. El Paseo de Pereda en Santander se llamaba entonces *el tontódromo* y era lugar de cita obligada, típico en una ciudad de provincias. Las niñas de las Teresianas eran suficientes para hacer volar mi imaginación, más tarde las fantasías se sosegaban con las carreras de medio fondo en el patio del colegio. Los pensamientos más íntimos aparecen en los períodos más recientes en que se combina una ambición estilística con una

pretensión de trascendencia (bastante vana, por otro lado) que no me deja demasiado satisfecho. Creo que la espontaneidad de los primeros diarios puede tener más gracia que la seriedad introspectiva de los más recientes.

En raras ocasiones ha habido frecuencia fija. Ya he mencionado que ese margen de libertad ha hecho que haya llevado diario durante tantos años. Las entradas serían cada vez más amplias. En esta última fase casi siempre más de una hoja, ya que hay muchas citas que anoto a la par que voy haciendo las lecturas. Los diarios han ganado en diversidad, de forma que últimamente se han convertido en una especie de *cajón de sastre* donde cabe casi todo: desde alguna reflexión personal hasta un dibujo con poesía al fondo. Que yo recuerde, sólo ha habido un tiempo en el que escribía a diario y ha sido en las cuatro hospitalizaciones de mi hijo pequeño. Estos períodos han sido de más de una semana cada uno, unidos sin duda a la intensidad con que se viven este tipo de experiencias. Hay fechas que se repiten a lo largo de los años.

He escrito casi siempre en cuadernillos. Una época de diarista está unida a los folios sueltos que pasaba a máquina, cuando se compró la primera Olivetti en casa. A la actividad habitual de contar los avatares diarios se le unía ahora el encanto de la vieja máquina de escribir que ofrecía la posibilidad de poner las entradas en un color distinto. Siempre me encantó escribir a máquina. Se me hacía que la apariencia en letras de molde le daba a mi diario una trascendencia que mi escritura no poseía, además era una especie de gimnasia digital en el que la velocidad tenía su importancia. Lo de *escribir con todos los dedos* me causaba gran admiración al recordar yo a las raudas secretarias que apenas miraban el texto escrito como no fuera para hacer las alineaciones a la derecha. Toda la familia se enteraba de algunas partes de estos diarios, ya que a veces se me olvidaba en la máquina el folio inacabado, con lo que se organizaba algunas chanzas a mi costa que me hacían sentir bastante mal.

Algunos de los primeros diarios se escribieron en un cuaderno de tapas duras que algún familiar me regaló. El pequeño candado con el que se cerraba le daba al asunto de la escritura una emoción añadida que enterraba las entradas en un secretismo nuevo para mí. La idea de dejar los escritos a buen recaudo también era una motivación extra.

En años posteriores me ido decantando hacia exigencias más concretas en el aspecto del soporte. Desde hace un par de años unas libretas de papel Ray horizontal, de 80 hojas con papel ecológico «depurado con energías limpias y sin adición de cloro, colorantes ni blanqueantes ópticos». Su tamaño de media

cuartilla es ideal, pues cabe justo en la riñonera que me acompaña a todos los viajes; además tiene las pastas protegidas por un plástico endurecido que deja ver la portada, donde se ve una reproducción de unas pinturas prehistóricas, al pie del cual se lee ORCE. Es curioso lo maniático que uno se vuelve con el soporte ideal de la escritura diarística, una vez hallado. Los cuadernos «Orce» no son fáciles de encontrar, por lo que en alguna ocasión en que deseaba escribir el diario me he tenido que recorrer casi todas las papelerías de la ciudad hasta dar con el tipo concreto que habitualmente utilizo.

Ya mencioné antes que el diario se convierte, con frecuencia, en un cajón de sastre donde cabe casi todo. En partes del diario en que se cuentan viajes, he incluido pequeños dibujos, billetes, recuerdos, trozos de folletos turísticos, poemas, fotografías, canciones, etc. Recuerdo un viaje a USA en 1973 que me impresionó mucho y que llegué a *pasar a limpio* pues supuso una experiencia inolvidable. Lo he releído con frecuencia hasta hace poco tiempo.

Los diarios de las primeras épocas solían estar celosamente guardados ya que a uno le daba bastante apuro el que fueran descubiertos, como ocurrió en alguna ocasión. En épocas más recientes esa intimidad me preocupa menos, tal vez forme parte del descaro que trae el paso de los años. En alguna ocasión mis hijos me ven escribirlo y me piden que les lea algunos fragmentos. Les suele hacer bastante gracia mis comentarios sobre ellos mismos y comentan con frecuencia: «¡Estás "chalao", tío!» El hecho de que el diario suela estar encima de mi mesa de trabajo, sirve también para recordarme mi compromiso tácito al que soy frecuentemente infiel.

En mi caso creo que el hecho de llevar diario ha respondido a una cierta necesidad de introspección. El hecho de contar algunos sucesos vividos a lo largo del día es una buena oportunidad para recapitular y volver a pensarlos. Posiblemente en los últimos tiempos lo haya utilizado como excusa para hacer una especie de entrenamiento estilístico, ya que no son muchas las oportunidades que se presentan para practicar esa forma de expresión. No negaría algún tipo de auto-exhibicionismo, en el que iría incluida una cierta función terapéutica. Recientemente la mayoría de las entradas coinciden con momentos muy felices o todo lo contrario. Hay mucho de autodisciplina, de sistematicidad, de agenda de deberes. Los momentos en los que retomo el diario suele coincidir con una declaración de buenas intenciones que es, sistemáticamente, incumplida. La lectura reciente de una autobiografía escrita por el hermano de Marcelino Menéndez Pelayo, *Memorias de uno a quien no sucedió nada,* ha supuesto un nuevo impulso en mis escrituras diarísticas. Enrique Menéndez no pudo elegir mejor título para animarnos a todos aquellos

a quienes no nos suceden esas aventuras maravillosas, que harían fascinante la lectura de nuestros diarios. Hay que agradecerle también que llevara con bastante dignidad el estar sistemáticamente oscurecido por la brillantez de su hermano, quien —por cierto— siempre le animó en sus escritos. Así, la existencia más anodina puede dar lugar a páginas encantadoras de una gran belleza; uno no se imagina a Pessoa en aventuras insólitas. Sin embargo, en algunos casos ambas cosas pueden aparecer unidas y si no, podemos leer ese tipo de escritores que encarnan la figura del hombre de acción y sus páginas nos lo hacen sentir a través de sus personajes.

En este punto se me ocurre sugerirle varias líneas de trabajo posibles:

1. conexión con psiquiatras/psicólogos que puedan proporcionar datos sobre la utilización de la escritura personal como recurso ante desarreglos de la mente.
2. conexión con neuropsiquiatras que hayan experimentado con pacientes para quienes el llevar un diario haya sido un hecho relevante en su curación o hayan recogido de alguno de sus enfermos algún testimonio digno de conocer. Los casos del Dr. Kostrubala en relación con los beneficios del *jogging* forman ya parte de la literatura médica, recogida en amplia bibliografía.
3. estudio detallado de autores de reconocido prestigio y de la influencia que su diario ha tenido en su obra literaria posterior.

Abandono continuamente la escritura del diario. Siempre ha sido así. Forma parte de esa imposición continua que uno se echa encima con la alegría de incumplirla sistemáticamente. Recomenzar el diario me suele dar bastante pereza, aunque me divierte mucho ese ralentizar de la existencia que supone contar los avatares diarios. En especial, hacer ese monólogo interior lento que te arrastra a veces y te hace perder el hilo; esa posibilidad de divagar, de dispersarse ante cualquier nimiedad. Dejarse seducir por esa ensoñación en la que cuenta sólo la coherencia propia, a la que no se ajusta la lógica del discurso. A veces dejarse ir sin ninguna prisa por volver al reinado de la sensatez. Gracias te damos Virginia Woolf, James Joyce y William Faulkner por legitimar todas nuestras majaderías. ¡*Sorry*, que se me va el hilo!

Me hace volver ese deseo acuciante de hurgar en mi mente, esas posibilidades lúdicas que siempre ofrecen las palabras, ese reto permanente de la cuartilla vacía. En el fondo a uno le gusta sentirse *ingeniero del lenguaje* o *arquitecto*. Todo sea por la gloria de Celaya. ¿O era Blas de Otero? Y es que a nuestra generación nos ha enseñado más poesía Paco Ibáñez que la pandilla de filólogos aceleradamente académicos.

En mis principios de diarista releía con frecuencia el diario, ahora muy poco. A veces, su relectura puede paliar la deficiente conexión neuronal que me asalta a menudo y que me incapacita para recordar algunos detalles concretos. En ese momento el diario cobra un nuevo interés: crónica de nuestra realidad personal, cuyos anales están siempre a nuestra disposición para ese dato especial que buscamos.

Me ocurre con alguna frecuencia que, al releer el diario, no encuentro demasiado sentido a lo que escribí en su momento. Maldigo entonces la veleidad de jugar a eso de la escritura-río y me enfado mucho conmigo mismo.

En el pasado ocurrió en una ocasión en la que alguien leyó algún fragmento de mi diario y después comentó jocosamente algo acerca de mi interpretación. Este hecho me llevó a destruir esa parte mencionada, para desgracia de la historia de la literatura.

Aún recuerdo el sentido del ridículo que me invadió. Mi venganza no se hizo esperar: dejé de escribir mi diario durante una buena temporada para evitar nuevos intrusos en mi caleidoscopio personal. ¿El medio de destrucción empleado? Lo quemé. En el momento en que ardía el papel sentí un estremecimiento, tenía la sensación de que mi pasado se destruía y que ya jamás podría volver a recuperarlo. Hice esfuerzo por rememorar algún hecho concreto y me asustaba lo rápido que desaparecía de mi mente. Eran ya vanos los intentos de atrapar el pasado... Había perdido algo de mí mismo.

El destino de mi diario no me quita el sueño, aunque no me gustaría que se destruyese. Supongo que en algún momento de mi vida me divertirá volver a leerlo; tal vez les ocurra lo mismo a mis hijos. A veces he pensado en seleccionar las partes mejores y hacer una especie de antología, pero la tarea es excesiva para el momento en que ahora me encuentro. Lo más adecuado para el futuro de mis diarios será dejarlos dormir.

No tengo ninguna tentación ni proyecto de publicarlo. Si así fuese, escribiría mucho más envarado, con más prejuicios, con mayor afán estilístico y eso haría que mi condición de diarista perdiese la función liberadora que para mí tiene. Me pregunto qué porcentaje de los diarios que se escriben se realizan con la intención de su publicación. Dejo esto para folklóricas ávidas de dinero, para políticos intrigantes o para melancólicos incorregibles. De momento me divierte escribirlo, me gusta hacerlo y espero que siga así. Es una forma de llenar momentos muertos en los que no se me ocurre nada mejor que hacer. Creo que

la idea de la publicación daría un resultado bastante distinto, además no sé si tendría algún interés para alguien.

Me sigue divirtiendo escribir, aunque me cuesta mucho trabajo. Supongo que escribir y leer tienen mucha relación. En la duda metódica que a veces me asalta: *To read or to write, that's the question,* suelo preferir lo primero. Soy consciente de que existe una fluidez casi innata en mucha de la gente que escribe y me da mucha envidia. Por otro lado, toda la investigación en torno a los diarios entre el alumnado malagueño tiene unas aplicaciones didácticas nada despreciables, ya que se está produciendo un descenso alarmante en la expresión escrita. Esto es comprobable para cualquier docente que examine con atención los escritos de sus alumnos sólo desde un ángulo meramente formal. Ya lo decía A. Machado:

> Despacito y buena letra:
> el hacer las cosas bien
> importa más que hacerlas.

A veces hago alguna colaboración en la prensa. Escribí para el DIARIO DE MÁLAGA una serie de artículos que aún no me han situado en el Parnaso de la literatura, pero no pierdo la esperanza. El periódico *Sur* me encargó recientemente un fascículo para una Historia de Málaga, lo que me ha consagrado definitivamente como «erudito local con pretensiones». Estas cosas a veces me preocupan, ¿sabe usted?

Este verano le propuse a mi hermano intentar recrear algún episodio de la infancia para cotejar las dos versiones, pero estoy a la espera de los resultados. El asunto es delicado, porque uno no se ha recuperado de los chantajes a los que se veía sometido para que le resolviesen los problemas de matemáticas en el bachillerato. «Si no bajas a buscar el cuartillo de vino, no te hago los problemas de mates». Y yo, como un gilipollas, consolidaba un trato que me quitaba tiempo para dedicarlo a mis diarios.

Sigo escribiendo bastantes cartas porque me deprime la idea de sólo recibir misivas comerciales del banco o de unos grandes almacenes, aunque tengo grandes esperanzas en internet como posible revitalizador de toda la comunicación escrita mundial. Esta autopista informática nos ofrece una ocasión inmejorable para la difusión de la literatura popular escrita que podría escoger el esperanto como lengua auxiliar internacional. Esto supondría el fin de un colonialismo lingüístico a que nos vemos sometidos por parte del inglés, basado en unos criterios exclusivamente políticos y no lingüísticos.

Me despido con una cita tomada de las *Cartas a Lucilio,* de Séneca, que a veces me curan de mis desvelos estéticos: «No quiero, Lucilio, que te sientas demasiado ansioso de las palabras y del estilo literario: tengo otras cosas más importantes con que ocupes tu inquietud. Preocúpate de lo que escribas, no del cómo; y aún eso, no por el escribir mismo, sino por ordenar tus pensamientos, de modo que lo que pienses lo apliques más a ti mismo y le imprimas tu sello...».

FRAGMENTOS DEL DIARIO

18 de marzo de 1999

Las tardes de Santander hoy me saben a pan y chocolate. Mamá trabajaba de modista en el colegio Calasanz y llegaba tarde a casa. A mí me encantaba quedarme a jugar al fútbol después de terminar las clases, comentando luego las incidencias del partido con mi amigo Garmendia. En casa no había nadie, mi hermano estudiaba Físicas en Valladolid y mi padre estaba normalmente trabajando. La soledad de la casa me pesaba profundamente. Al regresar del cole, yo —que no tenía llave— me veía obligado a pedírsela a nuestra vecina Dª Zoila, aunque con frecuencia me abría la puerta la criada Juanita. Las dos formaban un dueto que parecían escapadas de un relato de Agatha Christie. En la escalera había una luz mortecina, y a la presencia de alguna de ellas solía yo pedir educadamente:

—Me da la llave, por favor.

Su piso olía a cerrado. Me inspiraba una tremenda curiosidad, sobre todo el periquito que las dos mujeres mimaban con celo de solteronas de cierta edad. Al abrir la puerta se oía nítidamente:

—¡Viva Cristo Rey!

Era una especie de chillido histérico que provocaba en mí una sensación rara. Recogía la llave, quedándome a la espera de algún otro mensaje del pajarraco que no tenía demasiado repertorio. Un día me explicó Dª Zoila que al periquito había que enseñarle en la penumbra, pero con mucha paciencia. Seguro que a las dos habitantes de la vivienda no les faltaba. El pajarito era puntual en su declaración de principios y yo me lo imaginaba rezando el rosario con Juanita y Zoila quienes responderían a coro *Ora pro nobis*.

Dios guarde a las dos y vaya mi recuerdo para las onzas de chocolate que comía al entrar en casa. Aquel chocolate terroso, duro, que suponía un auténtico desafío para los inestables dientes. Después venían las largas tardes solitarias, aliviadas

con un estaribel que me había organizado para jugar al ping-pong en la mesa de la cocina, en donde la pared de baldosín me servía de contrincante. Allí ensayaba mis mates y mis reveses, imaginando finales internacionales en las que yo era jugador imprescindible del equipo nacional. Tal vez aquellos largos anocheceres me han predispuesto para disfrutar de la soledad. En aquella época me consideraba un jugador aceptable, difícil de batir en la sala de juegos del colegio las mañanas del domingo.

21 de marzo de 1999
Acabo de terminar *Antes del fin,* de Ernesto Sábato, y *Siete lunas,* libro escrito sobre siete conferencias pronunciadas por J. L. Borges. Parece raro, pero casi siempre hay una parte de un libro que nos conmueve. Sábato escribió el suyo en una continua reflexión de alguien que presiente cercano el final de su vida, con la sensibilidad de quien ha sufrido mucho y conoce variedad en los estados de ánimo. Su alineamiento con los más débiles lo dignifica. Me gustó mucho su observación sobre Oscar Wilde porque uno tiene la impresión de que ha captados las esencias. En concreto describe ese momento, contado en *De profundis,* en el que el autor irlandés se encuentra en su periodo carcelario en un traslado de un penal a otro; hay un instante en el que Wilde siente una desesperación absoluta, de la cual es rescatado por el rostro de su amigo y amante Robert Ross, quien sonríe levemente al verlo pasar, quitándose el sombrero como testimonio de homenaje. Este retrato, de quien había puesto el talento en su obra, pero el genio en su vida, hermana dos sensibilidades ante el sufrimiento: uno, con denuncias ante las tropelías de una dictadura política y otro, con la condena de dos años de trabajos forzados por conducta personal escandalosa.

8. Mujer, auxiliar de clínica, 42 años

PRIMERA CARTA
Pasé por periodos en los que la escritura desapareció totalmente de mi vida. El nacimiento y la infancia de mis hijas debieron dejarme sin fuerzas para nada y, aunque recuerdo esa etapa como muy feliz, no tenía tiempo para nada, siempre con prisas y con mucho trabajo.

Mis hijas han ido creciendo, ya son adolescentes, y yo poco a poco me esfuerzo por recuperar mi tiempo. Afortunadamente hoy puedo decir que el problema de falta de continuidad con mi diario está solucionado. La solución llegó por casualidad, como suelen llegar muchas cosas buenas. Una tarde fuimos a ver una hermosa

película, *El paciente inglés,* y en ésta encontré la clave del problema. Si la ha visto recordará que el protagonista, o sea *el paciente inglés,* conserva un viejo libro de Filosofía durante toda su vida. Allí apuntaba frases, anécdotas, intercalaba entre sus hojas pequeñas estampas, mapas de lugares recónditos, en fin, un tesoro de libro. De pronto yo quedé fascinada con la idea de tener un libro parecido. Al día siguiente salí a comprarme una libreta-diario, sabía muy bien lo que quería. Debía ser sencilla y manejable. Sencilla por fuera para darme la oportunidad de escribir cosas bellas por dentro y manejable para poder llevarla conmigo a todas horas. El veintiséis de julio de 1998 hizo un año de vida conmigo y estoy orgullosa porque la veo engordar y tomar consistencia.

La primera frase que se puede leer en ella dice así: «Deseo cumplido, caricia para el alma». Nunca escribo lo que hago a diario, si voy o vengo, porque casi siempre hago las mismas monótonas tareas con muy pequeñas variaciones. Ahí estaba el fallo. Escribir lo mismo uno y otro día acaba con cualquiera. Las obligaciones diarias para mí no tienen ningún interés, sin embargo, mis pensamientos, esos chispazos fugaces que pasan a diario por mi mente, y que deseo que no se esfumen, son importantes. En mi libreta-diario se pueden encontrar frases maravillosas de los libros que leo y que tanto me enseñan. O una flor seca que me recuerda un momento especial. El estribillo de una canción, un recorte de periódico con una noticia sobre Ana María Matute o la entrada del Museo del Prado. Todo cabe en mi libreta, a condición de que me diga o me recuerde algo. No importa que sea belleza o desolación, con tal que me haga sentir cosas. De vez en cuando releo con gusto lo anterior y me siento orgullosa al comprobar que no hay que destruir nada, todo está bien y no hace falta corregir.

Creo que ya le he contado suficientemente el feliz nacimiento de mi diario y mi particular experiencia. Me gustaría despedirme con una frase de Rosa Montero que suelo releer a menudo: «Disfruta de la vida a pesar de la pérdida, de la traición, de los pánicos nocturnos y del horror que acecha, porque siempre existe la Belleza».

SEGUNDA CARTA

Intentaré contestar a las preguntas lo mejor posible. Si bien en principio me parecieron fáciles, pronto comprendí que no lo eran tanto. He indagado dentro de mí con sinceridad y valentía y así le contesto. «Cada persona es un mundo». Esa frase me pareció siempre mágica, porque resulta adecuada para justificar cualquier comportamiento humano. En esa frase encuentra también justificación mi diario. Pienso que las personas podemos llegar a ser inmensas, amplias y profundas

como océanos. Esta idea me hace sentir bien. Paseando por la calle podemos fijar la vista en una persona cualquiera, la vemos andar, subir a un autobús o mirar un escaparate, pero nunca sabremos lo que piensa. A lo mejor padece una grave enfermedad o sufre el abandono de un amor o a lo mejor, quién sabe, acaba de ser padre. Me apasiona el valor de las palabras no dichas, las que se callan. Siempre me parecieron más importantes las que guardamos para nosotros que las compartimos con los demás. Quizá por eso mi diario está hecho más con pensamientos y sensaciones que con hechos concretos. Yo creo que somos lo que pensamos y cada persona es un mundo e incluso un universo completo.

Desgraciadamente he observado con frecuencia que las cosas que a mí me apasionan no suelen interesar a nadie y, al contrario, a menudo suelo ser testigo de conversaciones que no suscitan el menor interés en mí. Si algo me sorprende o me conmueve, busco las palabras más bellas o las más tristes, dependiendo de lo que la ocasión requiera y escribo en mi diario. Suelen ser frases cortas, ideas escuetas que brotan como chispazos de luz dentro de mi mente y están cargadas de significado para mí. Es mi lenguaje secreto.

Si alguna vez mi diario cayera en unas manos extrañas, sólo sacarían el significado literal de las palabras y eso es muy poco, pues la llave del puzle, la pieza que falta para que cobre todo su valor, está en mi mente. Ya sé que podría hacerlo más sencillo. Podría contar detalladamente la situación concreta o relatar el hecho mondo y lirondo y así ahorrarme tanto misterio, pero eso es precisamente lo que realmente me llena, ese juego misterioso que sólo yo y nadie más conoce.

He sido una lectora tardía y bien que lo lamento. Intento recuperar el tiempo perdido y ahora no podría concebir la vida sin los libros. Recuerdo que bien entrada en la treintena atravesé por una difícil etapa, pero tuve la inmensa suerte de que cayera en mis manos un libro de Antonio Gala, *La soledad sonora,* y me salvó. ¡Nunca nada en el mundo me había consolado tanto! Pasó el tiempo, se olvidó el dolor, pero quedó el amor a la lectura. Busqué lecturas diferentes y descubrí con asombro que el mundo entero se abría ante mí. Las posibilidades de aprender cosas eran infinitas y yo necesitaba contárselo a alguien a mi manera. Contar que empezaba a entender mejor el mundo, mi vida y hasta yo misma me sentía mejor persona. Las cosas cotidianas las empezaba a vivir con más intensidad, era como si me hubieran cambiado los ojos y estos supieran mirar mejor. Así nació mi nuevo diario y parece que ahora sí que estaba preparada para no dejarlo morir de abandono, porque ese diario soy yo.

9. Mujer, estudiante de marketing, 25 años

PRIMERA CARTA

Desde los 15 años llevo un diario en el que anoto regularmente todo aquello que acontece en mi vida. Lo escribo sobre folios en blanco, y en él figuran los acontecimientos importantes que me suceden. Al principio lo apuntaba todo, incluso lo más cotidiano, pero el paso del tiempo, mejor dicho, la falta de este, hace que en la actualidad sólo anote lo que me parece verdaderamente importante, y como soy una de esas personas que se alegra con las «cosas pequeñas», pues prácticamente hay anotaciones diarias. He tenido temporadas en las que no apuntaba nada, por falta de ánimo o porque no tenía nada que contar... Pero prácticamente en mi diario están detallados los últimos diez años de mi vida.

Al principio encuadernaba yo misma el diario en función del número de folios que llevaba escritos, pero luego fui ordenando mejor las anotaciones y reuniéndolas por años naturales. Así que ya es casi una tradición para mí ir el día 2 de enero de cada año a encuadernar el tomo por el sistema de *canutillo*. Así hay años que ocupan 200 folios de mi apretada letra, y otros apenas 100, según las cosas que me hayan sucedido a lo largo de los meses.

Además de contar los sucesos diarios, incluyo fragmentos de libros, poemas (míos o ajenos), cartas (enviadas o recibidas) y en ocasiones fotos (de periódicos o de mi gente, etc.). Digamos que más que un diario es un informe de todo aquello que compone mi vida, y le aseguro que llevo miles de folios escritos.

La verdad es que cuando pienso en este diario, pienso en él como mi mejor amigo y mayor enemigo al mismo tiempo. Amigo porque sobre él vierto todas mis emociones, decepciones, dolores, alegrías, pensamientos, etc. Y enemigo porque no sé qué voy a hacer con tanto material dentro de un tiempo. Cada vez ocupa más espacio y temo que alguien ajeno a mí pudiera llegar a él. Es un pensamiento extraño... A veces le he leído a algún amigo cosas que hemos hablado, hechos, etc. y que he registrado en el diario. Es curioso observar la reacción de la gente cuando ve escritas sus frases, descritas su forma de hablar o de moverse. Creo que nadie se (re)conoce a sí mismo. Una persona de la que he escrito muchísimo, pero que nunca le he permitido leer nada, dice que yo veo cosas que nadie más puede ver y que, sin embargo, están ahí. La verdad es que soy una gran observadora y me gusta estudiar a la gente.

No suelo releer el diario, curiosamente soy una de esas personas que no miran atrás. El diario es para mí como un tamiz, de él extraigo todo lo que puedo aprender de cada situación o persona, y una vez que he asimilado esa *sabiduría,* no suelo

volver atrás. Cuando estoy pasando por un momento difícil, no leo los días en que fui feliz, porque entonces me vendría abajo, y cuando todo va bien, ¿para qué voy a volver al pasado? La verdad es que no tiene mucho sentido pasar tanto tiempo escribiendo, pero el diario se ha convertido para mí en una auténtica droga y estoy enganchada a él, a poner cada día esas cuatro frases que llenan mis horas: cada beso, cada conversación, cada luz.

No sé qué voy a hacer con todo el *material* que tengo, muchas veces pienso que acabaré quemándolo algún día, porque de algún modo me esclaviza. Quisiera hacerle saber que pongo mi diario a su entera disposición, y puedo enviarle fotocopias o alguno de mis cuadernos, si lo quiere examinar. Póngase en contacto conmigo.

SEGUNDA CARTA

Desde que me llegó tu carta me he pasado las horas consultando los pequeños tomos de mi diario para poder darte la máxima información sobre ellos, que me ha supuesto un reencuentro con mi pasado y conmigo misma. Me he sorprendido a mí misma riendo y llorando al volver a leer determinados pasajes que tenía olvidados, heridas cerradas o abiertas, gente que ya no frecuento y otra que sí... En fin, un poco de todo.

Iré contestando una a una a tus preguntas, después comentaré mi diario a partir de los artículos que me has enviado y por último te introduzco los fragmentos que he seleccionado para mandarte.

Sobre si considero al mío como un *diario íntimo,* personalmente lo dejaría en *diario* a secas, que creo que lo define mejor. En ocasiones he hablado de él como *informe sobre mi vida,* ya que atañe a muchas cosas, no sólo a mí como persona sino a todo lo que forma mi mundo: familia (aunque apenas aparece y, cuando lo hace, es brevemente), amigos, lugares, compañeros, viajes, libros, poemas, etc. Cierto es que en él escribo todo aquello que creo que merece la pena registrar, cosas que son importantes para mí, lo que significa que es muy subjetivo el interés que pueda despertar. En mi diario hay cosas efímeras como cielos o golondrinas, que para mí son dignos de ser escritos para que queden prendidos en la retina de mi memoria y pueda volver a verlos cuando los lea. Estas son las *pequeñas cosas* a las que me refería: sensaciones, imágenes, emociones. El diario es como una cámara que hubiera fotografiado los instantes de mi vida.

En el diario hay días alegres y tristes, pero predominan los días neutros, días en los que escribo: «un día más que no ha dejado nada». La alegría o la tristeza han dependido de las circunstancias o de mi estado de ánimo en cada temporada.

Creo, sin embargo, que es más fácil escribir sobre lo triste, como si hubiera más palabras para describir esas emociones; los fragmentos felices no suelen ser tan extensos como los deprimidos, lo que por cierto es una pena.

Empecé a llevar el diario en 1989 como una especie de necesidad. Quería dejar escritas algunas cosas que me estaban pasando entonces para no perderlas con el tiempo. Tenía quince años y la cabeza llena de cosas, bueno ahora también, pero entonces era otra cosa. Mantenía correspondencia con amigas y primas y, a veces, cuando nos reuníamos, leíamos esas cartas viejas, y era muy gracioso ver cómo habíamos pensado en otro tiempo y comprobar nuestra *evolución*. Cuando empecé a escribir el diario, me dije a mí misma que debía tener voluntad para continuar, para no perder el interés por llevarlo, y creo que después de 10 años puedo decir que la he tenido y conservado, por lo que me siento orgullosa, sobre todo viendo el montón de hojas que tengo ante mí, en la mesa, ahora mismo mientras escribo.

He hecho un cálculo y tengo algo más de 2.000 páginas manuscritas en estos diez años. Destruí el primer tomo de mi diario, que estaba referido a un personaje misterioso, Patrick, un chico que me hizo temblar el corazón como sólo puede temblar con quince años, pero esto queda ahora tan distante, que me parece ciencia-ficción. Continúo escribiendo porque el diario se ha convertido en mi *droga,* en una auténtica necesidad para mí. El diario es la obra más importante que he realizado en mi vida, y lo mejor de todo es que se trata de una obra viva: crece conmigo, evoluciona, sobrevive.

Decidí encuadernar los folios por comodidad y para evitar el desorden, ya que al tener tantas hojas es más fácil de consultar. Al principio yo misma encuadernaba los folios con un poco de cola blanca y una cinta de embalar, pero luego comencé a escribir dejando el suficiente espacio en los márgenes para ponerle canutillos, y así sigo.

Sospecho y temo que mi madre lo ha encontrado alguna vez y lo ha leído, sobre todo lo deduzco por los comentarios disfrazados que me ha hecho. Es la única persona, que yo sepa, que ha accedido a él contra mi voluntad. De mis amigos, la mayoría conoce la existencia del diario, pero sólo a mi amigo David le he leído algunos fragmentos, y únicamente las líneas donde aparecía él. Le encanta verse reflejado en mis páginas, como si fuera el personaje de un libro. Lo que nunca he hecho es dárselo a alguien para que lo leyera libremente, aunque un par de personas me lo han pedido.

Creo que los aspectos más negativos del diario son el hecho de poder hacer daño a alguien o que pueda llegar a manos ajenas o incontroladas. Cuando hablo de *daño* me refiero a personas que antes podían tener una relación íntima conmigo y ahora

ya no están, y que no les guste lo que ha quedado reflejado de comportamientos, anécdotas, etc., aunque en general los únicos que no se salvan en el diario son aquellos que de algún modo me han hecho daño.

Al ponerme a releer de nuevo las páginas para escoger qué fragmentos fotocopiar, me he dado cuenta de que algunas cosas parecen un poco ridículas y que da vergüenza enseñar ciertos pasajes o entradas completas, especialmente los más antiguos. ¡Cosas de la edad!

Tenía tanto donde elegir que casi me vuelvo loca, y finalmente he escogido tres fragmentos, dos porque me resultan muy especiales y uno al azar, por puro cansancio.

TERCERA CARTA

Me alegro de que te gustaran los fragmentos del diario que te envié en la carta anterior y espero que de algún modo te sirvan.

Contesto ya a tus preguntas. Sobre si tomo notas para el diario, sólo lo hago a veces, en circunstancias excepcionales como viajes, en los que no puedo llevarme los folios conmigo. Por ejemplo, en febrero último, hice un viaje de 10 días a Estados Unidos y como no iba a tener tiempo de escribir, llevé algunas hojas en las que tomaba apuntes de esos días tan intensos para luego poder trasladar al diario todos los detalles. Pero no lo tengo por costumbre, normalmente escribo todo tal como me sale. Tengo mucha facilidad y rapidez para la escritura, mi mente funciona al ritmo de mi mano, y consigo reflejar todas mis ideas tal como las pienso. Nunca, repito, nunca corrijo nada de lo escrito excepto posibles faltas de ortografía, que no suelo cometer. Lo que sí hago a veces es añadir algo a lo ya escrito, y para ello utilizo los márgenes superior o inferior de las hojas; suelen ser detalles que he olvidado mencionar y luego me doy cuenta de que quiero registrarlo para que no caiga en el olvido, pero no me pasa a menudo, tengo muy buena memoria para el orden de las cosas y la importancia de cada una. No corrijo nada, sólo añado, porque sé escribir lo que quiero contar y corregirlo sería como cambiar la realidad. Además, lo gracioso del diario es leer lo que has escrito en un momento dado convencida de ello, sorprenderme de mis propias palabras, sobre todo cuando ya ha pasado el tiempo y uno tiene la capacidad de ver si todo era verdad o estaba equivocado. O cómo han evolucionado ciertas ideas, decisiones, situaciones, con el paso del tiempo.

Me preguntas si he pensado publicar alguna vez el diario. Hay alguna parte que me parece especialmente hermosa (pero por momentos concretos o personas que me han inspirado) y que he pensado utilizarlos de algún modo en relatos

o textos que escribo. No sé si te he dicho que escribir es una de mis aficiones. Siempre he estado en talleres de escritura, he ganado algún premio y tengo un relato publicado. Mi máxima aspiración es escribir un libro y creo que lo más fácil de reflejar es el mundo que tengo más cercano, o sea, el mío; pero esto es sólo un proyecto o más bien un sueño, en el que no pienso demasiado. Empezando por la falta de tiempo debido al trabajo y a los estudios, y porque antes era más soñadora con este tema, y ahora no.

Hay fragmentos de mi diario que me gustaría dar a conocer, pero son partes muy concretas, no en general: sería un suplicio para un lector, son tantas páginas escritas... y la mayoría sólo tienen interés para mí, que las he escrito.

No suelo escribir sobre mi familia, porque me resulta algo tan cotidiano que no me apetece registrarlo en el diario. Es mi vida de todos los días. Sólo relato conversaciones o momentos que por alguna razón son singulares. Además, mi familia es muy pequeña, se reduce a mis padres y a mi hermana. En mi casa suele decirse que «somos nosotros cuatro y estamos solos». Todos los parientes están en Galicia y el contacto es muy reducido, únicamente en las vacaciones de verano. Además, mis padres son los dos hijos únicos, con lo que no tengo tíos ni primos cercanos. Ahora mi abuelo paterno vive con nosotros, desde la muerte de mi abuela hace unos meses, pero él está en su propio mundo, apenas hablamos. Mi hermana ha estado un año en América y hemos notado mucho su ausencia. Bueno, creo que me he ido un poco por las ramas. Lo que quiero decir es que la familia está ahí, siempre, conmigo, por eso me gusta más sacarles fotos (otra de mis aficiones) que escribir sobre ellos. Del periodo de ausencia de mi hermana traspasé todas sus cartas al diario y las conversaciones telefónicas, era algo bastante excepcional.

Otros temas que omito en el diario... Creo que no hay ninguno, excepto el sexo. Hablo de él de manera indirecta y sin dar detalles. Creo que estas cosas deben quedar únicamente entre dos personas, y a mí me gusta más conservarlas en la memoria que en el papel, aunque con el tiempo pierdan intensidad y luz.

Tampoco escribo las cosas que la gente me cuenta y que les podría hacerles daño con el paso del tiempo. Por ejemplo, un amigo homosexual me contaba detalles de sus ligues y yo siempre hablaba de *su pareja,* de modo que no pudiera reconocer nadie el sexo de esa persona. Esta costumbre la perdí con los años y el fortalecimiento de nuestra amistad, y ahora escribo de sus hombres con naturalidad, sin encubrirlos como si fuese delincuentes... No creo que omitir temas o tratarlos de forma encubierta reste sinceridad al diario, simplemente hay temas o cosas sobre las que se puede escribir y otras sobre las que no.

Los diarios no los suelo releer, porque me resulta muy difícil recordar cosas o personas que han ido quedando atrás. Cuando leo los días pasados, a veces se me reproducen tal cantidad de emociones y sentimientos que me pongo muy triste. Es un poco extraño lo que me pasa, y resulta una contradicción continuar escribiendo, pero el diario es mi *droga,* como ya te dije. No te puedes imaginar lo difícil que es para mí escoger fragmentos para enviarte. Al releer todo, me invade una tristeza profunda. Es difícil de explicar y de entender (también para mí). El diario releído me produce dolor.

Próximamente te enviaré un volumen de mi diario (seguramente el correspondiente al año 96), para lo cual te hare algunas indicaciones. Ya te explicaré. Puedes utilizar el nombre de lugares, fechas concretas, todo, excepto nombres propios de personas.

Cuando recibas el volumen, comprenderás lo importante que resulta para mí hacértelo llegar, es como poner un pedazo de mi vida en tus manos. No quisiera perderlo en ninguna circunstancia. Confío además en tu discreción y seriedad, si no fuera así nunca me habría ofrecido a enviártelo.

Mostrar el diario me produce una extraña sensación, como si abriera una ventana secreta para que los otros viesen algo oculto. No me da miedo que lo puedan leer otros, porque ni me conocen ni les afecta lo que allí leyeran. Tengo mucha curiosidad por leer otros diarios que estás estudiando, como si fuera un *voyeur* de la vida de los demás, y saber cómo viven cada uno su relación con su diario. ¿De veras crees que son más interesantes los diarios de las vidas cotidianas de la gente que los de algunos escritores o personas conocidas, como me escribiste en una carta?

Por otra parte, no te preocupes por la destrucción de mi diario. De momento no entra en mis planes, pero no sé qué haré con él cuando pase el tiempo. Esto lo digo tanto por el espacio que ocupa, como por la carga emocional que supone para mí.

FRAGMENTOS DEL DIARIO

4 de diciembre de 1989, lunes
Empiezo este diario. Tengo que estudiar, pero no me apetece lo más mínimo. Esta mañana, en clase, me dice Cuadradito: ¿me dejas el *workbook*?, y al ir a dárselo, me ha desaparecido la cartera. El muy gracioso la había tirado donde Aitor. Yo, tranquilamente, le he llamado y le he pedido que me la diera. El tío ni me ha entendido y se lo he tenido que repetir. Entonces ha preguntado: ¿cuál? ¿Ésta? ¡Como si hubiera cincuenta mil mochilas! Pues claro, le he contestado. Él la ha

cogido y yo pensé que me la iba a tirar a lo bestia, pero se la ha pasado a Eduardo, y éste, muy sonriente, me la ha tirado al suelo. Diez minutos más tarde, le he confesado a Ana que Aitor me gustaba y a los cuatro me he arrepentido tanto que le pedí que lo olvidara.

Después, en el segundo recreo, se han puesto a jugar al fútbol con el borrador en el pasillo y Ana me dijo que Aitor se pirraba por las tías que no se dejaban meter mano. Un tanto a mi favor. Bajó Javi Arroyo, el primo de Ana, y yo me hice la cabreada con él, porque la semana pasada le contó a Santi que me gustaba. Casi nos peleamos, pero sólo forcejeamos, y me dice Ana «si vieras con qué cara nos estaba mirando Aitor...». Mejor, que mire lo que quiera. Pues en clase de inglés, le he pillado mirando hacia mi sitio un par de veces. Está más bueno..., aunque me fastidia que no deje de andarse en el dichoso pelo. Otro dato más: cuando salíamos a las tres, me he caído al suelo en el pasillo y Tudela casi se tropieza conmigo. Aitor sólo me ha mirado de pasada.

De camino a casa, en la calle San Prudencio, como siempre, hemos visto a Vicente (¡rima!) y cuando se ha echado el flequillo hacia atrás (chulería 100 por 100) no he podido evitar una especie de grito. El chaval ha girado la cabeza y nos ha mirado, pero yo no le he hecho ni caso. Vi la foto de Patrick Swayze, mi actor favorito junto a Harrison Ford, y me quedé sin ver a Tedy, que este fin de semana se cortó el pelo. Eso es todo por hoy. Mañana tengo dos exámenes. Me deseo suerte, ¿vale? Vale. Hasta... pronto. (Por si mañana no puedo escribir)

30 de enero de 1996, martes

Papá me dijo que me fuera con él a Burgos un par de días a vender, y yo me apunté por supuesto. Así que metí en la bolsa el pijama, los libros y mi cajita de píldoras (inseparables ya de mí, pero aún no me acostumbro y tengo que ponerlas a la vista para no olvidarme).

Salimos temprano de Vitoria, el cielo encapotado y la carretera infinita. Estaba triste porque volví a soñar con X. Estábamos en la cocina y le comía a besos loca de contento y le decía: «Has vuelto, has vuelto, nunca pensé que lo harías, nunca». Todo fue malditamente real.

Cuando nos acercábamos a La Puebla de Arganzón empezamos a ver luces de la Guardia Civil. Mi padre dijo: «Ayer había un control... y hoy otro». Mi corazón se encogió en el pecho. Me decía: «No puede ser, el destino no puede hacerme esto». Ya me veía dentro del coche, parados, X de pie al borde de la calzada, su cuerpo cruzado por un arma, nuestros ojos como platos, mi corazón latía a toda

velocidad, veía a los guardias con sus uniformes, todos iguales, rostros bajo la visera, yo pidiendo por favor no verle, no forzar más mi debilidad. Finalmente no nos pararon y continuamos camino, mi corazón muriendo poco a poco. Me quedé mirando su cuartel al pasar; un coche rojo (¿el suyo?), aparcado en el recinto, el edificio donde vivirá..., donde vive sin mí, sin mí. Rota por el dolor. Fue una suerte perderle, porque así no me queda nada más que perder.

En los límites del País Vasco no se ve nunca a la Guardia Civil. Los guardan en naftalina dentro de los cuarteles. Son los cuarteles del miedo y la incomprensión. Pero al cruzar las fronteras invisibles, aparecen en todas las orillas. Tengo un olfato especial, los descubro antes de ver sus luces verdes. En el fondo, muy en el fondo, mi corazón lleva un tricornio pequeñito.

Llegamos a Burgos en apenas una hora, tan cerca está. Visitamos a nuestra primera clienta en un barrio de lo más pobre, parecían las casas baratas de Verín. Nos contó que su marido siempre le está diciendo que está gordita y tal y cual, y llegan los Reyes y le regala bombones. «¡La madre que lo parió!»

La segunda clienta estaba en una calle llena de gente en el centro de Burgos. Una señora rubia con cara de enferma, apenas podía hablar. Papá le comentó que tenía muy mala cara. «Es que tengo muchos problemas», nos dijo. «Pero, ¿qué le sucede? ¿Problemas económicos?» «Es que soy la hermana de José Antonio Ortega Lara, el funcionario de prisiones al que ha secuestrado ETA hace dos semanas...». Nos quedamos sin palabras. Estaba deshecha y encima al saber que vives en Euskadi, pues qué cara van a poner... Aunque le expliques que piensas lo mismo que ellos, que vives con el tema a cuestas día tras día, ellos no pueden entenderlo y mucho menos disculparte. Qué injusto es que sucedan estas cosas. Me rompen el alma.

Nuestra tercera clienta estaba en la misma calle, una tienda de manualidades. Nos dijo que había sido un éxito la venta y nos hizo el mejor pedido de todos, una pasada. Mientras nos atendía, estuvo arreglando con silicona una figura de porcelana, era toda una artista.

Dimos una vuelta con el coche por Burgos para localizar a una clienta de una perfumería que no había pagado el último pedido, pero no pudimos verla. La tienda estaba cerrada, así que nos fuimos a comer a un restaurante debajo de la casa de D. (el de Laza). Le llamamos y quedamos para tomar café.

Como terminamos pronto de comer, fuimos a ver un centro comercial que abrieron hace poco y del que todo el mundo nos hablaba, pues han echado abajo a muchos pequeños comerciantes. Dimos una vuelta por allí y volvimos a casa de D.

Nos reunimos en un bar y estuvimos un buen rato de charla, no le veía desde el verano. Nos estuvo contando cosas de Laza y Verín, unos rollos impresionantes con la gente: borracheras, peleas, disparos, accidentes de coche... Yo alucinando, me daba la risa por no llorar, era penoso. Y ahora llega el *entroido*. «¿Cómo no vas a ir?», me preguntó. «Quita, quita, quiero conservar la vida». Me habló de casi todos sus amigos, menos mal que no salió XX a colación, porque no lo hubiera soportado. Lo cierto es que mientras le oía hablar no dejaba de pensar, «tu amigo es un cabrón, pero a todo cerdo le llega su hora». Sé que no es culpa de D. lo que a mí me ha pasado y seguramente nunca se lo contaré, pero hay cosas que tendría que saber todo el mundo. Hay heridas que no pueden quedar abiertas.

Al mirar dentro de mí me gusta lo que veo. Tengo la cabeza bien puesta en su sitio pero creo, contrariamente a lo que pensaba, que eso no evita que te den, no palos, sino auténticas hostias.

Dejamos a D. en su trabajo, comentamos de comer juntos al día siguiente, pero no quedamos en nada concreto, así que me despedí de él hasta la próxima vez (¿verano?, ¿quién sabe?)

Por la tarde visitamos una librería, un estanco y una tienda de niños, sólo dos pedidos, pero buenos. Mientras guardábamos las maletas en el coche me dijo papá riendo: «¡Somos los putos amos!». Y es verdad.

Dimos alguna vuelta más con el coche escuchando en la radio *A girl like you,* un tema de E. Collins que me metió Rocío en vena. Una canción golosa, me encanta.

Al final cogimos la carretera a Cilleruelo, donde íbamos a dormir, el asfalto cubierto por la niebla, se veía fatal. Papá y yo fuimos hablando sobre un montón de cosas, sobre todo de Verín, a raíz de lo que nos contó D. Le conté que la gente de allí me parece cada vez más cruel, que no entiendo el que se comporten así, parece que sólo viven para hacer daño y reírse a costa de los demás. Adoro Verín como pueblo, es mi esencia, siempre lo diré, aunque sé a ciencia cierta que no podría vivir allí, que esa tierra me tragaría, que esa gente acabaría con todo lo bueno que puede haber en mí. Reniego de la gente, pero si me quedaran dos días de vida, cogería carretera hacia allí para ir a morir a la hierba de mis ríos, mi valle, mis sauces. Espero no sentirme una extranjera cuando vaya en Semana Santa. Al menos tendré a Norma para que me coja de la mano y me diga «por aquí».

Hablamos mucho de todo esto y los pocos ratos que íbamos en silencio, estuve trabajando mentalmente en un poema: «Dadme guerra, no me deis amor...». Me sentía terriblemente fuerte y era extraño después de la crisis de la mañana.

Al llegar a Cilleruelo hicimos otro pedido más: una tienda de pueblo donde venden de todo, parecida a la tienda de la abuela.

Cenamos tranquilamente en el hostal. Estuve tomando notas para el diario y escribí una postal para Norma. Estábamos como en casa, porque el hostal estaba cerrado por obras, pero tienen tanta confianza con papá que nos reservaron una habitación. Nos subieron un televisor y todo, y teníamos el edificio para nosotros. Una gozada.

Mientras escribía estuve pensando en la vida de mi padre, en todas las noches de soledad que pasa en hostales como éste, en las vueltas que dan las maletas, en las conversaciones con sus clientes: cada uno te cuenta su historia. Para llenar un libro... Prefiero esto, salir a buscar a la gente en lugar de esperar que ellos vengan a ti. Para mí es desesperante tirarse a veces una tarde entera sentada sin que aparezca un alma por la tienda. Al final te salen flores en el culo; porque no vas a estar de pie todo el día limpiando lo que está limpio y ordenando lo ordenado. Para mí no hay ninguna duda de que hay que valer para los trabajos. Eso es así y no hay que darle vueltas.

Saqué los libros para estudiar un poco antes de dormir y se me cerraban los ojos. Estaba agotada y al final los metí en la bolsa, me arrebujé entre las mantas y hala.

10. Mujer, profesora, 34 años

CARTA

No soy escritora habitual de diarios íntimos. En realidad, y en sentido estricto, nunca he llevado uno de ellos. Me explico: aunque tengo tendencia natural a expresar mis reflexiones por escrito, suelo ser bastante anárquica en el orden y periodicidad con la que escribo. Tampoco suelo limitarme a escribir mis propias ideas o sensaciones, sino que a menudo copio frases y pensamientos leídos en otros y que llaman mi atención o explican mis propias emociones ante algo. Además, como escritora habitual de poesía, no puedo evitar intercalar, inevitablemente, más de un poema propio o ajeno entre toda aquella *mêlée* de frases y aforismos.

Todo lo anterior resultará bastante común, supongo, y no creo que le aporte gran interés a su estudio. Ahora bien, si me he decidido a escribirle es para contarle otra experiencia al respecto, la cual me parece más interesante. Cuando antes le decía que nunca había llevado un diario íntimo, faltaba a la verdad, porque en una ocasión sí lo hice. A continuación paso a relatarle este asunto, aunque ciertamente pertenece a la parte más íntima de mi vida y espero que sabrá guardar la discreción debida.

Hace unos años sufrí (como tantos otros) un duro desengaño amoroso. Mi estado anímico se debilitó mucho y decidí que necesitaba *automedicarme* con una terapia particular y propia. Dicha terapia consistió en escribir lo que yo di en llamar un *cuaderno de bitácora,* que pretendía dejar por escrito mi estado de ánimo y pensamientos cotidianos. La cuestión era obligarme a un distanciamiento emocional suficiente que me permitiera auto-observarme, imprescindible para describir mis emociones.

Le aseguro que me fue de gran utilidad. Nunca he sentido con mayor fuerza la idea de que la palabra tiene poderes mágicos inesperados. Cuando terminaba mi tarea diaria sobre el *cuadernito,* me sentía mucho mejor y más equilibrada.

La experiencia duró lo que el malestar amoroso y fue sorprendente comprobar cómo a medida que se restablecía mi ánimo, se espaciaban más las fechas en el cuaderno. Al final, dejó de serme necesario y, un buen día, sin más, dejé de escribir en él.

Esta es la primera entrada de mi particular *Cuaderno de Bitácora,* sin ningún arreglo, para que se haga una idea mejor del tono y sentido del mismo:

Marzo, 1992
Como los buenos navegantes y aventureros inicio este *cuaderno de bitácora* cuando la tempestad más arrecia, para que al menos quede prueba final si sucumbo en el intento. Por sucumbir entiendo desaparecer tal y como hoy soy, transformarme en algo diferente (quizá mejor, quizá peor). Pero no es una transformación buscada, sino impuesta. Por eso, será también dolorosa.

Para empezar por el principio, como debe hacerse, debería precisar primero el punto en el que me encuentro. Eso podría hacerlo, sin duda, si tuviera alguna noción de dónde estoy ahora. Un pesimista diría que justo en el límite del precipicio y con un pie ya en el vacío. Un optimista, en cambio, pensaría que todavía tengo un pie sobre la tierra y que la situación puede empezar a controlarse.

Pero todo esto está alejándose del fin primordial que busco. Necesito analizar en profundidad las circunstancias. Quizá debería empezar por analizarme a mí.

11. Hombre, estudiante universitario, 21 años

PRIMERA CARTA
Siempre me han hecho mucha gracia esos pequeños librillos de pastas duras de color marmóreo y con páginas de papel de buena calidad en tonos pastel. Es raro que un chaval no acabe con más de uno de estos diarios debajo del brazo el día de

su comunión y que, en la mayoría de los casos, éstos pasen a ocupar un hueco en una estantería sin saber exactamente para que sirven. Los dos que me regalaron el día de mi comunión acabaron en el cubo de la basura, ¿para qué quería yo un libro sin letras?

Mi diario es uno de esos cuadernos ultramodernos de gruesas tapas grises y páginas con diferentes colores identificativos para cada una de las asignaturas. Cuando lo compré ya sabía que iba a ser mi diario; la razón de escoger este extraño soporte fue porque pensé que tardaría mucho tiempo en rellenar sus aproximadamente más de 150 hojas (por las dos caras). Me acordé de que aquel pequeño libro que tiré a la basura el día de mi comunión tenía algo que llamó mi atención: una pequeña cerradura metalizada que se abría con una minúscula llave. Ni corto ni perezoso cogí el taladro que hay en casa e hice un agujero que atravesara la gruesa libreta por el centro del lateral. Compré un candado, un poco tosco, para cerrar el que sería mi diario.

Decir que no quiero que nadie lea mi diario bajo ningún concepto sería mentir: no quiero que ninguna persona excepto yo mismo pueda leer la totalidad de las páginas del mismo, aunque, sin embargo, me gustaría que personas concretas leyeran páginas específicas de él ya que en éstas se ponen de manifiesto aspectos que más de una vez no he sabido expresar ni adecuadamente ni en el momento o lugar oportuno.

Sobre la pasta, y a la vista de aquél que lo encuentre, hay una especie de leyenda escrita en un trozo de papel y pegada con un trozo de celo (volvemos a la tosquedad a la que hacía mención antes): «Este diario es mío. Contiene cosas que sólo me conciernen a mí. No intentes leerlo, no está hecho para ti. Mis pensamientos son míos y posiblemente no los compartas o te dolerán. Respeta mi intimidad. No seas cotilla. La curiosidad mató al gato». Debo aclarar un aspecto: esta leyenda no está escrita sólo para aquella persona que por casualidad tuviera la ocasión de leer mi diario sin que yo lo supiera, sino también es una advertencia a mí mismo, ya que todos y cada uno de nosotros podemos caer en la tentación de mirar, ver, leer, probar, etc., algo que no nos afecta directamente, sin tener en cuenta las consecuencias que cualquiera de estas acciones pueda conllevar.

Comencé mi diario el 15 de septiembre de 1994, tal y como se puede leer en su primera línea: «La idea de empezar hoy sólo se debe a que he empezado a cursar COU». Así pues, mi diario no nació espontáneamente, sino que fue fruto de una idea que ya premeditaba anteriormente. Cada anotación que se puede leer tiene como encabezamiento el día, el mes y el año (en la mayoría de las entradas está escrito el día y la hora).

La idea fue, en un principio, la de escribir todos los días en él antes de irme a la cama, y así fue durante mucho tiempo. Escribía todos los días, siempre tenía algo que contar ya que me encontraba en un momento de mi vida muy activo (en comparación con el actual). Desde el 15 de septiembre del 94 hasta el 6 de enero del 96 he escrito sin interrupción todos y cada uno de los días. Ya se veía venir antes de esa última fecha que el contenido de las páginas iba cada vez a menos, había días en los que sólo se pueden leer cosas como éstas: «J, 12 XI 95: Rutina, pura y puta rutina». Hay una anotación que resume la inactividad de la que me hice presa en esa época, se trata de cuatro días en los que no escribí, pero resumí con una aclaración: «NO HAY NADA QUE CONTAR».

¿Qué ha sido mi diario? (La pregunta debería ser ¿qué es? Ya que todavía está ahí esperando que yo tenga algo que decir. Como le contaré después, aún lo uso). Mi diario ha funcionado como una cámara de vídeo durante mucho tiempo: sus páginas están repletas de simples relatos de lo que acontecía en el trascurso del día. «*S,* 26 *XI* 94: He pasado el día solo. He hecho esquemas de literatura y filosofía. No he salido. Por suerte mi tía Carmela ha venido sólo de paso y no se ha quedado en casa a dar la coña». Este extracto es una expresión mínima ya que en la mayoría de las ocasiones suelo seleccionar un aspecto relacionado con algo que haya ocurrido durante el día y, a partir de éste, comienzo una reflexión personal que puede durar una palabra, unas líneas o unas páginas.

Mi diario ha ejercido de laboratorio de algunas prácticas un tanto especiales: no es muy habitual que alguien llegue a casa a las 3 de la madrugada con unas cuantas copas de más, bastantes para ser más preciso, y se ponga a relatar en su diario qué tal le ha ido la noche: «*S,* 29 *X* 94 *(*3.05 *a. m.)*: El Barça empata con la Real Sociedad y el Madrid por fin pierde. Una noche de puta madre: [enumeración de amigos con los que he pasado la noche]. Con las gilipolleces y con la tontería he cogido un ciego del copón. En el bar de Alonso casi no podía moverme y ahora no tengo fuerzas para escribir. Estoy muy borracho. [Una gran línea que hace más de una curva acaba el hueco del último renglón]». Como curiosidad escribía siempre el resultado de mi equipo de fútbol (Barça), siempre que jugaba. Las páginas escritas en sábado por la noche solían ser como ésta. La mano escribe demasiado suelta y los renglones se pisan unos a los otros.

Beber era una actividad como tantas de las que hacía cualquier sábado por la noche; no era una acción independiente ni con un fin concreto (la borrachera) sino un aspecto más de la noche de marcha. El efecto de la bebida no siempre era tan positivo como en el ejemplo anterior, sino que muchas veces se tornaba en un estímulo autodestructivo; en estos casos las páginas son angustiadas, escritas

con mucha rabia, con el trazo más duro, fuertes autocríticas que sólo me realizaba bajo el efecto del alcohol.

Otra de las prácticas que he llevado a cabo en mi diario ha sido la de la escritura automática. No se trató de algo premeditado, sino que aproveché la circunstancia en una ocasión en la que me sentía deprimido por una circunstancia concreta: todo esto se tradujo en seis folios escritos con poca luz, con rapidez... En ellos se mezclan diferentes sentimientos contradictorios, renglones torcidos, líneas curvas. De nuevo aparece el elemento autodestructivo (entiéndase en el sentido de autocrítica y descalificaciones, no en el sentido más radical del término).

El último experimento es más reciente: lo he llevado a cabo dos veces en este mismo año. Lo realizo como una simple curiosidad. Aprovechando que por la noche me levanto de madrugada a usar el baño, he tomado este tiempo para anotar el sueño que acabo de tener antes de despertarme (un sueño vivido con inusitada intensidad). Si no lo escribiera en ese momento, al día siguiente no lo recordaría.

Las páginas de mi diario están, por lo general, dedicadas a la reflexión (a excepción de las páginas narrativas a las que hice alusión antes). Esto es debido a que están escritas dentro de un periodo de mi vida en la que acababa de ser león (Nietzsche, en *Así habló Zaratustra,* habla del león como la etapa de la vida en que nos rebelamos contra las normas que nos imponen y creamos valores propios que, a veces, se vuelven contra nosotros) para pasar a ser niño (Nietzsche habla del niño como la etapa de la vida en la que el espíritu del hombre hace su propia voluntad, el hombre conquista su propio mundo). Esta es la metáfora (la más bella en mi opinión) del niño rebelde que abandona su conducta violenta y antidialogante para empezar su andadura en el mundo serio y reflexivo de los adultos. La asignatura de filosofía (y el profesor de la misma en mi caso) sirvió para que me volviera una persona más reflexiva. No obstante, la eterna duda, como anoté en mi diario, prevalecía: «¿Hasta qué punto es conveniente reflexionar sobre todo lo que nos ocurre en la vida?» *(viernes,* 18 *XI* 94*).*

Soy un verdadero apasionado de la literatura. Desde que leí la primera novela con 11 años, no he abandonado la lectura jamás; hasta el punto que hoy por hoy en mi casa hay registro de más de 340 libros. Supongo que ésta es una de las razones más importantes para que lleve diario. Cuando era niño, una de mis profesiones soñadas era la de escritor. Las páginas de mi diario contienen mi literatura personal: ensayo, erotismo, realismo y, cómo no, autobiografía. «Ahora leo y no pienso, aunque recuerdo y sigo afirmando esos momentos de inconsciencia, arrebato, anonimato, bajeza, dolor... y orgullo. Ayer el contexto era ideal: translucidez, tristeza, dolor...

ideal para este tiempo corto de mecanicismo, impulso y pseudo-sentimentalismo: las noticias frescas, que Cancerbero descargó sobre mis oídos, fueron el detonante para quebrar mi cristal antibalas, fueron capaces de abrir esa pequeña fisura en que malgasto el tiempo intentando convencerme de que éste no existe, por ella se escapan con rapidez sentimientos de odio, celos sin sentido, añoranza de tiempos pasados, supuestos de suicidio y mil síntomas de bajeza y humanidad: todos ellos sobre la joroba del camello o bien entre los dientes ensangrentados del león nunca satisfecho» (*M,* 19 *XII* 95). Esto está escrito tras haber leído lo que escribí la noche anterior con varias copas y con sentimientos negativos demasiado profundos.

El diario que he llevado durante tanto tiempo ha sido un libro testigo, por una parte, y un libro amigo por otra. Ha sido un testimonio de diversos sucesos que me han acontecido durante una parte de mi vida. Se trata de un testimonio personal e íntimo donde se pueden hallar desde simples sucesos un tanto irrelevantes, hasta reflexiones sobre cuestiones *filosóficas* (o que, al menos, resultan más atrayentes cuando se tiene entre 16 y 18 años). El diario es un amigo al que puedes moldear a tu gusto: siempre tiene tiempo para escuchar tus ideas, tus cuentos, tus pensamientos de la más diversa índole, etc. Este es un aspecto esencial del diario ya que a él se le cuentan las cosas de la forma que más apetezca: si tenemos *alma de poeta* podemos tratar nuestras experiencias sin miedo a que se rían de nosotros, si queremos tratarlo como a un colega podemos explicarle las cosas como si de uno más se tratara. Algunas intimidades propias sólo las depositamos en él y de ahí proviene el único miedo: que los demás conozcan un aspecto de nosotros mismos que sólo somos capaces de plasmar en los reglones del papel.

SEGUNDA CARTA

Contesto a las preguntas que me hizo en su carta:

1. No hubo ningún motivo o estímulo especial para iniciar mi diario. Siempre me ha gustado escribir y tengo la necesidad de hacerlo. A veces las palabras escritas me ayudan muchísimo más que las habladas.
2. En mi diario recojo lo que debió ser y no fue, lo que tuve que decir y lo que no dije... En mi diario rindo cuentas ante mí mismo y ante los demás: *mea culpa*.
3. Leo y releo mi diario para recordar, para evocar lugares y personas y, sobre todo, para comprobar si mis reflexiones han variado en exceso: la coherencia es la mejor de las virtudes.

4. Mi diario sigue allí esperándome, pero ahora sólo me acerco a él cuando el *león* ruge. El ordenador e Internet le hace la competencia y los diskettes flexibles se han convertido en los nuevos guardianes.

   Ya no hay una *cámara de vídeo* como antaño, sino un lienzo, un espacio para el desahogo: un contenedor de sentimientos.

5. ¿Publicar mi diario? En su integridad, NUNCA; algunos pasajes, QUIZÁ.

12. Mujer, 27 años

PRIMERA CARTA

Comencé mi diario en el año 95 y desde entonces lo mantengo con una frecuencia relativa, va de dos o tres veces por semana a quince días en blanco más o menos. Utilizo pequeños cuadernos cuadriculados (para no torcerme), cuando termino uno lo leo, después lo rompo en pedacitos y estreno otro. No los corrijo, salvo algunos tachones sobre la marcha, no me preocupa el estilo porque no lo tengo. Aclaro que carezco de toda vocación literaria.

¿Por qué los escribo entonces? Todo comenzó cuando descubrí a Cioran, ese rumano maravilloso e irrepetible. Yo no sabía quién era este señor hasta que leí la noticia de su muerte en un periódico. Fue un flechazo, a partir de entonces me he vuelto loca buscando todos sus libros, que han sido para mí una revelación. A mi querido Cioran le gustaban mucho los diarios, las cartas, todo lo que le olía a confesión, y me lo contagió.

Así empecé mi diario, que en realidad no lo es, porque lo que hago es escribir cartas (a mi viejo amigo, claro). Pero no se ría, simplemente en lugar de hablar sola me parece que lo estoy haciendo con alguien y me resulta más entretenido. Cioran decía que escribir es una forma de terapia, te desahogas: «Las palabras son caritativas. Su frágil realidad nos engaña y nos consuela».

SEGUNDA CARTA

Gracias por su carta y por toda la documentación que me envía, me ha parecido realmente apasionante. Los resultados de la encuesta son sorprendentes, no podía imaginar que hubiese tanta gente aficionada a los diarios. Ahora sé que no soy ningún bicho raro, menos mal.

Intentaré contestar a sus preguntas, permítame comenzar por las más fáciles.

Frecuencia: al principio era muy irregular, podía pasar hasta un mes sin escribir nada, ahora estoy más enganchada, normalmente escribo dos o tres veces a la semana.

Cuánto: no soy muy extensa, ya le comenté que utilizaba pequeños cuadernillos, en general cada carta me ocupa dos hojas por ambas caras. No siempre es así, todo depende si hay mucho o poco que contar y de las ganas de hacerlo.

Dónde: siempre en la terraza de mi habitación, una pequeña galería muy acogedora. Es mi rincón favorito.

Hora: normalmente por la noche o a última hora de la tarde.

Sobre el contenido no sé cómo explicarme, podría decir que hay de todo, pero eso es igual que no decir nada. A veces se parece un poco al *Libro de Job,* todo un catálogo de quejas, otras, en cambio, abundan las payasadas. En general lo que anoto son pequeños detalles de la vida diaria, cosas aparentemente intrascendentes, pero que a mí me importan. Como llevo una vida de lo más corriente, no aparecen grandes noticiones. Una de las secciones fijas suele ser el parte meteorológico, tengo la manía de hablar del tiempo.

En cuanto al valor terapéutico del diario, para mí es la función fundamental, de hecho, comencé a escribirlo con ese único propósito. Soy una persona extremadamente reservada, me cuesta expresar abiertamente mis sentimientos, el diario me concede una total libertad y, sobre todo, me permite ser absolutamente sincera, sin trampa ni cartón. Además, por escrito pierdo el sentido del ridículo. Por ejemplo, si tuviera que contarle estas mismas cosas cara a cara, dudo mucho que lo hiciera, en cambio por escrito todo es más fácil.

Después de más de cuatro años con este diario, la función terapéutica ya no es la única, ahora se ha convertido en una costumbre, casi en una adicción, a veces escribo por puro divertimento.

Por último, llegamos al espinoso asunto de la destrucción. Creo han sido tres los cuadernos que he escrito y roto, ¿o eran cuatro? No estoy segura. No he salvado nunca nada y nunca lo he lamentado. Durante un tiempo conservé los dos primeros cuadernos (eso sí lo recuerdo), pero después pensé que era absurdo. ¿Para qué? No tengo intención de legar mi diario a la posteridad y tampoco pretendo como algunos que me entierren con él. Si se conserva un diario es con el deseo, oculto o manifiesto, de que alguien lo lea, aunque también podría conservarse para leerlo el propio diarista al cabo del tiempo. En cualquier caso, yo no lo escribo para nadie, únicamente para mí, no creo que tenga ningún valor para otra

persona que no sea yo misma. Por eso a nadie se lo he leído, ni nadie sabe que lo escribo. Tampoco siento interés por leerlo más adelante. No es que esos cuadernos me den igual, es sólo que le doy la importancia justa. No quiero sobrevalorarlos. Cuando los rompo ya han cumplido su función, no les pido más, me han acompañado durante una temporada y luego desaparecen como también ha desaparecido el tiempo que reflejaban. Ya sé que la memoria es olvidadiza y nos juega malas pasadas, pero no creo que la vida pueda apresarse en las páginas de un diario.

Sin embargo, debo confesarle que hay otro motivo para su destrucción, quizá más importante, y es el temor a que lo descubran. Si alguien de mi familia más cercana leyese ese diario puede que se sintiese herido o culpable y no habría ninguna razón para ello, porque yo les quiero así, tal como son, con sus miserias y sus grandezas, como todo el mundo. Tal vez ellos no lo viesen del mismo modo, les haría sufrir inútilmente. Francamente no merece la pena.

Se me olvidaba contarle dónde lo escondo, creo que este puede ser uno de los aspectos más entretenidos de su investigación. Me imagino que la gente lo guardará en los lugares más insospechados. Por mi parte soy de lo más tradicional, lo pongo en una balda del armario, debajo de un montón de ropa.

Me gustaría contestar a su etc., pero no se me ocurre nada, únicamente que utilizo pseudónimo, firmo esas cartas como Simone Boué, no es difícil averiguar de quién se trata... Efectivamente, era la compañera de mi querido Cioran.

TERCERA CARTA

Me alegra saber que el libro va a publicarse, es una buena noticia, había llegado a pensar que serían tantos los problemas para conseguirlo, que igual había tirado la toalla.

Sobre la cita de Cioran: «Las palabras son caritativas. Su frágil realidad nos engaña y nos consuela», está tomada de su libro *Breviario de podredumbre,* dentro del apartado «Los ángeles reaccionarios».

Comprendo que para estudiar a fondo la práctica de los diarios íntimos es necesario leerlos, de eso no cabe duda, pero lo siento, no puedo enviarle nada, ya sabe que rompo todos mis cuadernos, sólo conservo el que actualmente escribo. Podría extraer algún fragmento de éste, pero me siento incapaz, sería como traicionarme a mí misma, al menos así es como yo lo veo, espero que sepa entenderlo.

13. Mujer, 37 años

PRIMERA CARTA

Comencé mi diario en la adolescencia a los doce años y no me duró más de tres. Me propuse hacerlo diariamente, por la noche antes de acostarme. Anotaba lo más destacado del día, pero, quizá porque mis días no se distinguían mucho unos de otros, lo fui dejando para *ocasiones especiales:* cuando un niño que me gustaba me decía que estaba *por mí;* cuando ya no me hacía caso o cuando aparecía otro que me gustaba más, etc.

Pienso que escribir estas cosas íntimas en la etapa adolescente, justo cuando empiezas a darte cuenta de que tienes intimidad, el materializarlo en un cuaderno te da seguridad e independencia. Al poner por escrito algo que no puedes comunicar a nadie, es como si se pusieran un poco las cosas en orden.

Ahora ni lo conservo y creo que uno de los motivos por lo que dejé de llevarlo fue encontrar amigas a las que podía contarles lo que me pasaba y ellas podían a su vez aconsejarme. En este momento ya ni me planteo hacer un diario de esas características, pues en mi opinión las personas adultas que tienen necesidad de contar sus amores y problemas afectivos a un papel no tienen a nadie a quien contárselos o siguen en la inmadurez de la adolescencia. Lo que sí conservo son las agendas de los últimos años, pues me gusta recordar el día a día con sus citas, planes, amistades y los números de teléfono que van añadiéndose a la lista.

SEGUNDA CARTA

Estoy de acuerdo contigo en las consideraciones que me haces sobre los juicios lanzados en mi anterior carta sobre la posible inmadurez de los que llevan diario. Quizá generalicé sobre el tipo de personas que llevan diario íntimo. En mi opinión hay un perfil de diaristas que responden al tipo del adolescente inmaduro sentimentalmente, pero también es cierto, como me sugieres, que hay personas que no llevan diario ni lo llevaron nunca que son igualmente inmaduros afectivamente.

Veo muy positivo el diario personal como motivo para la reflexión, para poner las ideas en orden, para guardar memoria de lo vivido, para dejarlo como herencia a tus seres queridos, para encontrarte contigo mismo a través de la escritura, etc. Desde este punto de vista pienso que habría que hacer todo lo posible para fomentarlo.

Respecto a las preguntas que me haces sobre mis agendas, te he de decir que no creo que se puedan equiparar con un diario, porque su función es la de

organización. Lo que anoto son planes, citas, aniversarios, conferencias, cursos, etc. En algunos casos, también anoto ideas o frases que me han gustado de algún libro que he leído. Las conservo desde 1992, me gusta ojearlas de vez en cuando, para ver qué hice en tal fecha o qué día estuve en tal sitio.

Me gusta recordar a las personas con las que me relacionaba en esa etapa de mi vida: con algunas ya he perdido el contacto y con otras he afianzado mi amistad. Los sentimientos que aparecen son de nostalgia, de ternura y de un gozo íntimo de haberlo vivido. Esto es lo único que pueden tener en común las agendas con el diario: guardar memoria del pasado personal.

Algo parecido sentí, cuando no hace mucho leí unas postales de mi abuelo que conserva mi padre. Corresponden a fechas anteriores a la Guerra Civil, cuando fue trasladado de Burgos a Lérida. Eran postales que escribía a mi abuela casi a diario y tienen el encanto y la ternura, junto con el testimonio de la época, que hace que sean un tesoro familiar muy entrañable.

14. Mujer, 35 años

PRIMERA CARTA

Cuando cumplí doce años me regalaron un diario; esa misma tarde comencé a escribir en él. Es un cuaderno rojo imitando piel y con cerradura. Escribía sin ninguna imposición: cada día, cada dos o uno a la semana; en ocasiones lo utilizaba para descargar un enojo adolescente; pasados unos meses señalaba los acontecimientos más sobresalientes y posteriormente resúmenes de meses y de años enteros. Me dirigía a él como a un amigo, incluso le puse nombre. Lo terminé en 1987 —doce años después de que me lo regalaran—. Durante el año siguiente le escribí cartas que guardaba entre sus hojas, en las que me expresaba con menor reserva.

Este diario está escrito de forma espontánea, con palabras propias de mi dialecto y expresiones de la jerga estudiantil. Redactado siempre en mi habitación y en soledad. Aunque el azar lo trajo a mis manos, tenía afición a la escritura y siempre fue un agradable compañero.

Durante dos años no escribí y en 1990 me planteé comenzar otro diario. Compré una libreta de pastas duras, con líneas, y en homenaje al *Cuaderno dorado,* de Doris Lessing, sustituí el trato de *diario* por el de *cuaderno.* El propósito era practicar la escritura, anotar las cosas que me ocurrían para no olvidarlas —recordándolas cuando me placiera— y despejar la mente.

Desde entonces he redactado catorce cuadernos —además del que actualmente tengo en uso—. Son un fiel reflejo de mi vida, mis ilusiones, proyectos, preocupaciones...; anoto acontecimientos políticos o sociales; cosas que les ocurren a otras personas conocidas más o menos próximas. En los primeros incluía algún relato corto.

Inauguro cada cuaderno con una cita ajena que en esos momentos se ajusta a mis sentimientos. Comienzo a redactar indicando el lugar geográfico, la hora y la fecha. El estilo es diferente de unos días a otros: unas veces, directo, y otras, más cuidado, unas, escrito con apresuramiento y otras, con deleite; siempre producto del estado de ánimo del momento.

Como mínimo escribo una vez a la semana. A menudo todos los días o varias veces al día indicando la hora. La frecuencia depende de la necesidad que sienta de escribir o del deseo de que un hecho quede recogido. Lo hago sola en mi habitación y suelo apurarme o interrumpirme cuando alguien irrumpe en ella.

Al principio cuando viajaba llevaba el cuaderno; más adelante decidí tener uno expresamente para las vacaciones. En esas ocasiones escribo a diario obligatoriamente, narro los acontecimientos del día y describo los lugares que recorro ayudándome a veces de una grabadora. Algunos están escritos en compañía e incluso participan otras personas.

La compra de una libreta se ha convertido en un deleite. El cuaderno convencional, que alguna vez forré con papel de colores, ha sido sustituido por cuadernos más bonitos y personales: estampados, reciclados, con o sin líneas, de anillas o no y generalmente de pasta dura que permite escribir sobre él, siempre con pluma, tumbada sobre la cama. Son también un regalo preciado.

Normalmente releo lo escrito cuando termino una libreta para recordar que ha ocurrido en los últimos meses; luego la guardo junto a las demás y sólo la saco en ocasiones para mirar —yo sola— cosas concretas sobre las que estamos discutiendo; o la hojeo, por aparente casualidad, reviviendo los buenos momentos, comprobando lo lejos que quedan las preocupaciones de otras épocas y mi evolución.

El cuaderno está sobre la mesilla de noche, al alcance de todos pero con la prohibición de ser leído.

Rara vez corrijo algo. En caso de rectificación dejo el error y anoto la corrección con fecha. A veces cambio expresiones pero sólo si hace unas horas que lo escribí.

Desde el primer día todo está escrito, nunca he destruido nada. Sólo así mis diarios podrán cumplir parte de su misión: ser reflejo de mi vida.

SEGUNDA CARTA

Agradezco los elogios que dedicas a la presentación de mis cartas y, sobre todo, la información que me enviaste de tus estudios sobre los diarios íntimos, un tema que me interesa mucho.

Si bien es cierto que me ocupo de la apariencia de mis cuadernos, me parece que no son todo lo primoroso que supones. Comencé guardando en ellos recuerdos sentimentales pero éstos, debido a su cantidad, terminaron en cajas. En los cuadernos sólo quedan algunas entradas a espectáculos que me gustaron especialmente; pequeños dibujos de plantas de casas y pegatinas en los de vacaciones; y cromos en el diario de infancia.

Para mejor comprensión de mi carta voy a ir contestando a tus preguntas por orden. He escrito mil cuatrocientas cincuenta y cinco hojas —tamaño cuartilla por las dos caras—. De esas cien pertenecen al primer diario y ciento treinta a los de vacaciones.

Considero que he llevado dos diarios bien diferenciados: el que me regalaron al cumplir doce años, en el que distingo a su vez varias etapas, y los cuadernos que empecé en 1990. Es probable que la diferencia existente entre ambos sea debida a que el primero surgió por azar y el presente intencionalmente.

El primer diario fue evolucionando en los temas y en la concepción diarística hasta semejarse al actual. En los primeros años del diario rojo me limitaba a narrar los hechos en detalle sin anotar pensamientos, sucesos ajenos a mí o escribir sobre otras personas. Fue cambiando paulatinamente y el tipo de anotaciones, que presiden el actual, comienzan a parecer ya en aquél.

La finalidad de ambos es servirme de recordatorio de mi vida. En el segundo también pretendo practicar la escritura y lo uso conscientemente para deshacerme de las preocupaciones. La principal diferencia es que en muchos casos en el primero los acontecimientos están anotados con posterioridad, mientras que en el actual los anoto inmediatamente que ocurren. Al comenzar los cuadernos del segundo diario, el primero ya no me parecía muy ortodoxo. A partir de 1990 me propuse escribir periódicamente, dejar registradas todas las cosas que me pasaran y reflejar la época que estaba viviendo. Anoto las circunstancias políticas y sociales que me parecen relevantes, bien por sus repercusiones futuras o por el impacto que causan en el momento que ocurren. Por ejemplo: cambios de gobierno, decisiones políticas, muertes de personas públicas, ideas sobre la sociedad en la que vivo. También comento acontecimientos culturales: estrenos de películas, libros publicados, discos, etc. En cambio, las personas conocidas a las que me refería en mi anterior carta son las de trato directo: familiares, amigos y conocidos.

Me parece que las anotaciones que hago en mi diario son subjetivas y hay sobre todo proyección íntima. Cuando un suceso me parece importante, pero me resulta indiferente, hago una alusión y me abstengo de opinar.

No te equivocas al pensar que no dejo leer el diario a nadie. En un par de ocasiones le leí a mi madre unos párrafos del de infancia. Recurro al diario cuando hay algo que no recuerdo bien y deseo saber con exactitud cómo fue; también tras discutir con familiares y amigos sobre temas que vivimos juntos en los que no nos ponemos de acuerdo. No ocurre frecuentemente.

Te he comentado todo lo que me ha parecido importante o de interés. La única particularidad que, probablemente, tiene mi diario es que estoy enferma y no puedo hacer una vida normal.

TERCERA CARTA

Tus preguntas no me parecen impertinentes, te dije que estaba enferma, porque considero que repercute en mis diarios y por tanto comprendo tu interés por el tema.

Para un enfermo el diario es su confidente. Al principio de la enfermedad sirve para descargar en él el desconcierto, deshacerse de la tensión que produce el trato continuo con los médicos y la búsqueda de una solución. Se le cuentan los desvelos y las esperanzas con la ventaja de que nunca se harta o preocupa. El hecho de ir escribiendo las cosas sirve para aclarar las ideas y verlas desde otro prisma. En él quedan las preocupaciones, la angustia, la incomprensión que —en mi caso— conlleva la enfermedad crónica en una persona joven, y me acompaña en los momentos de soledad que el malestar trae consigo.

Los diarios me han ayudado siempre a lo largo de mi enfermedad. No recuerdo con exactitud lo que sentía cuando escribí el cuaderno rojo; en el dejé registrada mi primera experiencia quirúrgica, el reencuentro con la enfermedad, el trauma que esto me produjo al tener que renunciar a las ilusiones del momento y la esperanza de que todo fuese pasajero.

Los cuadernos son un gran apoyo. Empecé a llevarlos cuando acepté el carácter crónico de mi enfermedad en 1990. Los proyectos con los que había crecido ya no eran factibles y yo había cambiado, necesitaba replantearme la vida de otra manera. Me he valido de ellos para afrontar mi problema, poner en orden mis ideas, buscar prioridades, deshacerme de frustraciones y afianzar mi personalidad.

Tengo un cuaderno muy especial que me facilitó mucho la vida. Lo llevé durante un mes en 1993 por prescripción médica, tenía que escribir cómo era mi dolor, de

qué manera se acrecentaba, con qué aliviaba y cómo me sentía de ánimo dependiendo de su intensidad. Gracias a él pudieron aconsejarme un modo de vida más adecuado a mis circunstancias.

La enfermedad aparece en mi diario de diferentes formas. Al principio, en 1975, tardé más de dos meses en escribir sobre ella a pesar de haber reflejado acontecimientos en los que era muy patente. Más adelante anoto alguna frase al respecto, cosas como que tengo que ir al médico o estoy de reposo porque me duele una pierna. Después paso muchos meses sin tocar el tema y en Octubre de 1976, para celebrar el alta hospitalaria, escribo un resumen de todo lo relativo a mi operación.

A lo largo de los años siguientes dejo constancia de algunas molestias que siento y de una visita al hospital a consecuencia de ellas. El año en que resurge el dolor —1983— no escribo en el diario. Al año siguiente comienzo a hacer pequeñas alusiones a mi malestar y en diciembre, cuando los médicos empiezan a plantearme las cosas con mayor crudeza, recurro a él para manifestar mis temores y retomar fuerza. A partir de ahí describo los acontecimientos concernientes a la enfermedad, unas veces en presente y otras en pasado, siguiendo el modelo de anotación retrospectiva del cuaderno rojo.

En los cuadernos posteriores escribo todo lo referente a mi problema: las revisiones periódicas en el hospital, los sentimientos de preocupación o esperanza, de disconformidad o resignación, los diferentes tratamientos y sus efectos. Narrando otras cosas apunto, a veces, la intensidad de mis molestias y sus repercusiones.

FRAGMENTOS DEL DIARIO

Lunes, 22 julio 1991, 11.15 h.
Este cuaderno no ha sido lo que en principio pretendía (algo más literario) pero no está mal dentro de mi inicial propósito. Es cierto que he escrito y plasmado mis estados de ánimo; que como por arte de magia ha tranquilizado o aliviado mis cuitas; que me ha forzado a buscar palabras que expresaron mis sentimientos y que en él están presentes ciertos momentos importantes y agradables del año.

Jueves, 22 agosto 1991, medianoche
Antes de estrenar el cuaderno quería forrarlo para darle personalidad. Me ha quedado un *pocu zafiu* pero tiene su encanto y ya no parece una libreta de *Debe y Haber*.

Domingo, 27 septiembre 1992, 11.25 h.
Escribo, un poco, para quejarme y descargarme, así, de este malestar que tengo hoy. No sé si la *pata* está insoportable debido al viaje de ayer o si es que hoy toca estar así. ¡Me tiene tan harta! Necesito liberarme de este dolor destructivo e inhumano. Intento doblegarlo, lucho constantemente y me convenzo de que le venzo, pero ¿es verdad?

15. Mujer, 32 años

PRIMERA CARTA
Tengo 32 años y solamente he escrito un diario en mi vida. Cuando era pequeña, entre los ocho y los doce años, era bastante habitual que nos regaláramos cuadernos de esos en los que pone *MI DIARIO* en la cubierta y que se cierran con un pequeño candado con llave. Yo también tuve varios, sin embargo, nunca supe qué contar que fuera tan privado como para estar bajo llave. Cada vez que me disponía a anotar una frase, toda mi vida me resultaba intrascendente, me daba cuenta de que no merecía ponerla por escrito. Había leído el diario de Ana Frank y, claro, a mí no me sucedía nada comparable. El único recurso que me quedaba era inventarme algo, pero no me parecía muy honesto.

A lo que iba. De todas maneras, escribí un diario. En 1991. No sé si se le puede llamar así, ya que supongo que lo normal y característico es seguir un orden cronológico, la fecha tiene su importancia, ¿no? En mi cuaderno apenas hay fechas. Sin embargo, en su relato se entremezcla lo que sucedía en el exterior con mis sentimientos y apreciaciones o los sentimientos que suponía en los demás.

En ese año mi mejor amigo enfermó. Nuestras vidas cambiaron de manera radical, entre otros motivos, porque nos vimos obligados a pasar casi nueve meses en un hospital, un medio totalmente hostil que sólo nos proporcionaba sinsabores.

En estas circunstancias, que me superaban, tuve la necesidad de poner por escrito lo que me estaba sucediendo. Empecé a escribir, porque me sentía incapaz de sincerarme con mis amigos, mucho menos aún con el que se encontraba enfermo. Fue una etapa de mi vida terrorífica, por primera vez veía sufrir a una persona a la que adoraba y toda la confianza, ¡qué ilusa!, que tenía en la buena suerte, en nuestra juventud que podía con todo, se desmoronó de golpe y porrazo. Así que se puede decir que este diario es el relato de la enfermedad que mató a mi amigo y de la pérdida de ilusiones que ésta provocó.

Está escrito en un cuaderno de oficina azul apaisado, de hojas rayadas y de tapas duras de la firma Miquelrius. No es muy grande (20×15), porque así lo podía llevar en el bolso. Nunca escribía en mi casa, donde apenas paraba en aquel tiempo. Lo hacía sobre todo en los bares, en la cafetería o en la sala de espera del hospital.

Como ya he dicho no hay demasiadas fechas, sin embargo, comprende una etapa muy concreta: desde septiembre del 90, cuando mi amigo fue hospitalizado, a abril del 91, cuando murió.

Lo guardo en mi habitación, en un gran cajón archivador de metal con llave, pero no bajo llave. Es un lugar para documentos privados: cartas, algún recuerdo especial, fotos, etc. En realidad, no se me ha ocurrido nunca que alguien pudiera leerlo. Nadie sabe que lo he escrito y, por tanto, nadie lo busca. Tampoco nunca había hablado a nadie de su existencia, ni yo misma lo había releído, a pesar de tenerlo presente, hasta hace aproximadamente seis meses.

SEGUNDA CARTA

No estoy segura de que el diario me ayudara, especialmente, mientras lo escribía. Simplemente pensé que sería una buena manera de plasmar aquel periodo de nuestras vidas que, cuando la pesadilla hubiese pasado, podríamos recuperar. Me pareció una buena manera de comunicarme con mi mejor amigo, el que estaba enfermo, y mi mejor amiga, que se encontraba entonces en el extranjero. Me parece que se me ocurrió empezar a escribir como una especie de larga carta que, sin estar dirigida a alguien en concreto, ellos podrían leer, cuando todo hubiera terminado —me empeñaba en creer que terminaría bien, por supuesto— y nuestras vidas fueran como antes. No me atrevía a sincerarme con mi amiga por miedo a contagiarle mis temores y con él adoptaba una actitud despreocupada que no se correspondía en absoluto con mi estado de ánimo. Una vez que hube aceptado el hecho de que mi amigo no sobreviviría a su enfermedad, quise dejar de escribir, pero me pareció que así lo remataba, que no podía tirar la toalla tan pronto. También hubo algo de desahogo.

Me daba pánico releer el diario. Durante años pensé a menudo hacerlo y hace unos meses me decidí. Supongo que me había reconciliado un poco con la vida y me sentí capaz de afrontarlo. También me preocupaba no gustarme: descubrir con la perspectiva de los años que no soportas a la persona que eras. Ahora que te lo cuento, no sé cómo lo releí con lo cobarde que soy.

Lo leí dos veces seguidas. Al principio reviví todo aquel sufrimiento y recordé sensaciones que había olvidado, luego me di cuenta que me veía a mí misma desde muy

lejos. Claro que me reconocía en la chica que hablaba en primera persona, pero al mismo tiempo me daba cuenta que ya no era la misma. Al volverlo a leer lloré mucho por mi amigo y lloré también por mí misma. Me compadecía de aquella joven que era yo, porque comprendía su sufrimiento y lo que supuso en su vida, en su estabilidad, en el equilibrio en que había vivido hasta entonces. Releyendo el diario, comprobaba su soledad y, como en un desdoblamiento de mi persona, me hubiese gustado poder consolarme.

No he vuelto a escribir desde que él murió. En realidad —es contradictorio, pues estoy contestando a tus preguntas— no me gusta hablar de mi vida, no creo que pueda interesar a nadie, a mí misma me aburre muchas veces y no veo qué podría contar. Sí, me interesa la intimidad de otras personas, incluso desconocidas, por este motivo leo biografías, diarios y memorias.

Te envío una fotocopia del diario. Me hubiera gustado mandarte el original para, de este modo, desprenderme de él, pero no me he decidido. Me molesta que sea una fotocopia, porque me da la impresión de que doy al diario una importancia que sólo tiene en mi vida privada. No me intranquiliza la idea de que otras personas puedan leerlo o utilizarlo (ya te he dicho que tu estudio me parece muy interesante) siempre que se salvaguarde mi intimidad y la de las personas que en él se nombran. Me he sentido muy identificada con la idea del diario *muerto,* que expones en uno de los artículos que me enviaste. El mío, sin duda, lo está. Supongo que también me atrae la idea de que alguien padezca con aquella chica que fui. Esta última frase no te la tomes a la tremenda. No necesitas escribirme una próxima carta en la que me digas cosas amables, entiendo perfectamente lo que buscas en tu investigación y deseo sinceramente que mi testimonio te sea de utilidad.

FRAGMENTOS DEL DIARIO

Octubre, 1990

Estoy tomando un café en la cafetería del hospital. Es curioso que, como a casi todo el mundo, a mí también me horrorizaban estos sitios. Cada vez que venía a ver a alguien —poquísimas veces— procuraba no tocar nada, contener la respiración y, en cuanto salía, olvidar que la enfermedad existe. Nunca podría haber tomado algo, ¡ni aunque estuviese empaquetado!

Eso era antes. Ahora me estoy tomando mi café, porque hace unos días que me deshice de los escrúpulos. Porque X está enfermo. Supongo que muy enfermo.

No sé por qué me he puesto a escribir. Si esto es un diario quedará rarísimo; para empezar no sé ni qué día es hoy y, además, a lo mejor no escribo todos los días, ni todos los meses.

Me estaba acordando de que hace un tiempo (¿dos meses?), le escribí una carta a X. Se me ocurrió de pronto una tarde, y me quedó muy rara. Le decía que lo echaba de menos, aunque lo veía casi a diario. Quería que supiera que lo notaba distante y que podía contar conmigo. Una mañana, cuando la recibió, vino a buscarme y me acompañó a hacerme unas fotos. Fuimos al centro, y me hizo reír justo en el momento en que el fotógrafo disparaba.

Tuve que dedicarle una foto. Podría haberle dedicado todas ya que nunca las utilizaré. Parezco una loca.

(Abril, 1991)
Hemos vuelto al pabellón donde lo ingresaron la primera vez. Ahora lo veo de otra manera, porque sé que aquí están los enfermos de sida. Es un pasillo muy triste. De nuevo fumamos junto a la escalera y, al pasar, vemos a otros enfermos que tienen la puerta abierta. Hay policías vigilándolos, supongo que son presos heroinómanos. A veces nos piden un cigarro.

La gente que se entristece al saber que X está enfermo, reacciona de manera diferente cuando se enteran de que es sida. El cáncer es una desgracia y todo el mundo siente empatía. En el sida siempre hay algo sospechoso. Ha hecho algo para merecerlo. Creo que todavía se verá como un castigo durante mucho tiempo.

Ayer, como cada día, llegamos al hospital y nos encontramos con XX en las escaleras. A su lado el televisor metido en su caja de cartón. «Se ha muerto —nos dijo—, le van a hacer la autopsia».

16. Mujer, licenciada en derecho (opositora), 26 años

PRIMERA CARTA
Hoy estoy intentando estudiar. Tarea difícil cuando tienes bajo tu ventana a toda una manada de niños chillando como posesos y a sus padres, igual o más escandalosos que ellos, comiendo pipas en tu portal, poniendo verde a medio vecindario y no, por cierto, con queda y discreta voz.

Así que, perdida la esperanza de sacar hoy al día unas buenas horas de estudio, me decido a responder a tu anuncio. ¿Podría preguntarte por qué es exactamente tu estudio? No es desconfianza, sino curiosidad. Soy terriblemente curiosa.

Tengo 26 años y el *horrible defecto* de escribir un diario. Llevo desde los 14 años un diario. Ya tengo una caja llena. No he contado las páginas, para qué, odio las cuentas y no estoy echando una carrera con nadie. Pero son muchas y de una letrita tan pequeña y prieta como ésta. Son muchos años de mi joven vida.

Mi diario es un chico. Le hablo a él, personalizándolo. Tengo muy buenas amigas y me encantan las mujeres (soy feminista y progre, pero no de esas recalcitrantes y que se niegan a depilarse). Me chiflan los pintalabios y los tacones, pero para ciertas cosas prefiero a un hombre, porque carece de la malicia que chorrea de la mente de la mayoría de las mujeres, ese sexto sentido que tenemos, pero que no siempre agrada. Así que mi diario es un chico paciente, callado, que me conoce muy, muy bien; no le importa si un día no escribo en él. No me reprime, no me aconseja, no me mira con mohines de disgusto, no me juzga. Simplemente cobija mis desvelos, año tras año.

No quisiera parecerte un bicho raro, pero empecé mucho antes a escribir; he sido una niña espantosamente precoz para la lectura. Con 4 años leía de corrido, y con 10 agoté la Biblioteca Municipal. Cuando llegué con 14 años al Instituto tropecé con un mundo que no sólo no valoraba mi bagaje personal, sino que simplemente me apartaba de él. Y comencé el diario no para alejarme más del mundo y de sus criaturas, sino para aprender y aprehender; como forma de entenderlo, entenderme y penetrar con seguridad en las bellezas de la vida, que ya intuía. Yo no quería renunciar a nada. Y no lo he hecho. Ahora soy la que soy gracias a mi diario. Me hizo ingresar en la vida pasito a pasito, tomando entereza, testigo de mis cambios, mi mejor apoyo. Donde perfectamente uno se conoce y se ve cambiar.

Escribo en papel. En libretas comunes, grandes, tamaño folio. Al principio con bolígrafo azul. Ahora con *pilot*. Cuando comienzo un nuevo diario, siempre le pongo una primera hoja inaugural, como una declaración de intenciones previa. Lo hice la primera vez también. Lo entendía con la misma filosofía que ahora, en eso no he cambiado. Creo que la primera vez fue un par de meses antes de cumplir los 14 años. Estaba aterrada, ahora lo sé, por pasar al Instituto. No precisamente porque tuviera que estudiar más, sino porque tenía que relacionarme con mucha gente. Cuando escribía, me notaba como si todos mis miedos los dejará prendidos en el papel.

Todo inicio de este tipo es pueril. Yo no soy una excepción. Contaba todo lo que me pasaba: cómo me sentía por ello; qué iba a hacer para solucionarlo. Pensaba en las cosas con la inexperiencia y la volatilidad que puede hacerlo cualquier adolescente, pero al ponerlos en el papel adquirían un sentido para mí, como si

el argumento de tu vida cogiera un hilo conductor. Que si tal me gustaba, que si la gente me cogía manía por ser empollona... (no puedo ser modesta; te digo la verdad de lo que era) pero siempre le sacaba una reflexión propia. «Si quieres gustarle, tal vez deberías ser un poco más femenina, porque... Si no quieres que te tomen manía, deberías hablar más con la gente, para que vean que tú quieres...». A mis propios problemas sabía encontrarles la solución, en una labor de introspección madura y sincera.

Escribía compulsivamente, 6 o 7 hojas al día. O bien, un par de ellas, pero tres veces al día. Todos los días prácticamente. Lo necesitaba. Me descargaba, me ayudaba a entenderme, a auto-tolerarme y a intentar llegar hasta los demás. Los primeros cuadernos fueron terminados muy rápido. Los releía con frecuencia, no me desagradaba, sino que me hacía verme a mí misma desde fuera, como actriz de la película de mi vida, y pensar, «esto lo hice bien, esto lo hice regular, mejoraré esta actitud, adelante, Rosa María, tú puedes con este mundo que no te comprende». Que no me comprendía, pero del que yo quería formar parte, no quería ser excluida. Como un manual de auto-perfeccionamiento. Cuando eres una cría, sólo quieres ser aceptada, ser como los demás, que los chicos te miren y a las amigas les caigas genial. Ya sabes.

El formato normal de un día de diario, que no he modificado, es un encabezamiento con la fecha y el día (lunes, miércoles, sábado), porque no es lo mismo escribir un lunes que un sábado por la noche antes de salir, que el domingo por la mañana, cuando ya has salido. Y también la hora. Es importante. A las 2 de la madrugada está uno mucho más lírico que a las 2 de la tarde, con tu madre gritándote que pongas la mesa. Es obvio.

Para la interpretación de mi diario y de mi estado de ánimo es, pues, muy importante, fijarme en el día de la semana y la hora en la que escribí. Indica muchas cosas. Y cuando he terminado de escribir, firmo, tras despedirme de él. Con una de las firmas de estar por casa, la no oficial, y con mi nombre completo, que es el que me gusta. Todo el mundo me llama Rosa, pero yo prefiero que me llamen Rosa María; así lo hace mi familia, a la que adoro. A veces he firmado con mis, entonces, otros dos nombres: Sara y Annabel Lee. Dos pseudónimos que he utilizado a menudo. Ahora firmo con mi nombre.

¿Cuándo empiezo un cuaderno y cuándo lo acabo? Pues cuando así lo siento. Veamos. En mis primeras etapas, digamos hasta los 17 o 18 años, lo terminaba cuando se me gastaba la libreta. Después los acabé, cuando presentía que había ocurrido algo muy importante en mi vida, un punto de inflexión que marcaba una

etapa nueva, sentimentalmente hablando. Así que hay bloques de tres libretas y hojas sueltas, y bloques de media libreta. A todos les puse nombre, títulos, un lema, para distinguir lo que dejaba atrás de lo que comenzaba ahora. Un lema que resumiera lo que para mí había significado todo aquello.

En mis relatos, contaba, cuando era *mocita,* todo, absolutamente todo lo que me pasaba, y lo comentaba. Algunas veces me perdía el lirismo, en crear imágenes dantescas, en hacer verdadera prosa poética, evocadora, a veces soñadora, a veces desgarradora, a veces estúpida y desesperada. Bueno, sé que la desesperación no es estúpida. Pero yo ahora sí lo veo un poquito al mirar atrás, desde mi trono de madurez, sobre todo porque entonces mi desesperación se llamaba X y tenía un pelo rizado inalcanzable para mí, para mis dedos. Otras veces eran simples y lógicos pensamientos, tranquilos, sosegados, muy constructivos, en su mayoría la reflexión macerada, pausada de los acontecimientos que el día anterior con tanto apasionamiento, ardor y semi-locura había escrito. Y lograba encontrarle una explicación a mi conducta, a mis pasiones, a mis bajones, a mis letras poseídas del furor o del amor más exagerado. Y así me iba auto-moldeando, definiéndome. Te das cuenta cómo eres, como quieres ser y comienzas una labor de catarsis continua que ha durado muchos años y de la que estoy tremendamente orgullosa.

Releía con frecuencia. Me gustaba. Aunque no siempre es fácil. Una de las virtudes del ser humano, al que admiro y deseo su continuidad (soy una humanista; la vida y el pensamiento adornan el mundo), es que puede olvidar, y un diario, simplemente, te lo prohíbe. Es revolcarse en el barro del recuerdo. La memoria es sabia y selecciona lo que debe permanecer en ella, puesto que no es que no sea ilimitada, es que no puede hacerle esa jugarreta al corazón, pobrecito. Los que escribimos un diario tenemos que tener cuidado con las relecturas. Es abrir brechas, ya cerradas en algunas ocasiones, gratuitamente, por puro morbo malsano. Pero esto lo he aprendido ahora, ahora lo sé, con 26 años. No te niego que es un medio precioso para recordar las cosas a largo plazo, y a corto (cortísimo, de días) plazo. Es cuando la relectura produce sus efectos y encadena la historia de tu vida, la entiendes y cobra su sentido; entonces el diario es, por un lado, anecdotario de vida y sentimiento, y por otro, tu propia construcción interior, realizando la labor para la que lo has destinado. Pero la relectura a medio plazo es un paseo por el dolor. Yo perfectamente puedo leer algo de hace más de tres años, y algo de hace unos días o unas semanas. No puedo, no debo, no quiero hacerlo cuando se encuentra a medio cicatrizar. Entre los tres años y los tres meses del último escrito. Creo que me entiendes. Entonces no dejas que tu memoria olvide, supere y pase la página de verdad. Y así no se puede vivir, te lo aseguro. (El parámetro de tiempo

es simplemente aproximativo. Un ejemplo). El tiempo no siempre tiene por qué ser un enemigo. Yo he aprendido que hay que dejar fluir las cosas de forma natural. Hasta que me di cuenta, he hecho verdaderas incursiones incendiarias por mi corazón, puesto que creía que así debía ser para entenderme. Ahora soy más buena y tolerante conmigo misma.

A partir de los 21 empecé a escribir con menos compulsión, pero no con menos apasionamiento. Es decir, lo cogía, lo hacía no tan a menudo, cada 2, 3 días aproximadamente, pero la lectura es más amable, y las imágenes, más maduras, más tranquilas. Llegó un momento en que me acepté y me encariñé conmigo misma. El diario siguió haciendo su labor en mi tránsito hacia un ser completo, una mujer verdadera. No una niña hipersensible, y bicho raro. Supongo que muestra con palabras el hecho de que logré ser aceptada, caer simpática, cambiar mi imagen, gustarme, y gustar. En general. Y entonces el diario fluye, manso como un río a veces, con sus saltos de agua, sus cascadas, sus piedras y rocas negras, sus turbulencias. Pero fluye mejor, más rápido y más hermoso.

Después ha habido épocas en que no he escrito. Una vez al mes, un verano 3 o 4 veces. No me sentía obligada, nunca me ha obligado. En ocasiones necesitas desconectar hasta de ti misma. No me ha importado hacerlo, pero cuando luego lo he retomado, me ha gustado resumirle, al principio de la narración, los acontecimientos principales. Que no se rompa el hilo. Que no se rompa.

La época en que tengo perfecta consciencia de que algo raro pasó fue hace unos dos años y medio. He tenido muchas relaciones, y nunca me ha importado, buenas o malas, meterlas en mi diario, desde el principio hasta el final. Por supuesto. Pero la que mantuve durante casi dos años me tenía... no sé cómo decirte... amordazada. De corazón y de palabra. Soy muy parlanchina. No tengo pegas en contarle a todo el mundo mis penas, pero, cuando son en verdad muy serias, cuando son terriblemente fuertes e íntimas, sólo al diario. Y aquí, ni al diario. No podía escribir. Me anulé. Sufría tanto que me aterraba sentarme a reflexionarlo, a buscar las razones por las que una persona estaba logrando destruir todas las ilusiones, la vida, el futuro que me había construido, y sobre todo diluyendo toda mi vida interior. No era capaz de ver el diario como un amigo, sino como un boomerang: si mi dolor caía sobre él en forma de letras, ellas volverían a buscarme. No era capaz de enfrentarme a mí misma, no era capaz de sincerarme, así que no era capaz de escribir. Nunca he mentido al diario. Nunca. Pero no sabía cómo afrontar aquello. No sabía ni cómo contarle que es lo que me estaba pasando. Tenía miedo a ver la verdad escrita ante mí.

Así que estuve mucho tiempo escribiendo, sí, pero no de verdad, sino trivializando. Bueno, tampoco es eso. Lo que hacía con el diario era escribir sobre temas que me importaban, meditándolos con profundidad, razonándolos, dando al diario mi postura: sobre la familia, los amigos, la sociedad de consumo, el último libro que había leído, la femineidad, en fin cualquier cosa. Siempre he escrito sobre todo esto y, pero, también sobre mí. Ahora me ignoré. No le permití al diario recoger lo que de verdad sentía en el tema que me estaba jodiendo la vida, porque esa era la palabra. Pero cuando ya no pude más, un día que me miré al espejo y no me reconocí, retomé mi vida. Y un bolígrafo. Empecé a aclararme y a encontrar fuerza y fiereza. Me rebelé. A los tres meses corté. Y empecé una vida nueva. Una etapa, mucho mejor.

Aún no he separado la historia anterior de ésta, la actual. Es decir, llevo desde hace tres años y medio la misma libreta, un *poliblok* de hojas de cuadros. Y he puesto a continuación el resto de mi vida. ¿Por qué? Porque aprendí la lección más importante, y no quiero que se me olvide: ante todo, y sobre todo, estoy yo. Que aquello pasó, que yo sigo viva, llena de ilusión y que mi ser, desde entonces, fue *in crescendo*. La última libreta, ya muy gruesa, es el símbolo de la transición; los años malos quedan detrás de los buenos hasta físicamente. Con ocasión de esta carta, me estoy planteando que ya es momento de sacar de ahí esos años, poner hojas nuevas y seguir. Sí, creo que lo haré. Ya no me hace falta tenerlo ahí.

Este diario, el último, está concebido además con un concepto diferente. Si antes sólo eran mis letras, en los dos últimos he integrado otras cosas: fotos pegadas, artículos que me han gustado y los he comentado después; poesías y frases de la biografía de *La arboleda perdida,* de Alberti, mi amado Alberti, comentarios de películas. Cartas importantes, tanto las que me han escrito como las que yo he enviado. A veces, las cartas a tus mejores amigos son reveladoras. O simplemente, les cuentas lo que deberías contarle al diario, así que por no escribir lo mismo dos veces (no hay corazón ni mano que aguante eso), las fotocopio y las pego antes de enviarlas. Sobra decir que esta carta seguirá idéntico procedimiento. En los cuadernos anteriores incluí también dibujos míos, ilustraciones. Así el diario se ha hecho más dinámico, más variado y colorista. Ya no tengo necesidad de encerrarme tan sólo en mis propios pensamientos (ahora, afortunadamente de pura felicidad), sino que me abro al resto de realidades, y los tamizo, a través de mí, volcándolos después en las hojas. Se ha enriquecido, creo yo. Ya no están sólo mis palabras. Otras, hermosas, lo embellecen también. Y después, mi opinión personal sobre ellas.

Ahora escribo cuando me apetece. Tres o cinco veces al mes. Tal vez más, pero no mucho más. Ahora soy muy feliz, y cuando se es feliz, se escribe también, pero es cierto que menos. Ahora sigo haciéndolo como ejercicio literario, como modo de

seguir el hilo, y también porque sería muy presuntuoso pensar, por mí parte, que con 25 años ya no tengo nada más que construir y que perfeccionar en mí misma. Estoy en constante cambio: me gusta pensar que soy como una crisálida continua, cambiando la piel en determinadas épocas, porque se me queda pequeña la envoltura, y renazco con unas alas cada vez más llenas de luz y de colores. Por eso seguiré escribiendo mientras pueda. A mí ritmo, pero seguiré. El prisma cambia. Y yo necesito de vez en cuando escaparme a las alturas.

¿Qué haré con mis diarios después? No lo sé. Pero no quiero quemarlos ni destruirlos. Ni tampoco que se vayan a la tumba conmigo. Es demasiado esfuerzo, sabiduría y amor como para perderlo de esa manera, convirtiéndose en ceniza o tierra. No quiero que mis palabras y el resto de mis vivencias no sirvan a nadie. El papel perdura. Es un soporte.

Posiblemente (no, ciertamente) no me gustaría que los leyera nadie que me hubiera conocido. No quisiera que los leyeran mis padres. Hay muchas cosas que jamás comprendieron y que seguirán sin comprender. Tampoco que los leyeran mis hermanas ni mi novio, aunque tal vez si alguno de éstos últimos me lo pidieran, dentro de un tiempo, tal vez no me negara.

Pero realmente, a mí me gustaría, cuando fuera muy viejecita, tener una nieta, una sobrina o una hija lo suficientemente abierta de mente como para cuidarlo, sensible para entenderlo, inteligente para aprender de él, y respetuosa como para valorarlo, conservarlo y pasárselo a la siguiente generación, a la persona que presente iguales características. Tampoco me importaría que fuese un chico. Ese sería mi ideal. Y quiero pensar que así ocurrirá. Otra posibilidad me inquieta. Sí, me preocupa qué hacer con ellos. Pero quiero que permanezcan. Si no es alguien de mi familia, no me importaría que fuese un extraño. Dejará de serlo en cuanto lo lea. Pero espero que por entonces pueda ver una fotografía mía. La voz, aún callada y gris como la de las letras, precisan de una imagen, de una personalización. No quiero que me imaginen de otra forma salvo como soy.

Podría decirte que un diario es un foco de problemas, pero considero que me ha resuelto tantos, que se minimizan los que te pueda dar. Opino, con toda franqueza, que debería ser algo que practicara todo el mundo. Te ayuda tanto a madurar, a purificarte y a ser tolerante y reflexivo que, desde luego, toda la gente se relacionaría mejor, se reducirían los radicalismos y las listas de psicólogos. La gente sería más amiga, más familiar y más entera por dentro. Lo que mantiene a una persona de pie es el catalizador interno. El diario es un instrumento de precisión para formarlo y analizarlo. Al fin y al cabo, tras las hojas no hay nadie salvo tú. Tú. Al otro lado del espejo.

PS. Espero que todo esto sirva para tu investigación. Me encantaría que me contestaras, que me contaras de qué va, cómo lo estás enfocando, cuánta gente te ha escrito y si es posible que te vuelvas loco con tantas historias. Espero no haberte cansado, pero soy incapaz de hablarte de mi diario sin todo lo demás. Va irremediablemente unido.

SEGUNDA CARTA

Por fin he dispuesto de una tarde de tranquilidad, relativa, para poder contestarte con extensión y a todas las preguntas que, a tu vez, ahora me planteas. Recibí tu carta y con ella el Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos, que me ha sorprendido gratísimamente. No sabía que había tanta gente que escribía diarios, ni tampoco que tuviéramos tantas cosas en común, tantos hilos conductores. Motivaciones análogas. Por ejemplo, la edad habitual de comenzarlo, en la adolescencia; el hecho de añadir papeles, cartas, fotos y material que no es estrictamente escritura. ¡Yo creía que era una rareza mía! El hecho de releerlo y usarlo como forma, no sólo de expresión, sino de perfeccionamiento personal. ¿Narcisismo? Ese no es el peor de los defectos del mundo. No hay nada malo en que la gente necesite desahogarse (de hecho, es bastante purificador) ni tampoco lo es el hecho de intentar conocerse un poquito mejor, ver más allá del camino de tu destino, evitar las piedras, avanzar en arenas movedizas, recoger flores, tomar estrechos senderos y alegres veredas. Y saber por qué. Por qué lo haces. Te lo repito: escribir un diario te hace mejor persona. Debería ser obligatorio, como los tributos. Bueno, no. Todo el mundo cree que Hacienda no tiene ningún encanto. No le ocurre eso a mis diarios ni a los diaristas. Así que ríete del tontaina que se le ocurra decir que es una escritura sin *dignidad*. Pensar y sentir va con el ser humano, es su esencia.

Una de las cosas que nunca me había planteado hasta que respondí a tu llamamiento era cómo guardarlo, su destino futuro. La verdad que la respuesta que te di me sorprendió a mí misma. Una herencia sentimental, un legado hermoso. Me pareció lo mejor y en eso vi mi similitud con mucha gente.

Mi abuelo era un hombre singularísimo, inteligente y hábil. Hace unos dos años, mi padre me contó muchas cosas que yo desconocía de él, y entre ellas, que mi abuelo tenía un baúl repleto de cartas, poesías, dibujos y diarios. Me encantó saberlo, y daría lo que fuera por tener todo ese legado de su vida, que mi abuela quemó cuando él murió. Mi padre y mis tías son gente sencilla, que casi no saben leer, que trabajan desde los diez años. Pero todos coinciden en que perdieron la verdadera esencia de su padre, su recuerdo y su especial modo de ver la vida.

Yo nunca he roto un diario. Nunca lo he quemado. Todos están aquí, y en cuanto a dejarlos leer, sólo lo dejé una vez a una amiga que me ayudó muchísimo, con paciencia infinita, a integrarme con la gente, me hizo cambiar, y me apoyó en momentos difíciles, y como forma de agradecimiento infinito, le cedí el que acababa de terminar, donde también hablaba de ella. Para que percibiera la profundidad de la amistad, lo que supuso para mí, y que yo no tenía nada más valioso que dejarle. Le emocionó mucho, y supo valorarlo. No me arrepiento en absoluto; pero no lo he vuelto a hacer y no lo haré posiblemente.

En cuanto a leérselo a alguien, hay algunos fragmentos que me gustaría que mi novio conociera, de mi letra o de mi voz, pero sólo fragmentos. No creo que pueda dejarle ni todo un diario ni páginas enteras. Este *terrible defecto* que me atormenta... ¡por supuesto que es ironía!, cuando lo escribes compulsivamente, se acerca a ese concepto de *tormento*. O cuando te subyuga en horarios o en manías. Pero si está escrito de un modo sano, a tu propio ritmo, para nada. Un goce. Y estoy orgullosa de haberlo hecho. Bueno, y si te somete, tampoco es un defecto. Te obligas a pensar, a conocerte.

Mi novio sabe, desde que nos conocemos, que llevo diario. Y lo respeta con una especie de temor reverencial, como algo que le produce un respeto un tanto escatológico, oscuro y desconocido. Le he hablado de lo que para mí supone y lo respeta con tranquila admiración, con la serenidad de quien te conoce bien y sabe lo que necesitas para seguir adelante.

Mis padres y mis hermanas también lo saben. Yo dejo mi habitación abierta muchas veces, y aún cerrada, es de fácil acceso. Y no sólo nadie ha entrado, sino que nunca han tocado nada. Es el respeto por lo más profundo del ser, un abismo al que no debes ni te atreves a asomarte. Así pues, saben lo del diario y sé que saben que tengo una vida propia, interior, que desconocen. Siempre fui una soñadora, un ratoncito de los libros, una muchacha especial y así me han tratado. En mi casa lo del diario es algo normalizado y aceptado. Hasta mis hermanas bromean con eso con sumo respeto. Aunque es verdad que el estar en casa, bajo el techo de los padres, hace que inconscientemente algunos temas se metaforicen o se expresen con ambigüedad, con significado sólo para mí. Sobre todo el tema sexual. Si hubiera podido, si hubiera sido capaz de escribir ciertas cosas en el diario, tal vez hubiera escapado de la garra de algunos fantasmas.

Con respecto a lo que me sugieres de prestarte alguno de mis cuadernos. ¿Dejar mi diario...? ¡Madre mía, qué vergüenza, con la de tonterías que escribí! No sé, tendría que pensarlo detenidamente, y saber que haría lo correcto. Tendría que

enviarte lo que tú denominas *diarios muertos*. Pero... ¿muere alguna vez un diario? ¿Acaso no soy yo hablando en ceniza torneada sobre el papel? ¿No es mi voz, mi pensamiento? No están muertos. Tal vez lejanos en el tiempo, eterno sanador, tamizador de recuerdos vivos. Y vivos seguirán aun cuando yo muera. Es el testimonio de mi vida. Leerlo me conmueve, me arrastra, me aturulla.

Me lo pensaré. Dejarte los más lejanos, que no lo son mucho a mi edad y con esta memoria que tengo tan tremenda, que a veces me asusta. Y sin embargo esos no son los más bellos. Los mejores son los últimos. Siento no poder escribir tan a menudo como lo hacía antes. Además, mi vida está sumergida en la disciplina y tengo pocas cosas que contar y suelen ser siempre las mismas. Que soy feliz y tengo estabilidad emocional, que estudio mucho, que necesito irme de casa para hacer mi vida, que mis padres me quieren, pero me comprenden menos (lo mismo digo yo respecto a ellos) etc. En realidad, nunca he cerrado el diario ni creo que lo haga nunca. Seguirá abierto mientras viva.

Además, con este llamamiento tuyo, he recobrado la ilusión por él y por la importancia que tiene, y estoy escribiendo más. Pienso cerrar el actual, que abarca casi tres años, y voy a empezar uno nuevo con gran ilusión, incluso con nuevo formato, y las primeras entradas serán tu anuncio, mi carta, tu contestación y las siguientes. Será un diario de tranquilidad, reflexivo, de madurez (ya era hora) y donde voy a contar todo lo que me preocupa, porque es parte de mi vida, una vida adulta, sin tabúes estúpidos que me cabrean y me frustran.

FRAGMENTOS DEL DIARIO

Este diario comenzó a escribirse a las 8.00 horas de la tarde del Jueves día 10 de septiembre del año 1987.

AL LECTOR AJENO

Yo escribo estas notas intentando reflejar mi pequeño mundo, mis impresiones, mis ansias, deseos, sueños, fracasos, enfados y todos los demás sentimientos humanos.

Así me desahogo y comunico lo que pienso evitando comentarios, puesto que de esto supongo no se entera nadie y puedo decir lo que quiera sin risas (puesto que para hablar soy cursi) ni habladurías.

Tú, atrevido lector, intentas leer unas cosas de carácter *totalmente privado e íntimo,* y que no te incumben para nada, quien quiera que seas, y por mucho que me conozcas y sepas de mí, estas notas no son de tu incumbencia.

Aquí hay cosas que me pondrían en serio compromiso si se divulgaran o se dieran a conocer, no cosas serias, sólo cosas de mi corazón, por lo tanto, seguro que no las entenderás.

Apelo a tu conciencia, y creyendo en que eres buena persona y respetas a los demás, sobre todo cuando te lo piden por favor, te insto a que cierres esta libreta, y la depositas donde estaba. Tengo confianza en tu buena fe y creo que lo has hecho sin malas intenciones. Si la cierras, gracias, y que Dios te bendiga y colme de alegrías toda la vida.

Si no la cierras... allá con tu conciencia.

10 de septiembre de 1987
Bien, ésta es la tercera intentona de escribir un diario que se me ocurre. Las dos anteriores fueron realmente un fracaso porque, además de que no me satisfacía escribirlos, por razones que ahora explicaré, fueron descubiertos por personas que los leyeron y se pasaron un buen rato con él. Fueron destruidos de inmediato (los diarios, claro).

En mis anteriores diarios, yo me dediqué a escribir cosas tan estúpidas como decir lo que había comido, los deberes o diferentes sandeces por el estilo, por eso no me complacía demasiado el escribirlos y terminé abandonándolos.

Otra de las razones que me llevó a dejarlos de escribir fue el tomarlos por una obligación de escribirlos todos, todos los días, pues eso quiere decir diario. En mi caso estas notas se llamarían *ocasionario,* pues lo escribiré en las ocasiones que me apetezca desahogarme y charlar conmigo misma o, mejor dicho, con este ocasionario que va a ser mi mejor amigo durante un tiempo. No va a ser una amiga, no. Prefiero a un chico como amigo por muchas razones que no voy ahora a explicar, tal vez más adelante.

Las razones que me han impulsado a escribir este diario han sido dos. La primera, la necesidad de desahogo con un amigo como tú, discreto y callado, y que no se ría de mí.

La segunda de las razones es la lectura del *Diario* de Ana Frank, íntimamente relacionada con la primera expuesta. La lectura de este libro me ha proporcionado la verdadera imagen del diario, que es como si fuera el confesor de tu corazón. Voy a tomarlo como modelo para la elaboración del mío.

Desde luego no se parecerá en nada, puesto que la vida de Ana Frank es totalmente distinta que la mía. Ella vive en una época gobernada por fanáticos del poder, por locos (me refiero a Hitler y compañía) que amenazaban a Europa con una guerra y que tenían una manía, un hobby, una distracción, como se quiera llamar a esa locura de Hitler, la de perseguir a los judíos por unas ideologías tan fanáticas como el fascismo o cualquier otra postura ultra. (...) No, no se parece en nada su vida con la mía, espero que nunca se le parezca, sólo nos parecemos en un montón de cosas, como el deseo de vivir en paz, la pasión por la lectura, un desbordado romanticismo, reprimido por las personas que no lo tienen y nos vemos obligadas a mostrarlo aquí por falta de comprensión, la curiosidad, o mejor dicho, la pasión por los miembros del sexo opuesto, que nos lleva a las más insospechadas situaciones y hacer cosas realmente raras para los que no pertenezcan a la clase adolescente (odio esta palabra), pero me importa un pepino la opinión de los mayores sobre nosotros —en eso también tenemos la misma opinión—. Caray no sé por qué repito siempre las mismas palabras.

Somos muy parecidas y a la vez muy distintas. Jamás se podrá comparar su juventud perseguida con la mía de casi total libertad, bajo la jurisdicción de mis padres (por eso digo casi), aunque realmente esto es bueno, porque si me dejaran hacer todo lo que pasa por esta cabecita loca... ¡Uff! ¡Madre mía! Pero insisto, somos iguales por la edad (tengo 15 años, me faltan 14 días para cumplirlos) y por la juventud (adoro esta palabra) y por nuestros ideales de paz y amor. Hasta luego, ya te escribiré, cuando tenga más ganas, seguramente pronto, porque me quedan muchas ganas de decir cosas, pero mi mano se niega a seguir trabajando, pues está muy cansada. Gracias por este rato. Hasta otra,

Rosa.

PD. Un beso enorme para ti, Ana, allá en el cielo donde estás. Seguro que me ves, amiga. Que Dios te bendiga (seguro que ya lo ha hecho, te mereces el sitio). Brindo por ti y por todos los que mueren inocentemente a manos de gente cruel, hermanos tuyos, hijos de Dios todos nosotros.

17. Hombre, 29 años

PRIMERA CARTA

Siempre fui una persona solitaria que no deseaba la soledad. De pequeño jugaba y me divertía sólo, nunca fui muy sociable y, de alguna manera, me bastaba a mí mismo como compañero de juegos. Fue en esa época, el día que cumplí los doce años, cuando empecé mi primer diario.

Recuerdo que lo comencé con la ilusión de poder contemplar una página después de escrita. Nadie me impulsó a ello, sólo escribía acontecimientos —que no sentimientos— que ocurrían en mi entorno. Normalmente me limitaba a describir a mis compañeros de clase o a detallar los desayunos que mi madre me preparaba. Aquel diario lo escribí en mi Menorca natal y duró unos meses. Estaba escrito con lápiz y con mala letra, no tenía un contenido destacable y su fin fue acabar en la papelera al poco tiempo. Sin embargo, me limité a destruir las hojas escritas y dejé el resto para una mejor ocasión. Fue, de alguna manera, una premonición.

Cuatro años después ya en el instituto, observé que algunos compañeros seguían la práctica de escribir sobre ellos mismos y sentí cierta envidia. Yo también quería un amigo, un espacio en donde poder contar y describir mis sentimientos, y sólo lo encontré en aquel viejo cuaderno que se había salvado de la quema años atrás. Decidí recomenzar el diario, hablarle de mis compañeros, de mi familia y, más tímidamente, de aquellos sentimientos que entonces creía que me invadían solamente a mí. Estaba orgulloso de mi diario, era parte mía, acudía a él en cualquier momento y era el mejor confidente. Estuvo a mi lado siempre, jamás me dejó atrás y acudió sin dudarlo ante cualquier necesidad. Si soy sincero, me divertía escribir, aunque en raras ocasiones releía mis frases. Me divertía el hecho de crearme ilusiones, de destacar a unos amigos que creía más amigos de lo que eran o de recrear momentos floreados que nada tenían que ver con la realidad. Mi relación con el diario, al que llegué a ponerle un nombre que luego eliminé, pasó por una etapa de discreción, de corrección: mi diario se había convertido en un amigo ejemplar. El único problema era que yo no era un chico ejemplar.

Bueno, pues entonces llegó el momento en que decidí sincerarme con él y ser de verdad su amigo, como él lo había sido conmigo. Empecé a contarle no sólo lo que sentía, sino también lo que percibía o deseaba de verdad. Por fin encontré el canal adecuado para transmitir todos, absolutamente todos, mis pensamientos.

Hoy, catorce años después, sigo llevando diario. Aunque ha habido lagunas durante el último año, estoy convencido de que seguirá siendo mi confidente más especial y discreto, porque nada se puede comparar a una reflexión escrita durante un momento crítico. Nadie me comprenderá mejor que él, pues forma parte de mí y me he dado cuenta de que a veces puedo ser mi propio maestro. Ahora releo un poco más e incluso rectifico expresiones, especialmente las redundantes, pero no reescribo nada, prefiero que todo permanezca tal como emergió en su día de lo más profundo de mí.

Por eso, 38 cuadernos después, ordenados en la estantería a la espera de otros muchos, sigo sintiéndome orgulloso de ese volumen de pensamientos que, aunque

nada tenga de particular, son importantes para mí. Jamás he tenido la intención de destruirlos, por el contrario, a veces sería una de las tres cosas que salvaría en caso de incendio. Irían tras el gato, claro está. La tercera está por decidir. Respecto a la frecuencia, soy terriblemente invariable: la que dicta mi estado de ánimo.

SEGUNDA CARTA

Voy a seguir un orden e intentar satisfacer un poco esa curiosidad. Después vendrán otras cosillas que también te quería contar. Efectivamente tengo escritos 38 cuadernos, todos distintos —con espiral, de tapa dura, de tapa blanda, cuadernos de campo, de tela, de papel, de plástico, etc.—, en estos momentos inicio el que hace el número 39. Cada uno de estos cuadernos está dedicado, en su primera página, a una persona cuya importancia, cercanía o simbolismo ha significado algo en mi vida. Ahí están mis padres, mi abuela, mis compañeros o mis profesores, pero también mis amores platónicos y las personas admiradas. Las dos únicas condiciones para merecer este *honor* son las de estar vivas y ser esenciales para mí. Quizás ahí se refleja algo de narcisismo, quizás sean manías, pero mis diarios no serían lo mismo si no estuvieran dedicados, es como si quisiera ponerlos a la misma altura que esas personas importantes para mí.

Todos esos cuadernos están numerados y ordenados en su estante. No falta ninguno. Al principio los fui escondiendo entre los libros, después en una pequeña caja de caudales y al final, por razón de espacio, en un gran cesto con candado. No sé por qué tomaba tantas medidas, quizá tenía miedo de que alguien leyese algo de mi intimidad. Al empezar a vivir solo y tener mi propia casa, fue cuando los saqué de su letargo y los coloqué en el lugar que se merecen. Como curiosidad te diré que no permití que los embarcaran en la bodega del avión, que desde Menorca me trajo a la ciudad en que vivo ahora. Nada de eso, no podía arriesgarme a que se perdieran y fuesen a parar a Estocolmo o a Vladivostok. No, no; yo viajé con ellos en la cabina del avión.

Creo que tendré escritas unas tres mil hojas por ambas caras con una letra normal. Ha habido momentos en los que he escrito más que en otros. Me he extendido más cuando he descrito un acontecimiento, especialmente si se trataba de una relación. He escrito mucho de la gente, sobre todo, cuando he empezado a conocerla. He descrito situaciones para poderlas recordar, pero prefiero hablar de mí, de lo que pienso, de cómo se mueve mi entorno personal. La verdad es que he escrito tantas y tantas cosas que no sé por dónde comenzar; he tocado tantísimos temas: personales, de actualidad, problemas de trabajo, amorosos, las *monerías* del gato. Incluso he contado al mismo diario las virtudes de seguir un diario. Con

respecto al estado de ánimo y a la escritura en el diario, considero que la tristeza me impulsa más y mejor que los momentos de euforia, que me resultan más difíciles de describir. La melancolía, la pena, la desdicha, la adversidad, todo eso, me ha empujado a desahogarme frente a las páginas en blanco. Por el contrario, la felicidad no me inspira tanto, es como si ésta mereciera ser vivida y no contada. A veces lo siento de veras, porque me encantaría poder contar las excelencias de un delicioso día de sol junto a una compañía inmejorable. Pero no, no me sale. Vamos que lo mío son las tragedias.

Perdona mi sentido del humor, pero ésta es también una característica tanto mía como de mi diario. El humor es como un bálsamo capaz de paliar los efectos de los peores momentos, nunca viene mal y tampoco puedo separarlo de mí. Las páginas del diario están llenas de ironía y cinismo; a veces acaban con una moraleja que refleja con pocas palabras todo lo que he vivido durante el día. Realmente me ha enseñado a reflexionar y han infundido en mí una nota de carácter cerrado. No me cabe duda de que no sería el mismo sin el diario, que no pensaría igual, pues he reservado muchos momentos para escribir y dejar de hacer otras cosas. No creo que dificulte mis relaciones, más bien me ayuda un poquito, pues cuando quiero decir algo lo escribo previamente, es como si ensayara. He ahí otra nota de narcisismo.

Nunca lo dejo leer a nadie, aunque tampoco me molestaría si lo hiciese alguien cercano a mí. Pero sólo a ése, a quien no podría poner ninguna barrera sobre quién soy. Pocas personas saben que llevo diario. Actualmente pocos nos paramos a pensar y mucho menos a escribir. Veo que a mucha gente le cuesta hacer ambas cosas, que para muchos redactar una carta es una labor más ingrata que se le puede encomendar.

Cuando encontré mi diario, encontré un amigo. Le di vida porque pensaba encontrar en él lo que no me ofrecía mi existencia. Al principio me costó muchísimo reconocer que estaba ahí para escucharme sólo a mí. Quizá no quería ver escritas algunas cosas sobre mí. La verdad es que cuando empecé quise dar una imagen tan distinta de mí, que llegamos a parecer dos extraños. Sólo contaba lo que me hubiera gustado oír, hablaba de lo que había idealizado. Casi nunca contaba mis verdaderos problemas, la crudeza de mi interior. Procuraba evitar la realidad en un vano intento de ocultarla, hasta que un día uno de esos cuadernos dijo basta y me animó a abrir las compuertas de mi ser, de la persona que yo era y de la cual tanto había mentido. Por fin me di cuenta que, para comprender el mundo, debía comprenderme primero a mí mismo, y eso lo conseguí gracias a las hojas en blanco del cuaderno.

Y sin embargo, no es el diario la única forma de comunicarse conmigo mismo, a veces esa función la cumple también la correspondencia con un amigo. Ver escrito lo que pensamos invita a pensar de manera más reflexiva, poner nombre a nuestros problemas ayuda a entenderlos y resolverlos. Desde hace once años me carteo con una chica de Móstoles. Nos escribimos dos o tres cartas al mes —debo tener unas ciento cincuenta guardadas y ordenadas—, nunca hemos dejado de tener este intercambio epistolar. Sólo nos hemos visto cuatro veces y casi nunca hablamos por teléfono. Escribir a esta amiga representa también escribir un diario —a veces es un lío, porque no sé a quién le he contado qué y muchas veces me he repetido— con la particularidad que este *diario* contesta unos días más tarde. Yo sé que esa persona está ahí, dispuesta a responderme tal como yo lo estoy también desde hace once años. Lo mismo que con el diario, también hay fluctuaciones en la frecuencia, nos escribimos con más o menos intensidad, pero con la característica de que no siempre coinciden los estados de ánimo. El hecho de llevar diario o cartearse con esa intensidad es como amar a una persona: los acontecimientos no ocurren hasta que no se cuentan.

He escrito siempre, por eso me gusta encontrar gente que me responda y a la que también le guste escribir como a mí, sin entrar en los terrenos del talento o de la técnica. También puede ser que tenga demasiada imaginación.

Para finalizar esta carta, ahí van unas notas curiosas sobre la utilidad que ha tenido en mi caso la práctica del diario:

Me ha servido para practicar idiomas, durante una temporada escribí habitualmente en francés.

Lo utilicé como banco de pruebas para cambiar mi caligrafía.

En contadas ocasiones he adherido a sus páginas algún recuerdo, como una entrada de teatro, un dibujo simbólico, un recorte que me llamó la atención o los billetes de mi primer viaje en solitario.

TERCERA CARTA

De los diarios se puede aprender mucho —y reír y divertirse y llorar...— al rememorar los recuerdos que permanecen tal como se anotaron en su día. Gracias al diario se puede evitar incurrir en el mismo error que cometimos antes y se puede guardar memoria de una persona o de un hecho. El diario relaja, escribir significa plasmar la necesidad de transmitir la información que llevamos dentro, aunque cuando no dejamos que ésta vaya más allá, recurrimos al diario como testigo

mudo entre nosotros y nuestra intimidad. Por eso no me gusta destruir lo que escribo, por insignificante que sea merece un hueco en una página. Y en muchas de esas páginas he hablado de todo esto al propio diario, quizás a modo de agradecimiento por su discreta ayuda. Con esto espero que ahora te quede más claro lo que quise decir con *las virtudes del diario* a la que me refería en mi carta anterior.

Me preguntas también por el siguiente pasaje: «procuraba evitar la realidad en un vano intento de ocultarme, hasta que uno de esos cuadernos me dijo basta y me animó a abrir las compuertas de mi ser...» Bueno así fue. Tuvieron que pasar siete años de llevar diario para que ocurriera ese hecho, que marcó en la escritura un antes y un después. En un principio me limitaba a escribir sobre la vida que deseaba vivir y exprimía de la realidad los elementos ideales que me hubiese gustado incorporar a mi existencia. Un poco por allí, un personaje por allá, unas gotas de sana, y no tan sana, envidia, imaginación y una pizca de sensibilidad. Todo eso removido producía un cóctel que no era otra cosa que el diario que llevaba por aquellos días. Afortunadamente, la falta de realidad me hizo ver que llevar un diario personal era algo bonito, pero poco útil. Más bien inútil. Me di cuenta que estaba veinticuatro horas conmigo mismo, albergando en mi interior mi auténtico yo, y sólo un rato monótono con un diario al que censuraba. Ese golpe de sentido común vino dado por un acontecimiento en forma de una persona que llegó a mi vida y se fue muy rápido, pero que me sirvió para que empezara hablar de mí mismo tal como soy y no como me hubiese gustado ser. Entonces comenzó mi verdadero diario, al que pude contar sin tapujos lo que sentía. No era lógico que yo contara con una ayuda como la del diario y la desaprovechase. Debía utilizar este recurso para expresarme, para hablar de lo que me ocurría el resto del día. Emergieron los malos momentos, los personajes ingratos, los agravios, las sorpresas desagradables... Sí, fue cuando empecé a ser yo, a definirme y a aceptarme tal como era. Simplemente creo que di un paso hacia la madurez y llevé conmigo el diario, una compañía que, como estarás de acuerdo, muchas veces se abandona después de la adolescencia.

La diferencia entre escribir el diario y escribir cartas a mi amiga resulta difícil de establecer. La principal, a mi juicio, es que en el segundo caso se espera una respuesta que en el primero nunca llega. Nunca guardo las copias de las cartas que envío. Debería salir de casa para hacer sitio a todas las cartas que he enviado, además pienso que el correo es de quien lo recibe. El diario es también un correo, a uno mismo, y en este caso propiedad de quien lo escribe.

Mis diarios están escritos en castellano. Yo hablo, pienso y escribo tanto en castellano como en catalán. En casa hablaba castellano y el menorquín lo aprendí en la calle y en la escuela, pues a mí me pilló la reforma educativa con diez años.

Cuando llegué a la Ciudad Condal sólo tuve que adaptar mi idioma a los usos del catalán estándar, que es el que se habla en Barcelona, pues de otra forma no podía hablar sin que me recordasen mi origen isleño. Así en cuestión de un mes logré imitar tan bien su acento que nadie que no me conozca diría que nací en una islita del Mediterráneo. Perdona que me haya ido por los cerros de Úbeda, con esta disertación dialectal. Pero sí, mis diarios están escritos en la lengua de Cervantes. Creo que no podría utilizar otra, sería como si hablase otra persona. Es muy corriente en Cataluña o en Baleares que la lengua utilizada al conocer a una persona sea la que se utilice siempre, aunque ambos también se encuentren cómodos en la otra. ¿Querrás creer que en casa hablamos a la gata en castellano, porque desde el comienzo nos dirigimos a ella en esa lengua?

Hace unas semanas me enteré que el Ayuntamiento de La Roca del Vallés ha abierto una peculiar biblioteca para albergar solamente los fondos que depositen los diaristas, fondos que se podrán consultar y estudiar. Al parecer es la segunda biblioteca que se abre en Europa —la otra está en Italia—, y no dejará de ser un incentivo para que toda esta literatura personal salga a la luz.

CUARTA CARTA

Tengo curiosidad por ver el resultado final, no por ver mi testimonio impreso, sino por el hecho de poder compararlo con el de otros diaristas. Quizá así pueda averiguar qué me impulsó a empezar a escribir la primera página de mi diario hace dieciocho años. Cuántas cosas habré escrito, cuántas veces habré hablado con mi conciencia a través de sus páginas. Más de dos lágrimas han ido a enjugarse alguna vez en ellas, más momentos malos que buenos (¿por qué será?), más periodos de tranquilidad que de actividad frenética. Más líneas de soledad que de compañía.

Un diario es quizá el amigo que todos quisimos tener y que creamos a golpe de bolígrafo. A mí me ha ayudado a engrasar los engranajes de la mente, a razonar, a dar a las cosas su valor justo. También a pensar en exceso, aunque esto de manera ocasional. A veces he comparado el diario a una noche en vela dialogando con la almohada. A la mañana siguiente siempre se ven las cosas de otro color.

Un diario es también el testimonio de una vida o de una época de la vida. Tengo la impresión de que los acontecimientos, los planes y los deseos no me ocurren realmente hasta que los veo plasmados en el papel, hasta que no están escritos y puedo leerlos. Digo puedo, porque no suelo releer lo que escribo.

Parece mentira, pero un diario puede ayudar a mantener muy fresca la memoria y a mantener detalles que de otra manera quedarían olvidados. Es como una agenda de la vida, a veces puede servir para eso, para saber dónde estaba aquel día o cómo era en un momento dado. Para comprobar lo mucho o poco que cambiamos, pues aunque la vida nos haga dar muchas vueltas, me he dado cuenta que en esencia soy el mismo que una vez, hace dieciocho años, escribió: «Querido diario: hoy empiezo a contarte mis penas y alegrías».

18. Mujer, profesora, 48 años

PRIMERA CARTA

A la salida de la exposición de los íberos compré la revista *Lateral,* por un artículo sobre la Dama de Elche, y allí leí su llamamiento al testimonio sobre el diario. Tuve enseguida la intención de escribirle. Este *en seguida* fue hace dos meses.

Me llamaron la atención diversas cosas de su escrito: en primer lugar, que en la encuesta entre estudiantes un porcentaje nada despreciable escriba diarios personales. Me dedico a la enseñanza secundaria y he comprobado que ciertos usos que parecerían pasados de moda, como por ejemplo escribir poesía, continúan practicándose. También encontré sugerente que escribiesen más diarios las chicas que los chicos, pues también eso encajaba con la percepción que tengo de mis alumnos. Actualmente en Cataluña se obliga a los chicos y chicas de secundaria a llevar una agenda en una especie de diario o, mejor, libro medio secreto, donde copian poesías, las escriban ellos o sus amigos, hacen dibujos, escriben textos íntimos, etc. Paseando entre las mesas veo que en general la estética de las páginas es muy tupida (estética que me recuerda la de los murales-*graffiti* llenos de letras y personajes). Les gusta, creo, que acaben teniendo un aspecto de letra y dibujo muy compacto. Se los pasan entre los íntimos, temen que el profesor los confisque y los guardan celosamente cuando creen que les vas a llamar la atención.

Después me hizo sonreír la descripción de su cuaderno, me refiero al aspecto material que contaba usted: creo que decía cómo eran las tapas. Yo también doy importancia a esas cosas. Más adelante volveré sobre ello. No recuerdo en cuál de los libros de Bruce Chatwin (quizá en *Los trazos de la canción*) explicaba que sus cuadernos de notas de viaje tenían que ser de tapas de hule negro y encontré que iba bien con la idea que me hacía del personaje.

Pero decidí contestar a su *llamada* por su párrafo sobre la muerte. Me impresionó, porque es evidente lo que dice allí, pero para mí debe ser tan vergonzante que nunca lo había verbalizado antes.

Releo el último párrafo de su artículo y veo que pide «hábitos», «circunstancias», «algunos aspectos singulares».... Vamos allá.

No pide opiniones, pero tengo una al respecto y voy a intentar explicarla. Creo que los diarios, cuadernos personales, etc., son una búsqueda de algo importante que no sabemos qué es. Hace años descubrí un libro de imágenes dedicado a Delacroix. Nunca me había detenido a mirar sus cuadros, los había considerado *plomos* sin observarlos siquiera (salas interminables en el Louvre por las que había pasado rápidamente). Pues bien, el libro en cuestión estaba dedicado a sus cuadernos de viajes por Marruecos. Eran una delicia. Esbozos rápidos que captaban maravillas. Denotaban sorpresa. Durante un tiempo he estado buscando libros similares. Siento una emoción especial delante de los intentos de captar sensaciones, más que ante una obra *definitiva*. Como si el esbozo fuese más verdadero, como si la búsqueda tuviese más atractivo que el resultado. Los esbozos no se muestran, están en el plano personal íntimo, pero los consideramos vitalmente tan importantes para nosotros mismos, que los destinamos a alguien que en un futuro quiera conocernos de verdad.

Escribí un cuaderno cuando tenía 16 o 17 años, no puedo asegurar si duró un año o menos.

Volví a escribir a los 28 años. Desde entonces no he cesado de escribir un tipo de diario u otro. Es decir desde hace 20 años llevo diario ininterrumpidamente. En todo este tiempo no siempre he escrito el mismo diario y hasta me pregunto si ciertos cuadernos pueden ser considerados propiamente diarios. Me salen cuatro tipos de diarios.

1. Un tipo de diario que podría llamar *anecdótico*. Es el que he escrito más tiempo y es el que escribo ahora. Trata de plasmar cosas que oigo o veo, más que cosas que siento o que me pasan por la cabeza (reflexiones explícitas). Que el diario actual sea de tipo *anecdótico* no significa que me prohíba páginas de otro tipo (sentimientos y reflexiones), pero no son las que dominan. Ha habido momentos que me parecía que hacía costumbrismo. Otros, me ha parecido que eran ganas de demostrar(me) que en un día cualquiera, aparentemente anodino, pasaban cosas... en el metro. Actualmente llevo este tipo de diario y me esfuerzo por escoger lo que anoto y sobre todo por escoger la manera cómo lo anoto. Diría que me preocupa el tono. Quisiera

transmitir en el cuaderno todas esas cosas pequeñas con la viveza y la ironía que tiene lo oral. A esto me refería anteriormente cuando decía que no sé hasta qué punto esto es un diario personal o son veleidades literarias (en fin, el problema, si existe, es de usted, que es el teórico). Estos últimos meses escribo cartas a mi hijo que está terminando sus estudios en el extranjero, y me he dado cuenta de que traspasaba parte de la función del diario a las cartas que le escribía. Resultado: escribo menos en el diario; intento que las cartas tengan ese tono coloquial que da una determinada imagen del mundo (no sé explicarle qué imagen es, pero yo en mi fuero interno me digo que no se trata de ninguna tontería).

2. Segundo tipo: *íntimo*. He estado 8 o 9 años llevando este tipo de diario a raíz de una crisis sentimental, con los consiguientes coletazos, posteriores expectativas amorosas, etc. Anteriormente había escrito esporádicamente páginas íntimas en el diario que llevaba, en general en momentos de decaimiento. Cuando he llevado este tipo de diario, escribirlo ha sido algo vital. La descripción de sensaciones y de sentimientos, tanto positivos como negativos, debía ser escrita y releída, o reventaba. Otro aspecto: era secretísimo (volveré a ello).

   Dejé de escribir este tipo de diario hace unos cuatro años. En realidad, ya sólo hacía en él anotaciones de tarde en tarde. Me di cuenta que, al estar más equilibrada emocionalmente, no lo necesitaba. Lo clausuré (físicamente, fue como un ritual). Cuando clausuré este diario, estuve reflexionando por qué escribía sobre determinadas personas y sensaciones. Me di cuenta entonces de que nunca había escrito sobre mi hijo, con quien me une una fortísima relación de 24 años. Tuve la impresión de que quizá en mi diario íntimo quería apresar lo que no estaba seguro, me servía para esclarecer mis dudas, mientras que en mi relación materno-filial no tenía dudas ni cabían inseguridades.

3. Tercer tipo: *dietario*. En los años en que llevaba diario íntimo, paralelamente tenía un cuaderno donde anotaba a quién veía, a dónde iba y cosas de ese tipo. Por esto le he llamado dietario. Era la otra cara de la moneda del diario íntimo. Creo que debió ser una época en la que tenía necesidad de demostrarme que tenía *vida social*. También fue clausurado. Fue clausurado con cierto menosprecio por mi parte. Releer lo que uno mismo ha escrito hace un montón de años es muy peligroso para los que somos muy autocríticos y nos tratamos con poco cariño. Con la distancia temporal, se me apareció un personaje muy inseguro que intentaba afianzarse de una manera algo banal. Como ese personaje era yo misma, no me gusté nada.

4. Cuarto tipo: *diario de viaje*. No es que sea una gran viajera, pero hace unos 8 años o más decidí llevar un cuadernito cuando iba de viaje para hacer dibujos y la crónica de éste. Aquí el soporte material es muy importante: tapas duras, hojas religadas, papel grueso que permita la acuarela, dimensión medio folio o más chico.

   El texto no es muy importante; en general anoto sucintamente las cosas que van ocurriendo, lo que veo. Pego algún sello, algún billete. Voy dibujando sobre la marcha. Termino los dibujos por la noche en los hoteles, en algún bar o a la vuelta a casa. Una vez terminado el cuaderno (un cuaderno = un viaje), me siento un poco ridícula con él en las manos y al mismo tiempo orgullosísima con las páginas que *me han quedado bien*. Creo que me siento orgullosa porque es como el único *souvenir* que valoro del viaje (he dejado de hacer fotos y de comprar cachivaches), como si allí estuviera todo lo que quiero recordar o poseer. Y ridícula porque (soy muy puritana) me da vergüenza reconocer que me gusta el objeto en sí, porque queda *mono* que tenga ese aspecto de *cuaderno de campo decimonónico*. (¿Recuerda el cuaderno de notas del papá de Indiana Jones en una de sus películas?) Inconfesable, pero éste sería mi modelo.

   Este cuarto tipo de diario es el único que permito que sea leído. Podría decir que es público. Lo tengo en cuenta, cuando anoto cosas en él, reprimo la expresión de algunas cosas porque sé que quizá serán leídas. En muchas ocasiones esto me pesa, pero... ¡vanidad!... me encanta que luego tenga ojeadores.

5. Habría un quinto tipo de diario, pero creo, aquí sí, que se escapa del diario personal. Yo le llamo, medio en broma, el *cuaderno intelectual:* impresiones de exposiciones, libros, excursiones, espectáculos.

HÁBITOS

1. Frecuencia. Difícil decir con qué frecuencia escribo, porque a lo largo de estos años ha variado mucho. Jamás he escrito diariamente. Semanalmente, quizás. O con menor frecuencia. Aunque no escriba con mucha frecuencia, los cuadernos son muy importantes para mí, si no, no hubiese estado veinte años llevándolos, cerrándolos, abriendo nuevos, cambiando enfoques.
2. ¿Dónde? En casa, en una habitación donde esté sola. En bares, rodeada de gente.
3. Soporte. Durante muchos años utilicé hojas sueltas cuadriculadas, de las que tienen agujeros, y las colocaba en un clasificador de anillas. El cuaderno *íntimo* iba en una carpeta también de anillas, pero tenía un acabado de cartera y se cerraba con llave. Si había escrito algo en un papel cualquiera, lo pegaba al

cuaderno. Ahora, desde ya hace unos años, uso cuadernos de espiral o de hojas religadas, tamaño medio folio. Para los cuadernos de viaje, ya lo he explicado antes. Intenté usar el ordenador, pero... duró tres días. ¿Lo asociaba con el trabajo? ¿No tenía dimensiones de objeto como tiene un cuaderno?

4. Lengua. Siempre he escrito los cuadernos en catalán. En un viaje, con una amiga madrileña, me pidió que le pasase al castellano las notas tomadas, porque quería tener el texto. Una vez traducido, me pareció irreconocible.

   Me gustan las cuestiones lingüísticas. Soy profesora de lengua catalana, pero como he estado viviendo muchos años en Francia, cuando escribo para mí me encanta tomarme libertades e intercalar en el texto expresiones francesas cada vez que me viene a la cabeza. Decía su artículo que el diario termina dando el autorretrato involuntario de su autor. Supongo que eso es así, y que lo da en cosas que no sospechamos. Por ejemplo, a través de nuestras expresiones lingüísticas. Caí en ello leyendo un libro (*El gozo de escribir*, de N. Goldberg) muy americano, un poco naif, pero donde había unas cuantas ideas que daban en el clavo. Por ejemplo, hablaba del lenguaje que calificaba de típicamente femenino, inseguro, que reclamaba siempre la confirmación del interlocutor. Decía que esto se traduce en la escritura con pequeñas muletas del tipo «quizás», «creo», «de alguna manera», «me parece»... me sentí aludida. Nunca antes había caído en la cuenta de que las utilizo constantemente.

5. Relectura. Excepto algunas épocas del diario íntimo, normalmente releo poco. Pero releo. Por lo general me siento incómoda con la relectura, sobre todo si ha pasado ya mucho tiempo.

6. Nombres. Tengo un amigo que pone nombres a sus cuadernos. Un nombre no corresponde a un cuaderno, sino a una etapa de cuadernos. Yo no lo hago.

7. Otros. Siempre, siempre pongo la fecha. Intento que la letra sea legible. Algunas veces, cuando estoy escribiendo, me descubro y sorprendo a mí misma alargando una frase para hacerla más comprensible. Me sonrío porque me doy cuenta de que está destinado inconscientemente a terceros. Últimamente pongo títulos a lo que escribo.

DESTINATARIO

Esta es la madre del cordero. Era esto lo que me impresionó de su carta. Reflejar la imagen... ¿quién la verá? Decía usted que escribía su diario para su hija, una hija ideal. Yo también escribo para alguien. No para mi hijo, que es ya adulto y que, como mucho, hojea mis diarios de viaje para alabarme o criticarme mis dibujos. No puedo escribir para él porque ya es patente que le importa muy poco lo que

yo pueda escribir (quizá es por esto que, ahora que tengo la ocasión, le mando cartas). Pues bien (cójase a alguna parte, que lo que sigue es muy íntimo), en mi fantaseo me imagino que tendré la suerte de tener nietos y que ellos leerán los cuadernos (y se ve que les van a interesar mucho). Con la distancia generacional ha llegado a tener más magia la idea.

Sé que estos cuadernos amontonados, teóricamente tan privados, tienen un componente de trascendencia que cualquiera consideraría legítimo, pero que yo subjetivamente considero vergonzante —se lo decía al principio—, como si se tratara de exhibicionismo o de arrogancia.

Hasta tal punto me resulta absorbente la idea del destinatario que, cuando clausuré el cuaderno íntimo, me planteé destruirlo. ¡¡Se ve que no quería dar a mi hipotético nieto una determinada imagen de su abuela!! Pero tuve un arranque de sentido común y me dije: «no destruyo nada... de momento».

SEGUNDA CARTA

Voy al grano y trato de contestar a las preguntas que me proponías.

Cómo comencé los diarios:

Como no me acordaba, los he abierto para ver qué decía la primera página y de cuándo estaba fechada. Veo que en la carta anterior di fechas, edades y periodos de memoria que no se corresponden exactamente con la realidad.

El diario de adolescencia que yo situaba a mis 17 años, empezó en realidad cuando tenía 15 años. Empieza con la crónica de un viaje escolar con profesores de ciencias naturales al Pirineo leridano a finales de junio de 1965. No recuerdo qué me llevó a hacer en concreto este resumen. Veo que siguen crónicas de otras excursiones y resúmenes y valoraciones de libros leídos. A partir de la mitad del cuaderno desaparecen las fechas. Creo que debe terminar un año y medio después de comenzarlo.

He encontrado un legajo de notas íntimas escritas entre el 1979 y el 1980 (escritas a raíz de un follón sentimental). En el año 1981 (o sea, cuando tenía 31 años y no 27 como creo que te dije en la anterior carta) empieza el nuevo diario con una página donde muy explícitamente se dice que «siempre pienso que tengo ganas de escribir, de anotar cosas... y precisamente ayer pasó no sé qué...». Este diario (de tipo anecdótico) continúa hasta el 86 y se convierte a partir de entonces en un dietario sucinto donde anoto cosas que hago (hasta diciembre de 1991).

En el 86 empieza un nuevo cuaderno, paralelo al anterior, de escritura secreta (cerrado con llave) y sentimientos íntimos. No hay ninguna página introductoria como en el anterior, no hacía falta: una crisis sentimental me aboca a escribir lo que siento e intento desahogarme y también que me ayude a pensar ya racionalizar lo que estaba ocurriendo. Lo clausuro en el 96.

En el 94 empiezo una serie de cuadernos anecdóticos, pero tampoco hay ninguna página donde se explique el por qué los comienzo, ni recuerdo ninguna circunstancia concreta. Sí recuerdo que hacía tiempo que tenía ganas de volver a escribir sobre *las pequeñas cosas*.

Clausura de los diarios
Quizá en la otra carta di una idea falsa y se magnificó el hecho. El caso es que en el 96 escribía muy de tarde en tarde en el cuaderno íntimo y había abandonado desde el 91 el otro cuaderno convertido en dietario. Hice un día una relectura de los diarios, de la inmensa mayoría, e hice balance. Ahora lo he releído y es un balance que abarca tanto mi situación sentimental como la necesidad que había tenido de llevar los diarios. Está escrito que en él ya no necesito escribir más. (Hay un par de líneas diciendo que, además, no caben ya más hojas en la carpeta). (Me ha hecho gracia ver que añadí otra hoja cinco meses después que dice: «había escrito que ya no escribiría más en este cuaderno, pero...»). Fue en este mismo momento del balance y clausura, cuando decidí no volver a tocar el que ya no usaba desde 1991: decidí arrinconarlo sin ninguna justificación escrita, menospreciándolo.

Diario anecdótico
No sé, me ha parecido que lo mejor era traducir unas páginas. Dicen que *traduttore, traditore;* el problema ha consistido en elegir qué traducía, he hojeado los últimos cuadernos: «esto no, porque no se entiende; esto es una bobada, esto no es una bobada, pero lo parece; esto tampoco se entiende; este otro traducido no sé cómo quedará; éstos son demasiado largos...». ¡¡Dios!! He agarrado el ordenador y he traducido las entradas cortas que te envío.

Me permito enviarte tres cosas más: un cómic que tiene por argumento el diario personal de una mujer, antes y después del matrimonio, en clave cómica claro; unas fotocopias (lástima que sean en blanco y negro) del libro sobre el cuaderno de viaje de Delacroix a Marruecos; y una narración de Quim Monzó, *Redacció: Què vaig fer el diumange?* ('Redacción: ¿Qué hice el domingo?') lo único que tiene que ver con todo esto es que en la escuela donde yo iba de pequeña empezábamos todos los lunes con la redacción *El diario del domingo*.

FRAGMENTOS DEL DIARIO

31. 12. 95

CONVERSACIONES
En un programa de la televisión uno de estos sociólogos abonados a mesas redondas televisivas, pero que tenía gracia, dijo que le gustaba oír las conversaciones de la gente en el metro y que según qué temas le apasionaban hasta el punto que tenía ganas de decir a los que hablaban: «por favor, no bajen aún en esta parada, continúen».

Ayer en el tren de Sarriá había 5 mujeres que me parecieron de alguna congregación cristiana o quizá monjas puras y duras, pero vestidas de calle. Hablaban en francés. La mayor contaba a las otras que habían intentado comulgar en una iglesia de rito ortodoxo y que no se lo habían permitido. Lo decía escandalizada. Las otras hacían signos como que también eran muy ecuménicas. Una jovencita, morena, en un francés un poco inseguro, empezó a contar que en su pueblo pasaba lo mismo con los coptos... Y bajaron.

2. 8. 96

IRLANDESES
Hace un tiempo vamos con X a chafardear al Maremágnum donde cada día abren un local o tienda nuevos. En el piso de arriba hay una taberna irlandesa con tres músicos que cantan canciones irlandesas. Uno de ellos, el líder, gordito, moreno, con bigote, da explicaciones en un castellano aproximado sobre las letras de las canciones. La historia de una de estas canciones pasa «en una casa de putas que se llama Tierra Santa». Por los temas y las bromas, X dice que sólo podían ser católicos.

24. 3. 97

LINGÜÍSTICO XX
Me encuentro hace unos días con XX cuando iba a entrar en la Pedrera a ver la exposición de Romero de Torres. Me hace pasear un rato:

1. Cuando le digo que este verano quizá vaya a San Petersburgo dice «ahora a mí me daría pena». Pienso «¿hace diez años, no?»
2. Me cuenta que ahora es responsable de una institución cultural y que ha de mirar qué hace la gente con los dineros públicos y que nadie quiere explicarlo con detalle y se resisten sobre todo a hacer ningún informe por escrito.

> «He llegado a la conclusión que los hombres no venimos del mico». «¿No?» «No, somos micos». (Coqueta) «¿Y yo también?» «Tú, no. Tú eres una mona». Me mira y dice: «¿Eh que he salido bien del paso?»

A todas estas se ha formado cola en la exposición de Romero de Torres y abandono.

19. Mujer, administrativa, 43 años

CARTA

Aunque siempre he sentido necesidad de poner por escrito mis vivencias, nunca he escrito diariamente, no soy disciplinada en las cosas que sólo me afectan a mí. Sin embargo, desde los veinte años y hasta este momento, he escrito, durante periodos de duración diversa y con intensidad irregular, diarios u otro tipo de textos, que llenaban la misma necesidad íntima. Éste es el periodo de mi vida en el que escribo más asiduamente.

En la adolescencia, desde los once a los catorce años aproximadamente, escribía un diario de manera continuada. Era la época en que se publicaron los libros de un sacerdote francés, Michel Quoist, titulados *Diario de Ana María* y *Diario de Daniel,* que marcaron a toda una generación. Se trataba de unos manuales aleccionadores de cómo debía ser un buen o buena adolescente de religión católica. Llegaron a mis manos a través de unas monitoras del grupo de *scouts* al que pertenecía. Por suerte para mí no lograron aleccionarme mucho, pero me abrieron las puertas de ese mundo tan especial que es escribir para una misma, para pensar, sentir y poder recordar más adelante.

En el periodo de los trece a los catorce años era un diario extraño. Lo escribía para intentar comunicarme con los adultos. Escribía mi diario y lo dejaba ostensiblemente a la vista para que mi madre lo encontrara. Lo dejaba a las monitoras de los *scouts* que me merecían confianza. Tenía la intención de que supieran lo que se *cocía* en mi cabeza. Debo aclarar que el truco funcionó con las monitoras, pero no conseguí mejorar la comunicación con mi madre. A pesar de dejarle mensajes explícitos del tipo: «sé que lees el diario...», ella nunca aprovechó para comentar las vivencias y los pensamientos que yo incluía en el diario. En esta época comentaba los hechos que habían sucedido y mi interpretación de ellos, y sobre todo me interrogaba por el significado de los actos de los demás, e intentaba comprenderlos.

Actualmente los textos que considero como mi diario pueden ser de dos tipos. Uno es el que llamo *la vomitada emocional*. Para éste compré un cuaderno

especial, bonito, de hojas cosidas y pastas duras. Escribo diariamente hasta la madrugada si es preciso. Es monotemático y siempre refleja un conflicto, en la mayoría de las veces amoroso. En él describo con todo detalle la relación de hechos objetivos, transcribo conversaciones, pego entradas de espectáculos, fotografías, flores secas, incluso en una ocasión perfumé el cuaderno para completar la capacidad de evocación. Intento reflejar con la máxima exactitud posible mis estados de ánimo, los cambios de opinión, las angustias, las alegrías. Se tratan de cuadernos cerrados: al finalizar las circunstancias que lo provocaron, se acabó el diario.

El otro tipo de textos son los de *reflexión*. Por su continuidad y periodicidad se aproximan más a la idea clásica de diario que el anterior. Es donde reflexiono sobre la realidad de cada día. Me sirven para intentar comprender mejor los acontecimientos que me rodean y mis propias vivencias. Puede ser algo leído en el periódico, una conversación en la que he participado o que sólo he escuchado, una película o un libro. Entonces suelo escribir varios folios para reflejar las ideas que se me han ocurrido en torno al tema que ha provocado la sesión de escritura. Nunca escribo a diario, sólo cuando un tema me motiva. En este caso el soporte puede variar, desde cuadernos en espiral en los que dejo hojas en blanco entre uno y otro texto, a folios sueltos que posteriormente agrupo por fechas.

Durante el periodo que estuve embarazada de mi hija, escribí un diario de hechos externos, donde anotaba el peso, estado de salud, etc., para conservar los datos médicos. Al nacer la niña quise escribir un diario para ella, en el que plasmara todos los hechos que iban marcando su desarrollo, tanto físico como mental. Quería que ella pudiera saber con certeza, sin el filtro del olvido materno, cuándo, cómo y por qué se había creado su personalidad. Quería reflejar todos los hechos y todas las sensaciones, desde la curva del crecimiento hasta la forma como iba cambiando su reacción frente a los adultos desconocidos. Pero como siempre la realidad se impone a los sueños, la propia exigencia del diario me impidió llevarlo. ¡Los cambios son tan rápidos en los niños y hay tan poco tiempo libre! Hubiera necesitado días de cuarenta y ocho horas, veinticuatro para vivir con la niña y otras veinticuatro para reflexionar y escribir.

Hasta ahora escribía siempre a mano. En mi trabajo estoy casi siempre escribiendo en el ordenador, por eso me he resistido *como gato panza arriba* a tener uno en casa, pero al fin he caído en el signo de los tiempos. Y desde hace algunos meses escribo con el ordenador. Debo reconocer que permite reflejar con más exactitud las ideas. En cambio, al escribir a mano, las frases son más espontáneas, no hay posibilidad de *pentimento*. Esto les da un encanto especial cuando se trata de

describir sentimientos. El ordenador permite pasar y repasar hasta que dejas reflejadas tus ideas lo más exactamente posible, pero durante el proceso ha desaparecido toda la frescura del escrito directo.

Guardo todos mis escritos en un cajón especial de mi habitación. Los más antiguos están en cajas de cartón forradas, escogidas cuidadosamente para que sean hermosas. Dicho así, no se puede comprender el grado de intimidad y de misterio que ello implica. Desde hace tiempo mi escritorio está vetado a cualquier persona. Pongo muchos reparos a que alguien husmee en mis cajones. Cuando he vivido en pareja he defendido ese territorio como el único que me reservaba para mí sola. Mi hija, que ya tiene diez años, sabe que debe pedir permiso antes de tocar mi escritorio, aunque sea para buscar el pegamento o un clip.

Nunca he utilizado clave o escritura secreta, como máximo utilizo algún alias, que yo sólo conozco, y únicamente cuando se trata de situaciones que comprometen a otras personas. Por ejemplo, «el loco del pelo blanco me ha contado que engaña a su mujer». Siempre he pensado que el tabú que he establecido respecto a mi escritorio era suficiente como guardián de mi intimidad. Desde que utilizo ordenador, pongo una clave secreta para acceder al texto. Varias personas podrían usar el ordenador casualmente y no me gustaría que pudieran leer nada mío sin mi conocimiento.

No creo que el hecho de llevar un diario se pueda relacionar estadísticamente con el narcisismo o la inmadurez. Los grandes *narcisos* que conozco están demasiado ocupados haciendo brillar su personalidad para perder el tiempo escribiendo. Del pecado de inmadurez no creo que esté libre nadie, en una u otra cosa todos somos un poco adolescentes e inmaduros. En mi caso no creo que tenga sentido hablar de narcisismo. Cualquier texto que escribo, a corto o a largo plazo, tiene una utilidad de reflexión crítica sobre mí, no me regodeo en lo *maravilloso* de mi personalidad.

Es mi formación de historiadora la que me pide exactitud en los recuerdos de mi vida. Me parece importante poder fijar en un momento determinado una vivencia, para poder volver sobre ella y comprobar cómo el paso del tiempo nos cambia por dentro tanto como por fuera. Esto me permite un distanciamiento de mí misma muy sano. La misma que un día escribe angustiada, al cabo de un tiempo, puede sonreír y hacer un juicio satírico sobre la capacidad de dramatizar y exagerar los problemas. Utilizo mis escritos para fijar en el tiempo las alegrías y para liberarme de las angustias.

Otra de las razones que me impulsa a escribir textos parecidos a un diario es la necesidad de libertad. En mis escritos me siento realmente libre. No hay censura exterior e intento minimizar la interior. Nadie más que yo los lee, nadie más los juzga.

Provengo de una familia de pocos parientes, muy desarraigados de la tierra de origen y con las relaciones entre ellos totalmente rotas. Nunca me ha gustado esta situación. Siempre he echado de menos una familia grande. Me gustaría conocer cosas de mis antepasados. No es que busque títulos de nobleza, busco raíces. Me conformaría con poder conocer sus vivencias, sus formas de ver la vida y cómo los hechos históricos afectaron a sus vidas. En parte ésta es otra de las razones por la que me gusta dejar escritas mis *cosas*. El azar hará que sean útiles para alguien o que desaparezcan en el cubo de la basura.

No consigo recordar por qué dejé de escribir el diario de adolescente. Supongo que no cumplió su objetivo de buscar comunicación y lo abandoné. En cierto momento, alrededor de los dieciocho años, necesité liberarme de los diarios. No recuerdo haber realizado ningún ritual especial de destrucción, simplemente fueron a parar a la basura.

Retomé la escritura a los veinte años porque sentía la necesidad de tener un espacio propio, íntimo y libre, y para romper con la sensación de soledad. Hay quien dice que leemos para saber que no estamos solos. Yo escribo para poder soportar la absoluta seguridad de que lo estamos.

No suelo releer los textos. Solamente los de *reflexión* en algunas ocasiones. Pero cuando lo hago tengo grandes sorpresas. Descubro que tal idea ya estaba en mi cabeza antes de lo que pensaba. O me doy cuenta de las veces que me engaño a mí misma. Es una forma de reconocerse muy enriquecedora. Saber que están ahí, en el cajón, leales, siempre a punto para ser leídos me resulta gratificante. Es como tener pequeñas porciones de pasado para poderlas degustar cuando uno quiera. Sin embargo, algunos cuadernos *emocionales* aún hacen mucha pupa al releerlos, y prefiero no hacerlo.

Al cumplir los cuarenta, hice una lectura general de todo lo que tenía escrito. Me sorprendió gratamente cómo había aprendido la capacidad de ironizar sobre aquellas cosas que me parecían tan dramáticas y que por tanto me habían hecho sufrir. Descubrí el cambio de valores y el sentido del humor que había experimentado en esos años, y una capacidad para relativizar las cosas. Creo que este descubrimiento ya dio sentido a todo el esfuerzo que había representado escribir, durante veinte años.

No quisiera que nadie leyese mis textos mientras esté viva. Por lo tanto, el diario no lo publicaría nunca. Una vez haya muerto me da igual. Cualquiera podría leerlos. Incluso me divierte pensar que pudieran airearse ciertos secretos.

Sin embargo, siento pudor ante mi hija, no sé si me gusta la idea de que ella sepa todo de mí. A su edad me es fácil todavía decidir qué cosas puede y no puede saber de su madre. Pero más adelante, supongo que la sinceridad de nuestra relación entrará en conflicto con mi pudor y con mi necesidad de intimidad, aunque si ella, cuando fuese adulta, me pidiera leerlo no descarto totalmente la posibilidad de permitírselo.

Últimamente he *inventado* un género muy terapéutico. Escribo narraciones sobre las vidas que me hubiera gustado vivir. Algunas ocurren en épocas históricas que tienen un sustrato mítico para mí, la Alta Edad Media, el salvaje Oeste, el mundo de las hermanas Brönte. Otras son absolutamente contemporáneas e incluso aparecen en ellas amantes, amigos y conocidos. Reconozco que el resultado final de este género, en el que escribo lo que una quisiera vivir, resulta ñoño. Puede parecer un libro de Barbara Cartland o malas imitaciones de Norman Mailer. Pero creo que pueden considerarse como la copia en negativo de un diario. No escribo lo que hago o lo que siento sino lo que me gustaría hacer y sentir. Para mí que conozco las claves secretas resulta divertido y liberador. Por poner un ejemplo, reconvertir al maldito jefe de la oficina en el odiado comerciante de armas que provoca la batalla final entre los soldados del Séptimo de Caballería y los indios buenos me ayuda a conservar la salud mental. Estos escritos con ambiciones narrativas me encantarían que fueran lo bastante buenos como para encontrar un editor dispuesto a publicarlos. Pero sufro de vergüenza ajena cuando veo publicado un libro de poco valor literario y supongo que ese sería el caso de mis historias.

20. Mujer, estudiante, 20 años

PRIMERA CARTA

Comencé a escribir en un viejo diario (de Primera Comunión) poco después de empezar a salir con mi pareja. Era una historia increíble, y quería poder recordar todos los detalles en el futuro. Ocupé unas diez páginas; lo escribí todo de un tirón en una tarde.

Al cabo de unos meses tuve que separarme de esta persona. Iba a estar un tiempo sin poder saber nada de ella, y necesitaba una vía de escape donde arrojar mis sentimientos, mi soledad, mi añoranza, mi rabia. Así reanudé mis escritos en el

diario. Me propuse tener un verdadero diario (lo había intentado varias veces de niña, pero nunca duraba más de dos días).

Hace más de dos años que escribo; al principio lo hacía diariamente, aunque últimamente no sea así. De todas formas, procuro no dejar fuera todo aquello que me es importante.

Cuando se me agotaron las hojas del cuaderno-diario de la Primera Comunión (por cierto, era muy bonito, con brujas de colores, montadas en escobas, con cara de velocidad, gafas de sol y unos calcetines de rayitas rojas y blancas) pasé a escribir en folios y después en cuadernillos. Uso siempre bolígrafo azul o negro.

Pretendo plasmar en el papel lo que hago, lo que pienso y lo que siento. Tengo tendencia a olvidar muchas cosas de las que me pasan, y quiero evitar que se pierdan. Quiero escribir mis miedos, mis preocupaciones, mis problemas... Quiero ver mi evolución como persona a lo largo del tiempo.

Suelo hablar de las cosas cotidianas que hago, de los desengaños que a veces me llevo con la gente que me rodea, de las inacabables peleas con mi familia, de mi visión de los acontecimientos que ocurren en el mundo, de cómo van mis estudios, de mi preocupación por el futuro, de los problemas de algún amigo, de mis deseos, de todo lo que me hiere o me hace llorar, de todo lo que me hace sentir rabia y odio, y también amor.

SEGUNDA CARTA

Cuando, a raíz de conocer a mi pareja, comencé a escribir, no me había planteado llevar diario. Fue unos meses después, al tener que separarnos temporalmente. Mi idea inicial era la de desahogarme un poco durante ese tiempo, en el que sabía que lo iba a pasar mal. No pensé que lo fuera a llevar durante mucho tiempo, pero al final he conseguido tener un verdadero diario. Escribo desde el día 28 de junio de 1997, y siento la necesidad de hacerlo, porque tengo la sensación de que si no lo hago, me será imposible conservar en la memoria todo lo que siento y todo lo que me pasa.

Escribo más cuando estoy triste, que cuando me siento feliz. Por ello es fácil deducir que otras de sus funciones, además de fijar el pasado, es la de desahogo. Siempre que me ocurre algo malo o estoy deprimida o he discutido con alguien o siento pena, rabia, odio, porque alguien me ha decepcionado o por cualquiera otra razón, recurro a él y se lo cuento todo. (Debo aclararte que siempre he sido

una persona bastante solitaria). Por supuesto, también escribo acerca de temas más alegres y cuando me pasan cosas buenas. También hay anotaciones sobre acontecimientos cotidianos.

Con respecto a la frecuencia con que escribo, durante unos meses solía escribir a diario, pero por causa de los exámenes las entradas se fueron espaciando hasta las dos semanas. Ahora intentaré retomar la frecuencia anterior.

El diario lo escondo entre la ropa de la temporada contraria a la que estamos y por supuesto no permito que lo lea nadie, no me parece buena idea. Mi pareja sabe que llevo diario, pero no me ha pedido leerlo y si lo hiciera no se lo dejaría. Sólo lo haría si yo muriera antes que él. En ese caso me gustaría que lo leyera. También parte de mi familia sabe que lo escribo, porque me han visto hacerlo alguna vez, pero no quiero que lo lean bajo ningún concepto. A veces me preocupa que mi madre o mis hermanas lo lean. De hecho, creo que han intentado hacerlo alguna vez, porque el segundo cuaderno que tenía preparado para estrenar apareció *misteriosamente* abierto, y tenía las primeras hojas con un agujerito, de forzar el cierre, que estaba un poco atrancado. De todas formas, prefiero exponerme al riesgo de ser leída que romperme la cabeza buscándole escondites, que después corro el peligro de olvidar.

Como ya dije en la carta anterior, al comienzo escribí en un cuaderno, regalo de la Primera Comunión, y cuando se acabó, con 137 páginas escritas, lo continué sobre folios que cortaba en hojas del mismo tamaño que las del cuaderno. Actualmente escribo en un cuadernillo. Aunque escribo otras cosas (poesía y relatos autobiográficos, más o menos literarios) y me gusta conservar dibujos que hago, cartas, fotos o pequeños recuerdos, no incorporo al diario ninguno de estos *materiales*. Tampoco hay ningún tipo de escritura secreta, aunque con frecuencia incorporo expresiones o tacos malsonantes o me refiera a temas eróticos o sexuales.

Releo a veces el diario, sobre todo últimamente, cuando no podía escribir más de dos veces al mes, y no me acordaba de cuál era la última anotación. Entonces releía lo escrito en las veces anteriores. Alguna vez, por el gusto de recordar algo que pasó tiempo atrás, lo busco y lo vuelvo a leer.

Respecto a la extensión de páginas que suelo escribir, es muy variable. Puede oscilar entre unas pocas líneas hasta cinco o seis páginas.

Nunca he destruido ninguna parte de él, y no tengo la intención de hacerlo, por lo menos hasta ahora. Quizás algún día considere que los recuerdos son demasiado dolorosos, pero de todas formas no creo que actúe así. Antes de plantearme el

destino de mi diario, quisiera seguir escribiendo en él todo el tiempo que quiera o pueda, después lo guardaré en algún rincón de mi casa, en una de esas cajas que aparecen de vez en cuando escondidas en un armario. Entonces me gustaría releerlo y comprobar cuánto he cambiado y cosas así.

FRAGMENTOS DEL DIARIO

27 de agosto de 1997
Esta madrugada (aparte de soñar que veía a X) he tenido uno de esos sueños, que tanto me gustan, de película de terror. No me acuerdo muy bien de él, pero sé que ha sido un *flipe* de sueño. Había una chica que estaba sola, de noche, en un sitio que estaba inclinado, en cuesta. Ella estaba en la parte de abajo, al final de la cuesta, y ve que viene un hombre que la mira fijamente. Ella sabe que tiene intenciones de violarla. El hombre va a dar una vuelta para bajar después por la cuesta, hacia donde la chica se encuentra. Mientras él llega, ve venir a otro hombre en un coche. Lo para y le pide que la ayude. En un principio, te piensas que este segundo hombre tampoco te da muy buena espina, pero cuando llega el violador, se pone a pelear con él a puñetazos. La chica, mientras, huye y se esconde detrás de unos coches. El hombre que ha venido en su ayuda mata al violador.

Bueno, pues no sé cómo, pero la cuestión es que poco a poco, te das cuenta de que el hombre que viene a salvar a la chica no existía en realidad, sino que era como un desdoblamiento, un producto de su mente, creado para defenderse a sí misma. No me acuerdo, por desgracia, de todos los detalles, pero sé que cuando ha terminado la historia, me he *medio-despertado*, diciéndome a mí misma, «¡qué flipe de sueño!» Ha sido una cosa super-extraña, que no sé cómo explicar.

14 de octubre de 1997
Por la tarde he salido con X a dar un paseo. Estábamos los dos sentados en un banco, cuando de pronto se nos acerca un *tío*. Pues nada, que se nos puso a contarnos su vida durante los siguientes cincuenta minutos. Este es un brevísimo resumen.

Se llama Miguel. Es gitano. Tiene 36 años. Estuvo 13 de ellos metido en la heroína. Ha estado en un montón de cárceles en toda España. Ha conocido al Torete, al Dioni y al Vaquilla. Una vez estuvo en Mallorca, y allí conoció a una francesa de 17 años. Estuvo viviendo con ella cuatro meses y tiene una hija de 14 años, a la que sólo conoce por fotos.

También nos contó que su madre había muerto hace dos años, y que le tenía muy consentido. Nos dijo que cuando estuvo en el hospital, su madre le traía pastillas,

heroína, dinero... Dice que sintió mucho su muerte. Lleva no sé cuánto viviendo en la calle. Dice que aún no ha salido el juicio por un tiro que le pegó a un poli. También dice que ha llegado a tener varios millones robados de un banco.

Nos ha comido la cabeza de mala manera. No sabíamos a dónde mirar, ni qué hacer. Pero claro, ¿cómo le dices a un tío así, «oye, mira, que nos estás agobiando un poco»? Así que nada, allí aguantando el tirón, y el tío, que después de una se acordaba de otra, iba más ciego que las culebras.

Ya cuando se fue, acordamos una nueva frase-hecha: «Eres más pesado que el Miguel».

28 de julio de 1998
No puedo describir cuánto echo de menos a X. Paso todo el día esperando que se haga de noche, por si sueño con él. Quisiera verlo ahora mismo, y poder tocar sus brazos, que son la cosa más suave del mundo, y sobre todo quisiera tocar su pelo, y estirar una y otra vez sus rizos.

Todas las noches busco el grupo de las tres estrellas, las que más le gustaba mirar, y me acuerdo de cuando estábamos juntos en la playa, y nos podíamos abrazar todo lo que quisiéramos. Ahora estoy aquí, haciendo esfuerzos por concentrarme y hacerle más caso a todos los folios que tengo esturreados por la mesa. Los exámenes se me echan encima y mira qué plan tengo.

21. Hombre, escritor/pintor, 31 años

PRIMERA CARTA
Desde hace trece años me dedico a la actividad artística, literaria y pictórica. Actividad que por otra parte no me ha dado de comer, por lo que he tenido que trabajar de camarero, empaquetador de hombreras y finalmente, durante nueve años, como administrativo en el Gobierno Vasco, hasta octubre del año 1997. Ahora, sustentado por el paro, me dedico a la literatura, trabajando en este momento en una novela. Mi producción más extensa es la poética, de la que varios poemarios andan por ahí de premio en premio y en alguna que otra editorial, esperando por supuesto alguna respuesta positiva.

Pero voy al grano, al asunto del diario, que es lo que te interesa. Con respecto al comienzo, me resulta difícil encontrar una fecha concreta, si bien recuerdo que comencé en la etapa en que trabajé en el Departamento de Comercio, Consumo y Turismo, esto es, hace cinco años, momento en el que tengo la certeza de ser

consciente de estar elaborando un diario. Por aquel entonces los apuntes (que pueden oscilar entre el párrafo y los dos folios) son bastante continuos, casi diarios, y tratan sobre todo de mi visión de la literatura y de sentimientos y sensaciones más personales. Por ejemplo, puedo trasladar brevemente lo que el día anterior hice; escribir un breve ensayo sobre algún aspecto de la literatura (en ocasiones quejas, desazones, valoración de mi obra u otras obras, etc.); o una mezcla de ambos. Este es pues el comienzo. A partir de aquí y sin ninguna pauta temporal prosigo con el diario, donde se van insertando otros pensamientos o motivos. Por ejemplo, dentro del diario incluyo otro diario al que llamo *Cuaderno Sagrado del León de Oro* (hablaré de él más adelante) y del que conservo algunos párrafos dada mi indisciplina.

Desde que comencé no he dejado de escribir, a veces muy intermitentemente (pueden pasar semanas) y en ocasiones de seguido. De hecho esta misma mañana, no pudiendo dormir, me he levantado y he escrito. Te transcribo el texto, con un esbozo de poema incluido. No me importa hacerlo, confío en la seriedad de tu estudio.

Miércoles, 20 de mayo de 1998, seis y diez de la mañana
es una semana ya sin dormir, dormir fortalece la naturaleza humana. suponen los expertos que las horas de sueño las determina cada uno, pero que el mínimo aconsejable son las ocho horas. yo últimamente no llego ni a cuatro, y me levanto cansado. He soñado con una vieja amiga. todo se remonta al instituto nocturno donde en vano intenté sacar la selectividad. mantuvimos una buena amistad, incluso creo que estuvimos enamorados, pero nunca nos dijimos nada al respecto. hoy la he soñado pero era un sueño atípico, la veía de verdad y la sentía de verdad. estábamos abrazados y nos mirábamos. de repente ella bajó su mano y acarició mi entrepierna. nos besamos. ahí me despierto, con la sensación de tenerla al lado. pero miro y quien duerme a mi lado es otra mujer. qué curioso, lo último que sé de ella es que se casó recientemente. pienso en dormir y ya no me apetece. es pronto y no puedo salir a la calle, a qué.

> abres la lata del dolor,
> esta mañana más temprano,
> no sabes si las pulgas del perro,
> las pastillas para dormir,
> qué paradoja, o esa puta
> sensación de ser el último
> del Titánic. Justo cuando
> jugaban la final de la recopa.
> y es que ya no quedan alicientes.

En esta entrada mezclo sensaciones, sobre todo, la del sueño con un poema. Luego no escribo más. No sé cómo serán los diarios, si es que existe un diario, digamos, patrón. Tal vez lo que yo hago no entre en ese esquema. Lo digo por lo arbitrario y por el contenido. No me dedico a anotar día a día los hechos cotidianos, aunque también en ocasiones lo hago.

En consecuencia, la frecuencia es muy variable. No soy constante como lo puedo ser, por ejemplo, con la novela. Creo haber comentado antes los frecuentes saltos temporales de mi diario. Semanas vacías en las que no escribo nada. Pero, cuando lo hago como hoy, continúo normalmente entre veinte días y dos meses más o menos. Así ocurrió en el Departamento donde trabajé durante seis meses, que escribí unos tres meses, llegando a llenar unos cincuenta folios, a los que les he perdido el rastro. Quiero decir que los tendré en cualquier caja con apuntes y demás.

Cuando he dispuesto de ordenador, como ahora, escribía directamente en pantalla. Si bien, como fue en el trabajo aludido, lo escribía, imprimía y destruía el documento, no fuese que a un compañero o compañera curiosos les diese por mirar en mis archivos y leyesen algo que considero privado. Pero la mayoría de las veces lo he escrito sobre papel. El problema de mi diario reside precisamente en esto. Quiero decir que nunca he tenido un cuaderno concreto que guarde toda mi trayectoria diarística. Al escribirlo por periodos lo he hecho según el momento y el medio disponible. Por eso mi diario es un puzzle. Hay piezas por aquí y por allá. Y es una pena para mí mismo, pues seguramente no podré recomponerlo y su valor es interesante, no como objeto literario, sino como objeto personal. Y hablo de lo literario como objeto de calidad. En mi diario jamás reparé en puntuación, mayúsculas, estilo, en nada. Lo que fluía se quedaba.

El diario tal vez cumple una función terapéutica, en el sentido que, analizándolo desde un punto de vista íntimo, es algo que consideras inaccesible a los demás y, por tanto, un vínculo, una ínsula donde puedes jugar a tu gusto, sin que nadie te recrimine. Estamos acostumbrados a la recriminación, desde pequeños y después es algo que no se pierde, forma parte de nuestras vidas. En el diario sientes la libertad de expresarte cómo quieres y contar lo que quieras. Uno se puede preguntar por qué no hacer así también en la vida. Bueno, entre otras cosas nos han enseñado a ser comedidos.

El contenido de mi diario tiene dos aspectos bien diferenciados, el personal y el literario. En el personal incluyo sentimientos y sensaciones, hechos cotidianos, pensamientos (vida, muerte, religión, etc.), amor, sexo y trabajo. En el aspecto literario, se incluyen pequeños ensayos (literatura propia y ajena, crítica,

editoriales, etc.), creación (poemas o pruebas de poemas como el que te he transcrito, textos breves, que rematan algún aspecto personal) y el *Cuaderno Sagrado del León de Oro,* que son textos eróticos o pornográficos, según se mire. A veces van sueltos, otras acompañan algún aspecto personal. Son los textos más literarios del diario, si bien su estilo es bastante abstracto. En este apartado reflejo pensamientos sobre el sexo, a veces puestos en boca de una mujer o de un hombre, a veces deseos íntimos inconfesables.

Es extraño que lea lo que escribo, aunque lo hago. Pero tiene que pasar un tiempo y por algo muy concreto acordarme del diario para releerlo. Cuando lo hago rememoro entonces los momentos en que los escribí y en ocasiones me sorprendo, no por la calidad del texto, sobre todo por algunas ideas, por una frase concreta o por un párrafo de corte filosófico.

Jamás realizo correcciones. Considero que la pureza del diario reside en el primer lanzamiento, en el texto en sí. Conste de dos líneas o de cinco páginas. Al ser algo que evidentemente resulta patrimonio personal, la calidad o la estética no importan, con la salvedad del *Cuaderno Sagrado*, donde he mejorado aspectos formales, pero sin cambiar nada el contenido.

La destrucción del diario en mi caso es relativa. Desde luego muchas páginas han desaparecido o no sé dónde se encuentran, pero no porque las haya destruido. Sólo he llegado a la destrucción cuando el soporte lo requería, como el caso del ordenador del trabajo que te conté antes. Ahora bien, lo que es destrucción premeditada, en mi caso no ha sucedido. El problema, como te digo, es que no he tenido *un soporte* identificable, sino muchos y dispersos.

SEGUNDA CARTA

El comienzo de mi diario —hace cinco años— tiene un contexto que considero que tiene que conocer, ya que guarda una relación directa con su elaboración. Trabajaba por entonces en el Departamento de Comercio, Consumo y Turismo, como administrativo con un contrato temporal de seis meses. Hasta la fecha no había tenido ningún problema en otros Departamentos —mi interinidad me llevaba de un sitio a otro— , pero aquí por cuestiones tontas me hicieron como quien dice el vacío. La situación era bastante insoportable. No era plato de gusto dedicar ocho horas del día en un trabajo que desgastaba poco a poco la moral. Así fue, como a manera de desahogo, surgió la primera página del diario. Escribía generalmente a primera hora de la mañana, cuando la oficina estaba más tranquila, imprimía el texto y destruía el documento informático.

Siempre anotaba la fecha al comienzo de la entrada diarística. Hablo con el papel acerca de la situación de aquel momento: hechos concretos, valoraciones de tal o cual compañero de trabajo o de mi propia actitud. En definitiva, su carácter es íntimo-personal.

Y sigo escribiendo ya que me doy cuenta de que supone una liberación, una terapia verdaderamente efectiva, algo que no me hace huir de la realidad y sí enfrentarme a ella amparado en el diario. Luego, poco a poco, y debido a mi actividad literaria, voy introduciendo elementos concernientes a ésta, sobre todo reflexiones. Se diría que el diario no deja de ser íntimo, a pesar de las incursiones literarias.

Conservo todo el diario, nunca destruí ninguna página. Sin embargo, un poco por dejadez, las diferentes partes que lo forman se encuentran dispersas en cajas. Nunca me detuve a pensar en su encuadernación, por ejemplo, ni siquiera a guardarlo en una carpeta como hago con mis poemarios, mis relatos o la documentación de la novela. La única razón que se me ocurre es el valor que le atribuí, porque su fin no era la publicación. Por otra parte, siempre me ocupo de que se encuentre a buen recaudo, impidiendo que nadie lo lea. Ahora me lamento de no haber sido más estricto con mi diario por varias razones:

— transcurrido el tiempo, todas aquellas anotaciones diarias, leídas ahora, me harían ver cosas que en su momento me pasaron desapercibidas y extraer conclusiones diferentes.

— me ayudaría a comprender mejor mis reacciones. En el fondo el diario puede ser la guía de uno mismo, el interior desnudo, tu propia voz devuelta por el tiempo. Tal vez sea un ejemplo tonto, pero me recuerda algo a los libros de auto-ayuda tan en boga en los últimos años, con la ventaja que es uno el que dicta los consejos.

En cuanto a las páginas totales, sumados todos los periodos de estos cinco años de práctica, pueden rondar los doscientos cincuenta folios, pero, como ya dije antes, en estos momentos me resulta imposible saberlo con exactitud, pues mis pertenencias se encuentran metidas en cajas y repartidas entre la ciudad en que viví hasta hace poco y la que vivo ahora. De todas maneras actualmente soy más cuidadoso con mi diario ya que no lo borro y trabajo sobre el documento.

Tal vez te interese conocer mi enésimo regreso al diario. Sigue cumpliendo su función de cómplice, en una ciudad en la que no conozco a nadie. Esto me impulsa a comunicarme con alguien más y me percato de nuevo que uno mismo tiene el poder de hacerlo consigo mismo. Generalmente de un día para otro o por la noche

si no estoy muy cansado, anoto las circunstancias del día; las compras en el mercado, el gimnasio, si he conocido a alguien... Evidentemente ahora conozco ya a más gente, pero siento la necesidad de perpetuar de alguna manera mis experiencias y sensaciones.

El diario, aunque pueda parecer adolescente, es el amigo, el confidente secreto a quien desvelas no sólo tus problemas o inquietudes, sino también los hechos más insignificantes como puede ser la compra en la charcutería del mercado. Eso sí, el diario toma su propio cuerpo, como un poemario o una novela, y su diferencia estriba en que en él no hago correcciones ni me planteo su publicación. El diario es, en ese sentido, completamente libre. El texto literario requiere mayor esfuerzo o tensión. Ahora bien, tampoco puedo separar el uno del otro, quiero decir que ambos se relacionan inevitablemente con mi vida que en estos momentos está consagrada a la escritura.

La mayor parte del diario es real, ya que la ficción la reservo para otros apartados literarios, limitándome generalmente a anotar lo real, lo sucedido, temido o soñado. A este respecto la concepción del diario como una *novela* no me parece disparatada. Tal vez los escritores nos consideremos en ocasiones personajes de nuestra propia obra, aunque no se si esto se puede considerar algo exclusivo de los escritores. Ahora bien, aunque no me parezca disparatada esa opinión, tampoco la comparto. En mi caso no le otorgo al diario el valor de una novela o de un poemario. No por mayor o menor calidad, por mayor o menor interés; cada clase de escrito tiene su finalidad. Una cosa es el diario, que considero íntimo y por tanto no publicable. Otra cosa es que el diario se novele, quitando, poniendo, retocando. Pero eso también lo podemos hacer en una novela o en un poema en los que subyace algo biográfico.

No pensé que contestar a tu llamamiento supondría tanto esfuerzo y reflexión sobre algo que estaba ahí, pero a lo que nunca le había concedido mi atención. Este trabajo me parece enriquecedor y supongo que para ti también lo será. No dudes en pedirme el material que te sea necesario, estaré encantado de contribuir a tu estudio.

FRAGMENTOS DEL DIARIO

19 de noviembre de1999
Sometido a los rigores del invierno leo poesía provenzal, interpretaciones del *Apocalipsis*, a Hegel y Lacan. Fumo de continuo junto a sus traducciones y quisiera arrojarlos a todos al fuego. Pero eso sería condenarme de antemano y estamos

cansados de revoluciones y de mártires. El suicidio ya no tiene sentido. Hay una editorial interesada por *El nombre de Caín*. He tenido en cuenta que tras el primer homicidio llega el diluvio. El original ha sufrido una modificación bastante extensa —aunque no sea éste el adjetivo. Por otra parte, trabajo sobre veinte poemas ya escritos. Espero respuesta a un algo determinado o indeterminado. Cuando dije: no, basta ya, pensé que me liberaría de mis fantasmas y las letras que me sacuden. Pero es imposible —y me alegro— ellas vuelven, tercas, a ocupar los espacios vacíos de las páginas no escritas. He elaborado un artículo, sobre una serie...

Me ha llamado José Luis Pasarín Aresti diciéndome que ha salido un nuevo número de *Amilamia*. Me publica algo, todavía no sé el qué. Quedaré con él para cotejar la revista. Anda algo preocupado porque, según dice, contiene bastantes erratas. Sin ellas no seríamos nada. No somos nada de todas formas. Somos el principio del abismo, de la soledad resquebrajada; una ilusión para los otros.

22. Mujer, profesora, 53 años

CARTA

Mi primer diario lo empecé en 1962, el día que cumplí 17 años. Está escrito en francés y los nombres propios en clave —utilizando la letra siguiente a la que correspondía— para evitar que lo pudiese leer mi madre, un poco ávida de conocer los secretillos de su hija. Este cuaderno lo conservo todavía. Hojeándolo, me parece bastante superficial. Fue mi primer año de Universidad y yo era una chica muy de provincias. Escribo en él acerca del descubrimiento de mis compañeros, los chicos que me gustan y a los que gusto, de las clases de prácticas en la Facultad, de los bailes en los que aprendía el twist, de las películas que veía, etc. Este diario dura menos de un año, al menos lo que conservo de él.

Escribí después otra especie de diario que era un cuaderno de poemas que tienen que ver con mi vivencia del amor desde un romanticismo total —a pesar de haber sufrido ya mi primer gran desengaño—, mis sentimientos místicos y el descubrimiento de un mundo que me parecía injusto y en cuya salvación y liberación quería participar. Todo ello desde una postura de búsqueda de lo absoluto.

Como mis sentimientos eran puros y exaltados, pensaba que los poemas eran bastante buenos. Así que se los dejaba a mis amigos más cercanos para que opinaran y he encontrado en él comentarios y reflexiones de ellos. Incluso, y esto lo había olvidado, me he encontrado con una anotación de dos páginas hecha por

Carmen Conde, a la que con motivo de una conferencia suya presté el cuaderno para que me diera su opinión. En su nota me sugería que siguiera trabajando, que leyera mucho, sobre todo a los clásicos, y expresaba también que había una firmeza en los poemas dirigidos a los hombres y su destino, incluso a Dios, pero no la veía tan cuajada en los de inspiración amorosa.

Éste ha sido mi único diario más o menos abierto y el único en verso, exceptuando algunos fragmentos de otros posteriores, que copié en otro cuadernito, porque parecían más o menos expresivos, y que luego enseñé a un amigo que se encargó de publicar en una revista.

No recuerdo si seguí escribiendo durante los últimos años de Universidad. Creo que diarios no, al menos no los conservo. Sí, quizá, poemas que seguramente destruí. No debí sentir necesidad de hacerlo, tenía una vida muy activa y volcada hacia fuera, la vida del Colegio Mayor con sus múltiples actividades culturales y el descubrimiento de la lucha socio-política. Recuerdo que en aquella época me comunicaba mucho por carta —conservo de entonces muchas cartas a mí dirigidas— y también la recuerdo como una época de mucha comunicación verbal.

No escribí apenas tampoco en los años setenta. Entonces estaba muy implicada en la política y en el feminismo, y no debía tener tiempo más que para eso y para el trabajo. Volví a los cuadernos en los años 80. Debí escribir 6 o 7. No he tirado nunca ninguno conscientemente, pero controlados tengo menos. Puede que estén en alguna de las múltiples carpetas que tengo repartidas por ahí, al haberlos escondido de los posibles curiosos o puede que desaparecieran en las mudanzas que he hecho a lo largo de mi vida.

Una vez más, en los diarios de los 80 está presente la vivencia del amor y del desamor. Intercalo algunos poemas, cuentos y cartas. Otra cuestión siempre presente es la existencial y hay también anotaciones sobre el trabajo psicoanalítico que estaba haciendo. A veces también hago referencia a mi salud. Mi cuaderno favorito de esos años —que en este momento no localizo— era uno de color verde en el que dialogaba con mi ángel de la guardia. Así afloraban, como en un diálogo socrático, las dos partes antagónicas de mi persona. Surgió en el momento en que necesitaba respuestas «benéficas» desde dentro de mí a una serie de confusiones y tensiones que me hacían daño. Hice emerger mi «yo-ángel». Siempre he sentido que dentro de mí estaba lo castigador y lo liberador, la oscuridad y la luz. Había que poner a jugar a los dos polos, establecer una dialéctica entre los extremos. He perdido o no sé dónde anda este cuaderno. Creo que ha sido el más rico de todos.

Esta práctica siguió hasta finales de los 80 o principios de los 90. Nunca a diario, siempre cuando tenía alguna emoción importante sobre la que quería reflexionar o simplemente desahogarme. Las cartas o poemas dirigidos a otros solía enviarlos, aunque no siempre.

La última vez que escribí un cuaderno fue en 1996 hace tres años, durante la semana que pasé en el centro budista de las Alpujarras haciendo un retiro. Allí tuve un fuerte impulso por plasmar las diferentes emociones y sensaciones de aquellos días. Necesitaba que permanecieran en mí de alguna forma, como si una vez escritas pudieran perdurar. Desde entonces no he vuelto a escribir nada que se parezca a un diario.

Releer ahora cuadernos antiguos no me aportaría gran cosa. En este momento tengo una conciencia de mí misma más global y más desde el presente, mis emociones son más suaves y tengo una mayor sensación de lo efímero de cada instante y de cada situación. Creo haber integrado mi pasado y vivo más el presente. Paradójicamente esta integración puede parecer distanciamiento. Digamos que he hecho las paces con mi historia y eso conlleva que puedo contemplar aspectos de la misma con *objetividad,* desde luego no exenta de ternura. Mis diarios cumplieron el papel de recipiente, donde guardaba la emoción que puede desbordarse o los interrogantes que me impacientaban. Desde luego las cartas, pueden haber suplido, aunque sólo en parte, a mi diario. En cualquier caso, hay una parte de mí que guardo para mí solamente. Por eso, relaciono más el abandono o la escritura del diario con el nivel de efervescencia emocional, que con cualquier otra razón. Hoy nada me empuja a volcarme sobre unas hojas para hablar de mí misma. Quizá podría ser el momento para escribir sobre otros temas. No lo sé.

Tengo intención de destruir los cuadernos, aunque reconozco que siempre se me olvida llevarlos a un lugar en el que haya una buena chimenea. Quizá conservara el del centro budista y el cuaderno verde, si es que lo encuentro.

Como he dicho antes, salvo excepciones muy concretas nunca he querido que nadie leyera mis diarios. Creo que me hubiera sentido fatal de haberlo sabido. Aunque al mismo tiempo me pregunto qué pasaría si nos prestáramos, unos a otros, aunque fuera de manera anónima, nuestros diarios. Nos daríamos cuenta de lo semejantes que son nuestros sentimientos, deseos, temores, manías. Puede que sólo protejamos nuestra privacidad en la medida en la que los demás protegen la suya, con el consiguiente efecto de bola de nieve. Así, nuestras relaciones son también cada vez más pobres. Pero éste sería otro tema...

23. Hombre, filólogo, 29 años

PRIMERA CARTA

Llevo un diario desde hace más de nueve años. Lo llamo *Espejo y cristal de papel*. La verdad es que escribo mi diario como una necesidad, como una forma de conocer(me) mejor. No puedo evitarlo. Me extraña que esperase hasta los 20 años para empezar a llevarlo, exactamente en el verano de 1989. Desde entonces sigue vivo, alimentándose de mí y yo de él, hasta la actualidad. Resulta obvio que me interesa este género y todo lo que a él concierne, por eso me pongo en contacto con Vd.

Lo escribo en diferentes cuadernos (voy por la letra LL, pues los ordeno alfabéticamente). Las entradas suelen ser diarias o cada dos días, todo lo más cuando me lo pide el cuerpo, que suele ser con frecuencia. A veces me entretengo en leer pasajes anteriores, y rescato de esa forma momentos y experiencias pasadas. Si es necesario, corrijo.

En sus páginas cabe prácticamente todo: impresiones, pensamientos, esbozos de poemas o cuentos, sucesos, opiniones, etc. La función principal, además de la del autoconocimiento ya antes indicada, es la del desahogo, que intento expresar del modo más claro y, a la vez, cuidado. Si la ocasión se presta, podremos intercambiar opiniones sobre el tema, pues como le he dicho tengo gran interés por cuanto al diario hace referencia. Creo que es un camino o un *rincón* para conocer a nuestros semejantes, la historia en letra menuda, etc.

En ocasiones, escribo en mi diario sobre él mismo, es decir, desarrollo un *metadiario* y me formulo preguntas sobre su finalidad y naturaleza, tan exuberante y varia como el propio género.

SEGUNDA CARTA

Justamente al cumplir los veinte años di comienzo a mi diario íntimo, al que muy pronto bauticé, como ya te dije en mi anterior carta, *Ecepé,* es decir, *Espejo y cristal de papel*. Refleja lo que pensaba antes de escribir y también me ayuda a descubrir nuevas y diferentes perspectivas. El diario es un punto de encuentro con uno mismo, algo más que mirarse en el espejo, proporciona una mirada más profunda o al menos más demorada. ¿Por qué se escriben diarios? ¿Por qué a los veinte años y no a los catorce o a los cuarenta o nunca?

Lo cierto es que fue a los veinte. Con anterioridad ya había pergeñado algunas páginas sueltas y esporádicas del mismo jaez. Algunas agendas también empezaban a anunciarlo. Llevaba cierto tiempo pensando en llevar un diario, pero me

imaginaba que era demasiado vago como para proporcionarle una continuidad *digna,* esto es, seguida, aunque ahora no me parece tan importante la periodicidad de las entradas: lo que cuenta al fin y al cabo, es la necesidad de quien lo escriba. Ella habrá de dictar el momento y la oportunidad.

Escribimos, pues, el diario porque algo imperioso nos impulsa a ello. En un principio mis anotaciones se referían sobre todo a hechos, sucesos y vivencias; paulatinamente fue en aumento el espacio para mis interpretaciones, divagaciones, etc. El diario mezcla, creo, ambas latitudes, la de los hechos y sucesos, más sus interpretaciones, y la totalmente original, esto es, la que se crea *ex nihilo* desde sus propias páginas, meditando sobre el camino recorrido, y el sentido que a ello se le presta: ¿quién le va a poner puertas al mar? Género híbrido por excelencia. En el diario cabe de todo: podría ser la obra literaria total o, siendo más modestos, el discurso escrito más amplio y heterogéneo. Claro que siempre cabe contar con su presunta inmediatez: difícilmente su elaboración puede ser tan cuidada como si fuera una obra literaria al uso, a no ser que el mismo diario se convierta en una de ellas (pienso en *El oficio de vivir* de C. Pavese y *El libro del desasosiego* de F. Pessoa). En última instancia, ¿qué hace literario a un diario? ¿Quién lo dota de esa noble categoría estética? ¿Cualquier diario *en bruto* sirve? ¿Hace falta salir del anonimato y haberse hecho con un nombre antes? ¿Es todo una cuestión de mercado? Y está claro que me estoy refiriendo a diarios propiamente dichos y no a novelas en forma de diario.

Mas la recompensa mayor es la íntima, ¿no es cierto? El desahogo, la introspección, el anal histórico privado. Un diario es una persona, una subjetividad, una forma de ver el mundo, un mundo él mismo. Supongo que es por *deformación* profesional, por lo que le he dado algunas vueltas a la posible categoría literaria de los diarios, que obviamente son tan distintos como lo son las personas que los desarrollan.

Debido a la falta de tiempo no frecuento tanto últimamente este *reducto de intimidad,* pero, de todos modos, resulta raro que pasen más de cuatro o cinco días sin visitar sus páginas. Hasta hace poco lo normal eran una o varias entradas diarias o al menos cada dos días. Como ya he dicho llevo más de nueve años manteniendo esta práctica. Durante los dos primeros no me volcaba tanto en esta labor. Actualmente cuando no puedo escribir siento que me falta algo. En ocasiones me veo escribiendo lo que anotaré después; en parte puede considerarse como *un vivir para el diario,* aunque no creo que este sano vicio alcance niveles peligrosos, esto es, de aislamiento social, de exagerada reserva (afortunadamente tengo pocos pero inmensos amigos con los que converso habitualmente).

Llevo catorce cuadernos o libretas escritos. Los hay de diferentes tipos. Me hubiera gustado encontrar un soporte homogéneo y pulcro, pero me he conformado con cuadernos sencillitos. A veces de tamaño cuartilla y otras de folio, algunos cuadriculados. En total suman unas dos mil o dos mil doscientas páginas.

No sé si algún día me cansaré de engrosar las páginas de *Ecepé;* en todo caso; que me quiten lo escrito durante estos años. En alguna ocasión, cierto demonio de la perversidad me ha tentado con la posibilidad de quemar esos papeles, pero cuando he recapacitado me he dado cuenta de que quedaría traumatizado, o poco menos, si lo hiciera.

El diario juega con el peligro de ser descubierto por otros ojos. No me gusta hablar de él alegremente. A poquísimas personas (algún amigo, madre, hermana) les he leído algún fragmento especialmente seleccionado. Para mí el diario requiere cierto cuidado y pudor. No es una obra (para) cualquiera. No me dedico a chismorrear a los demás ni a criticarlos despiadadamente; si tengo un juicio o una opinión la manifiesto, pero intento ser cabal y justo dentro de mi subjetividad. El diario es una extensión de eso que llamamos mente o espíritu: es íntimo, no se revela a cualquiera. Es un material sensible altamente delicado. Quienes nos quieran lo han de respetar, aunque si no son comprensivos siempre nos pueden espetar: ¡si no querías que te lo descubrieran, no haberlo escrito! Y se queden tan *panchos*. Afortunadamente no he sufrido ninguno de estos episodios. (No resulta extraño el juego que puede dar el motivo de la lectura indiscreta de un diario en una película o en una novela). El hombre es curioso, morboso: el diario puede resultar una pieza irresistiblemente apetitosa, no ya sólo para nosotros, sino para los demás, con o nuestro permiso para penetrar sus páginas. En resumen, poquísimas personas saben que escribo estos cuadernos. Y sobran.

De vez en cuando releo algún pasaje por curiosidad, para saber cómo me sentía por aquel tiempo, qué preocupaciones rondaban por mi cabeza, las causas y circunstancias del momento. Si descubro algún error ortográfico o una oración inacabada o incorrecta la corrijo. Supongo que se escriben diarios como una forma de atrapar o detener el tiempo, aunque sea una vanidad inútil; con todo nos confortamos con estas migajas que hemos salvado del camino y que de vida sólo tendrán lo que dure la nuestra o con suerte la de algún descendiente. Lo importante será el servicio dado. El diario supone o puede suponer vivir intensamente, saborear nuestras experiencias. Escribirlas las dota de sentido y vitalidad nueva. La contemplación, como decía Unamuno, puede ser activa, y la acción, pasiva. Tan necesaria la una como la otra.

El diarista puede ser tildado de egoísta, ¿cómo no habría de serlo? Pero de su egoísmo se pueden beneficiar algún día otras personas, precisamente por ello, por la autenticidad de esas páginas, sin velos y a cara descubierta. Como en todo, la impostura también se puede dar. En principio, un diario pretende soportar el mínimo de *maquillaje:* no quiero mostrarme ni mejor ni peor del que soy o del que intento ser.

Escribo en castellano, porque me expreso mejor en esta lengua que es la materna. Mis padres son emigrantes o hijos de emigrantes del Sur, y aunque conozco el catalán, no lo domino ni me siento tan suelto como en la lengua de Cervantes. No vivo esta disyuntiva entre las lenguas como un conflicto íntimo. Mi bilingüismo lo considero un privilegio. Otras cosas son las manipulaciones que del tema hagan los políticos de fuera y de dentro de Cataluña. En todo caso en mi diario utilizo palabras, incluso pasajes enteros, escritas en catalán. También me he servido del inglés.

A veces pienso en el sentido de llevar un diario, pero como estoy *enganchado* me falta perspectiva. Necesitaría tiempo para analizar y resumir mi *teoría diarística*. Lo que me parece obvio es su carácter híbrido y vastísimo, en el que cabe prácticamente todo, desde la anotación cotidiana y superficial de un suceso hasta la expresión de la emoción más delicada y transcendente. ¿Transcendente? Eso me lleva a plantearme el carácter temporal o efímero de esta escritura. Algunos apuntes certeros o bellos podrían permanecer para reconocerse y saber quién fui y quién soy (todo de modo aproximado). A pesar de la espontaneidad, algunas páginas se conservan hermosas o penetrantes. Quizá le pido demasiado al diario, pero me conformo con que me ayude a conocerme y desahogarme en el día a día; lo que pueda venir después es un regalo añadido.

TERCERA CARTA

Publicar un diario íntimo parece casi una paradoja. Sacarlo de su ámbito natural. No resulta extraño que, a veces, no se publique sino póstumamente u omitiendo pasajes o nombres propios. ¿Estaría yo dispuesto a publicar el mío? ¿Estaría alguien dispuesto a publicarlo? ¿A quién, siendo una persona *anónima,* podría interesarle? Pongámonos optimistas: imaginemos que hay algunos fragmentos que por poder de interiorización, sensibilidad y acierto expresivo fueran dignos de ver la luz impresa, digamos que alguien con autoridad en la materia le da su bendición. Entonces sí, es posible que aceptase una propuesta de ese tipo. Naturalmente se impone una labor de selección y hasta de encubrimiento de ciertos pasajes, tratando de no estropear la *naturalidad* de su escritura. Me refiero sobre todo a momentos *excesivamente* personales que ni a mí me interesaría difundir y con poco interés,

creo, para atraer a otros. Lo importante sería encontrar aquellos fragmentos, en los que se diera una feliz conjunción entre vivencia y expresión. Reitero que tendría que escoger con sumo cuidado los extractos o entradas *publicables,* por nombres de otras personas y por algún detalle propio. Alguna cosa puedo guardarme, pero la verdad es que me vuelco por entero en mi *Ecepé*. Insisto en que soy consciente de que una cosa es el valor que estos textos tengan para uno y otra el que tengan para los demás, por muy sinceros, auténticos o atormentados que fuesen.

FRAGMENTOS DEL DIARIO

27 - V - 97

Escribo, *ergo* existo. Escribo para recordarme que no he caído en la transparencia, para recordarme que vivo, soy alguien (¿Nadie?). Por lo menos aquí cobro conciencia de mi palpitar. Quizá es que temo a la muerte y deseo dejar un documento que demuestre mi historia, que se sepa de mí.

— Me sorprendes. ¿Qué más te dará eso cuando estés muerto?

Acaso le importe a un amigo, a un familiar, a un descendiente... En todo caso, lo hago para sentirme vivo. Es una de las formas más intensas de vivir, creo. Y necesito tocarme con la pluma, reaccionar, autoanalizarme, dialogar conmigo mismo. Semejante a una droga, de hecho, no es raro que me embriague escribiendo. Terapéutico.

Creo que no me maquillo, ni me pinto mejor de lo que soy en estas páginas (antes al contrario). No quiero engañar a nadie. No es falta de pudor (en principio estas páginas no son para cualquiera: no por su calidad intrínseca (?), sino por mi intimidad). Sólo lo dejaría leer (y en parte) a personas muy importantes para mí. Y cuando me muera ya pueden lanzar tomates o claveles sobre mi nicho. Ya la suerte de estas páginas no dependerá de mí.

12 - VII - 97

La ausencia de dioses, valores o rumbos ciertos no tiene por qué negativizar el vacío. El vacío es, por esencia, neutro. De nada es culpable. En todo caso se trata de un efecto, la consecuencia de una quema progresiva previa. El vacío es inocente como un bebé o como una lengua no politizada. El vacío es promesa de viaje, de plenitud, de creación, de posibilidad. No debes temer al vacío todopoderoso de los amaneceres. Sólo tú te colocas alas o pezuñas o simplemente nada. El vacío es un cielo despejado, una cinta virgen, una hoja en blanco. Toda la responsabilidad principal es tuya. De ti depende. Educa tu vacío, no es malo *per se*.

8 - III - 98
Escribir como forma de ser y de estar en el mundo. He aquí el porqué de esta actividad, quizá. Aun sin nadie que nos lea; de todos modos, la potencia de una lectura ajena late inmanente.

Me agrada el título de ese libro misceláneo de Rafael Argullol, *El cazador de instantes*. No de cualquiera, sino de aquellos en que vislumbramos horizontes o trasfondos en la superficie de cosas y otros momentos. Son instantes de revelación, de hallazgos, de iluminaciones. Y estos descubrimientos los sintetiza en bien preñados y expresivos párrafos o aforismos. Podría decirse que se trata del rescate de los momentos más felices, reflexiva y emocionalmente hablando, de su diario íntimo (dejando aparte una más que posible lima con vistas a la publicación). Me gustó e ilustró su lectura que sentí cercana, casi hermana, allá en la primavera del 96. Esperemos que en dos o tres años aparezca el segundo tomo de mi ex-profesor.

24 - III - 98
Me asomo a estas páginas. No sea que haya desaparecido. Ojalá siempre pudiera ilustrarlas con sucesos, ideas, sentires nuevos y atractivos. Con todo, hoy por ejemplo es el día más valioso de mi vida, a pesar de que no me haya ocurrido nada extraordinario y de que las musas me den la espalda.

26 - III - 98
En cierto sentido el diario es una rareza por su radical pureza o impureza. Me explico (¿podré?): escribimos este género sin la intención de comunicarlo a los demás, fruto de su naturaleza íntima. Esto es, pergeñamos páginas y cuadernos sólo para nosotros y para que se lo lleve al pudridero el viento. No supone vanidad porque no se espera que sea reconocido por los otros, por los de afuera. Este es el reino del interior, del adentro; únicamente para nosotros, es decir, para el yo. No produce, no recoge frutos ajenos (reconocimientos, premios...). Desde cierto punto de vista supone un acto inútil, una actividad secreta y desconocida. ¿Una pérdida de tiempo? Peores que otras no.

El diario es la comadrona que alumbra nuestros nacimientos. Y no sólo comadrona, sino también (y ahora me pongo un pelín pedante) mayéutica.

Evolución constante. Difícil ponernos a nuestra propia altura, conocernos bien y expresarlo. Vamos alterando y alternando atributos. En el diario queremos atrapar los vislumbres de privilegiados cotidianos instantes; quizá porque intuyamos que en el conocimiento y comunicación de nuestra esencia afectiva y mental se esconde una de las más interesantes, ricas y profundas sendas de nuestro caminar.

1 - I - 1999
Lo que cuenta es cada día. La jornada presente es la última (hasta este momento, quizá hasta siempre) y lo más valioso de nuestras existencias. El primer día en importancia.

Y lo digo hoy, un día festivo que muchos suelen atravesar en plan fantasma o bajo mínimos, tan resacosos amanecen.

Sin embargo, el esfuerzo y la obra diaria, la suma de los pequeños gestos nos agranda o nos achica. Nos deja este día, comenzará otro: será la joya más preciada, pero sólo entonces, ahora no. Ahora cumple hacer por pasarlo lo mejor posible.

24. Mujer, 27 años, diplomada en profesorado de EGB

PRIMERA CARTA
Le escribo porque me pareció interesante su anuncio sobre la práctica de los diarios personales. Desconozco el motivo de su investigación, tampoco sé si el estudio que realiza va más allá de la investigación académica. Tal vez su intención sea escribir un libro sobre los Diarios. En tal caso me parece una excelente idea, pues sólo en un Diario personal se muestra la auténtica, la verdadera biografía de una persona.

Una de mis ambiciones es escribir. En estos momentos escribo una novela. El argumento está basado en una serie de Diarios, escritos por el protagonista masculino y por los pertenecientes a la protagonista femenina.

Mi intención es hablar sobre temas, que tanto hoy como ayer preocupan a cualquier persona. Y creo que las mayores reflexiones y sentimientos son los que plasmamos en nuestros Diarios, y la única forma auténtica de sincerarnos. Normalmente ocultamos a los demás la mayor parte de nuestros acontecimientos, vivencias, sentimientos... y sólo a veces delante de unos folios nos mostramos transparentes, como somos. Así que yo valoro tanto el significado, como las consecuencias positivas, que nos proporciona escribir un Diario.

Cuando cumplí doce años, una amiga de mi madre me regaló un pequeño cuaderno de pastas duras. En su portada se leía: *Querido Diario*. Y empecé a escribirlo. Tras la fecha, comenzaba escribiendo: *Querido Diario. Hoy...* Pero, ¿quién era en realidad aquel Diario? Nadie. Nada. Yo no tenía entonces conciencia de su valor, al contrario del aprecio e importancia que hoy le otorgo. Esa es la mayor diferencia entre aquel lejano y adolescente Diario y el que ahora escribo. Años más tarde dejé

de escribirlo. Tal vez la monotonía de las anotaciones o, como he dicho arriba, el desconocimiento del significado real que proporciona escribirlo, hizo que me olvidase de él.

Hace tres años, me trasladé a vivir a Valencia, porque mi pareja de entonces cambió de trabajo y de ciudad. Así que no sólo dejé Madrid y otras muchas cosas, sino que al vivir en otra ciudad yo también comencé a dejarme. El cambio de ciudad, mi soledad, el hecho de pasar la mayor parte del día y de la noche sola, fueron haciendo que cada vez estuviese más deprimida, más vacía y solitaria.

Una tarde, como tantas otras, salí a pasear por la ciudad. Paseaba y pensaba en lo mal que me encontraba, a nivel moral, sin motivaciones: ¿a dónde iría a parar con mi vida? Me encontraba sin fuerzas, sin fuerzas para continuar allí ni para regresar a Madrid.

Me encontraba sola entre tanta gente, entre tantos transeúntes que pasaban a mi lado; sin tener a nadie con quien hablar, sin nadie que me aconsejase. Sólo estaba yo. Sólo yo debía reflexionar y decidir. Sólo me tenía a mí. Aquella tarde pasé por una librería. Entré y me compré un cuaderno de pastas duras, de los de tamaño folio, porque tenía mucho que escribir en él. Mucho que decir, mucho que contarle. Salí de la tienda y me senté en una terraza. Lo abrí y comencé a escribir.

Llevaba mucho tiempo sin hacerlo. Presentí que a partir de entonces iba a ser diferente. No iba a escribir sólo a dónde había ido o lo que había hecho, como tiempo atrás. Escribiría mis estados anímicos. Lo que sentía, deseaba o me asustaba. Fue en aquel justo momento en el que conocí el significado real de escribir un Diario. Mientras que a mi familia y amigos de Madrid les decía lo bien que me encontraba, sólo mi Diario y yo conocíamos la auténtica realidad.

Fue en Valencia, al retomar la escritura del Diario, cuando comencé a colorear páginas en blanco, páginas blancas donde destacaba el negro —negro pena, negro tristeza, negro soledad...— que al irse realizando fue tomando tonalidades grises.

A los tres meses regresé a Madrid. Desde entonces aquel Diario y los dos siguientes son como la paleta de un pintor. Todos los colores aparecen en ellos, contienen todos mis estados de ánimo. Pero el negro no ha vuelto a aparecer.

Ya no le escribo a un tal *querido diario*. Ajeno, distante, desconocido. Escribo a quien guarda cada uno de mis secretos, vivencias, sentimientos...

Recuerdo que el año pasado, al final del curso del Taller de Escritura al que asisto, el profesor que lo imparte nos mandó como *tarea* de verano escribir un Diario. Mis compañeros se rieron, pues lo consideraban una chiquillada, y se sorprendieron al saber que yo venía haciéndolo desde hacía tiempo. Al salir de clase, algunos me preguntaron por qué lo hacía, qué sacaba de ello. Les dije que para mí era la única manera de conocerme realmente, de descubrir miedos y límites. También de querernos, aceptarnos y fortalecernos tal como realmente somos. Al reincorporarnos este curso, un par de compañeras me dieron las gracias por haberlas motivado para escribirlo. Me dijeron que se sentían más seguras de sí mismas, más tranquilas y liberadas de los problemas que las aquejan.

Hace un mes mi mejor amiga estaba pasando una etapa de moral baja. Al verla sufrir, yo también sufría y me daba cuenta que, mientras no viese las cosas de otra manera por mucho que le dijese, no habría de cambiar.

Le regalé un Diario. Me dijo que no creía que pudiese escribirlo, que no tenía dotes de escritora. Le dije que sólo ella iba a escribirlo y a leerlo; que, aunque creyese que a mí me contaba todo, siempre quedan resquicios, en el corazón y en la mente, difíciles de explicar, contar o descubrir. Desde entonces, cada noche dedica unos minutos a escribirlo. Me encanta cuando me dice: «Ni te imaginas todo lo que llego a contar. Creo que no tengo nada que decir, pero lo abro y ya no puedo dejar de escribir».

No sé si esta era la carta que esperaba recibir. Solo he tratado de darle a conocer la importancia, que supone para mí escribir un Diario.

SEGUNDA CARTA

Me encanta participar en este trabajo de investigación y proporcionarle información sobre mi Diario, pues este tema me parece que pasa desapercibido para los que no lo escriben, que son claro la mayoría. La reacción de algunos cuando les dices que llevas un diario es de incredulidad o de sorpresa. Normalmente te espetan si tienes algún problema psicológico o emotivo. A veces tienes que oír expresiones, que no se sabes si son o quieren ser laudatorias, pero que de cualquier modo casi siempre caen del lado de la extrañeza: «¡Qué fuerza de voluntad tener que escribir todos los días!»

Escribir un Diario ayuda emocionalmente. No todos tienen la suerte de contar con alguien para contarle sus penas y sus alegrías. Cuántas personas hay que están rodeadas de otros, pero con los que nunca hablan. No cuentan a nadie lo que de verdad les inquieta ni hablan de sus sueños y sus aspiraciones.

Hace poco, de quien menos podía esperarlo, encontré en su ordenador un Diario. Evidentemente no lo leí, pero le pregunté por el hallazgo. Me dijo que llevaba un tiempo anotando lo que le parecía importante recordar. Aunque registraba las cosas más o menos importantes que le ocurrían y a veces anotaba también lo que sentía o pensaba, me dijo que no llevaba Diario. En realidad, creo que no era consciente de llevarlo o no quería reconocerlo.

En Navidad, a una amiga que esperaba un hijo le regalé un Diario. Yo sabía que no le gustaba escribir, pero la animé a que lo utilizase para llevar un diario de su embarazo y de los primeros años de su hijo. Creo que debe ser maravilloso que dentro de unos años, cuando ese niño llegué a ser un adolescente, pueda conocer y comprender el esfuerzo e ilusión de su madre y de llegar a conocerla mejor. En fin la lectura de estos Diarios podría ser una forma de acercamiento entre padres e hijos.

Como ya le conté en mi anterior carta, mi última etapa de diarista guarda relación con mis relaciones sentimentales y con un cuestionamiento general de mi vida, a raíz del final de la relación con mi novio. En aquel momento escribía con la intención inconsciente de que fuese leído (así al menos me lo parece ahora). Escribía como una carta, un testimonio dirigido a una hipotética descendencia (de ahí quizá el regalo a mi amiga).

Hay personas que cuando releen su Diario, y vuelven por unos instantes atrás, a lo que fueron en el pasado, se entristecen, incluso se deprimen. A mí me ocurre al contrario. Es más ha habido fragmentos que me han sido útiles para la novela que escribo, y que en cierta manera son los recuerdos de la vida de una mujer madura.

25. Mujer, profesora, 33 años

PRIMERA CARTA

He decidido participar en la investigación, porque desde hace unos años llevo un diario íntimo. Te adjunto la *biografía* del mío. Son unas notas, unos primeros apuntes. Si quieres profundizar en algún aspecto, me lo dices en tu carta.

Siempre me ha gustado el género literario del diario. No sé si nació primero la pasión por leer diarios de escritores/as o de escribir yo uno. Intento por ahora combinar ambas actividades, junto con la lectura de algún epistolario o libro autobiográfico.

Por estas razones, por la pasión de leer diarios ajenos, por la experiencia de llevar uno, por defecto profesional, quisiera seguir de cerca este estudio que proyectas. Cuando tengas tiempo, me mandas algún resumen de las conclusiones a las que has llegado. Espero que mi carta te sirva para la investigación.

La primera fecha de mi diario se remonta al año 1988, el 22 de febrero. Las primeras líneas explican las razones por las cuales he decidido empezar el diario. Cito textualmente: «(...) Ejercicio regular de la escritura, tenga o no cosas importantes que contar o tenga o no ganas de escribir. Así me ejercitaré (...) El diario se referirá a cosas íntimas o privadas».

Estas razones se han mantenido hasta el momento. Aquel día repetía, seguramente, un par de ideas sacadas de alguna lectura, de alguna clase de literatura —en aquel momento cursaba cuarto de carrera—. Con el paso del tiempo debo confesar que ambas ideas siguen siendo válidas. Este ejercicio continuado de la escritura sobre cosas íntimas y privadas, me ha permitido ejercitarme en la descripción de sentimientos, lo que me ha llevado a un autoanálisis personal y a su consecuencia inmediata, el autoconocimiento. Por otra parte, el diario ha saciado la necesidad que siempre he sentido de escribir regularmente. Por lo tanto, ambas razones siguen estando vigentes.

Otra razón, aunque no explícita, ni formulada a lo largo de estos años, es la pasión por registrar los acontecimientos o sentimientos recientes de manera sistemática. Creo que ésta es la razón profunda de cualquier escritor de diario (excepto en aquellos casos en que haya voluntad literaria).

La frecuencia depende de la necesidad de escribir, del tiempo y del hábito establecido. Tres razones que se han mantenido a lo largo de los años. No suelen coincidir las tres en un mismo día. El hábito ha establecido escribir una vez por semana como mínimo. Si he tardado más tiempo en escribir, siempre me justifico (¡es curioso!). Si en una semana escribo más de una vez, es por la necesidad que siento o por este afán de contar acontecimientos recientes. Años atrás la frecuencia dependía de tener un momento de soledad en casa, es decir que todos los miembros de la familia no estuvieran. Ahora es distinto, siempre busco tiempo para escribir porque me encanta.

El soporte es una libreta tipo cuartilla, con espiral o sin ella, con hojas cuadriculadas o en blanco, con papel reciclado o no. Siempre busco que tengan tapas distintas a las tapas rojas de los cuadernos escolares de la marca Enri. Llevo escritas más de doce libretas, todas ellas distintas. Al principio de cada una siempre expreso la satisfacción de estrenar una nueva. Algunas veces funciona como un truco psicológico como cuando decimos *borrón y cuenta nueva*.

La función queda dicha en el comienzo de la primera entrada del cuaderno inaugural. Aunque las funciones son varias, no debemos olvidar que cumple, la mayoría de las veces, la función de desahogo, de intentar ver la vida propia de manera objetiva, de relatar los hechos vividos en el momento para evitar que la memoria ejerza su selección.

No leo ni las anotaciones últimas ni las de hace años. Es decir que la mayoría de las libretas permanece guardada en un cajón. Sí leo, en cambio, la redacción del día, puesto que quiero saber si coincide lo que he escrito con lo que quería expresar. Alguna vez he releído algún pasaje de días anteriores por la curiosidad de refrescar un momento determinado de la vida o bien algún sentimiento en concreto. Muchas veces te das cuenta de las limitaciones que te impone la escritura directa sobre una emoción, así que he optado por no releer. Además, no soy de las que piensan que *cualquier tiempo pasado fue mejor*.

La corrección de la escritura es mínima, inmediata, de carácter ortográfico o morfológico generalmente. Durante la lectura inmediata a la redacción aprovecho para corregir estos aspectos, pero no hay ninguna corrección posterior. Respeto bastante la espontaneidad del momento. Es un texto sin pulir, puesto que no tiene intención literaria.

No he destruido ninguna libreta. Alguna vez he roto la página que acabo de redactar por no corresponderse a lo que quiero expresar o por usar un estilo inapropiado. De momento no contemplo esa posibilidad. No se sabe nunca, si me cambio de casa. Aunque tengo presente el caso de una escritora que cambió de domicilio y de país varias veces y siempre conservó sus diarios.

Por último me refiero a un aspecto de mi diario que tu no incluías en tu llamamiento: la lengua. Una persona monolingüe no se plantea en qué lengua escribirá su diario; escribirá en la misma lengua que habla en casa, en el colegio, en la calle. Una persona bilingüe o trilingüe escribirá ciertos documentos según sea la lengua de su receptor, pero el diario sólo lo podrá escribir en su lengua materna, porque es el texto más próximo a su Yo más íntimo.

SEGUNDA CARTA

Durante más de 10 años no he abandonado el diario, ni intención tengo de hacerlo. Dejar de escribir ahora sería una solemne estupidez. Cuando empecé a escribirlo, debía sortear los obstáculos tan naturales como los intrusos. Lo escondía. Además recuerdo que aprovechaba para escribir, cuando mis padres y hermana no estaban en casa. En las primeras libretas hay muchas referencias al hecho de

quedarme sola en casa y aprovechar para escribir. Hubo una época en que sospeché que mi madre lo leía o lo había leído. Un día puse un papel en el cajón para saber si lo abría y conocía su escondite. Cuando volví me encontré el papel cambiado. Supuse que lo había leído, me enfadé mucho (puedes imaginarte). No se lo comenté y decidí que escribir el diario era más importante que nada y que este hecho no anulaba las razones que anoté el primer día.

Ahora ya no hay intrusos, escribo cuando quiero, lo dejo donde quiero, forma parte del paisaje cotidiano de mi casa junto con los libros, y su presencia visible me encanta (¿fetichismo?). Sólo tengo la precaución de ocultarlo cuando vienen invitados/as. Parece que permanece en mí el hábito de esconderlo para que nadie robe mi intimidad, pues si alguien lo leyera sería como si me la robase. Como se deduce de lo anterior, nunca lo he dejado leer a nadie. Durante un tiempo mi novio me lo pidió, pero yo le di largas, pues en el fondo no quería. Y las largas se terminaron con el tiempo y con la ruptura del noviazgo.

En tu carta manifiestas interés por el tema de la lengua. Escribo el diario en catalán desde la primera página hasta la última. No podría escribirlo en otra lengua, no sería yo, no podría reconocerme en las páginas cuando las leyera. No hubo dilema en la elección de la lengua; escribí la primera frase en catalán, sin pensar en otras opciones. Si hay una correspondencia entre la identidad personal y la identidad cultural debe ser inconsciente. Siempre he pensado que la lengua del diario no se elige, viene elegida porque en casa y en el ambiente en que te mueves (círculo de amigos, trabajo, centro de estudios, barrio o ciudad) predomina una lengua sobre otra. Inconscientemente te identificas con esta lengua. Piensas, reflexionas, hablas sola en esta lengua, por tanto si escribir un diario es como hablar sola, no hay duda que lo escribirás en la misma lengua en la que piensas. Mi caso es claro. Siempre me he movido en ambientes en los que ha predominado la lengua catalana, además de ser la lengua que se hablaba en mi casa.

En el caso de las familias bilingües, el/la diarista escogerá la lengua con la que se identifique más. Suele coincidir con la lengua materna; pero no siempre. Hay otros casos en los que se cambia la lengua por influencia del ambiente. Las amistades, los compañeros de trabajo suelen influir mucho más cuando el diarista se independiza de la familia. Esto significa que el diarista adulto, que vive solo, puede escribir el diario en una lengua distinta a la materna, si es que en su nuevo ambiente predomina la otra. No olvidemos que la pareja ejerce un efecto similar, incluso más acusado, que el ambiente general. Esto quiere decir que el/la diarista escribirá en la misma lengua en que escribe su pareja. Sin embargo,

una vez *escogida* la lengua, y empezado el diario en ésta, es muy difícil que la cambies, excepto si dejas de utilizarla por completo (me viene a la imaginación el caso de la escritora de diarios, Anaïs Nin).

Cuando llevas un tiempo usando la misma lengua no se te ocurre cambiarla, porque en el fondo identificas aquélla con tu diario. Te contaré el caso de una amiga. A los nueve años empezó a llevar diario en castellano, pues era la lengua de su casa y de su ambiente; con el tiempo el catalán pasó a ser la lengua de su ambiente, pero ella sigue escribiendo su diario en castellano. Me ha confesado que no podría cambiar la lengua, pues ella, cuando está a solas, piensa en castellano.

Te hablo de este tema a partir de mi diario y de algún otro que conozco, pero para profundizar en este aspecto de la relación entre lengua y diario, haría falta una encuesta específica.

Sobre tu pregunta acerca de la posible relación entre identidad personal e identidad cultural y nacional, te diré que, si existe, será en cierta manera inconsciente. En primer lugar, porque el diario es un texto íntimo, porque nadie se plantea, al menos yo no, el diario como un texto destinado a la propaganda o defensa de una idea política determinada. He comentado que el diarista *escoge* una lengua porque se identifica con ella. Si en el hecho de identificarse con una lengua, o en el uso de una lengua, se toma una postura política, quizá existiese esa relación que insinúas. Pero repito, dudo que en un texto íntimo se quiera demostrar un compromiso político.

También me preguntas mi opinión sobre el sentimiento de culpa y las exculpaciones consiguientes a las que suelo recurrir cada vez que estoy unos días sin escribir. Sugieres que podría ser una proyección de la confesión católica. En cierta manera sí que lo es. Pedir disculpas y dar explicaciones ha formado parte de mi temprana educación (la educación de mi generación y de otras anteriores), ya que era una educación basada en el control y en el autoritarismo paterno. Tener que dar explicaciones de lo que hacías o dejabas de hacer al padre o a la madre era una práctica habitual, por tanto es bastante lógico que los patrones educativos se reflejen en un texto tan íntimo como el diario. Quiero añadir que durante los primeros años las excusas han sido más frecuentes y que ahora ha desaparecido ese aspecto culposo de mi diario. No en vano ya no me tengo que justificar con nadie. Este complejo de culpa forma parte de la educación recibida, que tiene su base en el catolicismo.

FRAGMENTOS DEL DIARIO

2 de enero de 1995
Esta vez el final de la libreta (o el principio) ha coincidido con el fin de año (o el principio). He estrenado el año siguiendo las mismas tradiciones, formulando los mismos deseos de cada año. Este principio de año he imaginado que para que el año cambiase totalmente deberían borrarse los viejos problemas. Todo el mundo espera que el nuevo año resuelva los viejos problemas, así como la nueva estación... Así también deseo que esta nueva libreta resuelva mis problemas anteriores y pueda escribir otros nuevos.

Finales de julio de 1995
Son las once menos cuarto de la noche. Escribo las últimas líneas antes de partir de viaje mañana a la India, son también las últimas líneas de la libreta. La verdad es que tenía muchas ganas de terminarla, porque esto significa que en otra mi vida será diferente. Estrenar una libreta siempre me ha producido cierta euforia. Siempre he pensado que empezar una libreta nueva es como si renovara la esperanza de vivir. Noto como si en las próximas páginas serán mejores que las anteriores, y sobre todo diferentes. En cada libreta pongo ilusión que se trasciende en mi vida cotidiana.

Finales de abril de 1996
Necesito constantemente escribir mis historias para explicarme, para entenderme. Quizás en el fondo es una necesidad de satisfacer mi ego. ¿En esto se ha convertido mi diario después de tantos años? Esta construcción de mi yo a través de la descripción lo más ajustada posible, de hechos y de sentimientos me complace, pero tanta insistencia quizás sea un ejercicio de vanidad. Mi diario se ha convertido en el espejo de mi yo. Esta dependencia, esta necesidad de escribir es puramente una neurosis.

Noviembre de 1991
Si hoy no escribo, me muero. Desesperadamente he cogido la libreta para vomitar todo lo que llevo dentro y no me deja vivir tranquila.

26. Hombre, funcionario, 36 años

PRIMERA CARTA
Me ha sorprendido el llamamiento que hace en la revista *Qué leer* del mes de Abril de 1998 para estudiar los diarios íntimos. Al principio sopesé la posibilidad de que se tratase de un escritor falto de ideas, que oculto bajo la personalidad de un imaginario

profesor, intentaba acaparar experiencias ajenas para después fabular con ellas. Que diera las señas de una universidad no significaba nada, bien podría ser un empleado de esa facultad, un amigo que trabajaba allí o incluso un profesor de verdad. Esta argumentación, un tanto paranoica, pero no por ello menos verosímil, se desvaneció, cuando caí en la cuenta de la originalidad que suponía. Si las condiciones eran honestas, la propuesta era original. Pero si las condiciones no eran honestas y escondían otras intenciones, eso era ya genialidad. Basándome en estas argumentaciones, quizá falaces, pero igualmente atrayentes, aquí está la *biografía* de mis diarios.

Hace dos años más o menos quemé mi último diario. Lo llevaba escribiendo desde los quince años aproximadamente. Al principio fueron una trascripción literal del quehacer cotidiano. Trataba, como creo que tratan todos los que escriben diarios, de intercalar mi estado de ánimo en las descripciones de lo que pasaba a lo largo del día. Al final siempre se interponía el trascurrir latoso y pesado de cada día. Desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, no nos damos cuenta de la terrible monotonía a que estamos sujetos. Cuando además esa rutina se plasma por escrito, adquiere dimensiones sobrecogedoras, angustiosas. Pasan siempre las mismas cosas, las mismas estaciones, está uno sometido a la tiranía del trabajo, sometido a trabajar para poder vivir, por muy excitante que sea esa labor. Las decepciones y las alegrías pasan, se quedan, regresan y vuelven a irse. Así fue como me di cuenta que mis diarios eran la larga lista de productos repetidos. De aquellos diarios no quedó nada. Un día arrebatado por la tristeza, los destruí arrojándolos a la caldera de una chimenea.

Uno es uno. Esta perogrullada viene a decir que uno es como es. Para bien o para mal, nos gustemos o no. Y volví a los diarios. Recalé de nuevo con una necesidad de contar página a página el paso y el peso de las experiencias que, por entonces, tendría veintitantos años, estaban marcándome. Esta vez dejé a un lado la obligación de pormenorizar el día a día. Sólo anotaba aquellos pasajes que tocaban con intensidad alguna fibra sensible dentro de mí: la muerte de un amigo en accidente de tráfico, una mujer que dejó su perfume en la habitación de un hotel, un ocaso estallándome en la vista en un país lejano o la enigmática conversación de unos desconocidos en el compartimento de un tren.

Pero lo mismo que la vez anterior, me di cuenta que esos sucesos parecían comunes a la vida de cualquiera, como podía ser acudir a un estadio de fútbol, conducir un auto nuevo o imaginar el tacto suave de una mujer. Incluso aunque todo fuera acompañado de comentarios personales. Una vez más destruí sin piedad. Tenía escritos tres cuadernos. Dos de ellos los quemé completamente. Del tercero fui recortando algunas páginas que consideré interesantes. Intuyendo que tal vez no volvería a intentarlo de nuevo.

Tal vez fue la pulsión adolescente de aquel diario por buscar en la escritura una salida a la confusión sentimental, quizá un impulso natural por atrapar la vida en el papel. Sea como fuere, no me arrepiento de haberlos destruido. No me arrepiento de lo malvivido. Me arrepiento tal vez de no haber empezado a escribirlos primero y haberlos destruido antes.

SEGUNDA CARTA

Voy a precisarle los distintos periodos de mi diario.

Periodo preparatorio. Abarca desde los quince a los diecinueve años. Esta etapa fue la más constante. Los registros eran más que nada emotivos o sentimentales, supongo que propios de esa edad tan llena de incertidumbres. La llamo fase preparatoria, porque considero que estaba *entrenándome* para mejorar la expresión y poder precisar a la hora de describir situaciones, personas u otras cosas.

Primer periodo. Desde los diecinueve a los veintiún años. En esta etapa superé, creo, las confusiones y desconciertos emotivos. Los registros se volvieron más fríos. Trataba de diseccionar el mundo que me rodeaba sin arrebatos ni sentimentalismos. Además de las situaciones vividas, comencé a intercalar pensamientos sugeridos por lecturas y conversaciones.

Primer intermedio. En tres años no escribí absolutamente nada. Coincidió con mi primer empleo. No tenía ni tiempo ni humor, y aunque se sucedieron situaciones que hoy me arrepiento de no haber recogido, no me encontraba con fuerzas para hacerlo.

Segundo periodo. Es la etapa más larga. De los veinticinco a los veintiocho, aunque en ella se intercalan fases de baja actividad de escritura en el diario. En este periodo mis condiciones familiares, laborales y afectivas se encontraban en un momento óptimo. Seleccionaba los acontecimientos para anotar, ya no se trataba de un diario a diario.

Segundo intermedio. Entre los treinta y treinta y tres años, debido a que encontré un trabajo como funcionario, después de una etapa de opositor y otra de prácticas, apenas tuve tiempo para escribir.

TERCER PERIODO

En esta última etapa, que corresponde a los treinta y cuatro años, el diario dejó de ser una transcripción de acontecimientos cotidianos y empecé a intercalar ideas de la más diversa índole como fantasías, diálogos imaginarios, pequeños relatos ficticios. Los sucesos desagradables los rescribía como un dios menor

que se reinventa el mundo que él mismo ha creado, para que le resulte más favorable, para vengarse de unos seres que se le revelan. Así fue como antes de acabar el año decidí abandonar la práctica del diario, al menos del diario concebido a la manera convencional, es decir, como registro de la realidad circundante, por muy íntima que sea.

La frecuencia fue siempre muy variable. En algunas ocasiones lo consideré como una obligación y siempre anotaba algo, que podía ocupar una frase o cinco páginas. En cuanto al soporte fui siempre un poco caprichoso. No me valía cualquier cosa. Debía ser un cuaderno de tapas negras y las páginas con una sola raya. Otro aspecto que revestía cierta importancia era el instrumento de escritura: tenía que ser, y en esto era muy exigente, una estilográfica de tinta negra. En este sentido y para resumir, el acto de escribir un diario era para mí un acto casi religioso, una ceremonia en la que cada elemento debía ser escrupulosamente elegido y respetado.

Al principio lo escondía en los sitios más inverosímiles y cada poco cambiaba de escondrijo: bajo el colchón, pegado con celo detrás de un espejo, escondido entre los libros de una estantería. Pero esto resultaba agotador. Hasta que un día compré una pequeña caja fuerte en una ferretería. Todo esto mientras viví en mi familia. En los últimos cinco años que empecé a vivir solo, me limité a meterlo en un cajón o a dejarlo sobre el escritorio de mi habitación. Aunque de todas formas algún temor debió quedarme, porque desde hacía unos años nunca ponía nombres propios a las personas que describía y aludía a ellas mediante metáforas, alegorías o elipsis que sólo una lectura en clave podría descubrirlas. No es que estuviera haciendo alardes literarios, simplemente quería ocultar detalles de ciertas personas de manera sutil.

Al hilo de esto debo añadir que nunca he consentido que nadie leyera mis anotaciones calendarias, aunque sospecho que más de una vez fue leído por algún hermano o por mi padre. Estas violaciones, de lo que yo consideraba mi intimidad más absoluta, pese a sumirme en una desazón profunda, nunca supuso un impedimento a la hora de seguir escribiendo. Simplemente me limitaba a tomar medidas más severas (la caja fuerte) a la hora de guardarlo.

A partir de las lecturas frecuentes que hacía de mis cuadernos, me empecé a plantear la finalidad de lo que escribía. Surgió la duda sobre el futuro de lo que estaba haciendo. Me pregunté si quería que aquello permaneciera de manera póstuma o si tenía sentido intentar atrapar una realidad que se me escapaba. De este modo comenzaron a surgir preguntas, cuya respuesta se me escapaban: ¿Qué es

la realidad? ¿Qué sentido tiene la vida? ¿Qué voy a conseguir con lo que escribo? Estas preguntas y otras de esta índole, que quizá pueden parecer tópicas, me las planteaba de manera obsesiva y angustiada. Concluí que el diario no me daba ni podía darme la respuesta, ni me ayudaba a responderlas y terminé por destruir todo lo escrito hasta entonces. La destrucción debía ser absoluta sin dejar el más mínimo rastro, y opté por el fuego.

27. Mujer, profesora, 38 años

PRIMERA CARTA

Mi diario comienza el 28 de febrero de 1975, cuando acababa de cumplir 13 años, y todavía hoy lo continúo. Nunca he tenido una frecuencia regular, hay épocas en las que escribo mucho y a menudo. Otras en las que de unas anotaciones a las siguientes transcurre mucho tiempo. Normalmente escribo mucho, no hay anotaciones breves del tipo de las agendas, sino un desarrollo largo del tema en cuestión. Los periodos de menor frecuencia coinciden con los que he vivido acompañada. Tampoco tengo horas determinadas, sirve cualquiera con tal de que tenga tiempo por delante, porque nunca sé cuándo voy a terminar. Fecho cada anotación de forma completa y, cuando por despiste no recuerdo el día concreto, siempre pongo mes y año.

Generalmente las anotaciones tienen un hilo conductor, pues antes de escribir miro la anotación anterior, y entonces cuento cómo se solucionó tal o cual cosa y qué le pasó a una persona. Pero tampoco lo hago siempre.

Predominan los *marrones* o las cosas que me agobian, pero también hay relatos de viajes, de películas que me han gustado y de momentos para *guardar*. Predominan sobre todo las reflexiones de lo que hago y no hago, las indecisiones, sobre cómo me va.

Al llegar diciembre, releo todo el año para recapitular, hacer balance, retomar propósitos y demás. En alguna ocasión he releído periodos más amplios porque sí; pero, cuando me alejo del momento actual, el diario se me hace ajeno y desde luego aburrido, incluso *vergonzoso* (¡cómo coño podía escribir tantas tonterías!).

El diario tiene en mi caso una función de desahogo emocional, de lo positivo y de lo negativo, en el momento mismo de escribir (siempre me siento bien después de escribir), pero también tiene otras funciones. En la adolescencia, cuando vivía con mis padres y hermanos, se ve claro que es un *testamento* para que tras mi *muerte* se enteraran de lo *maravillosa* que era y de lo *terribles* que

eran ellos. También tiene épocas de *amigo ideal,* el único que te entiende y conoce, siempre disponible y siempre dispuesto a darte la razón. También era mi novela que, pasado el tiempo, sería encontrada y publicada con gran éxito tras mi muerte. Sigue siendo mi novela, pero carece de ínfulas literarias ni de sueños de publicación. Es algo que forma parte de mí, no es ya ni amigo ideal ni nada por el estilo, pero es muy importante porque, de alguna manera, me acoge. De hecho, cuando pienso qué salvaría en caso de emergencia, siempre pienso en los álbumes de fotos y en el diario.

Prácticamente no corrijo, salvo algún acento o signos de puntuación que en alguna relectura he echado en falta, y rectifico o completo algo que en el fragor de la escritura ha podido faltar, como comerse alguna palabra o cosas de esas.

Empecé a escribir en cuadernos pequeñitos y de pocas hojas, y cuando llené dos o tres de éstos, decidí pasar a cuadernos mayores. Desde entonces utilizo los cuadernos de contabilidad (dietarios), de tamaño folio, y sólo escribo en ese tipo de cuadernos (te mando un cachito de papel de mi cuaderno actual para que te hagas una idea). Como cuesta encontrarlos, me meto en las papelerías viejas cuando voy de viaje para buscarlos y voy haciendo acopio por si acaso. Hay algo hermoso en coger un cuaderno en el 90 que fue comprado en el 87. Cuando encuentro un cuaderno de esos, lo compro y fecho: anticipo un poco el placer que me producirá empezarlo tres o cuatro años después.

Nunca he destruido nada de mi diario. Cuando compré mi primer cuaderno grande, comencé a pasar el contenido de los pequeños a éste, pero en la copia las anotaciones viejas se iban juntando con las nuevas, así que terminé por saltarme muchas cosas de los primeros cuadernos y sólo transcribí aquellas que en aquel momento me parecieron más importantes o menos vergonzosas, ¡vete tú a saber!

Algunos cuadernos se cierran de forma natural, porque he rellenado todas las hojas, pero otros los he *cerrado* dejando hojas en blanco, y he comenzado un cuaderno nuevo, como homenaje o reconocimiento a hechos que he considerado importantes. Ha ocurrido en cuatro ocasiones: cuando la Administración me contrató por primera vez para trabajar todo el año; cuando me fui de casa de mis padres, cuando compré casa propia y cuando me vine a vivir con mi chico actual.

Te mando la periodización y extensión de mis siete cuadernos, en los que he numerado de manera correlativa todas las páginas escritas:

1. Febrero 75 – Diciembre 83: hasta la página 164.
2. Enero 84 – Agosto 84: de la 165 a la 242.
3. Agosto 84 – Enero 87: de 243 a 438.
4. Enero 87 – Octubre 89: de 439 a 609.
5. Octubre 89 – Agosto 93: de 610 a 775.
6. Agosto 93 – Septiembre 95: de 776 a 916.
7. Septiembre 95 – Abril 98: de 917 a 976.

No paso la carta a limpio para que no me entren tentaciones de quitar nada. He pasado un rato (largo) muy agradable.

SEGUNDA CARTA

Desde que me puse en contacto contigo, se me hace más atrayente el hecho de que alguien investigue sobre una actividad tan importante para los que la practicamos, al tiempo que tan desconocida.

Como ya te dije en mi anterior carta, comencé mi diario en el aniversario de mis trece años, y la primera anotación es un DNI, que se extiende sobre el colegio y la familia. En esa anotación inicial descargo *mi rabia* contra una compañera del colegio que me hace algo que ni escribo ni recuerdo, y parece que no se lo puedo contar a nadie.

Antes de ese comienzo hay un precedente bonito. Por motivos que no vienen al caso, viví hasta los once años todas las temporadas de vacaciones (Navidad, Semana Santa y Verano) con una familia que no era la mía biológica, y el cabeza de esa familia (que cumplía por edad y trato la función de abuelo) era guardamontes (con un cierto *cargo*) y todos los atardeceres se sentaba en su despacho a *escribir el diario*. La consigna era que en ese rato no se le podía molestar, aunque yo estuve alguna vez en sus rodillas, viendo la letra negra, fina y picuda. El suyo era más un diario de trabajo —obreros, estado del monte, plantaciones, clima, niveles de agua y lluvia, etc. Aunque he seguido manteniendo un trato intenso con esa familia, nunca les he comentado que yo había comenzado un diario.

¿Por qué llevo diario? Me lo he preguntado muchas veces en distintos periodos y en casi todos me he contestado con algún sentido vergonzante: «Ya eres mayor... si no quieres que nadie lo lea para qué lo haces...por qué anotas tantas naderías...» Hace tiempo que tengo una respuesta satisfactoria. Para mí escribir en el diario es otra forma de relación; no lo tengo mitificado, no es mi amigo ideal o imposible,

no lo antepongo a las personas o seres queridos, pero tampoco lo comparo con ellos. Es una forma de relación, una relación legítima en sí misma. Tiene sus tiempos y sus ritmos, sus espacios, intensidades y abandonos igual que cualquier otra relación. Te pongo un ejemplito: no te comunicas ni comunicas igual con un amigo que con tu pareja, ni por teléfono que por carta o de viva voz. No es lo mismo quedar un sábado por la tarde para charlar que un martes para un café entre múltiples quehaceres. Escribir un diario es diferente a pensar a solas o a contar algo a un amigo. Da otro punto y perspectiva sobre las cosas y sobre uno mismo, lo cual no quiere decir que esté lleno de secretos.

Por otro lado me gusta escribir: cartas, cuentos, poesía (no quisiera resultar pedante, pero yo disfruto escribiendo). No tengo ninguna pretensión literaria, pero de alguna manera mis personajillos son míos, los únicos que yo puedo crear y tienen tanto derecho al papel como los de cualquiera, inmortales incluidos. Me hacen pensar, ocupan mi ocio, me crean dudas, resuelvo situaciones, me desespero y alegro. Esas cosas también se las cuento al diario, es otra medida del placer.

Y el diario es también una forma de recogerme, de estar a solas un rato o muchos ratos. Como quien termina el día tomándose una manzanilla o fumando un cigarro en el balcón o va una vez por semana a nadar; el diario me recoge, es tiempo para mí y mis cosas.

A mis cierres anticipados los llamas *borrón y cuenta nueva* y pudiera ser, pero esa expresión implica algo de olvido de lo anterior por negativo, y mis cierres de diario son ganas de celebrar inicios de cosas importantes. Cambios sí, pero no rupturas. Y por eso se me ocurrieron, para significar de manera especial algunos acontecimientos positivos y de los que espero trascendencia y continuidad en mi vida cotidiana. No ocurre en muchas ocasiones (no tendría sentido empezar cuaderno nuevo cada poco), pero sucede cuando tengo sensación de que algo cambió o va a cambiar, sin rupturas ni cortes con lo precedente.

Sí, vivir en pareja supone escribir menos. Cuando incorporas una relación nueva e importante a tu mundo, se produce un periodo de fusión con el otro, ganas de ser invadido por él, y produce a su vez un abandono de otras relaciones y actividades. Tiene que pasar un tiempo hasta que vuelves a tus hábitos y amistades, a tus propios espacios. Aprendes a vivir en pareja. Esa es la razón de la disminución de la escritura del diario, pero que nunca conlleva el abandono total. Lo de la intensidad y ritmo de las anotaciones puede depender del contexto: épocas de líos o celebraciones, enfermedades de familiares, de actividades profesionales o

personales nuevas que absorben el tiempo de otra manera. Incluso depende de la propia relación con el diario, que es unas veces más intensa que otras, como suele ocurrir también con los amigos.

Nunca le he franqueado la lectura del diario a nadie ni se me ha pasado por la cabeza. He tenido *presiones,* pero las he resuelto con negativas explicatorias. Quiero decir que puedo contar o hablar acerca de lo que escribo en el diario, pero de ahí a dejarlo leer hay una diferencia. Tampoco voy contando que escribo un diario, hay y ha habido personas de confianza que no se han enterado hasta pasado mucho tiempo de relación, otras ni lo saben. A mi sobrino le regalaron uno por su comunión y mi madre le dijo: «Tu tía también llevaba uno», así en pasado. Por supuesto, no la corregí.

Rompí los cuadernos pequeños cuando encontré el primero del que sería mi formato definitivo. Como te dije, transcribí al grande el contenido de los pequeños que me pareció importante. Pero los primeros desaparecieron.

Fundamentalmente escribo en castellano, porque es mi lengua materna, pero incorporo palabras del euskera (lengua vasca), porque mi *aita* (padre) es *euskaldum* (hablante vasco) y ciertas palabras del euskera forman parte de mi castellano. Poco a poco me he ido euskaldunizando y sin ser un diario bilingüe, se va aproximando. Hay personas con las que sólo me relaciono en euskera y, si trascribo una conversación o algo que me dijeron en euskera, lo anoto en esa lengua. Lo mismo si anoto algo sobre una lectura hecha en euskera. Las expresiones que me parece que tienen más fuerza o que reflejan mejor que en castellano lo que quiero decir están escritas en euskera. Algo similar ocurre con el francés, pues me eduqué en un colegio francés, así que anoto también cosas en esa otra lengua, sobre todo si he ido a hacer algo a Francia, que está tan próxima.

P.D. En tus artículos aparece la conveniencia o inconveniencia de fomentar este tipo de escritura diarística entre los escolares. En mi centro llevamos a cabo una actividad que en cierta manera desemboca en ella. La actividad está recogida (y algo transformada) de una propuesta de Daniel Cassany y consiste en que tres alumnos escojan el mismo libro de lectura y hagan un diario de esa lectura. En él tienen que anotar en periodos cortos, convenientemente fechados, sueños, recuerdos, viajes, deseos, opiniones, etc., que les suscite el libro leído. No puntúa ni la ortografía ni la presentación y sólo suspenden si se limitan a contar el argumento. Cada X semanas vienen con el diario a clase y lo intercambian con el de los compañeros que han leído el mismo libro.

El objetivo es trabajar la connotación, que comparen los pasajes destacados por los demás y lo que les han sugerido con los suyos. Ellos mismo se dan cuenta de que si se les manda un trabajo rutinario (tema, caracterización, argumento, etc.) les sale a todos el mismo trabajo, en cambio cuando ponen en marcha la creatividad resultan cosas muy distintas en cada uno.

Evidentemente hay diarios *falsos,* pero hay otros muy personales, no necesariamente íntimos. Te puedes encontrar de todo: alumnos que lamentan cortar la lectura para escribir, alumnos a los que no les cuesta nada escribir pero que les sigue costando leer, alumnos que censuran páginas del diario a sus compañeros, porque no quieren que otros lean lo que ellos escribieron, ni tampoco sus profesores. Al final de esos ejercicios algunos alumnos continúan escribiendo por su cuenta lo que les pasa o se les ocurre.

28. Mujer, 31 años

PRIMERA CARTA

Llevo un diario desde los doce o trece años, aunque ha habido épocas que he escrito más y otras menos. Dejé de escribir casi por completo entre Primero de BUP y COU, pero, cuando empecé la carrera en la Universidad y, sobre todo, cuando la terminé a los 22 años, volví a retomarlo. Ahora todavía escribo; no lo hago regularmente sino a rachas.

Para mí, los diarios tienen una función catártica, así que suelo escribir cuando estoy desanimada por algo y para clarificar mis ideas con respecto a sentimientos y planes futuros. No obstante, también escribo cuando estoy a gusto con alguien, en especial con un buen amigo con el que he compartido momentos realmente estupendos. Cuando voy de viaje suelo anotar los sitios en que he estado, pero no de modo exhaustivo; sobre todo anoto lo que ha impresionado más y los sentimientos que me ha producido.

Actualmente escribo en folios blancos, pero cuando empecé en la adolescencia utilizaba un diario tamaño cuartilla con tapas de piel. Suelo leer lo que escribo una vez, inmediatamente después de redactar, y no acostumbro a releerlo después.

No he destruido nada de lo escrito al menos por ahora. Creo que cuando pasen los años (bastantes quizá) me gustaría volver a ello y pasarme las horas recordando los buenos y lo malos tragos que, desde la perspectiva del tiempo, los veré de manera diferente. De todos modos, su función principal, en el momento que me

siento en mi cuarto de trabajo (en el desván de mi casa), es desahogarme y clarificar mis pensamientos y sentimientos en la intimidad de mi habitación.

Tengo una caligrafía bastante mala, deformada por los años de tomar apuntes, pero acentúo su mala calidad cuando escribo en el diario, porque creo que, si alguien pretende husmearlo, se desesperará tras los dos primeros renglones; si no ha tirado la toalla antes, al no poder descifrar lo que pone.

SEGUNDA CARTA

Respondo a tus preguntas.

Primer periodo del diario: a mí también me regalaron el día de mi Primera Comunión un diario, pero no fui tan precoz como señalan algunos de tus encuestados. Se quedó dormido junto a los álbumes de fotos que recibí ese día, hasta que una amiga me animó a que escribiéramos lo que hacíamos en las vacaciones. Nos los intercambiaríamos al regreso y así sabríamos, la una de la otra, lo que habíamos hecho. No soy capaz de recordar si llevamos a cabo el intercambio prometido, pero desde luego escribí con total diligencia lo ocurrido en aquel verano. Aquella fue una época triste para mí. Anotaba fundamentalmente lo que hablaban los mayores o lo que pasaba, y casi nada sobre mis sentimientos. Quizá no era capaz de esa introspección o pensaba que sería demasiado *indecente* dejar que mi amiga entrara tan dentro de mí. *Indecente* es la palabra que uso para referirme a que alguien lea lo que he escrito. (Más adelante volveré sobre este tema a propósito del segundo periodo de mi diario).

Este diario duró lo que el verano de Séptimo de EGB. En Octavo no escribí (en mi anterior carta decía que esto ocurría en Primero de BUP, pero la memoria me engañó) y lo dejé hasta los años finales de la Universidad. ¿Por qué? Esos años son para mi conciencia los años oscuros. En el último curso de EGB todavía jugaba, pero empecé a encerrarme entre libros, y de esa época, hasta COU, sólo recuerdo el estudio. Pienso que no deseaba tener conciencia de mí misma como persona que merece la más mínima consideración, ni siquiera para escribir un diario. Hice un auténtico esfuerzo para ser invisible, incluso a mis propios ojos, y realmente lo logré.

Volví a llevar diario en mi primer viaje al extranjero. Estaba sola y aburrida y necesitaba desahogarme. Sin embargo, al volver a casa, seguí encerrada entre los libros y conmigo misma. No creo que esos años fuesen *oscuros,* porque no los recogiese en el diario, sino que no escribí porque eran oscuros. Quería seguir siendo invisible. De todas maneras al terminar la carrera o un poco antes volví a llevar diario.

Inicio así el segundo periodo del diario, que nada tiene que ver con el primero. Un periodo de mi vida, la escolar, se cerraba y me preguntaba qué iba a hacer. Empecé a cuestionarme mi vida futura y también a mí misma, coincidiendo con unas nuevas amistades muy religiosas. Fue un momento de replantearme cuestiones que tenía olvidadas desde el colegio de monjas, como Dios, el mundo y mi relación con ambos. Mi vuelta al diario tiene que ver con todo eso, y a partir de ahí he seguido llevándolo. No con la misma regularidad, pero sin dejar de hacerlo. Se trata de pensamientos íntimos y de sensaciones más que de hechos externos, a diferencia del primer periodo, aunque también recoja algunos acontecimientos personales.

Aunque me gusta conservar las fotos, con la fecha y nombres de los retratados, no las incluyo nunca en el diario, tampoco ningún tipo de recorte o documento. Las fotos cumplen una función que el diario no tiene o no lo tiene en exclusiva. Las fotos me recuerdan lo externo y el diario aspira a reflejar lo interior. El diario no me sirve ahora tanto para recordar, como para contarme a mí misma o aclarar lo que bulle en mi cabeza respecto a lo que siento o he sentido, lo que pienso o lo que planeo hacer. Por eso no permito a nadie leerlo. No creo que nadie, si acaso una de mis hermanas, sepa que escribo un diario. En una ocasión se lo comenté a un compañero de trabajo y supongo que pensó que era raro. No sé si pensaría que era narcisista (conociéndome calculo que no), pero sí extraño, algo así como un anclaje en la adolescencia o en una etapa no superada.

Dejar leerlo sería *indecente*. Creo que es peor que desnudarse. En definitiva el cuerpo no es más que tu caparazón, pero lo que hay dentro aún es más tú.

No he destruido nada, pero antes de uno de mis viajes, el primero largo de verdad, dejé una carta para abrir si me pasaba algo. En ella indicaba que quemasen los folios del diario que tengo colocados en aparente desorden en una estantería de mi cuarto de trabajo, unos encima de otros según los escribo y sin encuadernar. Ahora cuando me marcho, no digo nada ni dejo *últimas voluntades*. Espero que crean que son papeles sin valor y, en caso de ocurrirme algo, los destruyan. Ya no servirían para nada y no deseo compartir esas hojas con nadie. Al leer los resultados de la encuesta que hiciste, me pareció horrible que algunas chicas cedieran sus diarios a sus parejas o novios. Supongo que hay parejas que creen que al formar parte de la vida de otra persona, tienen derecho a conocer todo del otro. Se puede querer compartir ideas o sentimientos, pero todo... Todo, en términos absolutos, además de imposible, creo que sería poco recomendable. Y como puedes imaginar, ni se me pasa por la cabeza la idea de publicar mi diario.

29. Mujer, funcionaria, 32 años

PRIMERA CARTA

Me llaman María del Mar, mujer de físico, talento y cualidades nada sobresalientes. Nací hace treinta y dos años en una organizada, introvertida y conformista familia numerosa de recursos limitados. Crecí completamente inconsciente de mí misma, con muchos hábitos y ningún criterio. Estudié Derecho por equivocación y aborregamiento. Me casé convenientemente y sin pensármelo mucho. He tenido dos hijos en cuya crianza invierto la mayor parte de mis energías, de mi tiempo, de mi dinero y también, sospecho que para mi desgracia, la mayor parte de mi amor, sin hacer casi nunca cuentas sobre la rentabilidad de tal empresa. A propósito de rentabilidad, mis ingresos provienen del Erario Público, para lo cual tuve que competir y ganar una *democrática* oposición. Disfruto de un piso en la ciudad, un apartamento en la playa, un coche y varios préstamos bancarios de diferentes modalidades. Viajo cuando puedo, que es raramente. Me rodean muchas personas, familiares y amigos, que me quieren, y además tengo un amante, con el que, aunque ostenta la condición de persona física y jurídica, mantengo una relación espiritual, no sometida a los parámetros del espacio y del tiempo. Hasta aquí, algunas de mis circunstancias, pues la sola enumeración de todas me hubiera agotado y entristecido.

A partir de aquí, dejando al margen cualquier condicionante, heredado, aceptado, incluso elegido, no sé si también genético, quedo YO, la que soy, la que no se conforma con estar *en medio de* o *junto a*. La que desea y necesita captar el meollo de su vida. Por supuesto, sin dejar de vivir.

Como habrás deducido tras esta auténtica presentación, un día desperté y me dio miedo volver a dormirme. Mi diario supone en este empeño mucho más que una ayuda. Es un cooperador necesario en el complicado proceso de parirme a mí misma, como los fórceps en los alumbramientos difíciles. Habrá gente a quien les resulte más sencillo, pero no me fijo en esa gente y tampoco conozco un sistema mejor, pues al desahogo con el prójimo le encuentro serios inconvenientes.

Utilizo en esta tarea una vulgar libreta de gusanillo, una detrás de otra, claro está, a la que voy grapando y añadiendo cuartillas y trozos de papel en los que me veo obligada a escribir ocasionalmente, y que no quiero dejar separados del resto. En cuanto a la frecuencia soy irregularmente constante. Nunca retoco lo escrito ni lo suelo volver a leer, pues no busco el recreo en las experiencias contadas o en los descubrimientos realizados, sino satisfacer mis enormes ganas de ubicarme paso a paso, sin precipitación y con la vista puesta en una confortación aún lejana.

Cuando lo que encuentro al vaciarme no me gusta o es un obstáculo a mi comodidad y seguridad, soy capaz a veces, víctima del apresuramiento, de eliminar toda una época del diario. Luego al recuperar cierto *irrazonable* sentido común, me toca arrepentirme y llorar la pérdida, siempre irrecuperable, ya que ningún momento de los anotados conscientemente volverán a repetirse.

Con esta misma fecha voy a coser a mi diario una copia de esta carta.

SEGUNDA CARTA

Cuando tenía catorce años se murió una de mis dos mejores amigas (en la actualidad prescindo de *mejores amigas*). A los pocos días del suceso me encontré mirando un atardecer desde la ventana de mi habitación (lo recuerdo como si fuese ahora mismo). El cielo estaba rojísimo (igual que mis ojos de tanto llorar), grandioso, descomunal, amenazando un poniente de veinte pares de narices, en un espectáculo no apto para hiperestésicos (sufro de hiperestesia; ignorarla es el mejor tratamiento, así que punto). No podría decirte si el cielo cumplió su amenaza, pero lo que no he olvidado es que por primera vez me puse a escribir como una posesa, y es que verdaderamente estaba poseída, pero mucho más que por el dolor, por la absoluta incomprensión.

Desde aquel día comencé a escribir de forma intermitente y siempre alrededor de mis sueños (de los que se piensan, de los que se sienten, de los que se viven y de los que propiamente mueren al despertar). Éstos giraban sobre mis dudas, mis insignificantes seguridades y en torno a mis aspiraciones de plenitud. Escribía en hojas sueltas, que luego metía en una carpeta de esas de acordeón con muchos compartimentos. Lo hice durante cuatro años, aunque confieso que el tema se fue reduciendo poco a poco a la cuestión amorosa y es que, para el resto de intimidades lo tenía a él, la única persona capaz de traducir a palabras mi lado más profundo, inefable incluso para mí. Mi íntimo delirio amoroso (que nunca se correspondió a ninguno de los muchos *novios* que iba sumando) preferí guardarlo para mí misma y por escrito.

Al llegar a la Universidad me deshice del contenido de la carpeta y de la carpeta misma, haciendo uso de un cercano y recientemente inaugurado contenedor de residuos sólidos. Me pareció como muy infantil dedicarme a escribir del amor y sus ausencias, estando yo tan ocupada trabajando y estudiando. Me ratifiqué en mi decisión, cuando poco después fui inoculada con el virus agudo de una especie de marxista-nihilista-independentista, que no creía ni en la madre que lo parió. En silencio me desahogué de tan intenso y ya olvidado amor platónico y en

silencio también aprendí lo que pude. Durante esos años no escribí por miedo a parecer inmadura, con inseguridades manifiestas. Cuando mandé al escéptico a la otra dimensión (ya me había cansado de sufrir), tampoco pude hacerlo, ya que me encontraba bajo los efectos de una anestesia general que produje para analgésico de mi pobre y maltratado corazón. La anestesia prolongó sus efectos exageradamente, tanto que tuve tiempo de casarme y procrear.

Hace sólo tres años, empecé a notar que mi interior volvía a removerse. Sin ningún motivo especial empecé a sentir la vida a lo bestia y a pensar por mi cuenta. A cualquier hora del día y de la noche me asaltaba una pregunta y sus posibles respuestas. Necesitaba organizarme interiormente, así que me puse a escribir y como no soy mujer de *hobbies,* sino de adicciones, lo hice enfebrecidamente. En mi decisión de retomar el diario, influyeron un beso (que me despertó como a la bella durmiente del bosque), un diario ajeno que llegó a mis manos (bellísimo, el que lo escribió y lo escrito) y mi fanatismo por la palabra escrita, que no se contradice con mi desconfianza en el lenguaje como medio de comunicación. Ya escribió Dante que a veces las palabras son breves para la magnitud del asunto. No hay combinación de sílabas que pueda explicar lo que me sucede al escuchar la Partita para violín solo en Re menor (BWV 1004), de J. S. Bach, y menos aún que haga posible que otro, que no lo siente, lo entienda. Con todo, y a excepción del lenguaje del cuerpo, las palabras me parecen el mejor vehículo para llegar a los otros y sobre todo a uno mismo.

Pero no sólo escribí y escribo para desahogarme de lo difícil o imposible de transmitir o para tener constancia de que existo. Por encima de estas importantes motivaciones, se encuentra la liberación del olvido. Lo que queda en el papel deja de atormentarme. Hay pensamientos u obsesiones que nos impiden vivir. ¿Has leído *El Zahir,* de J. L. Borges? Allí se puede leer: «El tiempo, que atenúa los recuerdos, agrava el del Zahir...»; «ya no percibiré el Universo, percibiré el Zahir» o «noches hubo en que creyendo poder olvidarla, voluntariamente la recordaba; lo cierto es que abusé de aquellos ratos, darles comienzo era más fácil que darles fin». Quiero decir que escribir es una buena forma de controlar los pensamientos y los sentimientos, aunque estos últimos puedan a veces resultar ingobernables. Por eso, porque quizá necesite olvidar, no suelo releer lo escrito.

El diario que comencé hace tres años en una libreta cualquiera, pues el soporte me importa un comino, no lo escribía con regularidad y la extensión de sus anotaciones dependía, como hoy mismo, del tiempo disponible, ya que ganas de escribir tengo siempre.

En junio de 1997 hice de piraña trituradora con el pobre diario. Le eché la culpa de lo que no tenía, es decir, me hice responsable de lo que no me correspondía (crecí con remordimientos de conciencia crónicos). Mi hijo mayor estuvo muy enfermo y culpabilicé al diario y me culpabilicé yo misma. Si no se cura, me dije, es porque yo escribo o por lo que escribo... Así que destruí el diario, y a continuación sentí los inevitables remordimientos por haber eliminado el testimonio que recogía la parte más intensa hasta entonces de mi vida. Traté de explorar otros caminos, tímidamente avistados con anterioridad, algunos cósmicos, otros cómicos, como sustitutos del diario, pero tuve que volver a él, por convicción y por dependencia: estaba y estoy enganchada.

El que comencé en agosto de 1998 es continuación del anterior (aunque sólo hago referencia a aquél en las primeras líneas: «ya estoy otra vez aquí...»). Y a diferencia del adolescente, no se centra en asuntos amorosos, los abarca, pero va más lejos, sin salir nunca del terreno íntimo. Hago muy poca alusión a mis hijos, me imagino que porque desde hace algún tiempo tengo claro que ni ellos son yo ni yo ellos. A veces, en los días más optimistas, aparece mi marido. A mis padres y demás familia ni los nombro.

No rectifico nunca lo escrito, ¿por qué iba a hacerlo? ¿Por pensar que me he equivocado? ¿Y si luego el error estuviera en la corrección? Eso suponiendo que los propios pensamientos y los sentimientos más íntimos sean susceptibles de error, como si de una fórmula matemática se tratase. No, no rectifico. Si cambio de parecer, tengo mucha libreta por delante para anotar de nuevo y añado. Lo que sí me gustaría poder rectificar son las faltas de ortografía, puntuación, defectos de expresión... Además en el comienzo del tercer diario ya figuraba el principio de que si quería escribir, no me detendría en hacerlo bello o comprensible para unos hipotéticos lectores. Nadie ha leído mi diario, ni siquiera una línea, y ése es mi propósito. Tampoco he pensado en su futuro, ni me apetece hacerlo. Lo guardo en un cajón con llave para evitar las tentaciones de los intrusos que no escriben diario, aunque si alguno tuviera oportunidad de leerlo, no creo que entendiera gran cosa. No está escrito en clave, pero como doy tantas cosas por supuestas serían necesarias explicaciones que yo, claro, no voy a dar.

Reconozco que en el diario incurro en el narcisismo que mencionas. No me importa, me puedo permitir ese lujo, ya que el resto del tiempo no puedo mirarme el ombligo: vivo para los demás y escribo para mí. Lo auténticamente narcisista sería justamente lo contrario: vivir para mí y escribir para los demás.

Hace algo más de un mes comencé otro diario (el anterior lo he guardado). No es una continuación de los precedentes y desconozco si se puede llamar diario, aunque lo escriba casi con esa frecuencia. En él mezclo la ficción con la realidad, le doy la misma importancia a lo que imagino que a lo que hago, y me he convertido en mi propio personaje, mezcla también de ambas categorías. Además, aunque el hilo conductor es marcadamente intimista, abordo sin ninguna solemnidad todo lo externo que me rodea. Es que estoy un poco cansada de bucear siempre en mis profundidades, me intereso por otras cosas y me divierto más. También me he dado permiso para rectificar lo escrito y no sólo para añadir.

TERCERA CARTA

La normalidad cotidiana me resulta imprescindible para sobrevivir, pero si quiero ir más lejos y no limitarme a subsistir, la cotidianidad se me queda corta, es más, a veces la contemplo como un timo de extraordinarias proporciones. Por eso, emancipado el espíritu del peso de la realidad, fantasear sobre lo que no ha sido y con toda probabilidad no será, recordar lo ya pasado tal como ocurrió o reconstruyéndolo de nuevo, en un ejercicio de prospección, retrospección o introspección, son algunos de los motivos de mi actual *diario*. Toda esa gimnasia mental es la que ahora ejercito por escrito y a la que me refería en la anterior carta al hablar de ficción. Puedo expresar en el papel acontecimientos que efectivamente me han ocurrido o les han ocurrido a otros y han llegado a mi conocimiento. Puedo expresar emociones, sentimientos o sensaciones propias o incluso ajenas que me han sido reveladas. Pero puedo también jugar con la realidad externa o interna, utilizándola como punto de partida, disimulándola o disfrazándola, extrapolándola o descubriéndola. Quiero decir que el origen o la semilla de mis escritos actuales está en mi experiencia, pero una experiencia que ya no tiene por qué ser contada de manera fidedigna, sino recreada.

Este juego ficticio con lo real siempre me ha provocado, pero nunca pensé que pudiera jugarlo por escrito. Así vuelvo a mi duda más constante y antigua: ¿es la realidad que me rodea la auténtica o es un producto de mi imaginación? Me da la impresión de que cada uno de nosotros crea o inventa mucho más de lo que sospecha, luego, ¿por qué ser tan rigurosos, tan estrictos o tan cuadriculados?

De lo anterior se deduce que me reconozco en la escritura de este peculiar diario, que no es otra cosa que una fantasía de mi vida, y precisamente porque me reconozco, supone para mí un desahogo.

Ahora rectifico para hacer más comprensible lo escrito, más claro y mejor expresado, y si no fuera porque no quiero, al menos de momento, eliminar parte alguna, puede que ya me hubiera desecho de algunas hojas, por su estilo o por su contenido. Yo voy escribiendo a lo bruto y guardando. Quizá algún día me dedique a pulirlo y a pasarlo por el filtro. Todo esto tiene que ver con tu pregunta con respecto a si tengo *pretensiones literarias*. Mi motivación principal es la necesidad de expresarme, de cumplir así con una especie de mandato interior al que me es imposible desobedecer y no la de obtener algún tipo de reconocimiento o beneficio extrínseco. Además, ¿a quién podrían interesarle mis elucubraciones mentales sino a mí misma?

FRAGMENTOS DEL DIARIO

Este fragmento que he transcrito pertenece a lo último escrito en mi diario y trata de un sueño muy próximo a la vigilia. Aunque todo está escrito en tercera persona, se basa en un viaje que hice recientemente a la playa de Aguadulce, en Almería; por el día me pasaba las horas tumbada en una hamaca y por la noche vivía dormida.

Viernes, 3 de julio de 1998

La habitación es muy pequeña, casi portátil; podría confundirse con una madriguera (si bien los que la ocupan, en lo físico no se parecen lo más mínimo a ningún roedor, en lo anímico, cada uno a su manera roe y es roído) si no fuera por la cantidad de *detalles* que advierten que aquel lugar no es más que un hotel de cuatro estrellas (otro tipo de detalles informa que tal cantidad de estrellas no fueron concedidas meritoriamente sino regaladas o compradas). La puerta acristalada, que permite el acceso al mezquino balcón, carece de persiana y aparece cerrada casi a presión. El doble cortinaje, uno para evitar la potente luz del sol y otro para satisfacer las exigencias estéticas, reposa completamente echado, unido en sus dos mitades por varios ganchos del pelo que pretenden impedir que la claridad del amanecer se filtre por las aberturas. Las paredes están forradas de espejos que intentan provocar cierto engaño en la percepción de las dimensiones, pero la completa ausencia de luz impide la pretendida ilusión. Así, la habitación aparece en total oscuridad y silencio, hermética, como un bunker de lujo, entelado y acristalado, incluso como una tumba, excavada bajo tierra, asfixiante e insuperable. Hace ya mucho que el refrigerador fue desconectado y esta atmósfera de aguas estancadas la va aprisionando, en la impresión de que lleva respirando indefinidamente el mismo oxígeno, el mismo enfermo aire.

Duerme pero no descansa. Quiere escapar, sabe que el exterior está cerca y que allí todo es vida; la luna llena reflejará en el mar los rayos con que el sol desde el otro hemisferio la alumbra y que plateados y ondulantes, lo envolverán todo. No puede, sueña historias opresivas que digiere con la pesadez de una mala digestión. Se mueve, da vueltas y más vueltas; por momentos suda y se destapa, para después, aterida y necesitada, cubrirse estirando las costuras del camisón hasta casi romperlas, al fracasar en su intento de atrapar la sábana que hace tan poco empujó hacia el suelo. Pegajosa, sueña sueños pegajosos, abre los ojos y comprende aliviada que nada es verdad. Vuelve a dormirse y vuelve a caer en la trampa.

El hombre que duerme a su lado ha comenzado a rozar su pierna derecha, colocada de lado sobre casi toda la izquierda. Lento, moderado, con precaución, casi sin tocar, le siente, desde el tobillo hasta la cadera, incidiendo en el muslo; el pie queda intacto, para él los pies no existen y ella que ha intentado aguantar, no puede evitar la contracción y el estiramiento de sus miembros en una especie de repeluzno.

—¿Qué buscas? —cree decir, aunque de sus labios no sale palabra alguna...

30. Hombre, profesor universitario, 38 años

PRIMERA CARTA

Me ha llegado por correo electrónico un texto con las conclusiones de tu estudio sobre los diarios. No sé de dónde lo sacó mi hermana, pero ella me conoce bien y sabe que llevo diario. No creo que mi caso sea muy representativo, pero quizá los casos *extraños* puedan también dar luz a tu estudio. Yo empecé mi diario el 15 de Noviembre de 1983 (hace ahora casi 16 años), y desde entonces no lo he dejado de hacer ni un sólo día. Hace años tenía la costumbre de escribirlo por la noche antes de acostarme, pero como consecuencia de una serie de cambios drásticos en mi vida perdí la disciplina horaria y ahora lo escribo cuando puedo: a mediodía, por la noche, a veces incluso tres días después, teniendo entonces que *recuperar* muchas vivencias.

Mi diario es principalmente es un diario de actividades, siendo pocos los comentarios subjetivos que me permito. De lo contrario me costaría más tiempo y esfuerzo escribirlo y terminaría por no hacerlo. Me ocupa alrededor de medio folio con letra pequeña cada día, y hoy tengo más de 2000 páginas de tamaño folio guardadas en unos archivadores. Salvo quince días que perdí en un avión, el resto de esos 16 años de mi vida *está* en esos papeles. Aunque no suelo releerlo a menudo —más que releerlo, en todo caso lo consulto—, el saber que existe me proporciona la siguiente sensación: el futuro aún no ha llegado y el pasado se esfumó y ya no existe;

el presente mientras lo vivimos es nuestro, pero dura un instante. Yo en cambio dispongo de 16 años. Pertenezco, por tanto, al grupo de diaristas, según tu estudio, que escriben un diario porque desean guardar memoria de lo vivido.

Mi diario es íntimo y personal. Jamás se lo muestro a nadie, y pretendo que nadie lo lea, aunque tampoco lo cierro bajo llave. Simplemente procuro confiar en el respeto de los que me rodean, que saben de sobra que no me gusta que el diario se lea. Me tranquiliza un poco saber que no es fácil ni entretenido encontrar lo que quisieran buscar entre tantos folios y tantas palabras. Sin embargo, es cierto que el diario me ha ocasionado problemas. No siempre se me ha entendido este recinto de privacidad y no siempre se ha respetado. Incluso se ha interpretado mal y ha sido el origen de disgustos y decepciones. Si tengo la suerte de recibir el anuncio de mi muerte, lo destruiré antes de morir. Si no, espero que lo hagan los que me conocen.

Pero lo más curioso de mi caso es que estoy convencido de que la costumbre de escribir el diario me ha disminuido la memoria. O mejor dicho me la ha maleducado. Tengo buena memoria de las cosas de mi vida hasta que las escribo, y después de escribirlas se me olvidan casi todas. Es como si los recuerdos se deslizaran por la tinta del bolígrafo hacia el papel. Entiendo que esto debe ser como el que no ejercita un músculo de su cuerpo. Lo cierto es que muy a menudo no recuerdo lo que otros recuerdan, dando a veces la sensación de que no pongo entusiasmo en las cosas, lo que no es cierto.

Este efecto sobre la memoria ha convertido mi diario en algo aún más imprescindible, hasta el punto que para mí sería impensable dejar de escribirlo. Se ha convertido en parte de mi vida, y estoy seguro de que continuaré escribiéndolo siempre, incluso a pesar de los conflictos que pueda ocasionarme, pues ahora, además de las razones que me impulsaron a empezarlo, complementa mis carencias de memoria.

No conozco a nadie que haga un diario como el mío, ni mucho menos a nadie a quien el diario se le haya hecho tan imprescindible como a mí. Espero que tú me puedas ayudar a comprender si soy un bicho tan raro, y las implicaciones que esto pueda tener en la personalidad.

SEGUNDA CARTA

Yo creo que escribir un diario es un ejercicio de aprendizaje en que, entre otras muchas destrezas como la redacción, la ortografía, la capacidad de síntesis, la capacidad de reflexión, etc., se aprende a ser sincero. En general confío más de la sinceridad de un diarista que de uno que no lo sea. Tengo varias razones para afirmar esto: 1) No merece la pena el esfuerzo de escribir si no es para contar la

verdad. 2) Como herramienta de retención del pasado no sirve si el diario no es sincero. 3) El diarista indaga más en sus experiencias y sentimientos, con mayor probabilidad de encontrarles una interpretación certera. 4) A fuerza de escribir lo *indigno* se pierde el respeto a ciertas palabras o frases escabrosas. En resumen, creo que casi todos los diaristas defenderían con la misma pasión con que lo hace una de las encuestadas: «Nunca he mentido al diario. Nunca».

No creo sin embargo que el que escribe un diario sea necesariamente más abierto a exponer sus asuntos, pero pienso que, si lo hace, su diagnóstico quizá sea más fiable e incluso puede que más honesto. Por todo esto dudo que la escritura de un diario pueda servir para la *invención* de un yo, tal como señalas en el trabajo que me has remitido. Si acaso cabría hablar de reafirmación.

Por otra parte, estoy de acuerdo contigo que el diario puede generar un cierto espíritu crítico, que puede incluso a llevar a destruir alguna parte del diario que sea dolorosa o vergonzante. Este espíritu crítico más bien contradice el presunto carácter narcisista de los diaristas. Además supongo que para entender a los demás antes uno tiene que entenderse a sí mismo, ¿no?

En cualquier caso creo que no es lo mismo hacer el diario de adulto que de adolescente. Pienso que éste puede tener motivaciones diferentes a las de aquél, como puede ser definir unos sentimientos muchas veces difusos o encontrar un interlocutor o un amigo que no tiene en la realidad. Lógicamente, yo no me identifico con esos motivos, y por el contrario encuentro en mi diario otras razones: la necesidad de amarrar experiencias vividas (como ya comenté en mi anterior carta) y ordenar las ideas.

Por último, te comento un par de particularidades de mi diario. Una es la total regularidad en la frecuencia de las entradas y en la extensión de lo anotado. No sé si esta autodisciplina será propia también de una tipología de diario de adultos (también de adolescente hice yo diarios de formato y frecuencia sujetos a la motivación del instante) o ¿soy una excepción? Es como si el placer del diario lo encontrase en el hecho de que quede escrito, que el propio acto de escribirlo. La otra peculiaridad ya la mencioné: igual opino que el diario puede ser una escuela para muchas valiosas facultades como también puede ser un vicio para otras, como la memoria.

Termino con una pregunta a la que no encuentro respuesta. ¿A qué se puede deber esa aplastante mayoría de mujeres diaristas? ¿Es que son más reflexivas, más introvertidas, más narcisistas, más qué...?

TERCERA CARTA

Tus preguntas sobre mi forma de llevar diario y, sobre todo, tu propuesta de transcribirte algunos pasajes me han dejado preocupado un par de días, pero finalmente me he puesto a revisar algunas partes que generalmente nunca reviso.

Comencé a llevar diario a los 22 años (Noviembre del 1983) en una época en la que acababa de entrar en un departamento de la Universidad a hacer el Proyecto Fin de Carrera. Fue una etapa en la que mis actividades empezaron a aumentar y a diversificarse, en la que mi vida dejó de consistir en estudiar, ir a clase y divertirme. Empecé a tener reuniones, entrevistas, viajes, nuevas amistades y poco tiempo para asimilar mi propia vida. Quizá esto me impulsó a escribir todo lo que hacía en una especie de agenda o de cuaderno de bitácora. Pero no creo que pueda considerarse una mera agenda laboral. El carácter íntimo del diario se debe a que ahí lo escribo todo, me guste o no, me arrepienta de ello o me encuentre satisfecho, escandalice a los demás o no. Es precisamente la costumbre o norma de no mostrarlo a nadie lo que me garantiza la predisposición a la sinceridad, y ésta me estimula a seguir escribiéndolo, pues de poco valdría el esfuerzo si releyendo pasajes remotos dudase de la veracidad de su contenido. Sólo una vez envié una fotocopia de un folio para recordarle a una amiga un día lejano de desencuentro. Esta vez es la primera que transcribo fragmentos, y no deja de sorprenderme de lo mal que quedan así fuera de contexto.

Lo que he hecho en ocasiones es leer yo mismo ante alguien un pasaje vivido en común. Sólo los que me conocen mucho saben que cualquier contacto conmigo acaba reflejado en un papel, y alguna vez me han mostrado su disgusto por semejante *fiscalización*.

Para mantener la privacidad de mi diario decidí no esconderlo bajo llave, pues pensé que eso podía despertar más recelo. Simplemente he confiado en las personas con las que he vivido. El diario en realidad se esconde solo, pues es muy extenso, aburrido de manejar y difícil de interpretar para el que no conoce su orden, sus abreviaturas y sus pequeñas claves. No obstante, a lo largo de mi vida he tenido situaciones de desconfianza, de celos o de simple curiosidad, y no sé realmente cuántas veces habrá rebuscado alguien algo entre sus folios, creyendo encontrar lo que de verdad nunca sucedió. Esto me ocurrió una vez, y no tuve más remedio que explicar el significado de ciertas abreviaturas para disipar las infundadas sospechas.

Como verás organizo el diario por fechas y días de la semana y a veces también señalo la hora. No relajo la memoria hasta que no actualizo el diario, aunque llegue a tener varios días de retraso. Si pasan dos días me cuesta el doble escribirlo, pero al

final sale todo. Trato de llevarlo al día para perder menos tiempo en recordar. Un amigo muy socarrón me acusó de vivir para escribir las vivencias en el diario, pero lo cierto es casi lo contrario. Aprecio tanto la vida que quisiera vivir al mismo tiempo el presente y el pasado, y como eso no es posible, pues al menos guardo escrito el pasado antes de olvidarlo. No conozco la experiencia de faltar a la cita con el diario, pero sí el disgusto de perder en el asiento de un avión un par de semanas, que además correspondían a un bello viaje por Venezuela y Colombia. Removí todas las oficinas de Iberia durante un día entero. No tuve más remedio que tratar de restituirlo parcialmente con un álbum de fotos. Creo que ahora sería capaz de rememorar mejor ese viaje que algunas experiencias, algunas mucho más recientes, como si mi memoria selectiva hubiera reservado un hueco para compensar esa laguna del diario.

El caso es que mi diario es muy poco interesante de leer: no es un texto redactado literariamente ni apenas refleja sentimientos o emociones. Es más bien un diario de actividades. He buscado algún día que fuese al mismo tiempo representativo de mi diario (y por tanto de mi vida), que no fuese demasiado engorroso por estar lleno de actividades específicas de mi trabajo, pues no se entenderían apenas, y que tuviera al menos algún toque curioso. Pero la solución perfecta no existe: si el día escogido es divertido entonces no refleja la cotidianidad y si la refleja, es aburridísimo.

Por otra parte, no tengo más remedio que esbozar una mínima autobiografía, que haga más comprensible las entradas transcritas. En los últimos cinco años cambié de ciudad, de trabajo, me casé para más tarde separarme. En estos momentos vivo sólo, y no me resulta agradable revisar el diario de estos últimos años. El tiempo lo cura todo, y así ha sido, por ejemplo, con otras relaciones anteriores que también terminaron, como espero que ocurra con ésta más reciente. Los fragmentos transcritos corresponden a una etapa anterior en la que vivía en otra ciudad con otra mujer, y tenía otro trabajo.

FRAGMENTOS DEL DIARIO

10 de Enero de 1986, Viernes
9.40. Me despierto.

10.30. CMT: Enseñar a Corberán el programa *Taqué*. Hacer comprobaciones. Terminar carta solicitando publicar en *Automecánica*. Recoger Proyecto Fin de Carrera de Costa del despacho de Cuadrado.

14.15. Casa. Escribo a José Justo.

15.10. Comer en el bar de la Facultad de Filosofía con Paco. Leer *El País*.

16.15. CMT: Telefoneo a Costa. Busco información sobre Distribución variable y motores de carrera variable para la publicación de *Automecánica*. Clase de doctorado: Dispersión atmosférica de contaminantes (V. Espert).

19.45. Casa. Preparar viaje a Castellón. Jugar al ajedrez con Leopoldo, pero no nos da tiempo de terminar.

Viaje a Castellón (R-14) con padres, Paco y Leopoldo.

Castellón: Cenamos en casa, mientras vemos la película *Felix Krull*.

Catedral: El director de la Coral, el cura Juan Antonio, nos hace una prueba de oído a Luchi y a mí, para ver si podemos ingresar. Luego nos incorporamos al ensayo. Allí están Elvira y Rafa. Nos presentan al resto.

0.00. Ke, con Luchi, Carlos, Mariano, JaviM, JaviG, Carmina, Eva, Vega, Carmen, Nino, etc., me despido de Eva, que se va a Inglaterra mañana. Invito a una copa con motivo de mi primer sueldo, pero César, que está de camarero, me hace una gran rebaja.

2.00. Cerveza en la tasca junto a Barros con Luchi. Charlamos.

Nos vamos Luchi y yo a Camatú, donde nos encontramos a los mismos de antes, incluida Eva, de la que me vuelvo a despedir.

Portal de casa de Luchi. Charlamos un buen rato, y me vuelvo a casa.

4.50. Dormir.

7 de Febrero de 1988, Domingo
9.30. Me despierto. Luchi sigue durmiendo. Fregar, barrer y más fregar.

11.30. Me acuesto de nuevo pues me encuentro mal. Vomito cuatro veces.

Luchi se despierta y me atiende. Sigo en la cama. Ella me compra algo en una farmacia de guardia.

18.00. Me levanto, ya mejor. Leer: *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* Aparece Mesié, le saludo, y se va enseguida. Telefonea mamá.

Hacer la cena y cenar con Luchi. Nos mosqueamos por detalles.

¿Qué es esa cosa llamada ciencia?

22.30. Dormir a su lado, sin rozarla.

31. Mujer, 29 años

PRIMERA CARTA

He podido leer el texto en el que resume los datos de su estudio sobre la práctica de escribir un diario. Me ha parecido muy interesante y también sorprendente que una literatura tan *amateur* y tan olvidada haya, por fin, suscitado el interés suficiente como para realizar un estudio. Yo también escribo un diario y me gustaría poder ayudarle en su labor.

A los 9 o 10 años ya quería escribir un diario, pero no sabía cómo hacerlo, creí que un diario era una enumeración de aquello que uno había hecho durante el día: «Me he levantado a las ocho, he desayunado, a las nueve he cogido el autobús...». Esto no era lo que yo quería hacer, pero tampoco tenía ni la menor idea de qué es lo que quería. A los 13 años cayó en mis manos el *Diario* de Ana Frank y entonces comprendí qué era lo que yo quería hacer: volcar mis sentimientos y mis ideas en el papel, así que allí comenzó la aventura. Copié la idea del amigo imaginario, porque a esa edad se necesita a alguien en quien confiar ciegamente y que te escuche sin sermonearte, y es muy difícil encontrarlo. Estas cartas a alguien imaginario duraron hasta los 16 o 17, aunque al final era más por rutina que por una verdadera necesidad de darle algo real al destinatario de aquellas páginas.

Mis primeros cuadernos fueron escritos entre los 13 y los 21 años. Dejé de escribir porque yo disfrutaba no sólo contando mis cosas, sino también con el hecho físico de escribir y de repente, a los 21 años mi letra empezó a deformarse hasta que finalmente perdí el control de mis manos y apenas podía coger la pluma; no sabía qué me ocurría, lo único que sabía era que no quería ver aquellos garabatos, así que dejé de escribir. A los 27 años se desveló el misterio: padecía una enfermedad degenerativa del sistema nervioso. Cuando digerí aquello me volvieron unas ganas horribles de volver a escribir y, aunque no es lo mismo, ahora llevo mi diario en el ordenador.

Creo que todos los que escribimos un diario empezamos haciéndolo para no volvernos locos. Como Ud. mismo ha comprobado en su estudio, generalmente se empieza a escribir un diario en la adolescencia: uno no puede decirle a nadie que está perdido porque debe aparentar seguridad. Soportar esta situación con una falta de experiencia absoluta es algo muy difícil, así que hay que desahogarse de forma que nadie llegue a conocer nuestra debilidad. No hay que olvidar la timidez, que a algunos nos acompaña más allá de la adolescencia. Otro motivo fundamental es la sensación de que no hay nadie en todo el mundo que vaya a ser capaz de entender aquello que se está sintiendo. Esto se va superando poco a poco, aunque nunca totalmente.

Luego se añaden otros motivos: el recuerdo y la reflexión. Para mí este aspecto es muy importante, escribir sobre una situación vivida y las sensaciones y sentimientos que provoca y la posibilidad de leerlo posteriormente con calma, permite reflexionar sobre asuntos que a veces parece que se nos escapan de las manos. A mí incluso se me ha pasado algún enfado mientras escribía sobre él y antes de llegar a contar el final me he dicho: pero, bueno, si esto es una tontería.

Los temas eran el colegio, los compañeros, los profesores. Después el instituto, lo que aprendía, mis ilusiones para el futuro. Lo mismo cuando llegué a la facultad, de la insatisfacción de no aprender tanto como deseaba, los viajes interminables en los transportes públicos de casa a la facultad y vuelta. El dolor y la angustia cuando tuve la depresión, el ciclismo, los horrores de las guerras y las gentes que veía sufrir en los telediarios, la familia, los amigos. Y por supuesto el amor: el amor platónico, el no correspondido, el no deseado, el correspondido y deseado, el aplazado, el que se mantiene en la distancia. Luego la enfermedad que iba destrozando mi sistema nervioso. A causa de ésta, como ya he dicho, volví a escribir sobre todo aquello que me producía un sentimiento bueno o malo, sobre las experiencias y hechos que deseaba recordar y sobre aquellas cosas que necesitan una reflexión tranquila.

La frecuencia es muy imprecisa y depende de muchos factores: de que pase algo o no, de que, aunque pase, una desee escribir sobre ello, de que a una le duela la cabeza. Hay épocas en las que sencillamente no apetece escribir y otras en las que apetece muchísimo, pero quizás entonces no hay nada que anotar.

Nunca se me pasó por la cabeza enseñarle a alguien mi diario de forma voluntaria, sin embargo, sabía que siempre estaba ahí el peligro de que alguien lo leyera y eso me cohibía a la hora de hablar de ciertas cosas: hablaba de amor, pero nunca de sexo. Eso también evoluciona y llega un momento en que quedan pocos tabúes o ya no se les da importancia. Estoy casi segura de que mi madre leyó mi diario, no sé decir por qué, pero creo que lo hizo, en cualquier caso, yo no quise averiguarlo, porque lo que sé es que si lo leyó fue como medida de precaución: un adolescente que escribe un diario y no habla con nadie es una fuente potencial de problemas. Como yo sabía que las cosas que yo escribía no iban a preocupar a mi madre, ni mucho menos a interesarle, creía que lo mejor era no saber. Lo cierto es que nunca fui muy cuidadosa en ese sentido porque no me sentía amenazada. Sabía que ni mis hermanos ni mi padre se molestarían jamás en acercarse hasta mi mesa de estudio, donde reposaba el cuaderno de espiral que yo usaba como diario sin candado ni ninguna otra protección. En cuanto a mi madre sabía que dejaría de preocuparse por el asunto en cuanto supiera que no me drogaba, que no planeaba fugarme de casa...

Cuando llegó mi novio y supo que escribía un diario, me dio tanto la lata que, al final, tuve que enseñárselo. Entonces yo ya tenía 21 años, pero enseñarle el diario me causaba muchísima más inseguridad que quedarme desnuda delante de él o en medio de la calle. Finalmente, se lo enseñé, porque estaba segura (y no me equivoqué) de que era el hombre con el que iba a pasar el resto de mis días. Por supuesto no pude evitar la expurgación y me deshice de los dos primeros cuadernos, porque mis 13 y 14 años me parecían una puerilidad tan bochornosa que ni siquiera me atrevía a enseñármelos a mí misma. Hoy estoy muy arrepentida y me gustaría poder leer aquellos cuadernos. Quizá si no me hubiera sentido tan presionada, los hubiera guardado sabiendo que llegaría el día en que aquellas líneas no me producirían tanto pudor, pero en aquel momento la única salida era el cubo de la basura. Actualmente él tiene pleno acceso al archivo de mi diario e incluso lo utilizo para mandarle algún mensaje.

Cuando comencé a escribir mi diario estaba convencida de que era un acto infantil, producto de la inseguridad, de la soledad, y que llegaría un día en que tendría que dejar aquello, porque si no lo hacía significaría que me había quedado estancada y no había sido capaz de crecer. Con el tiempo me di cuenta de que precisamente escribir ayuda mucho a crecer, de que nunca se deja de estar un poquito solo, de que hay cosas que no se pueden decir y de que en cualquier caso escribir es una delicia. Supongo que hay muchos escritores que empezaron con un modesto diario.

Como ya dije antes para mí escribir un diario es también el hecho físico de garabatear el papel en blanco. Siempre escogí cuidadosamente el cuaderno en el que iba a llevar el diario. Cada año, el 1 de enero, empezaba un nuevo cuaderno (también tiene algo de ritual esta repetición) de espiral, hojas cuadriculadas, sin satinar. El dibujo de las tapas también era importante. Cuando crecí me hice adepta a las plumas. Ahora el ordenador me parece bastante frío en este sentido. Son mis ideas, pero no es mi letra y, bajo mi punto de vista, eso era un todo. Lo único bueno es que permite escribir más rápido que la pluma, más al ritmo de mis pensamientos, pero eso no sé si es una mejora.

SEGUNDA CARTA

En primer lugar supongo que debo precisar algunos datos para que se me pueda ubicar: tengo 29 años, nací en Madrid y los primeros 22 años de mi vida los pasé en Alcorcón, ciudad-dormitorio de la zona sur de Madrid. Soy licenciada en Filología Hispánica, rama de Lingüística (y ésta era mi vocación, no recalé en Filología de rebote). Actualmente vivo en Lugo.

Como ya dije en mi anterior carta, comencé a escribir mi diario con regularidad entre los doce y los trece años, porque antes de esa época sabía que quería escribir, es decir, sentía la necesidad de escribir, pero no sabía exactamente cómo hacerlo; soy la mayor de mis hermanos, así que nunca he tenido el ejemplo de una hermana mayor y cuando me regalaron el típico cuaderno *Mi Diario,* hacía ya varios años que escribía, así que fue el *Diario* de Ana Frank el que me hizo ver algo que yo únicamente sentía de forma intuitiva pero no conseguía concretar. Antes de esa edad escribí de forma irregular, pero mis intenciones eran *formales,* porque siempre lo intenté en cuadernos, nunca en hojas sueltas. No recuerdo exactamente, pero no creo que ninguno de esos intentos (fueron varios) llegara más allá del mes. No conservo nada de aquellos conatos de diario, nunca los conservé, ni siquiera los consideré parte de mi diario, sólo meros ensayos.

En cuanto a la influencia de Ana Frank, aparte del estilo epistolar, supongo que, inevitablemente, hubo momentos en que influyó, pues para mí fue una revelación y un alivio saber que todos aquellos problemas que me desbordaban y que generalmente yo no controlaba no eran algo raro y espantoso que me pasaba sólo a mí, sino que millones de adolescentes estaban pasando los mismos apuros. Lo que recuerdo es que algún día de esos que me apetecía mucho escribir y no sabía de qué hablar tomaba temas que pueden encontrarse en el *Diario,* como la rutina de la comida, los horarios de clase, comentarios sobre los profesores... En cualquier caso creo que, aunque nunca hubiera leído a Ana Frank, mi diario hubiera salido adelante. Recuerdo que en mi último curso de EGB estaba de moda entre las niñas escribir un diario, pero era algo como otro juego o moda más, las niñas comentaban sus diarios en los recreos y mostraban las llaves que llevaban colgadas al cuello. Sin embargo, yo no entendía todo eso. Creo que ni siquiera mencioné que escribía un diario y es que sentía la necesidad de escribir, no sólo por el hecho de hablar de mí misma, de tener un amigo perfecto, sino también por el mero hecho de escribir.

En cuanto a la extensión conservo 5 cuadernos de espiral de tamaño folio: dos correspondientes al año 1987, uno a 1988 y dos a 1989, además tengo algunas hojas sueltas (20 aproximadamente) correspondientes a 1988 y 1989. Durante los años 1990, 1991 y 1992 escribí en hojas sueltas, no creo que haya más de cincuenta entre todas. Tenía otros cuadernos correspondientes a 1984, 1985 y 1986, pero, como escribí ya en la otra carta, me deshice de ellos para no tener que enseñarlos a mi novio. En aquel momento me parecía que en esa época era una niña tan ridícula que no podía enterarse nadie. Una pena, porque ahora sé que ese pudor ya ha desaparecido y me gustaría poder volver a leer aquellos cuadernos. Antes

de esto, mi primer cuaderno fue uno pequeño cuadriculado, de tamaño cuartilla con tapas verdes de cartulina blanda, del que me deshice dos o tres años después por el mismo motivo. Me producía tanto pudor leerlo que lo tiré, no por temor a que alguien lo leyera, sino porque me hacía sentir avergonzada al leerlo yo misma.

Durante un periodo de cuatro años no escribí, no me sucedieron cosas muy agradables, así que no tenía ningún interés en escribirlas. Por otro lado, a veces estaba tan confusa que echaba de menos el consuelo de las páginas de mi diario, pero no podía escribir. Me refiero al hecho físico. Mis manos no respondían a las órdenes de mi cerebro, así que, aunque alguna vez lo intenté, no podía soportar aquellos garabatos, que acababan directamente en la basura.

Retomé mi diario en 1997. Hacia finales de año, una vez que me diagnosticaron la Ataxia de Friedrich, sentí la necesidad de escribir para llevar cuenta detallada de todo lo que me pasara, de hecho incluía fotocopias de informes y pruebas médicas. Comencé escribiendo a máquina (para entonces ya no podía siquiera coger el bolígrafo), hasta que el año pasado compramos el ordenador. Desde entonces hasta hoy habré escrito unas setenta páginas. Hay que tener en cuenta que he pasado periodos de hasta un mes seguido sin poder levantarme de la cama, y eso me ha privado de escribir más.

Sin duda, mi enfermedad fue lo que me impulsó a volver a escribir, hubo un momento que era de lo único que hablaba, porque era lo único que me pasaba, pero, gracias a Dios, ahora todo es diferente y el tono de mi diario ha cambiado. Los médicos me dijeron que no sólo no me curaría, sino que mi estado iría degenerando. Nunca pude asumirlo, así que buscamos alternativas y hoy lavo los platos, tiendo, plancho, acarreo ciertos pesos, bordo a punto de cruz y ¡estoy recuperando mi letra! Aunque aún vivo muy limitada, mi enfermedad no es el tema central de lo que escribo, un párrafo entre otros suele ser lo normal, aunque a veces es imposible no hacer referencia, porque una enfermedad como esta condiciona toda una vida y cualquier acción o sentimiento está inevitablemente influenciado.

El ordenador, bueno, supongo que es un mal menor o una ayuda mayor. Antes, cuando podía escribir, alguna vez había incluido ocasionalmente algo escrito a máquina, pero para mí la relación con el diario incluye emborronar las páginas con las propias manos. Además se da la incomodidad de que para escribir hay que estar sentada, mientras que un cuaderno se lleva en cualquier parte. Muchas cosas se me pasan por la cabeza cuando ya estoy en la cama y al día siguiente las he olvidado. Así que creo que el uso del ordenador hace que muchas veces no escriba por la pereza de venir a encenderlo, buscar el archivo... Imprimo las páginas, leer

en la pantalla me parece irreal, es como si mis escritos no existieran hasta que no están en mis manos. No escribo tanto como cuando adolescente, en que escribía casi a diario, a veces sólo una vez al mes por la pereza de encender el ordenador. Con el ordenador, a veces inserto dibujos, antes cuando escribía a mano guardaba fotos, artículos de periódico, alguna flor seca, este tipo de cosas. No había leído mis diarios desde hace al menos tres años en que los bajé al trastero, pero los he consultado para estar segura de lo que contestaba, y me resultó curioso ver que un día había escrito en una servilleta de papel, otro en el reverso de unas fotocopias de la asignatura de latín, otra en la cabecera de un periódico y otro, en que debí verme apurada, en papel higiénico. Esto no lo permite el ordenador, pues, cuando la necesidad es apremiante, hay que esperar.

No escondo el diario. Bueno, mi novio, el pesado, el que me volvió loca hasta que consiguió mi diario, es hoy mi marido y vivimos solos, así que no hay nadie más de quien esconderlo. Sé que esto parece extraño, pero es que todo es bastante inhabitual en nuestra vida: vivimos aquí solos con la familia más cercana a más de 100 kms. Hemos pasado por situaciones (pasamos hoy día) que requieren de una confianza total para poder salir adelante. Cuando estoy muy mal él es la única persona que veo a veces durante más de un mes, no sé qué podría ocultarle. Hay veces que está cansado u ocupado y yo necesito hablar de algo, así que voy y lo escribo, pero cuando puede atenderme se lo cuento, así que no tiene necesidad de venir a leerlo. Mi vida depende tanto de él que en determinados momentos pienso que es casi lo mismo. Puede que fuera diferente si yo tuviera más independencia, si estuviera sana, pero tampoco estoy segura.

Con respecto a la frase *hay cosas que no se pueden decir,* desde luego no pensaba en mi marido, pero realmente creo que a veces, por distintos motivos, no podemos decir a algunas personas todo lo que pensamos o sentimos.

No había pensado en la correspondencia con los amigos o la familia como parte del diario, pero al leer que algunos diaristas la integran en el suyo, caí en la cuenta de que siempre guardé las cartas de mi amiga de la adolescencia, que aún las conservo y que algunas veces comentaba en mi diario. Siempre conservaba la copia en sucio de las cartas que yo le enviaba, pero cuando me vine a vivir aquí se perdieron y bien que lo siento. Únicamente conservo la fotocopia de una de aquellas cartas. ¡Lástima! Ahora me escribo habitualmente con una chica que conocí en el hospital y guardo las copias en el ordenador, también cuando ocasionalmente escribo a mi madre o a mi hermana y, por supuesto, esto que estoy escribiendo ahora. Lo que ocurre es que no consigo verlo como parte de mi diario, sino más bien como un anexo.

En cuanto a transcribir algún fragmento de mi diario, no es algo que me haga mucha ilusión (a mi marido no le gusta nada) porque me parece que la lectura de sólo unos fragmentos puede dar ideas equivocadas, por ejemplo pensar que cierto asunto se toca más que otro, pero claro, hay cosas tan personales que no las voy a airear. Como dice mi marido: «para eso ve a la tele».

FRAGMENTOS DEL DIARIO

Jueves, 9 de septiembre de 1999
He empezado a meter los libros en la base de datos. Bueno, no es nada nuevo, pasé mi adolescencia haciendo fichas bibliográficas de todos los libros que me compraba. Entre el martes y el miércoles he metido 116 ¡Dios mío para qué quiero tantos libros! Yo adoraba mis libros, eran lo más preciado que tenía, me horrorizó el incendio de la biblioteca en *El nombre de la rosa,* sufría al menos tanto como Guillermo de Baskerville, ¡qué demonios! ¡Yo quería ser como Guillermo de Baskerville! Ahora no sé qué es lo que quiero y tengo unas tentaciones tremendas de deshacerme de los libros, bueno, quizás no de todos ... Algunos me molestan muchísimo y si no los regalo, los vendo o los tiro es porque temo arrepentirme.

Ayer, cuando los cogía en mis manos para tomar los datos, cada uno me recordaba un momento de mi pasado, de cuando era una persona autónoma, salía sola a la calle, tenía aspiraciones, esperanzas, cuando iba a la Facultad; los libros de latín todavía conservan el mismo olor que en 1989, el olor de mi bolso, el autobús, el METRO y la calle. Entonces no soportaba ese olor, ahora añoro aquellos días, aunque sé que fueron horribles, sufrí tanto que entonces no podía concebir un sufrimiento mayor. Ahora sé que siempre puede sufrirse un poco más.

Quizá yo misma crea que lo que más echo de menos es salir sola a la calle y todo lo que eso implica, pero creo que lo más me gustaría es volver a sentirme fuerte, a confiar en mí misma, a no verme como una niña pequeña que siempre va a ser pequeña.

Lunes, 15 de noviembre de 1999
Cuando volví a escribir lo hice porque sentía la necesidad de contar lo que le estaba pasando a mi cuerpo. Hubo un tiempo en que no pensaba en otra cosa, era el único tema de conversación: médicos, síntomas, sillas de ruedas, horrores... Pronto se me pasaron las ganas de escribir de eso, y poco a poco también dejó de ser el único pensamiento que cabía en mi cerebro.

¿Olvidaré lo que he mejorado? En 1998 no podía coger un bolígrafo, mi cerebro no sabía mandar las órdenes precisas para que mi mano derecha hiciera

los movimientos automáticos necesarios para tomar un bolígrafo. Desde el año pasado bordo y ahora estoy empezando a recuperar algunos movimientos automáticos cuando escribo. Mis piernas han mejorado muchísimo: hace dos años sólo podía sentir dolor y agarrotamiento. Han desaparecido totalmente de mis muslos y parcialmente de las pantorrillas. La tirantez en las corvas aparece sólo cuando estoy mucho rato de pie. En los últimos meses la elasticidad de mis piernas ha mejorado otro poco, que unido a lo que ya había conseguido resulta maravilloso; a veces doy un paso perfecto. Mis manos han mejorado también otro poco. Recuerdo cuando estaban acorchadas, la piel me tiraba como si se me hubiera quedado pequeña y me costaba mucho estirar los dedos, sobre todo los de la mano izquierda. En el verano de 1997 el brazo izquierdo estaba completamente dormido.

Desde luego cualquier cosa vale para que todas estas mejoras se enturbien: no dormir, estar nerviosa, ¡tener la regla! Mi sistema reproductor me hace la vida insoportable. Cualquier cosa hace que todo lo bueno empequeñezca.

Las mejoras son siempre lentas y muy suaves, a veces pasan días hasta que me doy cuenta de ellas, pero van llegando y eso es lo importante.

32. Mujer, profesora, 31 años

PRIMERA CARTA

Te escribo estas notas en relación con el artículo que publicaste en el último número de la revista *Lateral,* en el que solicitabas colaboración de quienes mantuvieran entre sus ocupaciones la escritura más o menos regular de un diario personal. Éste es precisamente mi caso, y puesto que mi diario tiene —probablemente de manera injustificada— un peso más que considerable para mí, y puesto que me interesa el género como explotación pseudo-literaria de las experiencias personales, me ha parecido una buena idea ofrecerte mi cooperación.

Desconozco el tipo de información que deseas y la perspectiva desde la que pretendes explorar el terreno. Ciertamente, sin ningún tipo de premisa ni intercambio de impresiones previo, es difícil extenderse sobre algo tan íntimo como un diario. A modo de presentación, puedo decirte que mi afición nació, como suele ocurrir, en la adolescencia, y que, aunque mantuve la escritura con regularidad durante un período de 3 o 4 años, no fue hasta aproximadamente 10 años después, mediada la veintena, cuando la escritura se convirtió en una actividad seria, autoimpuesta, exigente.

La escritura, y a la vez la relectura, de los registros que se van acumulando ha ido con el tiempo adquiriendo relevancia, tanta que me resulta inconcebible imaginar mi vida sin este tipo de plasmación verbal (¿es el entusiasmo de esta declaración suficientemente revelador para que puedas intuir mi edad?). Sin embargo, a menudo me sobrevienen períodos de abstinencia total, que alternan con otros de escritura efervescente, casi compulsiva, reflejando inevitablemente mis estados de ánimo. Es por esta razón por lo que no puedo afirmar que sea una escritora regular y por lo que no estoy segura si encajo dentro de la casuística que pretendes estudiar.

SEGUNDA CARTA

Empecé mi primer diario a los 12 años. Fue un regalo de cumpleaños de mi madre después de que se lo pidiera insistentemente. Para ser enteramente sincera, fue la lectura del *Diario* de Ana Frank lo que me hizo dar el paso definitivo, junto a mis tendencias introspectivas y mi gusto por la escritura. Incluso me apropié de la forma epistolar de los registros de la Frank. Así, yo también escribía a una destinataria hipotética, a quien denominaba Olga, nombre que no pude haber elegido al azar, ya que así se llama una de mis hermanas. Pero en fin, si este hecho tiene alguna relevancia, sospecho que el lugar idóneo para indagarla tal vez fuera el diván del psicoanalista.

¿Cuál puede ser el contenido de un diario íntimo de una niña de 12 años? ¿Cuáles las motivaciones para la escritura regular? He dicho que soy una persona tímida e introspectiva, circunstancias que me han procurado no pocos problemas y dificultades. La adolescencia no fue una excepción; ni siquiera la infancia. La soledad ha sido mi compañera de viaje más fiel. La soledad negra e imbatible. La primera vía de escape la encontré en la lectura. La segunda, imagino que en la escritura. En el pequeño refugio que representaba la soledad física de mi habitación —mi familia tenía una posición social suficiente para permitirse el lujo de ofrecer a la primogénita habitación individual—, en que la negra e imbatible soledad estaba en consonancia con la soledad exterior, me vaciaba de tensiones, frustraciones, complejos e insatisfacciones. No es de extrañar que inventara una destinataria a mis cuitas: mi diario se convirtió en el único sistema de *comunicación* satisfactorio, sincero, no-vicario, de que disponía, sustituyendo así un posible destinatario no virtual.

De mis palabras parece desprenderse un reproche hacia mi propia actitud. Sin embargo, no es así. No creo que mis dificultades de relación social sean consecuencia de mi *obsesión* por la escritura íntima, sino, como ya he dicho, que fue mi dificultad personal la que me empujó a iniciar una práctica que, en su primera

etapa, duró cuatro años y medio. Escribía en cuadernos comercializados como *Mi diario,* que mi madre me suministraba puntualmente, con un motivo cualquiera, a la primera noticia de que uno nuevo era necesario. Durante esos años raramente releía lo escrito anteriormente, a menos que no fuera con motivo de un arrebato de sentimentalismo, contra el que todavía estoy en liza, que me obligaba a rememorar lo que justamente un año antes —o seis meses o cuatro años— había ocurrido: el 23 F del año 19__ amaneció nevando, el 14 de noviembre de 19__ recibí mi primer beso en la boca...

Obviamente, tema recurrente eran *los chicos:* cábalas sobre si J. se había fijado en mí o no, si sería suficientemente guapa para él, si habría notado mi embarazo cuando jugamos a *arrancar cebollas* y yo me senté en el suelo entre sus piernas, si... Y los padres. Aunque entonces de manera inconsciente, comenzaba a resentirme de una educación estricta, represora, calvinista, castigadora, insatisfactoria. Entre mis padres y yo, o entre mis hermanas y yo, jamás existió verdadera comunicación: mis problemas los guardaba para mí porque, con intuición inteligente, adivinaba que para su simplista y maniquea concepción del mundo, mis dificultades habrían resultado menudencias irrisorias —sabiamente preferí no ser anulada—, o bien síntomas de una aberración psicológica imperdonable —y ya tenía suficiente complejo de alienígena. De modo que el único receptor de mi tristeza, mi falta de sintonía con mis iguales, mi miedo ancestral a los grupos de gente, las dudas sobre mis sentimientos, era mi diario.

A pesar de que el contenido de sus páginas probablemente les habría sorprendido, no creo que nadie en casa sintiera curiosidad por mis escritos, de manera que aunque los diarios disponían de llave, jamás me vi necesitada de usarla. Guardaba mi diario a la vista de todo el mundo, en una repisa de la estantería de mi habitación. Era cosa pública que Ester escribía un diario —una de mis hermanas quiso imitarme y pidió uno con motivo de un cumpleaños—. Pero nadie tenía motivos de sospecha de mi infelicidad: aparentemente era una niña normal, introvertida pero trabajadora e inteligente.

Las entradas eran bastante cortas: la cara de una cuartilla como media. Registraba la fecha y el día de la semana. Firmaba después de cada entrada, no sin antes haberme despedido de mi amiga fantasma. Ocasionalmente repasaba los eventos del día, pero por regla general el contenido giraba en torno a mi estado de ánimo y mis quejas, la frustración por mi insignificancia, la culpabilidad por las pullas familiares, la preocupación por la salud de mis progenitores, el cansancio de una vida dedicada por entero al estudio, la añoranza de una amistad *real* a quien contarle lo que yo creía eran mis peculiaridades y atipias.

Dejé de escribir a los 16 años. El motivo lo desconozco, aunque probablemente fue una conjunción de factores lo que me llevó a la pasividad. Imagino que influyó el hecho de querer distanciarme de la niña que era cuando me inicié en la práctica del diario; la creciente exigencia de los estudios, que conllevaba una reducción del tiempo libre; la toma de conciencia de que nunca sería una «anafrank»; y también la propia desidia. A los pocos meses entablé una relación *seria* con un chico que, con la perspectiva de los años, me hace sospechar que substituyó —¡por fin!— a mis escritos dirigidos a una amiga imaginaria y me proporcionó un verdadero interlocutor.

Más tarde se sumó un factor que contribuyó decisivamente a que el periodo de no-producción se dilatara durante 10 años: mi revolución personal consistió en un intento de aniquilar mi pasado. Escribir un diario, pensaba, había sido un intento de vivir la vida vicariamente, de dejar un testimonio mudo pero explícito para la posteridad. Escribir un diario representaba pensar la vida, rememorarla, y en aquella época yo estaba intelectualmente encaprichada con la idea de querer vivir la vida de primera mano, sin ayuda de interpretaciones o reflexiones. Por eso sofocaba las tentaciones que tenía de escribir sobre mis experiencias y pensamientos. A cambio, mantenía una correspondencia abigarrada con mi pareja: la convivencia no era menoscabo para ese intercambio productivo.

Retomé el hábito de la escritura del diario el 2 de enero de mis 26 años: hasta este momento preciso no me he dado cuenta de la relevancia explicativa que ese hecho pudo suponer para la disminución en la correspondencia con mi pareja. ¿Un tipo de escritura sustituyendo a la otra? ¿Una necesidad vital expresada superficialmente a través de prácticas de escrituras diversas sólo aparentemente diferentes? Tal vez. Uno no puede pasarse la vida tratando de cercenar sus deseos más básicos.

Recuerdo perfectamente el momento y el lugar en que de nuevo sentí la necesidad de recuperar un hábito reprimido, sublimado, en todo caso, perdido. Estaba en casa de mis suegros celebrando la entrada del año 19__. No puedo precisar, me temo, qué me empujó a deshacerme de las barreras ideológicas que me habían impedido durante 10 años una práctica que hoy considero íntimamente mía. No fue un acto premeditado ni deliberado. De repente sentí que necesitaba plasmar el torrente de palabras que crecía en mi interior, y no opuse resistencia. Ahora bien, ¿por qué un diario y no creación literaria? A veces creo que mi diario es un sustituto de lo que, si tuviera coraje, denominaría *mi obra*. Siempre he pensado que soy una escritora potencial frustrada, que ante el miedo al fracaso, se repliega sobre sí misma y prefiere no arriesgarse.

De todas formas, últimamente sí he escrito creativamente fuera de lo que constituye propiamente el diario: un cuento y algunos poemas. Ello no ha hecho que abandone la escritura íntima; por tanto, creo que puedo distinguir una doble vertiente en mi tendencia a la escritura, sin menoscabo la una de la otra, sino quizás mutuamente estimuladas y enriquecedoras: escritura íntima y escritura pretendidamente literaria.

Cuando retomé el hábito perdido, lo hice utilizando como soporte hojas sueltas que sujetaba con un *clip* metálico. No había previsto la reaparición de la necesidad y por tanto no disponía de ningún cuaderno apropiado. Durante algo más de un año empleé ese sistema: agrupaba los folios, que numeraba escrupulosamente, sin preocuparme de miradas indiscretas. Mi pareja conocía la existencia de esos escritos, pero jamás he desconfiado de él y no les he buscado escondite. Por otra parte, el *material* no es lo que en propiedad pueda calificarse de *escandaloso*. Igual que durante la primera etapa, escribo sobre los pensamientos y reflexiones que la vida cotidiana me procura, y no de aventuras o secretos que desee guardar. Ello no quita que los escritos sean escrupulosamente íntimos, y que jamás los haya enseñado —o desee enseñarlos— a nadie.

El ritual de la escritura me exige intimidad y soledad. La mayoría de las veces escribo estando sola en casa. A veces está mi marido; en estos casos, necesito, por lo menos, la soledad de la estancia en que me encuentre. Y no por miedo a que atisbe algún fragmento de lo que escribo, sino porque es una práctica de *uno,* por el hábito creado, lo mismo que la ducha u otros rituales higiénicos. Confieso que he hecho algunas excepciones: una vez escribí desde el aeropuerto Charles de Gaulle en París —un ataque súbito— y en ocasiones disfruto de un café pausado en un bar tranquilo mientras escribo.

Empleo, por lo general, mi lengua materna castellana, aunque alguna vez haya hecho una incursión en la escritura en inglés, mi lengua por profesión. Obviamente, puesto que el descubrimiento indiscreto no es materia de preocupación, prescindo de códigos secretos. Escribo para mí, pero no sólo por necesidad de vaciarme y de comprenderme, sino también como juego estético con el lenguaje. Ello hace que repare no sólo en el contenido de lo que escribo sino también en la forma.

Las entradas únicamente registran la fecha del día en que han sido escritas, sin especificaciones de días de la semana. Prescindo de hipotéticos receptores, y por tanto de la estructura epistolar, y también de la firma. Alguna vez he incluido algún poema, mío o ajeno, que me haya resultado destacable, o alguna cita, generalmente literaria. También he incluido alguna foto, pero no como norma.

Desde poco después del año del inicio de la segunda época, escribo en cuadernos de tamaño cuartilla comprados con ese propósito, pero no *comercializados* con esa finalidad. Los guardo en un compartimento de los armarios del comedor y no tengo miedo a que sean descubiertos. A veces fantaseo con la idea de que a mi muerte sean publicados y me hagan famosa, pero cuando estoy en mis cabales no me preocupo por su destino. Lo más probable es que mis descendientes, si los tengo, los hereden y hagan con ellos lo que más les convenga. Tiendo a pensar que guardan el secreto de mi personalidad —¿la flor de mi secreto?— y de que sólo leyéndolos puede alguien llegar a conocerme en profundidad, pero desconfío también de esa intuición y sospecho que esa forma de pensar no es más que la manifestación de delirios de grandeza. Al fin y al cabo, como tu estudio revela, hay un porcentaje de la población, más elevado de lo que pensamos, que lleva diario íntimo. Si todos los diaristas somos igual de reservados y secretistas deberíamos concluir que, en buena medida, no *conocemos* suficientemente a nadie. Y creo que la percepción mayoritaria de la gente no coincide con esa afirmación.

La frecuencia e intensidad de la escritura de mi diario no son regulares. Cuando escribo, lo hago porque creo que tengo cosas que decir, porque me siento *inspirada;* de otro modo, prefiero no malgastar el tiempo. Aunque en ocasiones me ha sucedido que he llegado a casa y directamente he abierto el diario para cerrarlo inmediatamente por falta de *material,* que de repente se había evaporado. A menudo es la lectura literaria la que me hace reflexionar sobre algo concreto; otras veces son los recuerdos, la melancolía, la insatisfacción. Puesto que le doy relativa importancia a la forma de la escritura, me gusta releer lo que he escrito y así eventualmente sentirme satisfecha —incidentalmente también decepcionada—; pero ya he dicho que tiendo al sentimentalismo (todavía) y que me gusta revivir el pasado, de manera que la relectura me procura también ese otro placer de la rememoración nostálgica, a veces tan dolorosa. Casi cada día que escribo releo alguna entrada anterior.

Cuando la frecuencia de escritura es máxima, escribo cada día o cada dos o tres días. Eso me hace sentir viva, satisfecha por tener *algo que decir,* por sentir que mi interior se mueve. Además, creo que es buena práctica para el dominio del lenguaje y que, en última instancia, algo se tiene que notar si una persona escribe con asiduidad. Pero la escritura exige también tiempo, un bien escaso. De forma que la *inspiración* que necesito tiene que alcanzar un umbral determinado para que considere que invertir *x* tiempo en el diario sea rentable. De modo que a veces ha transcurrido un mes entero, o incluso dos, sin que haya registrado ninguna entrada. Son temporadas en que mi energía se concentra en tareas perentorias que

exigen un resultado material en un periodo de tiempo concreto. En esas circunstancias mi cerebro no está para veleidades. Tal vez sea un mecanismo de defensa o de supervivencia. Luego, cuando retomo el hilo, sin embargo, suelo culparme por haber descuidado el diario.

Me pides que sea más explícita para la correcta interpretación de las expresiones que incluí en mi primera carta («mi diario tiene, probablemente de manera injustificada, un peso más que considerable para mí...»; «una actividad seria, autoimpuesta, exigente», «... inconcebible imaginar mi vida sin este tipo de plasmación verbal»). Intentaré serlo.

En primer lugar, no sé si escribo para dejar testimonio de que los días que transcurren son días vividos *realmente,* es decir, en cierta manera, para rescatar de la mediocridad y del olvido mi vida, o bien para autoafirmarme. Tanto si es una cosa como otra, escribir es una actividad que es imprescindible para mí, puesto que tiendo a minimizar mi existencia —y por ende necesito dignificarla— y adolezco de falta de confianza —y por tanto, he de afirmarme constantemente, porque a menudo el mundo y sus habitantes se me asemejan hostiles. Lo que sí es cierto es que si no registro entradas en mi diario con más o menos regularidad tiendo a menospreciarme, sobre todo, a menospreciar mi vida. Es en ese sentido en el que tal vez me sirvo de la escritura a modo de dignificación de mi existencia, dándole una dimensión literaria, y creando al propio tiempo un yo literario también. Es por ello que no concibo mi vida sin este hábito que me sirve de *autoayuda* —en el mejor y en el peor sentido de la palabra—.

Es también por ello que no sé hasta qué punto esta práctica es una imposición, un ejercicio de voluntad —o mero voluntarismo obcecado—, o bien una actividad espontánea, aunque deliberada. Es una actividad seria que intento, excepto cuando el desánimo es insuperable, esmerarme en la forma y así procurarme una fuente de autosatisfacción. Confieso que me gusta releer mi diario, y no sólo por mí ya mencionada tendencia sentimentalista, sino porque me precio de haber logrado fragmentos literariamente bellos. Tal vez mi obcecación en practicar el diarismo sea una vía para garantizarme que continuaré ejerciendo, aunque en la *clandestinidad,* esta profesión de literata que siempre me habría ilusionado poseer, sin arriesgarme al fracaso comercial, a la crítica implacable de los editores y del mercado. De nuevo para entender cabalmente lo que califico de *aprecio desmesurado* hay que recurrir al simbolismo de la *terapia de purga* o *catarsis* en que se constituye mi diario, en el que no narro más que lo que puede narrar una persona como yo, indiferenciable, ordinaria. No hay heroicidades en mi vida, ni tampoco en mis escritos. Dudo, además, de que tenga nada nuevo

que decir —¿queda algo por decir?—, aunque es cierto que una voz en mi interior pugna por salir, y por eso recurro a mi diario. Sin embargo, cuando releo entradas escritas hace ya algún tiempo me doy cuenta de que el contenido, aunque bello a veces —las más con tono y *tempo* irregulares—, pasaría desapercibido para quienquiera que lo leyera que no fuera yo, sería irrelevante. Por ello creo que es desproporcionado mi apego a él.

TERCERA CARTA

Lo cierto es que hace ya casi un año que respondí a tu demanda y apenas recuerdo mi testimonio inicial. Releo tu carta de respuesta en que me pedías que fuese más explícita sobre la *vida* de mi diario y que aclarara algunas expresiones. Entre éstas se incluía una que decía: «mi diario tiene, probablemente de manera injustificada, un peso más que considerable para mí». Lo que con ello quería trasmitir es la conciencia de que el contenido del diario no tiene ningún valor para nadie que no sea yo misma, de que mis reflexiones son intrascendentes, banales, inútiles, y de que ni el mundo ni nadie, ni siquiera quienes más próximos a mí están, se vería afectado por el cese de su escritura. Aun siendo consciente de la irrelevancia de mi diario, hay algo en mí que me impele a continuar. Tal vez porque lo he convertido en un instrumento de dignificación personal, un mecanismo que me permite observar mi vida como algo que merece ser analizado, anotado, algo que la salva de la uniformidad e indiferencia de todas las vidas de todos los humanos de todos los tiempos y la eleva a la categoría de *notable*.

A esto mismo me refiero también con las expresiones: «es una actividad seria, autoimpuesta, exigente» y «sería inconcebible imaginar mi vida sin este tipo de plasmación verbal». Es cierto que una razón de peso, que los diaristas mismos señalan como básica para llevar un diario, es el intento de salvar la propia vida de la condena del tiempo: la escritura hace que el tiempo se detenga, que quede constancia de que tal y tal acontecimiento realmente sucedieron, y así preservarlos del olvido. Eso se confirma también en mi caso. Pero hay más: para mí recurrir al diario de manera más o menos regular es una obligación porque sé que sólo así consigo inmunidad contra el hastío de mí misma y de mi existencia, contra el aburrimiento, y la monotonía y la certeza de que mi vida no es más válida que las de todos aquellos de cuya actitud vital abomino. Porque que haya gentes con quien sintonices por su actitud vital, por su carácter más o menos reflexivo, por su afectividad o por su grado de sensibilidad, y por ende que haya gentes con quienes sintonices menos por los mismos motivos, no hace que las vidas, el encadenamiento de sucesos que tejen la existencia de unos y de otros, sean radicalmente

diferentes. Los pequeños acontecimientos de un día de mi vida, que en apretada fila india van constituyendo MI VIDA, podrían muy bien pertenecer al *otro,* a cualquier individuo. Tengo miedo de perderme entre el bosque de humanos, miedo de desdibujarme, miedo de no conseguir que mi vida sea todo lo que había soñado, y todavía sueño. Por eso escribo: para reafirmarme en mi diferencia, para persuadirme de que hago algo que me singulariza. Y porque el análisis y la reflexión otorgan a ese entramado de acontecimientos una pátina única: la mía, la mía, la mía.

Por supuesto, no siempre ha sido así. Esta necesidad es imperante desde que inicié la última etapa del diario, es decir, una vez la escritura se convirtió en una práctica adulta. De adolescente, tal vez también hubiera algo de reivindicación de la *diferencia* en el mantenimiento del diario. Ya entonces sentía cierta repulsión por la gente comúnmente calificada de *superficial*: aquéllos que no miran más allá de lo que perciben, quienes se dejan zarandear por las olas dócilmente, con aceptación, casi con gusto. Luego descubrí que hay quienes hacen de esa actitud resignada una filosofía y la exhiben y pretenden obtener reconocimiento por ello. Pero en general, lo que más me molestaba ya en la pubertad, y hoy se ha convertido casi en una obsesión, es la existencia carente de *conciencia*, para quienes la realidad es siempre unívoca, inequívoca, compuesta de episodios discretos que para ellos son sólo eso y no el cierre o suspensión de infinitas posibilidades. En definitiva, abomino de los que jamás dudan ni escarban preguntándose qué hay debajo de la apariencia de los hechos y cosas. Escribir un diario es tal vez la prueba más fehaciente de que la realidad, como la vida, merece comentario, y de que probablemente no es única y verdadera. Escribir constituye para mí la prueba de que no pertenezco a este tipo de personas que tan deplorable me resulta.

Escribir por supuesto también me ayuda a comprenderme. Uno no *sabe* lo que sabe hasta que no lo escribe. De igual forma, escribir un diario es una manera de explorar mis pensamientos y emociones, además de ser un revulsivo cuando más lo necesito. Cuando estoy hundida en la mediocridad de mi propia vida, necesito pensar que hay otra dimensión en la existencia, y esa dimensión es la que crea la palabra escrita en mi diario. Me recuerda que puedo suplir mis carencias en la vida real con un universo imaginario, repleto de metáforas, de imágenes bellas, de un lenguaje universal con el que poderme comunicar. Sé que recurrir a esta fórmula puede ser peligroso, por cuanto se puede dejar de vivir la vida real para refugiarse en la escritura, y me imagino que ése es un mal del que han muerto muchos escritores. Pero no puedo negar que la faceta estética es también un componente de la

escritura, y que el ejercicio de relectura de diarios antiguos es a veces más que satisfactorio. Por supuesto, la calidad y el tono no son constantes porque dependen del estado emocional en que me encontraba en el momento del registro.

En resumen, escribir un diario es para mí la práctica que me permite experimentar mi vida como mía propiamente, me permite creer en la ilusión de que lucho por dominar las riendas de mi existencia, sin someterme a designios de terceros. Cimenta mi autoestima de persona rebelde y luchadora. Me permite dignificar lo que de mediocre o común pueda haber en mí. Además, el diario permite ejercitar y mejorar en la escritura, una actividad que en sí misma me resulta placentera. Quizás haya algo de mimetismo también. Ahí están los grandes escritores que hicieron del diarismo una práctica habitual en sus vidas —V. Wolf, A. Gide, A. Nin— y, por qué no, también algo de exhibicionismo narcisista: todo aquel que cultiva el diarismo lo hace porque en el fondo está convencido de que el resultado merece la pena, bien sea porque su vida es interesante, bien porque confía en la calidad artística del escrito. Si en algo confío yo, evidentemente no es en lo primero.

Pienso, sin embargo, que hay un componente importante, en la escritura de un diario, de tipo psicológico. Me refiero al carácter y personalidad del diarista. Si yo no fuera la persona hipersensible, introvertida, introspectiva e insegura que soy, seguramente jamás habría necesitado recurrir a la escritura, porque no habría necesitado reafirmarme. En este sentido, no me sorprendió comprobar mi afinidad con dos de los testimonios de los diaristas que publicaste en el n.º 3 del Boletín. ¿Quién va a invertir tiempo y esfuerzo en la escritura de un diario, sino aquél que sufre, a quien le duele la vida, quien no tiene bastante con el hartazgo de la materia?

A temporadas la necesidad de escribir es acuciante, y a temporadas decrece. En esos momentos es cuando siento miedo, miedo de desdibujarme, miedo de desertar de esta militancia que simboliza en definitiva una particular manera de ver —y de querer— la vida: los acontecimientos son casi siempre intrascendentes, lo que cuenta es cómo la mente los tamiza, los anota en la memoria, los ordena jerárquicamente y los hace aflorar cuando corresponde. Quiero creer que continuaré llevando diario siempre, quiero pensar así de bien de mí.

Guardo, a pesar de la importancia que tiene para mí, absoluto secreto sobre la existencia del diario. Mi familia y mi marido lo saben, pero jamás he hablado con nadie del asunto, ni siquiera con amistades íntimas. No sé si este celo es debido a que en épocas pasadas asocié de manera automática el mantenimiento de un diario íntimo con un estereotipo determinado de persona contra la que yo me rebelaba. Todavía

hoy siento tal vez cierta vergüenza de mi hábito, de reconocerlo públicamente porque temo que se malinterprete. Temo que las etiquetas de *sensiblera* y *pusilánime,* aunque no niego que sean calificativos adecuados para definirme, caigan sobre mí y me destruyan con su peso. De adolescente era todo lo contrario: creo recordar que me sentía orgullosa de un regalo como un diario íntimo, y lo exhibía impúdicamente, como un tic *snob* muy propio de hace casi 20 años en una adolescente. Tal vez con el paso de los años y el advenimiento de la madurez, ese objetivo siempre inalcanzable, pierde por fin los escrúpulos. Pero en definitiva, no veo la necesidad, y para que un diario pueda calificarse de *íntimo,* su autor tiene que mantener ciertas reservas, al menos con quienes trata en su vida cotidiana.

Por esa razón quizás no tengo ningún inconveniente en poner todo el material acumulado durante tantos años a tu disposición. Si no lo hice antes fue por un exceso de prudencia, porque me parecía un gesto inequívocamente megalómano. Sólo al leer la fotocopia de tu artículo de los testimonios, en que agradecías la generosidad de los que te habían ofrecido sus cuadernos sin pedírselos, me di cuenta de cuántas iniciativas se quedan reducidas a su potencialidad por estar sometidas a un doble juego de cautela: tu cautela de no requerirle a nadie sus diarios, la mía por no parecer insufriblemente narcisista al ofrecer material íntimo de dudoso interés general.

Podría seguir escribiendo durante horas sobre mi experiencia de diarista, pero temo estar dando palos de ciego.

FRAGMENTOS DEL DIARIO

Viernes, 19. III. 82

Querida Olga, repugno. Creo que con eso lo explico todo. Me doy asco a mí misma. Soy tan sensible, tan tímida que ya no lo puedo aguantar más tiempo. Si sigo así creo que voy a estallar. Los ojos los tengo tan rojos como tomates y ya no me quedan lágrimas. Ni sentimientos tengo ya. He agotado mi interior, estoy hueca. Necesito comprensión y amistad. Nada tengo. Todo se me ha ido incluso mis maravillosos sueños y mis esperanzas. En lo único que tengo suerte es en mis libros, estupendos, que me hacen olvidar un poco esta asquerosa vida. ¿Por qué vivimos? O mejor dicho, ¿para qué? Sufriendo y soportando es como vamos pasando a lo largo de la vida. ¡Bah! Estoy intentando encontrar un amigo verdadero, pero no sé cómo. Con el *Diario de Ana María* espero encontrar la solución y ponerla en práctica. Supongo que la amistad no se va pregonando por la calle a toda voz. ¡Qué más da!

Me duelen los ojos de tanto llorar y todo el cuerpo de tanto sufrir, pero estoy sola, encerrada. No tengo a nadie a quien contarle mis sufrimientos. Cuando pienso que hay gente soltera, se me cae el alma a los pies. Yo no podría sobrevivir. Lo mío es malo pero lo suyo es fatal. Es muy gordo eso de ser adulto y no haber encontrado nadie a tu gusto. Tal vez exagero pensando estas cosas, pero siento deseos de cosas malas tal vez para mi edad. Yo no sé. Me ha causado impresión que una maestra que tenemos sea soltera. Es tan elegante y femenina que estaba segura que estaría casada. En fin, la vida no es como una quiere sino como sale. Tal vez las prostitutas no quieran serlo, pero no tienen otro remedio. A lo mejor incluso yo tengo un buen puesto en la sociedad, con un trabajo y una familia, porque, eso sí, me quiero casar. Quiero a toda costa sentir el placer de ser querida y apreciada. De sentir el calor de estar protegida y segura, de no tener que contentarme con un beso de mi madre y un no te preocupes. Ella no puede saber lo que yo siento y jamás podrá comprenderme. Ya que me son negadas ciertas cosas, que ésta no sea una de ellas. Que conozca a un chico maravilloso que se fíe de mí y yo de él. No se aguanta esta soledad y desasosiego. Hoy mismo pensaba que me ahogaba de tanto llorar. Parece que me consumo y al final muero. Pero no, lo que pasa es que llega la vida a mi habitación y me tengo que enfrentar a la realidad. Nunca llegaré a saber el porqué de mis temores y sufrimientos, pero puedo palpar sus consecuencias. Nunca podré ser una persona normal. Siempre rechazada, marginada u olvidada. ¿Vale la pena vivir en mis circunstancias? ¿Vale la pena sufrir tanto? Mi madre me dice: no quiero que sufras. ¿Cómo puedo evitarlo? Si no me muero va a ser imposible. Las madres y los padres se creen que nosotros somos niños que no nos damos cuenta de lo que sucede a nuestro alrededor y que todo se nos presenta fácil. Según las circunstancias se creen que ya somos adultos y podemos pensar y entender como ellos. Nunca aciertan. O están en un extremo o están en el otro. La vida es tan dura que más vale olvidarte de ella por completo.

Esther

PD. Perdona porque las ideas están muy mezcladas, pero mi estado de ánimo no me permite expresarme mejor.

1996, Mayo 30

Leo y releo los últimos apuntes. Ahora que estoy enfrascada en la lectura de la antología *Madres e hijas* no es extraño que mis pensamientos giren en torno a mi relación materno-filial. Si mamá leyera este cuaderno se desesperaría. El domingo estuvimos hablando un poco sobre la familia y demás cuestiones ligeramente

más personales. Sin ánimo recriminatorio ni acusador le hablé un poco de mis frustraciones adolescentes cuando reclamaba que alguien me ayudara a resolver mis conflictos. Mamá se sintió dolida, quizás más alejada de mí que nunca. Me dijo, y creo que ella un tanto en un tono recriminatorio, que soy todavía más complicada que papá, y que su deseo habría sido que me pareciera a ella. ¡Qué extraño es advertir que la realidad tiene tantas caras como un poliedro esférico! Para ella no hay motivos incriminatorios, ni necesidad de perdón ni de olvido, ni causa suficiente para estos mis desvaríos. Madre, si supieras cómo te quiero. No es mensurable, ni comparable, ni justificable. Seguramente si no fueras mi madre no te destacaría, pero lo eres. Soy insistente en trazar líneas causa-efecto entre sentimiento y entendimiento intelectual, y probablemente es un error. Todavía no me ha ocurrido que me enamore perdidamente de nadie y no haya sentido la necesidad de absorber su esencia y de que él absorba la mía. ¿Ocurrirá algún día? Madre, madre, sé que no te puedo acusar de haber formulado en tu mente deseos sobre mi porvenir, de haberme vedado caminos y restringido salidas del laberinto de los espejos. Sé que no lo hiciste deliberadamente, aunque probablemente existían esos deseos en tu subconsciente. No puedo culparte por ser como eres. Pero madre yo soy diferente, tengo otras necesidades vitales, me muevo en otro espectro pragmático, me pasan desapercibidos detalles que son básicos para ti, y no es bueno que me avergüence de ser como soy, no debes invitarme a claudicar. Debemos respetarnos mutuamente, aprender a estar juntas sin necesidad de entendernos. Debes enseñarme a aceptar tu amor sin que resulte irreconciliable con mi idiosincrasia.

1997, March 6th
Acabo de leer *Último domingo en Londres*, de Laura Freixas. En el tren. He llegado a casa en un suspiro, sin aliento, directa a por el bolígrafo y el cuaderno compulsivamente. Siempre son los libros los que me emocionan más que la vida misma. Mi hermana menor está embarazada. ¡Dios qué ambiguo es todo! La más pequeña y la primera en atreverse al gran reto. Y sin embargo lo hace con una gran elegancia, con una soltura que dice mucho a su favor, como si fuera diestra en el asunto. Sumergirse en el rito más ancestral, la procreación, el amor gratuito, el amor inimaginable, el máximo acto de generosidad y a la vez de megalomanía. Buscar conexiones tangibles con la gelatina amorfa que es la realidad, carne de tu carne, amor sexual por fin compensado. Hijos que son padres, padres que son hijos, la paradoja más desconcertante. ¿Qué culpa tengo yo, madre, de haber sido tu hija? ¿Qué culpa de no haber cumplido tus expectativas, como de todas formas estaba previsto? Yo fui tú pero ya no lo soy. Por desgracia soy sólo mi

conciencia, y eso hace las cosas inmensamente difíciles. Desearía ser esa mujer tan sugerente que se sienta a mi lado en el tren, con empaque, con presencia. Huele a insinuación, a misterio, a humedad. Lleva joyas de oro en el cuello y en las muñecas y pendientes de brillantes diminutos. También huele a dinero, a profesional liberal, a cenas nocturnas con gente bien en Sitges y crema Lancôme o Elena Rubinstein de tratamiento *ultra-shock* contra las arrugas. Quisiera hacerme tan ostensible como ella, por todos los sentidos, invadir sinestésicamente los olfatos y la vista del vagón entero hasta anestesiarlos y expulsar toda otra sensación que no fuera yo. Olvidar mi timidez, mi recato, mi repliegue interno, mi rendición —¿prematura?—, mi fracaso. Yo también me veo tentada de buscar mi perpetuación: me corroe el deseo dulce de ese otro amor sobredimensionado, productivo, ufanoso, aunque sea sólo un suspiro de unos pocos años, aunque esté condenado a ser mal interpretado e incapacitado a competir con otros muchos amores. El amor paterno es por definición desigual. Justamente mi hermana, quien menos lo necesita. Con su majestuosidad angélicamente inocente llena el espacio a su alrededor de vida, pósito biológico, inmune a las dudas, a los espasmos espaciales, a las taquicardias que anuncian declives universales, a los interrogantes que se adivinan colgados de las moléculas de oxígeno a mi alrededor. ¿Es que no lo ves? ¿Por qué sufro de esta manera? ¿Por qué los puentes que me tiendes son siempre tan breves, una inmersión instantánea en un mundo cuyas coordenadas no logro situar? ¿Qué es tu vida, hermana? ¿Dime qué te ayuda a levantarte por las mañanas? ¿En qué concentras tus esfuerzos? Tan siquiera, ¿te es necesario esforzarte para vivir, para continuar viviendo? ¿Quién es papá para ti? ¿No te duele su desolación? ¿No te cohíbe el ultraje que va a suponerte tu embarazo? ¿Tan libre eres? ¿Y con tan poco esfuerzo? ¿Es esto justo? No merezco esta pena, ¿por qué yo? Vivir no es fácil para mí: es una partida que tengo que ganar diariamente, y aun así dudo de considerarme merecedora de la victoria. Vivir es soñar con llegar, luchar por llegar, pero también doler por llegar. La meta la desconozco. Vivir sin ambición de mejora me es impensable, y no como juicio moral, ni mucho menos, sino por la cobardía de no atreverme a aceptar que la vida podría ser mucho menos y por ende mucho más. Como tú, sin doblez, sin afectación, te acoges a lo que te ofrece. No me juzgues altanera si lo califico de mediocre. ¿No es acaso mi miedo más despreciable, el miedo a la caída sin retorno? Quizás tu opción es la más sensata. La menos pretenciosa y a la cual uno, tarde o temprano, acaba dando la razón, si antes no se tira a la vía del tren. ¿Qué pretendo con este estandarte de mi diferencia? ¿Ingresar en el Partenón de los llamados artistas? ¿Erigirme en modelo de superioridad? No puedo dejar de pensarme, de definirme. Para mí vivir es eso, buscar entre la

más vaga incertidumbre prueba que soy alguien diferenciable de la materia que mis dedos reconocen, la paradoja es que a pesar de la búsqueda aún no sé quién soy. Tal vez soy esa inseguridad, ese desconocimiento sin mesura, ese hurgar malsano, esa duda constante, la pupila vigilante sobre el cristal del tren más allá del cual la inmensidad se confunde con la negrura.

1998, January, 13th
¿Sería sorprendente para alguien leer estas páginas y descubrir mi intimidad más secreta? ¿Sería una sorpresa para X? Él que es quien mejor me conoce, quien más se anticipa, o con más acierto, a mis achaques, decepciones, ilusiones. ¿Cuáles son las suyas? ¿Por qué él no siente la necesidad de pensarse, de dejar su huella de alguna manera, ordenar sus pensamientos, en resumen, coleccionar retales de tiempo, encapsularlos, matarlos, diseccionarlos, exponerlos?

¿Qué será de nosotros en nuestra vejez cuando, despojados de todo registro escrito, sólo podamos acreditar cuanto hayamos vivido por medio de los surcos sobre nuestra piel o la flaccidez de nuestros músculos? ¿Nos acordaremos de todo cuanto creímos digno de rememorar? Y sin embargo, para muchas otras cosas tiene tanto —incluso más— carácter anal como yo, todo lo recoge, lo guarda con esmero. También yo he disminuido la frecuencia con que recurro a esta rutina. En medio año, desde que empecé este cuaderno, apenas veinte páginas con lagunas dilatadas. A veces por falta de tiempo, a menudo, aunque no deja de ser importante la falta de inspiración, del deseo de dejar huella de lo insulso y repetitivo que resulta *un día en la vida del gran Oso*. En tiempos mejores escribía casi a diario, con ahínco y ambición.

1998 December 7th
Ayer vimos atardecer-anochecer en la playa. Hacía mucho frío y no había apenas merodeadores. El cielo rosado, luego gris, luego negro, ocluyendo la visión, cualquier visión. Me recordó a los inviernos de hace 20 años, cuando ocasionalmente íbamos a Vila Fortuny en pleno invierno, y el paisaje tenía esa calidad mate triste y lánguida, como requiriendo que alguien se fijase en ella. Esa fue toda la salida de ayer domingo: viaje sentimental al pasado, un pasado que no puedo compartir con X, quien tiene su propia memoria, sus propias melancolías. Ahora estoy confortable y caliente en el estudio —yo tengo puente— mientras X está en Barcelona trabajando. Me he puesto el disco de Pink Floid, *The Wall,* tan antiguo ya, y que me recuerda a otra yo, otra persona con problemas muy otros a los de ahora. Quisiera retener a esa personilla que se aleja, quisiera dejar de evolucionar. Permanecer aun a riesgo de perpetuar los problemas presentes. La paradoja de crecer, del cambio.

El fin de semana ha sido inolvidable: la desidia, la dejadez, la languidez nos ha invadido. Ayer X se pasó la mañana en la cama con migraña. Yo estos últimos días tiendo a vomitar en un momento u otro; no mucha cantidad, pero suficiente para destrozarte el cuerpo. Apenas estudio, ni trabajo, ni dedicación a nada. Dejar que transcurran las horas, y desear que transcurran rápidamente.

Ayer hizo también años de otro pequeño acontecimiento: hace 19 que me vino la menstruación por primera vez. He rememorado muy vívidamente las sensaciones de aquellos días. ¿Cómo si no siendo bicéfala puedo estar cierta de ser la misma persona? Añoro la fe, la esperanza, las certezas de la infancia. Entonces me creía ya muy crecida, muy adulta, muy sabia. Y ciertamente la edad dolía. ¿Cómo superar el ultraje del paso del tiempo, cómo hacerlo para clausurar las imágenes dolorosas, para corroer la pena, para alejar el desánimo de la repetición sin fin?

4. Estudios sobre el diario íntimo

4.1. LA PRÁCTICA DEL DIARIO EN EL ÁMBITO ESCOLAR. UN SONDEO POR CUESTIONARIO

Memoria y objetivos del estudio

Quizá deba confesar que no soy sociólogo ni especialista en sondeos ni encuestas; en realidad, soy profesor de literatura. Mis únicos títulos para arriesgarme en este terreno son los de lector y estudioso de los escritos autobiográficos, tanto publicados como sin publicar, literarios y no literarios. La escritura autobiográfica representa un hábito cultural y una práctica social, que se proyecta en otros campos, y no solo en los tenidos en cuenta normalmente por la crítica literaria.

Este trabajo se ocupa de prácticas autobiográficas ordinarias, en concreto de diarios íntimos en la actualidad. No me refiero a los que publican escritores o personas relevantes, sino a los que escriben las personas comunes. Dicho de otro modo, me interesa saber cuántas personas lo llevan, por gusto o por necesidad, sin pretensiones literarias o editoriales.

La escritura del diario íntimo como práctica socio-cultural ha sido *tierra de nadie,* pues, al contrario de lo que cabía esperar, los más importantes estudios sociológicos realizados en España, el *Informe Foesa* y el *Estudio de la población española,* no preguntan sobre este asunto cultural, al menos no lo hacen en sus últimas ediciones. En ellos se pregunta por otros hábitos culturales como la lectura, el consumo de cine o televisión, pero nunca sobre la escritura del diario.

Creo que el interés por conocer la extensión de esta corriente cultural, invisible y secreta, que es por definición el diario íntimo, habría quedado frustrada, si no hubiese conocido el trabajo de Philippe Lejeune, *La pratique du journal personnel. Enquête* (1990), en el que indaga en este fenómeno mediante un cuestionario escrito. El crítico francés lo aplicó en la región parisina y los datos de su investigación eran concluyentes: un porcentaje notable de los encuestados habían llevado o llevaban diario. La investigación de Lejeune viene a dar carta de naturaleza a algo que se podía intuir, pero que hasta entonces nadie había demostrado.

Así pues, mi investigación, basada en la de Philippe Lejeune, se propuso conocer la cantidad y la intensidad de dicha práctica en la población estudiantil de Málaga. No es en absoluto arriesgado pensar que, junto con el epistolar, el diario personal es el más habitual de los géneros autobiográficos, frecuentado por las personas corrientes, pero se desconoce si la extensión es relevante.

Sabemos que el procedimiento de la encuesta no es perfecto y que algunos de los resultados obtenidos deben ser tomados con cautela. La reserva mayor podría venir de la falta de sinceridad de los encuestados, y esto, es obvio, resulta imposible de controlar. Pero, ¿qué sentido tendría mentir en un cuestionario que era anónimo, voluntario y sin ninguna repercusión personal? ¿Se podrían haber puesto de acuerdo para mentir los del *sí*? ¿Y los del *no*? ¿Podría haber diaristas tan reservados que ni siquiera contestasen al cuestionario?

Dejando aparte estas disquisiciones, hay que resaltar la virtud del método de Lejeune, pues no hay, parece, otra forma de saber qué cantidad de gente lleva diario sino preguntándolo. Por un lado, la encuesta tiene la ventaja de poder llegar a un número significativo de personas y de permitir la cuantificación de un fenómeno íntimo y prácticamente desconocido. Pero por otro, la investigación por cuestionario tiene obvias limitaciones, como es la de no poder repreguntar ciertas respuestas.

El método y el cuestionario de Lejeune me parecían, y me parecen, irreprochables y, sin embargo, los datos obtenidos por este en París actuaban más como una rémora que como un estímulo, retrasando la comprobación en Málaga. A pesar de los numerosos *letraheridos* que se conocen en la ciudad, los desajustes sociales de esta, la insatisfactoria situación escolar y las carencias culturales de su sociedad me hacían presagiar unos resultados bien distintos a los que he obtenido. Durante bastante tiempo esta expectativa desfavorable me detuvo, incrédulo y paralizado, sin decidirme a comenzar la investigación.

Le di vueltas al asunto y lo comenté con algunos colegas. La conclusión era siempre la misma: no merecía la pena *pasar* el cuestionario, pues, si se pensaba en los escasos diarios íntimos publicados, se podía deducir que no existía una escritura diarística en España equivalente a la francesa. Tuve que vencer prejuicios propios y ajenos, pero por fin tomé la determinación de encuestar a la población escolar de Málaga en sus tres niveles: BUP (A), FP (B) y Universidad (C).

En los meses de abril y mayo de 1995 apliqué la mayoría de los cuestionarios a estudiantes de BUP y de Universidad. Según fui palpando los primeros resultados, mi pesimismo se disolvió por completo: los resultados se asemejaban en porcentaje a los de Lejeune.

En un principio había previsto encuestar solo alumnos universitarios y de BUP, pero cuando tuve los cuestionarios de estos, comprendí que debía encuestar también a los estudiantes de FP. En primer lugar, porque sin los cuestionarios de estos la investigación quedaba incompleta al no indagar en el total de la población escolar. En segundo lugar, porque esperaba que los datos de este nivel educativo podrían matizar los anteriores, acercándose un poco más a la realidad al consultar un espectro social más amplio y variado (véase p. 327). Esta circunstancia explica que, habiendo comenzado a *pasar* los cuestionarios en abril de 1995, no terminase de estudiarlos hasta abril de 1996.

Cuando concluí los 700 cuestionarios previstos, mi temor se había diluido totalmente, pues la escritura del diario íntimo entre los estudiantes de Málaga era una realidad comprobada. Los resultados son, a mi juicio, reseñables, y en este informe comunico los más significativos. Las cifras son muy altas, pero hay que interpretarlas en su justa proporción. Son representativas de la población escolar encuestada y en ningún caso se pueden, ni lo pretendo, extrapolar al resto de la población, si bien son indicativas de un hábito intelectual que quizás esté más escondido de lo que debiera. Sobre dicho hábito pesa quizá demasiado el estigma de narcisista e inmaduro, que injustamente cae sobre los diaristas (Lejeune 1990, 117).

Realmente conocemos muy poco sobre esta práctica en nuestro país y posiblemente prejuicios del tipo de los arriba enumerados actúan de manera peyorativa. Ojalá que este trabajo sea una aportación a su conocimiento y también una humilde defensa de dicha práctica.

El cuestionario y las condiciones de su aplicación

En esta investigación el cuestionario es una pieza clave y justo es reconocer que sin su concepción acertada los resultados podrían ser escasos o equivocados. Me he servido, como ya he dicho, del diseñado por Lejeune (1990, 13-14), y todo el mérito le pertenece. Él mismo tuvo la gentileza de proporcionarme, en septiembre de 1990, una versión ligeramente distinta de la que allí aparece. A esta le he añadido tres preguntas de mi cosecha: 9, 11, 15 y algún matiz en otras.

En los 19 ítems del cuestionario se recorre de manera sutil y resumida las claves del género y los condicionantes de su escritura. El encuestado es conducido de las preguntas cuantitativas a las cualitativas, de lo más general a lo personal, y ello siempre de una manera indirecta, pero calculada, para que a través de preguntas de apariencia banal afloren los matices particulares de su diario.

Al leer algunas de estas encuestas he tenido la sensación de que una parte de los encuestados se habían ido *calentando,* según avanzaban en el cuestionario. Otros, quizás suspicaces del mecanismo, se han enfriado y han echado el freno en las contestaciones. Desde luego en el cuestionario, calculado y discreto, acaban saliendo cosas que al encuestador le hacen cuestionarse su posible papel de *mirón* involuntario.

He aquí el cuestionario:

UNIVERSIDAD DE MÁLAGA. ENCUESTA SOBRE EL DIARIO ÍNTIMO

Año de nacimiento:
Sexo: ☐ M / ☐ H (ponga un círculo)
Estudios:
Profesión:

1. *¿Ha llevado algún diario en el pasado? Ponga un círculo.*
   ☐ SÍ / ☐ NO
2. *Si contestó SÍ a* 1*, precise cuándo (edad) y durante cuánto tiempo (meses, años). Distinga periodos si hubo varios.*
3. *¿Lleva actualmente diario? Ponga un círculo.*
   ☐ SÍ / ☐ NO

Si ha respondido NO a las preguntas 1 *y* 3 *a la vez, pase a la pregunta* 17.
El resto, pase a la pregunta 4

4. *¿Se trata (o se trataba) del relato de hechos externos o de hechos y pensamientos íntimos? Precise los temas, distinguiendo por periodos, si los hubo.*
5. *¿Con qué frecuencia escribe? (a diario, casi a diario, etc.) ¿Cuánto escribe cada vez? (una página, menos, más)*
6. *¿En qué soporte escribe (o escribía)? (Cuadernos, agendas, folios, ordenador, etc.) Descríbalo.*
7. *¿En el diario hay otros elementos además de la escritura diarística? (Poemas, dibujos, cartas, fotos, documentos, pequeños objetos o recuerdos, etc.) Precíselo.*
8. *¿Dónde lo guarda (o lo guardaba)?*
9. *¿Utiliza algún tipo de escritura secreta o clave que impida la lectura a los intrusos?*
   ☐ SÍ / ☐ NO
   Si contestó SÍ, precise si total o parcialmente, qué temas o personas.
10. *¿Cómo se le ocurrió comenzar el diario personal? Especifique si hay más de un periodo.*
11. *¿Ha abandonado la escritura del diario alguna vez? Ponga un círculo.*
    ☐ SÍ / ☐ NO
    Si contestó SÍ, ¿cuál fue la razón? Especifique si hay más de un periodo o causa
    Si contestó NO, ¿qué le anima a seguirlo?
12. *¿Con qué frecuencia relee el diario? Ponga una cruz y precise la(s) razón(es) de la relectura.*
    ☐ Cada vez que escribe / ☐ A veces / ☐ Excepcionalmente / ☐ Nunca.
13. *¿Permite que lo lea alguien? Ponga un círculo.* ☐ SÍ / ☐ NO
    Si contestó SÍ, precise a quién y por qué. Si contestó NO, precise por qué.
14. *¿Alguna vez ha destruido todo o parte de su diario? Ponga un círculo.*
    ☐ SÍ / ☐ NO
    Si contestó SÍ, precise:
    1. Todo Parte / 2. Medio de destrucción empleado / 3. ¿Cuándo y por qué?
15. *¿Le preocupa el destino de su diario? ¿Qué piensa hacer en el futuro con él?*
16. *¿Alguna vez ha proyectado o deseado publicar el diario o parte de él?*
    ☐ SÍ / ☐ NO
    Pase a la pregunta 19.

17. *Vd. nunca ha escrito un diario personal. ¿Tuvo, sin embargo, alguna vez la idea de empezarlo?*
☐ SÍ / ☐ NO

18. *Si contestó sí, ¿qué impidió la realización de esta intención?*
☐ SÍ / ☐ NO
Si contestó NO, precise las causas.
Pase a la pregunta 19.

19. *¿En los últimos doce meses ha escrito por gusto alguno de los géneros especificados abajo? Ponga una cruz en los cuadros correspondientes.*
☐ Poesías / ☐ Canciones / ☐ Cuentos / ☐ Novelas / ☐ Teatro / ☐ Comics / ☐ Recuerdos de infancia / ☐ Relato autobiográfico / ☐ Pensamientos o reflexiones / ☐ Artículos periodísticos / ☐ Correspondencia continuada *(Precise la relación: amorosa, familiar, etc.)* / ☐ Otros: *(especifique)*

El cuestionario, como se puede comprobar, es muy completo y ofrece muchas posibilidades de explotación, que no podré hacer en esta ocasión. Así quedan sin explotar, entre otros aspectos, las respuestas a la pregunta 19, que en otra ocasión se podrían cruzar con las respuestas a las preguntas precedentes.

También conviene resaltar que a pesar de la precisión de las cuestiones o de la invitación a concretar, no siempre se obtiene contestación a todas las preguntas; en cambio en otras ocasiones las respuestas suplen con numerosos detalles las lagunas de las anteriores.

A propósito de esto, creo oportuno ofrecer algunos datos de la aplicación. Para empezar, debo señalar que la selección de los encuestados ha sido totalmente aleatoria en lo que se refiere a los grupos y centros de BUP (Instituto de Enseñanza Media Vicente Espinel y Ntra. Sra. de la Victoria), de FP (Institutos Jesús Marín y Mayorazgo) y Universidad (Facultad de Ciencias de la Educación y de Ciencias de la Información). En todos los casos el criterio de selección fue la disponibilidad de alumnos y profesores.

En ningún caso, salvo un grupo de 40 alumnos de la Facultad de Ciencias de la Información, he aplicado la encuesta a estudiantes de mis cursos, con la intención de ser lo más neutral y no interferir en las contestaciones. En más del 90 % de los cuestionarios me he encargado personalmente de su aplicación y guiado siempre por los criterios de voluntariedad y anonimato.

Fue también este mismo criterio de no querer influir en los encuestados lo que me determinó a no leer ningún diario en esta primera fase de la investigación. En fases posteriores no rehúso una correspondencia más precisa sobre diarios concretos y tampoco su lectura (véase capítulo 4.3.).

El hecho de aplicar el cuestionario solo a estudiantes tiene ventajas de uniformidad y accesibilidad, porque no es fácil conseguir grupos tan numerosos dispuestos a contestar, y el inconveniente de que la población escolar constituye un grupo poco representativo con respecto al total de la población española. Ambos aspectos han sido tenidos en cuenta a la hora de valorar los porcentajes.

¡Todavía se escriben diarios!

En este apartado ofrezco los resultados más relevantes de la investigación, que resultan de la explotación de las contestaciones a las cuatro primeras preguntas de la encuesta.

---

702 personas encuestadas, 698 respuestas obtenidas
(204 hombres / 494 mujeres)

¿Ha llevado un diario en el pasado?
SÍ (32 % hombres / 74 % mujeres)

¿Lleva actualmente un diario?
SÍ (11 % hombres / 30 % mujeres)

La cuantificación global, teniendo en cuenta tres perfiles posibles de diaristas, se ofrece en el siguiente cuadro:

PERFIL DE DIARISTA	HOMBRES	MUJERES
1. SÍ pasado / NO presente	49	229
2. SÍ pasado / SÍ presente	17	137
3. NO pasado / sí presente	5	10
4. TOTAL	71	376

Los resultados (porcentajes y totales) se dan siempre por separados para hombres y mujeres porque, como se observa, las mujeres encuestadas están en una proporción superior de 2 a 1 con respecto a los hombres. También, porque la encuesta confirma que, aunque hay un porcentaje relevante de hombres diaristas, esta práctica es más frecuente entre las mujeres.

Es posible que, por el desconocimiento de este hábito, los resultados pudieran parecer increíbles a algunos, quizás también por desconfianza... Confieso que estos *síes* me dejaron perplejo, pues superaban, como he dicho, los porcentajes obtenidos por Lejeune en la región parisina: 11 % de hombres y 18 % de mujeres escribían en el presente un diario (1990, 24 y 51). Pero, a diferencia de su encuesta, la nuestra interrogó una población más uniforme, solo estudiantes jóvenes y adolescentes, que, como es sabido, tienen por edad e instrucción una predisposición mayor a la escritura diarística.

Las respuestas a la pregunta 2 desvelan un dato inesperado que incrementan el número de diaristas y que, a mí al menos, me sorprendió, pues un porcentaje importante (A: 20 %, B: 25 % y C: 25 %) contesta haberse iniciado muy precozmente en la escritura del diario, cuando le regalaron uno en su Primera Comunión. Estos diaristas precoces (de 8 a 10 años) son la mayoría fugaces (unos meses solo), pero otros se convierten con el paso del tiempo en diaristas de larga duración. Algunas diaristas convencidas comenzaron a esa edad, y continúan: «Mi primer diario lo tuve a los 8 años, durante 8 o 9 meses, pero empecé a escribir en serio sobre mí con 13 años y hasta ahora no lo he dejado» (A-83, 17 años); «...llevo diario desde mi primera comunión y lo escribo desde entonces» (A-38, 18 años).

Como la encuesta está realizada en una ciudad en la que la religión católica es oficial *de facto* y, prácticamente, todos los niños cumplen este rito socio-religioso de la primera comunión, no sabría determinar hasta qué punto es este un fenómeno generalizable al resto de España. Desde luego entre los encuestados por Lejeune no aparecían este tipo de diaristas precoces, como resulta lógico en un país que es laico desde hace más de un siglo. En la nuestra queda constancia de su importancia numérica y de su peculiaridad.

El hecho quizás exija una consideración más matizada, pero creo que este diarismo incitado podría ser un residuo del que, tutelado por el confesor, era frecuente en los siglos XVI y XVII, y todavía sucede dentro de algunas órdenes religiosas en las que las novicias ponen su diario a disposición de la superiora o del confesor. Es evidente que esta práctica perdura como un gesto fuera de contexto y sin otra función que perpetuar un hábito anacrónico en una sociedad, cuya posible religiosidad está atravesada también por el consumismo.

La mayoría de los encuestados contestan haber comenzado en una edad entre los 12 y los 16 años, y aunque no todos precisan el momento, de las respuestas se extraen que más del 70 % comenzó en la adolescencia. La escritura del diario en estos años de la adolescencia, período difícil, lleno de conflictos y dominado

por zozobras y angustias, es un signo de la intensidad con la que se vive, como demuestra que 316 comenzaron a escribirlo en esa edad, y otros, que lo habían empezado antes, continuaron haciéndolo también en esta.

Con respecto a la duración (segundo ítem de la pregunta 2) no siempre se consiguen respuestas precisas, aun menos de las paradas y los *reprises,* pero si se tiene en cuenta que 154 llevaron diario en el pasado y en el presente, y que la mitad de los 447 lo escribieron o lo escriben durante más de dos años, podemos deducir que su práctica ocupó un lugar importante en ese periodo de su vida para los encuestados. Para conseguir respuestas más satisfactorias sobre la *vida* del diario, de sus tiempos de efervescencia escritora o de su sequía, el cuestionario se revela insuficiente, pues ni permite extenderse al encuestado en sus respuestas, ni repreguntar al encuestador. Para conocer mejor tanto este como otros aspectos, se impone un procedimiento diferente, que particularice el conocimiento de cada diario.

La información recogida está limitada al diario de adolescentes y jóvenes, y queda de hecho fuera de la investigación el estudio de esta práctica entre los adultos. Por esta razón, he seleccionado los cuestionarios de los que tienen 26 años o más, para sondear lo que dicha práctica podría significar en una población menos uniforme que la que hemos encuestado.

Son personas que han sobrepasado la edad normal de cursar estudios, y por tanto no sé hasta qué punto son representativas. En principio, se podría obtener una idea más precisa de lo que la escritura del diario puede suponer en la vida de una persona adulta. Dentro de este grupo de mayor edad solo 31 diaristas han llevado o llevan diario. A manera de muestreo podemos cuantificarlos, siguiendo los cuatro perfiles propuestos por Lejeune según la edad: 1. Diario comenzado en la adolescencia y continuado sin interrupción o casi, hasta la edad adulta; 2. Diario durante la adolescencia; 3. Diario durante la adolescencia, y después otros en la edad adulta; y 4. Diario durante la edad adulta (Lejeune 1990, 36 y ss.). Lo que da lugar también a una mayor variedad de situaciones y prácticas diarísticas.

PERFIL 1: 0 Hombres / 3 Mujeres

PERFIL 2: 2 Hombres / 18 Mujeres

PERFIL 3: 0 Hombres / 4 Mujeres

PERFIL 4: 1 Hombres / 3 Mujeres

La cala realizada entre estos diaristas puede considerarse más representativa de una población general, en la medida que nos ilustra sobre un posible diarismo de adultos. Por tanto, señala una práctica diarística ya no exclusiva de adolescentes, pero no termina de romper la constante de que se trata de un hábito cultural predominantemente femenino.

Las respuestas a la pregunta 4 («¿Se trata o se trataba del relato de hechos externos o de hechos y pensamientos íntimos?») ofrecen un repertorio muy variado de temas y asuntos: cotidianos y extraordinarios, las relaciones entre chicos y chicas, amigos y amigas, los primeros amores, los estudios, las separaciones del entorno familiar (internado, vacaciones, viajes, etc.), los problemas («necesidades, angustias, deseos», según señala la diarista C-105). La materia de un diario ha de ser por fuerza muy heterogénea, pues como señala el diarista A-81: «Trata de todo lo que me pasa». En realidad, es difícil arrancar respuestas más precisas a los encuestados con respecto al contenido, pues tienden a reiterar lo que la pregunta les proponía: «Suelen ser textos de pensamientos íntimos pero siempre relacionados con hechos externos que producen en mí un sentimiento especial; sean buenos o malos, aunque me inspiren más los malos» (A-83, mujer). Por su carácter de resumen o síntesis y, por su singularidad, transcribo la contestación de la diarista C-277: «Se mezclan los hechos externos y las resonancias internas de estos. Todo lo que voy viviendo lo anoto, predominando los sentimientos. Los temas son los que vive una persona entre los 14 y 18 años (amistad, estudios, familia), pero el tema central de todo es mi experiencia de fe. Desde que comenzó esta hasta hoy, en que soy novicia, preparándome para ser religiosa. Es pues una búsqueda de Dios. Su llamada y mis respuestas día a día».

Por tanto, en una inmensa mayoría los diaristas definen el suyo como un diario íntimo o, aunque no siempre se explicite por qué, se inclinan a considerarlo así. En realidad, son las respuestas a otras preguntas las que nos dan la medida de su intimidad por el carácter secreto y el uso estrictamente personal, identificando los diaristas conceptos como intimidad y secreto, que, aunque a veces están próximos, no son sin duda lo mismo.

La intensidad de la práctica

Además de la duración del diario antes comentada, la intensidad de este viene dada por la frecuencia con la que se escribe y por la extensión de las entradas («Pregunta 5: ¿Con qué frecuencia escribe? [a diario, casi a diario, etc.] ¿Cuánto escribe cada vez? [una página, menos, más]»). No obstante, en muchas

encuestas se comprueba mejor la intensidad con que se escribe el diario en las respuestas sobre la lectura indiscreta de este, como veremos más adelante.

Aunque el cuestionario solicitaba precisión, es lógico que las respuestas sobre frecuencia y cantidad sean imprecisas, pues dependen de lo vivido y de sus problemas, incluso de la *inspiración,* como contestan algunos. Pero casi todos corroboran que cuanto más intensamente se vive, más se escribe.

La variedad de las respuestas es muy grande, y no todos contestan a esta pregunta, pero un buen indicador podría ser el tono de las siguientes contestaciones: «Igual escribo en un mes dos veces que en un día lo hago tres. Depende de lo que tenga que expresar, y las ganas; escribo como mínimo dos hojas. Otras diez o doce» (A-7). «Últimamente escribo todos los días, generalmente por la noche, aunque tengo etapas en las que escribo varias veces al día e indico la hora a la que escribo. Escribo tres líneas o cinco páginas, depende de lo que tenga que contar» (A-4).

Es difícil cuantificar con respuestas de este tipo, pues se podría dar la impresión de que se suman peras y manzanas. Pero si los datos sobre frecuencia (periodicidad) y extensión (cantidad) se cruzan con los de duración, se observa que los diaristas más fugaces, aquellos que escriben motivados por una crisis, un problema concreto o un hecho importante, son también muy regulares e intensos, porque, mientras dura el motivo que desencadenó el diario, escriben mucho y a diario.

Sospechaba que las respuestas sobre la cantidad habrían de ser también imprecisas, pues como advierte Lejeune, que no lo preguntaba, «el cuestionario no es la mejor forma de obtener información sobre este tema» (1990, 62). Tampoco creo que hubiese cambiado gran cosa, si hubiera preguntado por el número de páginas de los diarios escritos. No obstante, quería comprobar la posible relación entre frecuencia y extensión, como queda dicho más arriba.

Con respecto a la frecuencia se puede establecer tres perfiles de diaristas:

1. Quienes mantienen regularidad, sin duda los más numerosos, escriben a diario o casi a diario; algunos una vez por semana, en cuyo caso se recapitula lo vivido en los días precedentes.
2. Quienes escriben de manera variable o irregular, según las ganas o las motivaciones, constituyen un grupo menos numeroso y representan un tipo de diarismo esporádico o intermitente. Algunos de estos dicen haber llevado diario en un cuaderno, pero han abandonado en el presente esta idea, escribiendo en hojas o folios sueltos solo cuando tienen necesidad.

3. Quienes mezclan los dos perfiles anteriores, es decir, quienes durante un tiempo escriben con regularidad y en otro, no; o quienes habiendo tenido varios diarios, en uno lo hicieron de manera regular y en otro de forma irregular.

En cualquier caso, como apostilla Lejeune: «Habría que pedir una respuesta para cada diario escrito, y presentar una lista de respuestas. Debería saberse si la periodicidad está programada o no; si los retrasos dan lugar a excusas, remordimientos...» (Lejeune 1990, 61).

Otra medida o índice de la intensidad de la práctica se obtiene de la pregunta 8 («¿Dónde lo guarda [o lo guardaba]?») y de la 9 («¿Utiliza algún tipo de escritura secreta o clave que impida la lectura a los intrusos?»). Aunque no es posible cuantificar los «escondites», basta considerar las indicaciones espaciales más o menos rebuscadas para considerar el grado de intimidad de la escritura. De hecho, se preguntaba por el sitio donde lo guardaba, así que, cuando en las respuestas aparece implícito el rasgo semántico de escondido, hace suponer que se trata de un diario más secreto e íntimo.

En este mismo sentido es importante la escritura cifrada para esconder a los ajenos el contenido del diario. Los hay que escriben en otras lenguas (inglés, francés, portugués) como garantía de que los padres, por ejemplo, no lo entenderán. O los que se limitan a transfigurar los nombres propios o metaforizar aquellas palabras o hechos claves (de contenido sexual la mayoría) que se consideran privados. Pero también aparecen los que para asegurarse el total hermetismo se inventan una escritura secreta propia (A-111).

En relación con el carácter cifrado del diario hay que considerar también los objetos o documentos que, sin ser escritura diarística propiamente dicha, forman parte de este, y por los que se interrogaba en la pregunta 7. Su función rememorativa, una especie de *ayudamemoria,* está reforzada por su valor fetichista. El diarista tiende a insertarlos en su diario o a añadirlos en la caja, cajón o escondite, donde guarda los cuadernos a manera de recuerdos plásticos, que resumen críptica y lacónicamente lo vivido y de lo que solamente él tiene las claves. Las respuestas de algunos diaristas son muy elocuentes: «Es algo esencial para recordar» (A-91); «Me gusta guardar cosas que traigan recuerdos, buenos o malos» (A-84); «Cuando era más pequeña hacía dibujos para explicar las cosas, ahora, a veces también los hago, no para explicar, sino como a manera de jeroglíficos para que mis hermanos no lo entiendan» (A-17). Los objetos, documentos o huellas en general son muy variados: rosas secas, hojas de árbol, servilletas, un «mechón

de pelo» (mujer, B-20), «lágrimas que cayeron sobre el cuaderno» (mujer, A-84), fotos, poesías propias o ajenas, entradas de cine, calendarios con los días importantes marcados sin comentario alguno, dibujos, recortes de periódico, plumas de pájaros, cartas recibidas, cartas enviadas y cartas que nunca fueron enviadas a sus destinatarios reales.

Pero el objeto por antonomasia de la práctica diarística es el soporte de dicha escritura. El soporte se convierte en una cuestión capital para muchos diaristas que no conciben escribir su diario en otro distinto al elegido. La importancia que casi siempre tiene la elección del cuaderno, y los significados simbólicos o antropológicos, que adquiere dicho soporte como sustituto de un amigo ideal o interlocutor ausente, señalan que no es esta una simple cuestión de gusto, sino que el diarista la entiende como una extensión de sí mismo.

El cuaderno, en sus diferentes formatos, es el soporte estrella del diario: el diario de la primera comunión; el cuaderno del tipo joven romántica, pensado para las adolescentes, con cierre y llave dorados; las libretas escolares; los libros de contabilidad (dietarios) o los blocks adultos de diseño utilitario. Es tan mayoritaria y aplastante su presencia que muchos diaristas identifican este tipo de escritura con el soporte del cuaderno. Cuando este se acaba, y no se ha previsto el repuesto, se improvisa sobre folios, que se añaden o grapan al cuaderno. En proporción son escasos los diaristas que han comenzado y siguen su diario desde el comienzo en hojas sueltas. El ordenador es todavía poco utilizado como soporte del diario (entre nuestros encuestados, no llegan a la decena), aunque no hay que ser profeta para prever en muy poco tiempo un incremento de su uso también para este fin. De momento es todavía una rareza, que además choca, entre otras cosas, con la idiosincrasia de los diaristas, tal como apunta C-72: «He intentado escribirlo en el ordenador, pero me es imposible. Me expreso mejor escribiendo a mano».

Motivos y usos del diario íntimo

Las respuestas a la pregunta 10 («¿Cómo se le ocurrió empezar el diario?») insisten en dos motivos: a) para *poder recordar,* es decir, guardar memoria de los momentos importantes, positivos casi siempre; y b) como *desahogo,* descargarse de lo negativo. Ambas respuestas me parecen representativas y complementarias: aunque aparentemente contradictorias, ejemplifican bien que unos escriben cuando se encuentran bien y otros cuando se encuentran mal.

En este punto la encuesta puede atacar determinados tópicos que identifican escritura diarística con tristeza o dolor. Esta es sin duda una de sus causas (o funciones) principales, pero también sirve para expresar o salvar del olvido los momentos de júbilo o plenitud.

Quizá sorprenda esta propensión a fijar el pasado, más propia de personas adultas que de jóvenes o adolescentes. Sin embargo, subyace en esta pulsión por anotar lo vivido el ansia de arraigo y la búsqueda de una identidad propia: «... para no perder las experiencias había que contarlas» (C-169); «para escribir mi autobiografía el día de mañana» (C-196). Paradójicamente estos diaristas, que tienen todo el tiempo por delante, están angustiados por la falta de pasado, por la ausencia de una historia personal y por la posible carencia de señas de identidad.

En cuanto a la función liberadora o *higiénica* del diario —«una costumbre sana» (A-91)— la práctica está ligada a la necesidad de introspección, pero también a la comunicación, porque, en todas estas contestaciones, se detecta la búsqueda de un interlocutor ideal, en el que suele convertirse el propio diario: «un amigo discreto, no chismoso», como dice del suyo C-265. O como explica B-23: «cuando no tenía a nadie para contarle mis cosas».

Evidentemente estas son las motivaciones o las explicaciones más frecuentes que dan los encuestados, pero el catálogo de respuestas es numeroso y heterogéneo, pues se mezclan las funciones a las que acabo de referirme, con las circunstancias (enfermedad, *mili,* accidente, etc.) y las incitaciones, como el regalo, la emulación de personajes literarios o cinematográficos o la imitación de amigos o hermanos mayores.

En cambio, no parece que el medio escolar influya en la decisión de iniciar el diario. De hecho solo dos bachilleres señalan la influencia de su profesora en dicha decisión, y una monja que lo escribe por consejo de su superiora en la orden religiosa. Cabía esperar una mayor influencia de la institución escolar en esta práctica, pero es evidente que en la supervivencia del diario pesan más la tradición, los amigos o incluso los estímulos consumistas que la propia escuela. De pasada me atrevo a advertir el peligro de *pedagogizar* esta práctica, cuyo hábito perdura sin necesidad de reglas o programas; es más, pareciera que a este tipo de actividades, secretas e íntimas, le viene bien alguna oposición, incluso su prohibición, como estímulo eficaz para que no decaiga, dicho sea de manera provocadora.

La misma paradoja encontramos en las respuestas de la pregunta 11 («¿Ha abandonado la escritura del diario alguna vez? Si contestó SÍ, ¿cuál fue la razón? Especifique si hay más de un periodo o causa. Si contestó NO, ¿qué le anima a

seguirlo?»). Si para algunos atravesar un buen momento personal es motivo para no llevar diario (la mayoría puntualiza que por falta de novedades), para otros la tranquilidad y el relax le son necesarios para llevarlo, incluso la falta de acontecimientos lo propicia: «Prefiero escribir sobre algo que ya ha terminado» (A-9). En cambio, A-120 dice: «Sólo escribo cuando hay cosas importantes o estoy enfadada e incluso aburrida». Del mismo modo que para unos *salir con alguien* o comenzar una *relación* les estimula a escribir, para otros tener una pareja estable puede suponer el fin del diario: «Porque pasan cosas muy normalitas y llevo un periodo tranquilo y muy bueno» (B-35).

No por tópicas, las razones esgrimidas en bastantes contestaciones, como la pérdida de la ilusión o la falta de tiempo, hay que desdeñarlas, pues más que falta de ilusión o de tiempo están señalando la aparición de otras ocupaciones que ilusionan y para las que hay tiempo. Como botón de muestra es suficiente lo expuesto por C-225: «No sigo quizá por razones de tiempo, ese tiempo lo dedico a otras cosas».

La pregunta 11 no aparecía en el cuestionario de Lejeune, aunque en cierto modo está recogida en la 14 (sobre la destrucción del diario), pero es evidente que la destrucción, total o parcial, no supone el final, sino quizá el comienzo de otro diario o una parada circunstancial, debida a una lectura indiscreta.

Esta pregunta nos parece el complemento ideal a la 10, pues si se recuerda cómo se comenzó no creo que se olviden las razones del abandono —como piensa Lejeune (1990, 111)—, sino que las respuestas se hacen más imprecisas: cansancio, aburrimiento, pérdida del hábito, pereza, etc.

En otras respuestas encontramos implícitamente la justificación de esta pregunta, como en la de C-255, una diarista *enganchada* que explica sus razones para seguir escribiéndolo: «A veces he pensado que era una pérdida de tiempo y he intentado dejarlo, pero después he tenido la sensación de que lo que no aparecía en mi diario era como si no hubiera existido».

Lectura y relectura

Se suele decir que el diarista escribe para sí mismo, pero ¿realmente lee el autor su diario? (pregunta 12), o por el contrario, ¿permite que lo lea alguien? (pregunta 13). Las dos preguntas son claves en esta investigación, porque nos devuelven respuestas llenas de matices que por desgracia no pueden ser explotadas realmente ahora y porque, en las respuestas, nos acercamos al verdadero *uso* que el diarista hace del diario (Lejeune 1990, 93).

Las respuestas sobre la lectura del propio diario abren múltiples sugerencias sobre el papel analítico o introspectivo del diario y su posible función en la afirmación o construcción del yo. La relectura del diario y las reacciones de los diaristas (risa, extrañamiento, melancolía) ante su propio pasado o ante la imagen propia reflejada en su diario, suponen casi siempre una distancia, o un conocimiento del que se fue, a veces una confrontación entre el yo pasado y el presente. Solamente por este ejercicio autocrítico que puede suponer la relectura del diario, sería suficiente para quitarle el sambenito de narcisista que se le suele colgar a esta práctica.

En este informe me parece menos significativo el reflejo cuantitativo de la pregunta 12, pero es muy relevante que casi el 90 % de los diaristas contestan que releen el diario en alguna de las formas señaladas por el cuestionario. No es posible matizar, sin embargo, si se trata de un diario *vivo* o *muerto,* si se relee antes o después de escribir... en fin, una casuística tan amplia e interesante, que no es posible analizar. Valga como botón de muestra alguna de las respuestas a la petición de precisar las razones: «Para mi progreso personal. También me hace gracia ver qué cosas me importaban» (C-194); «Saco conclusiones distintas cada vez que lo leo» (C-182); «... necesidad de corregir lo que escribía» (C-171); «Me avergüenzo y me río de mí mismo» (A-90); «... para saber si mis ideas han cambiado y si sigo siendo la misma» (A-1).

El diario ofrece un espacio de solaz personal, de liberación e introspección, pero es, ante todo, algo secreto e íntimo, santuario de soledad (a veces también de narcisismo), que excluye la lectura de los demás, «pues nadie puede darle el valor que yo le doy, y para quitarle valor a algo, no merece la pena», como dice A-171, que no permite la lectura de su diario a nadie.

Esta es la postura más frecuente, pues el 69 % de los encuestados rechazan que alguien lo lea y cuando lo permiten —el 29 % de los encuestados— es bajo condiciones muy restrictivas y a personas muy concretas en las que se confía, o a las que, por su insistencia o presión, se les acaba autorizando a leerlo. En cualquier caso, son excepción los que permiten su lectura sin limitaciones y, en estos casos, es señal, casi siempre, de que se trata de diarios de infancia.

La mejor expresión de diario compartido es el de las adolescentes que se intercambian sus respectivos diarios, incluso escriben en el de la amiga o le piden su opinión sobre lo escrito. En este punto es notable la concomitancia entre el diario y la carta. No sería la única ni la más importante, pues, como algún diarista dice, más que llevar un diario se escribe «cartas a sí mismo».

Normalmente la lectura compartida, o consentida, se da entre amigas («mi mejor amiga, mi mejor amigo», suelen puntualizar) en número de 66 respuestas. En menor medida, y en gradación descendente, hermanos/hermanas (29), novios/novias (26), madres (8), hijos (2), una esposa y un padre. En este conjunto cabe destacar por su singularidad el diario compartido por una novicia con su superiora/tutora: «no porque tenga que hacerlo —explica— sino porque me ayuda y me conoce mejor para saber qué tiene que hacer por mí» (C-277).

En la pareja, el diario compartido corresponde a separaciones más o menos largas, pero no es muy frecuente. Normalmente, como queda claro en los datos generales, es la mujer la que escribe y el hombre el que pide o reclama la lectura del diario. Pocas acceden de gusto y algunas dicen haberlo negado expresamente, pero algunos insisten en su petición y finalmente algunas ceden solo una parte (A-148: «...a mi novio, pero sólo las cosas que me interesan»); (A-36: «... a mi amiga lo que me interesó, y a mi novio en una ocasión le leí una cosa»).

Es frecuente que esta concesión de la lectura del diario se traduzca en una claudicación o en la renuncia a la defensa de la propia intimidad, y suele ir acompañada del arrepentimiento: «Sólo lo ha leído mi novio y la verdad es que no sé la razón, por la que lo hizo» (C-108); «Mi novio que es muy *pesao* y lo quería leer» (B-34).

Destaca, entre los usos del diario, su instrumentación como arma al servicio de una estrategia de seducción. «Despertar el interés por mi vida», es la contestación de C-171, que permite la lectura del suyo; por su parte, C-194: «Dejé que mi mejor amiga lo leyera, supongo que me sentía orgullosa de lo que había escrito». Cuando menos se pretende conseguir la atención de alguien: «Aspiro a conocer a alguna persona con quien pueda compartirlo», dice C-233. Pero, sin duda, la contestación más sorprendente, la que hace sentir al encuestador cierto vértigo *voyeurista* es la que da B-32, mujer que confiesa dejar su diario al «novio de mi hermana, porque, de todas maneras, él sabe mis secretos».

La diferencia entre un diario de infancia y un diario adolescente está indicada claramente por la reserva de la lectura compartida del segundo, y lo resume muy bien la contestación de A-6: «El de la infancia lo he dejado leer, pero el de ahora no». La negativa a permitir la lectura del diario es coherente con la falta de un interlocutor adecuado o de un *amigo ideal,* pero no significa que el autor de un diario renuncie o no espere ese lector amigo, pues, sin esa expectativa, carecería de acicate su escritura.

En mi opinión esta retracción de lo íntimo indica el carácter necesario del diario para la mayoría de los encuestados. Muestra muy bien, en el caso de los adolescentes (¿solo de ellos?), la fortaleza y fragilidad de un *yo* en formación y en continua

observación o exaltación. También las respuestas expresan el sentimiento de incomprensión y el sufrimiento de los diaristas que, en este aspecto, se muestran más consecuentes con las esencias del género que la mayoría de los diarios publicados. Es evidente que estos diaristas anónimos se encuentran en las antípodas del diarismo intelectualizado, literaturizado o simplemente chismoso de algunos escritores tan en boga últimamente. Así pues, como ejemplo de la reserva del diario, valgan las siguientes contestaciones de diaristas: «El diario es lo más íntimo de una persona. Son pensamientos y sentimientos que no deben ser compartidos» (A-1); «... ciertas intimidades sólo las debe *disfrutar* el interesado» (A-172); «No podía dejar leer lo que me servía precisamente para expresar lo que no quería o no podía contar a nadie» (A-107); «No quiero que nadie sepa tanto de mí» (C-182); «No permito que nadie invada mi intimidad» (C-140).

Por estas contestaciones no resulta sorprendente y sería, como dije antes, otra forma de medir la intensidad del diario, que entre las causas aducidas para suspender la escritura de este —aparte de otras como la falta de tiempo o la ausencia de novedades— hay que destacar que la *violación* del diario, o el simple miedo a que lo sea, supone el abandono de la escritura para 60 de los encuestados. Pero los recalcitrantes siempre encuentran remedios: «Mi hermana lo leyó sin mi permiso y me sentí vacía. No me gustó (...) y lo dejé, pero al inventarme la escritura secreta volví a ello» (A-111). De la fuerza con que defienden su intimidad y de su resistencia a los intrusos da una idea bastante exacta el comentario de C-254: «Preferiría andar desnuda por la calle».

La suerte del diario: ¿conservación o destrucción?

En las respuestas de la pregunta 14 («¿Alguna vez ha destruido todo o parte de su diario?») se puede adivinar el desgarrón psíquico o la amputación moral, que debió de suponer para los diaristas la destrucción de sus diarios: tan unánime como el rechazo a permitir la lectura es el deseo de conservarlo. La comprobación de que ha sido leído, el temor a que lo sea y el miedo al ridículo apuntado por muchos encuestados les obligaron a una medida tan traumática.

La mayoría de los que confiesan haber destruido, total o parcialmente, alguna vez su diario (36 %) apunta esa causa; concretamente 22 lo rompieron al comprobar la lectura indiscreta y 36 por la sospecha de que esto pudiera ocurrir.

Algunas respuestas dan el matiz personal que le faltan a los números: «El segundo diario lo destruí cuando conocí a mi marido, porque en él contaba citas

con otros chicos» (C-16); «Cuando me eché novio, ya que era muy celoso» (C-8); «... porque era demasiado fuerte, para que mi madre lo encontrara y lo leyera» (C-279); «... porque a mi novio no le gustó que tuviera escrito algo de otro chico muy íntimo» (B-95); «Cuando cambié de novio, por petición suya» (B-59).

Las respuestas sobre la destrucción ofrecen aspectos muy interesantes sobre la vida del diario. Una de las razones que más se esgrime es el desamor o el enfado con la pareja. Se trata en todos los casos de mujeres y parece que los suyos eran diarios de enamorada: cuando la relación acaba, se desencadena un deseo (auto) destructivo. Diez diaristas declaran haberlo destruido bajo esta influencia, pero también se puede husmear esta misma razón bajo los que contestan *para olvidar:* «Cuando terminé con un chico» (C-99); «Estaba dirigido a un chico y releerlo era acordarme de él» (C-109); «... porque sientes que lo que sentías se ha roto y no tiene sentido guardarlo por más tiempo» (A-172); «Para olvidar y borrar parte de mi vida» (C-47).

En estas ocasiones destruir el diario es sin duda el medio más seguro para olvidar el dolor, para no recordarlo o para evitarlo. Pero también subyace aquí la necesidad de borrar aquello con lo que uno ya no se identifica, por desacuerdo con el diario o con la imagen propia reflejada. Cabría hablar de un narcisismo *a posteriori:* el rechazo del *yo* del pasado, destruido por el *yo* presente que se cree o se quiere diferente, es decir, mejor, y a veces arrepentido de lo que fue: «Creo que eran cosas muy fuertes que luego me he arrepentido de ellas» (C-118); «... porque en el pasado me he comportado de forma que en la actualidad no va conmigo» (C-251); «Cuando leí lo que había escrito no me pareció interesante, y pensé volver a empezar» (C-84); «Me pareció un poco estúpido y me veía una persona cambiada y con otros pensamientos distintos a cuando lo escribía» (C-246); «Cuando he deseado destruir metafóricamente acontecimientos de mi vida que no me han gustado» (C-187); «... aquello no casaba para nada con mi vida. Además no soporto mis propios comentarios. Era un diario muy cínico, escrito con la intención de que mi hermana lo leyese y leyera lo que yo escribía sobre ella» (A-169); «... porque eran notas de una parte de mi vida muy negativas, que eran muy tristes y había que empezar arrancando esas hojas. Así empecé a ver la vida con otra luz» (B-26).

Sin embargo, no todos los diaristas se muestran tan seguros de la destrucción del diario como este último ni de la bondad de hacerlo, pues bastantes se lamentan de ello: «Creo que a los dos años de empezarlo y no sé por qué. Ahora me arrepiento de haberlo destruido» (C-12); «Fue un arrebato del que ahora me arrepiento» (C-269).

El cuestionario pregunta también por el medio de destrucción y en las respuestas obtenidas gana por abrumadora mayoría (63) la destrucción con las manos: hecho pedazos, arrugadas las hojas o arrancadas, rotas con tijeras o con otra herramienta. A mucha distancia se sitúan los otros medios de destrucción: fuego (16), basura (15), ácido (1) y al reciclado de papel (1). El medio de las manos transmite la idea de una destrucción arrebatada, apasionada, poco calculada; los otros medios presuponen una ocasión propicia, mayor decisión y cierta alevosía.

Las respuestas nos proporcionan información muy general sobre el modo de destrucción, pero se intuye que en el arranque o corte de hojas hay una forma perfeccionista de concebir el diarismo, pues da la impresión de que algunos escriben y arrancan simultáneamente, cuando no se encuentran satisfechos del resultado o del estilo conseguidos.

La pregunta 15 («¿Le preocupa el destino de su diario? ¿Qué piensa hacer en el futuro con él?») indaga en las intenciones con respecto al futuro del diario. No pregunté directamente si lo pensaban conservar o destruir, sino que les hice una pregunta más abierta. 153 se muestran dispuestos a conservarlo, pero muestran sus dudas o atisban los problemas que conlleva un diario *muerto,* pues son conscientes del riesgo o del lastre que supone guardarlo: «Conservarlo lo más protegido que pueda; algunas cosas podrían perjudicar gravemente a mi familia» (A-171); «Lo voy a esconder para siempre» (B-97).

De los que quisieran conservarlo, algunos no descartan la destrucción, aunque ello suponga una decisión dolorosa: «Sí, pero no sé qué hacer. Supongo que quemarlo, sería como quemar mi vida» (C-255). Es decir, que incluso quienes nunca destruyeron el diario, y sin preguntarlo explícitamente, contestan que se les había pasado por la cabeza.

En muchas ocasiones contestan no haberse preocupado nunca por el futuro de su diario, pero su reacción casi unánime es la de conservarlo. Las respuestas-tipo podrían ser: «Nunca lo había pensado, supongo que guardarlo» o «No sé qué hacer con él pero lo llevaré siempre conmigo». Pero, en realidad, las respuestas confirman el problema de la conservación para diaristas jóvenes o adolescentes.

Entre los que están seguros de su conservación aflora un deseo de posteridad o una conciencia prematura de la muerte: «Me gustaría que se lo encontrara algún familiar cuando yo haya muerto» (B-29); «Dejarlo a mis futuros hijos y nietos» (B-95); «... que me entierren con él (lo digo en serio)» (C-270); «Pienso

quedármelo siempre conmigo, incluso en la tumba» (A-13); «Cuando muera no me gustaría que se leyese» (B-112). En fin, entre estos dos extremos andan algunas de las previsiones de los diaristas: legar a sus descendientes sus secretos —no sin humor, como en la contestación de A-57: «Para que lo lean mis hijos y se rían»— o llevarse los secretos a la tumba. Un caso extremo de vacilación lo representa la contestación de C-266: «En el futuro quiero llevarlo a la tumba conmigo y, por otro lado, quiero que se publique».

Pero las pretensiones de publicar el diario por las que se preguntaban explícitamente en la pregunta 16 («¿Alguna vez ha proyectado o deseado publicar el diario o parte de él?»*)* son tan minoritarias (42 de los 417 diaristas), que nos remite nuevamente a la concepción íntima y secreta del diario lejos de cualquier intención editorial.

Los que no llevan ni llevaron diario

Las preguntas 17 («Vd. nunca ha escrito un diario personal. ¿Tuvo, sin embargo, alguna vez la idea de empezarlo?») y 18 («Si contestó SÍ, ¿qué impidió la realización de esta intención? Si contestó NO, precise las causas») recogen las opiniones de los 251 que nunca llevaron diario. Como indica Lejeune (1990, 123), la valoración implícita que la encuesta hace de la práctica diarística condiciona sin duda las respuestas. Además, el cuestionario (hay que reconocerlo) se hace insistente en este punto, como si tuviera interés en recuperar a los *extraviados*. No sé si por esta razón, o porque es auténtica, la mayoría de estos *no-diaristas* contestan haber tenido intención de llevarlo (159, sí; 92, no).

El cuestionario insiste en preguntar la razón de no haberlo llevado. Aquí las reacciones son indicativas de dos posturas: a) quienes se sienten en falta (quizá el cuestionario se encarga de crearles mala conciencia) se ponen a la defensiva y buscan excusas o justificaciones: pereza, olvido, inconstancia, falta de tiempo, no saber escribir, miedo a la indiscreción o pudor, y b) quienes reafirmándose en su desinterés, unas veces muestran su indiferencia lacónica, en otras toman la ofensiva y lo rechazan abiertamente: «... porque paso» (C-294); «No necesito escribir lo que me pasa (...) no podemos mirar tanto hacia atrás: podemos convertirnos en sal» (C-285); «... porque siempre he tenido alguien a quien contárselo» (B-194); «Nunca me lo he planteado realmente porque me parece aburrido. Pienso que un diario es mi propia mente. Por la noche cuando me acuesto hago un repaso personal de lo hecho durante el día y ése es mi diario» (A-92).

Por último, dos respuestas curiosas por razones bien distintas. Una conciliadora, pues después de afirmar su desinterés por la escritura del diario, le tiende la mano al encuestador: «Nunca me lo he planteado, ya que no he visto la necesidad, y francamente no me ha interesado. Sin embargo, mi hermana, nacida en 1981, sí lo escribe» (C-321).

La otra me pone la miel en los labios, pero no contestó a la encuesta, porque «... una amiga y yo escribimos periódicamente desde 1989, los sucesos destacados en nuestras experiencias vividas juntas» (C-318). Es decir, un verdadero diario escrito *a dos manos,* que la encuestada ¡ay! pensó que no se adaptaba a lo pedido.

Final

Por las contestaciones de este tipo, y por las limitaciones y lagunas de esta investigación ya comentadas, soy consciente de que la encuesta, aunque nos proporciona mucha información interesante, nos ofrece todavía un pálido reflejo del fenómeno. En primer lugar, porque no permite medir la extensión del hábito entre la población general y, en segundo lugar, porque tampoco puede profundizar en la variedad de diarios y de maneras de llevarlos, como los que se adivinan en las respuestas.

Ahora, después de esta encuesta, a la que podrían seguir otras del mismo tipo para confirmar o desmentir los resultados de esta, me propongo continuar la investigación en otras direcciones: a) con la idea de remediar lo primero, queremos proponer al Centro de Investigaciones Sociológicas la inclusión, en una de sus encuestas, de alguna pregunta sobre la escritura del diario íntimo; b) para lo segundo, me gustaría indagar en los diaristas de todo tipo, con diarios sobre cualquier tema que se escriben o se han escrito de manera intensa y prolongada. La primera línea propuesta. Desgraciadamente, no se pudo realizar; a pesar de intentarlo y de haber incluso propuesto un posible cuestionario con vistas a sondear el porcentaje de españoles que tuviesen, entre sus hábitos culturales, la escritura de un diario, no logré nada en dicho centro de investigación sociológica. Quede al menos aquí constancia del intento y una incitación renovada para las autoridades competentes. De la segunda propuesta, además de los testimonios anteriores, se puede leer el estudio que sigue, «Las hijas de Anna Frank».

Cifras de la encuesta por niveles educativos

ENCUESTA A LOS ESTUDIANTES DE BUP

LOS DATOS:

ENCUESTAS REALIZADAS: 181
CONTESTADAS: 180
SIN CONTESTAR: 1

HOMBRES: 62 (34,5 %)
MUJERES: 118 (65,5 %)

PORCENTAJE DE DIARISTAS POR SEXOS:

A) HOMBRES (DE 62 → 25) 40,3 %
EN EL PASADO: 37 %
EN EL PRESENTE: 16,1 %

B) MUJERES (DE 118 → 97) 82,2 %
EN EL PASADO: 78,8 %
EN EL PRESENTE: 45,7 %.

CUADRO DE LOS RESULTADOS:

PERFIL DE DIARIO	HOMBRES	MUJERES
1. SÍ pasado / NO presente	15	43
2. SÍ pasado / SÍ presente	8	50
3. NO pasado / sí presente	2	4
4. NO pasado / NO presente	37	21

ENCUESTA A LOS ESTUDIANTES DE FORMACIÓN PROFESIONAL

LOS DATOS:

ENCUESTAS REALIZADAS: 197
CONTESTADAS: 197

HOMBRES: 66 (33,5 %)
MUJERES: 131 (66,5 %)

PORCENTAJE DE DIARISTAS POR SEXOS:

A) HOMBRES (DE 64 → 14) 21,2 %
EN EL PASADO: 19'6 %
EN EL PRESENTE: 6 %

B) MUJERES (DE 131 → 83) 63,3 %
EN EL PASADO: 60,3 %
EN EL PRESENTE: 22,1 %

CUADRO DE LOS RESULTADOS:

PERFIL DE DIARIO	HOMBRES	MUJERES
1. SÍ pasado / NO presente	10	54
2. SÍ pasado / SÍ presente	3	25
3. NO pasado / SÍ presente	1	4
4. NO pasado / NO presente	52	48

ENCUESTA A LOS ESTUDIANTES DE UNIVERSIDAD

LOS DATOS:

ENCUESTAS REALIZADAS: 324
CONTESTADAS: 321
SIN CONTESTAR: 3

HOMBRES: 76 (23,7 %)
MUJERES: 245 (76,3 %)

PORCENTAJE DE DIARISTAS POR SEXOS:

A) HOMBRES (DE 76 → 32) 42,1 %
EN EL PASADO: 39,4 %
EN EL PRESENTE: 10,5 %.

B) MUJERES (DE 245 → 196) 80 %
EN EL PASADO: 79,1 %
EN EL PRESENTE: 26,1 %

CUADRO DE LOS RESULTADOS:

PERFIL DE DIARIO	HOMBRES	MUJERES
1. SÍ pasado / NO presente	24	132
2. SÍ pasado / SÍ presente	6	62
3. NO pasado / sí presente	2	2
4. NO pasado / NO presente	44	49

4.2. PERO ¿QUIÉN ESCRIBE DIARIOS ÍNTIMOS? LLAMAMIENTO AL TESTIMONIO

Hace un año terminé una investigación sobre el diario íntimo en la que, a través de un cuestionario escrito de 19 preguntas, consulté a 700 estudiantes malagueños de diferentes niveles escolares: BUP, FP y Universidad. Quería saber si todavía hoy, en la época de la cultura audiovisual y del ocio y el consumo televisivos, pero también la época del acceso generalizado a la enseñanza, los jóvenes seguían llevando diarios, como parece que fue frecuente en el pasado. Los resultados fueron concluyentes, y el elevado número de diaristas me sorprendió a mí mismo, que no habría emprendido quizá esta investigación si no hubiese esperado obtener datos positivos.

De los 700 estudiantes encuestados, el 32 % de hombres y el 74 % de mujeres contestaron que habían llevado diario y el 11 % y el 34 % que lo llevaban en aquel momento. En total 447 de los encuestados, 71 hombres y 376 mujeres, han llevado alguna vez un diario en el pasado o en el presente. Estos datos, y otros obtenidos en la encuesta, daban este perfil de diarista: persona de sexo femenino que, entre los doce y veintidós años, ha llevado diario en diferentes momentos y con intensidad variable.

Pero este perfil, general y esquemático por fuerza, no da cuenta de la variedad de diarios y de los modos distintos de llevarlos. Sin ir más lejos me excluye a mí como diarista, hombre de 45 años. El mío es un caso tardío, pues, aunque en la adolescencia llevé diario (es una pena para mí, pero los cuadernos se perdieron), no ha sido hasta hace dos años cuando lo he retomado por el gusto de anotar los *progresos* de mi hija, así como para exorcizar malestares varios y, cómo no, por prurito investigador.

Mi cuaderno actual tiene forma de libro con pastas duras y está ilustrado con un grabado y un dibujo de M. C. Escher. Podría escribir en cualquier otro soporte, pero prefiero hacerlo en este tipo de cuadernos por puro fetichismo, del mismo modo que me gusta pegar algunas fotos, cartas o documentos que resuman o simbolicen entrañablemente lo ocurrido. Tiene unas 200 páginas, lo comencé en las navidades pasadas y, seis meses después, aunque no puedo escribir con la frecuencia que me gustaría, estoy a punto de acabarlo.

Lo compré en Barcelona hace unos meses junto con otros similares, pero este me llamó enseguida la atención y lo encontré muy adecuado para un diario. Escher es uno de los dibujantes que me gustan, y el grabado de la portada de mi cuaderno, como suele verse en sus perspectivas ambiguas o irreales, muestra muy bien el *continuum* de las representaciones *escherianas*, donde el cielo y el mar, el comienzo y el final, lo posible y lo imposible se mezclan y se confunden. En la contraportada,

el cuaderno se adorna con un autorretrato del pintor, en el que este se mira a sí mismo, pintándose con ojos fijos e introspectivos y un aire de suave escepticismo.

Me atrevo a decir que el diario, como los dibujos de Escher, es un género lleno de paradojas, pero no pretendo decir qué es y qué no es un diario: cada uno lo concibe por motivos y fines particulares. Lo curioso de su escritura es que, queriendo aprisionar el presente fugaz e instantáneo, acaba siempre abriéndose al futuro más lejano, es decir, a la muerte. Todos los diarios se plantean su destino futuro y los lectores que encontrarán, cuando el autor desaparezca. Y a la postre, por elíptico, exterior o trivial que parezca termina dando una imagen de su autor, su autorretrato, a veces oblicuo e involuntario.

No hay por tanto ningún diario banal, porque todo lo que en él se escribe representa a su autor, desde los elementos materiales más externos hasta los contenidos más reservados. Unos pueden interesarnos más que otros, su escritura parecernos más acertada o su finura de análisis mayor, pero ninguno es frívolo o superfluo para el que lo escribe. Un diario personal siempre nos compromete, como autor o como lector indiscreto. Incluso, cuando se nos franquea el acceso a uno, sin pedirlo ni desearlo, nos envuelve cierta inseguridad y desasosiego, pues se nos invita a entrar en un terreno personal, que podría dar lugar a equívocos o problemas.

El diario es íntimo, por eso somos tan reacios a que nos lean, y cuando esto sucede contra nuestra voluntad (en la encuesta citada hay muchos ejemplos de esto) algo muy personal se rompe y supone casi siempre el parón o la crisis de su escritura. ¿Escribimos para nosotros mismos? Yo, en mi caso, al menos, sí, y no solo porque no permita leer a nadie mi diario, sino, porque, en realidad, releo con frecuencia lo que voy escribiendo, busco mis fallos e intento corregirme.

Sin embargo, mi diario, como la mayoría, busca o diseña además un *lector ideal,* que ya no soy yo, sino un *alter ego* utópico, lejano, imposible. El mío en parte está escrito para mi hija, no la real o la que será cuando lo pueda leer o entender, sino una hija ideal que todo padre concibe mentalmente. Es mi herencia escrita para ella. No será gran cosa, pero será mi palabra. Un puente entre los dos, que excluye a los demás y aspira a quedar, en el ámbito de lo privado, inédito.

El hábito de llevar diario no es siempre bien entendido por los que no lo llevan, ni tampoco a veces por los propios diaristas. Los primeros porque, desconociendo lo que significa un diario íntimo, lo rechazan o lo desprecian sin más, tildándolo de narcisista e inmaduro. Los últimos porque, entendiéndolo como un síntoma de debilidad, rara vez se refieren a él o niegan el hecho de llevarlo, como si se tratase de un vicio nefando o una enfermedad contagiosa, que tuviesen que esconder.

Personalmente, no creo que por llevar diario sea raro, narcisista o inmaduro. O por lo menos no lo soy más que los que nunca lo han llevado. Defiendo su carácter íntimo, secreto, irreductiblemente personal, pero también reivindico su dignidad frente a los que pretenden desprestigiarlo y condenarlo a perpetuidad en prisiones vergonzantes. Si esta investigación sirve para contribuir a una mayor consideración social de esta práctica cultural, yo me daré por bien pagado.

Para terminar, vuelvo al principio. Ya he dicho que hice una investigación por cuestionario de la que obtuve importantes datos sobre la escritura de diarios. Pero este procedimiento, aunque me ha servido para iniciar mi trabajo, presenta limitaciones evidentes y da un pálido reflejo de un fenómeno que juzgo mucho más complejo y mucho más personal, que lo que pueda deducirse de una encuesta.

Por esta razón busco ahora el testimonio de personas corrientes que, de manera intensa o apasionada, lleva un diario, capital en su vida, por la razón que sea. Me gustaría que me escribiesen una carta contándome las peculiaridades de su diario, con el máximo de detalles. No pretendo, desde luego, violar la intimidad ni indagar en su biografía. Aspiro a que se conozca esta práctica íntima, sin que lo íntimo sufra ni se desvirtúe. Esta es sin duda la mayor dificultad de este trabajo, pero también una apuesta sin la que no podría conseguir opiniones particulares, variadas y matizadas.

Se trata, sobre todo, de que me comuniquen los hábitos y circunstancias de su escritura, de destacar algunos de sus aspectos más singulares. Si quieren colaborar conmigo, escríbanme a la dirección que doy abajo. A partir de esa primera carta, yo personalmente le contestaré. Pueden estar seguros de mi reconocimiento a su digna y apreciable práctica, de mi deontología de investigador y de mi discreción de diarista.

4.3. LAS HIJAS DE ANNA FRANK: DIARIOS Y ADOLESCENCIA

> La adolescencia y la juventud son los únicos periodos que merece la pena vivir. Después, uno se repite.
>
> Charles Juliet, *Journal*

> La adolescencia es el momento en que más se encuentra la vida y, sin embargo, en el que más se va contra la vida.
>
> R. Gómez de la Serna, *Automoribundia*

Después de los sondeos por cuestionario y de los testimonios epistolares de los diaristas, en los que comprobé que la inmensa mayoría de los diaristas corrientes eran mujeres que habían comenzado a llevar diario de manera prácticamente invariable en la adolescencia, busqué en los fondos de la Biblioteca Nacional de Madrid los diarios de muchachas adolescentes *corrientes*. El resultado, tengo que confesarlo, fue escaso y poco representativo.

Lo que encontré nada tenía que ver con este tipo de diarios. Entre los escasos diarios publicados, predominaban los de muchachas cuyas vidas se consideraban edificantes, de acuerdo con la moral política y religiosa del franquismo. Como botón de muestra citaré dos: *Así era María del Carmen. Su diario espiritual,* de María del Carmen López Manchado, y el *Diario de Juani,* que firman Mariano Civera y José Ramos. Ambos diarios responden a un mismo esquema e intención. Se trata de dos vidas ejemplares de jóvenes modélicas, que murieron, en ambos casos, de manera prematura y dramática. La primera, a los 21 años, a consecuencia de una grave enfermedad y la segunda, a los 19, al ser arrollada por un tranvía en la ciudad universitaria de Madrid. María del Carmen combina a la perfección el paradigma femenino de la época: es una convencida propagandista de la Acción Católica y una patriota, «al estilo de la gran reina castellana Isabel la Católica», tal como ella misma se define. Ya en los meses finales y en el lecho de la enfermedad anota el consejo que le ha dado a una joven: «Hazte de Acción Católica. Es un alto honor ser soldado de Cristo dentro de la Acción Católica». Por su parte, el diario de Juana Ayuso es «un testimonio de auténtico cristianismo» en palabras de sus editores, que han seleccionado y comentado el diario, suprimido y resumido según criterios que no explican. Hasta aquí los diarios publicados. De inéditos, no había ni rastro.

Por esta razón, me he dedicado a estudiar los contados diarios de adolescencia inéditos que, por mis escasos medios, he podido conocer en los últimos años. En su variedad, tienen en común haber sido escritos por muchachas adolescentes, que llevaron diario en los años setenta y ochenta del siglo XX. Personalmente, encuentro estos cuadernos más interesantes y mucho más representativos de este tipo de diarios que los citados. Me ocuparé sobre todo de tres, que denomino con el nombre de sus autoras: *Diario de Antonia* (pseudónimo), *Diario de Ester,* de Ester Astudillo, y *Diario de Rosa,* de Rosa García, pero tendré en cuenta también una decena más igualmente inéditos. Todo lo que aquí pueda concluir debe ser entendido como una hipótesis y está necesariamente restringido a estos cuadernos, por tanto, no pretendo generalizarlo a los que desconozco.

Como se puede deducir, si se atendiera solo a los diarios publicados, podríamos hacernos una idea muy errónea de los diarios adolescentes, podríamos pensar incluso

que este tipo de diarios no ha existido en España. Con esto quiero subrayar que para conocer qué son de verdad los diarios de adolescencia debemos abandonar lo que está publicado y adentrarnos en la inmensa masa invisible de diarios desconocidos pertenecientes a jóvenes igualmente desconocidas. Dicho en pocas palabras, me coloco por convicción y por necesidad en la vía abierta por Philippe Lejeune para estudiar la práctica diarística. Como hemos visto en el capítulo primero, entre las numerosas aportaciones de este profesor francés al conocimiento de los diarios cabe destacar el haber desplazado el estudio sobre los diarios en forma de libro, como se había hecho siempre, a la investigación de la práctica, contenido y circunstancias de los diarios inéditos. Con este cambio de perspectiva Lejeune ha ido revelando en sus sucesivos trabajos un territorio ignoto. Hasta entonces, los estudios literarios solo tenían en cuenta un pequeñísimo porcentaje de los diarios y se desentendían de la mayoría, que no suele alcanzar el honor de la imprenta. Como es sabido, edición y escritura diarística no se corresponden en absoluto, son dos mundos distintos. Lo ideal sería que, en la medida de lo posible, se pudiesen aproximar para que se conservase alguna representación de los diarios de la gente común.

Desde que tenemos datos precisos sobre la práctica diarística contemporánea sabemos que el inicio de la escritura del diario está ligado casi siempre a la edad adolescente (Lejeune 1990, y Alberca 1996 y 1997). Por otra parte, en España, el diario ha padecido un desprestigio inmemorial y los diaristas han sido tachados de narcisistas o de inmaduros. En esto como en tantos aspectos que conciernen a la escritura autobiográfica en España, se percibe la herencia negativa de la moral católica y de la intolerancia social, que han fustigado tradicionalmente al *yo* y su libre manifestación.

Por estas razones, a pesar de que el diario llevado en la adolescencia es el diario por antonomasia, también el más numeroso y uno de los de mayor relevancia social y antropológica, apenas se le ha prestado atención. En el menosprecio de estos diarios, además de la falta de curiosidad intelectual y del rechazo moralista antes referido, ha pesado también el prejuicio de los estudios literarios que limitan o discriminan lo literario con criterios aristotélicos muy restrictivos. Esta cuestión merecería en otro momento una atención más pormenorizada, y aceptaré de buena gana que hablar de los diarios de adolescencia supone asumir que uno se coloca voluntariamente fuera de lo que se entiende por literatura con mayúsculas. La exclusión de tan selecto club la encuentro coherente, pues, entre otras razones, en los diarios adolescentes late una idea de literatura radicalmente distinta, que pone la escritura al servicio de la vida y no al revés.

He dividido mi trabajo en tres apartados en un deseo de abordar las cuestiones que considero centrales para conocer el diario de las adolescentes: el aprendizaje,

el contenido y la función de sus diarios. Dicho de manera interrogativa: ¿Cómo aprenden a llevar diario? ¿Qué anotan o cuentan en sus diarios? ¿Qué función cumple la escritura del diario?

El aprendizaje del diario

La primera consideración que cabe hacerse es si el diario es una práctica natural o aprendida. A juzgar por la aparente facilidad con la que surgen los diarios adolescentes y la abundancia de estos se podría pensar que es algo consustancial a la edad, pero no hay tal. El hecho de escribir un diario es antes que nada un hábito cultural, estimulado por un determinado cuadro socio-cultural. Existe una cierta predisposición psicológica a que en esa edad los jóvenes, las chicas, sobre todo, anoten sus inquietudes y experiencias; pero ni es natural ni espontáneo, porque el hecho de escribir de manera solitaria y secreta y sin afán de comunicarlo lo que se acaba de vivir, puede ser cualquier cosa menos natural.

Entonces, ¿cómo aprenden a llevar diario? Las dificultades de este aprendizaje y la falta de modelos las destacan las propias diaristas que reconocen que no saben cómo se *hace* o cómo se debe llevar un diario. Comienzan su diario de manera intuitiva y con escasas referencias de lo que es un diario, pues, entre otras razones, la mayoría nunca ha leído uno. Pero empiezan, se lanzan a la escritura como los nadadores neófitos se tiran a la piscina, con más valor que arte. El *Diario de Antonia* es muy ilustrativo de esto, porque en el comienzo de su primer cuaderno se nota que ha arrancado varias hojas, lo que supone una corrección tanto literaria como moral:

> He intentado muchas veces empezar este diario, pero siempre sin éxito porque no me gustaba lo que escribía, o porque me parecían tonterías y lo he roto, pero esta vez es distinto, porque siento una fuerza dentro de mí que me impulsa a escribir mis ideas, las cosas que me ocurren y lo que pienso sobre todo lo que me rodea (28 de junio de 1978, miércoles).

Casi un año y medio después, las mismas dudas subsisten. Tras haber escrito el primer cuaderno, Antonia se apresta a comenzar el segundo y en la primera entrada de su cuaderno nuevo insiste otra vez que no sabe cómo se escribe un diario:

> La verdad es que a pesar de haber escrito uno no sé cómo se hace. En el otro sólo ponía tonterías, aunque tengo el presentimiento de que en éste las seguiré poniendo. No sé si debería hacer un pequeño resumen de todo lo que me ha pasado desde entonces hasta estas fechas (Diario de Antonia, 26 de septiembre de 1979).

A pesar de la inseguridad y de la falta de referencias o modelos diarísticos, el *Diario de Antonia* y el resto de diarios citados al comienzo son ejemplos de cómo en la España de los años setenta la falta de tradición editorial diarística y la escasa lectura de diarios no impidió su práctica entre las personas corrientes, en particular entre las muchachas adolescentes. Sin embargo, las dudas son muchas, y motivan preguntas de interés: ¿Cómo se trasmitió el hábito de llevar diario? ¿Cómo aprendieron las adolescentes? ¿Por qué o por quiénes fueron estimuladas?

En este sentido cabe señalar tres estímulos: los diarios editados, la influencia familiar de la que es corolario o prueba el regalo del cuaderno y, por último, el círculo de amistades, que, como es sabido, es tan influyente o más que la familia en esta edad. Hay un cuarto ámbito de influencia que es la escuela, pero en los cuadernos o testimonios que conozco su influencia es inexistente.

Los diarios publicados

El título de este estudio alude al influjo del diario de Anna Frank en el desarrollo del diarismo de las adolescentes españolas del último tercio del siglo XX, especialmente a partir de finales de la década de los setenta y sobre todo en los ochenta, cuando las ediciones de bolsillo permitieron una popularización del libro entre las lectoras más jóvenes. Las hijas que Anna Frank nunca pudo tener habrían coincidido más o menos en edad con las muchachas que escribieron los diarios que aquí estudio, en los cuales, a veces de manera explícita, está impresa la huella de la muchacha judía. Es como si su ejemplo hubiese fructificado en las diaristas adolescentes, cumpliendo por caminos imprevistos la función educadora que ella soñaba ejercer en sus hijos: «Pienso —apostilla Anna Frank en su *Diario* después de una de las regañinas de su madre— que cuando tenga hijos querría ser para ellos la mamá que me imagino».

Por tanto, a falta de modelos literarios españoles, el ejemplo más sobresaliente para las adolescentes españolas del último cuarto de siglo, como para las muchachas europeas antes, lo constituyó el *Diario* de Anna Frank. Por lo general, estas diaristas quieren imitarlo, su lectura les ha impresionado por razones obvias y lo convierten en un modelo a emular y en un estímulo permanente del suyo. La madurez de juicio de Anna y su inteligencia quisieran tenerlas para ellas, pero la figura de la víctima del holocausto, su coraje y valentía les hace sentir insignificantes a su lado. Rosa, por ejemplo, comienza su diario con catorce años, cuando acaba de leer el de Anna Frank. Con anterioridad, tal como anota en el comienzo del suyo, ha habido otros intentos que fracasaron porque alguien los leyó, aunque reconoce que solo anotaba cosas estúpidas como los deberes o lo que había

comido. Ahora no. Ahora está más segura y convencida de lo que quiere escribir. Coge un bloc de matemáticas sin acabar del curso anterior, y para camuflar el diario lo etiqueta en la portada como si fuese de Religión, y comienza a escribir su primer diario, merecedor a su juicio de tal nombre, viva aún la impresión que le ha producido la lectura de Anna Frank. En la primera entrada de su diario, después de los consabidos protocolos de privacidad y castigo eterno a los indiscretos que osen leer sus secretos, hace un emocionado panegírico de su admirada Anna:

> La lectura del libro de Ana Frank me ha proporcionado la verdadera imagen del diario, que es como si fuera el confesor de tu corazón. Voy a tomarlo como modelo para la elaboración de éste mi diario. Desde luego no se parecerá en nada, puesto que la vida de Ana Frank es totalmente distinta a la mía. Ella vive en una época más atrás, gobernada por fanáticos del poder, por locos (me refiero a Hitler y compañía) [...]. Jamás se podrá comparar su juventud perseguida con la mía casi en total libertad... (Diario de Rosa, 10 de septiembre de 1987, inédito).

Hasta donde puedo saber, esta influencia es tardía en España y lógicamente va ligada a la manera en que se difundió el libro entre nosotros. Por ejemplo, en el capítulo tercero, «Testimonio del diario» se puede también apreciar la huella que dejó la lectura de Anna Frank en algunas diaristas que allí hablan de su diario. La primera traducción al castellano del diario de Anna Frank se publicó en Argentina en 1952, con un emocionado y acertado prólogo de Daniel Rops. Esta sería, por tanto, la primera edición en lengua española del diario que tuvo escasa difusión en la España de aquel tiempo. La primera traducción hecha en España, con el título de *Las habitaciones de atrás,* es de 1955, aunque el depósito legal consta de 1958.

Por los registros de la Biblioteca Nacional de Madrid y de las sucesivas ediciones y reediciones del diario, se puede deducir que hasta finales de los sesenta y sobre todo a partir de la mitad de los setenta, en que aumentan considerablemente las reediciones del libro, el diario de Anna Frank no circuló con la normalidad con la que se difundió en la Europa democrática. Pero se puede asegurar que, en el tardofranquismo y en los albores de la democracia, el ambiente socio-político de aquellos años y, sobre todo, la publicación del *Diario* en edición de bolsillo hicieron que el diario ocupase un lugar preferente entre las lecturas adolescentes, desplazando a los falsos diarios del abad francés Michel Quoist, que habían tenido una inmensa fortuna entre los jóvenes españoles de los años sesenta, constituyéndose en una lectura catequística, formativa y ejemplar. Dicho con otras palabras, el modelo de diario adolescente laico o no confesional que representa el diario de Anna Frank vino a sustituir el modelo ideal y católico de *Dar. Diario de Ana María* y de *Amar. Diario de Daniel*.

La influencia de la familia

Pero, además de la lectura de diarios, reales o ficticios, su aprendizaje y su práctica se han producido por lo general gracias a la motivación de la familia o de alguna persona del entorno familiar. A veces bastó ver a una hermana mayor, una tía o al abuelo, concentrados en la escritura para que ese gesto adquiriera automáticamente un prestigio cultural, espiritual o de mayoría de edad a la vista de la adolescente, para que quisiera imitarlo. En estos casos, el regalo de un cuaderno fue el estímulo inmediato para el inicio de la escritura, como lo fue para Anna Frank que recibió un cuaderno con cerradura como regalo por su duodécimo cumpleaños. Esa misma fue la motivación inicial para que Antonia y Ester, que lo reciben de su abuela y de su madrina respectivamente, comenzasen a escribirlo. Pero si no hay otros estímulos culturales en el entorno de la familia, la práctica decae al poco tiempo. Si el incentivo del regalo no se inserta en un marco sociocultural propicio, suele agotarse en sí mismo. En cambio, cuando el ambiente cultural de la casa acompaña, el regalo se inscribe en una jerarquía cultural que valora este tipo de escritura, consiguiendo la necesaria continuidad. En cualquier caso, la escritura del diario, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, dejó de ser un privilegio o una práctica cultural burguesa para extenderse a los estamentos populares de la sociedad como consecuencia de la extensión y obligatoriedad de la enseñanza.

De cualquier modo, la motivación de la familia es tanto mayor cuanto más presente está la cultura escrita en el ambiente familiar. Por esto, aunque la práctica actual del diario se presenta como libre y espontánea, no podemos ignorar que tras el estímulo a la escritura o el regalo de un cuaderno late un deseo contradictorio de control, aunque no se ejerza o sea muy remoto. Contradicción que a veces también alcanza a las diaristas, pues al mismo tiempo que defienden el carácter personal e incomunicable de su diario, negándole a la madre su lectura, echan en falta no poderle comunicar los secretos que se confían al cuaderno a un lector ideal.

En muchas ocasiones, el regalo del cuaderno en forma de libro con cerradura o candado les invita a la escritura. Ese soporte es ya por sí solo una promesa de sugerentes secretos y de excitantes aventuras, que son en realidad un sueño de edad adulta, un deseo precoz de ser mayor, cuando todavía es menor. Los diarios juveniles empiezan así sin más, pero igualmente muchos no despegan o languidecen. Muchos cuadernos se abandonan por falta de disciplina, pero también porque, además de desconocer el lenguaje diarístico, las diaristas carecen de vida interior propia.

A veces el estímulo se adelanta a la necesidad o a la madurez necesaria, cuando la futura diarista es todavía menor y recibe un cuaderno en forma de regalo de primera comunión o de cumpleaños. Los diarios infantiles, salvo que se inscriban

en alguna tarea o deber escolar rara vez arraigan. En el cuaderno de Ester se observa con claridad cómo se produce la transición del diario infantil al adolescente, aunque en este caso también se produce, además de una maduración psicológica, el descubrimiento de la forma de poder dialogar o hablar consigo misma, aprendida en el *Diario* de Anna Frank, a la que me referiré al final de este trabajo (véanse también Testimonios 31 y 32).

El regalo del cuaderno, ofrecido a las jovencitas casi en exclusiva, cuando proviene de la familia o de personas vinculadas a la familia —como padrinos o amigos de los padres— encierra un doble y tácito mensaje. Por una parte, es una incitación a la escritura, que el ambiente cultural de la familia mantiene o agosta, y también a la construcción de una identidad propia, de otra, pero, de hecho, instituye la posibilidad del control familiar. Como dice Lejeune, refiriéndose a los diarios de las *señoritas* del siglo XIX: «Porque lo que caracteriza a la pedagogía católica, es encomiar el diario tanto como se pueda controlarlo, y combatir lo que se escapa. El reclamo está en el centro del sistema de control» (Lejeune 1993, 423).

De hecho, una parte de la vida de estos diarios gira en torno a la transmisión o no del diario a la madre, a su posible lectura indiscreta y al deseo contradictorio de comunicarlo o mantenerlo en secreto. La adolescente entiende que el diario es escritura de sí y para sí misma, en la que se encierra lo que quisiera que quedase en secreto y vedado a los demás, aunque la madre de hecho por consentimiento o por indiscreción lo puede leer a veces completa o parcialmente.

Las amigas

Si la familia cumple un papel de estímulo en el comienzo del diario a través del regalo del cuaderno, no es menos cierto que esta influencia es mayor en la infancia que en la adolescencia. En plena adolescencia, el círculo de amistades adquiere mayor protagonismo que los padres, y en consecuencia la escritura del diario compartido con otras amigas tiene mucho de gesto o hábito grupal, pues la adhesión a dicha práctica responde muchas veces a un deseo de mayor integración en el grupo. De los diarios que conozco el que da idea mejor de esta clase de vida de amistad y camaradería es el *Diario de Matute* (apodo con el que la autora gusta ser llamada por sus amigos). Este diario, que conozco solo parcialmente, está escrito entre el final de 1969 y 1971 en un internado mixto de un pueblo cordobés, de aulas y dependencias separadas, pero en el que se podían compartir recreos y salidas. Una muchacha de catorce años anota en su diario durante casi dos cursos la repetitiva pero intensa vida del internado.

Durante los primeros meses las anotaciones son individuales, pero a partir de un momento determinado Matute comienza a compartir el diario. De manera repentina, el cuaderno deja de ser privado, para convertirse en un instrumento comunicativo entre las amigas y con los chicos. El diario registra los primeros enamoramientos y, al autorizar la lectura a los chicos por los que se interesa, les muestra aspectos desconocidos de su personalidad. El muchacho lee el diario y se lo devuelve con el consiguiente comentario personal, en el que razona sobre las dudas y vacilaciones que la relación le crea. Una vez que Matute descubre el poder comunicativo del diario repetirá la operación con otros chicos y amigas, que a su vez lo devuelven con los comentarios que le sugieren las anotaciones de la diarista. A partir de un momento, el cuaderno se deposita en un escondite al que tienen acceso los miembros del grupo que van dejando allí testimonio de sus atribuladas relaciones. El diario, por tanto, se abre al grupo y se convierte en la crónica diarística de la pandilla con sus amistades y odios; ambos «a muerte». En este orden destacan las incidencias y alternativas de las relaciones de la autora con sus enamorados, a las que, a partir de cierto momento, está dedicado el diario de forma absoluta.

En la adolescencia, una edad afecta a la camaradería, el diario tiene mucho de contagio o de conquista de la confianza y la confidencialidad de las amigas, que en esta edad está relacionada con el distanciamiento o desconfianza de los padres. Es la etapa en que los jóvenes se inventan su propia *familia,* estableciendo una fraternidad entre colegas que suplante aquella otra que normalmente se considera impuesta o irrelevante. Pero, al mismo tiempo —porque, en esta edad, las alianzas amistosas son quizá muy frágiles e inestables— el cuaderno se convierte en la última instancia de la amistad, el amigo o la amiga por antonomasia, por lo menos hasta que la diarista encuentre una relación sentimental estable. Entonces, en un porcentaje alto, el diario es abandonado.

La escuela y la institucionalización de la enseñanza del diario

En el siglo XIX la práctica del diario estaba institucionalizada. Fueron la familia y la escuela las que reconocieron y otorgaron a este su carácter instructor y formativo. Precisamente por esto, el diario estaba abierto al tutelaje familiar o escolar o al menos era susceptible de ser leído por la madre o la preceptora (Perrot y Corbain 1989). En los diarios que estudiamos no parece que en el mantenimiento de la práctica pese mucho la escuela, pues en muy pocos casos de las respuestas a los cuestionarios y de los testimonios recibidos se cita esta como motivo o estímulo del mismo (Alberca 1997 y 2000).

¿Es preciso enseñar a escribir un diario? Nos puede resultar extraña esta pregunta por un cierto exceso de paternalismo o de tutela, pero hay que señalar que muchas diaristas comienzan reconociendo, como decía antes, que no saben cómo escribir su diario, ni cómo empezarlo ni llevarlo, pues, entre otras razones, no han visto nunca uno.

Existen manuales de la enseñanza del diario, que cumplen una función de invitación y estímulo a escribirlo, como el que Amblard y de Givenchy (1997) publicaron en una editorial francesa para jóvenes, ilustrado con fragmentos de diarios reales depositados en la asociación juvenil católica de Orleáns, *Vivre et l'écrire*. En España, no hay nada equivalente, pues el libro de Gúrpide, Falcó y Bernard (2000), está concebido como una serie de ejercicios escolares de escritura en forma de diario con ejemplos o modelos literarios en los que la mayoría no son diarios, si acaso relatos de ficción en forma de diario.

Las ganas de escribir

El regalo del cuaderno, el estímulo de las amigas, incluso la lectura de Anna Frank, no son suficientes si faltan las ganas de escribir. Sin la urgencia de liberar el corazón arrebatado o la necesidad de aclarar el propio pensamiento, no arrancaría ningún diario adolescente. Sin *desgracias*, sin pesadillas y sin sueños imposibles no se pondría en marcha el motor de la escritura. El aprendizaje del diario va unido al aprendizaje de la vida, al conocimiento de los propios límites, del lado oscuro o negativo de uno mismo. En el diario, la adolescente va depositando o escondiendo todo aquello que considera más privado, lo más frágil de sí misma. En definitiva, el aprendizaje del diario va unido al aprendizaje de la vida. Por así decirlo, estos diarios contradicen explícitamente la advertencia del personaje sartriano de *La náusea* cuando dice: «Il faut choisir: vivre ou raconter». Las adolescentes no piensan que sea preciso elegir entre vivir o contar, pues viven intensamente los cambios y particularidades de su metamorfosis vital, reflexionan y vive más intensamente con la mirada puesta en la escritura del diario. En su diario de juventud, el escritor Carlos Edmundo de Ory anota algo que viene a ratificar lo que digo: «Vivir no es escribir. Pero cuando escribo, vivo. O mejor: es entonces cuando de verdad vivo» (Ory 2004, 218). O como Miguel de Unamuno remacha en el diario que incluye en *Cómo se hace una novela*: «Y en el fondo ¿no es lo mismo? [...] Contar la vida, ¿no es acaso un modo, y tal vez el más profundo, de vivirla?» Al fin y al cabo, como ha dicho Lejeune: «Llevar un diario es una forma de vida».

La adolescencia es considerada habitualmente como la edad de las contradicciones y de las pulsiones encontradas. De acuerdo con esto, las adolescentes son al mismo tiempo juguetonas y dramáticas, impulsivas y tímidas. Se debaten entre la exaltación vital y la atracción del abismo (John W. Santrock, 2004). Y no parece pequeña contradicción tampoco el hecho de escribir un diario, justo cuando la vida reclama con nuevas experiencias en esta edad crucial. Pero no hay contrasentido, el adolescente vive más intensamente los cambios y particularidades de su metamorfosis vital con la mirada puesta en la escritura del diario.

Los diarios de las adolescentes son la crónica de una profunda metamorfosis y por tanto responden a lo que conocemos como *diarios de crisis,* es decir, cuando la escritura acompaña los cambios que amenazan o rompen la que hasta entonces constituía la cotidianidad de la diarista, y termina cuando esos cambios se integran en la normalidad. El diario es tanto más intenso y significativo en la medida en que el mundo de la diarista, hasta hace poco infantil, comienza a ser asaeteado por las dudas y desconciertos producidos por las novedades que atraviesan la vida y la personalidad de la adolescente, pues la biología y la psicología le sorprende, cuando el cuerpo y la mente cambian de buenas a primeras. Un fragmento del *Diario de Ester* nos da una idea exacta de las transformaciones externas e internas que percibe la muchacha y la ansiedad con que las vive:

> ¿Sabes?, estoy sufriendo un cambio, pero no como los que te hablé ya. Ahora es mi carácter el que se transforma. Mis deseos, mis inquietudes han cambiado, además de la vida. Cada día me veo más lejos de mis padres. Ahora que es cuando más los necesito, mi corazón lucha por ser como antes, pero mi cuerpo, ¡ay mi cuerpo!, va como loco, les contesta, les reprocha y a veces ni les hace caso (martes, 2. II. 82).

El supuesto paraíso de la infancia, el mundo dorado del niño comienza a tambalearse y emergen otros mundos desconocidos, quizá apetecidos, pero al mismo tiempo inquietantes. La adolescencia es en sí misma una edad crítica, con nuevas expectativas, pero también llena de temores. Es un momento crucial, en el que la joven sabe que ya no es ni puede ser niña, pero tampoco se le reconoce como adulta. Le gustaría serlo, pero le atemorizan los cambios que presiente. En el comienzo de su *Diario,* Antonia reconoce con una claridad apabullante la etapa crítica en que acaba de ingresar:

> Hasta ahora no me ha gustado la vida que he llevado, he precipitado demasiado las cosas y esto sólo me ha llevado a darme cuenta de lo absurdo que es el querer ser mayor antes de tiempo. Sólo tengo 12 años y ya sé lo que es una sala

> de fiestas, [...] y la verdad no me alegro, sino que me entristezco por ello y por eso he decidido cambiar desde hoy. He decidido empezar de nuevo y la verdad es que me siento mucho mejor, he recuperado mi alegría y mi niñez que, a pesar de mi corta edad, se me estaba escapando.

Sin embargo, al día siguiente, y en un arranque de realismo y de madurez sorprendentes, recapacita sobre su irreal proyecto de cambiar de vida y añade: «Esto de querer empezar una nueva vida no es nada fácil, o mejor dicho, es IMPOSIBLE, porque el tiempo no puede volver atrás». Y unos días después apostilla: «Estoy pensando en la tontería que escribí el primer día que empecé el diario. Hace justamente una semana. ¿Cambiar de vida? ¡Qué *chalaura* como si fuera tan fácil!» (5 de julio de 1978, miércoles).

Pero la vacilación perdura. De hecho, la duda y el conflicto, entre la idea de lo que debería ser y de lo que en realidad es, abarca todo el diario de comienzo a fin, hasta hacer simétricas la primera y la última entrada del cuaderno. El diario registra sobre todo la lucha consigo misma. Siente que ya no es una «niña pequeña» y al mismo tiempo desea retroceder al pasado. Esta contradicción da aliento a la escritura y mantiene vivo el diario, a pesar de la pereza confesada de la diarista y de lo ajena que resulta la escritura a su medio social.

Los diarios de estas adolescentes son por lo general monotemáticos. Se centran obsesivamente en algún asunto concreto que les preocupa: la sexualidad, el amor y los chicos, la fidelidad o la traición de las amigas y, en menor medida, la relación con los padres. Todos estos asuntos los viven con pasión y dedicación exclusiva y en constante conflicto o exaltación y, en consecuencia, se desentienden de lo que no tiene que ver directamente con estos. Es como si para ellas desapareciera el resto del universo, y habitasen solitariamente una isla.

Los momentos más cruciales y conflictivos de estos diarios son aquellos en los que afloran los problemas específicamente sexuales, aunque emerjan de manera indirecta o camuflada la mayoría de las veces. En el *Diario de Antonia,* la sexualidad se revela de manera elíptica, nunca directamente, si acaso a través de algunas reminiscencias en forma de comentarios o arrepentimientos. Este diario arranca, sospecho, de una de esas crisis: presumiblemente la diarista ha tenido una experiencia sexual que la ha desconcertado, asustado o creado remordimientos, y el diario viene a intentar recomponer un equilibrio o una armonía anteriores, a la que, como ya se ha dicho, no podrá volver. Al menos en otras dos ocasiones se repite una situación similar a la que ya hemos leído en el comienzo del diario:

> Me echó el brazo al hombro, cosa que me extrañó. Bueno no quiero dar detalles de lo que pasó, pero diré lo más importante. (No quiero dar detalles porque lo que quiero es olvidarme de esa *chalaura* tan tonta y si lo escribo, pues cuando lo lea pues me volveré a acordar). En fin, se me declaró, mi propio primo, la verdad, como no me fío nada de él, no me lo creí (...). Me dijo que era en serio y al final le creí, pero como tengo hecha una promesa a Dios de no salir con niños, ni nada por el estilo, pues se lo dije (7 de octubre de 1978, sábado).

Los diarios, que parecen dar muchos detalles y ser prolijos hasta la saciedad, resultan en realidad muy opacos, pues se extienden sobre los sentimientos, reacciones, es decir, sobre las consecuencias, pero omiten con frecuencia sus causas. En estos diarios los conflictos sexuales aparecen, casi siempre, de manera indirecta e inexplicable para un lector desprevenido. En el *Diario de Antonia,* por ejemplo, leemos con todo detalle las reacciones angustiosas por unos hechos que no se explicitan. A veces el *Diario de Ester,* por lo general más informativo que el anterior, nos pone enfrente de su agudo malestar, pero solo nos llega su desahogo impotente:

> Hoy es uno de esos días en los que estoy tan enfurecida que, que..., ¡bah!, de qué sirve decirlo. De nada. Además, no te lo puedo decir con palabras. Es algo que sólo se puede sentir en aquellos momentos de achaque. No puedo hacer nada (...). ¿Qué me pasa? Tengo ganas de chillar... (26. VI. 81).

El conflicto con los padres se agudiza con las primeras relaciones amorosas. La adolescente se hace reservada, pero todavía no puede establecer relaciones estables y vive otra contradicción como la que vive por falta de independencia económica, pues todavía está al margen de la vida activa, su mundo es todavía el escolar.

La construcción de la identidad

¿Por qué es tan importante el diario para los adolescentes y por qué se entregan a su escritura de manera tan intensa y apasionada? Con otras palabras, ¿qué función cumple el diario en esta edad?

Como ya ha quedado dicho, el diario cumple para las adolescentes una importante función de liberación expresiva, de catarsis y desahogo y de explicación consigo misma. Como han señalado Philippe Lejeune (2004) y Danielle Corrado (2004) a propósito de los diarios literarios, el cuaderno y la escritura de este se convierten también en un cobijo auto-hospitalario, en el que escribir lo que no se puede o no se quiere decir a nadie. Ester, al igual que Anna Frank, inserta juicios valorativos del significado de su diario:

> Mi diario significa un gran consuelo para mí, pues sin él no sé lo que haría. Cuando me desespero, escribo lo que siento y, mira, la furia se me pasa y empiezo a ver más claramente la realidad (Diario de Ester, domingo, 1. III. 1981).

Ahora de manera especial quisiera detenerme en otras dos funciones del diario adolescente. En primer lugar, me referiré al diario como un instrumento didáctico y tecnológico del dominio del tiempo. A través de la escritura del diario, la adolescente entra con total derecho en la concepción temporal que rige el mundo de los adultos. Durante la infancia el niño concibe el tiempo como una dimensión ilimitada, circular o inmóvil, que no le afecta en su vida cotidiana. En cambio, en la adolescencia comienza el aprendizaje del tiempo lineal, histórico y cronológico, único e irrepetible. El diario con su lógica calendaria, con sus anotaciones fechadas y con su carácter notarial permite al adolescente aprender las inexorables leyes del tiempo y sus rigurosos mecanismos. Aprender a dominar el tiempo quiere decir adentrarse en las medidas del mundo adulto y percibirlo en su triple dimensión de presente, pasado y futuro. Dicho de otra manera, empiezan a comprender el inevitable desdoblamiento temporal al que continuamente se enfrenta el adulto, que vive el presente, escindido entre lo que vivió en el pasado y lo que espera o teme vivir en el futuro. Por eso, aunque los adolescentes nos sorprenden con sus prematuros comentarios rememorativos de su cercana infancia, no dejan de ser consecuentes con este deseo de abandonar el tiempo propio de la infancia para adoptar el de los adultos. Cuando los adolescentes carecen todavía de biografía y de la necesaria distancia temporal que conlleva recordar, imitan los gestos de la experiencia de los mayores en sus diarios. En su *Diario,* Ester habla del miedo a la «falta» de biografía: «Imagínate que nada extraordinario ocurriera en mi vida a lo largo de los años. ¿Qué sería de mí entonces? Como un desperdicio desaprovechado y tirado a la basura de cualquier modo y de quien nadie se acuerda» (miércoles, 4.11.81). Del mismo modo, fantasea con una vida de notoriedad y fama como cantante de éxito.

El mismo hecho de llevar un diario secreto para los adultos alimenta la fantasía de ser mayor y satisface en cierta medida el deseo de independencia. Por ejemplo, Ester, que tiene solo 14 años, entona su particular canto nostálgico de la infancia, que es una manera de representarse mayor y de aparentar una identidad adulta que sospecha todavía imposible y lejana:

> ¡Somos ya tan viejos! ¡Qué hermoso sería volver a ser niños y volverlo a vivir de nuevo, con todas las experiencias pasadas! El tiempo ha pasado y nuestra oportunidad con él. Adiós dulces y antiguos momentos y adiós a los presentes,

> que, tal vez dentro de algún tiempo, puedan convertirse también en dulces, ya que lo que apreciamos es el pasado y sus experiencias, y en cambio el presente lo desaprovechamos sin darnos cuenta de ello (miércoles, 14. X. 81).

En segundo lugar, el diario cumple una función capital en la afirmación del sujeto, pues ayuda al descubrimiento de la complejidad identitaria. Va registrando el proceso a través del cual una adolescente afianza o construye su emergente e incierta identidad, en relación conflictiva con los padres, con las amigas y consigo misma. Además de tabla de salvación, el diario se convierte en el espejo en el que ir reconociendo y dibujando una personalidad nueva, original e incierta. Sus anotaciones son un observatorio privilegiado en las que se puede seguir la paulatina definición de una identidad en formación.

El gran descubrimiento del adolescente es el de su propio mundo interior, el reconocimiento de su otro yo, con el que mantiene un tenso y continuo diálogo, con el fin de integrar y reconocer como propia la imagen íntima que contradice la imagen que hasta entonces consideraba única. Por ejemplo, Anna Frank habla de *las dos Annas:* la extrovertida y la introvertida, la que conocen los demás y la que conoce solamente ella, la divertida y temeraria y la que quiere amar y ser tierna. En la edad infantil el niño experimenta tal vez esto mismo, pero, bien por ser menos consciente o por carecer del dominio de la escritura, no lo escribe. En los diarios adolescentes, se comienza a entender la identidad como un prisma de caras opuestas: la exterior y la interior, la verdad de los demás y la verdad propia y la realidad infantil frente a la realidad de la etapa recién inaugurada. Y, como le ocurre a Anna Frank, este descubrimiento produce sorpresa, fascinación y ensimismamiento. En esta mirada al mundo íntimo, la adolescente idealiza el propio *yo,* considerándolo como una identidad espléndida y romántica, en la que se le revela una realidad, insospechada y desconocida hasta ahora, que observa con un instrumento inadecuado como es la característica fantasía infantil. El narcisismo de esta etapa y la incapacidad para armonizar el *yo* soñado con el *yo* real se debe, según Maurice Debesse (1964), a un periodo de «excitación sexual difusa», que se puede considerar normal en la formación del sujeto siempre que no se prolongue en exceso.

Ya he dicho que un adolescente es una persona que adolece o sufre la enfermedad de la edad, en la que ya no es niño, pero todavía no ha llegado a ser mayor. El adolescente es por definición alguien que se siente imperfecto o en una estación de paso, algo que no es exclusivo ni de los adolescentes ni de sus diarios, pues también los adultos llevan diario con la incierta esperanza de que se produzca un cambio largamente deseado y terminan sin haber alcanzado la madurez ni

ajustado las cuentas consigo mismo. Por eso, los diarios adolescentes, como las plegarias, invocan que se cumpla el deseo de cambiar íntimamente, de llegar a *ser otro,* bien por el desplazamiento de la identidad infantil o por la adecuación de esta a la adolescente.

El *Diario de Rosa* muestra el afán de alcanzar una «personalidad joven» (le molesta sobremanera el calificativo adolescente), pero su fantasía infantil la traiciona una y otra vez. Rosa tiene 14 años cuando comienza su diario. Con anterioridad hizo algún conato de llevar diario, pero fracasó. Ahora, después de leer a Anna Frank se siente más segura y decide retomarlo. El motivo profundo del diario reside en la búsqueda ansiosa de un enamorado y, en consecuencia, su confidente será un chico. Sus amigas y camaradas, del colegio primero y del instituto después, han comenzado a tener sus primeras parejas amorosas. Ella no quiere ser menos, quiere experimentar en sí misma lo que escucha o ve a su alrededor. Sin embargo, sus ganas no se corresponden con sus posibilidades. Aunque ella no lo reconozca o luche por contradecirlo, su psicología sigue siendo la de una niña. La diarista traslada la característica fantasía infantil a su obsesión por los chicos y al deseo de ser amada y de amar. Sin fundamento alguno y a partir de gestos mínimos, como saludos o miradas, su deseo de amor la engaña y la confunde. La muchacha elucubra y hace un despliegue de imaginación portentosa, pues interpreta signos insignificantes como mensajes de amor, levanta continuamente castillos de arena, que se le desmoronan enseguida. A cada intento de contacto sigue una frustración amorosa y el consiguiente repliegue en sí misma, cuando no una huida adelante. Este ir y venir de la ilusión al desencanto amoroso ocupa el 90% del diario.

Su ansiedad se hace obsesiva y la situación le llega a afectar al rendimiento escolar, incluso sufre una anorexia nerviosa durante algún tiempo. El periplo hacia la madurez será largo. Durante años le resulta imposible comprender sus errores, y los seguirá cometiendo, confundiendo sus deseos con la realidad. Su inmadurez amenaza con hacerse crónica, pero precisamente las opiniones contrastadas con las amigas, la relectura del diario y el contraste del imaginario mundo interior con el real le permiten acabar reconociendo su prolongado autoengaño, y escribe:

> ... a veces me siento avergonzada de mí misma, cuando hablo de una cosa que sólo duró quince días, y yo me lo tomo tan en serio como si eso hubiera sido una hecatombe. [...] Odio ser tan romántica, tan irreal, tan soñadora y tan sensible [...], porque al final descubro que no dejo de ser una estúpida. [...] Antes me sentía orgullosa de mí misma. Hoy ya no... (7 de diciembre de 1989).

En este momento se puede situar la decisión de acabar con su complaciente narcisismo e iniciar una etapa autocrítica, no sin vacilaciones y tentaciones regresivas. Un verano, cuando tiene 17 años y está próxima a entrar en la universidad, decide simbólicamente clausurar su infancia de una vez por todas. Aprovecha unas semanas fuera de la tutela familiar para iniciar por fin el cambio tantas veces pospuesto. Conoce el amor real sin platonismos ni fantasías infantiles, y la transformación es total, mágica. Como no tiene el diario anota en unos folios la experiencia de aquellos días en una larga y única entrada que después agrega al cuaderno (27-7-1990). Parece que habla otra persona, tiene una voz distinta, más fuerte, segura, madura. Es el comienzo de su particular conversión. Unos días después comenta con orgullo su gesta de vacaciones y concluye:

> Ha sido una locura. Una locura genial de la cual no me arrepiento. Me lo he pasado en grande. Lo necesitaba. Necesitaba salir de aquí. Necesitaba no leerte. Ya habrás visto mis cinco folios del día 27. Pues sí, así ha sido. [...] No me arrepiento. Con cada uno de los chicos he experimentado un tremendo placer, un goce genial que nunca había sentido. He aprendido una de las cosas que me faltaba por saber... Eso en el plano superficial. Pero en mi interior, ¿cómo ha repercutido? Muy positivamente. [...] Mis exagerados romanticismos han caído (14 de agosto de 1989, martes, 7 tarde).

Decide también cambiar de nombre. Ya no será más Rosa María, sino Rosa a secas, un cambio mínimo pero significativo, pues como ella comenta: «Por fin me pudo Rosa. Me di cuenta de que no es que tenga poca personalidad. Es que tengo dos bien y claramente definidas tan diferentes la una de la otra. Una es la que ya me es propia, la que quiero mantener. Otra es la que fue mía (22 de octubre de 1990)».

En la construcción de la identidad juvenil —a la que, en este caso al menos, el diario ayuda— tiene una indudable importancia el hallazgo del cauce expresivo de la relación epistolar con un destinatario ficticio, sea el diario, la amiga o un amigo ideal. Este invento discursivo es un recurso rudimentario, pero se revela como una herramienta fundamental, pues permite a la diarista objetivarse y le facilita el diálogo consigo misma. Anna Frank, *inventora* de este procedimiento, encuentra en el distanciamiento de la amiga ficticia un medio de autoconocimiento:

> Es muy raro eso de que a veces yo misma me vea a través de los ojos de otra persona. Observo lo que le pasa a una tal Ana Frank con toda parsimonia y me pongo a hojear en el libro de mi vida como si fuese ajeno.

La carta al amigo ficticio o la apelación al cuaderno (el tradicional «querido diario») como un paciente y comprensivo interlocutor permiten al adolescente iniciar una suerte de diálogo introspectivo. En mi opinión, esta suerte de

desdoblamiento, que propicia la carta al interlocutor ficticio, le ayuda a ir descubriendo el otro de sí mismo. Asomarse a estos diarios es asistir a la génesis de una nueva identidad, en el momento en que se dice con pleno derecho *yo*. Aquí comienza el camino del necesario desdoblamiento y distanciamiento que le pone en la pista de la difícil madurez.

El mejor ejemplo para ilustrar esta mudanza la encuentro en el *Diario de Ester*. Ester comienza su diario a los 12 años, y después de nueve meses, es como si no supiera arrancar, pues en ese tiempo ha escrito solo unas páginas de su cuaderno. Todo parece indicar que el diario va a naufragar por falta de materia y aliento, pero, justo en ese momento, la diarista se inventa un destinatario ficticio, su amiga Olga —clara deuda con la Kity de Anna Frank, cuyo diario acaba de empezar a leer—. Ahí, en ese punto, la escritura da un giro completo: se problematiza y se enriquece con matices personales y expresivos. Es una verdadera epifanía diarística. La escritura y el contenido ganan enteros y su lectura nos enseña un ejercicio introspectivo delicioso, de una insospechada profundidad, que personalmente me cautivó. El diario empieza a funcionar cuando la escritura comienza a ser transitiva, aunque para ello se sirva de un destinatario ficticio. En este caso la imitación de un modelo prestigioso, hace finalmente posible el desarrollo del diario. Así dice la entrada del 22 de septiembre de 1980, que comienza con un estilo diarístico infantil, para transmutarse de golpe:

> Verás, hoy se me ha ocurrido una idea, y será que para que la lectura de este libro no resulte tan monótona, me siento inclinada a contarle la vida a una amiga, y esa amiga serás tú. Bien, Olga. Tú serás la que compartirás mis alegrías y mis penas, junto a mi mejor amiga, Chus. Es muy buena chica y siempre nos lo contamos todo. Todo menos una cosa que por ahora no le puedo decir. Bien, a ti te la diré, y es que la regla me vino en diciembre, y yo le he dicho que en julio. Por lo demás, no tenemos ningún secreto, vamos, digo yo. Se despide por hoy.
>
> Ester

La invención de la amiga ideal resulta clave para el hallazgo y la epifanía de la identidad personal. El paso del diario infantil al adolescente coincide con el descubrimiento del significado del secreto y la mentira que no es otra cosa que la mayor conciencia de la complejidad de sí misma y del mundo. Supone un descubrimiento capital, pues desde entonces el diario acogerá aquello que no se ha contado a nadie o que se prefiere guardar para sí.

Como en los antiguos cuadernos de navegación, el diario adolescente adopta la forma de una cartografía personal, en la que se registran las incidencias de la travesía de la vida, con sus puntos de peligro y sus señales salvadoras. En cada anotación

se marca la distancia entre lo que se desea o se espera alcanzar y lo que la realidad ofrece. Cada *desgracia* de la adolescente, cada regañina de los padres, las traiciones de las amigas o las peleas amorosas sirven para comprobar la inevitable distancia entre los sueños y la realidad. El diario ejemplifica esa doble vertiente de la identidad adolescente. En la superficie, las anotaciones van dando cuenta de los quebrantos que los hechos y el tiempo infringen a la diarista, al tiempo que le advierten que ya no puede vivir en el mundo de la fantasía sin grave peligro de alienación. Pero, de manera subterránea, la diarista adolescente aspira a restaurar y dar forma a la que quisiera llegar a ser, la que siente ser o desea hacerse. En este sentido, el diario cumple un papel primordial de ajuste íntimo. En ese ir y venir, de la realidad de los hechos al deseo de los sueños de ser otro, el sujeto adolescente se va configurando. Cuando no sucede algo digno de ser anotado, el reiterado «hoy nada», «hoy como siempre», esa salmodia de los diarios adultos e infantiles, la afirmación del sujeto se estanca. En cambio, cuando se altera o se rompe la cotidianidad, el sujeto se arma tomando como referencia la mismidad quebrada.

Por último, quisiera reiterar que estoy convencido del valor de estos diarios adolescentes como testimonios históricos irremplazables para conocer en el futuro la vida cotidiana y la identidad de los jóvenes del final del siglo XX, pero también sé que de no mediar algún milagro no se librarán con toda probabilidad del olvido y de la pérdida, cuando no de su lamentable destrucción, si no conseguimos salvarlos.

4.4. CRÓNICA DE UN SUEÑO ROTO: LOS DIARIOS RESCATADOS DE JOSÉ FERNÁNDEZ ARROYO

En la noche de San Silvestre de 1948, un joven de 20 años varado en la Mancha de aquel tiempo lejano y oscuro, aislado, frustrado y deseoso de salir de su pueblo, con la misma desorientación y ansiedad de la que hacen gala los adolescentes ante el porvenir, anota en su cuaderno recién abierto:

> Esta noche, en que muere un año más de mi vida, quiero dar comienzo a este diario de mis impresiones íntimas [...]. Este año que va a comenzar abre una nueva etapa en mi vida. Quiero que mi vida, de aquí en adelante, sea fecunda y fructífera.

Así comienza José F. Arroyo (Manzanares, Ciudad Real, 1928 - Manzanares el Real, Madrid, 2019) —de manera un poco machacona y sin corregir las repeticiones— a escribir *Edelgard. Diario de un sueño (*1948-1953*)* (1991, reeditado en 2006),

el primer volumen de los dos en que recogió sus diarios. Era el comienzo de la escritura diarística que habría de acompañarle durante toda su vida. El resto de sus diarios los recogería en un segundo volumen, *No es un sueño* (2007), cuando estaba próximo a cumplir los ochenta años.

Cuando Fernández Arroyo comenzó a llevar diario (aun después, durante buena parte de su elaboración), no estuvo nunca en su ánimo la intención de publicarlo. Todavía en España el diario era un género poco apreciado, literaria y editorialmente, y se concebía como una obra póstuma casi siempre. Sería en 1991, con 63 años, después de presentarse con *Edelgard. Diario de un sueño,* al primer premio Comillas, convocado en 1988 (que ganaría Carlos Barral con el tercer volumen de sus memorias, *Cuando las horas veloces*), y espoleado por el auge de la literatura autobiográfica en la Transición, cuando Arroyo lo publicaría en una edición institucional de escasa difusión.

Fernández Arroyo se ganaría la vida como enfermero practicante, después de ver frustrada el deseo de cursar los estudios de Medicina en la Universidad Complutense, aunque su pasión por la poesía y por la pintura le acabaría poniendo en contacto con algunos de los círculos artísticos que se reunían en el Ateneo de Madrid y sus aledaños. Así conoció, se relacionó y compartió su afición literaria con un grupo de jóvenes creadores, pintores y poetas, que llegarían a alcanzar el éxito y el reconocimiento que Arroyo también ambicionaría sin conseguirlo. Sus inicios literarios están vinculados al grupo postista de Madrid, pues en los años cincuenta, en las tertulias de la *cacharrería* del Ateneo madrileño y en otros locales de la vida literaria de la época, coincidió con los representantes de este grupo (Chicharro, Crespo, Carriedo, Fernández Molina, Ory y el pintor Gregorio Prieto). Mantuvo también una larga amistad y ocasionales colaboraciones con un joven dramaturgo, muy brillante y prometedor, que llegaría a ser el hombre de teatro español más internacional en el siglo XX: Fernando Arrabal. De su relación con ellos quedan numerosas noticias en su diario *No es un sueño* y no pocas muestras de su desazón creciente por no poder mantener una actividad creativa como la de sus amigos:

> Hace ya mucho tiempo que no consigo escribir un poema: es algo superior a mis esfuerzos. Mis amigos, sin embargo, van triunfando y haciendo su obra. Arrabal es considerado ya en Francia como uno de los escritores de vanguardia más interesantes. [...] Ángel Crespo trabaja mucho, acaba de publicar un libro de poemas hace poco [...] Sólo yo continúo estancado [...] La razón es, seguramente, mi falta de talento y mi falta de capacidad de trabajo y de esfuerzo y de perseverancia (Fernández Arroyo, 24 de marzo de 1959).

Arroyo nunca conseguiría alcanzar la notoriedad de ninguno de los amigos de aquel grupo, por lo que acabaría alimentando un poso de fracaso y resignación que en buena parte iría volcando y liberando en sus diarios. Diarios que, a la postre, le darían parte de la notoriedad que la poesía y la pintura le negaron.

Sus diarios son la crónica y el testimonio de un joven, después de un hombre maduro, que no consigue realizar los sueños y proyectos que ambiciona. Su vida se desarrolla en un continuo riesgo de quiebra, en lucha con unas hiperbólicas adversidades que le superan y le dejan al borde de la desorientación y la frustración. Es en estas coordenadas en las que hay que entender el carácter necesario del diario de Arroyo y su función de soporte salvador.

La realidad del diarista y las limitaciones del medio del que intenta salir, al principio de su Manzanares natal y después de un Madrid mediocre, anclado todavía en la posguerra, dibujan un paisaje desazonante. Persuadido de que no puede dejar de escapar los momentos vividos, escribe no solo con la intención de salvarlos del olvido, sino con la esperanza de que la escritura los haga únicos y propicie el cambio: «Verdaderamente, esta vida mía es monótona y siempre igual. Me desespero. Todos los días me levanto con la esperanza de que ocurra algo nuevo, algo extraordinario» (Edelgard 1991, 17). En este contexto de falta de horizontes, propio de un diario de juventud, en el que el autor pugna por construirse su propio mundo, cobra todo el sentido la aparición de Edelgard Lambrecht, la joven alemana, que, postrada por la enfermedad, le dirige hermosas y sentimentales cartas: «Ella es para mí, ahora lo único que presta ilusión y alegría a mi vida. (...) Y sin embargo, me doy cuenta de que esto es tan sólo un sueño irrealizable» (Edelgard 1991, 63).

Este libro es, como dice el subtítulo, *Diario de un sueño,* la historia de un amor imposible, pues, aunque se sucedan como en un relato de aprendizaje multitud de episodios vitales (salida del pueblo y llegada a Madrid, atisbos de primera madurez, desasosiegos juveniles, los estudios y la dificultad de cursarlos, el trabajo, la mili en África, el descubrimiento del sexo, etc.,), el hilo narrativo y el sostén psicológico de esos años no es otro que esta singular relación amorosa, en la que el intercambio epistolar es decisivo.

A partir de ese momento el relato avanza con dos ritmos, dos narradores, los corresponsales que intercambian misivas, que adensan y complejizan el diario. Se incluyen en el diario las delicadas y románticas cartas de Edelgard, con una perseverancia ejemplar. Primero le escribe en francés y después, cuando Arroyo se maneja con la lengua germánica, en alemán, durante los cinco años que dura la

relación. Esta relación constituye por sí sola una hermosa *novela* epistolar de una peculiar historia amorosa, la historia que eleva al diarista por encima de las limitaciones ambientales ya comentadas. A veces la vida se organiza con la lógica de una calculada novela, pero en este caso el autor tuvo además el acierto de cerrar el diario, justo después del viaje a Flensburg (Alemania), con la que sería la última carta de Edelgard y su tácita despedida, pues ella nunca más volvió a escribirle, produciendo un efecto de suspensión narrativa y dramática de alta intensidad, que, como veremos, el siguiente diario resolverá. A pesar de ser la obra de un diarista corriente, se encontraría entre los mejores ejemplos del mal conocido diarismo español.

No es un sueño —la continuación y conclusión de *Edelgard*— despeja algunas de las incógnitas que allí quedaron pendientes, remata el trazo final de aquella historia juvenil y revela su peso trascendental en la vida del diarista, pues la sombra de Edelgard sería alargada, y como un *ritornello* desaparecería y reaparecería en anotaciones posteriores. Por tanto, tiene mucho que ver con el de Edelgard, pero no es comparable. Este es el reverso necesario de aquel. El aire de delirio y delicadeza, de romanticismo de la mejor estirpe, de ensoñación enfebrecida con que las cartas de Edelgard teñían al primero y el arrobamiento enamorado del diarista quedarían en el aire sin esta su réplica realista, expresión de una frustración tremenda, pero trascendental y necesaria, pues nos advierte, como nos decía el poeta, que la vida iba en serio, que desgraciadamente cada sueño tenía su precio.

Este es un diario más discontinuo y misceláneo, si bien no falta nunca al compromiso de intimidad y sinceridad. Las cartas de Edelgard desaparecen lógicamente, porque la relación epistolar y amorosa había concluido ya, pero su presencia, el recuerdo y la nostalgia de este amor romántico e imposible, contrapuntean este diario con una letanía melancólica. Basta a veces la visión del rostro de una joven, fugazmente entrevisto, para que el recuerdo nostálgico y culpable le traiga de manera hiriente la presencia de la joven alemana: «De vez en cuando me acuerdo vivamente de Edelgard. Algunas veces, una chica que veo en el metro o el autobús, me hace pensar en ella. ¿Qué será de su vida? ¿Cómo estará de su enfermedad? ¿Será feliz?» (17 Noviembre 1956); «...entre la acariciadora atmósfera de felicidad que me envolvía, también aparecieron, como flotando delicada, discretamente, ciertos recuerdos más o menos lejanos. Apareció —¿cómo no había de aparecer?— el recuerdo de Edelgard, un poco triste, un poco doloroso, y también un poco consolador. ¡Pobre Edelgard!» (28 Diciembre 1956).

Finalmente, en una anotación-resumen de 1983 sabremos que Edelgard había muerto el 19 de septiembre de 1970. Incluso así su *espíritu* sobrevivirá y seguirá flotando en las hojas de este diario hasta sus últimas anotaciones, pues la figura de

la joven alemana se siente como una sombra de peso descomunal que el diarista ha soportado en la soledad de su corazón. En la parte final del diario, Arroyo, con sinceridad encomiable y con un, digamos, exceso de celo, le ajusta, más de cuarenta años después, las cuentas a su pasado, a sí mismo, a su falta de valor con la muchacha a la que nunca le dio una respuesta ni una explicación de por qué la abandonó:

> 22 de enero 1997.- [...] Tengo que confesar que esta nueva lectura de esa parte de mi diario, además de emocionarme en muchos pasajes y por muy diferentes motivos, ha vuelto a poner en carne viva mi sentimiento de traición o infidelidad a la sincera promesa que hice a Edelgard de hacerla mi esposa. Este remordimiento lo he sentido siempre en el fondo de mi corazón [...] posiblemente fuera infiel a mi promesa, pero no he sido nunca infiel a su amor ni a su recuerdo.

Aunque el espíritu de Edelgard persiste, esta segunda entrega de los diarios de Arroyo está marcada por otra tonalidad, por otros sentimientos y afanes. Como el propio diarista le explica a su amigo Abella en una de las interesantísimas cartas que intercambian, este diario que ahora leemos «ya no es un sueño, sino un intento de construir una realidad, un bajar de la nube y luchar por la vida, o mejor aún, sentirse arrastrado por la vida misma y un poco a su capricho».

En la madurez Arroyo sigue llevando diario con disciplina y asiduidad, también con las lagunas y pausas de cualquier diario que abarque casi sesenta años. De este modo las fases y problemas de la vida adulta, la vida profesional, el amor otra vez, el matrimonio, la familia, los hijos, las enfermedades, las reflexiones sobre el ineludible horizonte final de la muerte y sobre el suicidio, todo quedó registrado con precisión angustiada y ansiosa. En este nuevo ejercicio, Lolita, la esposa siempre fiel, ocupa un papel relevante: el del sueño real que da la réplica al imposible y romántico de Edelgard. La amiga y amante, la figura cómplice de tantas aventuras aparece cuidando para que todo funcione bien, comprendiendo al hombre inquieto, curioso y siempre insatisfecho de lo conseguido y sobre todo por lo no conseguido.

Por otra parte, este diario está atravesado de manera muy notable por la falta de tiempo, que es aquí algo más que un simple tópico o excusa, y el diario se resiente. No se resiente su carácter de testimonio de intimidad, pues el diario sigue dando, y a veces de manera dramática, como vive Arroyo esta carencia. Es un magnífico documento de la urgencia y la tiranía de la vida que nos arrastra sin dejarnos vivir, obligándonos a vivir en un sinvivir.

Los diarios de José F. Arroyo son también diarios de escritor o, mejor, de la dificultad de ser escritor y de la frustración consiguiente por no poder realizar la obra soñada. El diario da cuenta de ese anhelo por la escritura y el calvario de no poder escribir por la falta de condiciones materiales y anímicas, que conducen a la renuncia casi total. Queda el diario como tabla de salvación, pero también como lastre o comprobación de la impotencia creadora.

El diario se convierte en una carga, en un compromiso que pesa, cuyo incumplimiento acarrea además un sentimiento de culpa, por lo que mantiene una lucha continua, aunque en la entrada del 11 de enero que inaugura el año 1958 concluya: «Es inútil quejarse de la marcha del tiempo. No hay nada que hacer. Los días se escapan en ráfagas veloces. De ahora en adelante, escribiré sencillamente, cuando pueda y cuando sea capaz de decir algo interesante». El desasosiego, ante el miedo de perder su único soporte, termina por agudizar el conflicto de su escritura. El diarista se queja, se resiste, expresa su frustración. Consciente de que le va mucho en su diario, lo mantiene como el último asidero de una obra literaria que se le esfuma por falta de tiempo. No renuncia a la escritura de este, pero a veces se hace más anecdótica o superficial —nunca frívola—, más tópica y reiterativa.

Sin embargo, junto con estas anotaciones, el diario mantiene momentos o hallazgos importantes, que no siempre acierta a explotar en toda su extensión. Daré una sucinta relación de aquellos que me parecen más interesantes y peculiares. En primer lugar, la desidentificación o extrañamiento del *yo* y su relación con otros temas filosóficos de marcado contenido introspectivo como la obsesiva y personal postura ante la muerte. En mi opinión son muy reseñables los atisbos del *sí mismo* como otro, que Arroyo introduce en este diario a partir de hechos anecdóticos:

> De vez en cuando me sorprende la idea de encontrarme yo aquí, entre estos obreros embutidos en sus trajes negros, impermeables, con sus cascos de seguridad (...) Me sorprende y me resulta extraño encontrarme a mí mismo y observarme como si fuera otra persona ajena a mí mismo, distinta de mí. El otro día, al mirarme al espejo mientras me afeitaba, experimenté esta sensación: como si me viera por primera vez, estuve observando atentamente mi fisonomía, estos rasgos de mi rostro que siendo tan familiares, me resultaban de pronto desconocidos (...) y entonces me pareció un completo desconocido el hombre que veía en el espejo.

Otro capítulo no menos importante lo constituyen sus felices observaciones sociológicas y culturales de sus viajes y estancias en el extranjero, sobre todo, en los años en que Arroyo fue presidente de la Sociedad Esperantista de España. El efecto comparativo, algunas veces involuntario, entre el interior y el extranjero

convierte el diario en un documento histórico de singular valor, pues rara vez la novela de los años cincuenta u otros documentos autobiográficos pueden establecer esa comparación de manera tan clara y plástica. En este sentido, hay que destacar las anotaciones de las estancias en Inglaterra y en Francia (1955 y 1956), en donde desempeñó diferentes trabajos. No es que el diario de Arroyo adopte una perspectiva sociológica predeterminada, pero algunas anotaciones descriptivas alcanzan ese valor:

> Ahora pienso en el largo viaje de París a Madrid: un día entero de tren. Un viaje tranquilo y cómodo hasta la frontera, en uno de esos rápidos y limpios trenes franceses y un viaje pesado, incómodo, gregario y sucio en un departamento de tercera clase, en un lento y ruidoso tren español. Se notaba enseguida que estábamos en España. El ambiente sucio, alegre e inconscientemente feliz de la gente, las discusiones en voz alta, los gritos, las risas de estas gentes que viven sin darse cuenta de esta mediocridad sin solución.

Por último, merece destacarse que este es también, como ya he dicho antes, un diario de escritor que registra la aspiración y la lucha por llevar a cabo su propia obra literaria, pero es también una demostración de las dificultades mismas por llevar a cabo el diario. La comprobación de las limitaciones y esfuerzos por mantenerlo, de los desfallecimientos y del sentimiento de culpa que conlleva faltar a los compromisos, de la exigencia del diarista consigo mismo y de los *bajonazos* que él mismo se propina, de su sinceridad estricta, rayana en el masoquismo, con sus propios defectos, ejemplificando diferentes formas y apariciones de la autoestima que la práctica del diario implica:

> Hace ya tanto tiempo que tengo interrumpido este diario que ya no sé si seré capaz de continuarlo. El afán de escribirlo es como una llaga incurable, que me aguijonea continuamente. También hace ya mucho tiempo que no consigo escribir un poema: es algo superior a mis esfuerzos.

Aquel gesto inaugural del diario en el último día de 1948, citado al comienzo, puso en marcha un hábito que no habría de abandonarle en el resto de su vida, salvo paradas, que el propio texto comenta (la más prolongada entre 1977 y 1988, si bien no fue total). En las efemérides anuales, que conmemoran y celebran el inicio del diario, sigue convocando los mismos deseos y expectativas de una vida diferente, que no termina de llegar. Se dice que, desde el punto de vista del lector —incluso de un autor distanciado— los diarios son reiterativos y circulares, sin embargo, no lo vive así siempre el diarista. «Aimez ce que jamais on ne verra deux fois», dejó escrito A. de Vigny, y esa parece muchas veces la convicción con la que anota el diarista.

Bajo las aguas de lo desconocido e inédito podían haber quedado los diarios de Arroyo, sin aflorar a la superficie como tantos otros, pues no había —desde las hegemónicas razones del mercado— algo que justificase su publicación: ni es alguien popular ni sus diarios guardan secretos de Estado ni nos revelan hechos escandalosos. Afortunadamente no fue así en este caso, pero, ¿cuántos diarios, similares (o diferentes) al de José Fernández Arroyo hemos perdido? ¿Cuántos ignoramos e ignoraremos?

4.5. LAURA FREIXAS: LOS PUBLICADOS DIARIOS ÍNTIMOS DE UNA MUJER

Los tradicionales e íntimos enemigos de los diarios íntimos tradicionales solían plantear un tramposo dilema para atacar a los que los escribían. Según ellos había que elegir entre vivir o escribir. ¡Cómo si fuese excluyente o incompatible llevar diario y vivir...! Entre los posibles y paradójicos ejemplos de esta clase de argumentos contra el diario me quedo con el siguiente: «Y ¡ojo con caer en el diario! El hombre que da en llevar un diario —como Amiel— se hace hombre del diario, vive para él. Ya no apunta en su diario lo que a diario piensa, sino que lo piensa para apuntarlo». Esto anota en su diario U. Jugo de la Raza, narrador y protagonista de *Cómo se hace una novela,* la novela de Miguel de Unamuno. Pero, al día siguiente, el contradictorio personaje unamuniano, evidente *alter ego* del autor, que ha cambiado ya de idea, anota: «Contar la vida, ¿no es acaso un modo, y tal vez el más profundo, de vivirla? ¿No vivió Amiel su vida íntima contándola? [...] ¿Cuándo se acabará esa contraposición entre acción y contemplación?». En realidad, las personas que llevan diario defienden una fructífera y pacífica coexistencia entre ambos polos del existir.

En los diarios actuales, en los que se acompasan con naturalidad escritura, vida y publicación, no cabe la conjunción disyuntiva, sino la copulativa que entrelaza indisolublemente vivir y escribir. Los diarios de Laura Freixas forman parte de este modelo de diarismo en el que la disyuntiva sería inapropiada, pues nos demuestran sobradamente que se puede hacer al mismo tiempo ambas cosas. Las dos esferas, la de la literatura y la de la vida, se complementan y se intensifican recíprocamente. El río de la vida confluye en la corriente literaria, y viceversa. Así resulta el *escrivivir*. La escritura se alimenta de la vida, pero también, y de manera inevitable, la vida es devorada por la escritura.

Cuando Laura Freixas era todavía una adolescente ya había decidido que sería escritora: de profesión escritora. Frente a la fórmula estereotipada *de profesión sus labores,* ella tenía claro que lucharía para regatear el humillante papel que se había asignado tradicionalmente a las mujeres españolas. Ganarse la vida con la literatura, para ser una mujer independiente y autónoma, sería su proyecto de vida. Por tanto, en los diarios de Laura Freixas se aúnan y armonizan estos dos extremos de vida y escritura, porque en su derrotero vital se hilvanan a la perfección ambos: llegar a tener una vida de mujer libre y autónoma a través de la escritura. Los cuatro volúmenes de diarios que hasta ahora ha publicado la autora barcelonesa son *Una vida subterránea (Diario* 1991-1994*)* (Errata Naturae, 2013), *Todos llevan máscara*. *Diario* 1995-1996 (Errata Naturae, 2018), *Saber quién soy. Diario* 1997-1999 (Tres hermanas, 2021) y *A todos nos falta algo. Diario* 2000-2002, (2024). En ellos Freixas profundiza en la dificultad de cumplir ambas metas y va dando cuenta pormenorizada de la experiencia cotidiana de los logros y fracasos, de los avances y retrocesos de los sueños adolescentes.

La importancia de estos diarios reside en ellos mismos, en su propio interés y en su particularidad, pero son también una apuesta a favor de la literatura de las mujeres. Como hemos visto arriba en los estudios sobre la práctica del diario, es un hecho que el número de mujeres que llevan diario en la adolescencia y en la juventud es infinitamente mayor que el de hombres. Sin embargo, estos números se invierten en el campo de la edición. No hay datos precisos, pero los diarios publicados por mujeres son, con toda seguridad, una minoría todavía en comparación con los publicados por hombres, y no parece que esta diferencia se deba a motivos estrictamente literarios. Los publicados diarios íntimos de Laura Freixas son una excepción en el contexto de la edición española. Son pocas las mujeres, escritoras o no, que publican sus diarios, y Laura Freixas es casi la única que, en España, se ha propuesto hacerlo con admirable valor y disciplinada continuidad. ¿Por qué?

La visibilidad de los textos autobiográficos escritos por mujeres ha sido un proceso lento y lleno de obstáculos. En la ficción, incluso en la poesía, la mujer puede hasta cierto punto ocultarse o camuflarse; en la autobiografía es difícil, en los diarios, imposible. Además, en este registro literario la génesis de la conciencia personal no se puede sustraer nunca a la cuestión del género. En el caso de los hombres el modelo de referencia estaba ya explícita o implícitamente formado: el sujeto autobiográfico masculino convencional ha sido tradicionalmente, por definición, macho, blanco y occidental (Sidonie Smith *dixit*). Las mujeres, en cambio, no disponían de un modelo propio, salvo el que le imponía la familia tradicional; en consecuencia, la formación y emergencia de su propio modelo ha sido y sigue siendo todavía dificultosa.

Por su cuestionamiento del modelo masculino, la mujer parece ser más consciente que la identidad se construye siempre en relación con el otro, lo cual lleva aparejado, por razones socio-históricas, un déficit de identidad propia, porque, como sostiene Almudena Hernando en *La fantasía de la individualidad,* la mujer ha sido educada de manera subalterna como «un ser para otros».

En cambio, en los diarios masculinos publicados, el diarista expone un *Yo Autor* para contradecir o cuestionar otros *Yos* no menos masculinos ni menos armados, pero no se adentra en la interpelación de la mismidad. Suele colocarse de perfil, oculta sistemáticamente su intimidad y cubre, por lo general, con un velo sus sentimientos más personales. Construye un calculado personaje en el que parapetarse de las posibles inclemencias de la vida, al tiempo que demuestra que la mejor defensa ante las posibles agresiones externas es el ataque. Su presencia es tan aplastante y totalitaria que no deja ver nada más que a él mismo y la realidad filtrada por su tamiz. Más allá no hay nada que merezca la pena. No hay lugar para la ambigüedad ni para la disensión, y el lector lo toma o lo deja. Como hemos visto al comienzo de este libro, en los diarios masculinos más celebrados (véanse los de Trapiello y García Martín), una de las funciones del diario es sobre todo literaria, entendiendo por esto profesional. Son diarios que dan cuenta de cómo se desenvuelve el diarista en el mundo de la literatura y cuáles son sus estrategias de promoción. El diario no es, en estos casos, un espacio de introspección. Quiere y aspira a alcanzar la categoría literaria, y se escribe con ese fin, por lo tanto, su meta es la publicación. Son así, y si están bien escritos, esa será su gracia y su atractivo. No se vea, por tanto, en las palabras anteriores ningún rechazo o menosprecio.

Por el contrario, la experiencia femenina es diferente, y dicha diferencia no puede soslayarse. Es lo que refrendan los diarios de Laura Freixas, que viene a decir en una entrada que la literatura no es desde luego una cuestión de hormonas, pero hay ciertas cuestiones que competen especialmente a las mujeres (sexualidad femenina, embarazo, aborto, matrimonio, decisión de tener hijos, maternidad, crianza, cocinar, cuidar, estar guapas y disponibles para el varón, etc.) y, para ser comprendidas en toda su complejidad, deben ser contempladas desde su óptica feminista. Si este aspecto no es atendido en un diario femenino —considera Laura Freixas, siguiendo a Virginia Woolf—, algo importante se pierde. Ese modo distinto de ver y apreciar la realidad, que está todavía en proceso, es la que se nos muestra en primera persona estos diarios.

La libertad y la autonomía de la mujer son los pilares imprescindibles del feminismo, a partir de los cuales se puede establecer una independencia con respecto

al mundo masculino. El feminismo de nuestra autora es realista en la medida que acepta críticamente la propia situación dentro de la pareja y la familia, sin intransigencias ni fundamentalismos: «No quiero empecinarme como si fuera un hombre o como si fuera soltera y sin hijos [...]. El ser mujer y el ser esposa y madre me limitan, pero también me ofrecen ventajas...» (*Todos llevan máscara. Diario,* 1995-1996). En este sentido subraya cómo sus suegros franceses ofrecen una aceptable y funcional división de papeles que no implica jerarquía ni descontento ni humillación. Debe subrayarse que Freixas no esconde sus contradicciones en ningún momento, pues, como dice con humor en su libro autobiográfico *A mí no me iba a pasar* (2019), ella sería durante su matrimonio «una maruja de lujo».

La carencia de diarios de mujeres publicados no es tampoco una cuestión de pudor, ni que las mujeres lo sean más que los hombres; al contrario, y al menos este diario —y en algunos otros femeninos que se podrían aducir— se caracteriza por su compromiso de buscar su verdad más íntima. En este sentido evita la composición en escorzo más frecuente en los masculinos y va de frente a coger el toro de la verdad, de su verdad, por los cuernos, con la sola ayuda de la sinceridad. En este sentido el diario de Freixas es meridianamente claro y da lo que promete: autenticidad y verdad. La diarista mantiene un diálogo continuo consigo misma, una interpelación del *yo* desde la mismidad. De forma introspectiva y franca, la diarista relata sus contradicciones y las zozobras que le hacen dudar de sí misma, cuestiones que, como ella misma anota, ocupan buena parte de las sesiones con la psicoanalista. Esta no es una característica exclusiva de las mujeres ni de los diarios femeninos, pero no cabe duda que en el contexto actual esto escasea en los diarios masculinos.

Cuando Laura Freixas publicó la primera entrega de sus diarios, no nos pilló desprevenidos. Sabíamos que Freixas era una diarista de continuidad, que lo llevaba desde hacía décadas, pues había publicado algún fragmento, y que tarde o temprano, vista también su trayectoria de ensayista y traductora del género (Virginia Woolf, Amiel o Gide), acabaría publicándolo. Aunque con anterioridad ya llevaba diario, Freixas elige comenzar la publicación por las anotaciones de 1991, un año en que, además de cambiar París por Madrid como lugar de residencia, comienza a dirimir algunas de las dudas y cuestiones pendientes de su vida adulta, urgida a partes iguales por el deseo de ser madre y por la dedicación profesional a la literatura. Dos tareas que podrían parecer opuestas o dar pie a conflictos insalvables. Freixas cuenta cómo hizo frente a este doble reto, y cómo lo fue resolviendo gracias a un afán admirable y a un activo feminismo, que no

se paró en los estereotipos sino que encontró su propio camino, al concebir la maternidad y la creación literaria como un campo de intervención social de la mujer. Dicho así esto parecería un camino de rosas, pero basta leer sus diarios para saber que el dolor, el riesgo, la fragilidad, la inseguridad y la contradicción fueron una asechanza continua: «Me siento una señora burguesa que escribe como otras van a la peluquería». Buscó salida a sus dudas en el desafío de llegar a ser escritora y en la autonomía que la literatura le podría dar. Sin embargo, el diario avanza, pero la vacilación y la angustia no terminan, un *ritornello* de insatisfacción lo jalona hasta el cierre: «Es como si mi cerebro estuviese desconectado de mi cuerpo». Los diarios, en su conjunto, constituyen la crónica de cómo una mujer lucha por llegar a ser independiente, y en este sentido no confunde, engaña ni promete nada más que lo es capaz de dar: autenticidad y verdad. No siempre los diaristas saben por qué llevan diario, pero Laura Freixas nos confirma que lo llevaba con la secreta esperanza de descubrir en la continuidad de las anotaciones el sentido que tenían los hechos, que no alcanzaba a comprender cuando los estaba viviendo.

En estos diarios la escritura no obedece en principio al cálculo puramente literario ni está motivada solamente por su publicación. En alguna entrada la autora puede soñar o imaginar una posible y lejana publicación, pero no es el fin primordial. El diario es para Freixas un cauce de expresión, de liberación y desahogo, como repite al cerrar alguna entrada en la que se evidencia precisamente esto: «Basta por hoy. Estaba un poco inquieta y escribir, de un tirón estas páginas, me ha sentado bien»; «¡Qué desahogo el diario!». Esta sinceridad está reforzada porque la escritura surge a borbotones sin cálculo ni medida. Y también por el entusiasmo que producen los pequeños o grandes logros, momentos de plenitud y de satisfacción que se contrabalancean en la comprobación de una mayor fragilidad ante los contratiempos y frustraciones.

La sinceridad para hablar de los asuntos íntimos, los que se suelen guardar en secreto, es lo que caracteriza este diario. Se abordan de manera directa los conflictos de pareja, los dilemas de una mujer que se debate entre los papeles sociales pautados y la lucha por su independencia o los problemas derivados de la maternidad, lo que la autora llamó en su primer diario «la vida subterránea». En relación con esta lucha por la afirmación como mujer está también el dilema y la dificultad de hacer compatible la vida familiar con la carrera literaria. El afán de éxito y reconocimiento literario es omnipresente en el diario, del mismo modo que planea continuamente el temor del fracaso y lo poco gratificante que puede ser a veces la dedicación a la literatura. Es, por tanto, el diario un ejercicio que refrenda el

camino costoso y lento que conlleva llegar a ser una mujer libre y autónoma, además de una escritora coherente y responsable con su condición de mujer que no renuncia a nada.

El segundo diario, *Todos llevan máscara,* arranca con una frase teñida de desánimo: «Hace unos días me desperté triste...». Y se cierra bajo los auspicios de la plenitud de esta otra: «... durante un rato me he sentido totalmente feliz, incapaz de desear nada más». Entre ambas, comienzo y final del diario, han pasado dos años, los que abarcan las anotaciones. La vida cotidiana de la diarista no se asemeja casi nunca a la triunfal linealidad de la recta, sino al bucle de la espiral en la que los progresos son pasajeros y los problemas vuelven y se reiteran sin encontrar salida ni solución. En ese dibujo cabe todo el abanico de expectativas, anhelos, avances y retrocesos, contratiempos y contradicciones, y para contar todo esto el discurso del diario íntimo resulta tal vez el más adecuado. En este aspecto, Freixas, como escritora y esposa-madre, debe armonizar las dos esferas, y hacerlas compatibles sin perder nunca su autonomía. Es un asunto capital que jalona el diario, pero sin ningún tipo de dramatismo, solo como una elucubración intelectual, pues la situación laboral del marido y el desahogo económico de la pareja hacen posible la compatibilidad de las funciones. En la primera entrega del diario este asunto revestía todavía una cierta tensión, pero en la segunda es una mera cuestión teórica o de prurito feminista. Además, la presencia de la hija cataliza la vida del matrimonio y ayuda al acuerdo en las posibles disensiones de la pareja. La plenitud es absoluta y esto permite, como arriba he señalado, que la autora confiese con total convicción y libertad a los cuatro vientos uno de sus secretos mejor guardados: «Soy muy feliz».

También comparece, por supuesto, el mundo literario, sus intrigas, sus envidias y mezquindades, pero están ahí como la expresión de la lucha por abrirse camino en este campo que es infinitamente más difícil para las mujeres. Como la autora ha reconocido, durante estos años de *aprendizaje* y hasta que se asentó en los cuarenta, estuvo dominada por el afán del éxito literario, un éxito que le resulta esquivo o que queda siempre lejos de la meta soñada. Son abundantes los pasajes que en pocas pinceladas describen este mundillo por dentro en sus aspectos menos edificantes: su endogamia, su arribismo, su mediocridad. Deben leerse con atención, pues son dignas de encomio, algunas semblanzas de notables del mundo del libro, autores a los que se les ajusta las cuentas de su infatuada presencia como sucede en una aparición fugaz de Luis Antonio de Villena, o de editores a los que clava en un perfil que hace honor a la realidad: las de Juan Cruz, Lucía Echevarría, Herralde o Gimferrer son, cada uno en su estilo, un exponente de la mirada acertada y crítica de la diarista.

Los avatares del manuscrito de la primera novela de la diarista, *Último domingo en Londres,* y los primeros pasos de la que sería la segunda, *Entre amigas,* ocupan una parte importante de las disquisiciones literarias y de política editorial del segundo y tercer volumen del diario. En este caso las anotaciones adoptan a veces la forma de una plegaria con la que se pretende propiciar que se produzca ya lo que se espera tanto tiempo. Para Freixas la escritura del diario es una manera de aliviar y exorcizar la espera, pero no impide, solo atenúa, la desesperación: «Estoy deprimida y de mal humor porque mis proyectos no salen adelante. Nadie me llama, llamo yo a todas partes. Que ganas de mandarlos al cuerno...». Pero a diferencia de los diarios que firman los hombres, Freixas no incurre en la autocomplacencia ni en la persecución de los colegas que se consideran enemigos ni destila envidia por los logros de los otros. Prevalece aquí una mirada distinta sobre el mundo literario, no la de un campo de minas o de batalla. Freixas, en general, observa con admiración y curiosidad la fiesta literaria en la que comenzaba a estar invitada.

¿Se lleva un diario igual cuando se escribe para sí mismo que cuando se prevé publicarlo? Seguramente no. Laura Freixas confirma en el prólogo de *Una vida subterránea* que este comenzó a escribirlo con el convencimiento de que alguna vez llegaría a publicarse sin saber cómo ni cuándo. Y, sin embargo, ahora al verlo preparado para la imprenta, le produce perplejidad. ¿Qué cambia o contradice la edición de un diario? O como la autora se pregunta: «¿Es esto mi diario o un libro?». Con la publicación el diario pierde muchos elementos particulares que lo hacen único. En la imprenta desaparecen algunas de sus señas de identidad como el soporte original, sus posibles elementos gráficos que la imprenta uniformiza... se evapora una parte importante de la subjetividad de la diarista hecha forma, color, obsesión o fetichismo: tipo de papel o de cuaderno, color de la tinta, recuerdos u objetos añadidos, etc. Cuando la diarista ve publicado su diario, experimenta una sensación similar a la del artista cuando ve un dibujo o una pieza única, que han sido reproducidos en serie. Pero, ¿y el contenido? ¿Qué le ocurre al texto escrito en la soledad y el aislamiento de la habitación personal al hacerse público? En esta ocasión Freixas asegura que no lo ha corregido, que por no corregir no ha cambiado expresiones que ahora le desagradan y molestan («uno» para referirse a sí misma en lugar de la más lógica «una»). Sin embargo, advierte que ha preferido para salvaguardar la privacidad de terceros, sin ninguna intención de cálculo ni de intriga, velar, tras iniciales o cambios de nombre, la identidad de algunas personas que aparecen en el diario. Y segundo, ha eliminado fragmentos que consideró inoportunos e indiscretos. En ambos casos, en el de los nombres y en la expurgación de fragmentos, la edición informa de los cambios o de las supresiones.

En este sentido es una edición modélica, pues el lector, aunque no conoce el diario en su integridad, puede hacerse una idea más cabal del original. Ahora bien, la eliminación de algunos fragmentos y de los nombres propios influyen en la lectura. Aunque la ocultación de los nombres se entiende y se comprende en su caso por razones de supervivencia social y profesional, diluye o esfuma en parte la fuerza referencial del diario. La eliminación de fragmentos esquematiza y simplifica, y afecta al ritmo que el diario va creando con la secuencia de las anotaciones, del mismo modo que afectan las paradas o el excesivo distanciamiento temporal entre entrada y entrada. Por tanto, con la desaparición de parte de las anotaciones (desconocemos cuántas) el diario pierde parte de la base que lo sustenta. Pero incluso con estas dos objeciones los diarios de Laura Freixas están llenos de aciertos y de sorpresas, de confesiones íntimas.

5. Epílogo

Los diarios íntimos de la gente corriente forman un conjunto de escritos heteróclitos y polimorfos, sin apenas otra regla obligatoria que la cronología calendaria. Aunque los llevan miles de personas en todo el mundo (no son en absoluto privilegio de los escritores), son prácticamente desconocidos. Por todo esto, resulta difícil y arriesgado llegar a conclusiones inequívocas sin correr el riesgo de generalizar o de particularizar en exceso.

Aunque el diario es una escritura que viene de lejos, alcanzó la consideración de género literario a finales del siglo XIX, y se desarrolló exponencialmente en la segunda mitad del siglo XX y, sobre todo, en el siglo actual. Es decir, tiene siglos de práctica ordinaria y poco más de un siglo como género literario. Existen millones de diarios desconocidos frente a algunos miles de diarios editados en forma de libro. Sin embargo, casi todos los intentos de fijar el origen, la historia y la poética de esta escritura se han hecho —con la excepción de los trabajos de Philippe Lejeune— poniendo el foco solamente en la minoría de los que pasaron por la imprenta e ignorando la inmensa mayoría del resto.

Pero, antes de ser un género literario —el más moderno y el más acorde con la modernidad, según Béatrice Didier, por tanto, con las mismas contradicciones que aquejan a la modernidad y su sujeto histórico— y, aun antes de convertirse en un escaparate mediático —o sea, un *blog*—, el diario ha sido (¡ojalá siga siéndolo mucho tiempo!) un ejercicio intelectual, una costumbre *higiénica,* un modo de vivir incluso.

Fueron necesarios algunos siglos y miles de diarios *anónimos,* escritos sin pretensión de ser publicados, para que esta escritura *de la gente corriente* se consolidase como literatura. En la segunda mitad del siglo XIX comenzaron a editarse en Francia algunos diarios, de manera parcial y casi siempre póstuma: Constant, Amiel, Bashkirtseff, etc.; y antes, en 1825 en Inglaterra, Pepys. En el siglo XX nacería la costumbre de escribirlos con la previsión de publicarlos en vida. André Gide, pionero en esto, reconoce que, a partir de esa decisión, su diario se convirtió en un «confidente indiscreto». Lo publicó expurgado en vida de su esposa. A la muerte de esta, empezó a publicarlo íntegro. Lo llevaba desde joven y lo mantuvo durante toda su vida.

Sin embargo, paradójicamente, casi todos los escritores que publican diarios quieren asegurarse el pedigrí literario, no vaya a ser que les confundan con esos diarios de la gente común. Algunos no se conforman con hacer diarios, porque les parecen tal vez poca cosa; por esa razón los camuflan o los disfrazan de ficción o de autoficción. Para muestra los botones de la *Novela en marcha,* de A. Trapiello, en España, o *L'autofictif*, de Eric Chevillard, en Francia. Por el contrario, nuestros diaristas ordinarios no tienen esos problemas, se alinean en la *antificción* y rechazan la mentira y el subterfugio. Saben que la mentira siempre deja huellas y que, una vez escrita en el diario, lleva a otras mentiras en cadena, pues la verdad va en dirección contraria. Tampoco flirtean con otros géneros ni se sienten insatisfechos de hacer diarios a secas. Establecen un compromiso de veracidad, aunque solamente ellos podrían fiscalizar si esto se cumple o no. Pero saben que no deben mentirse, aunque alguna vez se engañen sin querer. Si incurren en alguna deriva falsa o faltan a la verdad, saben que más pronto que tarde tendrán que ajustarse las cuentas ellos mismos, conscientes de los riesgos que esto entraña.

Cualquier diario, por *ordinario* que sea, genera su propio discurso meta-diarístico, porque su escritura hace continuamente referencias al diario, al diarista que lo lleva y a sus circunstancias. Es, por tanto, un género reflexivo —sobre todo autorreflexivo— que segrega su propia poética, al comentar de manera explícita las condiciones, imposiciones, reglas e incumplimiento de las reglas, así como informan de todo lo que participa o interviene en su escritura. Como dice Gérard Genette en su singular libro autobiográfico, *Bardadrac:* «¿Hay algo más omnipresente en un diario que la conciencia de llevarlo?» (2006, 174). En consecuencia, cada diarista tiene su idea particular, a veces intransferible, de lo que comporta llevar diario y su propio pacto íntimo consigo mismo: todos iguales en la necesidad de escribirlo pero diferentes en casi todo lo demás.

Pienso que es difícil generalizar y concluir sobre los diarios de la gente corriente, porque, además, ahora mismo, alguien ha abierto un cuaderno o encendido su portátil, y por tanto se dispone a escribir de sí y solo para sí. De su singularidad y de una manera que nadie antes lo había hecho. Anota lo que acaba de vivir. Trata de ser sincero. Nadie le controla. Va ajustar cuentas pendientes consigo mismo y tal vez con otros sin más límites que el tamaño de su libertad. Es el momento de la verdad. Su verdad.

Frente al diario de escritor, que se escribe hoy destinado a la lectura pública, los diarios que lleva la gente común funcionan con otra lógica. Por lo general no se escriben para ser trasmitidos ni aspiran a pasar a la posteridad. Sin duda el resultado no sería igual, pues no se escribe del mismo modo si otros lo van a leer. Comienzan por razones distintas y contradictorias: quieren ser un alivio y, a veces, se convierten en una carga. Nacen con la esperanza de resolver un problema y se acaban sin conseguirlo. Cumplen funciones instrumentales humildes: mapa y brújula para no perderse en el piélago de la vida. O termómetro para vigilar las calenturas del alma. También la escritura de un diario puede ser el mejor libro de autoayuda. Ningún ejercicio más saludable que escribirlo cuando el vacío se adueña de nosotros. Pura homeopatía que mitiga la desconexión del *yo* y los litigios con el resto. Pocas compañías hay más seguras y amistosas, ni más apropiadas para sobrellevar el peso de la soledad, por banal que pueda parecer después su contenido. Consuelo, desahogo, catarsis y *guardamemoria* son algunas de las ventajas de llevar diario, pero puede cumplir tantas funciones como clases de personas hay.

Philippe Lejeune define el diario como «una serie de huellas fechadas» en la que el día e incluso el momento en que se hace la anotación cobran suma importancia. El diarista cuenta lo que pensó o sintió en ese instante justo, y la entrada fechada levanta acta de esto. Un diario permite seguir el fluir de las mudanzas del alma y reconocer la gravitación psíquica que quedó pegada a la escritura. Esto distingue al diario de otros registros autobiográficos. Por acción u omisión, por exceso o por defecto, el diarista afronta el riesgo de dejar una imagen exacta de sí y de sus contradicciones.

Las encuestas y sondeos de esta escritura invisible han demostrado que un porcentaje elevado de jóvenes españoles (más del doble entre las mujeres) escribían un diario, o lo habían escrito, por gusto y sin imposición de nadie. Al comenzar la edad adulta y ser reclamados por otras obligaciones, la escritura menguaba drásticamente. Estimo que en torno a un 3 % de la población española lleva diario. Si se piensa en cifras, hace una cantidad impresionante. Si se piensa en

términos cualitativos, es lamentable que se ignore casi todo sobre esta práctica cultural, y deprimente que se pierda de esta manera.

Aunque el diario de adolescencia, el diario por antonomasia, es el más numeroso y el de mayor relevancia social, apenas se le ha prestado atención por considerarse una escritura fuera de lo que se entiende por literatura. Sus cuadernos guardan la crónica de una profunda metamorfosis y responden a lo que se conoce como *diario de crisis*. En ellos se puede leer cómo el mundo del diarista comienza a ser asaeteado por las dudas y desconciertos producidos por las novedades que atraviesan su personalidad, cuando la biología y la psicología cambian de buenas a primeras. Quizá estos diarios no tengan la destreza que se supone a los escritores, pero tienen la fuerza de apelarnos con su verdad y pueden guardar sorpresas inimaginables. Dejo anotado solo el nombre de Anna Frank, diarista que, queriendo y sin querer, legó el diario más influyente y leído del siglo XX, cuyo contexto y dramatismo lo hacen único. Una muchacha de catorce años y su testimonio convertidos en clásicos. El diario fue su confidente más fiel y el mejor apoyo en el escondite de la «casa de atrás».

El diario tiene sus rituales, sus situaciones propicias y sus fetiches. El diarista tipo (si esta categoría existe) tiene preferencias de hora y de lugar, igual que no lo concibe sin determinados cuadernos y útiles de escritura (pluma, color de la tinta, etc.). El cuaderno ha sido el soporte estrella, tanto que el objeto se ha confundido con la práctica. La industria de papelería lo erigió en su símbolo y el público suele identificar un determinado cuaderno con el diario. Pero cualquier otro soporte de papel y, más recientemente, el portátil y el móvil pueden servir también para hacer balance cotidiano. El diarista es un coleccionista de momentos y el diario es su herbario donde guarda las huellas de su vida. Fotos, dibujos y objetos convierten el diario en álbum de recuerdos. Con el ordenador y sus útiles tecnológicos, que permiten incorporar imágenes, vídeos o sonidos a la escritura, nace la posibilidad de una suerte de diario total. Por lo general, el diarista aspira a la disciplina cotidiana, se impone compromisos, reglas y ritmos de escritura, y de su incumplimiento nacen nuevos rituales de justificación o culpa.

Sobre el diario cayeron prejuicios que lo han hecho sospechoso de narcisismo, inmadurez o soberbia. Y lo condenaron al secretismo. En España, esta descalificación moral ha influido en su escaso aprecio y en el desinterés por conservarlos. En esto, como en tantos aspectos que conciernen a la autobiografía, se detecta la intolerancia con que el catolicismo y cierta idiosincrasia española han fustigado al *yo* y su libre expresión. En 1946 Michel Leiris, autor de un diario publicado

póstumamente, insertó en su autobiografía *L'âge d'homme*, el breve ensayo *De la littérature considérée comme une tauromachie*. Este texto debería ser santo y seña de los autobiógrafos españoles y de cualquier diarista. Leiris defiende la idea de que el autobiógrafo debe comprometerse con la verdad, y la verdad debe desafiar los miedos íntimos. Sin meterse entre los cuernos, sin pisar el terreno peligroso, el diario se trivializa. Desconfía de esos diestros que no se cansan de dar los mismos e inacabables pases sin arrostrar ningún riesgo. Recuérdalo y no pierdas el tiempo. Abre tu cuaderno o enciende tu portátil, y escribe...

Índice onomástico

- Alberti, R.: 206.
- Amblard, O.: 341.
- Amiel, H. F.: 22, 84, 357, 360, 366.
- Argullol, R.: 249.
- Arrabal, F.: 351.
- Artières, P.: 42.
- Bach, J.-B.: 272.
- Barral, C.: 351.
- Barthes, R.: 60.
- Bashkirtseff, M.: 31, 366.
- Berasategui, J.: 13.
- Bernard, A.: 341.
- Blanco Aguinaga, C.: 54.
- Borges, J. L.: 171, 272.
- Boué, S.: 191.
- Braud, M.: 28,48, 59, 62, 71.
- Brönte, hermanas: 231.
- Caballé, A.: 22.
- Campos Suárez, A.: 56.
- Carroll, L.: 148.
- Cartland, B.: 231.
- Casas, B. de las: 21.
- Cassany, D.: 266.
- Castilla del Pino, C.: 41.
- Castillo Gómez, A.: 21.
- Carriedo, G-A.: 351.
- Celaya, G.: 167.
- Cervantes, M.: 218, 247.
- Chatwin, B.: 219.
- Chevillard, E.: 366.
- Chicharro, E.: 351.
- Chirbes, R.: 34, 37, 38, 47, 54, 55, 56, 65, 87, 123.
- Christie, A.: 170.
- Cioran: E.: 90, 106, 189, 191.
- Civera, M.: 333.
- Colón, C.: 21.
- Conde, C.: 242.
- Constant, B.: 22, 366.
- Corbain, A.: 340.
- Corrado, D.: 31, 48, 57, 344.
- Crespo, Á.: 351.
- Cruz, J.: 362.
- Curie, M.: 57.
- Dante: 272.
- Debesse, M.: 346.
- Delacroix, E.: 220, 225.
- Didier, B.: 12, 17, 20, 22, 48, 49, 53, 59, 66, 96, 365.
- Dorta, A: 13.
- Echevarría, L.: 362.
- Epicteto: 18.
- Ernaux, A.: 43.
- Escher, M. C.: 330, 331.
- Fabre, D.: 23, 30.
- Falacci, O.: 151.
- Falcó, N.: 341.
- Faulkner, W.: 167.
- Fernández Arroyo, J.: 6, 350-357.
- Fernández Molina, A.: 351.
- Foucault, M.: 18.
- Frank, A.: 6, 14, 26, 57, 63, 73, 103-105, 151, 198, 211, 212, 282, 285, 290, 292, 326, 332-350, 368.
- Freixas, L.: 6, 12, 14, 34, 46, 301, 357-364.
- Gala, A.: 173.

- García Maldonado, R.: 60, 61.
- García Martín, J. L.: 14, 31, 39, 40, 68, 359.
- Genette, G.: 48, 49, 266.
- Gide, A.: 34, 298, 360, 366.
- Gil de Biedma, J.: 14, 35.
- Gimferrer, P.: 362.
- Girard, A.: 12, 17, 22, 32, 48, 49, 66, 72.
- Givenchy, P.: 341
- Gombrowicz, W.: 34, 58, 82, 110.
- Gómez de la Serna, R.: 20, 57, 332.
- Goncourt, hermanos: 31.
- Goytisolo, J.: 60.
- Granell, M.: 13.
- Guérin, E.: 57.
- Guérin, M.: 57.
- Guillermo de Baskerville: 288.
- Gúrpide, C.: 341.
- Guzmán, E.: 164.
- Hegel, G. W. F.: 240.
- Hernández, M. Á.: 42, 46, 47.
- Herralde, J.: 362.
- Ibáñez, P.: 167.
- Joyce, J.: 167.
- Juliet, C.: 332.
- Kostrubala, Dr.: 167.
- Lacan, J.: 240.
- Lambrecht, E.: 352.
- Leiris, M.: 368, 369.
- Lejeune, P.: 5, 7, 9, 11, 13, 19, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 33, 45, 48, 73, 306, 307, 308, 312, 313, 315, 316, 319, 325, 334, 339, 341, 344, 365, 367.
- Lejeune, P. y Bogaert, C.: 19, 20, 21, 22, 23, 24, 26, 28, 31, 32, 76.
- Leleu, M.: 29, 48, 84.
- Lessing, D.: 106, 193.
-López Aranguren, J. L.: 41.
- López Manchado, M. C.: 333.
- Loyola, I.: 22.
- Lucilio: 18, 170.
- Luque Amo, A.: 31.
- Machado, A.: 169.
- Mailer, N.: 231.
- Mandingorra Llavata, M. L.: 21.
- Marco Aurelio: 18.
- Martín Gaite, C.: 87.
- Martín Vigil, J.L.: 135.
- Matute, A. Mª.: 172.
- Menéndez Pelayo, E.: 166.
- Menéndez Pelayo, M.: 166.
- Montano, J. A.: 29, 33, 34, 39, 55, 63, 64.
- Montero, R.: 172.
- Monzó, Q.: 225.
- Nierga, G.: 163.
- Nietzsche, F. : 187.
- Nin, A.: 257.
- Ory, C. E.: 341,351.
- Otero, B. de: 167.
- Pachet, P.: 22, 29, 30.
- Pasarín Aresti, J. L.: 241.
- Pavese, C.: 36, 245.
- Pepys, S.: 31, 366.
- Perrot, M.: 340.
- Pessoa, F.: 36, 167, 245.
- Petronio: 20.
- Piglia, R.: 27, 38, 49, 116.
- Pink Floid: 303.
- Pitágoras: 18.
- Presley, E.: 164.
- Prieto, G.: 351.
- Puente, J.: 163.
- Quintero, J.: 163.
- Quoist, M.: 73, 227, 337.
- Ramos, J.: 333.
- Reed, J.: 149.
- Ribeyro. J. R.: 36, 52, 55, 56, 64, 72.
- Rops, D.: 337.
- Ross, R.: 171.
-Rousseau, J-J.: 40.
- Sábato, E.: 171.
- Sánchez Ostiz, M.: 14, 31.
- Santrock, J. W.: 342.
- Semprún, J.: 60.
- Séneca: 18, 170.
- Shoko: 146.
- Simonet-Tenant, F.: 43.
- Smith, S.: 358.
- Sócrates: 148.
- Tabet, E.: 15.
- Teen Tops: 164.
- Teresa de Jesús: 22.
- Thibaudet, A.: 43.
- Torres de Villarroel, D.: 40.
- Torres Sans, X.: 21.
- Trapiello, A.: 14, 29, 31, 39, 68, 72, 359, 366.
- Tournier, M.: 43.
- Unamuno, M.: 246, 341, 357.
- Ungerer, T.: 4, 9, colofón.
- Vigny, A.: 356.
- Villena, L. A.: 362.
- Wilde, O.: 158, 171.
- Woolf, V.: 167, 359, 360.
- Yasushi, I.: 146.

Referencias bibliográficas

Alberca, Manuel. 1996. «La pratique du journal intime en Espagne. Enquête auprès de la population scolaire de Málaga». *La Faute à Rousseau* 13.

Alberca, Manuel. 1997. «El diario íntimo, hoy (encuesta)». *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* 2.

Alberca, Manuel. 1998a. «Pero ¿quién escribe diarios íntimos?». *Lateral* 3 (enero).

Alberca, Manuel. 1998b. «Tres testimonios sobre el diario íntimo». *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* 3. Universidad de Barcelona.

Alberca, Manuel. 2000. *La escritura invisible. Testimonios sobre el diario íntimo*. Oyarzun: Sendoa.

Alberca, Manuel. 2010. «Las hijas de Ana Frank. Diarios íntimos y adolescencia». *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* 36 (2).

Alberca, Manuel. 2020. «García Martín como *work in progress*». En *Leer la vida. Los diarios de José Luis García Martín,* editado por Hilario Barrero. Nueva York: Cuadernos de Humo.

Alberca, Manuel. 2021. «Del cuaderno al blog. Invisibilidad y transparencia del diario». En *La escritura del diario. Aspectos literarios, culturales y educativos,* editado por Rafael Malpartida Tirado. Granada: Comares.

Allam, Malik. 1996. *Journaux intimes. Une sociologie de l´écriture personnelle*. París: L´Harmattan.

Altman, J. G. 1986. «Toward a cultural poetics of literary genres». *The Case of Diary Fiction Poetics Today*, vol. 7 (3).

Amblard, Odile y Pierre de Givenchy. 1997. *J'écris un journal intime*. París: Martinière-Jeunesse.

Anónimo. Inédito. *Diario de Matute (1969-1971)*.

Antonia (pseudónimo). Inédito. *Diario de Antonia (1978-1981)*.

Artières, Ph. 1993. «Et pourtant ils écrivent. Enquête sur la pratique du journal personnel». *La Faute à Rousseau* 3 (juin). Collège St. Exupéry, Lycée de la Plaine de l´Ain à Ambérieu-en-Bugey.

Artières, Ph. 2022. *Histoire de l'intime*. París: CNRS Éditions.

ASTUDILLO, E. Inédito. *Diario de Ester (1980-1984)*.

BRAUD, Michel. 2006. *La forme des jours. Pour une poétique du journal personnel*. París: Seuil.

CABALLÉ, Anna. 1996. «Ego tristis (El diario íntimo en España)». *Revista de Occidente* 182-183 (julio-agosto).

CABALLÉ, Anna. 2015. *Pasé la mañana escribiendo. Poéticas del diarismo español*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.

CASTILLA DEL PINO, Carlos. 1989. «Público, privado, íntimo». En *De la intimidad,* editado por Carlos Castilla del Pino. Barcelona: Crítica.

CASTILLO GÓMEZ, Antonio. 2015. «El alfabeto y el calendario. Libros de cuentas y libros de memorias en el Siglo de Oro». En *Memòria personal, Construcció i projecció en primera persona a l'època moderna, editado por* Oscar Jané y Patrice Poujade. Madrid: Casa de Velázquez.

CHIRBES, Rafael. 2021, 2022 y 2023. *A ratos perdidos*. Barcelona: Anagrama.

CIVERA, Marinao y José RAMOS. 1966. *Diario de Juani*. Bilbao: Mensajero.

CORRADO, Danielle. 2000. *Le journal intime en Espagne*. Aix-en Provence: P.U. Provence.

CORRADO, Danielle. 2004. «L'hôte intime: figures du narrataire dans le journal». En *Du soi à soi. L'écriture comme autohospitalité,* editado por Alain Montandon. Clermont Ferrand: Presse Universitaires Blaise Pascal.

COSNIER, Colette. 2001. *Le silence des filles. De l'aiguille à la plume*. París: Fayard.

DIDIER, Beatrice. 1976. *Le journal intime*. París: PUF.

DEBESSE, Maurice. 1941. *La crise d´originalité juvénile*. París: PUF.

DEBESSE, Maurice. 1964. *La adolescencia*. Barcelona: Vergara.

FABRE, Daniel. 1993. Écritures ordinaires. París: POL.

FERNÁNDEZ ARROYO, José. 1991-2006. *Edelgard. Diario de un sueño (1948-1953)*. Ciudad Real / Zaragoza: Biblioteca de Autores Manchegos-Autobiografía / Libros del Innombrable.

FERNÁNDEZ ARROYO, José. 2007. *No es un sueño*. Zaragoza: Libros del Innombrable.

FOUCAULT, Michel. 1983. «L'écriture de soi». *Corps écrit*. Dossier 'L'autoportrait' 5. París: PUF.

FRANK, A. 1952. *Diario*. Traducción de José Blaya Lozano. Prólogo de Daniel Rops. Buenos Aires: Hemisferio.

FRANK, A. 1955. *Las habitaciones de atrás*. Traducción de María Isabel Iglesias. Barcelona: Garbo.

FRANK, A. 1993. *Diario*. Edición definitiva. Traducción de Diego Puls. Barcelona: Plaza & Janés.

FREIXAS, Laura. 1994a. «Casi un desierto: el diario íntimo en España». *El Urogallo* 95 (abril).

FREIXAS, Laura. 1994b. «Diarios íntimos españoles: un recuento». *Revista de Occidente* 160 (septiembre).

FREIXAS, Laura. 1999. «Prólogo». *André Gide. Diario*. Barcelona: Alba.

FREIXAS, Laura. 2013. *Una vida subterránea (Diario 1991-1994)*. Madrid: Errata Naturae.

FREIXAS, Laura. 2018. *Todos llevan máscara. Diario 1995-1996*. Madrid: Errata Naturae.

FREIXAS, Laura. 2021. *Saber quién soy. Diario 1997-1999*. Madrid: Tres hermanas.

FREIXAS, Laura. 2024. *A todos nos falta algo. Diario 2000-2002*. Madrid: Tres Hermanas.

GARCÍA, R. Inédito. *Diario de Rosa (1987-1991)*.

GARCÍA MALDONADO, Rafael. 2020. *Diario de cabotaje*. Sevilla: Anantes.

GENETTE, Gérard. 1993. *Ficción y dicción*. Barcelona: Lumen.

GIRARD, Alain. 1963. *Le journal intime*. París: PUF.

GOMBROWICZ, Witold. 1988. *Diario 1 (1953-1956)*. Madrid: Alianza.

GRACIA, Jordi. 1997. «El paisaje interior». *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos* 2.

GRACIA, Jordi. 2018. «La virtud del intruso. El dietario de escritor». *Cuadernos Hispanoamericanos* 811 (enero).

GRANELL, Manuel y Antonio DORTA. 1963. *Antología de diarios íntimos*. Barcelona: Labor.

GÚRPIDE, C., Nuria FALCÓ y Ana BERNARD. 2000. *El diario personal. Propuestas para su escritura*. Pamplona: Pamiela.

GUSDORF, Georges. 1991. *Les écritures du moi*. París: Odile Jacob.

HERNANDO, Almudena. 2018. *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid: Traficantes de sueños.

LEJEUNE, Philippe. 1975. *Le pacte autobiographique*. París: Seuil.

LEJEUNE, Philippe. 1990. *Cher cahier... Témoignages sur le journal personnel*. París: Gallimard/Témoins.

LEJEUNE, Philippe. 1990. *La pratique du journal personnel. Enquête.* París: Université Paris-X Nanterre / Cahiers de sémiotique textuelle.

LEJEUNE, *Philippe.* 1993. *Le moi des demoiselles. Enquête sur le journal de jeune fille*. París: Seuil / La couleur de la vie.

LEJEUNE, Philippe. 2000. «*Cher écran...*». En *Journal personnel, ordinateur, Internet*. París: Seuil / La couleur de la vie.

LEJEUNE, Philippe. 2004. «Lucullus dîne chez Lucullus». En *Du soi à soi. L'écriture comme autohospitalité,* editado por de Alain Montandon. Clermont Ferrand: Presse Universitaires Blaise Pascal.

LEJEUNE, Philippe. 2007. « Le journal comme antifiction». *Poétique*, 2007/1.

LEJEUNE, Philippe. 2013. *Autogenèses. Les brouillons de soi 2*. París: Seuil / Poétique.

LEJEUNE, Philippe. 2016. *Aux origines du journal personnel. France 1750-1815*. París: Honoré Champion.

LEJEUNE, Philippe y Catherine BOGAERT. 2003. *Un journal à soi. Histoire d'une pratique*. París: Textuel.

LEJEUNE, Philippe y Catherine BOGAERT. 2006. *Le journal intime. Histoire e anthologie*. París: Textuel.

LELEU, Michèle. 1952. *Les journaux intimes*. París: PUF.

LÓPEZ ARANGUREN, José Luis. 1989. «El ámbito de la intimidad». En *De la intimidad,* editado por Carlos Castilla del Pino. Barcelona: Crítica.

LÓPEZ MANCHADO, M.ª Carmen. 1954. *Así era María del Carmen. Su diario espiritual*. Burgos: Monte Carmelo.

LUQUE AMO, Alvaro. 2020. *El diario literario: poética e historia*. Berlín: Peter Lang.

MANDINGORRA LLAVATA, M.ª Luz. 2002. «La configuración de la identidad privada: diarios y libros de memorias en la Baja Edad Media». En *La conquista del alfabeto. Escritura y clases populares,* coordinado por Antonio Castillo Gómez. Gijón: Trea.

MANDINGORRA LLAVATA, M.ª Luz. 2007. *Llibre de Miquel Ferrer, palmiter (1612-1634).* Castellón: Sociedad Castellonense de Cultura.

MARAÑÓN, Gregorio. 1949. *Amiel. Un estudio sobre la timidez*. México: Diana.

MONTANO, José Antonio. 2023. *Oficio pasajero (Diario 1989-1999)*. Madrid: Sr. Scott.

PACHET, Pierre. 1990-2001. *Les baromètres de l'âme. Naissance du journal intime*. París: Hachette.

PICARD, Hans Rudolf. 1981. «El diario íntimo como género entre lo íntimo y lo público». *1616: Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada* 4.

PERROT, Michelle y Alain CORBAIN. 1989. *Historia de la vida privada. De la Revolución francesa a la Primera Guerra mundial,* editado por P. Ariès y G. Duby, vol. 4. Madrid: Taurus.

ORY, Carlos Edmundo de. 2004. *Diario (1944-2000)*, editado por Jesús Fernández Palacios. Cádiz: Diputación Provincial de Cádiz.

PIGLIA, Ricardo. 2015, 2016 y 2017. *Los diarios de Renzi*. Barcelona: Anagrama.

QUOIST, Michel. 1964 y 1965. *Dar. Diario de Ana María* y *Amar. Diario de Daniel*. Barcelona: Herder.

RIBEYRO, Julio Ramón. 2003. *La tentación del fracaso*. Barcelona: Seix Barral.

RIBEYRO, Julio Ramón. 2012. *La caza sutil*. Santiago: Diego Portales.

ROUSSET, Jean. 1983. «Le journal intime, texte sans destinataire?». *Poétique* 56.

ROUSSET, Jean. 1986. *Le lecteur intime*. París: José Corti.

SANTROCK, John. W. 2004. *Psicología del desarrollo en la adolescencia*. Madrid: Mc Graw-Hill.

SIMONET-TENANT, Françoise. 2001. *Le journal intime*. París: Nathan.

SIMONET-TENANT, Françoise. 2017. *Dictionnaire de l'autobiographie*. Écritures de soi de langue française. París: Champion.

SMITH, Sidonie. 1987. *A poetics of Women´s Autobiography*. Bloomintgton: Indiana University Press.

SMITH, Sidoni y Julia WATSON. 1998. *Women, Autobiography, Theory: a Reader*. Wisconsin: The University of Wisconsin Press.

TABET, Emmanuelle. 2024. «Synthèse del résultats du questionnaire aux lycéens». *La faute à Rousseau* 97.

TRAPIELLO, Andrés. 1998. *El escritor de diarios.* Barcelona: Península.

TRAPIELLO, Andrés.2024. *Fractal*. Madrid: Alianza Editorial.

TORRES SANS, Xavier. 2000. *Els llibres de família de Pagès. Memòries de pagès, memòries de mas (segles* XVI-XVIII*).* Gerona: CCG Edicions.

VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. 1999. *Écrire la vie. Trois siècles de journaux intimes féminins*. París: Gallimard.

Editada bajo la supervisión de Editorial CSIC,
esta obra se terminó de imprimir en Madrid en junio de 2026

Manuel Alberca (Arenales [Ciudad Real], 1951) ha sido catedrático de Literatura Española en la Universidad de Málaga. Profesor invitado de universidades europeas y americanas y colaborador habitual en diferentes medios periodísticos y revistas especializadas. Ganó el XXVII Premio Comillas de Biografías con *La espada y la palabra. Vida de Valle-Inclán* (Tusquets, 2015). Ha publicado más de un centenar de artículos sobre literatura auto/biográfica y, entre otros, los siguientes libros: *La máscara o la vida. De la autoficción a la antificción* (Pálido Fuego, 2017), *Maestras de vida. Biografías y bioficciones* (Pálido Fuego, 2021), *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción,* prólogo de Justo Navarro (El Toro Celeste, 2024, 2.ª ed. rev.) y *Mírame. Enigma y razón de los autorretratos* (Confluencias, 2025).

Ilustración de cubierta: Cinta Fosch

¿Ha llevado usted diario? ¿Lo lleva tal vez ahora? Este libro le muestra que forma parte de un grupo insospechadamente numeroso. No debe extrañarle, porque, por secreta y personal, la escritura del diario es invisible y no suele trascender el ámbito privado. La lectura de *Los diarios íntimos de la gente corriente* le permitirá comparar su diario con el de otras personas y encontrará suficientes motivos de afirmación y reconocimiento con los diarios de las personas que dan testimonio del suyo.

Si, por el contrario, nunca ha llevado diario, descubrirá un territorio íntimo e inaccesible, merecedor de respeto y conocimiento, porque es importantísimo para muchas personas y un apoyo fundamental en sus vidas.

Este libro, pionero en su género, descubre un continente de textos enterrados, que nunca verán la luz, y no por eso son menos importantes. El autor los estudia y los reivindica con procedimientos objetivos, descubriendo de manera rigurosa y empática la dimensión sociológica, antropológica y literaria de esta desconocida práctica cultural.
Su trabajo investiga la identidad de los diaristas, la causa y finalidad de sus diarios, el modo y las circunstancias, así como los aspectos más curiosos de su escritura.

ARL ANEJOS REVISTA DE LITERATURA

GOBIERNO DE ESPAÑA | MINISTERIO DE CIENCIA, INNOVACIÓN Y UNIVERSIDADES | CSIC CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS | EDITORIAL CSIC

9 788400 115951